
ROMANCE HISTÓRICO
La indomable de las Highlands
EL CLAN MACLEOD: LA TRILOGÍA COMPLETA
AVA KRÓL

Table of Contents

Anteportada

Síguenos

Información legal

TOMO I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

TOMO II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
TOMO III
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Síguenos
Créditos

La indomable de las *Highlands*

El clan MacLeod:
La trilogía completa

Ava Król

Corregido y reeditado en español
por Paloma Vega Centeno

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp

Sigue también a la autora:
@ava_krol_ana_scott

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2023, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Fecha de la reedición: noviembre 2023

TOMO I

La insumisa de las *Highlands*

1

Elizabeth MacDonald dejó que su mirada vagara más allá de la ventana.

Lo daría todo por cabalgar por el campo como tanto le gustaba hacer, aunque fuera una hora, antes que seguir encerrada en su habitación.

¡Qué pena! ¡Hacía un día precioso!

Se imaginaba agarrándose a la montura de su hacanea y susurrándole al oído que la llevara a un galope febril. ¡Entonces su corazón latiría a mil por hora! Eran los únicos momentos de su existencia en los que se sentía viva y feliz, momentos que necesitaba y pedía con toda la fuerza de su voz.

¿Por qué su tío le había prohibido salir?

Mencionó algo acerca una visita importante. ¿Podría tener algo que ver?

Había escuchado a unos sirvientes hablar a sus espaldas de un futuro matrimonio, pero ella no quería creerlo; su tío jamás la obligaría a casarse. ¡Era imposible! No se sentía preparada. No quería sacrificar su libertad por nada en el mundo y creía que era demasiado joven para casarse, aunque ya hubiera alcanzado las dieciocho primaveras hacía apenas unos días.

Además, ¡ella no era una vulgar mercancía que vender al mejor postor!

Nunca se casaría con un hombre que no hubiera escogido ella o, en cualquier caso, no sin antes asegurarse de que el pretendiente no solo veía en ella a la heredera de los MacDonald, uno de los clanes más poderosos de las *Highlands*, que no solo quería su fortuna, sino que la amaba por lo que ella podía transmitirle. Nunca había hablado del tema con su tío; no solían tener ese tipo de conversaciones. El tío Georg era más bien taciturno, poco locuaz y discreto. Solían comer juntos en silencio, y cuanto más crecía ella, más le incomodaba la mirada de su tío.

¿Qué tramaba? ¿Tenían razón los sirvientes? ¿Iba a usar este matrimonio para aliarse con otro clan, extender su influencia y para que su herencia no cayera en manos de los enemigos? Como las de los MacLeod, por ejemplo.

A menudo rezaba para que nunca se cruzara en el camino de uno de ellos. Sobre todo cuando se alejaba de su dominio. Si su tío supiera que se aventuraba al interior de sus tierras, seguro que le daría una buena reprimenda. Solía viajar bastante, así que, en los momentos en los que él estaba ausente, Lizzie disfrutaba de una total libertad.

Su tío no tenía mala intención. En cualquier caso, nunca se habría mostrado malvado o injustamente autoritario, pero desde hacía tiempo parecía atormentado. Sin duda porque sentía que estaba envejeciendo y, al no tener descendencia, ni por tanto herederos, temía por el futuro de sus dominios.

El tío Georg se había casado varias veces. Había repudiado a numerosas mujeres, y se había casado con tres de ellas, pero a pesar de todos sus esfuerzos, nunca habían podido concebir un hijo. ¡Sin duda el problema era él, y no sus esposas! La última, solo dos años mayor que Lizzie, falleció el invierno pasado por culpa de una terrible tos, y no estaba pensando en buscar una nueva esposa; por mucho que Alastair, su hombre de confianza, se lo suplicara con una insistencia casi religiosa.

Lizzie huía de ese hombre como de la peste. Era vil, y si ella detestaba las miradas oscuras que en ciertas ocasiones le dedicaba su tío, odiaba todavía más las de Alastair. Solo Dios sabía lo que era capaz de hacer por su señor. Afortunadamente para ella, él lo seguía en todas sus salidas.

Cabe decir que Lizzie era lo que se podía llamar una belleza. Según los sirvientes —que habían conocido a sus padres antes de que perecieran en la hoguera que había diezmado a la población del dominio, poco antes de su nacimiento—, había heredado los ojos negros de los MacDonald y la abundante cabellera castaña de su madre. Si a eso le añadimos una silueta esbelta, un porte de princesa y una inteligencia destacable, Lizzie era sin dudas la chica más bella de las *Highlands* y también la más codiciada. Muchos de los amigos de su tío soñaban con meterla en su cama y cortejarla asiduamente. Ella se dio cuenta muy temprano del deseo que despertaba en los hombres y había aprendido a ignorarlos y reírse de ellos en vez de mandarlos a paseo. ¿Acaso el tío Georg había decidido no volver a casarse y renunciar a tener herederos hombres para poner toda su esperanza en ella? Ella amaba sus dominios y su gente, pero no lo suficiente como para aceptar cualquier unión.

Se dio la vuelta al escuchar la puerta de su habitación abrirse tras unos breves golpes. Vio entrar a Jeanie, la mujer que la ha cuidado desde niña, una doncella de unos cuarenta años que siempre viste de negro, es fuerte como un roble y de trato un tanto brusco.

Lizzie no tenía más que buenos recuerdos de esa mujer. A veces se comportaba de una forma algo tosca y le faltaba dulzura, pero, gracias a ella —o por culpa de ella—, Lizzie había adquirido ese carácter prudente y un poco desafiante ante los hombres, puesto que Jeanie los detestaba y siempre renegaba de su doble moral. Lizzie sospechó —cuando tuvo la edad suficiente para hacerse ese tipo de preguntas sin jamás osar a hacerlas directamente— que la habían maltratado, pero aun así decidió formarse su propia opinión acerca de los hombres.

Es cierto que la mayoría no le había causado una gran impresión y ninguno la había seducido, pero definitivamente en algún lugar había un hombre distinto que haría desbocar su corazón. El hecho de que Jeanie no hubiera conocido nunca el amor no significaba que todos los hombres fueran peores que un perro.

Su rostro, rígido como de costumbre, anunciaba tormenta.

Veamos, ¿qué quiere ahora?

—Su tío la reclama, mi señora.

Lizzie se levantó.

Tenía miedo de saber qué quería decirle. Si sus sospechas eran ciertas, iba directa a una lucha descarnada entre los deseos de su tío y los de ella: ella no quería irse del clan MacDonald, no todavía; y mucho menos para irse en brazos de un hombre que no habrá escogido.

—¿Qué quiere de mí?

—No lo sé, pero me ha ordenado que la lleve ante él inmediatamente.

Por el momento, ganaba más mostrándose dócil y no enfadando a su tío, así que aceptó seguir a su doncella.

Ya habría tiempo de actuar más tarde. Después de todo, tal vez estaba equivocada.

***

Entró en la estancia, una inmensa sala donde reinaba un asiento de madera esculpida en el cual se encontraba sentado su tío. De pie, detrás de él estaba Alastair, junto a una enorme mesa que podía acoger a cincuenta comensales. Jeanie la acompañó. Lizzie se puso rígida y se preparó para

lo peor: el rostro de su tío revelaba que algo no iba bien. Había una tercera persona, un hombre también de pie al lado del trono. Su cara confirmaba el pensamiento de preocupación de su tío. Parecía rico; el *plaid* le cubría el hombro y su ropa era de buena calidad. Sus calzas y botas eran igual de elegantes, pero lo que alertó a Lizzie fue la mirada de lujuria que puso sobre ella en cuanto cruzó la puerta. Una mirada lasciva e insostenible.

¡Parecía que ya se la estaba imaginando en su cama!

Ella elevó el mentón y avanzó. Debía mantenerse impasible. Sabía que este día iba a llegar y estaba preparada, pero no pensaba que su tío iba a escoger a un hombre como ese para convertirlo en su esposo. Un hombre que, viendo su rostro, se dejaría llevar por la cólera o quizá por su apego a la botella. Antes morir que meterse en su cama, ¡aunque tuviera la mejor intención del mundo! Se le erizó la piel ante el pensamiento de que ese hombre pudiera tocarla.

Ignorándolo, se inclinó ante su tío y unió sus manos en un gesto falsamente servil.

—Mi querido tío…

Para su gran sorpresa, no descendió del trono para besarla, como habría hecho normalmente. Aunque no fuera muy parlanchín, el tío Georg mostraba cierto sentimiento de aprecio hacia ella. ¿Había sido sincero o, después de todo, solo la veía como un mero instrumento de cambio? Quizá forjar una alianza con otro clan igual de poderoso que el suyo, asentar su poder, emprender conquistas de otros territorios… Su mirada era implacable, lo que la sorprendió de una manera desoladora.

—Querida sobrina —dijo con una voz suave—. Déjame presentarte a Dougal Campbell, tu futuro esposo.

Sus miedos no eran infundados. ¡Quería casarla con este hombre terrible!

Todo su cuerpo se tensó cuando el hombre, Campbell, descendió del estrado y se acercó a ella para dar una vuelta a su alrededor como habría hecho con el bestiario del mercado con el fin de juzgar su nueva adquisición. Lizzie fingió sorpresa mientras lo miraba de reojo. Olía mal y constató que su barba estaba sucia y su camisa era de un blanco dudoso. Sus ojos eran de un azul desteñido y su pelo rojo estaba aclarado por el sol. Se le escapaban varios mechones del recogido que mantenía la cabellera detrás de su cabeza, lo que le daba un aspecto de lo más desdeñoso. Era alto y parecía un salvaje, un salvaje peligroso.

—¿Un esposo, querido tío? Pero… No me lo esperaba, no me había dicho nada.

—Bueno, ¡te lo estoy diciendo ahora!

Su tono seco la desestabilizó. No quería contrariar a su tío ni poner en duda su autoridad delante de un extraño, pero necesitaba negarse a tal propuesta. El hombre la sorprendió agarrando su rostro entre sus dedos, que se incrustaron en su carne. El gesto fue tan rápido que no pudo evitarlo y soltó un pequeño grito.

—¡He aquí una potranca rebelde! ¡Me gustará domarla, Georg!

Teniéndolo de frente, Lizzie no pudo evitar escupirle en el rostro.

—¡Está soñando! ¡Jamás seré dócil! Si quiere una esposa así, le aconsejo que la busque en otra parte.

Sus ojos lanzaban destellos. Ella estaba dispuesta a todo para desafiarlos, tanto a él como a su tío. No podían coaccionarla; ella no se dejaría. Su corazón se tensó ante el pensamiento de que su tío tenía todos los derechos sobre ella. La educó como a su heredera, así que podía decidir su destino. Así era con las mujeres y, sobre todo, con las huérfanas que no tenían a nadie que las defendiera.

Aunque estaba sola en el mundo, se resistiría.

Se bastaba con su honor y su dignidad.

No supo exactamente cómo sucedió, pero fue tan violento y rápido que le fue imposible detenerlo: Campbell le dio tal revés con el dorso de la mano que la envió al suelo. Muda, pese a que su instinto de supervivencia le pedía a gritos huir del hombre que le había pegado, se puso rápidamente en pie e intentó escapar. Pero Alastair, a quien no había visto desplazarse, salió de detrás de un pilar y la detuvo cuando llegó a la puerta.

Ella se debatió.

—¡Suélteme! ¡Le prohíbo que me toque! —gritó, pero la mano derecha de su tío era mucho más fuerte que ella y la falda le entorpecía los movimientos.

Pateó con todas sus fuerzas sin demasiado éxito.

Alastair le pegó los brazos al cuerpo y la lanzó a los pies de Campbell como un vulgar saco de patatas. Luego le puso los brazos detrás de la espalda y apoyó todo su peso sobre ella. Le hacía daño, y cuanto más se debatía ella, más forzaba sus brazos. Sentía que los hombros estaban a punto de rompérsele. ¡Debía de estar encantado de maltratarla, el muy traidor! Había intentado seducirla tantas veces sin ningún éxito que ahora estaba obteniendo su venganza. Ella sabía que la deseaba desde que la pilló en un pasillo para intentar hacerla suya y así ascender en la sociedad. Debía su supervivencia a la intervención de Jeanie, que con el ruido que hizo en la escalera lo hizo huir. Ella no dijo nada; no quería armar un escándalo. Habría sido su palabra contra la de ese cerdo y no estaba muy segura de a quién hubiese creído su tío. Alastair podría haber dicho que ella intentaba seducirlo, y entonces perdería su honor. Hizo de tripas corazón y guardó silencio, pero sabiendo ya desde entonces lo que podía esperar de ese hombre, se aseguró de estar siempre acompañada por sus guardias. También se cercioró de tener un cuchillo siempre encima y de cerrar la puerta de su habitación con llave. Si hubiera conseguido su deseo de hacerla suya, ella habría estado obligada a casarse con él, algo que quería evitar a toda costa.

Pronto comprendió que era un juego que elegían muchos hombres, incluido su tío. Afortunadamente, Jeanie le enseñó a desconfiar en ellos.

¿Cómo podía ser que su vida fuera de repente tan terrible?

Tenía lágrimas en los ojos, pero se las secó con coraje. No quería parecer débil ante ellos. Se prometió luchar hasta su último aliento, aunque eso supusiera recibir todavía más golpes. Poco le importaba. La necesitaban, por lo que no iban a matarla.

Levantó la cabeza.

—Prefiero poner fin a mis días a que me fuerce ser suya —escupió con los dientes apretados.

—Y yo te dejaré hacer con alegría, pero no antes de que me des un hijo.

—¡Váyase al cuerno!

Campbell le agarró de nuevo el rostro y apretó hasta casi romperle la mandíbula. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se forzó a mantener su mirada. No iba a bajar la vista ante este tipo. Lo odiaba con toda su alma.

Acercó su rostro y siseó como una serpiente:

—Podrás patear todo lo que quieras, preciosa; conseguiré separarte las piernas y tomarte a la fuerza hasta hacerte gritar.

—No sirve de nada rebelarse, querida sobrina —dijo su tío con calma, como si todo eso no le concerniera, mientras se levantaba del asiento—. Desde este momento le perteneces. Cuerpo y alma. Así que será mejor que te comportes si no quieres empeorar tu situación y sufrir inútilmente. El rol de una mujer es el de obedecer a su esposo. Lo siento, amigo, creo que le he dado demasiada libertad, pero puedo aseguraros que comprenderá cuál es su deber; Lizzie es una

jovencita inteligente. Alastair, acompáñala a su habitación, por favor. Eh… Pero… ¿Qué sucede ahora? —preguntó mirando la entrada de la sala cuando Alastair la tiraba de nuevo a sus pies en un gesto brusco, para seguidamente llevarla hacia la salida.

Para su horror, Jeanie se mantuvo en silencio y no hizo ningún gesto para defenderla mientras ambos continuaban con su camino.

Su mirada se cruzó entonces con la de un hombre que los guardias arrastraban hacia su tío agarrándolo por los brazos. Una mirada cargada de cólera, pero fiera y digna. Al igual que su postura. No cedería ante nada y lucharía hasta su muerte.

Sabía lo que su tío le había reservado: el látigo para que confesara su nombre, el calabozo hasta la entrega de un posible rescate si venía de una buena familia, o la horca si no era más que un vulgar ladrón. No debía de tener más de veinte años y sus pupilas, de un verde intenso, eran dignas de admirar. Pero lo que más llamaba la atención eran los rasgos de su rostro, finos y harmoniosos y de una gran belleza.

Lizzie se giró para seguirlo con la mirada y él hizo lo mismo, hasta que los guardias lo pusieron brutalmente de rodillas ante el trono de su tío. Ella sabía lo que sentía; era lo mismo que estaba sintiendo ella: humillación, ira, impotencia, la convicción de no ceder ante la brutalidad de esos hombres y un fuerte deseo de venganza…

Sí, ella sentía todo eso en lo más profundo de su ser. Notó de repente una conexión con ese chico, puesto que los dos habían sido sometidos a la maldad y la barbarie de los hombres con poder.

Cuando cruzó la mirada con Campbell, una mirada llena de odio y júbilo a la vez, se hizo la promesa de que, si por desgracia no podía escapar de esa unión, le clavaría un puñal en el corazón en cuanto se presentase la ocasión.

Y si la deshonraba, se mataría tras acabar con él.

2

Lizzie luchó por mantenerse sobre sus pies cuando Alastair la empujó hacia la habitación.

Tras unos pasos en los que casi cae de rodillas, logró ponerse de pie. Miró a la mano derecha de su tío con desdén. Se tragó sus palabras. No merecía la pena desperdiciar saliva, y sabía que él esperaba eso, que ella le suplicara o se lanzara contra él. De una forma u otra, él habría disfrutado, y ella no le iba a dar ese placer. Se contentó con mirarlo. Él abrió la boca, pero se lo pensó y cerró la puerta con violencia para luego girar la llave.

Estaba prisionera.

Se lanzó contra la puerta, gritando para que la dejaran salir. Golpeó la madera, llamó a Jeanie, lloró de rabia y chilló hasta perder la razón, pero no sirvió de nada. Nadie vendría a ayudarla. Su destino ya estaba escrito.

***

Tras un largo rato en el que continuó golpeando la puerta, reflexionó para encontrar una escapatoria. ¿Por qué no aprovecharse del deseo de Alastair para que la salvase prometiéndole que sería suya? Algo que evidentemente no deseaba, pero creía tener la capacidad de hacérselo creer. Fingiría quedarse con él hasta estar lejos de la fortaleza y luego seguiría el camino sola. Podría vender algunas joyas de su madre y pagarse un pasaje en un barco que la llevase a España o Francia, o incluso quedarse en Inglaterra.

¡Iría a cualquier sitio!

Daba igual adónde, pero lejos de los dos monstruos que querían hacer de su vida un infierno. Tenía que huir lo antes posible. Pero sin ayuda desde fuera, ¿cómo lo haría? Había pensado muchas veces en esconder una cuerda bajo el colchón para bajar de la alcoba y huir en caso de una situación como aquella; pero nunca lo había hecho, y ahora era demasiado tarde. Con los nervios a flor de piel y sin saber qué hacer, sacó su saco y guardó en él algunos vestidos; un camisón; sus joyas, bien escondidas en un saquito de terciopelo; su peine y su libro favorito, una colección de poemas. Luego, sin saber qué más hacer, se sentó en la cama. Solo le quedaba esperar a que su carcelero le trajera la cena. Ideó la estratagema perfecta: abriría su vestido para mostrar un escote por debajo de la garganta, se humedecería los labios y mordería el inferior de forma sugerente, contonearía las caderas… Lo había visto en otras mujeres para llamar la atención de los amigos de su tío. Ella nunca lo había hecho, pero no podía ser demasiado complicado. Estaba segura de que podría engatusar a Alastair. No era tonto, pero el deseo le cegaría y lo empujaría a traicionar a su tío.

***

Las horas pasaron lentas.

Lizzie repasaba en bucle lo que había sucedido y, lejos de apenarse de su suerte, una nube negra de ira poseyó su alma. ¿Cómo la había podido traicionar así su tío y dejar que ese hombre

la agrediera? No eran más que dos monstruos sin corazón.

Dios, ¡cómo los odiaba! Cómo odiaba a los hombres que se otorgaban el derecho de vida y muerte sobre los demás. Eran unos desgraciados que solo escuchaban sus propios deseos. No pensaban en los demás, y los trataban como simple mercancía.

***

El tiempo pasaba y no había ni cena ni visita.

Alastair no volvió para torturarla, cuando ese era su único deseo, un deseo que se desvanecía lentamente. Puso una mano sobre el cuchillo que mantenía en su muslo agarrado con una banda de satén. Necesitaría coraje para cortarse la garganta, pero sabía que lo tendría. Si su tío la dejaba partir con ese hombre, se mataría delante de sus ojos antes de salir de la sala. Estaba sola en el mundo: no echaría de menos a nadie y nadie la echaría de menos. Al final, su vida no era más que una sucesión de miserias; pero era así: uno no escogía su destino y, si bien hubo un tiempo en el que ella tenía fe en sí misma, ya no era el caso. La única persona con quien creía contar acababa de traicionarla de la peor de las formas.

Si hubieran hablado del tema, si hubieran convenido un esposo, Lizzie habría podido aceptar el matrimonio. Después de todo, había cosas más desagradables que convertirse en la mujer de un poderoso *laird* y la dueña de un inmenso dominio. Habría tenido sus propios sirvientes, tendría poder de decisión sobre ellos y también un esposo que terminaría amándola al cabo del tiempo. Un esposo al que ella habría podido domar, porque comprendía el poder que tenía sobre los hombres. Podía manipularlos sin problema si no eran demasiado inteligentes.

Ella sí lo era.

Se tumbó formando una bola sobre su colchón, sin siquiera desvestirse. Y a pesar de sus tormentos, se durmió enseguida.

***

Se despertó de un sobresalto cuando sintió dos manos sacudirla y una voz murmurar en su oreja:

—Arriba, mi niña, ¡que tiene que irse!

Desorientada, parpadeó varias veces y miró a su alrededor. Era de noche. Los recuerdos volvieron con fuerza: su tío, ese hombre despiadado que quería convertirla en su esposa, su habitación convertida en prisión, la desesperación…

Se incorporó.

—¿Qué ocurre, Jeanie?

Tras haberle dado un paquete cubierto por un trapo de cocina —sin duda algunos víveres—, su doncella le tendió un saco y una capa.

—Los guardias están bebiendo vino. Puede huir, pero tiene que darse prisa. Su yegua la espera detrás de la poterna. Iré a primera hora a cerrarla.

Lizzie se levantó y se puso la capa.

—¿Por qué haces esto y antes no has pronunciado ni una palabra para defenderme cuando ese hombre me ha pegado?

Se tocó la mandíbula dolorida.

—No quería que su tío dudara de mí y me encerrara. De esa forma no podría haberla ayudado a huir. Le pido perdón si ha dudado de mi fidelidad, pero que sepa que siempre estaré de su lado.

Y que la quiero como habría querido a mi propia hija, si hubiera tenido la fortuna de tener hijos.

Lizzie no pudo evitar lanzarse a sus brazos. Jeanie la estrechó contra su pecho.

—¿No tendrá problemas si el *laird* descubre que me ha ayudado a escapar? —preguntó ella tras separarse de su doncella.

—No tema, su tío no me hará daño. Le soy muy útil.

¿Qué quería decir con eso? ¿Compartía su cama?

¡Jeanie detestaba a los hombres!

No se permitió hacerse más preguntas cuando Jeanie le indicó que la siguiera.

***

Corrieron por los pasillos pisando solo con la punta de los pies. Luego descendieron la gran escalinata que llevaba a la sala común, que evitaron metiéndose a la cocina. Jeanie había dicho la verdad: los guardias de los dos campos yacían en el suelo o dormitaban sobre las mesas.

La criada abrió la puerta de la cocina que daba al exterior y de la cual tenía la llave.

Agarró a Lizzie por los hombros, le besó las mejillas y le hizo la señal de la cruz sobre la frente. Era una mujer piadosa y, sin duda, supersticiosa.

—Buena suerte, mi niña. Que Dios la proteja.

—Que Dios te proteja a ti también, Jeanie. Gracias por todo… ¿Te volveré a ver algún día?

Dejar a su doncella cuando acababa de descubrir al fin su calidez y el amor que le profesaba le dolía en el corazón; al igual que dejar el único hogar que había conocido o en el que se sentía en relativa seguridad. Un hogar que ella amaba a pesar de todo, igual que amaba a su tío. Hasta ese día. Habría dado mucho para que los últimos acontecimientos no hubieran sucedido y para reencontrar la felicidad de su infancia.

—Eso espero, Lizzie. A partir de ahora, sea prudente. No confíe en nadie.

¡Eso no sería un problema!

Lizzie comprendió la lección: nunca dejaría que un hombre decidiera por ella, a menos que fuera para su mejor interés y conforme a sus propios deseos.

Tras un último beso, inspiró profundamente, apretó el saco contra su vientre y se lanzó hacia la noche, decidida a recorrer la máxima distancia posible antes de que llegara el día. Rodeó el muro interior, procurando confundirse con las sombras. Había luna llena, así que podía cabalgar sin demasiada dificultad. De todas formas, conocía cada piedra de cada camino de los alrededores, incluso más allá del dominio de su tío. Al pasar por delante de la entrada de la mazmorra para llegar a la poterna, Lizzie pensó en el prisionero y en la fiereza del brillo de sus ojos, así como en cuánto le había intrigado, por no mencionar la extrema armonía de sus rasgos.

¡No es momento de pensar en eso!

No tenía ni un minuto que perder. Pero cuanto más se alejaba de la mazmorra, más pensaba en él.

¿Lo habrían ejecutado ya? Si era así, perdía el tiempo. Aunque ese no podía ser el caso. Habría escuchado la ejecución, ya que las sentencias tenían lugar bajo la ventana de su habitación, en el patio donde habían instalado permanentemente una plataforma con un tajo, una horca y una picota. ¡Para que todos supieran lo que implicaba rebelarse ante el gran Georg MacDonald!

La muerte era parte de la vida, y nadie se ofuscaba ante las penas incurridas por los delitos menores; era el honor del clan. Además, solo ejecutaban a extranjeros y miembros de los clanes

enemigos; los habitantes del dominio eran sancionados con menor severidad, esto es, les cortaban una mano o una oreja.

Todos asistían al espectáculo con satisfacción para deleitarse con las vistas. Las escenas a las que habían obligado a asistir a Lizzie le habían provocado náuseas. Ella esperaba no tener jamás que subir a tal estrado, puesto que sabía perfectamente cómo se comportaba una multitud encolerizada; y a veces no hacía falta nada para que se encendiera y pidiera un festín con la sangre de los más débiles.

Lizzie apartó esos pensamientos de su mente y reflexionó sobre sus siguientes pasos: estaba sola y sin protección. Tendría que ir con cuidado, puesto que una mujer viajando sola despertaba ciertas sospechas indeseadas. Decidió llegar a la ciudad más cercana, Inverness, y mezclarse con un grupo de viajeros. Podría vender su hacanea a buen precio. Le rompería el corazón, pero ¿qué más podía hacer? No podía llevarla allí a donde iba.

Lizzie ralentizó el paso. Ese hombre seguía ocupando su mente.

Nunca podría perdonarse el haberlo abandonado a una suerte atroz cuando ella misma había sido salvada por un alma caritativa. No podía salir de los dominios sin haber intentado darle la libertad. El hecho de que ella podría perder la suya si se demoraba demasiado fue algo que le pasó por la cabeza por tan solo un segundo. Decidida, dio media vuelta y bajó los escalones que llevaban a los calabozos, vigilando no resbalar sobre el fango. Desde que era libre, su corazón no dejaba de latir desbocado, tanto por miedo como por excitación.

Pero ¿no cometía un grave error liberando a ese extranjero?

¡Poco importaba! Debía hacer caso de su bondad.

Se detuvo al escuchar un ruido que provenía de la sala de los guardias, a su derecha, cerca de la entrada. Solo había bajado a ese sitio una vez, por simple curiosidad; pero lo recordaba como si fuera ayer. El estado de suciedad en la que se mantenía a los prisioneros la repugnó, igual que la sala de tortura. Molesta e indignada, decidió no volver a poner un pie allí y se esforzó tanto como pudo en intentar olvidar que allí abajo torturaban a gente.

Se concentró en lo esencial: coger el puñado de llaves que abrían las celdas que sabía que se encontraba en la sala de los guardias. Los ruidos se calmaron y ella continuó avanzando. Una vez llegada a la sala, miró al interior con cautela. Los tres carceleros, ebrios también, estaban tirados sobre la mesa con jarras a su alrededor. Rara vez estaban alerta. ¿Quién podría tener la idea de venir a liberar a un prisionero? Lizzie rezó en silencio para que el detenido no estuviera encadenado a la pared y que fuera capaz de mantenerse de pie, o ella perdería un tiempo precioso.

Dejó su saco, entró de puntillas y corrió sin hacer ruido para coger las llaves, que agarró fuertemente para que no chocaran las unas con las otras. Salió con la misma discreción con la que entró, recuperó sus pertenencias y se dirigió al pasillo de las celdas. El hedor era irrespirable, pero lo ignoró. Tenía que encontrar al prisionero lo antes posible y no demorarse, por la supervivencia de ambos. Cometería una traición liberándolo y se arriesgaba a ir a la horca por esta fechoría. O peor: al matrimonio. Escogería el cadalso si pudiera elegir.

No queriendo darle más vueltas al tema, observó todas las celdas, iluminadas por los faroles colocados a lo largo del pasillo central, hasta dar con la que le interesaba. Reconoció al hombre por su ropa. Acurrucado sobre sí mismo, le daba la espalda y le parecía escucharlo gimotear.

Deslizó una de las llaves en la cerradura… No era la buena.

Intentó otra, y luego otra y otra.

Deprisa, deprisa…

Sus manos no temblaban, pero tenía que apresurarse y tenía miedo de intentarlo con la misma llave varias veces, lo que le haría perder un tiempo precioso y reduciría las opciones de salir vivos de allí.

Suspiró.

Necesito un método, razonar…

Finalmente encontró la llave correcta. Empujó la puerta, que chirrió ligeramente. Contuvo el aliento, miró en dirección a la sala de los guardias y esperó, temblando de angustia, que uno de ellos apareciera. Pero no sucedió nada. Solo se escucharon los ronquidos. Recuperó la valentía y entró. Todavía tenía que despertar al prisionero, al ver que este no reaccionaba; y luego tenía que ayudarlo a levantarse, sostenerlo en caso de que no pudiera caminar solo, llegar a la poterna, montar en el caballo…

Dios mío, ¿en qué clase de lío me he metido?

¿Por qué había tomado la decisión de ayudar a este joven que no era nadie para ella e ignorar toda razón? Lizzie se puso enferma solo con imaginar el hacha del verdugo cortándole el cuello o sus magníficos ojos salirse de las órbitas cuando la cuerda le privara de aire.

Al llegar adonde se encontraba, puso una mano sobre su hombro y lo sacudió dulcemente para despertarlo mientras le susurraba en la oreja:

—Escuche… ¡Despierte!

Tras unos segundos que le parecieron horas y tras reiterar su súplica, el prisionero se movió al fin.

—No haga ruido o estamos perdidos —murmuró de nuevo en su oreja.

Él asintió para hacerle entender que la había escuchado, se incorporó confundido y se pasó las manos por el pelo. Bajo la débil luz de las farolas, Lizzie pudo entrever su bello rostro dañado por los golpes. Tenía sangre seca sobre la piel. No era agradable de ver.

¡Qué cerdos!

Los guardias disfrutaron con él, a menos que hubiera sido su tío, que a veces disfrutaba torturando él mismo a los reos.

Él abrió la boca para preguntar, pero Lizzie se lo prohibió:

—Hablaremos más tarde. ¿Puede caminar?

—Sí, creo que sí —respondió el prisionero levantándose con precaución.

—Entonces, ¡vayámonos!

La detuvo agarrándole el brazo.

—No sé por qué hace esto, mi señora, pero gracias.

—Tendremos todo el tiempo del mundo de discutirlo cuando salgamos de aquí —reiteró ella —. ¡Apresurémonos!

El joven la soltó y Lizzie avanzó hacia la reja de la celda. Tras asegurarse de que el camino estaba libre, le hizo una señal para que la siguiera. Parecía cojear, pero cuanto más avanzaba, más parecía recuperar fuerzas. Cruzaron la puerta y salieron de los calabozos sin encontrar a nadie. El prisionero la seguía con dificultad, pero con determinación, y ella puso dirección a la poterna al final de la fortaleza. Él mismo era consciente de que se arriesgaban mucho y procuró seguirla lo más cerca posible. Lizzie escuchó su aliento entrecortado. Era evidente que estaba sufriendo, pero soportaba el dolor con coraje. Sin ella, le habría sido imposible salir de la fortaleza viendo que el puente estaba elevado.

Lizzie bajó la palanca de madera. Esperó en ese momento que alguien se diera cuenta de su huida y diera la alarma, pero no sucedió nada. La puerta cayó sin hacer ruido y rápidamente

huyeron al exterior.

Cerró en cuanto salió su acompañante.

Su hacanea, Ventisca, estaba esperándola allí, ensillada y atada por la brida a una de las anillas previstas para esa función. Lizzie le dio unas palmadas en el cuello y agradeció su paciencia. El animal le respondió con un golpecito de morro. Luego, expiró por la nariz. Era evidente que cabalgar de noche no le disgustaba.

Lizzie se giró hacia el hombre. La luz de la luna se reflejaba en su rostro. Él también la miraba. Parecía… perdido.

—Tendremos que compartir mi yegua. Es fuerte y valiente; podrá llevarnos a los dos.

—Si se cansa, bajaré y la llevaré de la brida. No tema, mi señora. Monto primero y usted sube después, ¿le parece bien?

Su voz era dulce y su actitud caballerosa, la de alguien bien educado. Lizzie no se había equivocado, era digno de confianza. Se felicitó por haberlo liberado.

Ella no había vuelto a cabalgar así desde la infancia, desde que su tío la había llevado de paseo o a visitar sus tierras; pero sin querer contrariarlo ni insultar su honor, aceptó. El joven subió con una mueca de dolor manteniendo su brazo izquierdo contra su torso y luego le tendió la mano derecha para ayudarla a subir delante de él, sentada con las dos piernas a un mismo lado. Él era más alto que ella y le pasaba una buena cabeza. Él dio un golpe con el tacón. Ventisca reaccionó inmediatamente y avanzó. El joven hombre era un distinguido jinete y la yegua, al sentir su confianza, obedeció sin rechistar.

Se apresuraron cuesta abajo y luego cogieron el camino que conducía al bosque que rodeaba la fortaleza. Si mantenían ese paso infernal, solo necesitarían unas horas para ponerse a cubierto. Pero incluso entonces tendrían que continuar camino hasta estar completamente a salvo. El joven parecía conocer los alrededores perfectamente.

¿De dónde venía? ¿Adónde la llevaba?

A su hogar, definitivamente…

Iban demasiado rápido para que ella pudiera hacer esas preguntas, así que estaba completamente en sus manos. A decir verdad, estaba contenta de no estar sola y de tener a alguien que la protegería, aunque fuera joven y no tuviera armas. Parecía ser de carácter impetuoso. Sí, tenía que dejarse llevar; no tenía otra opción. Que la llevara lejos de ese lugar era suficiente.

***

Cabalgaron largo y tendido hasta que amaneció, pero fueron parando para que la yegua, igual que ellos, reposara. Lizzie se dejó caer de la silla. Cuando el hombre bajó a su vez, ella agarró las riendas de la yegua y las ató a la rama de un árbol. Se sentó a los pies de este, exhausta. Era muy buena amazona y tenía por costumbre montar durante horas, pero no en esta posición incómoda. Su compañero se alejó y Lizzie comprendió que necesitaba aliviar ciertos instintos naturales, cosa que ella misma debería hacer, pero tenía miedo de alejarse del animal.

¿Y si huía con ella? Tendría que caminar y estaría sola. Sería muy fácil atraparla.

Él se sentó ante ella y le tendió unas bayas.

—Gracias.

—De nada, es lo mínimo que puedo hacer. Cuando estemos en mi casa, le ofreceré un festín para agradecerle que me haya salvado.

El vientre de Lizzie rugió, lo que hizo que se miraran y sonrieran. Este joven hombre tenía una sonrisa magnífica a pesar de los moretones y la sangre seca que le adornaba las mejillas. Tenía dientes muy blancos y la luz del día naciente permitía a Lizzie ver hasta qué punto sus rasgos eran finos y lo verdes que eran sus ojos. Era realmente bello.

La muchacha se metió una baya en la boca y la mordió para notar su sabor, el de la libertad. El joven la miró, con cierta fascinación, aunque parecía absorto en sus pensamientos.

—Es decir, si usted quiere acompañarme hasta mi hogar…

—Oh… Allí o adonde sea. Me da igual.

—¿Decidido, entonces? ¿Vamos a mi hogar?

—Sí, decidido. ¿Está muy lejos?

—A tres días a caballo. Usted estaba huyendo, ¿verdad? —preguntó tras unos minutos de silencio.

—Sí, me querían casar a la fuerza con un ser despreciable. Afortunadamente, mi doncella me liberó de la estancia donde me mantenían prisionera.

Quizá no debería confesarle sus tormentos, pero se sentía extrañamente vinculada a ese chico a causa de que lo había salvado. La miró con intensidad.

—Una vez más: gracias, mi señora. Me ha salvado de una muerte definitiva.

Se abstuvo de preguntar de qué abuso lo había salvado, pues no quería hacerle revivir esos momentos dolorosos.

—¿Qué hacía en nuestras tierras? —preguntó ella simplemente.

—Vinimos a recuperar el ganado que nos habían robado y nos atraparon. Los otros pudieron huir, pero yo no.

—Oh… ¿Hubo muertos o heridos?

—No en nuestro campo, pero sí en el suyo.

A Lizzie le daba igual. Los guardias de su tío le pisaban los talones y la mayoría eran animales sanguinarios. Si su tío les hubiera pedido golpearla a su criterio, lo habrían hecho. Siempre se había sentido más cercana a la gente de la ciudad que a los hombres del clan, lo que no evitaba que los respetara, hasta ayer al menos. No se estaba engañando a sí misma: su clan nunca ofrecía ayuda. Nadie desobedecería las órdenes del *laird* o sufrirían su furia en todo su esplendor. Ella era, desde ese día, una paria. Y no los culpaba; simplemente era así: había leyes, y ella las había desobedecido, con el riesgo que eso conllevaba. Pero seguía sin arrepentirse de nada: antes huir, o incluso la muerte, que vivir como una esclava. Nada le hacía estremecerse hasta tal punto como ser esclava de un hombre como Dougal Campbell. Esperaba no cruzarse nunca más en su camino.

—¿Cómo se llama?

—Ewen.

—¿Ewen qué más?

—Ewen Kin… Ewen Kinkaid.

—Oh… Me parecía que el dominio de los Kinkaid estaba todavía más lejos.

—Sí, señora, pero tenemos un campamento en el límite de la frontera. Allí es donde nos dirigimos primero.

—¡Muy bien! ¿Y qué hay de los MacLeod? ¿Los conoce? ¿Es prudente cruzar su territorio?

—Los MacLeod solo tienen problemas con su clan. Por nuestra parte, no hay nada que temer; nos dejarán tranquilos. Se comportarán bien con nosotros, mi señora, se lo prometo.

—Perfecto, entonces. ¿Volvemos al camino?

Lizzie saltó sobre sus pies y su compañero hizo lo mismo reprimiendo una mueca de dolor.

—¿Qué le parece si cojo yo las riendas? —le propuso ella—. Podría descansar y apoyarse en mí. Ha cabalgado durante horas; debe de estar agotado.

—No se lo voy a negar, reconozco que me duele todo. Se lo agradezco.

—Deje de darme las gracias, Ewen, no he hecho más que mi deber salvándolo.

—Quizá, pero pocas personas habrían tenido el valor. Así que, desde lo más profundo de mi corazón, gracias.

Lizzie le respondió con una sonrisa y montó.

Le tendió la mano como él había hecho la vez anterior para ella y subió detrás de ella. En esta ocasión quien tenía las era ella.

Espoleó a Ventisca y retomaron su camino.

***

Hacia el mediodía hicieron una nueva parada. Desayunaron legumbres robadas de un campo, que lavaron en el agua de un río y en el que pudieron calmar también la sed. Afortunadamente para ellos, era un precioso día soleado y Lizzie podría haber disfrutado del paseo, pero ya no había tiempo para eso. No olvidaba que a la hora que era, su tío y Campbell ya se habrían lanzado en su búsqueda. ¿Y si se habían dado cuenta de que había liberado a un prisionero? Ewen le había confiado que acabó revelando su identidad para que dejaran de golpearlo. ¿Habrían deducido que se dirigían a su hogar? Las dudas no dejaban de avasallarla y a menudo tendía la oreja para percibir si escuchaba los ruidos de los cascos de los caballos a lo lejos.

Cuando retomaron camino, Lizzie le propuso a Ewen atarlo a ella con su *plaid* para que pudiera dormir unas horas y no se cayera del caballo. Él le reconoció que los dolores lo habían atormentado y que apenas había descansado cuando ella lo había liberado. Ella quería preguntarle sobre su clan, pero al sentir su peso sobre ella comprendió que se había dormido. Sus preguntas tendrían que esperar hasta que se detuvieran por la noche. Cuando el sol se puso, se desvió del camino para meterse en el bosque. Al ver una granja abandonada, se detuvo y despertó a Ewen. Acercaron a la yegua y el joven se ofreció a vigilar, puesto que había dormido la mayor parte del día. Lizzie aceptó y se acostó sobre el heno. Se durmió enseguida, agotada por la fatiga y rezando para que cuando despertara Ewen siguiera allí.

Un agradable olor a carne asada la despertó horas más tarde. Ewen había ido a cazar y había conseguido capturar un conejo que se estaba cocinando sobre una pequeña hoguera. Definitivamente, este chico estaba lleno de sorpresas y ella estaba agradecida por su compañía. Si se hubiera quedado sola, habría sido incapaz de encontrar comida y hacer un fuego.

La saludó con una sonrisa.

—Estará listo en unos minutos, mi señora.

—Llámeme Lizzie, Ewen, por favor —respondió ella sentándose ante él al otro lado de la fogata.

Él entrecerró los ojos.

—¿Usted es Elizabeth MacDonald? ¿Lizzie MacDonald? ¿La sobrina del viejo Georg?

Su asombro la hizo sonreír.

Acercó sus manos a las llamas para calentarlas.

—Sí. ¿Lo ignoraba? ¿Os supone un problema? —preguntó ante su silencio.

—No, si escapamos de su tío —acabó por soltar—. En caso contrario, no daría mucho por mi

piel. Esta vez no se contentarán con capturarme; me despellejarán pensando que la he secuestrado.

La joven se estremeció.

—Si por desgracia nos atrapan, se lo explicaré. Pero entonces estaré en el mismo lío que usted. —Y añadió, como hablando para ella misma—: Recemos para que eso no suceda.

Ewen suspiró.

—Deberíamos comer rápido y continuar nuestro camino sin demorarnos más. La carne ya está cocida.

Agarró el asador que había confeccionado con una pequeña rama y se levantó para apagar el fuego con el pie. Sus últimas palabras consiguieron reavivar la angustia que Lizzie tanto había intentado disimular.

—¿Cree que encontrarán nuestro rastro?

—No he visto a nadie cuando estábamos en lo alto de la colina, que puede ver allí al fondo, pero nunca se sabe.

Agarró la piedra afilada que le sirvió para despellejar al animal y dejó este último sobre otra plana. Cortó un muslo, que le tendió a ella. Lizzie lo cogió y lo mordió. Estaba muerta de hambre. Guardaron silencio mientras degustaban la sabrosa carne. Ewen no dejaba de observarla disimuladamente y ella no entendía esa mirada.

—¿Qué sucede, Ewen?

El joven se aclaró la garganta.

—Había oído hablar de su belleza. Debo reconocer que es todavía más bella de lo que había imaginado.

Ella le sonrió.

—Gracias, es muy amable.

—Es la verdad. Comprendo ahora por qué un gran número de jefes de clanes querían desposarla.

—No es solo por mi apariencia, también para sacar provecho. Háble me de su familia —pidió ella para cambiar de tema—. No sé demasiado sobre los Kinkaid.

Ewen tragó y carraspeó.

—Tengo dos hermanos mayores. Mis padres murieron cuando yo era un niño.

—¿Por una enfermedad?

—Sí, justo… Por una enfermedad.

Ella tenía la íntima convicción de que no se lo estaba contando todo.

—Deberíamos irnos —dijo él de repente.

Ella renunció saber más, se levantó y se sacudió la falda.

—Vuelvo a coger las riendas —anunció él—. Así podrá descansar.

Lizzie no se lo tomó como una petición, sino como una orden.

—Mañana entraremos en las tierras de los MacLeod —dijo—. Déjeme hablar a mí. No os harán daño, se lo prometo.

Lizzie estaba lejos de estar tranquila, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Confiaba en Ewen. Ella lo había salvado; estaba en deuda con ella y no la traicionaría; su honor no se lo permitiría. La noche anterior había tomado la decisión de acompañarlo a su casa, de reposar un poco y luego continuar su camino hacia su destino. Mientras que Ewen no desvelara quién era ella, no estaría en peligro.

***

Cabalgaron todo el día sin apenas hablar, reposaron durante la noche siguiente y a media mañana entraron en las tierras de los MacLeod. Ewen ralentizó el paso de la yegua. El corazón de Lizzie se tensó; nunca había ido tan lejos y ahora penetraba en territorio enemigo.

¡Que Dios se apiadara de ella! Si la descubrían, solo él sabía qué harían esos hombres al verla. Así que rezó con insistencia para que no sucediera nada.

3

Cuando escucharon los gritos en un recodo del camino, a mediodía, ya era demasiado tarde: los hombres ya habían salido de su escondite para cortarles la ruta. Ventisca se levantó, agitada, ante la amenaza. Lizzie y Ewen podrían haber volcado de la yegua de no haber sido buenos jinetes. En pocos segundos aproximadamente una decena de *highlanders* los rodeó. Era demasiado tarde para hacer nada. Les habían capturado.

Uno de ellos agarró la brida de la yegua y, al reconocer a Ewen, rio mientras los demás se acercaban.

—¡Mirad quién es! —dijo—. ¡Y en qué agradable compañía!

—¡Llevadnos ante vuestro *laird*! —ordenó Ewen.

Lizzie se pegó a su acompañante. Ignoraba si los hombres MacLeod la habían reconocido, pero no quería correr el riesgo. Escondió su rostro. Aun así, pudo ver la apariencia descuidada de los hombres: como todos los *highlanders*, tenían la piel curtida por el aire gélido y la ropa rota y sucia, como la de los que pasan las noches en el suelo. Sin ninguna duda eran lánguidos centinelas de los que se postraban en las fronteras del territorio MacLeod. Se sintió orgullosa de sí misma por haber escapado a los hombres de su tío. Ewen sabía perfectamente dónde se escondían. Parecía conocer el terreno mejor que ella y, una vez más, se felicitó por viajar con un acompañante. Sin él, su huida hubiera sido mucho más dura. Estos hombres, aunque no tenían por qué ser una amenaza, la intimidaban.

—Pero… Ew… —soltó el hombre.

—¡Haced lo que os digo! —interrumpió Ewen—. ¡Tengo que ver al *laird* lo antes posible!

Ewen apretó su brazo alrededor de ella haciéndole entender que le dejara hablar, como habían convenido. Podía estar tranquila, ella no diría nada a menos que la obligaran. Lizzie, que sentía sobre ella la mirada del hombre que agarraba la brida, tuvo que esforzarse para no girar la cabeza y observarlo con la misma insistencia.

—¡Todo el mundo en sus sillas! —ordenó el hombre para gran alivio de Lizzie.

—No tenga miedo, lo solucionaré —le susurró Ewen antes de partir al galope.

—¿Cómo? ¿Son peligrosos o no? ¿Impedirán que crucemos su territorio?

—Pase lo que pase y hagan lo que hagan, es mejor que no diga nada.

Lizzie observó su rostro. Tenía el ceño fruncido y apretaba la boca. Evidentemente estaba algo angustiado. ¿Qué escondía? ¿Los Kinkaid eran realmente bienvenidos en sus tierras?

El ruido de los caballos no propiciaba la conversación, así que Lizzie se resignó a no interrogarlo más, aunque la sospecha le nublaba la razón. Decidió meditar por un segundo. Estaba a salvo, Ewen la protegería; se lo había prometido.

***

Cabalgaron a toda velocidad durante dos horas. Luego salieron del bosque y aparecieron ante una fortaleza. Había imaginado al clan MacLeod próspero, y sin duda había visto la grandeza del

foso de protección, pero no era más que un recuerdo lejano. Era evidente que faltaba dinero. Ciertas partes del muro y los tejados estaban en mal estado. Las pequeñas casas fuera de los muros estaban en un estado lamentable y la gente que salió a recibirlos vestía míseros harapos.

Lizzie intentó recordar lo que su tío le había contado de este clan. Hace muchos años, Georg había atacado su fortaleza y estuvo a punto de apoderarse de ella, pero le hirieron de gravedad en la pierna, por lo que se había visto obligado a retirar sus tropas. Tras eso, el dolor nunca desapareció. Cojeaba y odiaba a los MacLeod con toda su alma. Sin duda esa era una razón por la que quería unirse a los Campbell: para hacer una nueva incursión contra los MacLeod y esta vez acabar con ellos. Su *laird* tenía fama de ser un guerrero poderoso e insensible.

De repente, temió encontrarse con él.

¿Y si era tan terrible como decían los rumores? ¿Cómo reaccionaría ella? Y él, ¿cómo la trataría si era todavía más cruel que Campbell?

***

Cruzaron el puente levadizo bajo los ojos curiosos de todo el mundo. Se oyeron gritos. Era evidente que Ewen era conocido, lo que la tranquilizó. ¿Frecuentaba el lugar con tanta frecuencia para que la gente pareciera contenta de verlo? Era una locura, pero ¿podía ser que tuviera negocios con ellos? Le había dicho que sus clanes se entendían bien…

Tenía que dejar de ver el mal por cualquier lado, pero era mejor mantenerse en guardia y esperarse lo peor. La situación podía cambiar en una fracción de segundo, y eso es algo que ella ya había sufrido recientemente.

Pronto tendría las respuestas a sus preguntas. Habían llegado.

Ewen detuvo la montura ante la puerta monumental del hogar del *laird*, saltó de la silla y tendió los brazos a Lizzie, como habría hecho con su prometida. ¿Ese era el rol que quería que jugara? Aceptarlo implicaba quedarse en un segundo plano, dejar que dirigiese las discusiones, abrir la boca lo menos posible y ser discreta. Rápidamente se inclinó y se apoyó sobre sus hombros. Ewen la agarró para posarla en el suelo. Ella le dio las gracias con una sonrisa algo forzada mientras un hombre agarraba las riendas de la yegua y la llevaba a los establos. El resto de la tropa se dispersó y los curiosos perdieron el interés en ellos y siguieron con sus labores. Ewen y Lizzie se quedaron solos.

Ewen agarró de la mano a Lizzie y reiteró:

—Haga lo que haga, confíe en mí.

Lizzie no tuvo tiempo de responder cuando se oyó un grito proveniente de la entrada del lugar.

—¡Ewen!

Lizzie vio con estupor a una encantadora mujer joven, cerca de la edad de Ewen y rubia como el trigo, correr hacia él. Cuando no le faltaban más que diez pasos, descubrió sus manos entrelazadas y se detuvo, abatida. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Jadeó, se llevó una mano a la boca y huyó sacudida por unos hipidos. Lizzie no entendía nada. Intentó soltar la mano de su acompañante, pero él se lo impidió. ¿Qué quería decir ese teatro? En realidad, no era su prometida, e imponer tal sufrimiento a esa joven de cabellos de oro, que visiblemente estaba enamorada de Ewen la entristecía. ¡Ella no estaba allí para causar estragos!

—Me ocuparé de eso más tarde. Venid, el *laird* nos debe de estar esperando.

Ewen la llevó hacia el interior de la morada, directamente hacia la gran sala que se componía,

como toda zona de recepción de los hogares de los *lairds*, de un trono de madera, una chimenea en la que se podía cocinar una oveja, mesas inmensas y grandes candelabros de pie. Sin embargo, aquí ni una vajilla, ni una alfombra, ni ningún tipo de adorno decoraba el lugar, a diferencia de la morada de su tío; y las mesas estaban rodeadas de bancos y no de cómodos sillones. Además, el suelo estaba sucio, lleno de hierbas frescas: el trono de madera, al igual que los dos sillones que le hacían frente, estaba magníficamente elaborado, como testigo de la grandeza que un día reinó en el lugar. Solo había un trono, lo que significaba que el *laird* no tenía mujer con quien compartir su poder.

Siguiendo a Ewen un poco más atrás, Lizzie detalló el lugar hasta llegar al *laird*, ante el que Ewen se inclinó, y que no era el conocido Alexander MacLeod. No tenía esa edad. Ese hombre no era más que un *laird* de sustitución; el verdadero dueño debía de haber salido de caza o a alguna guerra.

—¡Joven Ewen! ¡Estábamos muy preocupados por ti!

—¡No era necesario! Aquí estoy, sano y salvo, gracias a esta joven mujer que me salvó de una muerte segura.

El viejo hombre repasó con los ojos a Lizzie que, por educación, había retirado su capa para mostrar el rostro. Ella lo escudriñó de igual forma. Debía de tener unos setenta años. Su pelo y su larga barba eran blancos como la nieve, su cuerpo arrugado pero robusto y, a juzgar por la forma en la que se puso en pie, se dio cuenta de que debía ser bueno con la espada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el viejo.

—Yo…

—¿Dónde está? —gritó una voz en la entrada de la sala.

Por la sorpresa, Ewen soltó la mano de Lizzie y se giró. Lizzie también lo hizo. Inquieta y con el corazón latiendo a un ritmo infernal, la joven miró con estupor al recién llegado, que avanzó a paso rápido con su espada chocando con su muslo izquierdo a cada paso. Era alto, superior a la media, e increíblemente bello. Era el hombre más bello que jamás había visto. Sus calzas moldeaban perfectamente sus muslos, el *plaid* amarillo y rojo alrededor de su torso le daba una imagen de rey. Tuvo el tiempo justo de percibir sus antebrazos fuertes, sus rizos castaños y la insinuación de una sonrisa antes de que abrazara a Ewen. Le dio unas palmadas en el hombro, visiblemente emocionado por verlo.

Luego, giró su cabeza hacia ella.

Entonces, su corazón amenazó con detenerse.

Los ojos de un increíble color verde, que culminaban en unas largas pestañas, miraron los suyos sin ningún tipo de vergüenza. Su sonrisa se desvaneció. Ese hombre la miraba como si se la fuera a comer. Una sensación desconocida creció en su vientre, un impulso indecente que la desconcertó hasta lo más profundo de su alma. Lizzie tenía la sensación de respirar plenamente por primera vez en su vida aun teniendo la respiración entrecortada. El hombre la devoraba con una mirada de tal intensidad, de tal fiereza, que acabó por ofuscarse.

¿Quién se creía que era para juzgarla así?

Ella recuperó la compostura, se enderezó y lo miró sin pestañear. ¡No iba a dejarse intimidar por ese hombre, por muy escultural que fuera!

Su expresión cambió y ella supo, en ese último instante, que sabía perfectamente quién era. Entonces Lizzie vio el parecido. El corazón se le detuvo: los dos hombres se parecían tanto que solo podían ser de la misma familia.

¡Ewen la había engañado! ¡Ese hombre era Alexander MacLeod!

Fue como una puñalada en el vientre. Había sido tan ingenua que se habría golpeado ella misma por haberse dejado engañar de esa forma. En su defensa, Ewen no sabía quién era ella cuando salieron de la fortaleza; se lo había dicho en el camino. ¿Pensaba ponerla bajo la protección de ese hombre? ¿O pensó que podría mantenerla prisionera para poder pedir un rescate a su tío? Echó un vistazo a Ewen, que también la miraba, visiblemente nervioso. Se arrepentía de lo que había hecho, era innegable. No había tenido elección, eso Lizzie lo comprendía, pero no lo excusaba.

Sin dejar de mirarla, el hombre se dirigió a Ewen:

—Gracias, hermano. Ve a descansar. ¡Déjanos!

—Pero, mi *laird*… —comenzó Ewen, preocupado por tener que salir de la sala.

—Te ordeno que nos dejes. ¡Fuera!

Alexander, habituado a que todos le obedecieran, se dirigió a Ewen como si fuera un lacayo. Lizzie se compadeció de él, además de desesperarse cuando lo vio salir de la estancia. Ewen le dirigió una mirada de disculpa. Lizzie no lo culpaba, le debía obediencia a su *laird* y no tenía elección. Su corazón continuaba latiendo como un caballo desbocado. De repente, tenía miedo: miedo de tener que enfrentarse a aquel hombre que la incomodaba de una forma extraña. Él la observaba ardientemente mientras se pasaba los dedos por el mentón, como si evaluara lo que podría obtener de ella. Sus ojos la repasaron sin ningún pudor. De no haber sido por lo asustada que estaba, lo hubiera abofeteado por su atrevimiento.

¡Ese hombre era un patán! Un patán con un rostro magnífico, pero patán igualmente.

Con su actitud y el brillo en sus pupilas, supo que la reputación de guerrero no era infundada; el alma de ese hombre parecía dura como una piedra. No era sorprendente que estuviera solo, sin una mujer a su lado; debía de tener de igual forma un corazón de piedra, incapaz de amar.

Todo su cuerpo se tensó.

Estaba a punto de salir corriendo cuando le agarró el brazo para impedir que huyera, habiendo visto que su mirada de cierva acosada se dirigía hacia la única salida de la sala.

—¡Yo no lo haría si fuera usted! —renegó entre dientes mientras le apretaba el brazo.

Le hacía daño, pero Lizzie contuvo su quejido y le dirigió una mirada feroz, buscando todavía cómo escapar de él.

—Ya, ¡pero usted no es yo! Suélteme o gritaré —protestó ella a su vez.

El viejo del trono emitió una pequeña carcajada. El espectáculo parecía divertirle.

—¡Tío, váyase usted también! —le dijo Alexander sin girar la cabeza.

Los dos jóvenes se enfrentaron como dos gatos en cólera a punto de saltar a la garganta del otro. Lizzie era más pequeña que Alexander. Aunque ella tampoco era muy bajita, tenía que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Pero por muy pequeña que fuera, lo desafió con todo el desprecio que pudo reunir. Los ojos de Alexander se volvieron incandescentes. Obviamente, ese enfrentamiento no le desagradaba. Pretendía fulminarla con todo su poder, lo que molestó aún más a la joven.

—Grite tanto como quiera, Elizabeth. Nadie vendrá a salvarla.

Ella supo lo necesario: él sabía quién era ella. Lo había sabido desde que le puso los ojos encima.

Lizzie pateó de nuevo para intentar escapar, pero estaba indefensa bajo su puño de acero. Alexander le apretaba tanto que le hacía un dolor terrible. Retuvo un gemido, pero no pudo evitar que sus ojos se empañaran de lágrimas. Él frunció el ceño, y cuando pensó que se apiadaría de ella y la soltaría, la arrastró hasta uno de los sillones y la sentó sin cuidado. El trono estaba vacío;

el viejo se había ido. Nadie podía venir a ayudarla, estaba totalmente a merced del *laird* de los MacLeod.

—¡No tiene derecho a retenerme contra mi voluntad! —se escandalizó ella intentando saltar del asiento.

Él se lo impidió poniendo sus manos sobre los reposabrazos, a ambos lados de su cuerpo, y aprisionándola. Lizzie retrocedió, pero, bloqueada por el respaldo del sillón, no pudo poner la distancia suficiente para no sentir su aliento sobre su rostro. Se forzó a parecer impasible mientras que su corazón se aceleraba dolorosamente. Haciendo acopio de todo su coraje, hundió sus ojos en los de él, unos ojos de un verde tan intenso, tan claro, que tuvo la sensación de ahogarse en ellos. Eran como el agua de algunos lagos, transparentes y gélidos a la vez. Aún en cólera, no pudo evitar bajar los párpados y girar la cabeza cuando él se acercó todavía más para vociferar de nuevo:

—Tengo todo el derecho. ¡Soy el *laird* de este clan y estáis en mi casa!

Su corazón latía desbocado. Estaba demasiado cerca para su tranquilidad. Podía percibir su olor, una mezcla de turba, sudor y cuero y, lejos de repelerla, esa fragancia la abrumó. Estaba lista para odiarlo por lo que le imponía, ¡igual que había odiado a su tío y a Campbell antes que a él! A pesar de su coraje y su voluntad feroz de no dejar que él mandara sobre ella, Lizzie no pudo hacer otra cosa que reconocer que le atraía como ningún hombre le había atraído antes.

Lo miró por el rabillo del ojo y murmuró tras tragar saliva con dificultad por su garganta cerrada:

—¡He salvado a su hermano! ¡Tiene una deuda conmigo!

—¡Desde luego que no! Ewen es el único deudor aquí.

—¡Es su hermano! —insistió ella—. ¡Es sangre de su sangre! ¿Eso no cuenta? ¿La familia no tiene importancia para usted? Comprendo por qué no tiene una mujer a su lado… ¡No es más que un… un patán sin corazón!

Alexander retrocedió, visiblemente sorprendido.

Un breve destello de sufrimiento cruzó su magnífica mirada, tan fugaz que Lizzie pensó que no era la primera vez que se le había pasado por la cabeza. Aprovechó para incorporarse cuando él tomó distancia. Se enfrentaron de nuevo. Ninguno quería reconocer la victoria del otro. La mirada de Alexander se volvió todavía más despiadada y Lizzie se regocijó: había tocado un punto sensible. Contra todo pronóstico, ella no se enorgullecía de ello. Al contrario, el sufrimiento que le pareció ver en los sublimes ojos verdes del *laird* la perturbó le atravesó las entrañas. Sin embargo, no podía permitirse apiadarse de ese hombre. Era su enemigo. Y, por su expresión, por la cólera que invadía sus rasgos, comprendió que había ido demasiado lejos y que se iba a arrepentir. No se hizo esperar. La mirada de Alexander se volvió fría cuando gritó:

—¡Guardias!

Rápidamente, dos hombres se acercaron.

—¡Encontradle una habitación y quedaos ante su puerta! —ordenó.

—¡No me moveré de aquí! —replicó Lizzie—. ¡No tiene ningún derecho sobre mí!

Alexander ni siquiera respondió. Era evidente que ya no soportaba más su presencia y que la quería fuera de su vista. El *laird* le agarró el brazo y la empujó con brutalidad hacia los guardias, que pusieron sus manos sobre ella.

Era, una vez más, prisionera.

—¡Enviadle a Teresa! ¡Que se ocupe de ella!

Lizzie giró la cabeza para enfrentarse a él.

—¡No necesito a nadie!

—¡Haced lo que os digo! —ordenó Alexander a sus guardias, ignorándola.

Tras esas palabras, le dio la espalda y se sentó en el trono con esa actitud rígida y dominante que parecía ser la signatura de los hombres.

Sus miradas se cruzaron una última vez antes de que Lizzie fuera arrastrada fuera del salón. Podría haber gritado, causado un escándalo. Pero no hubiera servido de nada; y había otras formas de ganar una batalla y de dominar a un hombre.

Sí, hoy Alexander MacLeod había ganado la primera batalla, pero todavía no había ganado la guerra.

Alexander miró la silueta de Elizabeth alejarse y sonrió.

¡Qué carácter!

Sabía que era bella; todos los hombres de las *Highlands* lo sabían, y él mismo la había observado años atrás, antes de abandonar el deseo de secuestrarla para vengarse de Georg MacDonald por haberlo destrozado. Podría haberla matado con sus propias manos en un ataque de rabia. En esa época, poco después de que los MacDonald hubieran diezmado a su clan y matado a su padre, Alexander lo culpaba y tenía un odio tan feroz que lo ahogaba. Sí, habría podido matarla para castigarlo. Sí, le podría haber quitado lo que le era más preciado: su heredera. Sin ella, tanto su inmenso dominio como su fortuna caerían en manos extranjeras, algo que MacDonald quería evitar a toda costa.

Ya con quince años, la belleza de la chica era deslumbrante. Cuando se acercó a ella para amenazarla, un deseo incontenible se apoderó de él, un deseo tan sorprendente como incómodo contra el que luchó con todas sus fuerzas, igual que luchó por no besarla. Afortunadamente, ella era demasiado ingenua como para comprender que la deseaba desde que puso sus ojos sobre ella. Si Elizabeth hubiera bajado la vista hasta sus calzones, habría comprobado que no podía resistirse a sus encantos.

Alexander se pasó las manos por el rostro como para ahuyentar las brumas de una pesadilla.

Sí, la había deseado con tal fuerza que él mismo se había sorprendido. Pero ¿no era lo normal? No había tocado a ninguna mujer desde hacía años. Creía que su deseo carnal había muerto, pero ahora constataba que no era así. Aunque poco importaba el poder del deseo, ¡tenía que olvidarla! Elizabeth no era nada más que un mero instrumento, la única forma de devolver a su clan la prosperidad de antaño. No podía dejarse llevar por otros sentimientos. Había esperado ese momento desde hacía tanto tiempo que le costaba asimilar que ahora lo tenía entre sus manos. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—¡Traed a mis hermanos! —ordenó a sus guardias, que nunca estaban demasiado lejos—. ¿Y mi tío?

Angus MacLeod, el hermano menor de su padre, salió de detrás de una cortina que separaba la sala común de un estrecho pasillo que llevaba a las cocinas —idea de su madre, Helen, que había fallecido poco después de haber traído a Ewen al mundo, y que prefería tener las cocinas cerca. Su padre quedó destrozado por la muerte de su esposa, a la que amaba tanto que nunca volvió a casarse. La quiso hasta el final de sus días, cuando al fin pudo reencontrarse con ella. Los hombres del clan MacLeod eran hombres fieles a sus mujeres, y las amaban en cuerpo y alma.

Cinco largos años habían pasado desde aquel famoso día negro en el que pereció, pero Alexander tenía el sentimiento de que había ocurrido la noche anterior. Echaba de menos a su padre, de un modo casi visceral, y pensaba en él cada día. A menudo se preguntaba qué haría él

en su lugar. Malcolm MacLeod había sido un gran hombre, pero las lágrimas por la muerte de su esposa, además de por muchos otros dramas, habían acabado con él.

Angus se sentó a la izquierda de su *laird*, donde siempre se instalaba cuando Alexander reunía a la familia.

—¡Es muy bella! —dijo su tío, con un tono pícaro y dirigiéndole una pequeña sonrisa de conveniencia.

¿Bella?

Elizabeth MacDonald era mucho más que eso. Tenía algo que le había llamado la atención desde el primer momento. Esa mujer era capaz de despertar los deseos carnales de cualquier hombre, incluso los más hostiles. Bastaba con contemplar sus magníficos ojos almendrados, oscuros como la noche, pero de una profundidad hechizante. Alexander se dio cuenta de que esa sublime mirada podía provenir de una dulzura extrema, como cuando había contemplado a Ewen, lo que lo enfureció sin comprender por qué. Esa última media hora lo había dejado perplejo. No había dejado de pelear contra unos sentimientos inapropiados y sentía como si todo su mundo se tambaleara.

—¡Y de un carácter febril, imposible de aguantar! Me apiado de su futuro esposo —continuó el hombre.

—Sí, bueno… ¡Ese no es el tema! —rechistó Alexander—. ¿Qué dice, maldita sea?

—¿Es la perspectiva de un marido lo que te pone en este estado, sobrino? ¡Hay que admitir que esa mujer podría despertar a los muertos!

Alexander lo miró.

—Si no tiene otra cosa que decir, tío, puede irse.

Angus rio entre dientes.

No acababa de nacer, y ya conocía la respuesta. Sabía perfectamente lo que atormentaba a su sobrino: la pequeña MacDonald lo había hechizado, aunque fuera la sobrina del peor enemigo de su clan y solo quisiera usarla como moneda de cambio. Alexander no debía sucumbir a la atracción que sentía por ella, que, por el momento, era únicamente un deseo carnal. Pero a saber qué sucedería si pasaban tiempo juntos. Debía advertirle y aconsejarle que se alejara de la fortaleza tanto como pudiera.

—Tengo cosas que decir, sobrino —replicó incorporándose.

Sus riñones lo hacían sufrir atrozmente. ¡Maldita enfermedad! Lo había dejado sordo como una tapia y lo obligaba a encorvarse para escuchar mejor.

—Pero nada que no sepas ya.

—Discúlpeme, tío —dijo Alexander con una voz más dulce—. No quería faltarle al respeto.

—Lo sé, sobrino, como sé lo que te sucede. Estoy aquí si necesitas hablar —algo que no haría jamás; Angus lo sabía perfectamente.

Alexander era duro como una piedra, pero incluso las piedras tenían corazón, a veces incluso más sensible y bondadoso que el de los mortales. Angus le debía la vida, como casi todos los supervivientes del dominio. Alexander lo había salvado ese día. Puso a salvo a Ewen, quien, tan solo con quince años, quería combatir. Él mismo no podía a causa de la sordera que le impedía orientarse con normalidad, y que a veces le hacía perder el equilibrio como si estuviera ebrio. Quiso defender a su familia, a su clan, pero Alexander supo encontrar las palabras y le pidió que vigilara a su hermano pequeño. Si él mismo moría en combate, igual que su padre y Craig, Ewen se convertiría en el nuevo *laird* y necesitaría que alguien le aconsejara por el camino. Luego partió al combate. Comandó sus tropas con pericia, luchó como una furia digna de los dioses, y

consiguió herir a MacDonald en un momento de rabia, cuando este mató a su padre. Los MacDonald se retiraron y se llevaron a su *laird*, que sangraba por una herida que le había cortado la pierna en dos. Malcolm MacLeod murió en brazos de su hijo mayor, convirtiéndolo en el nuevo propietario de Helen Hall, el nombre de su fortaleza.

—Lo haré, tío, lo haré. Ah, ¡aquí están! —gritó Alexander mientras se incorporaba.

Observó a sus hermanos sentarse: Craig lo hizo en el segundo asiento, a su derecha —era su mano derecha y su más fiel consejero—, y Ewen, al final del banco más cercano. Ewen lo arrastró, y la fricción de las patas de madera sobre las piedras causó un ruido tedioso e insultante.

Alexander frunció el ceño y apretó los dientes; su cólera todavía no había desaparecido. Quería a su hermano menor con todo su corazón, pero a veces lo incomodaba. Pero Ewen le había llevado un inestimable botín, y Alexander le estaba agradecido por ello.

Se dirigió a él:

—¡Cuéntanos sin omitir ni un detalle! —Su tono era áspero, como de costumbre.

Ewen elevó la cabeza y clavó los ojos en los de su hermano, unos ojos que mezclaban respeto y descaro: respeto por su *laird* pero que no ocultaban un pequeño brillo rebelde, lo que atestiguaba que estaba decidido a defender a Elizabeth, incluso si eso significaba despertar su ira.

¿Acaso la pequeña había despertado sentimientos en él? ¡Si ama a otra mujer! —se preguntó Alexander. La heredera de los MacDonald era bella; él mismo lo había podido ver.

—Me aprisionaron los MacDonald cuando crucé la frontera —empezó Ewen.

—Eso ya lo sé: los hombres se lanzaron sobre ti. Pero ¿y después?

—Luego me llevaron a su fortaleza y me arrastraron hasta los pies del viejo Georg. Había un hombre con él, un hombre con quien él quería desposar a Lizzie.

Alexander elevó una ceja.

—¿Lizzie? ¿Ya sois íntimos?

No pudo evitar que la furia brotara de sus venas. La idea de que su hermano se interesara por Elizabeth le irritaba contra toda razón. Esa mujer tan solo llevaba un par de minutos en su fortaleza y ya estaba interfiriendo en su vida.

—Claro que no, ¿quieres dejar de imaginarte cosas? —respondió Ewen—. Sabes perfectamente por quién late mi corazón. Pero Lizzie me salvó. Me encerraron en un calabozo tras haberme golpeado para que revelara mi nombre y las razones de nuestra presencia en sus tierras.

—¿Qué les dijiste?

—Que éramos Kinkaid y que estábamos intentando recuperar nuestro ganado.

Durante las incursiones que hacían en las tierras de los MacDonald tenían por costumbre no exhibir sus colores para que nadie supiera ni su origen ni sus intenciones, así que le fue fácil mentir.

—Muy bien. ¡Fuiste inteligente, hermano! No tendrán ni idea de que la retenemos nosotros, lo que nos da ventaja. ¿Y luego?

—Acababa de dormirme, pero entonces llegó Lizzie y me despertó.

—¿Sabías quién era?

—No, al principio, no. Solo lo comprendí cuando me contó que su tío quería casarla a la fuerza.

—¿Entonces decidiste traerla?

—¡Sí! ¿Qué vas a hacer con ella?

—¡Lo sabes perfectamente, Ewen!

—¡La he traído hasta aquí para que la protejas, Alexander! —protestó Ewen—. ¡Para que esté a salvo! ¡No para que la vendas! Me salvó de una muerte segura; los MacDonald querían colgarme, uno de los guardias me lo dijo.

Ewen tenía una deuda con Elizabeth que él pretendía honrar. Era su honor, pero, desgraciadamente, eso iba en contra de lo que había decidido.

—No puedo dejar pasar una oportunidad así, Ewen. Sé que lo entiendes y que, harías lo mismo en mi lugar.

Por primera vez en su vida Ewen le gritó:

—¡MacDonald pagará y luego la venderá a ese hombre! Es un viejo, Alexander, y parece un bárbaro.

Imaginar a Elizabeth en los brazos de un viejo borracho, lujurioso y cruel lo puso enfermo, pero su decisión estaba tomada: en cuanto pagara el rescate, la llevaría a su hogar, y cuanto antes mejor. Lo que pasara después no era su problema, y se negó a pensar en ello.

—¡La salvaré! ¡Con o sin ti! —insistió Ewen.

Alexander suspiró. Su joven hermano tenía un temperamento arrollador, definitivamente derivado de su corta edad. Comprendía su deseo de cumplir una deuda de honor con Elizabeth, que lo había salvado de la horca, pero no podía permitir que fuera solo y arriesgarse a que lo mataran.

—¡Ewen! ¡Ya es suficiente! —le reprendió—. ¡No olvides que estás hablándole a tu *laird*! Os he convocado para que hablemos precisamente de este problema.

—¡Lizzie no es un problema! —gritó Ewen de nuevo, visiblemente indignado, mientras se plantaba frente a su hermano—. Es amable y es la chica más valiente que conozco. Si la vendes a su tío, ¡no te lo perdonaré jamás!

Dio una violenta patada al banco, y lo tiró al suelo. Justo después, salió de la sala.

—Vaya, ¡me parece que se ha coronado! Es evidente lo que opina al respecto.

Alexander miró a Craig, su apoyo desde siempre. Él era el *laird*, pero Craig secundaba todas sus decisiones, que tomaban a menudo entre los cuatro, y cada uno daba su visión de la situación. Él escuchaba y luego decidía, o lo sometía a una votación donde prevalecía la unanimidad. Él era el responsable de la gente, y no quería cometer el más mínimo error, uno del que podría arrepentirse toda su vida. Pese a su aire autoritario, era razonable. Al menos, la mayor parte del tiempo. Menos cuando una belleza como la de Elizabeth irrumpía en su vida sin haber sido invitada.

—¿Hermano? —preguntó él cuando recuperó la compostura.

—Estoy de acuerdo contigo, ¡es un caído regalo del cielo! Pero creo que deberíamos tomarnos un tiempo de reflexión para ver si hay otras opciones, puesto que, cuando MacDonald sepa que tenemos a su sobrina, querrá recuperarla sin pagar la más mísera recompensa. Entonces tendremos que prepararnos para la guerra, y ahí surge otra pregunta: ¿estamos preparados?

Craig tenía el don de ver más allá de los problemas y enunciarlos claramente. Su visión de las cosas era a menudo —por no decir siempre— pragmática.

—Pero… Quizá exista otra solución… —continuó.

—¡Cásate tú con ella! —dijo Angus que, a pesar de la edad que tenía, conservaba un espíritu joven.

Alexander se levantó de golpe.

—¡Jamás!

Su hermano y su tío lo miraron.

—¿Por qué? —preguntó simplemente Craig.

—¡Sabes perfectamente por qué!

Su hermano insistió:

—Sería lo mejor.

—¡El tema está zanjado! —interrumpió Alexander—. Voy a salir. ¡Necesito aire!

Bajó del estrado, pasó por delante de ellos y se alejó a grandes pasos, ignorando las miradas estupefactas. No lograban comprender su reacción y, por mucho que meditara en el asunto, él tampoco. Solo tenía una idea en la cabeza: alejarse tanto como pudiera de esa mujer que despertaba en él un impulso sin precedentes. Pero por muy lejos que pudiera ir, no podía escapar a su destino: ahora estaban conectados, y todo por su culpa. Debería haberla dejado ir.

Antes de salir de la sala, se giró hacia Craig y Angus.

—Voy a enviar una misiva a MacDonald para informarle de que tengo a su sobrina y pedirle un rescate —comenzó—. Pero debemos prepararnos para la guerra; dudo que responda favorablemente.

Sí, la guerra estaba al caer, y dadas las circunstancias, no estaba seguro de si saldrían vivos de ella.

4

Tan pronto como cruzó el umbral de la gran sala, Lizzie pidió a los guardias que la soltaran, tras prometerles que les seguiría sin montar un escándalo, y así hizo ¡Solo tenía su palabra! No podía recurrir a nada más. Subieron la escalera que llevaba al piso superior y recorrieron el pasillo en silencio. Allí, uno de los guardias abrió una puerta y la invitó a entrar. La cerró tras ella, pero no echó la llave. Parecía que se contentaba, sin lugar a duda, con vigilar la puerta, tal como el *laird* les había ordenado.

Sus ojos barrieron la estancia, de buenas dimensiones y en un estado sorprendentemente limpio. Estaba claro que Alexander tenía un sirviente que cuidaba esos detalles. El hogar podía estar medio derruido y medio amoblado, pero estos muebles eran lujosos y tenían un acabado impoluto. Una verdadera estancia para una mujer, con un tocador, una alfombra gruesa y una cama con dosel cubierta de un edredón y almohadas mullidas. ¿Esa era la habitación en la que Alexander acogía a las mujeres? Porque, dada su innegable belleza, Lizzie dudaba de que no compartiera su vida con alguna, o al menos de vez en cuando.

Cruzó la alcoba, dejó caer su escaso equipaje y se sentó en el colchón. Se perdió en sus reflexiones. Había tomado la decisión adecuada al no rebelarse, puesto que era mejor guardar las fuerzas para su lucha continua contra el seductor Alexander MacLeod.

Sabía lo que iba a hacer: pedir un rescate exorbitante a su tío, que se apresuraría a pagar para lanzarla a los brazos de su maldito cómplice, Dougal Campbell, y recuperar la inversión. No podía dejar que eso sucediera bajo ningún concepto. Pero ¿cómo evitarlo? El dinero le permitiría a Alexander alimentar a su clan y reparar los edificios. Lo necesitaba. Era de vital importancia. En el fondo de su corazón, lo comprendía: no podía ignorar la oportunidad que acababa de caerle del cielo: toda una serie de extrañas coincidencias que la dejaban a su merced. Pero ella estaba preparada a hacer lo que fuera con tal de no caer en las manos de los dos hombres a los que odiaba con todas sus fuerzas: su tío y Campbell. Estaba decidida a intentarlo todo. ¡Todo! Incluso a lanzarse a los pies de MacLeod para que no la llevara junto a los hombres que querían hacerle daño. Eso sería el fin de su vida. Solo le quedaría ponerle fin a todo; escogería la muerte antes que dejar que ese sucio de Campbell la tocara. ¿Quizá eso hiciera reflexionar a Alexander? Nada estaba claro, pero lo intentaría todo.

Pensó en el sufrimiento que había visto en su mirada cuando le soltó que ella lo creía incapaz de amar a nadie. Le salió sin pensar, sin imaginar ni por un segundo que daría en el clavo. Y esa furia contenida… Todavía tenía escalofríos por todo el cuerpo. Pero le molestaba otra cosa: lo que había sentido en su interior, en su vientre y en lo más profundo de su intimidad. Por primera vez en su vida había sentido algo… *ahí*… ¿Cómo era eso posible cuando lo detestaba? ¿Cómo podía su cuerpo traicionarla de tal forma? Como si él decidiera lo que ella quería, y no su propio instinto. ¡No entendía nada! ¿No podía controlar sus emociones? ¿Qué hacer? Nunca se había encontrado en tal situación. Nunca ningún hombre le había gustado tanto ni había despertado ese interés en ella.

***

Unos golpes en la puerta le hicieron levantar la cabeza. Permitió que entrase quien tuviera que entrar, y esperaba contra toda razón que quien cruzara esa puerta fuera el bello *laird* con la intención de disculparse. Pero eso no era algo común en él. No le sorprendió ver aparecer a una señora de edad avanzada y pelo gris, que sujetaba en un recogido a ras de la nuca. Iba vestida de negro, y un delantal blanco rodeaba sus anchas caderas. Se inclinó con respeto —«Mi señora», dijo—, y luego mantuvo la puerta abierta para las sirvientas, que depositaron una tina en el centro de la alcoba. Más tarde, la cubrieron con un trapo blanco y la llenaron de agua caliente. Tras haber dejado también ropa de cama y una pastilla de jabón sobre la tina, desaparecieron discretamente. Teresa —Lizzie se había quedado gracias a la mención del *laird* —le dirigió una pequeña sonrisa, sin dejar de fruncir el ceño.

—Estos malditos guardias no deberían haberla instalado en esta estancia —comentó—. ¡En fin! Bienvenida a nuestro hogar, mi señora. Me llamo Teresa y soy la encargada de este hogar. El *laird* me ha pedido que le prepare la cena, que se servirá a las seis, como todas las noches, lo que le deja una hora para acicalarse.

Lizzie quiso preguntarle si eran las órdenes del *laird*, pues en ese caso se negaría. No quería engalanarse para complacer a su carcelero. Luego se lo pensó dos veces: le iría mejor si peleaba con las armas adecuadas y, desgraciadamente, presumir y usar sus encantos como mujer formaba parte del plan. ¡Usaría lo que la naturaleza le había dado! Además, esa mujer, con su parecido amable y bondadoso, le caía bien; no quería enfrentarla al carácter irascible y detestable de su *laird* si ella se negaba a cooperar.

Así que se levantó con docilidad.

—Es muy amable, Teresa. Un buen baño me sentará bien y me permitirá relajarme, además de quitarme el polvo del camino.

—¿Tiene ropa adecuada?

Lizzie sacó los vestidos de su saco y los puso sobre la cama. Teresa se colocó a su lado y los examinaron juntas. Lizzie hizo una mueca; estaban en un estado deplorable. La sirvienta agarró el llamativo vestido rojo adornado con detalles dorados en las mangas y lo colocó delante de ella. Lizzie sabía que ese vestido la hacía resaltar. Cada vez que se lo ponía, los amigos de su tío —fueran cuales fueran sus edades— le miraban el escote. Tenía la suerte de tener una piel sin ningún defecto y un lunar sobre el pecho izquierdo que llamaba la atención de todos: un bonito regalo de la naturaleza. Esperaba que tuviera el mismo efecto con el *laird*.

—¡Este valdrá! —decretó Teresa—. Es magnífico. Ahora vuelvo. Mientras espera, desvístase y métase en el agua.

La doncella giró sobre sus talones y salió de la habitación. El silencio de la estancia le confirmó que al fin estaba sola.

Lizzie no perdió el tiempo; el baño la llamaba. Se desvistió y se hundió en el agua con delicadeza. Deslizó hasta el fondo de la tina, con la cabeza bajo el agua, y se quedó allí, con los ojos cerrados y los brazos asomando por fuera. Su cuerpo, acogido por el agua humeante, se hizo ligero como una pluma. Le recordó cuánto disfrutaba tumbándose en el lago no hacía mucho tiempo. Apenas hacía tres días que había escapado de su hogar, pero tenía la sensación de que había pasado una eternidad y, desafortunadamente, el sentimiento de intensa libertad que había sentido al aventurarse en la noche al lomo de Ventisca y junto a Ewen no era más que un lejano recuerdo. Esa libertad, esas ansias de aventura… Alguien se había encargado de destrozarlos en

mil pedazos: ¡Alexander MacLeod! ¡Todo era su culpa! Ese hombre había machacado sus deseos más íntimos de hacer algo con su vida sin estar bajo el mando de un hombre, así como de escoger ella misma su destino. Durante el tiempo que había durado la huida, había soñado con otros lugares. ¡Había tantos sitios que visitar…! Los nómadas le habían hablado de Francia y de España, e incluso de Venecia. Cómo le hubiera gustado descubrir esos lugares… En vez de eso, estaba encerrada de nuevo, a merced de un hombre. Sí, era bello como ningún otro, pero el dinero y la necesidad dirigiría su cabeza; Alexander realmente necesitaba dinero e iba a venderla sin pensárselo dos veces. A sus ojos, ella no era más que una moneda de cambio. Sin embargo, la había mirado con tal intensidad que, por solo un segundo, había pensado que le gustaba. Tuvo la sensación de que él la había deseado como un hombre desea a una mujer; aunque luego volvió a encolerizarse y su mirada, que antes la había hechizado, se volvió más oscura que las tinieblas.

De repente, dos manos robustas tiraron de ella. Sorprendida, abrió la boca bajo el agua.

—Dios mío, mi pobre niña. ¿Qué iba a hacer?

Lizzie se recolocó el pelo y tosió para aclarase la garganta.

—Siempre hay otra salida —continuó Teresa secándole el rostro con una toalla—. ¡Incluso para los problemas que parecen imposibles! Oh… Mi pobre niña —dijo una vez más, cerca de las lágrimas.

Teresa era habladora y Lizzie comprendió enseguida que, si hablaba mucho y a un ritmo frenético, era para relajar el ambiente. Ella también tenía miedo.

—La muerte no es algo bonito, ¿sabe? Creo que sí que lo sabe… Con certeza sabrá que Dios castiga a los que renuncian a vivir para huir de su destino. ¡Rendirse a la muerte es un pecado!

Cuando Lizzie pudo recuperar el aliento, agarró las manos de la doncella —que insistió en secarle la cara con nerviosismo— para calmarla y le sonrió, vagamente contrariada al verla en tal estado de inquietud por ella. Nunca nadie le había mostrado tanta ternura y afecto como habría podido hacer una madre —menos Jeanie, aunque de una manera algo furtiva y demasiado tarde —, y eso era algo que había extrañado toda su vida. La habían educado como si fuese un objeto pequeño de decoración. Su tío estaba orgulloso de ella, porque al principio, era una niña bonita e inteligente, y luego se había convertido en una bella mujer a la cual le gustaba exhibir. Acababa de descubrir que todo era con el fin venderla al mejor postor. Sí, a cambio de su dominio, pero el resultado era el mismo: quería usarla para aumentar su propio poder. Por eso la atención de Teresa le conmovió, tanto que no sabía qué decir.

—No quería matarme, Teresa, se lo aseguro —le explicó con calma y la garganta cerrada.

Teresa la miró con intensidad.

—Está segura aquí, Elizabeth, se lo aseguro. Nadie le hará daño; yo me ocuparé de que así sea.

—Lo sé, Teresa, y se lo agradezco. Pero vuestro *laird* me va a vender a mi tío y…

A pesar de toda su voluntad y su fuerza de carácter, Lizzie fue incapaz de continuar. Sus nervios estaban cediendo. Sin duda, el agua caliente la había reblandecido.

—Hablaré con él. Fui su doncella de cámara, así que me escuchará. Siempre me ha escuchado —añadió la mujer antes de agarrar la pastilla de jabón, con la que le frotó con fuerza la espalda a la joven.

Definitivamente, esa mujer era muy vivaz.

Lizzie, inclinada hacia delante, se dejó hacer. Sus manos expertas la sacaron de su letargo. Cuando Teresa le levantó un brazo para lavarlo, la miró a los ojos con la misma vivacidad.

—Háble me de él.

No sabía si Teresa estaba lista para revelar secretos de su *laird*, pero como resultó que era habladora, esperó que así fuera. También tenía la intuición de que Teresa estaba muy unida a su *laird*, a quien ella, como le acababa de decir, había educado. Y… Alexander la intrigaba, algo que había creído ver en sus pupilas también, y quería saber más sobre él.

—No creo que le guste que lo haga.

Su corazón se aceleró.

—Esta conversación quedará entre nosotras, Teresa, se lo prometo.

La doncella le dirigió una sonrisa.

—¡Háblame de usted! —pidió la sirvienta a su vez—. Ha salvado a mi querido Ewen, por lo que parece. No deja de elogiarla, lo que hace que Katel…

Se interrumpió, visiblemente incómoda.

Lizzie estaba decepcionada por no haber conseguido respuestas, pero Teresa iba a decirle, tarde o temprano, todo lo que quería saber sin darse cuenta; ya sabría leer ella entre líneas.

—¿Es la mujer rubia y hermosa que se dirigió a él a nuestra llegada?

—Sí, es mi nieta…

Oh. Comprendió la vergüenza de Teresa.

—Es la mujer más bonita que jamás he visto, Teresa; puede estar orgullosa de ella.

—Lo estoy, puesto que, además de ser bonita, como usted dice, es amable y devota. Un verdadero amor, pero, por desgracia, el *laird* nunca dejará que esos dos contraigan matrimonio.

El corazón de Lizzie se llenó de pena por Ewen.

—Pero ¿por qué? Se aman, ¿no?

—El *laird* tiene otras intenciones con sus hermanos. Deben desposarse con hijas de otros clanes para crear alianzas. Así es la vida. Katel lo sabe y lo sufre. Igual que Ewen.

—¿Sus hermanos, dice? ¿El *laird* tiene otro hermano?

Teresa estalló en una carcajada.

—¡Craig! ¡Ese sí que no está listo para casarse!

—¿Por qué? —preguntó Lizzie cada vez más interesada por los MacLeod.

—Porque le gusta demasiado divertirse como para querer renunciar a su libertad —respondió Teresa tras ponerse seria de nuevo—. Craig no será nunca hombre de una sola mujer. Por ahora se niega a todas las propuestas de matrimonio que el *laird* le encuentra, pero un día estará obligado a aceptar.

—O quizá encuentre a la mujer de sus sueños.

—Quizá. Quién sabe lo que nos depara el futuro.

Teresa le agarró el otro brazo. Lizzie pronto estaría más limpia que una patena, y su piel estará suave como la de un melocotón.

—Usted los quiere, ¿verdad?

—Como si fueran mis propios hijos… Los he educado a los tres. Helen, su madre, confiaba plenamente en mí.

—¿Cuántos hijos tiene usted, Teresa?

—Deme la pierna, por favor —pidió con amabilidad la doncella, ignorando la pregunta.

Lizzie se apoyó contra el respaldo e hizo lo que le pidió. Teresa le agarró el pie, que empezó a frotar como el resto de su cuerpo.

—Tenía un hijo —retomó ella cuando Lizzie pensaba que no le respondería—. El padre de Katel. Por desgracia, murió. Ver morir a un hijo es lo peor que le puede pasar a una madre.

A Lizzie se le inundaron los ojos de lágrimas.

—Oh… Lo siento…

—Los MacDonald lo mataron cuando vinieron a exterminarnos para quedarse con todo lo que teníamos.

Lizzie se sintió terriblemente mal.

—Yo… No lo sabía —se excusó ella—. Lo siento muchísimo. Debería odiarme, entonces, porque soy la sobrina de Georg MacDonald.

—¡Eso ya lo sé, querida! —respondió Teresa con un suspiro—. El *laird* me contó quién era cuando me explicó con detalle la situación.

Lizzie comprendió por qué: para advertirla y prepararla antes de que se ocupara de la sobrina del asesino de su hijo. La atención era buena. Evidentemente, Alexander era protector con los miembros de su clan.

Quizá sí que tenía un corazón…

Teresa le echó un vistazo.

—Usted no tiene nada que ver con la locura de ciertos hombres —dijo Teresa—, y, tiene un trato muy agradable. Es imposible odiarla. Tiene buen fondo, además de ser adorable. Y entre los MacDonald y los MacLeod hay una larga historia —suspiró—. Se remonta a tiempos antiguos, cuando al ancestro de su tío se le metió en la cabeza conquistar nuestras tierras para engrandecer su territorio. ¡Algo que nadie ha logrado hacer hasta hoy! Somos pobres, pero nuestras tierras son buenas y, sobre todo, se encuentran entre las de los MacDonald y las de los Kinkaid, que su tío también quiere conquistar. Rezo a menudo para que nuestros hombres tengan el coraje de luchar por ellas; pero soy muy consciente de que llegará un día en el que nos exterminarán a todos. Todavía somos muy pocos, por muy valientes que seamos.

Lizzie frunció el ceño. No solo era una moneda de cambio, sino que también era la sobrina del hombre al que todo el clan MacLeod detestaba y consideraba como la mayor amenaza.

—Nunca fui muy consciente de los deseos de mi tío. Me llegaban pocas cosas, la mayoría era por sirvientes que pensaban que no los podía escuchar. Hubo una gran batalla, ¿verdad? —se interesó.

—Sí, mi niña. Hace cinco años. Podríamos haber muerto todos ese día. Afortunadamente, Alexander nos puso a salvo en el sótano antes de ir a la batalla. Solo tenía veinte años, pero ya era un conocido guerrero. En ese momento no tenía miedo de nada; se creía invencible y pensaba que la vida le sonreiría eternamente —añadió, hundida en los dolorosos recuerdos—. Ese fue el día en que se convirtió en *laird*, cuando su tío mató a su padre.

—¡Dios mío! Pero… ¡Eso también lo ignoraba!

Eso quería decir que el rencor de Alexander contra su familia iba más allá de lo que ella imaginaba: no era una cuestión solo de dinero, también era de venganza; y ella sería el instrumento. Su corazón se tensó de aprensión. ¿Qué tendría pensado hacer con ella? El rescate que pediría sería exorbitante para intentar arruinar a su tío, pero ¿y si las cosas iban mal? ¿Y si su tío los atacaba para no pagar nada? Era una posibilidad. Podría aliarse con Campbell y entre los dos podían exterminar el clan MacLeod.

Dios mío, ella no podía ser la razón de una masacre.

Tenía que hablar con Alexander cuanto antes. Pese a que intuía que él ya habría contemplado esa posibilidad. Parecía un hombre inteligente, más que el resto.

—¡No se preocupe! —dijo Teresa mientras contemplaba su rostro—. Nuestro *laird* sabe lo que hace. La guerra no es un asunto de mujeres.

Lizzie dejó que la mujer le lavara la otra pierna, absorta en sus pensamientos. Luego agarró el

jabón que esta le tendió con la mano. No estaba de acuerdo con eso: la guerra quizá no era asunto de mujeres, pero está claro que ellas sufrían las consecuencias. Durante las masacres entre clanes, asesinaban a muchas mujeres, después de violarlas o encerrarlas para servir de juguete a los hombres.

Bajo la incitación de unas manos vigorosas pero sorprendentemente dulces, Lizzie inclinó la cabeza hacia atrás para que Teresa se ocupara de su pelo.

—Sin duda —respondió ella sin querer seguir con el tema—, pero una parte de él me detesta por lo que represento. Igual que usted, imagino. Mi tío mató a su hijo, Teresa…

A Lizzie se le cerró la garganta cuando pensó en lo que había hecho a su clan. Era la guerra, lo había sido desde siempre, pero ¿por qué algunos hombres querían poseer siempre más tierras? Conocía la respuesta: más recursos, más dinero y más poder. Allí estaba la ambición de algunos hombres, entre los cuales se encontraba Georg. ¡Este último nunca tenía suficiente! Siempre quería más. De haber estado sola, habría estallado en sollozos. Pero no lo estaba, y todavía tenía preguntas.

—Entonces, ¿su amo se convirtió en *laird* a los veinte años?

—Correcto.

—¿Y su madre?

—Murió horas después de traer a Ewen al mundo. Como mi nuera. Como… —carraspeó—. Traer hijos al mundo es peligroso.

Cierto. Muchas desafortunadas morían en la cama, Lizzie lo había podido constatar. Sucedía de igual manera en su clan, aunque poseyeran una curandera, una mujer vieja que le daba miedo a Lizzie cuando era niña, pero a quien le debía la vida, puesto que había evitado que corriera la misma suerte que sus padres. Por lo que había escuchado en su momento, la curandera también había ayudado a su tío a sanar una herida en la pierna sin sufrir demasiadas secuelas.

Teresa le enjuagó el cabello con agua limpia y, después de que Lizzie se lavara ella misma el resto del cuerpo, la invitó a sumergirse para enjuagarse del todo. La muchacha salió del agua. El aire de la estancia, relativamente frío a pesar de los vapores del baño, le puso los pelos de punta. Soltó un pequeño grito de sorpresa cuando la puerta se abrió de repente y apareció el amo del lugar. Cruzó los brazos sobre el pecho y subió una pierna para esconder su feminidad mientras intentaba mantenerse en pie. Lo asesinó con la mirada, pero no pudo escapársele que Alexander parecía haberse transformado en estatua. Una mirada intensa, tan intensa que sintió cómo enrojecía hasta la raíz de su cabello, y un escalofrío le recorrió la columna. El tiempo parecía haberse detenido. El brillo devorador de la mirada del *laird* despertó de nuevo esa extraña sensación en el bajo vientre, como si… Sí, como si esa parte de su cuerpo deseara a ese hombre. Con ardor. Más que a nada. Lizzie fue incapaz de hacer ningún gesto, puesto que esa sensación le robó toda voluntad. Ella no lo desafió, simplemente se quedó allí, perpleja, fascinada, con una extrema conciencia de lo que pasaba entre sus muslos. Algo increíblemente agradable y dulce había nacido en el interior de su feminidad, algo a lo que no podía ni quería resistirse. Al contrario, quería que durara. Y así era: lo notaba sin cesar, y era una sensación casi explosiva. Su sexo se humedeció y sintió un pinchazo ligeramente doloroso, pero que le pedía a gritos ser saciado, todo bajo la mirada viril que la observaba sin ningún pudor.

—¡Alexander! —bufó Teresa, haciéndoles salir de esta fascinación mutua a los dos jóvenes.

La doncella le tiró la toalla que estaba usando para secar a Lizzie, pero Alexander no se movió. Estaba casi jadeante. Sus ojos no se apartaban de los de la joven. Le mostraba sin ningún disimulo el poder de su deseo, un deseo al que ella respondía con la misma fuerza, la misma

violencia, y que parecía descolocarlos a ambos.

—¡Alexander! —repitió Teresa con el ceño fruncido.

El *laird* giró sobre sus talones y salió de la estancia cerrando con violencia la puerta tras de sí.

—¡Por supuesto, no se disculpe! —le gritó Lizzie retomando su sangre fría—. ¡Malnacido! —No pudo evitar decir mientras blasfemaba por haberse dejado hechizar por la mirada de ese hombre—. ¿Siempre es así?

—No, antes no era así —respondió Teresa visiblemente conmocionada—. Se volvió taciturno tras perder a su mujer. Y su bebé. Además de estar constantemente furioso con todo el mundo. Es más, los guardias han cometido el error de instalarla en *su* alcoba.

Oh, no. Y ella se burló de él cuando su esposa murió en el parto… No se lo perdonará jamás.

Sintió que le inundaba una ola de compasión por ese hombre que lo había perdido todo. Empatizaba con su padecer, y no pudo evitar sentirlo en lo más profundo de su corazón. Debió de haber sufrido mucho; y todavía sufría, eso era innegable. Y, a pesar de sus heridas personales, tenía que enfrentarse a sus obligaciones de *laird*. Era normal que se mostrara intransigente y fuera intratable. Ahora comprendía mejor por qué de repente estallaba en una ira desenfrenada y parecía que en cualquier momento estaba dispuesto a ceder ante sus impulsos violentos.

Levantó los brazos por encima de la cabeza y dejó que Teresa la envolviera con una toalla de lino que pesaba un quintal. Luego, salió de la tina. Teresa le secó el cuerpo y la ayudó a ponerse su vestido. Lizzie renunció a atarse el cuchillo al muslo. Podría haber perdido de nuevo su libertad, pero estaba a salvo. Ahí nadie le haría daño. La única cosa que temía ahora era encontrarse de nuevo con la mirada de fuego de Alexander MacLeod, por mucho que a su vez la deseara. De eso, de su propio deseo, no había cuchillo que pudiera protegerla.

Se apartó la cabellera a un lado y se giró para que Teresa atara los lazos de la espalda del vestido. Cuando terminó, se sentó frente al tocador. Teresa secó la larga melena con una toalla y luego se dispuso a desenredarla. Lizzie se mantuvo en silencio, aunque quería saber más sobre las circunstancias de la muerte de la mujer de Alexander. Con todo, no quería entristecer a la mujer con otros recuerdos dolorosos. Se miró en el espejo, ovalado y bien pulido. Contempló la imagen de la estancia que se encontraba detrás de ella.

Así que, ¿esa era su *habitación?*

Era bonita. Una verdadera alcoba de princesa. La alfombra y las cortinas eran tupidas, y conferían a la estancia un ambiente cálido. Además, olía a flores de campo. Lizzie vio un ramo colocado sobre una pequeña mesa cerca de la ventana. ¿Era Teresa quien llevaba las flores a la habitación o era el propio Alexander?

Lizzie se preguntó de repente cuánto tiempo llevaría muerta su mujer. ¿Habría sido antes o después de la batalla contra su tío? Definitivamente, después. Tenía veinte años en el momento del enfrentamiento, y se mostró tan valiente durante la batalla que las historias de sus hazañas recorrieron las *Highlands*, lo que le forjó la reputación de valiente guerrero que aún mantiene. Casi se convirtió en una leyenda de la noche a la mañana. Lo llamaron el «joven lobo de Helen Hall».

El lobo…

Ese apodo le quedaba como un guante. Lizzie había tenido la impresión desde un principio que estaba listo para devorarla. Solo Dios sabía lo que hubiera pasado si Teresa no hubiera estado presente. ¿Se hubiera lanzado sobre ella para hacerla suya? ¿Para poseerla como un hombre poseía a una mujer? Oh, Señor. De tan solo pensarlo, el deseo carnal renació entre sus piernas, un deseo que ella debía acallar antes de ver de nuevo al *highlander*, o se metería en

problemas. Quería persuadirlo y convencerlo para que la protegiera, pero no estaba preparada para sucumbir a lo que ella misma sentía por ese hombre seductor que era el *laird* del lugar. Tenía que resistirse con todas sus fuerzas o estaría perdida, puesto que estaba claro que la odiaba por lo que ella era y lo que le recordaba, incluso aunque su cuerpo la deseara.

Durante el tiempo que estuvo peinándola Teresa, la imagen del rostro de Alexander no abandonaba sus pensamientos.

—¡Ya está! ¿Le gusta, mi señora?

Lizzie se miró. La doncella había hecho maravillas. Su larga melena castaña estaba sedosa y brillante. Había trenzado algunos mechones a los lados que había luego anudado en la parte posterior con una liga del color de su vestido. ¿Dónde la había encontrado? ¿Se había ausentado para ir a buscarla? En cualquier caso, Lizzie no se había dado cuenta de nada, porque el recuerdo de la intrusión del *laird* la había hipnotizado. Este encuentro le había ocasionado muchas preguntas. Esperaba que esa liga no perteneciera a la esposa de Alexander, pero supuso que Teresa no habría actuado de una forma tan burda.

Ambas mujeres cruzaron miradas en el espejo.

—¡Es perfecto, Teresa!

Parecía toda una preciosidad así peinada: perfecta para la ocasión. Alexander no desconfiaría, creería que estaba llena de inocencia, y sin duda bajaría la guardia. Y entonces… ella pasaría a la acción.

5

Alexander, con una presencia dominante en la gran mesa en la que se reunían los hombres más eminentes del clan para cenar, luchaba por no perder las formas. ¿Por qué había entrado en esa estancia? ¿Por qué los guardias que había designado precisamente allí no le habían impedido que entrara? A veces tenía la sensación de hablar con las paredes y de estar solo para hacer que todo funcionara sin problemas en su hogar, al igual que en el resto de sus dominios. Pero no era así: Craig lo ayudaba y secundaba en todo lo que podía. Además, ¡la había sorprendido desnuda! ¡Como si no fuera suficiente el hecho de que ella estuviera en la habitación que su mujer ocupaba cuando residía en Helen Hall antes del matrimonio!

Se sintió renacer al pensar en su piel, tan clara y delicada que parecía hasta transparente. El pecho menudo que ella había logrado esconder, el lunar justo encima del seno izquierdo, su vientre, sus muslos… Esa mujer tenía un cuerpo apetecible. De repente, se imaginó acariciándole los pechos e impulsando sus caderas para hacerla gemir con su miembro, que se no tardó en crecer ante la idea.

Se percató de que todos los hombres que estaban sentados a lo largo la mesa habían dejado de hablar. Elevó los ojos y vio que miraban hacia la entrada de la sala, donde acababa de aparecer una joven entre dos guardias. Tragó saliva con dificultad. Con ese vestido rojo sangre con detalles dorados, que dejaba ver su cuello y resaltaba su busto, estaba magnífica. La mujer más bonita que había visto en mucho tiempo. Debería haberse levantado, pero no podía, o todo el mundo habría notado que la deseaba. ¡Contra toda razón y con toda razón!

¿Qué le pasaba? ¡Maldita sea!

¡Era una MacDonald! Nadie debía darse cuenta de su interés y su debilidad por esa mujer.

Hizo un movimiento con la mano y soltó secamente:

—Señorita MacDonald, no la esperábamos. Tome asiento.

La rebajó al rango de doncella y la ninguneó, pero solo podía acogerse a la ira y el desprecio para protegerse de la violencia de la atracción que sentía hacia ella. Una atracción que le desagradaba, además de enfurecerlo, puesto que tenía la sensación de haber traicionado a su mujer por desear a otra, que, además, era de un clan enemigo. Su tío, al igual que Teresa, insistía en que encontrara una nueva esposa. No era bueno para ningún hombre vivir en soledad, ¡y solo tenía veinticinco años! ¡Necesitaba un heredero! Sabía que tenían razón. Evidentemente, su cuerpo tenía necesidades que saciaba con sus propias manos, pero cada vez con menos frecuencia, desde hacía algunos meses. Tenía muchas preocupaciones que ocupaban su mente. Quizá se sentía tan solo que le dolía, y no tenía un cuerpo que lo acogiera por las noches. A pesar de ello, ninguna otra mujer había conseguido despertar su deseo.

Hasta ese día.

Un destello de ira de una intensidad equiparable a la suya recorrió las pupilas de la prisionera, pero lo controló con mesura y dejó ver un semblante impasible. Al menos en apariencia, puesto que en su interior continuaba recorriéndole con la mirada. Incluso le dedicó una atractiva sonrisa, aunque un poco sarcástica. Ella sabía perfectamente qué esperar de él; había comprendido su

deseo y lo había compartido incluso con la misma intensidad. Desde ese momento él tendría que estar atento, o esta dama se saldría con la suya.

—Disculpad mi retraso, *laird*. Estaré más atenta la próxima vez.

Se disculpó falsamente, con el tono seco de los que están habituados a que les den órdenes y no aguantan más. Ella lanzó una mirada a los presentes y se dejó admirar. Alexander vio que todos la devoraban con los ojos, con la boca abierta. ¡Parecía que no habían contemplado a una mujer desde hacía meses! Tenía que reconocer que tenía un cuerpo hipnótico, y que ser una MacDonald, *la* MacDonald, le daba ese poder de atracción. No solo era una belleza casi pecaminosa, sino que era la mujer más solicitada de las *Highlands*. La mujer con la que todos los hombres soñaban desposarse antes de la muerte del viejo Georg, rico y poderoso. Él solo quería dinero; el resto no le interesaba.

Viendo que Ewen liberaba un espacio en la mesa y ponía un cojín a su lado, Elizabeth se dirigió hacia él con altanería. Sonrió a Ewen y se ayudó de la mano que este le tendía para pasar las piernas por encima del banco, levantando el vestido en un gesto elegante. Le dirigió una mirada desafiante antes de sentarse y le dio tiempo de percibir sus maravillosos ojos dorados antes de que ella dirigiera su atención a su hermano, a quien sonrió aún más, como para burlarse de él.

¡Esta mujer lo iba a volver loco!

Alexander bebió su cerveza de un trago y atacó el plato que una criada acababa de llenarle de repollo y tocino. Respondió vagamente a las preguntas que le hacían Craig y Angus sin poder dejar de observar a Ewen y Elizabeth hablar, como si ya fueran íntimos amigos. Comía poco y bebía demasiado, como de costumbre. Por la noche, los demonios lo perseguían, lo que le causaba un dolor tan inmenso que solo podía ahogar en toneles de cerveza y *whisky*, solo en su habitación, hasta que caía redondo. Angus y Teresa lo metían en la cama cuando él era incapaz. Al despertarse, la pena y el dolor resurgían y se sumergía en el trabajo para no pensar en ello. La ira constante que sentía le daba las fuerzas necesarias, pero ¿hasta cuándo podría subsistir? Algunas noches, cuando la soledad y la falta de su mujer y su bebé lo hacían llorar como a un niño, le venían unas terribles ganas de terminar con todo.

Se recostó en su silla y, mientras bebía de su cerveza a pequeños tragos, observaba a Elizabeth, quien parecía haberse habituado fácilmente a ser su prisionera. No lo habían hablado, pero la dejaría ir y volver a su conveniencia, con escolta, con tal de que causara un revuelo. Reconocía que aquella dama tenía recursos y un corazón fuerte, pero sin duda había comprendido que era mejor quedarse allí segura que aventurarse a recorrer sola los caminos.

¿Por qué esta mujer lo atraía tanto? ¡Maldita sea!

Tenía un carácter de perros y parecía fría y distante. Salvo cuando la había sorprendido en el baño. Resistió las ganas de frotarse el rostro para apartar de su cabeza las imágenes de ese cuerpo que le hacía perder el control. Sus senos eran pequeños, pero estaban esculpidos con una perfección digna de los dioses y, cuando diera a luz, se volverían más grandes. ¿Por qué pensaba en esas cosas? Sabía por qué… La pérdida de su hijo a la vez que la de su mujer le había roto el corazón de tal forma que pensaba que sería incapaz de volver a amar a alguien con tanta fuerza.

La miró fijamente durante un momento, hasta que Craig acabó por darle una patada por debajo de la mesa. Le dirigió una mirada asesina. Su hermano se regocijaba en la situación, y se inclinó hacia a él mientras le dirigía un gesto insolente.

—¡Tu deseo por ella es casi cristalino, hermano! —susurró con discreción—. ¡Hazla tuya o quítatela de la cabeza!

—¡Como si fuera tan sencillo! —refunfuñó Alexander, que se acariciaba una barba recién arreglada—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¡Ya lo sabes! No soy el adecuado para hacerle estas preguntas. Cuando una mujer me gusta, la meto en mi cama. ¡El placer! Solo eso es real, hermano.

—¿Y luego?

—Luego, ¿qué?

—¿Qué haces después? —insistió el *laird*.

—Bueno… ¡Eso es todo! Paso a otra, y luego a otra…

Alexander escuchó a su hermano para pensar en otra cosa que no fuera esa mujer que, bajo su criterio, lo obsesionaba desde que había entrado en su vida hacía escasamente unas horas. Sabía perfectamente cómo se comportaba él con las mujeres: las hacía suyas, se preocupaba de no dejarlas embarazadas y luego pasaba a otra que parecía satisfacer sus deseos. Hasta ese momento, no había aceptado ninguna propuesta de matrimonio; apreciaba demasiado la libertad. Pero él sabía que, un día, su camino se cruzaría con el de una mujer que sería diferente a las demás, y se enamoraría de ella. Entonces no tendría ojos para ninguna otra. Eso era lo que él mismo había vivido hacía ya diez años, cuando puso sus ojos en Maddie, la hija del clan vecino, una Kinkaid. Sabía que era la mujer de su vida. ¡Esta maldita vida no tuvo piedad ni de él ni de su amor! Y hoy no quedaban más que cenizas de todo eso.

—¿Qué has decidido? —le preguntó Craig.

—He mandado una misiva a los MacDonald, como habíamos dicho. No tenemos por qué esperar. No quiero pensar en lo demás.

—¡Ahí está la solución! Georg entrará en pánico con solo pensar que su dominio será nuestro cuando él fallezca. De ser así, al fin tendríamos nuestra venganza, hermano. Todo lo que tienes que hacer es acercarte a ella, reclamar su virginidad y casarte con ella.

—¿Contra su voluntad? ¿Eso es lo que me aconsejas?

Craig podía ser un mujeriego, pero Alexander jamás lo había escuchado decir que tomara una mujer por la fuerza. Eso no estaba en la naturaleza de los MacLeod. En su clan se respetaban a las mujeres, y si su hermano hubiera hecho algo así, él no se habría apiadado de sus fechorías.

Craig echó un vistazo a Elizabeth, luego devolvió sus ojos a él:

—¡Claro que no! ¡Sedúcela! Algo me dice que aceptará. Cuando cree que no la miras, te observa. Parece mostrar el mismo interés que tienes tú por ella. Mejor eso que otra guerra, ¿no?

—¡La guerra sucederá de todos modos! ¿De verdad crees que MacDonald me dejará en paz si me caso con su sobrina sin su consentimiento, cuando ya ha decidido casarla con otro?

—¿Sabes de quién se trata?

—¡No! Quizá Ewen lo sepa. Se lo preguntaremos. En cualquier caso, parecen llevarse muy bien —terminó Alexander mientras miraba por enésima vez a la mujer que estaba sentada al lado de su joven hermano. Ambos se reían a carcajadas

¿Qué se estarían contando?

Definitivamente, tendría una conversación con Ewen. ¡Y rápido! Antes de que pusiera en marcha su plan de liberar a la prisionera; o eso pondría fin a sus intentos de resurgir de sus cenizas.

—¿Estás celoso?

—¡Para nada! No quiero que Ewen cometa una locura. Si huye con Elizabeth y los MacDonald los encuentran antes que nosotros, nuestro hermano estará muerto.

—Ewen es inteligente y te es fiel. Nunca te traicionaría.

—Elizabeth podría convencerlo. Su atractivo es innegable.

—¡No lo creo! Mírala. Parece que ha asumido el cambio. Si quieres mi opinión, no tiene ninguna intención de escapar.

Eso mismo le parecía a él, y si no, era muy buena actriz, tenía que reconocerlo. Si, en cualquier caso, ella estuviera decidida a huir, lo conseguiría. Podía esquivar la vigilancia de sus guardias o seducir a Ewen o a cualquier otro hombre. Y, de nuevo, sería el fin de su deseo de salir de la oscuridad que habían traído los MacDonald a su clan. Las arcas se llenaban poco a poco, pero tenían mucho que hacer y que reconstruir. Alexander no pedía la luna, simplemente quería tener con qué alimentar a su gente y recuperar el prestigio y gloria de antaño. El poder no le interesaba; solo quería vivir en paz y feliz con su familia y la gente a la que quería.

—Que Dios te escuche, hermano.

—Dobla la guardia si temes que vaya a escaparse.

—Quiero confiar en ella. Por lo menos al principio…

Debía explicarse para que todo fuera claro entre ellos. Habían comenzado con mal pie. Simplemente tenía miedo de no poder mantener la mente en frío si se encontraba a solas con ella, y la escena del baño no quería salir de su cabeza, por mucho empeño que le pusiera. La primera vez que la tuvo entre sus brazos, en el sillón del trono, casi no pudo contener sus ganas de besarla.

—Ya casi han pasado dos años, Alexander. ¿No crees que es el momento de olvidar?

¿Olvidar? ¡Jamás!

No podía olvidar el dolor que todavía le rompía el alma cada vez que pensaba en su mujer. No estaba preparado para traicionar el voto de amarla para toda la eternidad. Maddie vivía todavía en su corazón; sin embargo…

De repente, su dulce voz se elevó y enmudeció las charlas de los presentes. Parecía que su deseo de establecer contacto con ella se había cumplido:

—¿Mi señor?

—¿Sí, señorita?

Entrecerró los ojos y reprimió una mueca. Su tono paternal le erizó la piel.

—Permítame retirarme.

Hizo un nuevo gesto con la mano y desdeñoso exclamó:

—¡Si así gusta…! ¡Guardias, acompañad a la señorita a su alcoba!

—¡Lo haré yo, hermano! —se interpuso Ewen.

—Uno no excluye al otro, Ewen —dijo con mirada seria.

Ewen fue inteligente al no responder. Craig tenía razón; su hermano no desafiaría su autoridad. Ewen sabía dónde estaba su lugar igual, que sus intereses, aunque se hubiera convertido en amigo de Elizabeth.

Tras una reverencia encantadora, la prisionera se fue. Al verlos salir, Alexander no pudo evitar sentir un pinchazo en el pecho que, una vez más, intentó ignorar; pero eso le demostraba una vez más que su corazón no estaba muerto.

6

Lizzie y Ewen salieron de la sala común. Avanzaron unos tres o cuatro pasos, y eso bastó para que el joven se disculpara por el comportamiento de su hermano:

—Disculpe a Alexander, Lizzie; actúa por el bien del clan. No creo que tenga personal en su contra.

Eso no era lo que ella creía; tenía la impresión contraria, que él la culpaba de algo que ella era incapaz de comprender.

¿Qué le reprochaba?

¡Cuánto se arrepentía de haber venido hasta ese lugar! No de haber salvado a Ewen, que era un hombre encantador y atractivo, pero sí de haberlo acompañarlo, pensando que iba a descansar y retomar su ruta, con quizá algunos víveres como recompensa. En lugar de eso, había caído en una trampa, una trampa un tanto peculiar, pero igual de dramática.

—Lo sé, Ewen —suspiró Lizzie—. ¿Le apetece pasear? He cambiado de idea, y prefiero no ir a descansar tan pronto.

Estaba demasiado enfadada con el *laird* como para poder conciliar el sueño. El joven asintió y salieron. Recorrieron en silencio la morada y siguieron el camino de las escaleras de la muralla sin mediar palabra. Allí, Lizzie pudo admirar la vista. Imponente. El cielo lucía un rojo intenso, y el sol poniente iluminaba un lago —no muy lejos— donde quizá podría bañarse uno de los próximos días. Allá donde fijara la vista, la luz era magnífica y brillaba en todo su esplendor. Nunca había visto un cielo tan bonito ni un paisaje tan vasto. La fortaleza, sobre una pequeña colina, dominaba el bosque, por un lado —por el que habían escapado—; al otro, había campos y un lago. A sus pies y hasta el lago se extendía un gran jardín, y más allá, un gran espacio con hierba y bancos para descansar. Se imaginaba sentada sobre uno de esos bancos, bajo el sol, leyendo un poemario. U otro tipo de obras, si el *laird* las tuviera y se las quisiera prestar. Quizá llegarían a descubrir temas en los que estarían de acuerdo, en vez de lanzarse uno a la yugular del otro.

—Vuestro dominio es magnífico, Ewen, y este lugar me gusta muchísimo.

—Espero que no me culpe mucho. Os mentí sobre mi nombre, pero los motivos eran loables. Quería protegerla. No pensé que Alexander se fuera a aprovechar así de la situación.

—No le culpo, Ewen. A ninguno de los dos, de hecho —afirmó dulcemente, como hablándose a sí misma—. Comprendo la posición de su *laird*; soy la gallina de los huevos de oro.

Sí, ella lo entendía, aunque no lo aceptaba.

Lo que no llegaba a comprender era por qué le atraía tanto Alexander MacLeod. Era misterioso y viril hasta la saciedad, pero igualmente detestable. Nunca había sentido nada parecido y se sentía un tanto perdida. Una parte de ella excusaba su comportamiento hacia él —al fin y al cabo, era la sobrina de su peor enemigo y, hasta que se demostrara lo contrario, una enemiga. No le podía pedir que confiara ni que fuera agradable con ella— mientras que, por otra parte, la más insumisa y ferviente, solo soñaba con destruirlo, por su arrogancia y su propensión a tratarla como una damisela descerebrada. ¡Ella no era ni una cosa ni la otra! ¡Ella no era una

cualquiera! ¡Ella era Elizabeth MacDonald, la heredera del clan MacDonald; y se merecía respeto!

Reflexionó sobre el porqué de su interés por ese hombre.

Había tenido la sensación, desde que había puesto los ojos en él, de que estaban hechos de la misma pasta, que eran igual de obtusos, testarudos y obstinados. Y que sus almas se parecían.

¿Podía atraerte un hombre tan solo a primera vista?

Sin duda, puesto que era lo que ella sentía. Quería conocerlo mejor y dominarlo, aunque él no estuviera dispuesto a ello. Estaba acostumbrada a tratar con hombres, pero no con hombres capaces de despertar su deseo como lo hacía el *laird* MacLeod.

Mientras lo pensaba, esperaba verlo aparecer en cualquier momento. Tenían que hablar— sin duda él era perfectamente consciente— para ponerse de acuerdo y convenir un plan. Que otras personas murieran por su causa era algo inaceptable. Sobre todo gente de un clan que ya había perdido tanto por culpa de su familia. De nuevo, aunque estuviera absorta en el paisaje, solo pensaba en Alexander. Ese hombre había tomado posesión de cada rincón de su mente, y todo en apenas unas horas. Si no lo veía al subir a la cama, le pediría una audiencia al día siguiente.

—La defenderé, Lizzie, lo juro —añadió Ewen sacándola del silencio en el que se habían metido durante unos minutos. Él también parecía absorto en sus pensamientos.

Lizzie le tomó la mano para agradecérselo.

—Es muy amable, Ewen, pero no puedo dejar que se arriesgue por mí.

Quizá debería mostrarse razonable y aceptar casarse con Dougal Campbell, antes de ser responsable de algo que la sobrepasase sin previo aviso. No quería que nadie sufriera o muriera por su culpa, incluso aunque ella solo fuera un pretexto para iniciar una guerra entre clanes rivales. Era tan fácil como eso, el recurrir a las armas. Pero cuando pensaba en Campbell, le entraban ganas de vomitar ante la simple idea de que le pusiera las manos encima.

—Los hombres han batallado por las mujeres desde siempre, sobre todo por las más bellas —dijo Ewen, pensativo.

Bellas, quizá; pero igualmente reducidas a una fuente de riqueza o de poder, lo cual no distaba mucho de su realidad.

Lizzie se aclaró la garganta y quiso cambiar de tema.

—Háble me de Katel. ¿Se han prometido?

Ewen arrugó el entrecejo, visiblemente apenado.

—Por desgracia, no. Alexander se demora en darnos su consentimiento. Sé que preferiría otra alianza para consolidar el clan, pero es a ella a quien amo. Siempre la he amado.

—Es una mujer muy hermosa. Y estoy segura de que ella también lo ama. Espero que no me odie por haber llegado así con usted.

—Se lo expliqué todo. Lo ha comprendido y me ha perdonado.

Si su tío pagara el rescate, Alexander quizá consentiría que se casaran. Siempre se debería priorizar el amor, y no dar cabida alguna a los matrimonios de conveniencia. Pensó en su propia situación. ¡Ella misma haría lo que fuera para desposarse con el hombre al que amase, y no con un viejo vicioso con ojos de depravado!

—Por cierto, debo encontrarme con ella. ¿Quiere que la acompañe a su habitación?

—No, gracias, Ewen. Me quedaré aquí unos minutos más; tengo que pensar. Y, de todas formas, tengo a mis guardias; no hay nada que temer —añadió con la mirada en sus carceleros, que estaban pegados a la muralla. Mientras la vigilaban, parecían bastante ocupados —o aburridos, más bien—, cortándose las uñas con sus cuchillos.

Se prometió a sí misma irritarlos para que le lloraran al *laird* y para que ningún otro guardia quisiera vigilarla. Era una estrategia algo pueril, pero la idea le divertía.

Ewen se inclinó ligeramente, con la mano posada en el pecho.

—Muy bien, entonces. Hasta mañana. Espero que consiga dormir a pesar de sus tormentos.

Ella también lo esperaba.

***

Una vez sola, Lizzie observó el sol ponerse poco a poco hasta dejar paso a la oscuridad. Estaban en pleno julio: los días eran largos, pero en unos minutos, el aire sería fresco y tendría que volver adentro. No le apetecía. La naturaleza era preciosa y encerrarse en la soledad de su habitación la aterraba. Sin poder contenerse, derramó un río de lágrimas, que corrieron por sus mejillas. Luego, unos profundos sollozos hincharon su pecho ante la situación desesperada a la que debía enfrentarse.

Sin secarse las lágrimas, se dio la vuelta. Solo quería una cosa: ver a Alexander para… No lo sabía exactamente. Tenía la sensación de que solo él podía curar sus tormentos y quizá darle un pequeño rayo de esperanza, si es que no era indiferente a su suerte. Creyó estar soñando cuando lo vio aparecer en lo alto de las escaleras de piedra que llevaban al camino de ronda. Sin duda había esperado a que Ewen bajara para encontrarse con ella a solas. Despidió a los guardias con la mirada y luego se dirigió hacia ella sin dejar de observarla.

La garganta de la joven se secó y su corazón pareció escatimar en latidos. Todo se ralentizó a su alrededor.

Se había recortado la barba, y también había peinado su pelo negro hacia atrás. Llevaba puesta una camisa blanca de mangas anchas y un *kilt* y un tartán que lucía con elegancia. Era increíblemente guapo y le costaba resistirse a sus encantos.

Cuando se acercó, el *laird* mostró cierta inquietud.

—¿Ha llorado?

—Sí, *laird*, he llorado —confesó ella—. Y, además, le pido de rodillas que me deje ir. Tan solo les pido unos pocos víveres y mi libertad.

Alexander apoyó las manos en el muro y su mirada se perdió en la inmensidad verde a sus pies. Ella no pudo evitar admirar sus manos: hermosas, de dedos largos y finos, pero fuertes y, sin duda, despiadadas, puesto que ya habían matado. Habían matado a hombres de su propio clan, pero sus sentimientos seguían siendo contradictorios: los MacDonald habían atacado a los MacLeod con la intención de erradicarlos de la faz de la Tierra. Los MacDonald eran los villanos de esta historia, y Alexander solo se había defendido. Lizzie no sentía pena por los hombres de su tío, hombres que no levantarían ni un solo dedo por ella. No representaba nada, por tanto, para ellos. No hasta que ella fuera la cabeza del clan. ¡Entonces sí que la respetarían! Aunque algunos no tolerarían ser comandados por una mujer.

—Es demasiado tarde, Elizabeth —suspiró Alexander sin mirarla, sacándola de sus pensamientos—. Ya ha partido la misiva para pedir el rescate. Sois la sobrina del *laird*. Sé que en el fondo me comprende.

Los ojos de Lizzie se llenaron de lágrimas una vez más.

—Lo comprendo, ¡pero quiera que esté de acuerdo!

Alexander se giró hacia ella y Lizzie no supo, por su expresión, si él se enternecía ante su angustia o si se mofaba de la situación. Sin embargo, había perdido ese aire arrogante que

siempre exhibía. Parecía… afectado. Ciertamente afectado. Pero ¿era por sus orígenes o por su persona?

Ella no pudo pasar por alto que ambos y se atraían. Lo podía ver en sus ojos, de igual forma que él podía ver el deseo en los suyos. No sabía cómo disimular cómo disimular ese deseo. Y tenía la sensación de que un paso hacia él sería suficiente para que la tomara entre sus brazos y la besara. Se preguntó, de repente, lo que ella sentiría al notar sus labios sobre los suyos y su cuerpo, piel con piel. Sintió que su bajo vientre, una vez más, ardía. El *laird* la miraba con la misma intensidad con la que la había mirado en su estancia. Su mirada resultaba tan intensa que se le entrecortaba la respiración.

—El *laird* quiere casarla, ¿verdad? —le preguntó con una voz dulce que la sorprendió.

Sus pupilas se clavaron en las suyas como si en su alma buscara las respuestas.

—Sí.

Ella secó con pudor la lágrima que cayó por su mejilla.

—¿Con quién?

—Con Dougal Campbell.

Alexander se giró sin decir palabra, pero ella tuvo tiempo de ver su mandíbula tensarse.

—¿Lo conoce? —quiso saber.

No respondió inmediatamente, pero por la rigidez de su postura sabía la respuesta.

—Sí, lo conozco —suspiró él.

—Él también me hizo prisionera, *laird*. Parece que tienen bastante en común…

La joven retrocedió al ver la mirada furibunda de él. Se lo esperaba: sabía que esa afirmación lo provocaría, pero no esperaba desatar tal odio en él.

Él dio un paso en su dirección, como si la fuera a reducir a cenizas.

—¡Le prohíbo que me compare con ese hombre!

—¿Por qué? —gritó ella, furiosa de igual modo—. ¡No es en ningún modo distinto a ese hombre inmundo, puesto que me tiene aquí retenida! Así que sí, insisto. ¡Se asemejan en ese sentido! ¡Y le prohíbo que me mire como lo ha hecho antes!

Una vez pronunciadas esas palabras, se giró y se alejó, tan dignamente como le fue posible.

Si se hubiera girado, habría visto que la ira del rostro del *laird* se transformaba en algo mucho más doloroso.

7

Lizzie tardó un tiempo en conciliar el sueño. Su enfado hacia Alexander le hacía hervir la sangre. ¿Por quién la tomaba para hablarle así? ¡Ella no era una niña a la que él pudiera sermonear a su gusto!

Sin embargo, cuando se dirigió al camino de ronda para encontrarse con ella, le pareció conmovido. La había mirado con mucha atención y benevolencia. Pero una vez más, su charla había dado un giro hacia la hostilidad. ¡Era imposible hablar con ese hombre dentro de los límites de la calma!

A él también le hervía la sangre.

En cualquier caso, comprendió una cosa: ¡tenía que irse cuanto antes! ¡Tenía que escapar de Helen Hall! Sola, sin ayuda de nadie. No quería arrastrar a nadie al ojo de tormenta, y menos a Ewen. Se culparía desmesuradamente si tuviera problemas por ella y arruinase su vida.

***

Al final, acabó conciliando el sueño. En cuanto se levantó, acompañada de una migraña terrible, fue en busca de Teresa, a quien encontró en la cocina, dando órdenes a sus ayudantes.

Se plantó ante ella:

—¡Quiero trabajar!

—¡Qué bien! —respondió la doncella en el mismo tono—. ¿Sabe cocinar?

—¡No!

—¿Tejer? ¿Coser?

—Creo que no.

—¿Hacer jardinería?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué quiere hacer? —Teresa se cruzó de brazos y los apoyó en su generoso pecho.

—Pensaba… recoger hierbas para la cocina o pescar…

Lizzie ya se veía saliendo del recinto y descendiendo hasta el lago para sumergirse en el agua… Era buena nadadora: podría esquivar la vigilancia de los guardias, alejarse y encontrar tierra firme a cierta distancia. Pero entonces estaría desnuda… Tenía que encontrar una solución; quizá esconder ropa en alguna parte para recuperarla más tarde.

—Debería hablar con el *laird*.

Estaba lista para poner en marcha su plan de evasión, incluso para pedirle a Alexander permiso para salir a cosechar o pescar. Sería casi como aceptar la posibilidad de que ella huyera, ¿no?

—¡Ningún problema! ¿Sabe dónde lo puedo encontrar?

—Se ha ido.

La decepción de Lizzie fue total.

—¿Irse? ¿Adónde? ¿Cuándo vuelve?

Eso no le iba bien.

Si bien a Teresa le sorprendieron las preguntas de Lizzie, no lo demostró.

—No lo ha dicho, y yo no se lo he preguntado.

De acuerdo…

—¿Podría obtener de Craig el permiso de salir del recinto para recoger hierbas, entonces?

—Podría intentarlo…

—Ya veo. Bueno, gracias, Teresa. ¡Hasta luego!

La doncella la llamó antes de que cruzara el umbral de la puerta de la cocina a paso decidido. Lizzie se dio la vuelta y atrapó al vuelo la manzana que le lanzó. Se sonrieron. Teresa era agradable y Lizzie ya la apreciaba mucho. La echaría de menos.

Salió al patio, escoltada por sus guardias, a los que había saludado con una sonrisa forzada al salir de la habitación, para apaciguarlos también. Allí encontró a algunos hombres que estaban combatiendo con la espada. Craig, al que había visto a la derecha de Alexander la noche anterior en la mesa, se encontraba entre ellos. Se plantó cerca de él. No tenía miedo de las armas; al contrario, le gustaban.

—¿Puedo dirigirme a usted, mi señor?

Craig dejó de pelear.

—¡Por supuesto! ¿Qué puedo hacer por usted, mi dama?

Craig al menos era educado. ¡No como su hermano! Tenía la belleza, pero también esa expresión de… ira permanente, lo que —tenía que reconocerlo— le daba al *laird* un aire misterioso y furtivo que le hacía enloquecer, además de sacarla de quicio.

—Acabo de saber que el *laird* se ha ausentado.

—¡Cierto! Ha ido a visitar a uno de nuestros granjeros.

—¿Sabe si volverá hoy?

—No lo creo, señorita.

—¿Cuándo vuelve, entonces?

—No lo sé, no me lo ha dicho.

Empezaba a perder la paciencia.

—¿Quizá en su ausencia podría darme usted permiso para salir del recinto? Tengo por costumbre cabalgar cada día y nadar en el lago. Esperaba poder hacerlo aquí.

—Me temo que debo negarme, señorita —respondió Craig—. No le puedo dar una tropa para velar por su seguridad; eso dejaría la fortaleza todavía más débil, y su tío puede atacar en cualquier momento.

¿Él también la tomaba por tonta? ¡Sabía pensar, maldición!

—¡Hoy no, Craig! —reaccionó ella con vehemencia—. Hoy estamos tranquilos. Vuestro *laird* me reconoció ayer por la noche que acababa de enviar la misiva de mi rescate, y estamos a casi tres días a caballo de la fortaleza MacDonald. Mi tío no puede haberla recibido ya y no tiene ni idea de dónde me encuentro. Déjeme, al menos, dar un paseo a caballo, se lo suplico. Es más, prometo solo ir al paso.

Craig le sonrió.

Ella tenía la sensación de que él sabía lo que estaba preparando.

Vas por buen camino —se tranquilizó.

—¿Es buena amazona?

—¡Muy buena! Monto desde que era pequeña —respondió con ingenuidad—. Incluso he

aprendido a entrenarlos. Ningún caballo se me resiste.

—¡Precisamente por eso! Podría burlar la vigilancia de los guardias y huir. Alexander no me perdonaría que la hubiera dejado marchar.

Lizzie se forzó a mantenerse impasible, aunque por dentro tuviera un deseo evidente de huir a caballo —lo cual hubiese sido lo más conveniente—. No podía creer que su esperanza se hubiese desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Podría haberse quedado para vigilarme él mismo si desconfiaba de la situación!

La sonrisa de Craig se acentuó.

—Definitivamente, mi hermano y usted se parecen.

—¡Desde luego que no! —soltó ella—. No tenemos nada en común. Yo sonrío y le hablo a la gente con empatía, aunque no esté feliz.

Craig la miró con sorpresa.

No debería haberse expuesto así, no estaba bien hacer saber sus estados de ánimo a nadie, y menos todavía a un hombre. Pero Lizzie había tenido suficiente al intentar hacerse la fuerte. Sí, estaba enfadada porque la habían tratado como mercancía barata, pese a que sabía que así es como se trataba a las mujeres. Había esperado un trato distinto por parte de su tío o, en cualquier caso, que no dejara que un hombre la maltratara. Y sí, estaba triste y enfadada por haberse convertido de nuevo en prisionera sin saber lo que le depararía el futuro. No soportaba más esa incertidumbre, ni mucho menos la idea de depender de la decisión de un hombre, aunque este fuera tan irremediablemente atractivo. En realidad, no sabía lo que el *laird* pensaba de ella. La deseaba, cierto, como un hombre desea el cuerpo de una mujer, pero en su segundo encuentro acalorado, la había mirado como si le horrorizase.

Deseaba su cuerpo, pero no a ella. Como todos los otros hombres, al fin y al cabo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y vio que Craig se enternecía.

—Deje que vaya por lo menos a dar un paseo hasta el lago —pidió con ojos suplicantes—. Me pareció tan bello cuando lo vi anoche en la muralla que me gustaría volver a verlo de cerca. Le prometo que no evitaré la compañía de sus guardias. No soy tonta, señor, sé que me arriesgaría mucho aventurándome sola por los caminos.

Sí, se arriesgaría mucho; sin embargo, seguía decidida a hacerlo. No quería causar la destrucción de Helen Hall, y mucho menos que su gente muriera por su culpa: no lo toleraría. Si escapaba, su tío no tendría más razones para atacar y se lanzaría sobre sus huellas y no se detendría. En fin. Eso esperaba ella, pero nada era seguro: Georg podría querer destruirlos porque tenía una vieja deuda con ellos y, esta vez podría conseguirlo con la ayuda de Campbell.

Era evidente que sus lágrimas habían provocado cierto efecto y, a Craig le costó resistirse. Parecía conmovido, a diferencia de Alexander, que se había enfadado al verla llorar. De nuevo, no dejaba de pensar en el *laird*. Y más al tener la viva imagen de su rostro ante sus ojos. Comprendió que lo echaba de menos, que tenía ganas de volver a verlo —aunque lo temiera— y que no podía esperar a que volviera. Se preguntó de repente lo que le reservaría su próximo encuentro.

—¡Muy bien, señorita! La autorizo a pasear alrededor del recinto. ¡Pero a pie! Y cuento con usted. No vaya demasiado lejos.

Lizzie le saltó al cuello sin pensárselo dos veces, y el resto de los hombres que les rodeaban no pudieron contener la sonrisa. Habían dejado de pelear para escucharlos y, como Craig no había dado la orden de volver al combate, aprovechaban el momento para descansar, puesto que hacía un calor terrible en el patio de la fortaleza. Craig también le gustaba. ¡Como Ewen! Tenían

la misma dulzura.

Tomó distancia y dio media vuelta. Luego, pensándoselo mejor, regresó por donde había venido e hizo una reverencia con aire divertido.

—¡Gracias, señor!

Entonces corrió hacia la pequeña puerta que daba al exterior, mientras sentía cómo su corazón se aceleraba.

***

Deambuló por el campo todo el día, lo que agotó a los guardias, pero ella se regocijaba en su malhumor. La habían incitado a volver a la fortaleza para tomar el refrigerio del mediodía y descansar un poco, pero no había cedido. Se tuvieron que contentar con algunas bayas, hierbas amargas y una botella de *whisky* que compartieron entre ellos. Visitó varios lugares, se bañó en el lago, por lo que forzó a los guardias a girar la cabeza durante al menos una hora, sin descanso, bajo un sol abrasador. Uno de ellos se tambaleaba, ebrio, y parecía que se iba a caer en cualquier momento.

***

Cuando llegó la noche, cenaron todos juntos en un ambiente agradable. Los hombres contaron su día y, finalmente, Craig entonó un canto. Tenía una voz maravillosa. Sin embargo, Angus permanecía taciturno y los comensales no pudieron evitar lanzar pequeñas miradas en dirección al asiento del *laird*, vacío. Echaban de menos a Alexander, y Ewen le había confiado que no era habitual que se ausentara. Sobre todo sin decir cuándo volvería.

¿Dónde habría ido? ¿Qué habría ido a hacer? ¿Se habría marchado por ella?

Por las miradas que le lanzaba Angus, y por sus gestos, ya que colocaba la mano sobre la suya con cierta frecuencia, pensó que, efectivamente, Alexander había partido por ella. Quiso preguntarle las razones al hombre, pero se abstuvo. No necesitaba saber que se interesaba por Alexander y que lo echaba de menos y… que estaba preocupada por él. Tenía dudas sobre los motivos de su partida: Alexander también se interesaba por ella, le atraía y no sabía qué hacer con esa atracción.

Pero, pensándolo bien, era mejor que se ausentara de la fortaleza para lo que se disponía a hacer. Sería —sin lugar a duda— mucho más fácil irse, puesto que, cuanto más se acercara a ella, más difícil le sería alejarse: lo sentía como si estuviera escrito en su sangre.

Le desconcertaba que Alexander no hubiera reclamado su mano para acaparar las tierras de su tío como habría hecho cualquiera. ¿Era porque no quería aprovecharse de la situación? ¿O porque Lizzie no le interesaba en el fondo y solo deseaba su cuerpo? ¡Le atraía lo suficiente para querer acostarse con ella, pero no lo suficiente como para desposarla! Muy a su pesar, Lizzie se sentía humillada y decepcionada, puesto que ese matrimonio los salvaría a los dos. Pero como su propuesta no llegaba, o bien el *laird* se estaba demorando en sus intenciones… ¡Era mejor que huyera!

***

Alexander no regresó al día siguiente, ni al otro. Tampoco llegó al día siguiente a ese. Pronto se quedarían sin tiempo, y cuantas más horas pasaban, más se preocupaba Lizzie por él. Se acercaba

la tempestad. Había reflexionado: tres días para que la misiva llegara a su tío, dos días para que los guardias llegaran a la frontera de los MacLeod para informar de la situación mientras su tío preparaba un ejército, lo que le llevaría un poco de tiempo a este último… Tenían al menos dos semanas antes de que estallara la guerra.

Y en dos semanas ella ya estaría muy lejos.

***

La espera se volvió una tortura: se sobresaltaba por cada ruido de caballos en el patio, esperaba en todo momento ver aparecer a Alexander, tan bello como en su recuerdo, si no más; y miraba cada vez con mayor tristeza su asiento vacío, mientras se hacía a la idea de que no lo vería antes de partir.

Dejar a los habitantes del lugar le dolía en el corazón, puesto que se había habituado a ellos y les había cogido cariño. La habían acogido pese a ser la sobrina de su enemigo y, tras unas horas de recelo y desconfianza, la habían aceptado. Era evidente que gracias a que el *laird* les había ordenado cuidarla durante su ausencia, pero, al final del día, las sonrisas eran sinceras y ella misma había acabado apreciando a los guardias, con los que a menudo bromeaba.

***

Había planificado su gran evasión: había conseguido esconder un vestido —que se había puesto debajo de otro— bajo las ramas de un árbol cerca de un lugar aislado, con el pretexto de aliviar un instinto natural. Sus escoltas habían relajado la vigilancia y confiaban en ella. Le entristecía engañarlos, pero ¿qué podía hacer?

¡No tenía elección!

Alexander no quería protegerla, ni quería nada de ella. Le daba igual su futuro y, eso implicaba que quería que fuera infeliz. Tenía que decidirse y aceptarlo.

8

Alexander miró la fortaleza de los Kinkaid desde lo alto de su caballo: una fortaleza majestuosa con un edificio principal rodeado de dos torreones. Un verdadero castillo. Los Kinkaid eran ricos y poderosos.

¡Qué recuerdos!

No había vuelto desde hacía dos años. Maddie había insistido, aunque el camino era casi imposible, en pasar ahí la Navidad, en casa de sus padres, como si ella supiera que no los volvería a ver. Sus piernas estaban tan hinchadas que decidieron viajar en carreta.

En vez de cabalgar lejos de ella, hizo el trayecto a su lado, y dejó a Murtag, uno de sus más fieles guardias, a cargo del viaje.

Rieron durante todo el itinerario, ambos en los brazos del otro.

Maddie era una joven feliz, y lo amaba con locura. Era vivaz, divertida. Nada podía detenerla… Aun sufriendo por las piernas, los riñones y el vientre, no se quejaba nunca. Pero el bebé era demasiado pesado para su cuerpo frágil y, cuantos más días pasaban, más se culpaba por haberle impuesto esa carga. Pero ese era el orden de las cosas: las mujeres eran las que traían al mundo los niños para los que los hombres ponían la semilla. Maddie quería desesperadamente un niño, y había tardado en concebirlo. La vieja curandera del pueblo les había dicho que estaba demasiado delgada y que no comía lo suficiente. Alexander le daba los mejores trozos de carne, aunque a veces tuviera que privarse él para que ella tuviera suficiente, y el milagro pronto llegó: consiguió subir de peso. Estaban tan felices…

Sus ojos se empañaron.

Entonces no sabía lo que se avecinaba. Poco después de su vuelta y agotada por el viaje, a Maddie le costaba cada vez más respirar. Sus piernas se hincharon todavía más y tuvo que tumbarse en la cama para no levantarse jamás. A pesar de su debilidad, tuvo la valentía de traer a su hijo al mundo, después de que su curandera —que también era comadrona, y a quien Alexander había ido a buscar antes del desastre— le diera unas plantas. Desafortunadamente, el pequeño ya había fallecido. Unos minutos más tarde, Maddie también abandonó el mundo en brazos de su amado.

Quiso apartar los recuerdos que le atormentaban. Llevaba días cabalgado como si el diablo le pisara los talones. Sin embargo, otros pensamientos se habían abierto paso en su mente. Era algo que le sucedía a menudo después de la llegada de Lizzie. ¿La visión? Una silueta grácil, de formas sinuosas, con una magnífica melena castaña, de reflejos dorados y unos ojos aterciopelados. La mirada de una leona. Elizabeth era castaña, mientras que Maddie tenía el pelo rubio tirando a rojizo; pero ambas tenían el mismo vigor, la misma fuerza y carácter. Alejarse de Helen Hall no le servía de nada. Pensaba en ella más de la cuenta. Había soñado con ella la noche anterior y se había acariciado dulcemente pensando en ella. Esa mujer había excitado su cuerpo hasta el punto de despertar sus deseos carnales, que llevaban mucho tiempo en la penumbra, y no deseaba otra cosa que hacerla suya. Y la idea de desposarla poco a poco se había abierto camino en su cabeza. Pero volvamos a lo principal. Había tomado la decisión de pedir

ayuda a su suegro. Una alianza con Colin Kinkaid le permitiría, quizá, resistir los ataques de MacDonald, incluso matar a su líder. Entonces se repartirían las tierras de esa basura y sacarían provecho de los arrendamientos de los que él solía disfrutar.

No obstante, había un problema importante: su suegro lo detestaba. Era algo que venía de antaño: no creía que Alexander fuera digno de su magnífica hija, que era su orgullo, pero ya estaban prometidos cuando todo sucedió. Si no, Colin no habría aceptado jamás el matrimonio, sobre todo después de que los MacDonald los hubieran casi diezmado. Había intentado evitar el matrimonio de todos modos, pero Maddie había amenazado con lanzarse desde lo alto de la muralla si la obligaba a casarse con otro hombre. Entonces Colin tuvo que ceder y, tiempo después, se casaron ahí, puesto que su propia fortaleza estaba, por aquel entonces, completamente en ruinas. Habría sido imposible acoger la ceremonia. Pese a la vergüenza que tuvo al tener que llevar a su esposa a un dominio saqueado, su amor fue capaz de derribar todos los obstáculos, y juntos lo reconstruyeron, partiendo tan solo de las cenizas. Maddie demostró ser buena en las tareas del hogar: con poco hacía mucho. Y, sobre todo, se contentaba con lo que había.

Temía que Elizabeth, acostumbrada al lujo, fuera diferente en ese sentido, pero le enseñaría todo lo que fuera necesario para llevar un hogar. Habría que contentarse con poco, como había hecho su esposa.

Espoleó al caballo y, seguido de dos guardias, descendió la colina para cruzar el páramo hasta entrar en la fortaleza. Iba a librar el primer combate: pedir una alianza y negociar. Tal vez el atractivo de las ganancias superara las reticencias de su suegro a la hora de aliarse con el hombre al que responsabilizaba de la muerte de su hija.

Accedió al interior de la fortaleza, cuyas puertas estaban abiertas por completo. Los Kinkaid, a diferencia de ellos, vivían en una esfera de tranquilidad. No tenían a un MacDonald que soñara con destruirlos. Colin les había ayudado un poco cuando Maddie y él se casaron, y con el paso del tiempo, se lo habían devuelto para no deberle nada. Sus negociaciones siempre habían sido tensas, por lo que esperaba recibir una negativa rotunda y que no diera lugar a discusión.

Alexander saltó del animal, lanzó la brida al mozo que había acudido a recibirlo y, preguntando dónde podía encontrar al propietario del lugar, entró en el edificio y se dirigió a la sala común. Colin estaba ocupado con los libros de cuentas. No había otra cosa que amara más que contar sus riquezas. Estaba rodeado de alfombras y cortinas, y una bonita vajilla brillaba en uno de los inmensos muebles empotrados en la pared. La riqueza de Kinkaid había prosperado todavía más.

Al escuchar sus pasos, elevó la cabeza.

Cuando reconoció a Alexander, la inquina del pasado brotó de nuevo en su ser. Se hundió en el sillón y lo miró sin más, sin ni siquiera invitarlo a sentarse y descansar.

—Supongo que has venido a pedirme un préstamo —empezó él—. Es lo que sucede cuando alguien no sabe llevar sus tierras.

Alexander apretó los puños, pero no reaccionó para no ponerlo en su contra. Venía a proponerle una alianza. Lo observó. Con apenas cincuenta años Colin Kinkaid era robusto, corpulento, con el pelo apenas canoso y vestía de forma elegante con un *kilt* de buen material. Era un donjuán, y los rumores decían —y sin errar, por cierto— que engañaba a su mujer sin pudor alguno, con distintas amantes. Alexander siempre había pensado que era un hombre despreciable, pero eso no le había impedido apreciar a Moira, su esposa, a la que Maddie tanto se parecía.

Decidió no contestarle. No tenía tiempo para discutir.

—No es al hombre al que vengo a ver, sino al *laird* de estas tierras. Los MacDonald se lanzarán sobre nosotros cualquier día de estos. Si caemos, seréis los siguientes.

Colin estalló en una carcajada, que a oídos de Alexander sonó a traición.

—¿Y qué quieres que haga yo? Que acaben con vosotros y ya luego vengan a buscarme las cosquillas. Yo me encargaré de darles una grata bienvenida.

—¡Hágalo por el recuerdo de Maddie! Yo…

—¡Deja a mi hija en paz! ¡Tú tienes la culpa de que ella esté muerta!

¡Siempre con la misma cantinela!

Alexander no sabía qué empujaba a Colin a detestarlo. No estaba lejos de pensar que su suegro habría odiado a cualquier hombre que se hubiera casado con su hija: su preciosa niñita, su orgullo.

—¡No! ¡Y lo sabe perfectamente! Hace más de dos años que murió. Usted perdió a su hija, pero yo perdí a la mujer a la que amaba, y pienso en ella cada día. Y también pienso en el niño que me iba a dar. —Alexander tenía los nervios a flor de piel ante tanta injusticia—. ¿No cree que es el momento de pasar página?

—¿Acaso tú puedes? —le respondió su suegro en un tono seco.

—Sí. Estoy decidido a ello. La vida continúa, y estoy dispuesto a casarme de nuevo.

Era mejor que se lo dijera él mismo y que no se enterara por terceros.

La mandíbula de Colin se tensó. Se puso de pie de golpe y empujó el sillón con una fuerza bárbara. El asiento cayó bruscamente detrás de él.

—¡Cómo osas! —gritó.

—Quién soy yo para explicarle a usted lo que trae consigo una mujer bella y apasionada —replicó Alexander mientras lo miraba de frente—. Mi futura esposa se llama Elizabeth MacDonald, la sobrina y única heredera de Georg MacDonald.

Omitió el hecho de que era su prisionera, así como que ella no estaba todavía al corriente.

No estaba orgulloso de haberla secuestrado, pero por el momento no tenía elección. Pensaba que era la única solución para él y su clan, igual que pensaba que lo mejor que podía hacer era deshacerse de ella lo antes posible, porque le hacía sentirse contrariado y conmovido en todos los sentidos. En los dos casos, se engañaba a sí mismo. La había visto más de cerca, la había visto desnuda. Y, sobre todo, había visto cómo lo había mirado en ese instante. Lo había deseado con tanta intensidad como él la había deseado, y la seguía deseando en ese preciso instante. Y, desde entonces, la idea de hacerla suya no se marchaba de su cabeza. Que fuera rica no era secundario. No quería dejarla marchar.

Los ojos de Kinkaid se abrieron por la sorpresa.

—Su tío usará esto como pretexto para exterminarnos —añadió—. Esta vez irá acompañado de Dougal Campbell, con quien la quería casar. Lo conoce igual que yo, Colin; ese hombre es un sanguinario. Quiere ser el *laird* absoluto de las *Highlands* y, si lo consigue, hará temblar al propio rey. Si yo caigo, no se conformará con eso, y penetrarán en sus tierras para asesinar a sangre fría a todo el que se cruce en su camino.

Alexander no estaba seguro de lo que iba a suceder, pero conociendo a ese desgraciado, pondría la mano en el fuego por adivinar lo que iba a pasar: Campbell querría ser el amo indiscutible de toda las *Highlands*. Había destruido innumerables pueblos. ¡Era un verdadero salvaje! En última instancia, solo quedaría el rey James VI[1], a cuya influencia debería enfrentarse si conseguía destruir sus dominios.

Vio que Kinkaid reflexionaba con vehemencia; pero tras unos segundos, comprendió, por el brillo de sus ojos, que había recorrido el camino hacia la fortaleza para nada. Colin se uniría al lado más fuerte.

No le sorprendía lo más mínimo. Su suegro siempre había sido un oportunista. Lo discutiría con Craig y Angus y encontrarían otra solución.

—Mira, Alexander —le dijo Colin con voz dulce—, no me faltan ganas de ayudarte, pero, en cuanto a finanzas, en este momento voy un poco justo y…

Alexander no escuchó más. Tenía su respuesta y sabía que mentía. No solo no estaba dispuesto a ayudarlo, sino que la tacañería, al igual que la infidelidad, era otra de sus muchas cualidades. No le entristecía poder liberarse al fin de esa familia.

—Muy bien, como desee. Es su elección y la respeto.

Se calló una vez más lo que pensaba de verdad. No ganaría nada provocándolo; como mucho conseguiría que lo odiara más, lo que haría que Colin se volviera en su contra y se uniera al enemigo. Esta vez, estaba seguro de que se dejaría la piel. Colin le dirigió una mirada de odio que disimuló con premura. Comprendió que, en cuanto hubiera abandonado la finca, Colin enviaría una misiva a MacDonald para anunciarle el matrimonio de su sobrina con el *laird* de los MacLeod.

Tenía que darse prisa en llegar a casa.

—Gracias por haber aceptado escucharme…

Se inclinó en gesto de reverencia y dio media vuelta. De repente, se topó cara a cara con Moira. Ella le tendió la mano y él le besó la mano con cortesía.

—Alexander, qué alegría verlo. ¿Se queda a cenar con nosotros?

—Se lo agradezco, mi señora. Es muy amable, pero debo negarme. Mi dominio me necesita. Un place. *Laird*…

Se inclinó de nuevo hacia su suegro y le dio la espalda. Había cometido un error al solicitar su ayuda y ahora se arrepentía, puesto que no ahora no solo tenía a dos clanes en su contra, sino a tres.

¡Y todo por una mujer!

Esperaba que al menos ella valiera la pena. Luego pensó en el brillo descarado de sus ojos y en la fiereza que jamás la abandonaba y se convenció de que ese era el camino por el que quería seguir su marcha.

Alexander montó en su caballo y se apresuró, a un galope frenético, dejando atrás la fortaleza y con sus guardias pisándole los talones. El trayecto hacia Helen Hall era de dos días. En total, se habría ausentado cuatro días; toda una eternidad, dadas las circunstancias. Quedaba poco tiempo para prepararse de cara a un ataque inminente. Debían resistir a toda costa. En cuanto volviera, haría que las forjas funcionaran con presteza, para que fabricaran armas y escudos con los que protegerse. No importa que los forjadores deban trabajar día y noche. También pagaría a mercenarios para que se unieran a sus filas. Y sería necesario entrenar a sus hombres mucho más, sobre todo a los jóvenes, que todavía no sabían luchar con astucia. Por otro lado, había que construir barricadas, preparar trampas en el páramo y poner a todo el mundo a cubierto.

Había mucho que hacer. Rezó para que el cielo lo ayudara.

---

[1] N. de la T. El rey al que hace referencia es Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, al que en inglés se conoce como James VI of Scotland and I of England. En lo sucesivo nos referiremos a él como «James VI», dado que la trama está ambienta en las Highlands y ese es el nombre con el que le conocerían los personajes que vivían en

Escocia.

9

Lizzie se despertó esa mañana con un peso en el pecho. Se lavó y se puso la ropa lentamente, mientras miraba a su alrededor con lágrimas en los ojos. Iba a abandonar la habitación que había aprendido a apreciar, al igual que el dominio en el que, por primera vez en toda su existencia, sentía que estaba a salvo.

Pero estaba decidida a irse.

Cogería su saco —en lugar de una canasta— con las pocas pertenencias que tenía y esperando que nadie se diera cuenta. Como los guardias que el *laird* le había designado para su disfrute obedecían sus órdenes, los enviaría a recoger algunas bayas mientras ella se bañaba en el lago y, cuando se dieran la vuelta, huiría. Cogería su saco, en el que antes habría metido algunos víveres que de los que se habría asido en la cocina. Luego, se pondría el vestido que habría escondido en un árbol y guardaría el primer vestido, y finalmente, se subiría a otro árbol para esconderse. Los guardias la buscarían por todas partes y se dirigirían hacia los caminos sin dudarlo. Sin embargo, ella estaría escondida muy, muy cerca. Cuando se hubieran alejado, bajaría del árbol y partiría en dirección opuesta. Tendría que abandonar su yegua a su suerte. No podría pasar desapercibida en los establos si se llevaba a Ventisca.

No sabía hacia dónde iría; no lo había pensado demasiado. Quizá se dejaría llevar por el destino y caminaría lo más rápido posible. Encontraría alguna granja en la que esconderse, alguna taberna donde trabajar…

Se sentó en la mecedora frente a la chimenea y suspiró una y otra vez. Lo que estaba a punto de vivir la llenaba de inquietud, pero sabía que no tenía elección, y lo importante era recuperar su libertad.

Volvió a observar lo que la rodeaba, y sentía que el corazón se le agarrotaba en el pecho. Teresa le había contado que era ella quien adornaba de flores la habitación, pero que Alexander a veces también lo hacía. También había descubierto que él se sentaba a menudo en la mecedora ante la chimenea, con la mirada perdida en las llamas, y pasaba la noche bebiendo para olvidar su dolor. Lizzie compartía su sufrimiento. Ella misma tenía la sensación de que el desconsuelo se apoderaba de su ser. Era como si compartieran una misma alma, algo sobrecogedor. Pero era innegable: todo lo que le preocupaba al *laird* le preocupaba a ella, y que estuviera lejos no cambiaba nada; al contrario, pensaba todavía más en él. En realidad, pasaba la mayor parte del tiempo pensando en él y soñando con que le pertenecía en cuerpo y alma. Le hubiera gustado conocer el amor con él, probar su cuerpo, pero el destino había decidido otra cosa.

Inhaló una gran bocanada de aire y se levantó.

Tras echar un último vistazo, salió de la habitación con pesadumbre. Saludó a sus carceleros con un gran «¡Buenos días! ¿Han dormido bien?», aunque ya conocía la respuesta. Habían montado guardia, por lo que habían dormido en el suelo. Como de costumbre, Murtan y Flynn comenzaron a prepararse para un día miserable, no sin antes compadecerse de sí mismos. Pese a que se habían habituado a tratar con Lizzie y sus ocurrencias, solían decían a quienes los escucharan que preferían mil veces pelear en un campo de batalla antes que vigilarla.

—¡Vamos, no pongan esas caras! Andar es bueno. ¿O quieren que se les agarroten las piernas?

Resoplaron y se miraron desesperados, pero le siguieron el paso.

Lizzie se sorprendió al no ver a Teresa en la cocina donde trabajaban solo los sirvientes, pero sí vio a Katel, con quien hablaba a menudo. Se había disculpado por lo que había sucedido a su llegada, y como no había entre ellas ningún rencor —¡Ewen no le interesaba lo más mínimo!—, se habían hecho amigas. Por las noches hasta paseaban por el camino de ronda. Había descubierto mucho acerca del clan, y de Alexander en particular, gracias a ella; aunque el tema preferido de Katel fuera Ewen, a quien amaba desde su más tierna infancia y con quien soñaba desposarse. La pobre lloraba a menudo por culpa de su futuro incierto, y Lizzie la escuchaba pacientemente y la consolaba, sin poder confiarle ella misma lo que sucedía con su propio corazón y hasta qué punto echaba de menos a Alexander. Guardaba el secreto sin flaqueza alguna, aunque eso la hiciera sufrir de manera atroz. Partir sin haberlo visto una última vez la ponía casi enferma, pero era mejor así; sería menos arriesgado.

Tras haber intercambiado algunas palabras con Katel sobre el tiempo que haría a lo largo del día, Lizzie, con el corazón pesado, cogió una manzana como hacía todos los días y salió al patio, seguida por sus guardias.

Se sentó en el borde del abrevadero, que estaba lleno de agua. Luego cruzó las piernas y mordió la manzana. Esa mañana quería tomarse su tiempo y disfrutar de la quietud del lugar antes de lanzarse hacia lo desconocido. Se había puesto el vestido más simple que había encontrado, aunque fuera de un color azul reluciente que dejaba un rastro mágico a cada uno de sus pasos. Ese vestido le confería un aspecto de princesa o, en cualquier caso, de mujer de buena familia. También se había trenzado su larga melena, y había guardado cuchillo, como cada día, en una liga de satén que rodeaba su muslo. A primera vista, a un extraño le hubiese parecido incongruente su presencia en un patio parecido al de un corral, y se hubiese preguntado qué hacía allí. Y ciertamente eso era lo que pensaban los hombres del *laird* cuando la miraban de reojo; pero no lo dejaban mostrar y se contenían para mostrar cierta indiferencia. Preferían mostrar su valentía y pelearse entre ellos.

¡Algunos hombres eran realmente previsibles!

Si tan solo su *laird* fuera como ellos… Pero Alexander MacLeod era de un calibre completamente distinto; toda una incógnita.

Lizzie disfrutó del espectáculo de los enfrentamientos. Observaba sus reacciones con una sonrisa en los labios. Eran buenos, pero a muchos les faltaba velocidad. Ella había entrenado lo suficiente con los hombres de su tío para reconocer a los que morirían en un campo de batalla en manos de guerreros más experimentados, puesto que les faltaba tenacidad y táctica. Craig, sin embargo, destacaba. No era mal guerrero, pero tenía alguna que otra flaqueza. Se parecía tanto a Alexander que a veces le dolía mirarlo. La ausencia del *laird* le resultaba difícil de aceptar. Extrañamente, eso solo había conseguido aumentar su interés por él, lo que le resultaba difícil de comprender. ¿Cómo podía enamorarse de alguien que no estaba presente y del no tenía noticia alguna? Quizá porque todo el mundo, con independencia del momento del día, hablaba de él. Alexander estaba en boca de todos. Todo el mundo lo adoraba. Era así. Él era el salvador, ¡el héroe!

Sí, Craig era un hombre apuesto, pero mucho menos que Alexander. A sus ojos, ningún rival le hacía justicia, tanto en belleza como en estatura y presencia.

Ella rio cuando Craig cayó de espaldas, mientras un joven que manifiestamente quería llamar

la atención de Lizzie, se ensañaba con las piernas de su contrincante. Craig estalló de risa y se levantó. Se giró en su dirección y le hizo una pequeña reverencia llena de encanto.

—Esto ha sido por su culpa —confesó—. Me habéis distraído.

Lizzie se puso de pie, apartó el saco que llevaba ante el busto y lo dejó en el suelo. Tiró el hueso de la manzana a las gallinas que correteaban a lo largo del muro y se acercó.

—Le pido disculpas, pues no era mi intención. Pero cabe decir que abrís demasiado el flanco izquierdo cuando atacáis, y que vuestra postura es ligeramente inestable. Cualquier adversario con la mínima sagacidad se daría cuenta de esto. Seguro que no es la primera vez que se encuentra en el suelo, pues estoy segura de que muchos de ellos lo saben y nunca se lo han dicho. Es indiscutible que han armado una pequeña venganza contra usted.

Lizzie tuvo la suerte de haber sido educada con una libertad casi total, y había tomado por costumbre entrenar desde su más tierna edad. Se enfrentaba en un combate con espada a los chicos de la fortaleza, solo para divertirse y demostrar que una chica podía luchar igual de bien que ellos, o incluso mejor. Era rápida, astuta y tenía una táctica innata. Muy pocos eran capaces de abatirla en combate, hasta que su tío puso fin a sus entrenamientos cuando tuvo más edad. No era adecuado que una joven como ella, la heredera de un *laird*, se dedicara a ese tipo de prácticas. Tuvo que aprender caligrafía, arte, danza y cómo comportarse ante su esposo. Esa parte de su educación, a diferencia de los entrenamientos con armas que había seguido manteniendo en secreto, no le interesaba, por lo que la había olvidado.

Mientras reprimía a Craig con sus palabras, él abría los ojos más y más, desconcertado, y unas risas discretas se dejaban oír de fondo. No tenía el carácter fogoso de Alexander; era un hombre más templado, pero no exento de orgullo.

—Fíjese…

—¿Quiere que se lo muestre?

—¿Perdón?

—Puedo enseñarle a corregir su punto débil si así lo desea. Eso evitará que le humillen en el futuro.

Complementó su sarcasmo con una sonrisa tan encantadora que Craig fue incapaz de responderle. Lizzie había comprendido hacía tiempo el poder que este tipo de sonrisa tenía sobre los hombres. Le daban los buenos días sin pensar por un solo instante que, detrás de esos rasgos bellos, había una gran inteligencia, por no mencionar la fuerza de su carácter. Su lado ingenuo pero rebelde dejaba atónitos a la mayoría y, cuando les contestaba con sarcasmo, se iban sin decir nada más, con el rabo entre las patas. Otros, en venganza, no le perdonaban tal enfrentamiento, pero de nuevo, Lizzie tenía sus propios recursos. Hasta su encuentro con el *laird* nunca un hombre había conseguido domarla. Incluso Campbell —si la encontraba— fracasaría. Podría azotarla con el látigo hasta arrancarle la piel de la espalda, pero ella no cedería. Alexander tenía otra forma de poder sobre ella, un poder más… carnal, sutil y peligroso.

Disfrutó del estado de estupor en el que se había metido Craig para preguntar a los demás con una voz afable:

—¿Alguno de vosotros tendría la amabilidad de prestarme su espada?

Miraron a Craig, visiblemente incómodo, pero este último aceptó el juego de la joven y asintió. Lizzie tuvo miedo, por un instante, de que nadie se atreviera a desafiar al hermano del *laird*, uno de sus jefes. Sin embargo, el joven hombre que no había dejado de mirarla con atención desde que había entrado en el patio, no tardó en tenderle su espada.

—Sin duda será un poco pesada para usted, mi señora, pero es una buena hoja.

Lizzie la agarró e hizo algunos movimientos con la muñeca, con lo que demostró su experiencia con las armas. Quizá fuera incapaz de luchar a caballo, pero en el campo de batalla siempre había sabido defenderse y salvarse el pellejo. Solo había entrenado con ese propósito: para no encontrarse desesperada y sin recursos si alguien se cruzaba en su camino para amenazar su vida. A su parecer, todas las mujeres deberían aprender a manejar la espada o el cuchillo. Era una cuestión de supervivencia. Así no tendrían depender de un hombre.

—¡Es perfecta! Gracias.

Hizo frente a Craig y puso el arma ante su rostro.

—En guardia, señor.

Craig respondió con una sonrisa sarcástica, hizo lo mismo y dio una estocada. Rápidamente, la joven se abalanzó sobre él, lo que pilló a su adversario por sorpresa. Él paró el golpe y los ambos forcejearon unos instantes con la misma agilidad. El combate estaba relativamente equilibrado. Tras unos minutos, los hombres empezaron a aplaudir y a animar a Lizzie, encantados con el espectáculo que estaba ofreciendo. Batallaba como si el mundo la enfureciera. Sin duda nunca habían visto a una mujer como ella desenvolverse de tal forma, ni luchar con la misma destreza que ellos creían reservada a los hombres. Era capaz de compensar la inferioridad de su fuerza con una velocidad y la agilidad incontestables. Forzó a Craig a cubrir su flanco izquierdo, como le había explicado con anterioridad, e hizo como si fuera a golpearlo y se detuvo.

—¡Mire! ¡Aquí! ¡Justo a eso me refería!

Craig recuperó el equilibrio. Acababa de comprender su error. Le dedicó una sonrisa de entendimiento.

—¿Probamos de nuevo? —soltó Lizzie desafiándolo.

Estaba disfrutando tanto con la batalla que se había olvidado de su plan. Al fin y al cabo, no tenía prisa.

—¡Sí! —gritó Craig, sin aliento, pero visiblemente alegre de haber encontrado un adversario digno.

Se puso en guardia de nuevo y ambos retomaron el combate, Daban vueltas uno alrededor del otro. Lizzie estaba sudando y unos largos mechones se habían escapado de su trenza, pero estaba exultante: no había sido así de feliz desde hacía años. Evidentemente, ese no era el comportamiento que se esperaba de una dama, pero ¿cuándo le había importado a ella eso?

Concentrada en la emoción del combate, no se dio cuenta de que los vítores cesaron en tan solo un instante, y que unos murmullos los habían reemplazado hasta que ya era demasiado tarde.

—¿Qué sucede aquí? —soltó una voz cerca de ellos.

Craig cayó de rodillas. Se había roto la bota y se había resbalado. Lizzie temblaba, sorprendida. Aún tenía cierta inercia del combate. Se recuperó con agilidad y se giró lentamente.

¡Por fin había vuelto!

Y una ira irreprimible brotaba de sus ojos, como era habitual.

Era evidente que venía del lago, puesto que su pelo, peinado hacia atrás, estaba mojado y le goteaba por la espalda. Su tez bronceada resaltaba sus ojos verdes, que tanto había echado de menos. Nunca había estado tan guapo, tan sombrío, tan peligroso. Y eso la excitaba aún más. Eso trastornaba sus planes de escapar, pero estaba tan contenta de verlo que tuvo que contenerse las lágrimas. Sin embargo, Lizzie se forzó a permanecer impasible, mientras su corazón amenazaba con salirse del pecho.

—¡Oh…! ¡*Laird*! ¡Bienvenido! —se jactó ella.—. ¡Estaba dando una lección de espada a su hermano! Creo que le he enseñado dos o tres cosas.

Alexander la miró de arriba abajo con el ceño fruncido, pero ella creyó ver, ante su comentario, un atisbo de disfrute cruzar su sublime mirada: Quizá fuera solo su impresión. Definitivamente, fuera cual fuera el momento, ¡ese hombre siempre estaba de un humor pésimo!

—¿Y usted? ¿Es tan buen espadachín como dicen? —añadió con una sonrisa encantadora.

Dejó entrever que sabía cosas de él, pero era demasiado tarde para preocuparse por si se había propasado; el mal estaba hecho. Sintió las miradas de Craig y de los guardias sobre ellos. Por primera vez desde su encuentro, Alexander sonrió. Lizzie no se lo esperaba y esa maravillosa sonrisa le dejó sin aliento e hizo que sus piernas temblaran. El *laird* tenía unos labios preciosos, hechos para ser besados, y una sonrisa que haría que cualquier mujer le deseara. Lizzie no era ninguna excepción. El calor incendiario que emanaba de su cuerpo cuando él fijaba su vista en ella acababa de abrirse paso entre sus muslos con todavía más intensidad que de costumbre. Si seguía aumentando de tal modo a cada encuentro esporádico, la joven era íntimamente consciente de que pronto estaría a merced del deseo del *laird*, lo cual le nubló la vista durante un segundo.

—¡Mejor todavía!

—¡Debo decir que rara vez he encontrado a un hombre tan seguro de sí mismo como usted!

—Me ha hecho una pregunta y yo se la he respondido, señorita.

—Oh… Basta ya de tratarme como si fuera una niña. Lo detesto.

¡Como lo detesto a usted! —tuvo ganas de gritarle.

No hizo nada para no enfadarlo. Y, en verdad, ella no lo odiaba, ya no… Simplemente tenía la terrible manía de sacarla de quicio y de enrabietarla hasta perder el control. Y no era solo porque la tuviera presa. Iba a responderle que no le importaba lo que a él le gustara o no pero entonces decidió tomar las riendas del asunto:

—¿Le gustaría demostrármelo? Quizá pueda aprender de usted…

El *laird* arqueó una ceja y ella mostró su irresistible sonrisa.

—No se arriesga a nada por intentarlo, *laird*. En el peor de los casos, se divertirá.

¡Con esto quiero decirle que eso no debe sucederle a menudo!

Lizzie lo estaba desafiando y él lo odiaba. Sabía que estaba provocándolo, pero estaba pasándoselo tan bien que quería ver adónde le depararía el camino. Volvieron las risas, los silbidos y todos parecían pensar: *¡Vamos, laird! ¡No se deje intimidar por una mujer!*

Parecía que Lizzie se había ganado el cariño de los guardias. La admiraban, aunque la mayoría preferiría pelear antes que admitirlo.

Para la sorpresa de la joven, Alexander se acercó hacia ella sin dejar de mostrar una sonrisa que ella no lograba comprender.

—Tiene razón, *señorita,* ¡no tengo nada que perder!

Lizzie no se achantó y le dio la espalda. Sentía su mirada sobre ella, sobre la curva de sus riñones. Puso allí sus manos, inclinó su busto hacia atrás…

—Permítame estirarme un momento, *laird*, mis músculos están agarrotados.

Le lanzó una mirada disimulada y se regocijó en su interior al verlo tragar saliva varias veces, con los ojos fijos en ella. Era más que visible que sentía algo por ella. Tenía la sensación de generar cierta expectación, de jugar a un juego peligroso, pero era por una buena causa: ¡su libertad! Si conseguía persuadir a Alexander, relajaría su vigilancia y podría escapar durante el día, como había decidido o, en todo caso, durante los próximos días.

Movió los brazos en círculos.

—Mmm… ¡Creo que eso me hace sentir mejor! —añadió ella mientras echaba un nuevo vistazo a Alexander, que la contemplaba con los ojos abiertos—. ¿Está listo, *laird*?

Alexander se pasó las manos por el pelo y se puso en guardia.

Ambos andaban en círculos, esperando la ofensiva del otro.

La mirada del *laird* se volvió impenetrable, pero tras varios ataques que flojearon de vigor y que él defendió sin demasiado esfuerzo, atacó a su vez. Lizzie se sorprendió. Alexander aprovechó para golpearle en el trasero con su espada. Ella arqueó la espalda, sorprendida y ofuscada, llena de ira. El *laird* acababa de darle un azote delante de todo el mundo, lo que hizo que todos los guardias rieran. No iba a aceptarlo. Por mucho que le hubiera provocado y estuviera luchando como un hombre, ¡ese era su lugar! ¿Qué importaban las convenciones sociales? ¡Eso no le daba al *laird* razón suficiente para humillarla! Al contemplar una mirada insolente, dedujo que Alexander se estaba divirtiendo. Se estaba vengando.

Ella se rebeló, mortificada:

—¿Cómo ha osado?

Le plantó cara y se puso en guardia, preparada para enfrentarse a él de nuevo. Su corazón latía desbocado, y tenía muchísimo calor; la mirada de ese condenado reavivaba sus sentidos hasta un punto que ella desconocía. La rabia corría por sus venas y no pensaba cortarla de raíz. Nunca se había sentido tan viva como en ese momento.

—¡Espere! —lo detuvo antes de que el *laird* pudiera asestar un nuevo golpe.

Levantó el costado de su vestido por encima de la cinta dorada que rodeaba sus caderas para aumentar la movilidad de sus piernas.

—¡Así mejor!

Cuando levantó la cabeza, todos los hombres sin excepción habían fijado la vista en su muslo descubierto, en su piel nívea. La mirada de Alexander era casi febril.

—¿*Laird*?

Alexander estaba inmóvil. Ya la había visto desnuda, lo cual empeoraba aún más esa situación. Solo con recordar su encuentro en la habitación, sus mejillas enrojecieron y, súbitamente, su mente accedió al juego de la imaginación. Fantaseó con que estaban desnudos, uno frente al otro, devorándose con la mirada antes de avanzar lentamente hacia el otro para descubrirse y amarse. Su unión carnal sería magnífica, llena de pasión y placer. Era como en las historias de amor que a veces le contaban los sirvientes, que habían escuchado a su vez de sus madres. El amor verdadero estaba en boca de las mujeres de su clan, incluso aunque ellas mismas no lo hubieran conocido. Jeanie le había enseñado durante su infancia y adolescencia a no creer en esos cuentos.

Volvió al momento presente.

—¿*Laird*? De repente parece ausente, ¿sucede algo?

Alexander se sacudió como si quisiera volver a la realidad.

—¡En guardia, señora!

Y atacó. Pero había perdido la concentración. Su golpe no encontró más que el vacío. Lizzie había reaccionado a tiempo: se había desplazado hacia en el último momento e hizo con su espada lo mismo que el *laird* había hecho previamente. Su espada rozó el trasero del *laird*, lo que provocó la carcajada de los que presenciaban la escena. Todos vitoreaban a Lizzie. A su alrededor se podía escuchar «¡Lizzie! ¡Lizzie!», y Craig era el que más fuerte aplaudía y reía, visiblemente alegre del giro de los acontecimientos. Alexander bufó, arremetió como un bisonte

y se lanzó sobre ella. Lizzie dejó escapar un grito cuando la agarró por el cuerpo y la empujó al suelo. En el último momento, él la mantuvo contra su torso con un brazo y amortiguó su caída con el otro. Se encontró en el suelo con el *laird* sobre ella, con una mano en su espalda y la otra al lado de su rostro, mientras que sus brazos se agarraban a su cuello en gesto de urgencia. Se había asustado, dado que todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos, pero no podía apartar su mirada de la de Alexander, que tenía el rostro tan cerca del suyo que sería suficiente con elevar un poco la cabeza para posar sus labios sobre los suyos. Las risas y los silbidos aumentaron de nuevo. Sus ojos no se separaron, se buscaron; y sus respiraciones se aceleraron. Pero en cuanto Lizzie pensó que Alexander la iba a besar de verdad, lo que ella deseaba con todo su corazón, él se levantó y le tendió la mano.

Ella se la agarró. Él la atrajo hacia sí y la recibió en su pecho. Las risas y los aplausos aumentaron. Lizzie no entendía nada, pero se rebeló ante la sonrisa de satisfacción del *laird*. Seguía jugando con su paciencia y se atrevía a mofarse de ella. Le costó recuperar el aliento y su corazón latía con fuerza: Alexander y ella habían estado tan cerca que todavía sentía el peso de su amante sobre su cuerpo. Sentía que aún estaba incrustado en su carne, y había notado que el deseo poseía al *laird*. Un deseo que ella misma sentía y hacía que fuera casi imposible respirar.

Él dio un paso atrás, se alejó y dijo por encima del hombro:

—Sígame, debo hablar con usted.

—¿Y si no quiero? —replicó ella. poniendo las manos sobre las caderas y sacando pecho en gesto de orgullo.

—Tendré que cargar con usted y llevarla a la fuerza en mis hombros.

Lizzie recogió su espada.

—¡Inténtelo! No soy uno de sus sirvientes; no tiene derecho a…

Él caminó hacia ella lentamente, y eso la hizo callar. Su actitud había cambiado. No comprendía ese cambio. Sus pupilas eran casi cálidas. Tuvo la sensación de que él quería correr hacia sus labios para callarla y no para maltratarla. Pero ¿se estaría engañando a sí misma? ¿Por qué iba a Alexander a besarla delante de todos? Eso supondría revelar que le gustaba.

—Tenemos cosas de las que hablar —dijo con voz dulce—. Así que acompáñeme. Déjese de cuentos. No se arrepentirá.

Le sorprendió tanto su comportamiento que vaciló. ¿Habría decidido seducirla? No le dio tiempo a responder, y se alejó, mientras que ella aún dudaba de sus intenciones.

¡No es posible ser así de rudo! ¡Así no se trata a una dama!

La parte rebelde de su naturaleza resurgió y se quedó quieta.

Pero, tras un momento, la curiosidad pudo con ella. «No se arrepentirá», había dicho. ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué tenía que decirle que fuera tan importante?

A riesgo de ridiculizarse, fue detrás de él.

Ella lo llamó varias veces, pero ese hombre y su carácter de desgraciado hizo como que no la oía, lo que la irritó aún más. Lo siguió hasta el edificio, atravesó el vestíbulo para dirigirse hacia un pasillo oscuro y entró en una estancia. Ella entró a su vez y cerró la puerta mientras Alexander esperaba con los brazos cruzados.

—¡Me viene muy bien que me traiga hasta aquí, porque yo también tengo cosas que decirle, malnacido! —atacó ella.

Su mirada tenía una expresión indescifrable, y Lizzie sintió que su corazón daba un vuelco. De repente, tuvo miedo; había ido demasiado lejos y le había faltado el respeto. Lo iba a pagar, como lo había hecho hacía un momento.

¿Iba a castigarla? Es lo que su tío hubiera hecho.

Avanzó hacia ella, lo que la obligó a retroceder, sin poder liberarse del fuego de su mirada. La arrinconó contra la puerta y le lanzó una mirada imperiosa, con lo que le impidió cualquier intento de huida. Pero esta vez Lizzie no tenía ganas de huir. Al contrario. Lo que vio en sus ojos le fascinó hasta tal punto que la dejó sin aliento. De repente, ambos se acercaron, y los labios de Alexander se unieron a los suyos. No puedo evitar ceder ante la terrible atracción que sentía por él y que hacía hervir su sangre. Nunca nadie la había besado, y no sabía cómo comportarse, pero al sentir la insistencia de la lengua del *laird* contra sus labios, ella entreabrió la boca y… se dejó llevar hacia un torbellino de sensaciones. Tuvo que agarrarse a sus hombros para no caer. Y gimió, deseosa de más. Estaba perdida, pero solo quería una cosa: no dejar de besarlo jamás. Besarlo hasta el fin de los tiempos.

Se acercó más a él, en esa especie de fiebre que se apoderó de ella y la trastornó, una fiebre que no comprendía. Alexander acentuó sus besos, que se volvieron más exigentes, más apasionados. Él también la deseaba. Ella lo entendió al escuchar sus gemidos, que se respondían mutuamente como en un eco pasional.

Sin embargo, él puso fin a su beso y la apartó dulcemente de él, sin que ella pudiera pensar en lo que había sucedido. Se pasó la mano por el pelo, algo típico de él, con lo que dejó de ver que estaba nervioso. Ella creyó ver su mano temblar ligeramente, antes de que retomara el control total sobre sus emociones. Ella seguía jadeando contra la puerta que, afortunadamente, la sostenía. Un fuego la consumía y —dada la intensidad del beso— la consumiría durante varias horas.

Alexander le acarició la mejilla tiernamente y puso un mechón detrás de su oreja. Él la seguía mirando con tanta intensidad que se sintió desfallecer.

—Discúlpeme, no podía esperar más. He tenido que robarle un beso.

Ella agarró su mano y enlazó sus dedos antes de que se alejara. Era intolerable verlo alejarse cuando le había hecho ver el paraíso.

—No ha robado nada, Alexander, yo también tenía ganas. Y yo…

Ella quería poder retenerlo.

—No me abandone… Lo necesito… Lo necesito desesperadamente, Alexander —murmuró con un nudo en la garganta—. Haré lo que me pida con tal de no volver con mi tío. Deje que me vaya… Estoy dispuesta a acabar con mi vida antes que pertenecerle a Campbell.

Ella cerró la mano.

—Sabe de lo que es capaz ese hombre, Alexander. Lo conoce…

La sinceridad de sus palabras pareció perturbarlo y no pudo disimular: sus ojos se nublaron al ver la angustia de su amante. Sus miradas, una vez más, se unieron para no separarse. Lizzie creyó desvanecerse de nuevo cuando la atrajo para estrecharla entre sus brazos.

—No hable —dijo, excitado, mientras su mano agarraba su nuca y la otra conducía sus dedos entrelazados a su corazón—. Me pongo enfermo solo de pensar que él pueda tocarla y hacerle daño. Lo he pensado bien y… ¡cásese conmigo!

Ella se apartó, con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—¿Cómo dice?

—No he dejado de pensar en usted ni un solo segundo. He intentado poner distancia entre nosotros, pero la deseo, Lizzie.

Ella puso las manos sobre su pecho, totalmente perdida.

—La he deseado desde que mis ojos se fijaron en usted —continuó.

—Dios mío, entonces… ¿Acepta ayudarme? ¿Mantenerme cerca de usted? Sé que no podrá quererme nunca —continuó ella— la muerte de su esposa es algo reciente, pero…

La apretó contra él y la calló con un beso.

Sus palabras fluyeron entre sus alientos unidos.

—No diga nada —reiteró contra sus labios—. Me ha conquistado, señorita… Desde el principio. Pero ¡menudo idiota! He intentado ignorarlo.

—¿Por qué estaba tan enfadado conmigo, entonces?

Deslizó el pulgar por su mejilla.

—No soy más que un *laird* sin dinero, Lizzie. No sé si merezco que deposite su esperanza en mí, aunque yo esté decidido a protegerla incluso aunque tenga que dar mi vida por ello.

Ella puso una mano sobre la mejilla de Alexander y hundió sus ojos en lo más profundo de su alma. Alexander era un hombre bueno, pero había sufrido tanto que no esperaba nada de la vida. Ella sentía que podía devolverle esa confianza. Y quería hacerlo con todo su corazón. Para que recuperase la sonrisa. Estaba tan guapo cuando sonreía…

—No diga eso, se lo prohíbo. No soportaría que pudiera pasarle algo malo por mi culpa.

—Con usted a mi lado sería capaz de todo, Lizzie.

Su corazón se bañó en júbilo; tenía la sensación de estar soñando.

—Entonces, ¿eso es un sí? —preguntó con voz ronca—. ¿Acepta convertirse en mi esposa?

—Sí, Alexander, sería todo un honor. Y trátame de *tú*. Creo que ya podemos dar ese paso.

Tomó su rostro entre sus manos y le besó con pasión.

A Lizzie le costaba creerse lo que sucedía: ¡Alexander iba a ser suyo! Iba a desposarse con ella y a protegerla. Su vida se acababa de volver perfecta.

El *laird* la elevó por los aires y la apretó contra él, igual de feliz que ella. Lizzie hizo entonces un juramento: que un día su matrimonio de conveniencia se transformaría en uno lleno de amor.

Cuando Alexander tomó de nuevo sus labios con fogosidad apretándola aún más contra él, Lizzie reflexionó en que no había hombre más ardiente en el mundo ni más valeroso, y que pronto se enamoraría de él. Pero lo que ella quería, en ese momento y por encima de todo, era conocer el placer carnal entre sus brazos.

10

Pasaron más minutos besándose y calentándose el uno con la mirada del otro, mientras sentían cómo subía la fiebre del deseo en sus cuerpos. Solo tenían una idea en la cabeza: pertenecer al otro. Pero para dejar estallar esta pasión en todo su esplendor, tenían que estar unidos ante los ojos de Dios y los hombres. Y debían hacerlo con urgencia. Así que Alexander envió a uno de sus guardias a buscar a un sacerdote. Si todo iba bien, llegaría al día siguiente. La boda se celebraría, entonces, mañana por la noche. Lizzie no podía creérselo: en menos de veinticuatro horas sería la mujer de Alexander MacLeod. Elizabeth MacLeod. Su tío se ahogaría de una rabia casi abyecta; pero al fin sería libre y también, esperaba, feliz. No había posibilidad de desheredarla; las leyes escocesas estaban hechas así: el dominio de los MacDonald sería suyo cuando su tío falleciera. Por supuesto, siempre podía matarla, pero al no haber más herederos y siendo demasiado viejo para concebir uno, su dominio sería dividido y vendido por parcelas, y su fortuna iría a las arcas del rey. En pocas palabras, todo por lo que había luchado Georg durante toda su vida dejaría de existir, y todos olvidarían su nombre, lo que, sabiendo cómo era, le sería insoportable.

Lizzie estaba segura de que, en todo caso, heredaría las tierras de sus ancestros, puesto que ella era la única depositaria. Era un golpe de suerte de los que no se ven a menudo, pero la vida era así.

Solo había que esperar a que todo fuera bien, que el sacerdote llegara sano y salvo y los casara. Luego, podría descansar. ¿Cuánto tiempo? Nadie lo sabía.

Su futuro esposo había llegado a la misma conclusión. Cuando Georg recibiera la noticia de que Alexander la tenía, movería a todo un ejército y se uniría a Campbell para matar dos pájaros de un tiro: recuperaría a Lizzie y exterminaría a los MacLeod para quedarse con sus tierras.

Alexander le había narrado el encuentro con su suegro y estaba seguro de que Kinkaid lo había traicionado nada más abandonar su morada. Pero ¿acaso importaba? Cuando se reunieran para mantener una conversación, como era costumbre en este tipo de litigios para encontrar una solución amistosa al conflicto, Alexander la reclamaría como esposa legítima y, o bien Georg y Campbell se irían con una actitud sumisa, o bien la guerra habría comenzado.

Lo más probable, a su parecer, es que estallara la guerra, por lo que debían estar preparados.

***

Cuando entraron en la sala común, dándose la mano, los comensales que ya se habían sentado dejaron caer las cucharas en los platos. Para no hacerse esperar más, Alexander tomó la palabra con una sonrisa en los labios:

—Mis queridos amigos, hoy soy un hombre feliz.

Se giró hacia Lizzie y la miró intensamente, como solo él sabía hacer. Una mirada que prometía todo tipo de gozo.

—¡Elizabeth MacDonald, aquí presente, me ha hecho el honor de aceptar convertirse en mi

esposa!

Tras un instante de estupor, Craig se levantó para aplaudir, seguido por Ewen y el resto de los allí reunidos.

Alexander levantó la mano para pedir silencio.

—Antes de finales de mes, los MacDonald estarán en nuestras puertas e intentarán separarme de mi mujer —dijo con una voz vigorosa—. ¡Y nosotros estaremos preparados! ¡Es la hora! ¡Al fin tendremos nuestra tan ansiada venganza!

Todos los hombres alrededor de la mesa aplaudieron y gritaron, conformes.

Tenían ganas de dejar atrás el recuerdo de todos aquellos a los que habían perdido. Sus rostros se iluminaron con una fuerza interior y sus ojos centelleaban. Muchos solo vivían por y para la venganza contra el clan MacDonald, y todos ellos convivían con el ansia de sangre desde hacía cinco largos años. Todos miraron con devoción a Alexander, quien los conduciría a la batalla. Este continuó hablando:

—Craig, escoge a algunos hombres e id en busca de otros que tengan edad para el combate. Luego, entrénalos sin descanso, todos los días, hasta nueva orden. Murtag y Flynn, vosotros iréis a visitar a los leñadores. Quiero estacas bien afiladas de metro y medio. E iréis a ver a los herreros para que fabriquen lanzas y hachas, tantas como puedan. Quiero que trabajen día y noche durante las próximas dos semanas. Cuando todo esté listo, lo traeremos aquí y prepararemos las trampas. Hablaremos del plan a su debido tiempo. Preparémonos para la guerra, amigos míos. ¡Esta vez Dios estará con nosotros! —gritó, elevando las manos al cielo.

—¡Muerte a los MacDonald! —gritaron los hombres, a su vez, con los puños alzados.

La tristeza invadió el corazón de Lizzie al oírlos jurar muerte a su tío y a los hombres de su clan, hombres que ella conocía desde pequeña. Hubiera querido que todo sucediera de otra forma, que Georg la hubiera casado con un hombre bueno, con el que hubiera podido ser feliz y que fuera él quien la llevara personalmente al altar. En lugar de eso, había escogido engañarla e imponerle a un hombre cruel, que le pegó con fuerza la primera vez que se vieron y la encerró en su estancia. Si Jeanie no la hubiera liberado, solo Dios sabía dónde estaría hoy. Sin duda, Campbell ya la habría matado a golpes, o ella misma se habría quitado la vida. La joven no se arrepentía ni un solo momento de haber huido, pero se sentía terriblemente mal por lo que iba a suceder. Vincular su vida a la de Alexander era mucho más de lo que podía pedir. Al menos, le concedía la libertad. Sin embargo, la vida de toda esa gente estaba en peligro, tanto en un dominio como en otro. Se culpabilizaba de ser el pretexto de esa violencia que llegaría durante los próximos días, aun siendo consciente de que los MacLeod no peleaban por ella, sino por su sed de venganza. Lo hacían en nombre del derecho a una vida justa y digna. En realidad, no tenían elección; las *Highlands* eran despiadadas: o matabas, o te mataban.

Alexander los llevaría a la batalla, y Lizzie rezaría con todo su corazón para que no le pasara nada y para que salieran victoriosos sin demasiadas bajas.

Todos se levantaron para abrazarlos y felicitarlos.

Lizzie no solo había encontrado un marido viniendo a las tierras MacLeod, sino que también había ganado una familia en la que los miembros parecían considerarla ya una más, y respetaban la elección de su *laird*. Ella se dejó abrazar y respondió con palabras gentiles a cada uno de ellos sin dejar de sonreír. Su mirada se cruzó con la de Alexander. Él le sonreía. Parecía feliz de haber visto que su gente aclamaba la noticia de su compromiso. Luego le tendió la mano con un aire ceremonioso. Ella puso la suya en la de él y se dejó llevar hacia la monumental mesa donde comerían juntos y donde les esperaba el asiento señorial. Le hicieron hueco a su lado, como

futura mujer del *laird*, y ella notó como se formaba cierto orgullo en su interior.

Sí, ella pronto sería la feliz esposa de ese hombre fuera de lo común, cuyo valor y fama era conocido en todas las *Highlands*. Se sentía en una nube. Sobre todo, desde que los sirvientes habían empezado el servicio. Sentía el muslo de Alexander contra el suyo. Tenía muchas ganas de tocarla, algo que le había demostrado al no poder resistirse a besarla, ambos encerrados en la estancia desde la que controlaba su dominio. Ella creyó que iba a desvanecerse por el deseo mientras él le aprisionaba los senos contra su cuerpo. Apenas les separaba el fino tejido de su vestido cuando se había decidido a besarla efusivamente. Él procuró frenar su fogosidad para no sucumbir a sus propios deseos, mientras ella se perdía entre las caricias de un hombre que la iba a tomar por primera vez. Sentía el despertar de su cuerpo ante la sensualidad de su amante. Con los ojos cerrados, saboreó cada instante. Habría querido que durara para siempre.

Recorrió la asamblea con los ojos. Sí, esta gente era su nueva familia. La protegerían, aun a riesgo de perder sus vidas, y ella les devolvería con creces lo que iban a hacer por ella. Se juró ser una buena propietaria y garantizar su bienestar.

***

Intercambiaron ideas sobre planes de batalla y Alexander dio unas órdenes claras: harían falta más hombres, más armas, escudos y víveres. Luego hablaron de la boda, que finalmente pasó a segundo plano. Lizzie escuchó sin formar parte de la conversación, como solía hacer. Esperaba a quedarse sola con Alexander para preguntarle y darle su opinión. ¡Ella también tenía derecho a que la escucharan! Esperaba también que fueran una pareja unida y que fueran pacientes el uno con el otro, puesto que se había demostrado que ese no era su fuerte. Los dos tenían un carácter subversivo y podían saltar chispas a la primera de cambio.

Alexander agarró la mano de Lizzie, que descansaba al lado de su copa.

Le besó los dedos mientras hundía la vista en sus hermosos ojos.

—¿Comprendes la urgencia de nuestra unión? Espero que no estés molesta.

—No lo estoy, Alexander. Es mejor que nos casemos cuanto antes.

Cuanto antes se casaran, antes estaría bajo la protección de Alexander y podría escapar de la codicia de Campbell.

—Será una bonita celebración —añadió él con un brillo irresistible en los ojos.

—No lo dudaba.

Se miraron intensamente y se sonrieron, felices de lo que leían en los ojos del otro. Lizzie se enterneció: el deseo por Alexander le quemaba la piel.

***

Tan pronto como terminaron la comida, los hombres a quien Alexander había confiado una misión salieron de la fortaleza como una bandada de cuervos. Como ninguna otra tarea requería su presencia, Alexander le propuso a Lizzie un paseo hasta el lago, cosa que ella aceptó. Era encantador, agradable, y la fascinaba, además de complacerla. Parecía al fin tranquilo y, ante todo, alegre también de poder desposarla, a pesar del hecho de que fuera un matrimonio de conveniencia y no de amor. Dadas las circunstancias, era lo máximo que se podía pedir.

***

No estaban muy lejos del lago cuando él decidió besar de nuevo sus manos con cierto erotismo. No había soltado su mano desde que habían salido de la fortaleza. Estaban solos. Por el momento, no tenían miedo y podían estar tranquilos. Los centinelas advertirían a Alexander tan pronto como las tropas MacDonald entraran en su territorio. En cuanto a Lizzie, no temía por su vida; su tío y Campbell la necesitaban viva. No, desde ese momento temía por Alexander, y cada momento que pasaban juntos se hacía más preciado. Cuantos más minutos pasaban, más cerca se sentía Lizzie de su futuro marido. Pero lo que le ponía nerviosa era pensar en lo que haría después de contraer matrimonio. ¿Cómo se comportaría con ella? Por lo que había escuchado de las mujeres de su clan, los hombres no pensaban en más que en su propio placer, y no del de sus esposas. Jeanie le había asegurado que la cosa sería rápida, que le dolería, pero que sería soportable. ¿Estaba preparada para eso? Le preocupaba su integridad como mujer.

No sabía cómo se comportaría su futuro esposo, pero lo que Alexander la hacía sentir cuando la besaba era que podía ser distinto a los demás hombres. Era dulce, paciente, y había logrado despertar una sensación placentera a base de unas caricias fuertes pero dulces. Sabía que ella era pura, evidentemente, y ella estaba convencida de que él sabría qué hacer para que no hacerle daño.

—Espero que me perdones por haber entrado en tu estancia el otro día —soltó Alexander con voz dulce.

—¿Quieres decir cuando me viste desnuda? —respondió ella con una mirada juguetona.

Recordó su mirada penetrante clavada en su cuerpo, y lo que sintió en ese momento. Algo había cambiado entre ellos aquel día; el deseo de ambos era latente y habían comprendido que se gustaban, se atraían y, sobre todo, se deseaban.

—Eso no pareció desagradarte —remarcó él con una sonrisa encantadora.

—No tengo ningún problema con la desnudez.

—Ah, ¿no?

Lizzie tomó una ramita de alfalfa, que comenzó a masticar mientras andaban a paso lento, disfrutando del agradable aire, del sol que calentaba su piel, de la calma y de la belleza del lugar.

—Fui educada por una doncella un tanto peculiar y no tuve una madre para que me protegiera más de la cuenta. Puedo estar liberada, pero no soy una mujer fácil —añadió ella, con intención de provocarlo.

—Eso parece evidente.

Con un aire malicioso, preguntó:

—¿Eso no le molesta, futuro esposo mío?

—¡Para nada!

Se sonrieron, felices por esa complicidad que, dulcemente, se había establecido entre ellos.

Llegaron al lago. Alexander la llevó bajo los árboles para protegerse del calor y se detuvo cerca de uno en el que Lizzie había escondido su vestido. Se acostó y quiso atraerla hacia él, pero se resistió. La dejó escapar, sorprendido. No quería empezar su unión con mentiras. Sintió su mirada en la espalda cuando ella fue a coger el vestido.

—¿Qué es eso? —preguntó él mientras se sentaba a su lado.

Parecía que había despertado en él algo de curiosidad. Desde que habían decidido casarse, Alexander era paciente como un ángel y no había visto ni una sola vez la ira en sus ojos; pero ella tampoco buscaba contrariarlo ni ser una fuente de conflicto, así que le dirigió una mirada un poco contrariada.

—Un vestido que escondí con la esperanza de poder escapar.

—Oh… Ya veo.

Un brillo divertido pasó por sus ojos y una sonrisa ladina se instaló en su rostro. Le agarró el brazo, la atrajo hacia él y se colocó sobre ella. El ataque fue tan rápido que no tuvo tiempo de resistirse, solo de soltar una pequeña risa que encendió el deseo en las pupilas del seductor *laird*.

—Ahora que me conoce mejor, ¿todavía quiere huir de mí, *señorita*?

Alexander estaba sobre ella, como lo había estado en el patio. Y, como en ese momento, ella sentía su miembro endurecido contra su vientre. La deseaba, al igual que ella se moría de deseo por él. Sería suficiente con levantarse la falda y él su *kilt* para que unirse en un deseo carnal, pero eso no sería razonable. Nada razonable.

Lizzie, sin embargo, no pudo resistir las ganas de pasar el brazo alrededor de su cuello.

—No, mi señor. Ahora quiero quedarme con usted, hasta el fin de mis días.

Alexander bajó el rostro hacia el de ella lentamente. Tan lentamente que fue como una tortura. Lizzie sintió que su corazón se aceleraba. Quería que la besara más y más, como él sabía hacerlo. Quería sentir de nuevo la sensualidad, la llama, en su cuerpo. Tras contemplarla intensamente, tomó sus labios. Su beso pasó rápidamente de dulce y suave a apasionado, y sin que Lizzie se diera cuenta, sus caderas buscaron la entrepierna de Alexander. Ella gimió con el aliento entrecortado. Tenía ganas de más, de mucho más. Alexander se movió y apretó su miembro contra ella, haciéndola temblar de placer y provocando un pequeño gemido ronco, que emitió a duras penas.

—Me vuelves loco —murmuró el *laird* contra su cuello.

La besó detrás de la oreja antes de tomar el cuello entre sus labios. Un largo y dulce escalofrío recorrió su cuerpo. Sus ganas de él se volvieron irreprimibles. Impulsada por un instinto natural del inicio de los tiempos, Lizzie colocó sus palmas en las caderas de Alexander y se frotó contra él. Ella quería sentirlo *ahí*, quería que la tomara en ese instante, que la hiciera suya y que le hiciera sentir todo su poder. Nunca había deseado algo con tantas ganas como en ese momento, y se sorprendió de la violencia de los sentimientos que descubría. Le dolía el vientre, su interior, de lo que deseaba a ese hombre.

—No, señorita, todavía no…

Ella comprendió que le había suplicado tomarla allí mismo. No podía más.

—Confía en mí, será mejor. Pero al menos puedo darte esto…

Alexander tomó de nuevo sus labios con fiereza. Se movió y deslizó una de sus manos entre sus muslos, bajo su vestido. Cuando sus dedos acariciaron su feminidad con dulzura, antes de penetrar en su interior, mientras que su lengua se enrollaba alrededor de la suya, ella creyó estar a punto de desfallecer de la intensidad de su placer. Lizzie respondió con fervor a los besos de Alexander. Él gimió en su boca mientras deslizaba sus dedos a lo largo de su carne y notó que su propio deseo iba en aumento. Ella sintió un intenso calor en su bajo vientre. Las piernas le temblaban, algo quería salir de su cuerpo y le latía detrás de las orejas, una llama incandescente a punto de estallar.

—Intenta no moverte. Solo relájate…

Lizzie vio con estupor cómo Alexander descendía por su cuerpo y metía la cabeza bajo sus faldas. No quería huir: ya no tenía miedo. Todo su ser tembló cuando Alexander puso sus labios sobre su feminidad, que lamió con avidez y cada vez con más intensidad. Alexander la volvía loca. Loca de pasión. El *laird* continuó un grato *ballet* durante unos deliciosos minutos. La lamió, la acarició, entró con su lengua en el interior de su cuerpo para hacerla ir y volver y saboreó lo que se escapaba de ella. Puso todo su fervor, su pasión y su devoción en ese

momento. Lizzie se sintió adorada y mimada, y su corazón vibraba por el brío de sus emociones. Todo hasta que el incendio de su vientre consiguió prenderle hasta el alma. Todo su cuerpo se tensó cuando se corrió por primera vez en su vida. Fue tan vibrante que sintió todo su cuerpo adormecerse.

Alexander la tomó entre sus brazos y la meció hasta que su respiración se calmó. Cuando ella levantó la cabeza, vio que él sonreía.

—¿Siempre será así? —preguntó ella.

—No ¡puede ser mejor!

Lizzie no pudo evitar estallar en carcajadas. Su arrogancia la divertía, pero ella solo quería creerle.

11

¡En menos de una hora Elizabeth MacDonald se convertiría en la mujer de Alexander MacLeod!

Su cabeza no dejaba de repetir en bucle lo que le había hecho en el lago y lo que le había hecho sentir. Con tan solo imaginarse los labios de él en su sexo, su vientre se tensó. Alexander la había abrazado durante unos largos minutos mientras ella jadeaba y, con la cabeza en su pecho, había caído dormida, presa de un sueño sereno. Nunca se había sentido así de bien. Su cuerpo se había relajado tras dejarse llevar por el placer.

Alexander no era un hombre como los demás, y se lo había demostrado al pensar en ella y en su placer, mientras que él sufría por no poder poseerla. Había visto su mandíbula tensarse cuando la acariciaba con los dedos su feminidad. La deseaba terriblemente, pero sabía igualmente que debía esperar. Puso su honor por encima de su propio deseo y eso la había sorprendido. Alexander era un hombre bueno y generoso. Le sería fácil amarlo.

Me será *más fácil* —puntualizó en su mente.

Ahora deseaba probar su cuerpo, para ver si el acto de amor entre un hombre y una mujer podía llevarla al séptimo cielo. Estaba segura de que así sería. En unas horas, después de la ceremonia y la cena, sería toda para él. Cuerpo y alma. Respiraba con la única esperanza de que llegara ese momento.

Cuando regresaron a casa, Alexander la había dejado al cuidado de Teresa para ir a ver a sus guardias. Todavía tenía que tomar algunas decisiones y preparar la batalla. El corazón de Lizzie se tensó: apreciaba tanto a Alexander que no podía evitar temer por él. Tenía la íntima convicción de que ese miedo no desaparecería nunca.

Habían pasado la velada con los demás frente a la chimenea. Cada uno había ido allí con una canción que entonar o una historia que contar; y luego la había acompañado a su estancia. Allí, la había besado con fervor, estrechándola contra él y haciéndole notar su deseo.

—Mañana a esta hora, señorita, ¡serás toda mía! Y yo todo tuyo… — declaró él antes de irse, dejándola hambrienta de deseo.

Sí, en menos de una hora se casaría con el hombre que hacía que su corazón latiera al borde del colapso, y en cuyas manos había puesto la vida. Se había ido al alba con sus hombres. No lo había visto durante todo el día y lo había echado de menos, de una manera atroz. Como no tenía ninguna forma de saber dónde estaba ni si todo iba bien, no tuvo otro remedio que esperar a que fuera la hora para la ceremonia.

El sacerdote ya estaba allí, lo que era una buena noticia. Esperaba en la sala común, donde Teresa le había ofrecido un poco de comida para distraerla y permitirle descansar tras el largo recorrido que había hecho.

***

En la quietud de su estancia, Teresa y Katel se ocuparon de la novia. Tras haberla bañado y perfumado, la ayudaron a vestirse. Como Lizzie no había tenido el tiempo ni los medios para

procurarse un nuevo vestido, decidió ponerse su precioso vestido rojo con detalles dorados y un escote pronunciado que a Alexander pareció gustarle durante su primera noche allí. La había devorado con la mirada mientras se sentaba al lado de Ewen. Cabe decir que ese día la había visto desnuda y, ciertamente, conservaba un recuerdo provocador, al igual que ella.

Ató su cintura con el cordón dorado y decidió no recogerse el cabello. Esa noche, sus pesados rizos caerían libremente por los hombros y la espalda.

—Está preciosa, mi señora —dijo Katel, embelesada, mientras que Lizzie se alisaba el vestido sobre los muslos. Sentía que los nervios iban a acabar con ella.

Apretó las manos de Katel entre las suyas y se contuvo las ganas de decirle que ella también estaría preciosa con su vestido de novia cuando se casara. Su piel morena, sus mejillas sonrosadas y su largo cabello rubio… Toda una belleza. Pero no quería entristecerla, así que se contentó con decirle:

—Gracias, Katel. Y gracias por ser mi amiga. Me gustaría, si quieres, que dejaras la cocina para estar a mi servicio.

—Oh… Nada me gustaría más, mi señora.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Teresa, ¿estarías de acuerdo? —preguntó Lizzie girándose hacia la doncella—. Evidentemente, se lo preguntaré mañana a mi marido.

Ella esperaba que aceptara.

—Algo me dice que le costará negarse a lo que le pida, mi señora —respondió la doncella con una sonrisa de benevolencia.

Era más que evidente que el tema del amor no resultaba ninguna molestia para la doncella, a diferencia de Jeanie; y el día anterior, cuando volvieron del paseo, a Teresa no se le escapó ni las mejillas sonrosadas de Lizzie ni el brillo de su mirada. No dijo nada, pero sonrió. Simplemente lo sabía.

—¿No tiene miedo, mi señora? —preguntó Katel, ruborizada.

Lizzie, que no había soltado sus manos, le sonrió.

—Sí, un poco, claro. Pero estoy segura de que el *laird* será paciente y que me tratará bien.

—Por lo que parecía, era adorable con Maddie, y ella parecía muy feliz.

—¡Katel! ¡No digas esas cosas! —le amonestó su abuela.

—Déjalo, Teresa, por favor. No me molesta hablar de Maddie. Sé que Alexander la amaba muchísimo y sin duda a mí no me amará tanto, pero… con que sea amable conmigo y me respete, será perfecto.

Teresa agarró a su vez una de sus manos, que soltó de buena gana. La ternura que ambas mujeres mostraban hacia ella le hacía bien. Era como un bálsamo que curaba su corazón, dolorido ante la idea de lo que les esperaba a todos.

—Estoy segura de que nuestro *laird* la amará, mi señora. Lo que leo en sus ojos no se puede fingir; ya significa mucho para él. ¿Cómo podría ser de otra forma? Es encantadora. Físicamente distinta a Maddie, cierto, pero en ciertas cosas me recuerda a ella. Nuestra señora era una persona magnífica. Como usted, señora.

—Gracias por tus buenas palabras, Teresa. Van directas a mi corazón. Las dos sois muy amables. Nadie me había tratado como lo hacéis vosotras.

—Ah, pero… ¡Es la heredera MacDonald! ¿Cómo es posible? —se sorprendió Katel.

—No lo sé. Sin duda porque mi tío no es alguien amable. La gente de mi clan me temía o me utilizaba, pero no me quería.

—Nuestro *laird* la amará, señora. Estoy convencida —añadió Katel.

Eso esperaba Lizzie. En cualquier caso, ella haría todo lo que pudiera, porque en el fondo sentía que ella ya estaba cerca de conocer el amor.

***

Alexander, de pie en la sala común donde se celebraba la ceremonia, estaba nervioso. No por casarse; Lizzie le gustaba infinitamente, y había encendido su cuerpo con los gritos de placer la velada anterior, cerca del lago. Sintió en ella entonces una sensualidad que pedía expresarse y expandirse, pero su futuro era incierto, y poco importaba de qué lado lo mirase; no veía un final feliz. Sus recursos eran escasos, sus defensas inexistentes, la muralla amenazaba con caerse a pedazos y no les permitiría mantener asedio por mucho tiempo. Si bien había conseguido rescatar a Lizzie y mantenerla lejos de las garras de su tío durante cierto tiempo… ¿Hasta cuándo podría mantener la promesa? Si perdía, MacDonald la recuperaría, anularía su matrimonio y la vendería a Campbell. Había hecho mal, debería haberla ayudado a huir antes que mantenerla prisionera para utilizarla. Ella tenía razón: no era mejor que esos malnacidos que se habían aprovechado de ella. Esperaba que no le guardara rencor, pero la forma en que se comportaba y lo miraba, le decía que no.

Pero… Lo que estaba hecho, hecho estaba, y no servía de nada pensar en ello.

Al menos intentaría darle lo mejor de sí mismo, de mimarla todo el tiempo que pasaran juntos. Lo necesitaba. Quizá esos momentos de felicidad compartidos en la adversidad curasen su alma.

Elizabeth era su última esperanza para ser feliz. Y sabía que podía aportarle mucho también.

Craig le dio una palmada en el hombro.

—Y bien, hermano, ¿nervioso?

—¡Sí, pero también impaciente!

—Te entiendo, tu futura esposa es maravillosa.

Sí, ya he podido saborear aunque sea una pequeña dosis…

Estaba deseando hacerla suya. Siempre y cuando nada contrariara su noche.

Alexander volvió al tema que le preocupaba:

—He dado una vuelta por toda la fortaleza y parte del dominio. No está en muy buen estado, pero quizá tenga solución.

—¿Qué piensas hacer?

Se disponía a responder, pero entonces Lizzie apareció. Se le cortó la respiración por lo bellísima que estaba, con su vestido rojo que tanto le había gustado la primera noche y que resaltaba sus virtudes. Alexander creyó estar soñando. Estaba magnífica: era la mujer más bonita que jamás había visto.

Sus miradas se encontraron para no soltarse y se sintió conmovido. Aunque al principio su historia parecía incierta y la ceremonia parecía un mero matrimonio de conveniencia, había algo más; de eso estaba seguro. Al menos por su parte. Que esa maravillosa mujer lo deseara, le daba la fuerza y la voluntad de luchar por lo que él creía y por los suyos. No había mentido: la protegería hasta la muerte. Sí, ella había decidido casarse con él cuando podría haber escapado; incluso lo había planeado. Y, dada su intransigencia, podría haber engañado a los guardias para hacerlo en cualquier momento. Pero había decidido quedarse con él y eso lo hacía inmensamente feliz.

Ella sería su fuerza…

De repente, se hizo el silencio. Lizzie emprendió su marcha hacia él. Todos contenían el aliento y se deleitaban con la visión de la joven. Con una postura bien erguida, dividió la multitud formada por unas cien personas del clan que habían asistido a la boda, que la contemplaban sin poder apartar la mirada. Sus ojos no dejaron los suyos y lo que vio en ellos la hizo temblar de emoción: un deseo vibrante, complicidad, confianza… Él era consciente de que la vida le había dado un regalo de un valor incalculable por dejarle ser feliz, tras haber arrancado de sus brazos a los dos seres que había amado más que a nadie, Maddie y su bebé. Pensaba disfrutar de cada momento de la velada, de su noche de bodas y de algunas horas de descanso que tendrían antes de que sus enemigos llegaran a sus puertas como si del fin del mundo se tratase.

Cuando Lizzie llegó ante él, él le tomó la mano y la llevó a sus labios. Sintió cómo se estremecía ella también. Sus pupilas ardientes lo devoraban. Evidentemente, ella tenía ganas de encontrarse a solas con él y de continuar lo que habían empezado. Él también estaba impaciente. El brillo en los ojos de su prometida le caldeaba la sangre. Esa noche sería todo un viaje para los dos. Pero ese no era el lugar ni mucho menos el momento, y el sacerdote los esperaba. Recuperó la compostura, y dejó atrás el anhelo del cuerpo de su amante. Luego, abrió el *sporran* que tenía alrededor de su cintura por debajo de su bonito *kilt* del color de su clan, amarillo y rojo, y sacó un collar.

—Era de mi madre —dijo—. Me gustaría mucho que lo llevaras.

Los ojos de su prometida se llenaron de lágrimas.

—Claro, será un honor. Lo acepto todo de ti…

Su promesa de pertenecerle en cuerpo y alma, de aceptar traer a sus hijos al mundo —lo que él más deseaba en ese instante—, apaciguó su corazón. Él creía que era instigadora y volátil, pero en verdad era justa y leal. Sería una esposa amante y fiel, de eso estaba seguro.

Lizzie le dio la espalda y se levantó el pelo para permitirle atar el collar alrededor del cuello. Cuando lo hizo, ella se giró de nuevo y tocó la piedra con las yemas de los dedos. Era un rubí rodeado de oro que casaba perfectamente con su vestido y resaltaba su piel de alabastro. Por otra parte, la cinta de terciopelo negro resaltaba la delicadeza de su cuello. Una lágrima se deslizó hacia abajo por su mejilla y él tuvo ganas de capturarla con sus labios para poder rozar su piel al fin.

—Es espléndido, Alexander. Muchas gracias.

Ella le dedicó una sonrisa que apaciguó el latir de su corazón. Mientras tanto, la gente aplaudía. Todos eran testigos de su complicidad y deseaban celebrar la prosperidad del futuro.

Le tendió entonces la mano. Lizzie puso sus finos dedos en ella y, juntos, y seguidos por su clan, se dirigieron como una comitiva hacia el sacerdote, que esperaba de pie en el estrado donde habían instalado no uno, sino dos tronos recubiertos de piel. Lizzie lo comprendió y sus ojos brillaron cuando los llevó de nuevo hacia él. Él le sonrió y le besó la mano con sinceridad. Gobernarían el clan juntos, como una pareja unida. Su matrimonio sería feliz y Lizzie era quien le convenía. Estaba convencido de ello. Había intentado acabar con la llama que sentía por la mujer que había llegado a su vida como un tornado. Había fingido poder sacarla de su mente, y todo por el sufrimiento de sentir que traicionaba a Maddie, pero tenía el derecho a ser feliz de nuevo. No podía dejar pasar la oportunidad, incluso aunque el placer resultara ser algo efímero. ¡No importaba! ¡Aceptaría lo que tuviese que aceptar, pasara lo que pasase!

Durante la corta misa, Alexander no dejó de rezar para que Dios bendijera su matrimonio y protegiera a su esposa, sus hermanos, su tío y su clan.

Bajo la orden del sacerdote, se miraron de frente y unieron sus manos. Él las recubrió con un tejido blanco transparente y bendecido, como era la costumbre, y con esto, unió sus vidas y sus destinos.

—Alexander MacLeod —entonó el sacerdote con voz clara—, ¿consientes en tomar por esposa a Elizabeth MacDonald, aquí presente, para amarla y respetarla en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe?

Con unos ojos sumergidos en el mar de pasión de los de Lizzie, respondió alto y claro: «¡Sí, quiero!».

La mirada de Lizzie brilló, y se perdió en ella un instante.

—Elizabeth MacDonald, ¿consientes en tomar por esposo a Alexander MacLeod, aquí presente, para amarlo y respetarlo en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe?

—¡Sí, quiero!

Su voz fue igual de clara y fuerte que de él.

—¡Por los vínculos sagrados del matrimonio, yo os declaro marido y mujer!

Alexander quitó el paño consagrado, hizo un gesto a Craig y este se acercó después de agarrar un cuchillo que colgaba de su cintura. Cortó la muñeca de Alexander y luego la de Elizabeth, que movió la mano porque no se lo esperaba. Ella observó el corte y luego lo miró a él, dado que ignoraba lo que iba a suceder a continuación. Entonces, en ese gesto pagano que había unido las parejas en las *Highlands* desde hacía cientos de años, colocó su muñeca ensangrentada contra la de su esposa y sus dedos se cerraron alrededor de su fino brazo. Se estremeció al sentir que Elizabeth hacía lo mismo. Sus pupilas se unieron y, con la voz ronca por la emoción, Alexander pronunció las palabras, también ancestrales, en gaélico antiguo:

—Yo, Alexander MacLeod, por mi sangre, te reconozco a ti, Elizabeth MacDonald, como legítima esposa. Que nuestras sangres se mezclen, que nuestras almas se unan y que nuestros corazones sean uno solo. Prometo ser tuyo, Elizabeth, por toda la eternidad.

Él la miró con pasión.

—Repite después de mí…

Entonces, con los ojos llenos de lágrimas y la voz ligeramente entrecortada por la emoción del momento, repitió las palabras consagradas.

Estallaron los aplausos. Alexander limpió sus muñecas y luego tomó el rostro de Lizzie entre sus palmas y le dio un beso casto, de forma que mostró a todos hasta qué punto estaba feliz de unir su vida a la de esta mujer excepcional, bella y radiante. El día anterior, Teresa había ido a felicitarle en persona y a desearle un futuro feliz junto a ella. De paso, le había revelado que habían aprendido a querer a Lizzie y que la apreciaban. Incluso Angus había caído en su red y solo tenía elogios para ella. Creía que era una joven bonita y valiente.

Los silbidos y los elogios coronaron la escena, como es habitual en cualquier matrimonio.

Lizzie parecía estar en el paraíso, y también un poco sofocada. «Su mujer». A Alexander se le hacía raro pensar eso de ella. Sentía una mezcla de timidez y orgullo que crecía en su interior. Aunque era joven e inexperta, se había dejado llevar por sus caricias sin ningún pudor o miedo y, por lo que había visto, había sentido un inmenso placer, lo que lo alegraba enormemente. Tenía un ansia irracional de descubrir su feminidad y de perderse en ella No había tocado a una mujer desde hacía dos años. Una eternidad.

Lizzie respondió a su beso poniendo las manos sobre sus hombros y levantándose ligeramente, como de puntillas. Él la atrajo con los brazos y la sujetó contra él, incapaz de soltar sus labios.

—¡Creo que los dos tortolitos no podrán esperar a que caiga la noche! —exclamó Craig en voz alta, con su júbilo habitual.

Las risas se intensificaron.

—Ahora que hay una nueva mujer en su cama —soltó Angus, alegre también—, está impaciente por ir y perderse entre las sábanas.

—¡No hay nada de malo en eso! —dijo Ewen a su vez.

Alexander soltó los labios de su mujer y miró a sus hermanos y a su tío.

—¡No sois más que unos celosos!

—¡Es verdad! —exclamó Craig acercándose para darle un abrazo—. Que seas feliz, hermano.

Se quedaron quietos un segundo, abrazados, ambos igual de emocionados.

—¡Gracias, Craig!

Mientras él daba las gracias a sus seres queridos, Lizzie, que no podía dejar de sonreír, recibió con gratitud los votos de felicidad del clan.

Luego, le cogió la mano para llevarla hasta el trono, donde cada uno se sentó en el suyo. Uno por uno, los miembros del clan se inclinaron en gesto de reverencia ante la nueva esposa del *laird*, con el fin de jurarle lealtad y desearle mucha felicidad; y también ante él, para felicitarlo igualmente y desearle que fuera feliz en su nueva unión. De vez en cuando, echaba un vistazo a su nueva esposa, que se mantenía erguida, con las manos cruzadas sobre los muslos y respondía con palabras amables a cada uno de ellos. Él sonrió. Era perfecta: su educación, en manos de uno de los clanes más poderosos de las *Highlands*, la predestinaba a dirigir ella misma un clan y se felicitaba porque el destino la hubiera puesto en su camino. Cuando terminaron, se levantó, le dio la mano a su mujer y salieron para tomar algo al patio mientras los sirvientes acababan de preparar las mesas para la cena, que sería menos frugal que de costumbre.

Alexander apretó a su esposa contra su cuerpo, con el brazo alrededor de la espalda. Quería sentir su calor, tenerla toda para él, y luchaba por no besar sus labios cada dos segundos.

Cuando las mesas estuvieron preparadas, la llevó a la sala común y se instalaron en un extremo de la mesa, en los asientos de honor. Alexander tenía a su lado a Craig y luego a su tío, mientras que Ewen se había sentado al lado de Lizzie. Estaba de mal humor. Cuando Alexander vio a su mujer inclinarse hacia su joven hermano para hablar en voz baja, sonrió. Se alegraba de que ella se llevara bien con sus dos hermanos, pero entre Ewen y Lizzie había algo más natural, ya que el destino había puesto a uno en la vida del otro. Lizzie había salvado a Ewen de una muerte segura, y su hermano había decidido protegerla, aunque eso significara provocar su ira. Mientras hablaba con Craig, pensó en sus hermanos: Craig le suponía un problema. Tenía que buscarle una esposa, puesto que era necesario que se casara para que Ewen pudiera casarse, a su vez. Ya tocaba que lo hiciera, pero Craig no tenía prisa; amaba demasiado su libertad y ninguna mujer lo había seducido lo suficiente como para que le entraran ganas de casarse. Alexander no quería forzarlo. Él mismo había tenido un matrimonio por amor con Maddie, y no quería que sus hermanos fueran desgraciados. Pero si sobrevivían a la guerra con los MacDonald, podía no tener otra elección y acabaría obligándolo a consolidar su posición en las *Highlands* con una nueva alianza. Porque las alianzas se forjaban a través de un matrimonio; siempre había sido así.

En cuanto a Ewen, Alexander sabía por quién latía su corazón, pero no estaba dispuesto a cederle la mano de Katel; buscaba otra unión sin saber muy bien cuál. Le había pedido a su hermano ser paciente, pero Ewen era joven y un día cometería una locura si no la había cometido ya. Si Katel estuviera encinta, no tendría otro remedio que casarlos. Ewen sabía dónde estaba su lugar y su deber. Le era fiel, pero a veces el corazón hacía lo que quería. Él mismo sabía algo de

eso: acababa de vincular su vida a la de una mujer e iba a ir a la guerra por ella.

Una guerra previsible, cierto, y que se estaba preparando desde hacía cinco años, pero el desencadenante estaba ahí mismo.

Tras haber degustado los magníficos *haggis* de las cocineras, los pichones asados, luego las bayas rebozadas de miel y leche de oveja cuajada, y después de haber bebido con moderación, Alexander se inclinó para susurrar discretamente en la oreja de su esposa:

—¿Qué le parecería, mi señora, si dejáramos a nuestros invitados y pasáramos a otras formas de diversión?

La mirada deseosa de su joven esposa aceleró el latir de su corazón.

—Estaría encantada, mi señor.

Evidentemente, Lizzie estaba igual de impaciente por consumar el matrimonio. Hasta ese momento, todo había ido bien y casi había olvidado el peligro que podía aparecer en cualquier momento, incluso de su propio clan. Había almas más oscuras que otras, o más fácilmente corruptibles, y podían traicionarlos. Había pedido a sus hermanos, a Murtag y a Flynn, en quien tenía total confianza, que estuvieran atentos y que vigilaran a los guardias, pero —pobres de ellos— no podían estar en todo y los traidores sabrían disimular para llegar a su fin. Pero el hambre, igual que el amor, venía de la mano de la traición. No podía hacer otra cosa que no fuera rezar para que no sucediera nada.

Alexander decidió olvidar estos pensamientos funestos para consagrarse a su joven esposa, cuyo cuerpo y sus delicias iba a descubrir en tan solo unos instantes. Se levantó y ella hizo lo mismo tras haberlo mirado de reojo. ¡Cómo apreciaba lo que había en su mirada! Las mejillas sonrosadas de su esposa le devolvían a la vida, al igual que su respiración jadeante y su mirada apasionada y un poco nerviosa, sin duda ante la perspectiva de encontrarse a solas con él.

—Amigos —comenzó con voz fuerte.

Las conversaciones se atenuaron poco a poco y las cabezas se giraron hacia él.

—Mi querida esposa y yo nos retiramos. Os deseamos una buena noche. ¡Disfrutad tanto como podáis!

—¡Vosotros también! —respondieron ciertas voces, con una ebriedad patente.

Mientras que ellos apenas habían bebido para no estar ebrios en su noche de bodas, algunos habían disfrutado de las jarras de cerveza y *whisky* que había a su disposición.

Alexander se contentó con sonreír y llevó a Lizzie fuera de la sala bajo los divertidos aplausos y silbidos. En cuanto cruzaron el umbral, sin poder esperar más, él empezó a correr tirando ligeramente de su mano. Lizzie soltó una risa tan fresca y dulce que se giró para admirarla.

—Tengo unas ganas terribles de estar dentro de ti —murmuró él contra su oreja, tras detener la carrera y atraerla hacia él.

—Y yo de tenerte dentro, mi amor.

La besó con locura y agarró de nuevo su mano. Corrieron por la escalera hasta la puerta de su habitación. Había dado órdenes para que un pequeño fuego ardiera en la chimenea, para que encendieran unas velas y para que cambiaran las cortinas, las alfombras y la ropa de cama. Quería una nueva habitación, casi tanto como quería una nueva vida.

Esa noche, empezaba para él, *para los dos,* un nuevo destino.

Alexander deseó que ella fuera más feliz que nunca.

12

Tras una carrera desenfrenada por la escalera, Alexander se detuvo ante la puerta de su habitación, y luego abrió la puerta. Lizzie soltó un suspiro ahogado cuando la agarró por debajo de las rodillas para que cayera en sus brazos.

—No tengas miedo, cariño, solo quiero que disfrutes…

—Lo sé, mi amor. ¡No tengo ningún miedo!

La besó en el cuello y ella se agarró al suyo gimiendo, contenta de recibir el calor de sus labios. Alexander era tan fogoso, tan ardiente y apasionado que notaba como su sexo se humedecía con tan solo una mirada. Cerró la puerta con el pie y cruzó la estancia hasta la cama. Allí, la dejó en el suelo y la miró intensamente.

—Quiero tomarme todo el tiempo del mundo para descubrirte —le dijo él pasando su pulgar por su mejilla—. Incluso aunque arda de deseo por ti…

Lizzie no supo qué responder, y no pudo más que mirarlo con el mismo fervor y con la respiración entrecortada. Como ella lo ignoraba todo de la noche de bodas, estaba decidida a dejar que Alexander tomara el control, como había hecho en el lago. Luego, ella le preguntaría, esa noche o más tarde, lo que podía hacer para hacerlo disfrutar. Quería hacerle feliz, como ella le hacía sentir a él, y que ambos tuvieran un matrimonio lleno de placer.

Cerró los ojos cuando puso sus labios en la cruz de su cuello mientras atacaba el nudo del vestido, que deshizo con rapidez. Pero los abrió de nuevo cuando se incorporó y deslizó las mangas a lo largo de sus brazos, lentamente, acariciando su piel con las yemas de los dedos. Se estremeció ante su contacto y bajo el fuego de su mirada que, tras unos segundos, se volvió apasionada. Al verse completamente desnuda, quiso esconder su pecho, pero él se lo impidió agarrando sus muñecas.

—No. Quiero verte, mi amor.

Su aliento se aceleró cuando acarició sus caderas y luego sus senos.

—Eres tan bella, tan deseable, tan… perfecta…

Sus palabras le desbocaron el corazón.

Ella, que tenía tanto miedo de que echara de menos a su primera esposa y no le prestara atención, vio cómo su peor miedo se esfumaba de pronto. Estaba tan bello, sumido en su deseo… Ansiaba su piel, su cuerpo... Todo. Cuando rozó su sexo con sus dedos firmes, como había hecho la velada anterior, una llamarada de pasión nació en su vientre y la hizo gemir.

Retiró sus botas, pasó rápidamente su *plaid* por encima de la cabeza, se quitó la camisa y dejó caer el *kilt* a sus pies. Su cuerpo, desnudo, era magnífico. Ella jamás había visto a un hombre tan bello. Sus músculos eran esbeltos pero potentes, su vientre plano, su piel tostada y… sus ojos se desviaron hacia su miembro, duro y firme por ella.

Lizzie sintió cómo se le secaba la boca.

Olvidó sus inquietudes cuando Alexander se acercó a ella para atraerla hacia él con un brazo exigente, tal y como le gustaba hacer. Una exigencia que no la asustó; al contrario, le encantaba lo que veían sus ojos: esa impaciencia por poseerla y reivindicarla como suya. Ella no se sintió

humillada o rebajada al rango de una cosa, sino protegida. Tenía la agradable sensación de haberse convertido en alguien importante en su vida. Lizzie dejo pasar sus brazos alrededor de su nuca, se puso de puntillas, se acercó a él y lo besó. Él se dejó hacer, disfrutando de que fuera ella quien lo besaba. Pero su beso pronto dejó de ser dulce, para volverse apasionado, lo que hizo que ambos jadearan.

—Tómame, Alexander —soltó ella—. Hazme tuya. Tu mujer. No aguanto más.

Con un gemido ronco, la agarró por debajo de las nalgas, cerró las cortinas con una mano impaciente y la tumbó sobre las sábanas blancas.

—Tienes razón, mi amor, nos tomaremos todo el tiempo del mundo más tarde. Yo también tengo unas terribles ganas de ti y no puedo esperar más.

Lizzie se puso rígida cuando sintió el miembro duro de su marido listo para entrar en su feminidad.

—Iré con cuidado, te lo prometo —dijo mientras validaba su miedo.

La acarició de nuevo con la punta de los dedos y sonrió:

—Estás lista para recibirme, Lizzie; tu cuerpo me desea. Pero ¿quieres hacerlo? ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Lizzie asintió con la cabeza. Evidentemente que quería hacerlo. ¿Por qué le hacía esa pregunta? Tenía tanto miedo de no estar a la altura que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía pensar eso ahora? Ella, que siempre había estado tan segura de sí misma. Sus nervios estaban a flor de piel y sentía que en cualquier momento rompería a llorar.

—Alex… —suplicó ella, perdida.

Entonces ella la penetró. Lentamente, dándole tiempo a que se habituara a esa nueva sensación. Ella contuvo la respiración. Estaba lista, pero no se esperaba eso. Todo su cuerpo se tensó, y pidió a Alexander que no se moviera mientras el dolor se calmaba. Él interrumpió su movimiento y, tiernamente, acarició sus mejillas.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Mírame. Relájate… Cuanto más te relajes, menos dolor sentirás, te lo prometo. Me voy a mover con cuidado, cuando te sientas preparada… Luego ya verás, será agradable. Muy agradable. Más de lo que jamás hayas podido imaginar.

Lizzie se calmó mientras su voz le relajaba y le servía como un remedio para apaciguarla.

—¿Recuerdas lo que sentiste en el lago? Esto será igual o mejor.

Lizzie asintió y él empezó a moverse de nuevo dentro de ella. A ir y volver, suavemente, a empujar en su interior que, poco a poco, lo iba aceptando. Era grande, pero sus gemidos enloquecieron todo su ser. Ella siguió su consejo y se relajó, se calmó, hasta que… Abrió los ojos. Lo sentía…, sentía esa una vez más ese fuego nacer en su vientre. Gimió también. Empezaba a sentirse bien… Muy bien.

Alexander continuó sus profundos vaivenes. Chocaba con el fondo de su vientre, provocando cada vez olas de placer. Era evidente que se controlaba para no hacerle daño, pero ella no quería que fuera tan cuidadoso. No era frágil. Quería que la tomara para él solo.

—Sí, Alexander, soy tuya… Solo tuya.

Como si hubiera estado esperando su permiso, el vaivén de caderas de Alexander se aceleraron e iban cada vez más y más profundo. Lizzie era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que su cuerpo de mujer le reclamaba: quería más. Gimieron al unísono, agarrados el uno contra el otro, unidos en el acto de amor como se prometieron en vida. Nada más importaba en el mundo: solo la pasión y el frenesí de su pelvis.

Lizzie soltó un grito cuando el placer la tomó por sorpresa. Unos temblores recorrieron todo

su cuerpo. Alexander, sintiendo su propio placer, se tensó y, en un último golpe de cadera, se corrió y se liberó dentro de ella, con un largo gemido de placer. Luego cayó sobre ella, con la cabeza en su pecho. Ella lo abrazó contra su corazón durante unos largos instantes, hasta que sus respiraciones se acompasaron y ambos volvieron a la realidad. Acariciando la espalda cubierta de sudor de su marido, Lizzie sonrió bajo la débil claridad del fuego de la chimenea y las velas colocadas por la estancia, que se consumían lentamente. Alexander acababa de convertirla en mujer, le había descubierto el placer carnal y le había encantado. Él también lo había disfrutado. Había probado el placer de su mujer y quería más. Si eran felices el uno con el otro, si sus encuentros les daban placer, entonces quizá un día podrían amarse de verdad.

Alexander se apartó de ella y rodó hacia un lado. Se tumbó sobre su espalda para quedarse quieto, con los ojos abiertos y la respiración aún entrecortada. Lizzie entró en pánico por sus ojos fijos en ella y la expresión de su rostro, que no comprendió.

—¿No te ha gustado?

Él volvió su hermoso rostro hacia ella y le sonrió acariciando su mejilla.

—¿Eso es lo que crees?

—Sí, tú… Todavía tienes esa mirada oscura que me da tanta pena. Espero que…

La calló con un dedo que puso sobre sus labios.

—No, mi amor, no estoy decepcionado. Has estado maravillosa, tan maravillosa que tengo ganas de volver a hacértelo. Debería ser yo quien te pidiera perdón; he ido rápido, un poco demasiado para mi gusto —añadió con una sonrisa contrariada.

—¿Qué dices? ¡Ha sido perfecto!

—Me temo que no. Deja que me recupere y lo podrás valorar tú misma.

Su sonrisa se acentuó y se transformó en algo más… animal.

—Hace dos años que no hago el amor, Lizzie, y pienso recuperar el tiempo perdido. Me temo que no te dejaré dormir mucho esta noche. Si tú estás de acuerdo.

Oh…

—Me parece bien —dijo ella—. Y tienes razón.

—¿Sobre qué? —preguntó Alexander deslizando un mechón detrás de su oreja.

—Es igual o aún mejor…

Alexander cogió a su mujer y la dejó caer sobre su espalda para colocarse encima de ella.

—¡Y todavía no has visto nada! Esto es solo el comienzo entre tú y yo…

Ella rio y dejó que la amara hasta el final de la noche. Alexander tenía razón, cada vez era mejor que la anterior.

13

Lizzie se despertó notando las caricias de su esposo en el hombro, la espalda y las nalgas. Ella gimió, adormecida. Alexander no la había dejado dormir más que unas pocas horas; era insaciable. Tan insaciable que le dolía todo el cuerpo. ¡Era todo amor y pasión! Una vez había superado el miedo a lo desconocido y a no estar a la altura, ella había disfrutado. Muchísimo. Alexander la había tranquilizado. Le encantaba hacer el amor, y se lo había demostrado de muchas formas distintas. Ella no se había quedado atrás. Ella misma le había preguntado qué debía hacer para darle placer. Él se había reído, luego la había besado apasionadamente y después le había confesado que, al principio, no se había imaginado a Lizzie así, tan atenta. Le gustó mostrarle cómo debía acariciarlo. Le enseñó lo que le gustaba que le hicieran a un hombre. Dejaron que el deseo aumentara más y más, y luego se unieron de distintas maneras. Al final, el cuerpo de su marido no tenía ningún secreto para ella.

Con un inmenso esfuerzo, sacó la cabeza de debajo de la almohada y captó la mirada de Alexander, que fijaba sus ojos en ella. Con toda seguridad habían dejado su huella en las sábanas blancas; una huella que atestiguaba que habían consumado su unión. Las velas estaban apagadas desde hacía horas y el fuego de la chimenea se había extinguido, pero la luz del alba que se filtraba por la contraventana le permitía distinguir sus magníficos rasgos. Una vez más, Lizzie se preguntó qué quería expresar esa mirada insistente. A veces, Alexander la desconcertaba; otras, tenía la sensación de comprenderlo como si se conocieran desde siempre.

Retiró un mechón de pelo de su hombro y la besó.

—¿Estás dolorida, *leannan*?[1]

Lizzie le devolvió una sonrisa resplandeciente. Estaba feliz, como nunca lo había estado en toda su vida, y todavía no se creía su suerte de casarse con un hombre como Alexander MacLeod, un hombre tan… No encontraba las palabras para describirlo. Sin duda, Jeanie no conocía a los hombres o, al menos, no a los adecuados. Alexander tenía todo lo que una mujer podía desear: la técnica, la pasión, el fuego…Por no decir que la besaba con un instinto sobrehumano.

—Tengo la sensación de que me ha pasado por encima una carreta cargada de heno, pero creo que sobreviviré.

Alexander frunció el ceño. Dado su carácter fogoso, probablemente no entendiera las burlas, pero ella tenía ganas de divertirse. La noche que acababan de compartir los había acercado: habían reído mucho, se habían acariciado, abrazado y, finalmente, unido en la pasión. Ya eran cómplices en un deseo desenfrenado.

—Una carreta cargada de heno… Fíjate… —replicó él mientras le mordisqueaba el hombro —. Es la primera vez que me comparan a un objeto tan útil, ¡aunque poco erótico!

—¡Era una broma! Esta noche, tu fogosidad y erotismo han quedado patentes, mi señor; y he adorado cada minuto de la noche que acabamos de compartir. De hecho, me ha parecido demasiado corta.

Alexander la atrajo contra sí y Lizzie colocó la cabeza sobre su hombro. Le acarició el pelo y

las manos. ¡Era tan tierno! Podría quedarse allí siempre, ronroneando y dejándose acariciar por las fuertes manos que tanto placer le habían dado.

—Yo también lo he disfrutado, *leannan*, y habrá muchas más, te lo prometo.

—Eso espero…

No pudo evitar entristecerse e inquietarse ante lo que el futuro les deparaba.

Los dedos de Alexander detuvieron las caricias por un breve instante.

—No pensemos en mañana, mi amor, y disfrutemos del presente.

Sacudió la cabeza al borde de las lágrimas.

Fatiga, sin duda.

—Ahora solo quiero una cosa —dijo él, tras un largo momento de silencio, con una voz grave y solemne.

Lizzie se incorporó. Alexander la observó intensamente; tanto es así que su corazón no supo coordinar el ritmo de sus latidos. Ella fue incapaz de responder: tenía un nudo enorme en la garganta.

Acarició su mejilla con ternura.

—Hacerte feliz.

Tuvo la íntima convicción de que no era lo que quería decir, pero que no quería alarmarla innecesariamente.

—Oh… Alexander —gimió Lizzie emocionada—. Sé que me harás feliz. Ya lo has hecho esta noche. En cuanto a mí, debo asistirte en todo cuanto pueda.

Él se incorporó.

—¡Eso está hecho! Te mostraré los libros de cuentas. Tendrás total libertad en lo que concierne al hogar. Teresa te enseñará.

—Oh, hablando de eso, mi querido esposo, ¿puedo poner a Katel a mi servicio? Me gustaría tenerla cerca; le encantan las plantas como a mí. Creo que su sueño es convertirse en curandera. ¿Puedo hacerte una pregunta? —añadió, un poco nerviosa. Cuando lo estaba, tendía a convertirse en un remolino de palabras.

—¿Por qué no le he dado permiso a Ewen para casarse con ella? Creo que lo sabes, mi amor.

—¿Por una alianza?

—Claro, ¿qué si no? Nuestro rol es el de conservar nuestro apellido. No hablo de tener más poder; eso no me interesa lo más mínimo. Solo hablo de la posibilidad de vivir felices y con total libertad.

—Lo comprendo, esposo mío, y puedo entenderlo. Pero se aman desde siempre —insistió ella —. Si Craig contrajera un matrimonio de conveniencia algún día, ¿podrías liberar a Ewen de esta presión?

—No lo sé, Lizzie. Todo depende de cómo se desarrollen los acontecimientos, supongo.

Saltó de la cama y comenzó a vestirse con uno de sus viejos *kilts* y una camisa limpia que cogió de uno de los sillones de su estancia. Apoyada sobre un codo, Lizzie lo miró, fascinada. Se moría por su cuerpo.

Alexander se sentó en la cama y se puso las botas.

—Nos veremos a primera hora de la tarde. Aprovecha para descansar, lo necesitas.

Se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Esta noche todavía te quiero para mí.

—Y yo a ti, solo para mí…

Si la noche iba a ser idéntica a la que acababan de compartir, Lizzie estaba de acuerdo; lo

quería todo con él.

—Pero esta vez te dejaré dormir…

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Un poco, al menos! —añadió mientras le dirigía una mirada ardiente—. Y me parece bien lo de Katel. Evidentemente, haz lo que te parezca mejor. Tienes toda mi confianza —afirmó antes de salir.

Lizzie sonrió hacia el cielo y se dejó caer sobre la espalda con los brazos en cruz. Estaba molida, pero feliz: su esposo acababa de decirle que confiaba plenamente en ella, y su noche de bodas había sido mucho más que un arrebato de pasión. Tuvo ganas de que la mañana pasara rápido para ver de nuevo a su marido. Pero algo le apenaba: ¿qué quería decir la angustia que había absorbido los ojos de Alexander hacía tan solo unos minutos? A veces parecía tan distante, tan… ofuscado. Lizzie esperó que no hubiera pensado demasiado en su primera mujer durante su noche de frenesí. No tuvo esa impresión, pero ¿cómo podía saberlo? Maddie lo era todo para él, y que no hubiera tocado a una mujer desde su muerte revelaba hasta qué punto la amaba y no deseaba a otra persona. En eso también veía lo diferente que era a otros hombres, como su tío o Campbell, que consideraban a las mujeres como simples objetos de placer o para gestar herederos en su vientre. Dicho eso, quizá debería concebir un hijo de su *laird* lo más rápido posible. Entonces, a ojos del clan, su unión sería perfecta y habría esperanza.

***

Lizzie durmió dos horas más y se despertó llena de energía. Como anhelaba descubrir cuál era su papel como mujer del *laird*, saltó de la cama. Quería saberlo todo, aprender y conocer a su nuevo clan para ayudar a Alexander tanto como pudiera.

Se lavó usando el agua de la jarra colocada sobre una pequeña mesa cerca de la ventana, que vació en un recipiente de cerámica fina y que resultó estar agradablemente perfumada. ¡Alexander había pensado en todo! ¡Era un amor! Recorrió con los ojos los detalles que la noche anterior no había podido apreciar, por la fascinación que le habían suscitado el fuego de la chimenea y las velas, al igual que la mirada de su amante. Esa mirada… Le confería al *laird* una luz tan intensa y salvaje que sintió perder la cordura. La había seducido hasta no poder contenerse. Al lavar sus partes íntimas, recordó los vaivenes de su marido. Ella no pensaba que hacer el amor con un hombre pudiera ser así de increíble; pero, una vez más, quizá fuera cuestión del hombre y del interés que este mostrara por dar placer a su mujer. Ella se preguntó si tardaría en quedarse encinta, si la naturaleza seguiría su curso o si les haría falta meses para concebir un hijo. Quizá podría hablar de todos esos misterios femeninos con Teresa. Eran muy afines, y le tenía el aprecio que solo se reserva a una madre. Las lágrimas inundaron sus ojos. Le hubiera gustado que su madre todavía estuviera en el mundo para que fuera testigo de su felicidad y la aconsejara; pero, por desgracia, la vida había tomado otra decisión por las dos. Estaba acostumbrada a sacarse ella misma las castañas del fuego. Era avispada y tenía mucha fuerza de voluntad. ¡Lo conseguiría! Y no quería pensar ni por un instante en nada que no fuera su esposo y su nuevo rol en el clan. Así, nada —ni siquiera la guerra— podría acabar con su buen humor. Esa maldita guerra parecía inevitable y, por ello, su clan debía prepararse.

«Cada día es ya lo suficientemente doloroso» —le había dicho Alexander.

Se puso una de sus camisas, que le llegaba a mitad del muslo, y abrió la cortina delante de la ventana para dejar entrar los rayos de sol. Se quedó allí un momento, con el rostro alzado ante el

cielo azul, que solo estaba manchado por unas pequeñas nubes blancas. El día prometía ser bonito. Sacó las sábanas arrugadas, cubrió el colchón y acomodó las almohadas con unos toquecitos. Cogió la de Alexander y hundió la nariz en ella. Una extraña emoción la inundó. Sonrió, presa de un hermoso sueño, y salió de la estancia para meterse en la que ocupaba hasta el día anterior para ponerse algo de su ropa. Luego llevó sus pocos efectos personales a la habitación de su marido —que ahora también era *su* habitación—, dejó la ropa sobre el respaldo de un sillón, su libro en la mesita de noche y su peine en la mesa cerca de la jarra de agua. Así, ella aportaba un poco de su personalidad, un toque femenino, a una decoración tan masculina.

No dejó de sonreír mientras bajaba a las cocinas, donde ya olía a pan caliente y los sirvientes se apresuraban. Se acercó a Teresa y Katel y las besó. Sin duda no era el comportamiento de una mujer del *laird*, pero a Lizzie le daba igual: quería a esas dos mujeres que la habían aceptado desde el principio y la habían acogido. Ellas nunca la habían considerado una enemiga. Contaba poder seguir siendo su amiga. Esperaba que ellas sintieran lo mismo y que su nueva condición en el seno del clan no modificara su actitud hacia ella.

—Alexander está de acuerdo para que estés a mi servicio —dijo a Katel—. Pero ¿sabes lo que me gustaría?

—No, mi señora, dígame…

Su mirada color añil parecía reunir las estrellas.

—Que conozcas las plantas que curan. Nos iría bien tener a nuestra propia curandera. Me tranquilizaría mucho si un día tengo que traer un niño al mundo, porque la más cercana está a varias horas a caballo. ¿Qué me dices?

—¡Digo que me ha hecho el mejor regalo del mundo, señora! —gritó Katel—. ¡Acepto encantada!

Se giró hacia Teresa, que las observaba con lágrimas en los ojos mientras se secaba las manos en el delantal que tenía atado a la cintura.

Katel le saltó a los brazos.

—Mi sueño siempre ha sido el de convertirme en curandera… Dios mío… Tengo la sensación de estar soñando…

Luego comenzó a sollozar y Teresa la meció, mientras dedicaba a Lizzie una mirada de agradecimiento. «Gracias» —susurró con una voz casi imperceptible y llena de emoción. Su nieta tenía la oportunidad de cambiar su condición y de hacer lo que realmente amaba. Ahora tendría que organizarse. Había pensado que quizá Katel podría vivir durante un tiempo con la curandera para aprender su arte y ella misma podría llevarla bajo escolta, por supuesto, puesto que dudaba de que Alexander la dejara salir de la fortaleza sin vigilancia. Si bien es cierto que Katel estaría lejos de Ewen, esta sería una situación transitoria, y quizá eso fuese lo mejor para los dos. Vivir con la presión constante de tener que ver al otro —sin poderse amar libremente— debía de ser una tortura para ambos. Katel siempre tenía los ojos rojos y eso la entristecía. Cuando volviera, habría tiempo de ponerle solución.

Lizzie reprimió sus pensamientos oscuros en cuanto a su futuro antes de dejarlos florecer. Por el momento, tenían que seguir adelante.

Teresa apartó a Katel, y esta se secó las lágrimas que caían por su rostro.

—¿Qué puedo hacer mientras tanto, mi señora? —preguntó.

—Me gustaría que te ocuparas de mis vestidos. Están en la estancia del *laird*.

—Si me trajera algún tejido, podría confeccionar alguno yo misma; o coger los de la señora Helen para hacerlos a su medida.

—Oh, sí. Es una idea excelente. Pediré permiso a mi marido, pero no creo que suponga ningún inconveniente. Coge los más bonitos. Ya veremos lo que podemos hacer con ellos.

—¡Ahora mismo!

Se quitó el delantal que tenía ceñido la cintura y salió con una sonrisa en los labios.

—Acabáis de hacerla muy feliz, señora.

—Yo también lo estoy. Me gustaría que todos fuerais igual de felices que yo.

—Lo éramos, hasta que los MacDonald vinieron a aniquilarnos por primera vez.

No había expresado su pensamiento con malas intenciones, pero el corazón de Lizzie se tensó.

—Lo sé…

—Discúlpeme, mi señora. Estoy divagando —se apresuró a decir la doncella, que había percibido su malestar—. No es su culpa. Pensaba en voz alta; eso es todo. Espero que un día volvamos a ser igual de felices que antaño.

Lizzie le tomó la mano y la apretó.

—Lo seremos, mi querida Teresa. Me esforzaré por que así sea: te lo prometo.

—¡Bien! Supongo que ahora quiere regentar el hogar como le plazca.

—¡Para nada! ¡Te dejo hacer lo que quieras!

—¿Está segura?

—¡Claro! El castillo está magnífico, y no quiero cambiar nada. Continúa como lo hacías hasta ahora. Es perfecto. Podríamos, sin embargo, hablar sobre las reservas y quizá comprar ciertos víveres. Pero me temo que…

Lizzie intentó no ir más allá para no explorar un futuro incierto.

Los días que venían estaban cargados de incertidumbre. No podían permitirse comprar lo que fuera; harían lo que pudieran con lo que tenían.

—Mientras esperamos, ¿me enseñas a hacer tu deliciosa tarta de puerros?

—¡Por supuesto!

Teresa le tendió un delantal limpio y pasaron una buena parte de la mañana cocinando las tartas que servirían para la comida del mediodía, y también unas cebollas y pan fresco que los hombres tomarían en la sala común cuando llegaran. Solían parar un momento para coger un trozo de pan y una cebolla; y luego volvían a sus labores. No se reunían hasta la noche y, a veces, no estaban todos. Solo estaba la familia del *laird* y los más cercanos, quienes se sentaban en la mesa colosal que Lizzie ya conocía. Los sirvientes y los demás cenaban en la cocina.

Cuando terminó, Lizzie cogió una manzana y salió al patio con la idea de ir a dar una vuelta por los jardines para coger flores que decorasen las estancias del castillo. Se sentó en el borde del abrevadero y contempló a los hombres entrenar con una sonrisa en los labios. Dos días antes había estado en ese mismo lugar con la intención de escapar, pero ahora todo era distinto: su vida había dado un giro inesperado y nada en el mundo la haría marcharse de ahí. Jamás dejaría a Alexander, quien se había convertido en el objeto de todos sus deseos y —se atrevió a reconocerlo— quien la hechizaba más de la cuenta.

Cuando lo vio llegar a caballo, seguido por Murtag y Flynn, su corazón dio un salto.

Él bajó de su montura antes de que se detuviera y, cuando vio a Lizzie, se dirigió hacia ella. Su espada chocaba con su pierna a cada paso que daba. La joven se puso de pie, pero la expresión de su rostro le impidió emitir ningún sonido.

¿Qué le pasa, maldita sea?

Se abalanzó sobre ella y comprendió de inmediato lo que estaba sucediendo. Y no le disgustó. ¡Al contrario! La tomó de la mano y ella lo siguió hasta el lateral del edificio, hasta una puerta

que él abrió para hacerla pasar por un pasillo y llegar a otra sala: la bodega. Cerró la puerta detrás de ellos. El corazón de Lizzie latía con fuerza cuando la atrajo hacia él y tomó sus labios con una autoridad que la enloquecía.

—Te deseo. ¡Ahora!

Esas palabras prendieron la llama de su entrepierna. Las horas que habían pasado lejos el uno del otro habían exacerbado sus sentidos, así que se dejó hacer cuando el *laird* le hizo dar la vuelta, inclinarse hacia delante para que se apoyara en los sacos de grano y le levantó la falda. Tras algunas caricias que le hicieron morir de impaciencia, se levantó el *kilt* y la penetró de un golpe de caderas, con un gemido lleno de felicidad. Le agarró los senos, mordió su hombro y le hizo el amor tan apasionadamente que ella no pudo contener sus ganas de gritar de placer. Se hundió en ella, todavía más ardiente y desenfrenado, una vez tras otra e hizo que se corriera. Fuerte. Tan fuerte que tuvo la impresión de caer en un pozo sin fondo. Su placer motivó el de Alexander, que se corrió a su vez con la misma violencia. Ella sintió su semilla derramarse en el interior de su vientre y se estremeció, extasiada. El orgasmo fue distinto a todos los que había sentido la noche anterior; tan intenso que hizo que se tambaleara. Su marido la agarró con fuerza y se quedaron así varios minutos: él la rodeó con los brazos y fijó los labios en su espalda, donde le había mordido con pasión, y ella con las manos en los antebrazos de su marido, a los que se había agarrado con fuerza mientras la penetraba. Luego su marido sacó el miembro de su cuerpo y ambos recuperaron el aliento. Pero Alexander no la soltó. La estrechó contra él y le dio un beso en el cuello.

Lizzie se giró.

La necesidad imperiosa que se había apoderado de su marido se había disipado. Ahora parecía más tranquilo.

Tomó su mano y besó sus dedos.

—Gracias por todo este placer, mi amor. No podía pensar en otra cosa durante el camino de vuelta; te deseaba hasta tal punto que me dolía.

—¡Lo he sentido! Ha sido… distinto a la noche anterior. ¿Por qué?

Habían decidido contárselo todo y no tener ningún secreto que pudiera separarlos. Además, Alexander le estaba descubriendo el mundo del amor y el sexo, y Lizzie quería saberlo todo. Le gustaba entender, y más de una vez ambos estallaban en carcajadas cuando ella le hacía preguntas, a menudo sorprendentes.

—No lo sé, necesitaba hacértelo fuerte, salvaje. Verás, Maddie era de constitución delgada, y le gustaba dulce y suave. Pero por lo que pude constatar ayer, parece que a ti te gusta intenso, fogoso. Debo reconocer que me gusta mucho dejarme llevar contigo y que compartamos las mismas ganas.

—Estoy contenta de que me hables de Maddie —respondió Lizzie con una voz áspera—. Y muy contenta de que lo que vives conmigo sea diferente a lo que habías conocido con ella.

Alexander deslizó una mano por su mejilla, con ternura, y Lizzie no pudo evitar buscar ese tacto, así que apoyó el rostro en su palma.

—Así es —dijo él con una mirada penetrante—, me haces infinitamente feliz. Ha sido maravilloso. Y también ha sido diferente para mí, aunque ignore el motivo.

Abrió la boca y la cerró inmediatamente.

Lizzie deslizó el brazo alrededor del cuerpo de su marido y colocó la cabeza contra su torso. Le estaba costando recuperarse después de ese torbellino emociones, pero la inquietud de su esposo era algo por lo que preocuparse.

—Puedes contarme lo que sea, Alexander. Estoy aquí para apoyarte.

—Lo sé —respondió y luego le besó en la cabeza.

Por primera vez desde que se conocían, notó que vacilaba.

¿Qué me esconde?

Le había hecho el amor apasionadamente y se habían deleitado juntos, pero… había algo que le molestaba y ella quería saber qué era.

Lizzie levantó la cabeza y clavó su mirada en los magníficos ojos esmeralda de su marido.

—¿Habéis tenido problemas? ¿Cómo va la defensa?

Le besó la punta de la nariz.

—No, eso va bien. Y tú, ¿qué has hecho? —preguntó él para cambiar de tema.

Lizzie le dedicó una sonrisa radiante. Quería que olvidara sus problemas un momento, al menos durante el tiempo que compartía con ella.

—¡Ahora soy la dama de este castillo, así que me he dado una vuelta y también he hecho tarta de puerros!

Alexander la estrechó contra él.

—¿Vas a demostrarme tus artes culinarias?

—¡Para nada! —soltó ella, divertida—. Le he pedido a Teresa que me enseñe. Espero que no encuentres mi tarta demasiado insípida.

—Estará deliciosa, estoy seguro; igual que tú, mi vida…

Posó dulcemente los labios sobre los de ella.

—Es más, me muero de hambre. ¿Tú no?

—¡Sí! Nuestro encuentro me ha abierto el apetito, mi querido esposo.

—Te propongo ir a comer algo; más tarde, mirar los libros de cuentas y luego bañarnos en el lago para… satisfacer otras necesidades. ¿Te parece bien?

—¡Perfecto! Me alegra ver que el resto del día te tengo todo para mí. ¿Has podido hacer lo que querías hacer?

La apretó contra su sexo. La deseaba nuevamente.

—Sí, los herreros avanzan bien. Estoy satisfecho.

—¿Me dirás lo que tienes previsto?

—Yo…

—Sé que crees que la guerra no es cosa de mujeres —interrumpió Lizzie ante la actitud vacilante de su marido—, pero quiero que sepas que siempre me he sentido mejor en un campo de entrenamiento o en la silla de un caballo que en una cocina.

—Eres una mujer un tanto peculiar, mi amor, ¿lo sabías?

Le pareció escuchar orgullo en su voz.

—Y… ¿eso te gusta?

—¡No sabes cuánto!

La besó con tal vehemencia que ella olvidó al instante que, una vez más, no había respondido a su pregunta. Pero ella no estaba desesperada por obtener respuestas a todas sus inquietudes. Lizzie era paciente. Todo llegaría a su debido tiempo, y sabía cuándo: tumbados en la cama, en la intimidad de su habitación o cuando lo tuviera entre sus muslos… si es que encontraban la fuerza para hablar en esos momentos.

Eso no le impidió sonreír y escuchar a su hombre cuando este le mostró sus reservas. La bodega rebosaba de víveres y, al igual que en el lugar en el que habían hecho el amor hacía escasos minutos, había sacos de grano y barriles de *whisky* y vino. Todos venían de las tierras del

dominio, que estaban llenas de recursos; el *laird* recibía un porcentaje de lo que crecía o se producía. El clan podría haber prosperado si no se hubieran visto obligados a reconstruir casi todo, después de que las tropas de su tío se hubieran comportado como vándalos y hubieran saqueado los cultivos y los pueblos que habían cruzado para llegar hasta allí. Intentó tranquilizarse. El fuerte podía aguantar, al menos por un tiempo.

Minutos más tarde, Alexander se sentaba a la mesa de la sala común y Lizzie le servía la tarta que había preparado con tanto amor. Ella rio cuando le mostró el corazón que había dibujado en el plato con el filo del cuchillo para diferenciarlo de los otros. Él cortó un trozo, lo pinchó con el cuchillo y se lo llevó a la boca. Lizzie contuvo la respiración. Alexander masticó un momento, sin que la menor expresión delatara sus pensamientos.

¡Qué exasperante podía ser a veces!

Ella golpeó el suelo con el pie, impaciente.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Mmm… No sé qué decirte, me cuesta decidirme…

—¿Tan malo está? —preguntó ella, herida en su orgullo.

Él frunció el ceño y Lizzie hizo lo mismo, esperando su veredicto.

—¿Dónde puedo vomitar? —preguntó de repente, metiendo la mano en la boca y poniendo los ojos en blanco.

¡Cómo se atrevía! ¡No iba a salirse con la suya! ¡Había dedicado mucho tiempo y mucho amor propio para hacer esa tarta!

—¡Cómo osas! ¡Debería retarte a un duelo por tal infamia!

Él tragó y estalló en carcajadas ante su aire digno. ¡Su cabeza estaba en juego! Ella iba a lanzarle un comentario mordaz, pero entonces él la agarró de la mano, la atrajo hacia él y la colocó sobre sus rodillas. Deslizó su nariz por la piel de su cuello, olió su pelo mientras acariciaba su muslo y recorría con la otra mano las curvas de su mujer.

—¡Estoy de broma, señorita! ¡Es perfecta! Igual que tú…

—¡Exacto! ¡Has hecho bien en rectificar! —le respondió ella mientras le devolvía una mirada de complicidad.

Se aclaró la garganta. Luego su cara palideció cuando vio entrar a dos de sus hombres. La agarró por la cintura cuando ella quiso saltar de sus piernas. Uno de los guardias se inclinó en gesto de reverencia.

—Discúlpeme, mi *laird*, pero tenemos un problema.

—Habla, por favor.

—Una tropa armada ha penetrado en nuestras tierras. Sin duda son los MacDonald.

—Siempre tan oportunos… Aprovecharé, pues tengo un mensaje para su señor.

Alexander le besó la punta de la nariz a Lizzie.

—Lo siento, *leannan*, tengo que dejarte.

—No pasa nada, mi señor. Iremos a bañarnos cuando vuelvas.

—No me esperes, no volveré hasta la noche.

—Oh, entonces…—Se inclinó y le susurró en la oreja—: Despiértame para que pueda darle la bienvenida que se merece a mi intrépido caballero.

—Lo haré, mi señora —respondió él de la misma forma. El aliento en su cuello hizo que se estremeciera—. Estoy impaciente por volver y dejar que me estreches entre tus brazos.

Cuando Lizzie, desde lo alto de la muralla, vio a Alexander salir de la fortaleza acompañado de una pequeña tropa, supo que su corazón no estaría en paz mientras su valiente esposo

estuviera lejos de ella. Rezó para que volviera pronto. Y con vida.

[1] N. de la T. En gaélico escocés, «cariño».

14

Tardaron varias horas en encontrar las huellas de los indeseables, que descubrieron al borde de un río. Las monturas descansaban y no había centinelas que estuvieran ojo avizor. Sus hombres estaban en lo cierto. Sus tartanes verdes dejaban ver que eran del clan MacDonald. Algunos, con el torso desnudo, se refrescaban y vertían jarras de agua en el dorso del otro. Hacía un calor terrible.

¿Tan seguros estaban de su poder que se permitían no cubrirse las espaldas? ¿Acaso creían que trataban con ignorantes? ¿O con una panda de ineptos? ¡MacDonald debía creer que estaban perdidos! Pero su excesiva confianza solo les traería problemas. Los MacLeod no estaban acabados; más bien, aguardaban pacientemente para perpetrar su venganza. Solo que ellos no podían saberlo. Al fin y al cabo, no había habido intrusiones desde hacía cinco años.

Habían pasado tres días desde que había mandado su misiva a MacDonald. No podía haber enviado a sus hombres todavía. Debían de estar buscando a Lizzie por todas las *Highlands*, completamente ajenos a que en realidad estaba en sus tierras. Aun así, la situación había cambiado: se había convertido en su esposa.

Iba a mandar un mensaje a ese malnacido.

Bajaron de sus monturas, las ataron a los árboles y se acercaron sin hacer ruido. Los MacDonald estaban compuestos por casi una decena de hombres. Ellos eran solo cuatro, pero el efecto sorpresa jugaría en su favor.

Alexander desenfundó su hoja de hierro y, al grito de ¡*Hold fast*[1]!, se abalanzó sobre sus enemigos, seguido por sus hombres. Los MacDonald estaban completamente desprevenidos. Tan solo unos cuantos reaccionaron de inmediato y corrieron a su encuentro, emitiendo gritos de rabia. Los MacDonald que se aventuraron a luchar entonaron su propio grito de guerra —«*Per mare per terras*»— mientras los otros huían. Alexander se giró y vio que el primero arremetía sobre él. Le atravesó el torso con la espada. La retiró y el otro cayó muerto al suelo.

—¡Necesitamos a uno vivo! —gritó mientras mataba a un segundo de un golpe asestado en el pecho, sin piedad alguna.

Su ira llegaba hasta tal punto que le impedía dejarlo con vida. Tras ver que los demás adversarios habían caído bajo las hojas de sus hombres, hirió en la pierna al único MacDonald que todavía se mantenía en pie. El hombre cayó sobre su rodilla y alzó el rostro, aterrorizado, hacia él. En sus ojos se leía el pavor ante el golpe fatal que acabaría con su vida. Estaba tan seguro de que le iba a cortar la cabeza que se cagó encima.

El hedor de sus calzones llegó hasta Alexander y sus hombres, que les habían rodeado para contemplar la escena. Todos estallaron en una carcajada sonora.

—¡Los MacDonald son menos valientes que tiempo atrás! ¿No son capaces de mirar a la muerte a los ojos cuando se acerca el momento? —se mofó Murtag.

Los demás rieron.

Alexander se mantuvo impasible. Soñaba con matarlos a todos, pero tenía una misión para el único superviviente.

—Le dirás a tu señor que me he casado con su sobrina —ordenó con voz dura—. Ahora es mía. Si la quiere, que venga a buscarla él mismo. ¡Ahora, lárgate!

Quizá perderían una guerra inevitable, pero eso no le impediría desafiar a MacDonald para que la rabia le consumiera cuando se enterara de que su heredera era la esposa del *laird* del clan enemigo.

El otro se levantó, pero su pierna, magullada, cedió y cayó al suelo. Los MacLeod rieron, pero ninguno le echó una mano. Ver sufrir a un MacDonald era demasiado placentero. Su víctima avanzó varios metros a cuatro patas, y se llevó con él su pestilencia. Cuando se sintió a salvo, se puso de pie, recuperó el caballo, subió con dificultad y huyó campo a través.

Los hombres de Alexander cavaron un agujero y arrojaron en él los cuerpos desnudos, que luego recubrieron de tierra. Otros clanes no se dignaban a enterrar a los muertos, y dejaban que los cuervos se comieran su carne, pero Alexander se negaba a ello. El hecho de ser enemigos no implicaba que no pudieran tener una sepultura decente. Los MacDonald no pensaban de igual modo, ni mucho menos por ellos, pero valían mucho más que esos salvajes.

Los *kilts* y los *plaids*, resquicios del clan enemigo, alimentarían el fuego de la chimenea; las crestas, los hornos de los herreros, que los usarían para forjar sus propias armas. También aprovecharían los *ghillies* para fabricar otros zapatos para los niños. Guardaron la ropa y el calzado en las alforjas de los caballos, tomaron las riendas y Alexander montó en el suyo. Ya era hora de volver. Quería ver a su joven esposa. En unas pocas horas, Lizzie, con su generosidad y amor, había ocupado un lugar especial en el corazón del *laird*, y su deseo por ella se había convertido una necesidad. Ella era el aire que respiraba. Perderse en la calidez de su cuerpo y poder besarla con fuerza le hacía sentir lo que nunca había sentido. Jamás tendría suficiente. Había dicho la verdad: nunca se había vinculado a Maddie de esa forma tan… apasionada. El cuerpo de su mujer lo volvía loco de deseo; *ella* lo volvía loco de deseo: su belleza salvaje e indomable, la rebeldía de su ser. No quería compararlas. Maddie formaba parte de él y estaría en su corazón hasta que exhalase su último aliento, y no podía negar lo que había sentido —y aún sentía— por ella. Pero Lizzie le gustaba de una forma perenne.

Agradeció al cielo el haberla puesto en su camino.

Al cielo y… a Ewen. Era algo que no iba a olvidar…

***

Cuando llegó a su habitación era muy tarde, y Lizzie dormía profundamente. Se había puesto una de sus camisas, seguramente para tener algo que le recordara a él. Al haberse movido mientras dormía, la camisa había subido hasta su cintura y mostraba sus nalgas, unas nalgas suntuosas, redondas y firmes. Lizzie tenía un cuerpo magnífico, hecho para amar. Sus senos eran del tamaño justo de las palmas de sus manos, y ella siempre estaba tan receptiva a sus caricias y se dejaba tocar con una tal confianza que sus pezones se erguían con el mínimo roce. Un juego delicado en el que ella buscaba provocarle.

La luz de las velas se reflejaba en su piel blanca, y la mirada del *laird* no podía despegarse del cuerpo de su amante.

La observó, contemplando cada milímetro de su piel. Su corazón sufrió una extraña sensación, algo abrupta, un cosquilleo que, por primera vez, no reprimió. Ella estaba tan tranquila… Parecía estar disfrutando tanto de su sueño que no se atrevió a despertarla. Se acostó y se pegó a ella y a su cálido cuerpo. Luego pasó un brazo por alrededor de la cintura de su esposa y se durmió con

una sonrisa en los labios.

[1] N. de la T. Grito de guerra que, históricamente, se atribuye al clan MacLeod y que significa algo similar a «unidos ante la adversidad».

15

Pasó un mes sin que tuvieran noticias de los MacDonald. Alexander le había contado a Lizzie el incidente con sus adversarios, que había acabado con la victoria de los MacLeod, así como una advertencia incontestable. Otros les habrían cortado la cabeza y se las habrían enviado al enemigo en sacos de yute, y habrían abandonado los cuerpos a su suerte, carne de carroña. Alexander, que había crecido en las *Highlands* y estaba acostumbrado a la violencia, tenía un carácter humano del todo inusual en un *laird*. No le gustaba matar por matar: solo mataba para defenderse; a lo sumo, para defender aquello sobre lo que reinaba: las tierras y su clan. Combatía por las memorias de sus ancestros y por la confianza que su padre había puesto en él. Peleaba por su familia, y no había elección: era bien sabido que, si no matabas, te acababan matando a ti. Era la ley que imperaba en las *Highlands*, donde los clanes se destruían unos a otros, como en un ciclo perverso que llevaba en marcha décadas, generación tras generación. El único objetivo de esta pugna sanguinaria era obtener más riquezas y más poder, puesto que se decía que, cuantas más tierras, más recursos. Y más recursos conllevaba mayor lugar y oportunidad para darle a su clan el ambiente próspero que merecía.

***

Una mañana, Lizzie sintió náuseas. Tuvo el tiempo justo de salir de la cocina, donde ayudaba a Teresa en la preparación de las tartas como todos los días, para ir a vomitar en el patio en cuanto cruzó el umbral de la puerta. El esfuerzo sobrehumano que le provocó la arcada la dejó sin aliento. Afortunadamente, los hombres se habían ausentado para reforzar la vigilancia en la muralla y nadie la había visto, por lo que su malestar pasó desapercibido. Pero era el momento de contarle a su marido lo que había comprendido hacía ya unos días. No quería que le llegara el rumor de las malas lenguas; quería anunciárselo en persona y ver su reacción.

¿Estaría feliz? ¿Y si el hecho de que esperara un bebé le recordaba el sufrimiento asociado a su primera mujer y su hijo? Alexander le había contado —con las palabras justas— lo que creía conveniente de su pasado, y le había hecho prometer que no volverían a hablar de ello. Quería olvidar, pero a menudo, muy a menudo, sus ojos se perdían en una lejanía remota y parecía angustiado. ¿Era el recuerdo de lo que había perdido lo que todavía le acechaba o era la guerra que estaba por venir? Una guerra de la que no conocía ni el inicio ni el final, y que definitivamente lo tenía con los nervios a flor de piel.

Teresa se acercó para acariciarle la espalda y darle una manzana. Lizzie se incorporó y fue hasta el abrevadero. Se lavó la boca con el agua de la lluvia que este contenía y se sentó en el borde. Estaba temblando pese a que hacía mucho calor. A pesar de que su malestar persistía, mordió la manzana con la impresión de que debía comer algo para calmar los dolores de su estómago. No había probado bocado desde hacía un par de horas.

Teresa le dedicó una magnífica sonrisa y ambas cruzaron miradas.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó la doncella.

Lizzie tomó un poco de agua en su mano y se mojó la frente, las mejillas y la nuca. Desde hacía varios días tenía sofocos constantes.

—Desde hace poco. No le digas nada a mi marido, Teresa, por favor. He pensado en decírselo hoy. ¿Crees que se alegrará?

—Claro que sí, mi niña. ¿Cómo puede dudarlo? ¡La descendencia es la mayor alegría para un hombre!

—¿Y si es una niña?

Su rebeldía resurgió: lo importante no era tanto servir a su propósito de mujer, sino que su bebé naciera sano y que el parto no acabara con su vida, como sucedía con muchas pobres mujeres; Maddie, sin ir más lejos. Hizo una plegaria silenciosa para que todo fuera bien. Era de naturaleza confiada, pero entre la espera ante la invasión inminente de sus tierras por las tropas de su tío, la determinación de Alexander de no detenerse hasta haberlos aniquilado de una vez por todas y la futura llegada del bebé, no conseguía encontrar las razones para calmarse.

Sí, claramente Alexander preferiría un hijo, como todos los hombres; pero estaba segura de que, si era una niña lo que estaba por venir, la querría igual. No era un hombre como los demás, y eso es algo que él le demostraba cada día, y ella daba gracias al cielo por ser tan feliz.

—Creo que para nuestro señor lo importante es que ambos sobrevivan.

—Yo también lo creo, mi querida Teresa. ¡Ah, allí está!

Se levantó y corrió para lanzarse a los brazos de su esposo, que la estrechó con firmeza. Vio por el rabillo del ojo que los hombres que lo acompañaban se daban codazos y se reían gentilmente de ellos al pasar por su lado. Que el *laird* y su mujer se besaran delante de otros no era lo apropiado, pero a Alexander le daba igual. Cuando tenía ganas de estrecharla entre sus brazos y mostrarle su amor, lo hacía. No le había dicho que la quería, pero su llama y su pasión, que eran más intensas a medida que pasaban los días, le bastaban. De la misma forma, el amor que ella sentía por él aumentaba en su corazón día tras día, a veces parecía ahogarla. Era un amor tan febril que creía morir cuando se iba por la mañana, y su corazón se paralizaba cuando aparecía tras varias horas separados, como en ese momento. Entonces, ella no podía evitar correr hacia él y saltarle encima. Al igual que su esposo, tenía la sensación de que su amor y su complicidad eran contagiosos. El clan parecía haber resurgido de sus cenizas. La esperanza renacía y la alegría volvía a florecer, un claro reflejo del estado de ánimo del señor del lugar, que volvía a ser feliz —al menos en apariencia. A pesar de la amenaza que se cernía sobre ellos, los miembros del clan pasaban el tiempo sonriendo, dándose palmadas en la espalda, felicitándose. Las parejas se formaban a su alrededor, los jóvenes se daban la vuelta para admirarlos. En definitiva, flotaba en el aire un dulce perfume de amor.

—Hay algo muy importante que tengo que contarte, mi amor —dijo Lizzie tras haber respondido a los besos de Alexander con pasión.

Él se puso serio de repente.

—¿Que me quieres?

—Sí, Alexander MacLeod, te quiero. Y no lo digo por cómo me haces el amor. Ya te dije que lo sentía…

La primera vez que ella había gritado que lo quería estaba al borde del orgasmo. Alexander le había hecho el amor con tanto fervor que ella había roto a llorar, y le había reconocido que estaba enamorada de él. Todo por un impulso del corazón que no pudo contener. Una oleada del sentir que hizo vibrar todo su ser.

Esta vez, se lo decía con tranquilidad, mirándolo a los ojos.

Alexander acarició su rostro con los ojos brillantes. Estaba conmovido y emocionado, lo veía. Entonces, ¿por qué no decía las palabras que ella deseaba oír con toda su alma? ¿Por qué no estaba todavía preparado para abrirle su corazón? Se había jurado ser paciente, pero a veces dudaba de si algún día sentiría eso por ella. Su corazón pereció, sin duda, el día en que perdió a su esposa y su bebé, y se había prometido no volver a amar. Porque, sí, amar significaba sufrir; Lizzie lo había descubierto y se daba cuenta cada segundo de su existencia, porque temía perder al hombre al que amaba.

Se había prometido ser cariñosa y paciente para integrarse en su familia y para que su matrimonio con buen pie. Pero comenzaba poco a poco a comprender que se trataba de algo más que eso. Alexander había acabado contando con ella para más cosas de las que podría haber imaginado. Nadie había confiado en ella hasta tal punto, y estaba aterrorizada ante la idea de que la guerra pudiera llevárselo. Ahora solo veía un futuro a su lado, juntos, y con el bebé que crecía en su vientre. Quería compartir cada hora del día y la noche con su marido; quería acariciarlo, abrazarlo, hacerle olvidar, sostenerlo con todas sus fuerzas. La mayor parte del tiempo lo conseguía, y su sola presencia parecía calmarlo. Y a él le parecía que tenía el mismo efecto sobre ella, puesto que ella nunca se había sentido más en casa que con él, en ese clan que la había acogido con los brazos abiertos.

Con las manos sujetando su rostro, Alexander besó los labios de su mujer.

—Gracias, *leannan*. Me alegra oírlo y…

La joven mujer esperó a lo que seguía, pero como sucedía a menudo, Alexander no siguió hablando. Se contentó con mirarla intensamente, como si quisiera grabar sus rasgos en su memoria o buscara respuestas a las preguntas que él todavía se hacía. Luego, se lanzó a sus labios con tanta fiereza que ella se estremeció. Todavía no le había entregado su corazón, pero a veces la miraba con tal vigor que ella no sabía qué pensar; las palabras parecían atemorizarlo.

Guardándose sus lamentos para no forzarle a reconocer sus sentimientos, Lizzie continuó:

—¿Te gustaría comer cerca del lago, mi señor? —propuso, usando «mi señor» para provocarlo, como hacía a menudo—. Nos podríamos bañar y… relajarnos, también. Hace muy buen día.

—No tengo mucho tiempo, pero siempre encuentro un hueco para mi preciosa mujer. Nos encontraremos en la sala de los guardias.

Lizzie asintió. Alexander le besó la punta de la nariz y se alejó.

***

—¿Un poco más de tarta?

Estaban al borde del agua. Alexander había comido con apetito, mientras que Lizzie se había contentado con un solo bocado. El olor a legumbres le revolvía el estómago y sentía que su corazón se desbocaba.

—No, gracias, estoy lleno —respondió su marido—. Esta tarta estaba deliciosa, gracias. ¿Qué querías decirme que era tan importante?

Lizzie rehuyó su mirada para contemplar el lago. El sol, todavía cálido a inicios de septiembre, reflejaba en la superficie y la obligaba a entrecerrar los párpados. De repente, le habían entrado unas ganas irreprimibles de dormir.

—¿Y si antes nos bañamos? —preguntó ella sin girar la cabeza, reprimiendo un bostezo.

Alexander se acercó y puso una mano sobre su rostro para obligarla a mirarlo.

—Dime lo que te preocupa, mi amor.

—¿Por qué piensas que estoy preocupada?

—No estás como siempre.

—¡Solo estoy cansada! Tengo un marido fogoso y las noches de sueño se me quedan cortas.

Solían discutir con tranquilidad. De sus enfrentamientos cotidianos nacía la pasión y, a menudo, acababan haciendo el amor tras sus disputas. Lizzie, aunque un tanto consumida por la ansiedad, decidió no romper su dinámica habitual.

Se pondrá contento ante la noticia de ser padre —no dejaba de repetirse ella.

La besó en el cuello, le mordió el lóbulo de la oreja, que luego lamió con desenvoltura, y lo dejó tan húmedo que a Lizzie se le escapó un gemido de placer.

—Es porque me atraes mucho, mi amor —murmuró él—. No puedo resistirme a tus encantos. O, mejor dicho, no quiero resistirme a ellos.

Buscó sus labios, y ella se los entregó. Sin dejar de besarla, deslizó la mano bajo su vestido y la empujó dulcemente para que se tumbara. Acarició su feminidad, que ya estaba lista para acogerlo. El deseo lo invadía, pero antes de dejarse llevar, tenía algo que decirle.

Respiró y tomó coraje:

—¿Alexander?

—¿Mmm? —respondió él sin dejar de besarla y acariciarla.

La penetró con sus dedos, haciendo que se arquease y gimiese. No podría hablar si se dejaba llevar por el placer, pero era demasiado bueno, y no quería que él se detuviera. ¡Nunca! Ella lo deseaba, quería hacer el amor con él. Lo deseaba a todas horas.

Alexander sacó los dedos de su feminidad.

—Colócate sobre mí.

Su voz, ligeramente ronca por el deseo, la hizo estremecer. Le encantaba cuando le ordenaba y se mostraba falsamente despiadado. A veces se divertía desafiándolo. Sus cuerpo a cuerpo se habían convertido en una lucha. Eran un juego de poder que los llenaba de deseo por unir sus sexos. En ese momento, ella no tenía ganas de luchar, quería sentir el miembro de Alexander dentro de ella. Devorada por la tentación, levantó su falda y se colocó a horcajadas sobre él. Apartó el *kilt* de Alexander con deseo y, mientras él sostenía su pene erecto, ella lo colocó en su interior, con dulzura, hasta sentirlo en el fondo de su vientre. Luego ambos se dejaron llevar por el placer.

***

—Estoy esperando un hijo —dijo Lizzie con calma, como si no fuera nada, mientras hacía pequeños círculos en el vientre de su marido, al que había desnudado en el momento más álgido de su pasión.

Hacía ya varios minutos que descansaban el uno en brazos del otro, jadeantes, tras haberse corrido como nunca. Lizzie se había sentido más… apasionada que de costumbre, más receptiva a las caricias de su marido, más… hambrienta. E incluso más exigente.

La mano de Alexander, que le acariciaba el pelo, se inmovilizó. Lizzie levantó la cabeza para observarlo. Hundieron los ojos en el otro, y liberaron la pesadez de sus almas. Y, de repente, ella vio una pequeña lágrima que brotaba del ojo de Alexander y luego caía por su mejilla. Ella se conmovió de tal forma que sus labios temblaron.

—Oh… Mi amor… —murmuró él, quien parecía emocionado.

Deslizó la mano por su nuca y la atrajo hacia él para besarla, lleno de gozo, y apretó sus labios con todas sus fuerzas. Con las manos sobre su torso, Lizzie sintió su corazón latir desbocado bajo sus dedos, igual que latía el suyo.

—¿Estás contento? —preguntó ella cuando soltó sus labios.

Una sonrisa radiante disipó las dudas de Lizzie.

—¡Mucho! —acabó diciendo—. Nada podría hacerme más feliz.

Un atisbo de ansiedad asomó en sus ojos, justo antes de tumbarse de nuevo sobre ella y besarla, más y más, sin dejar de repetir hasta qué punto ella lo hacía feliz y cómo esa noticia lo llenaba de alegría y orgullo. Entonces, lo comprendió: temía por ella. No había dejado de temer por ella. Pero como a todos los hombres, no le gustaba mostrar sus debilidades ante nadie, y era demasiado orgulloso para reconocerlo. Quizá para no darle más importancia y para forzarse a ser fuerte ante cualquier circunstancia, puesto que, si ella fallecía, ¿qué le quedaría?

Todos necesitaban a un *laird* valeroso y exento de dudas.

Le había repetido muchas veces que se iba a centrar en el presente, y el presente, en realidad, era su relación y esa pequeña criatura que ahora habitaba en ella.

Hicieron el amor con la energía que solo da una buena noticia. Luego se bañaron en el lago y sintieron la frescura del agua, y una vez en tierra, Lizzie acabó durmiéndose en los brazos de su marido, que la sostenía entre sus brazos, vencido por sus emociones.

16

La espera duró aún un mes más, hasta que por fin los rumores llegaron a los oídos del *laird*. Fue como un puñetazo en el pecho. Lizzie estaba tan ocupada con sus labores cotidianas, con la gestión de su dominio, con su gente y su embarazo que había acabado olvidando que los hombres soñaban con ponerle la mano encima y destrozar el que se había convertido en su clan.

En tres o cuatro días, las tropas de su tío llegarían a sus puertas: un buen centenar de hombres que, gracias al clan de Campbell, se habían unido a las filas de los MacDonald. El viajante que les hizo saber la noticia no había visto otros tartanes más que los de esos dos clanes. Alexander esperaba que los Kinkaid no fueran a la guerra en el bando contrario, dado que, en ese caso, estarían rodeados. Pero nada era seguro. Su exsuegro, tan volátil y propenso a la avaricia que le provocaban sus ganancias, podría traicionarle a la primera de cambio…

Desde que había descubierto la noticia, había mandado a Craig a Edimburgo para hablar con el rey James. Incluso aunque Alexander lograra que otros se adhirieran a sus tropas, aunque levantaran murallas, colocaran trampas y armasen a todo el mundo, sus esfuerzos no serían suficientes. Solo el rey podía ayudarlos y salvarlos. Sabía que su soberano detestaba estas guerras entre clanes que diezmaban a sus súbditos, pero las *Highlands* eran así. Los *lairds* eran incapaces de llegar a un acuerdo. La rivalidad era inevitable, y la codicia de ciertos clanes los condenaba a desaparecer de la faz de la Tierra. Eso es lo que casi habían conseguido los MacDonald la última vez que se habían presentado en sus tierras: exterminarlos. Habían tenido mucha suerte de salir vivos.

Alexander dudaba de que esta vez tuvieran la misma suerte, y estaba de un humor de perros. Parecía un alma lúgubre y circunspecta.

Solo se relajaba cuando estaba entre sus brazos. Sin embargo, algo había cambiado; la pasión estaba ahí, acariciaba su vientre con ternura, pero estaba constantemente preocupado. Aun así, se esforzaba por mantener la confianza, por animar a todo el mundo y no dar cabida a la desesperación, y Teresa lo ayudaba tanto como podía. La doncella había accedido a que Katel fuera enviada con una curandera, para que aprendiera su arte, y había decidido que las mujeres y los niños se refugiaran en los sótanos, guiados por Angus y Teresa.

Los hombres en edad de combatir vigilarían la fortaleza.

Tendrían que defender el lugar hasta que Alexander y Craig hubieran llegado, confiando en que el último hubiera convencido al rey para intervenir en el conflicto, luchando a su lado. Craig argumentaría que Campbell deseaba su trono para que el monarca reaccionara. Alexander esperaba que su hermano lo consiguiera; era su única esperanza.

Estaban listos.

Lizzie, cerca de su marido, contemplaba desde lo alto de la muralla la luz del alba sobre el páramo, esperando que en cualquier momento apareciesen las tropas enemigas. Imaginaba la escena: los hombres saldrían de la espesura del bosque para desplegarse en una fila cuyos extremos sería difícil vislumbrar, y esperarían órdenes de su superior con un aire amenazante. Algunos irían a caballo, pero la mayoría iría a pie.

Lizzie se giró para observar a los hombres de su clan, preparados en el patio interior de la fortaleza. Habían cerrado y reforzado las puertas y estaban vestidos para la guerra: espadas en mano, parecían listos para combatir. Se podía escuchar el vuelo de una mosca. Nadie hacía el más mínimo ruido, salvo por algún carraspeo puntual. Igual que su marido, llevaban un peto de cuero para proteger su pecho, un casco y un cinturón ancho que sostenía sus *plaids*. Alexander también había mandado fabricar mangas con púas. Él mismo llevaba una en su brazo izquierdo, que le serviría para cortar la piel del enemigo, o para clavar los pinchos en el cuello de su adversario mientras la mano derecha sostenía la espada asesina.

Su corazón se tensó.

La espera, tras varias horas, se volvería inaguantable.

Alexander pasó un brazo por detrás de la espalda y le besó el cabello.

—Tienes que unirte a los demás, *leannan* —le pidió mientras la acercaba a él.

—Iré en el último momento, Alexander. No hay prisa. Todavía no están aquí.

—Lizzie, ya lo hemos hablado —reprobó entre dientes.

—¡Cierto! Pero he decidido quedarme cerca de ti, en mi lugar. No tengo miedo.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de su marido.

—¿Por qué no me sorprende?

—Quizá porque empiezas a conocerme, mi señor.

—La espera puede ser larga —dijo tras un momento de silencio, que le sirvió para volver a la realidad de la situación.

Se había propuesto hacerla cambiar de opinión.

—¡Lo sé! Pero no me alejaré de ti.

Ella dejó que su mirada vagara por el páramo.

—No haré nada imprudente, te lo prometo. Solo quiero estar aquí para apoyar a nuestros hombres y también a ti.

—Como se te ocurra ponerte en peligro, te lo advierto: te cargaré en mi espalda y te llevaré al sótano a la fuerza.

—Muy bien, mi señor, lo haremos así. Pero mientras esperamos… —Se inclinó y le susurró —: Estás muy guapo de guerrero. Y te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo.

Necesitaba decírselo. Era una necesidad que brotaba de lo más profundo de su ser. Tenía mucho miedo de perderlo. A él y a toda la vida que había acabado construyendo aquí y que la hacía tan feliz. No sabía si conseguiría sobrevivir si perdía todo aquello.

La besó y la estrechó contra él sin dejar de observar el bosque con atención. Lizzie cerró los ojos y se dejó mecer por su esposo. Aspiró su olor, el que tanto le gustaba, y la reconfortaba.

Lo había organizado todo. Todos estaban preparados. Según Alexander, las tropas llegarían por la mañana. Si podían aguantar hasta el día siguiente, estarían a salvo. Había previsto que primero intervinieran los arqueros; que hicieran ataques breves, que mataran al mayor número posible de enemigos y que se retiraran tras los muros. Tras la llegada de los arqueros, sus hombres cerrarían las puertas. Él lideraría el combate. Lizzie lo había visto manejar la espada: estaba más que capacitado para ello. Sus ataques eran vigorosos y rápidos y parecía infatigable. Confiaba en él. Todo el mundo confiaba en él. Los había salvado una vez, y volvería a hacerlo.

Sí, necesitarían un día y una noche. Y cada hora era un tesoro.

El tiempo pasó sin que los enemigos aparecieran. Para su mala suerte, empezó a llover. La lluvia inundaría la tierra y dificultaría el combate. Lizzie, a pesar de su coraje, sintió que le ganaba la rabia. Había hecho buen tiempo hasta ese día y ahora tenía que llover… Justo en ese

momento… ¿De quién se reía el destino? Gritó de desesperación. La lluvia minaría la moral de los hombres.

De repente, un hombre salió del bosque. Uno de sus hombres. Cabalgaba a toda velocidad, tumbado sobre su caballo, con una flecha clavada en la espalda.

—¡Abrid las puertas! ¡Rápido! —gritó Alexander.

Corrió y bajó la escalera de piedra para unirse a su guardia que, tan pronto como llegó al patio interior, se precipitó de su montura. Los hombres evitaron que cayera al suelo y lo llevaron a refugio donde otros, habituados a este tipo de heridas, le retirarían la flecha y se ocuparían de él.

Viendo la expresión en el rostro de Alexander cuando se volvió hacia ella, supo que el hombre acababa de morir. Fue un hombre valiente, pues tuvo el coraje de avisarlos aun cuando su herida era mortal.

—¿Son muchos?

—Sí, Lizzie, me temo que sí —suspiró Alexander—. Más que nosotros, en cualquier caso.

Lizzie le tomó la mano y los dos observaron el bosque, de donde venía el peligro. Por el momento, todo estaba tranquilo, excepto por la lluvia que caía sin apenas hacer ruido, pero que los calaba hasta los huesos. A Lizzie le costaba imaginar que en unas horas el páramo bajo ellos se transformaría en una fosa común.

—¿Cuándo los tendremos aquí?

—No le ha dado tiempo a decírmelo, pero dentro de poco, imagino.

—¿Los hombres están listos?

—Tanto como pueden, *leannan,* —respondió Alexander con la voz ronca—. Confío en ellos, lucharán hasta el final.

—Lo sé…

La espera le ponía enferma.

La perspectiva de la cruenta batalla que sucedería en su propia casa —así como la idea de tener que encerrarse en un sótano— era intolerable; tenía la sensación de ser enterrada en vida. Que Alexander se pusiera en peligro le provocaba náuseas. Que pudiera dar su vida en combate le quitaba la respiración. Que esos hombres que se habían convertido en su familia pudieran morir le hacía perder toda esperanza. Sin embargo, ella estaría ahí, mirando. Y sufriría con ellos. Cada hombre caído se llevaría un trozo de su corazón; pero tampoco quería estar en ningún otro lado más que en esa muralla, rezando con todas sus fuerzas para que salieran victoriosos.

Fue en ese instante cuando oyeron los sonidos de las gaitas.

Están llegando.

Lizzie apretó la mano de su marido con brío y, juntos, miraron a los caballeros que salían del bosque y formaban una línea recta, con una figura reconocible en el centro: Campbell. Su tío se encontraba a su lado. Luego los soldados de a pie se colocaron ante ellos. Serían ellos los primeros a los que enviarían Campbell y su tío; después, a los caballeros. Lizzie pensó que eran menos de los que había imaginado, pero efectivamente más numerosos que ellos. Su corazón se retorció de angustia.

Miró a su esposo. Tenía los ojos puestos en sus enemigos y no parpadeaba. Vio que su mandíbula se contraía. Sin duda, estaba evaluando sus posibilidades de victoria. Ella esperaba con todo su corazón que Dios estuviera con ellos y que las trampas funcionasen para diezmar a una parte de ellos antes de que llegaran a la fortaleza.

Esperaron unos largos minutos, pero ningún caballero avanzó para solicitar hablar.

Habían venido a luchar y no para llegar a un acuerdo. No iban a negociar. Querían la guerra y

la batalla tendría lugar a toda costa.

Alexander giró la cabeza y sus ojos se fundieron en una mirada de pesar.

—Tengo que dejarte, *leannan.* Prométeme que te pondrás a salvo si la cosa va mal.

Lizzie se lo prometió y se acercó a él conteniendo las lágrimas. Tenía muchas cosas que decirle, todo aquello que convertiría en una carga por no habérselo dicho antes, pero le faltaba saliva para articular palabra y el pavor se había apoderado de ella. Se apartó hacia un lado y, mientras él acariciaba su mejilla sin dejar de mirarla, ella percibió que todo lo que él quería decirle, pero no era capaz en ese momento. Luego, murmuró:

—Vuelve.

—Te lo prometo.

Le dio la espalda y, con el corazón encogido, Lizzie lo vio alejarse.

Minutos más tarde, ya estaba sobre su caballo. Mientras, en la frontera del bosque, los hombres continuaban formando una fila, como si esperasen intimidarlos por su número.

Alexander se puso frente a sus hombres.

—¡MacLeod! —gritó para que todo el mundo pudiera oírlo—. La hora de nuestra venganza ha llegado. Todos los que estáis aquí perdisteis a alguien hace cinco años, ¡y os juro que hoy esos malnacidos de los MacDonald lo van a pagar!

Los hombres de MacLeod elevaron los puños y gritaron, listos para la batalla.

—¡Son muchos, pero no vencerán! Mientras yo viva, ¡jamás un MacDonald o un Campbell entrará en esta fortaleza! —gritó él, levantando su espada—. ¡Muerte a los MacDonald! —gritó, y Lizzie sintió que unas lágrimas caían por sus mejillas.

Los hombres respondieron con el mismo fervor. Sin duda los gritos se escucharon por todo el valle. Lizzie sintió escalofríos por todo el cuerpo.

Llevó la atención hacia sus enemigos y su vientre se tensó cuando vio a Campbell alzar su espada como respuesta a los gritos de Alexander. Él también soltó un grito de guerra y sus hombres lo siguieron, cabalgando como demonios. Contuvo la respiración: se acercaban a las trampas que habían disimulado con follaje, invisibles, asesinas…

Los primeros cayeron dentro y se empalaron por los pies. Se escucharon gritos. Los siguientes, empujados por los demás, no pudieron evitarlas y, pronto, las fosas se llenaron de cuerpos. Los heridos gritaban mientras otros caían y se apilaban sobre ellos. Alexander había dejado un paso entre las fosas donde algunos habrían tenido la suerte de caer.

—¡Arqueros! —gritó una voz sobre la muralla.

Alexander, esperando esa señal, gritó a su vez, y las puertas de la fortaleza se abrieron. Se aventuró, espada en mano, pronunciando un fuerte «*Hold fast!*», el grito de guerra del clan, y seguido de Ewen y sus hombres. Una ola de flechas alcanzó la línea enemiga, justo antes de que Alexander se cerniera sobre ellos para acabar con los que resistían. Su espada hirió la carne del adversario, cortó varios miembros. Bajó del caballo para terminar el combate en el suelo. Lizzie, con las manos cerradas sobre su pecho y el corazón desolado, intentaba no perderlo de vista. Lo vio dar vueltas sobre sí mismo, hundir su espada en los cuerpos mientras su manga se clavaba en otros de ellos. Ewen, a su lado, no descansaba y luchaba con rabia.

Cuando Alexander escuchó el ruido de los cascos, gritó y todos se retiraron. Lizzie vio con horror cómo su tío y Campbell se dirigían al páramo seguido por otros jinetes. No detuvieron sus caballos, que pasaron por encima de los cuerpos de sus propias tropas, amontonados en las fosas. Campbell gritó y levantó el puño: Alexander había conseguido volver a montar a caballo y atrincherarse en la fortaleza con sus hombres. Los enemigos que los seguían fueron asesinados

sin piedad. Las trampas habían funcionado y el ataque de Alexander había sido un éxito: pocos enemigos seguían con vida.

Los supervivientes subieron el páramo sin prestar atención a los cuerpos de los miembros de sus propios clanes en el campo de batalla. Campbell hizo lo mismo. Tras haber proferido todo tipo de amenazas, se apresuró en su montura y partió para reunirse con Georg, quien le esperaba en la frontera del bosque. Allí, se giraron hacia la fortaleza. Sin una escalera, jamás podrían acceder. Acababan de sufrir su primera derrota y los MacLeod, su primera victoria.

Lizzie se arremangó el vestido y se apresuró hasta la escalera.

Quería abrazar a su marido con todas sus fuerzas. Luego ya vería lo que podía hacer para ser útil.

17

Tan pronto como pudieron, y después de que Lizzie hubiera ayudado a Teresa con los heridos, mientras que Alexander planeaba la siguiente estrategia, ambos se asomaron a la muralla para observar al enemigo. Los MacDonald establecían su asentamiento cerca del bosque y se preparaban para el asedio. Les habían traído víveres y armas en carros. A pesar de contar con recursos, se habían topado con los altos muros de la fortaleza. Todo un obstáculo. Alexander acababa de ganar la primera batalla, pero no podía subestimar a sus enemigos. No intentarían nada esa noche, pero estaba seguro de que esperaban la llegada de otras tropas.

Sí, el clan había salido victorioso en el primer combate, pero la guerra estaba lejos de haber terminado.

Lizzie y Alexander llegaron a su habitación, donde ella le dio un baño. Se ocupó de él, intentando que olvidara las horas que acababan de vivir. Había perdido a pocos hombres en esa primera batalla, pero sabía que pronto habría muchas más bajas. Por suerte, no habían herido a Ewen; solo tenía algún que otro rasguño. Alexander tampoco estaba herido, pero tenía el cuerpo cubierto de moretones y, aunque no se quejara, era evidente que sufría. Se le escapó alguna mueca de dolor al sumergirse en el agua caliente de la tina; pero tras unos minutos, pareció conseguir relajarse. Con los ojos cerrados, dejó que su mujer le tratara con delicadeza; se durmió durante unos pocos segundos y se despertó de un sobresalto.

Se incorporó y se pasó las manos por el rostro.

—¡Maldición! Me he visto en la fosa, bajo todos esos cuerpos.

—¿Tienes remordimientos? —preguntó Lizzie con voz dulce al ver la expresión de su rostro.

—¡No! La guerra no es agradable, estoy acostumbrado, y ellos habrían hecho lo mismo en mi lugar. Lo que me molesta es no poder salir para dar una sepultura decente a los que han muerto. Dudo que tu tío, y todavía menos Campbell, se hagan cargo de ellos.

Salió de la tina y, chorreando, la atrajo hacia él.

—Pero yo estoy aquí contigo, mi amor —susurró mientras la besaba en el cuello—. Y quiero amarte entera… Ahora. Como nunca.

—Yo también —murmuró ella a su vez—. He tenido tanto miedo de perderte… Quiero sentirte vivo.

La agarró por debajo de las nalgas y la colocó en la cama. Hicieron el amor, entregándose en cuerpo y alma, y ella no pudo hacer otra cosa que agradecerle al cielo el haber protegido al hombre al que amaba.

***

La noche fue tranquila. Lizzie consiguió dormir unas horas, sola, ya que Alexander había vuelto con sus guardias. Debía estar en pie de guerra; no era el momento de relajar la vigilancia. En cuanto despertó, se apresuró para volver a la muralla. La lluvia había dejado de caer y los cuervos surcaban el cielo, volando en círculos, dispuestos a repartirse la carne humana que nadie

se había preocupado por enterrar. Se quedó sin aliento cuando vio todos los cadáveres amontonados. Afortunadamente, no hacía calor; sino el hedor hubiese sido insoportable.

Sintió una mirada sobre ella y miró hacia el patio.

Alexander la observaba. Cuando sus ojos se encontraron, él hizo un gesto con la cabeza y retomó la conversación con sus hombres. Lizzie no sabía qué habían planeado. Tan solo le constaba que tenían que ganar tiempo hasta que Craig se uniera a ellos con su pequeña tropa y —esperaba— con el ejército del rey.

¿Habría aceptado socorrerlos el rey James? ¿Había conseguido su cuñado que se uniera a su causa?

Alexander y ella se habían casado ante los ojos de Dios y de los hombres; su matrimonio era legal. Campbell no tenía ninguna razón legítima para intentar lo que fuera, y en ningún momento se había formalizado el compromiso con Lizzie. Su único deseo era conseguir las tierras de los clanes, uno detrás de otro, aunque tuviera que quemar todas las *Highlands* en el proceso; y eso era algo que el rey de Escocia no podía tolerar. Craig había matizado que no tenía ningún derecho sobre ella, pero Campbell había querido imponerse y gritar a los cuatros vientos que era pariente de Robert the Bruce, quien había luchado contra la dominación inglesa. Si James VI no iba con cuidado, podía convertirse en una amenaza para él. Más valía que hubiera distintos clanes en una continua trifulca que uno solo que uniera a todos los *highlanders*.

Como era evidente que no iba a pasar nada esa mañana, Lizzie decidió ir a la cocina para mantenerse ocupada; la espera y el saber que sus enemigos estaban acampados ante sus puertas le hacía pensar más de la cuenta. Se moría de ganas de ir a ver a Alexander para que la tranquilizara, pero no haría más que molestar. «¡La guerra no es cosa de mujeres!» —le había dicho de nuevo la noche anterior.

¿Por qué todo el mundo pensaba eso? Ella le había mostrado su forma de pensar: quizá la guerra no fuese cosa de mujeres, pero eran ellas las que sufrían la atrocidad de sus consecuencias, por lo que estaba decidida a luchar, a defender a su clan y a recurrir a las armas si era necesario. Pero esto último era algo que no le había mencionado a su marido.

***

—¡Han pedido hablar! —gritó Flynn al entrar en la cocina. Parecía nervioso—. ¡Huele a tregua!

Flynn estaba radiante, pero Lizzie no terminaba de creérselo.

De repente, un oscuro presentimiento hizo que se estremeciera.

¡Era una trampa!

Se apresuró a salir, pero entonces vio a Alexander cruzar las puertas con sus dos hombres. Cuando los líderes de los dos bandos se reunían, había una regla inquebrantable: los *lairds* no podían ser acompañados por más de dos guardias. Alexander había escogido a Murtag y a Will.

Lizzie subió a la muralla para ser testigo de la reunión desde la lejanía del castillo. Se le encogió el corazón en el pecho y le costó respirar al ver a Alexander acercarse a Campbell, quien le esperaba frente a las tiendas acompañado de dos hombres, entre los cuales estaba su tío. Lo había reconocido sin problemas por su envergadura y su característica postura corporal. ¿Qué quería Campbell? ¿Tenía la intención de negociar su derrota? ¿O de proponer a Alexander una alianza ofreciéndole compartir las *Highlands*? Todo era posible: era tan fácil forjar una alianza como quebrantarla. Pero Lizzie seguía sin confiar. Ese hombre era el diablo.

Alexander saltó de su montura y se acercó, con la mano posada en su espada.

Desde donde estaba, Lizzie creyó ver el brillo de una hoja en el bosque. Entrecerró los ojos, esperando distinguirlo mejor, y le pareció que… Sí, ¡había hombres escondidos en el bosque! Hombres dispuestos a lanzarse sobre Alexander bajo la orden de Campbell.

¡No podía quedarse sin hacer nada!

Tenía que intervenir, intentar algo…

Corrió hasta el patio, montó en un caballo y se dirigió hacia las puertas. Flynn, sin creerlo, agarró la brida de su montura.

—¿Dónde va así, mi señora?

—A unirme a mi esposo. ¡Ábreme las puertas!

—¿Cómo dice? —contestó él, desesperado.

—¡Es una orden, Flynn! ¡Rápido!

Viendo que dudaba, Lizzie añadió:

—¡Soy la mujer del *laird*! En ausencia de mi marido, todos me debéis obediencia. ¡Abre! ¡La vida de tu *laird* está en juego!

—¡Entonces déjeme acompañarla!

Lizzie aceptó. No había tiempo que perder.

Flynn hizo una señal con la cabeza a los guardias de la puerta, que la abrieron sin oponer resistencia. Lizzie emprendió su camino mientras rezaba para que no fuera demasiado tarde. Era una locura, lo sabía, pero tenía que advertir a Alexander de lo que había visto. Debía avisarlo, en cualquier caso, y quizá ganar un poco más de tiempo.

Cruzó las fosas por el estrecho paso que Alexander había construido para ese efecto intentando no mirar hacia abajo, donde yacían todos los cuerpos que allí se amontonaban. Gritó para advertir a Alexander del peligro que corría y de la trampa en la que había caído por la vileza y la duplicidad de esos traidores que no tenían palabra ni honor. Entonces, vio a los hombres salir del bosque y acercarse para atraparlo por detrás. Y ella estaba demasiado lejos para que la oyese. Contempló, pues cómo lo atacaban sin poder hacer nada. Aunque había reaccionado y se había defendido muy bien, Alexander fue desbordado por el gran número de asaltantes. Lizzie gritó cuando vio caer a Murtag y a Will, a los que habían herido de gravedad, y no pudo contener una rabia cuando Alexander apoyó una rodilla en el suelo, también herido.

¡No, no, no!

Volvió a gritar cuando Campbell elevó su espada, dispuesto a decapitarlo. Al escuchar su grito, Campbell elevó los ojos y bajó lentamente su espada. No podía creer lo que veían sus ojos. Dio una orden y, de repente, Flynn recibió un flechazo que lo agarrotó en su silla. La punta lo había atravesado.

¿Daría Campbell la orden de abatirla a ella también?

Lo dudaba. Necesitaba que estuviera viva si quería las tierras MacDonald. Debía aprovechar esa ventaja. Tragándose las lágrimas de rabia, giró la cabeza y, cuando vio a Flynn caer al suelo, apretó los dientes para no dejarse llevar por la pena y continuó su cabalgada. Esas criaturas sarnosas pagarían por todo el mal que estaban causando.

Campbell la esperó con la punta de su espada clavada en el suelo. Lo que le importaba a Lizzie era que, por el momento, había renunciado a matar a Alexander. Este último estaba de rodillas, inmovilizado por los guardias, que tiraban de sus brazos hacia atrás. Intentaba liberarse, pero era en vano. Lizzie sentía el corazón desbocado al ver que no podía moverse. ¡Estaba a la merced de esos cerdos!

Unos soldados le frenaron el paso para evitar que se acercara a Campbell. Aceleró a su

montura y gritó que no dudaría en pasarles por encima y pisotear sus cabezas con el casco. Quería hablar con su señor. Ese último les ordenó dejarla pasar. Cuando llegó hasta él, este tenía una sonrisa cruel en los labios. A pesar de que su corazón latía sin tregua porque no podía dejar de pensar que ella también estaba en peligro, no se arrepentía de lo que estaba haciendo.

Bajó del caballo y se dirigió hacia Campbell. Su tío, al lado de ese malnacido, también tenía una sonrisa en los labios y comprendió que no la iba a ayudar de ningún modo. Su mirada se cruzó con la de Alexander. Este luchó por deshacerse de las manos que lo retenían de rodillas y con la espalda arqueada hacia el suelo.

—¡Lizzie, no! ¡Te prohíbo que intervengas! —exclamó él con un tono autoritario.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver en qué estado habían dejado su rostro. Una de sus cejas había cedido ante los golpes y la sangre le caía por la mejilla el cuello. A pesar de eso, todavía tenía la voluntad de desafiar a Campbell, que miraba a su esposo con todo el odio del que era capaz. Su tío seguía riendo.

—¡Es a mí a quien quieres, Campbell! ¡Suéltalo y aceptaré ser tuya!

Alexander le ordenó que callase de nuevo y siguió intentando liberarse, pero Lizzie haría todo lo que pudiera para intentar salvar su cabeza.

Campbell aplaudió:

—Bonita demostración de cariño, preciosa. Pero ¿qué me impide matarlo y tomarte aquí mismo, sobre la tierra mojada?

Se dirigió hacia ella y, rápido como un rayo, le agarró la garganta.

—Pequeña zorra sucia, ¿quién te crees que eres para chantajearme? —soltó, enfurecido.

Su aliento apestaba a carroña.

Lizzie retuvo las lágrimas y los gemidos de dolor y puso las dos manos sobre el antebrazo que la estrangulaba. Nunca debería haberse acercado tanto; sabía lo peligroso que era Campbell. Había presumido de su fuerza y de su posición para negociar y él haría que se arrepintiera. Su tío volvió a reír. Parecía que le divertía cómo se desarrollaban los acontecimientos. Había fracasado intentando salvar la vida de su esposo, y además, ahora estaba en manos del cerdo que quería destruirla.

Gimoteó al notar cómo Campbell apretaba más y más.

Lizzie vio aparecer unas pequeñas lucecitas en sus ojos. Viendo que estaba a punto de desmayarse, Campbell la soltó de una forma brusca. Fue tan súbita que cayó al suelo. Escuchó, de lejos, a Alexander gritar que la dejaran tranquila. Pero Campbell estaba fuera de su alcance, poseído por una furia cegadora. Lizzie soltó un grito ahogado cuando él le dio una fuerte patada en el vientre. Subió las piernas para proteger a su bebé. Rezó para que Alexander no revelara que esperaban un hijo, o Campbell le daría golpes hasta que lo perdiera.

Unas lágrimas le invadieron los ojos.

No quería perder a su bebé; era del hombre al que amaba más que a nada en el mundo.

—¡Maldito seas, desgraciado! —gritó desesperadamente Alexander—. ¡Déjala o juro que te mataré! ¡Te mataré después de torturarte! ¡Tanto que desearás no haber nacido!

Lizzie le suplicó a su vez que dejara a su marido. Pero Campbell se dirigió hacia Alexander.

—¿Estás celoso? ¿Tú también quieres? Levantadlo —ordenó a sus guardias.

Obedecieron y Campbell golpeó a Alexander en el rostro. Luego en el vientre. Luego de nuevo en el rostro. Lizzie sollozaba, sin poder hacer nada, con el alma en pena por ver cómo golpeaban a su marido, probablemente hasta la muerte.

—Detente, lo vas a matar… Por favor… Déjalo. —No dejaba de repetir, llena de lágrimas

mientras zarandeaban a Alexander de un lado a otro.

¿Qué honor había en pegar a un hombre que no podía defenderse?

Pero Campbell no tenía ningún honor.

En ese preciso instante, se escuchó el sonido de un cuerno y el traqueteo de unos cascos. Sorprendido, Campbell elevó la cabeza. Agarró rápidamente su espada y se irguió ante Alexander para asestar el golpe fatal. Sin embargo, una flecha se clavó en su muslo antes de que pudiera actuar. Este dio unos pasos hacia atrás y la retiró. Los guardias se plantaron entre él y Alexander y obligaron al primero a retirarse.

—¡Nos retiramos! ¡Nos llevamos a la mujer! —ordenó a los hombres.

Dejaron a Alexander, que se quedó en el suelo sin poder moverse.

Lizzie intentó ir hacia él, pero los hombres de Campbell la levantaron y se la llevaron con ellos. Ella gritó el nombre de su marido con los brazos hacia él, aterrorizada por no saber si seguía con vida. Gritó tanto que uno de los guardias le dio un golpe en la mandíbula para hacerla callar. Medio desvanecida, apenas se dio cuenta de que la amordazaban, la ataban de pies y manos y la subían a un caballo para partir al galope.

Todo se volvió negro.

Sus últimos pensamientos fueron para Alexander y su bebé. Se moriría de pena si perdía a uno o al otro.

18

Cuando Alexander abrió los ojos, Craig estaba a su lado. Intentó incorporarse en la cama, pero el dolor se lo impidió.

—Lizzie… —dijo con la boca seca—. Tenemos… Tengo que encontrarla… Tengo que decirle…

Craig palpó la frente de su hermano.

—Deja de moverte o la fiebre volverá.

—Me da igual —replicó mientras intentaba ponerse en pie—. ¿Dónde está?

Viendo que no se lo podía impedir, Craig le agarró un brazo y le ayudó a sentarse. Alexander miró a su alrededor. Estaban en una tienda. La última cosa que recordaba era haber escuchado un cuerno y caballos. Y Craig estaba ahí, ante sus ojos.

Lo había conseguido. Le había salvado la vida, como había hecho Lizzie.

Su pequeña furia.…

Cogió el vaso que le tendía su hermano. El vino, fresco y aromatizado, le hizo bien. Se lo bebió de un trago y se miró el cuerpo. Alguien se había encargado de lavarlo y cambiarlo. Le habían untado algún aceite medicinal, porque aún podía oler el aroma de la planta.

Craig tendió la mano hacia el vaso.

—¿Más?

—Sí, por favor… ¿Quién me ha curado? —preguntó tras haber bebido por segunda vez.

—El curandero personal del rey —reveló Craig—. Estamos en una de sus tiendas. Ante la fortaleza MacDonald. Los hemos seguido hasta aquí.

Alexander asimiló la información.

Dios mío, Lizzie… ¿Qué habrán hecho con ella?

—¿He dormido todo el trayecto?

—¡Sí, lo necesitabas!

—¿Cuánto tiempo?

—¡Tres días! ¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Dónde está mi mujer?

—En el interior. Los perseguimos, pero esos malnacidos consiguieron escapar.

Alexander se levantó y puso una mano en el hombro de Craig, conmovido.

—Gracias, hermano. Nos has salvado.

Craig lo tomó entre sus brazos, intentando contener la emoción.

—Cuando vi a Campbell alzar la espada, creí que sería tu fin.

—¿Cómo están Murtag, Flynn y Will? —preguntó ignorando el último comentario de su hermano.

Aunque los recuerdos fueran confusos, recordaba perfectamente haberlos visto caer, a Murtag y a Will, víctimas de una espada; y a Flynn tras ser atravesado por una flecha. Quería asegurarse de que estuvieran bien.

—Flynn vivirá, pero me temo que Murtag y Will han fallecido. Lo siento.

Sintió una gran pena. Los conocía desde siempre, habían crecido juntos.

Se pasó las manos por el rostro.

—¿Y Ewen?

—Lo he dejado en Helen Hall. Todo el mundo está bien ahí.

—Tengo que ir a buscar a mi mujer —añadió mientras se dirigía a la salida.

—Apenas te mantienes en pie, Alex —intentó razonar su hermano.

—No quiero que se quede un minuto más con esos hombres. Tengo miedo de lo que puedan hacerle.

—Campbell no puede matarla si todavía quiere heredar las tierras MacDonald.

No, pero podría golpearla hasta matarla, y hacerle mucho daño —pensó, sin atreverse a verbalizar sus miedos en voz alta.

Como sabía que no iba a hacerle entrar en razón, Craig lo acompañó a la entrada de la tienda.

—Tengo la orden de llevarte ante el rey cuando despiertes. Te espera.

—¡Está bien! —respondió—. Vamos a ver al rey. Tengo que darle las gracias a él también.

Cuando Craig y él entraron en la tienda del rey James, este estaba ocupado comiendo. El rey de Escocia era corpulento, y le gustaba la buena comida; era evidente por su tamaño. Su pelo negro, separado por una raya al medio, aportaba algo de simetría a su rostro, rollizo, con una nariz aguileña y los labios finos. Sobre su cabeza reposaba, como era de esperar, una corona de oro decorada con piedras preciosas. Sus ojos, redondos como platos, le daban un aire sorpresa de constante. Estaba cerca de los cuarenta años, pero el exceso de toda una vida lo habían hecho envejecer prematuramente. Se había casado con Joan Beaufort[1], una noble inglesa con la que había tenido ocho hijos.

—¡Mis queridos MacLeod! Sentaos. Deleitaos con este banquete.

—No puedo, mi rey —respondió Alexander, cada vez más impaciente—. Debo ir a liberar a mi mujer.

James se tomó su tiempo para desmenuzar un trozo de carne con la punta de un cuchillo.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó él con la boca llena.

—No lo sé todavía, pero encontraré la forma.

James hizo un gesto con la mano.

—La voluntad de un rey no es nada en comparación con la de un corazón enamorado. Ve, mi amigo, ¡y sálvala! Me alegrará conocerla después. Esa mujer debe ser excepcional. Según parece, ha arriesgado su vida por ti, ¿no es así?

—Lo es, Su Majestad. Y es portadora de un hijo, el futuro heredero de los MacLeod.

—Oh… En ese caso… ¡Corre! Y mátame a ese Campbell. No quiero oír hablar más sobre él. ¿Cuántos hombres necesitas?

Alexander se sorprendió por la propuesta; un rey no podía unirse a ningún clan ni meterse en sus rivalidades; solo había intervenido en el conflicto porque Campbell suponía una amenaza para su trono.

—Se lo agradezco, señor, ¡pero iré solo!

—Voy contigo —intervino Craig—. Y es mejor que no te niegues. Te cubriré las espaldas.

—Llévate a algunos hombres contigo, MacLeod. Es una orden. Si Campbell se te escapa, nosotros nos encargaremos y te lo cederemos para que hagas con él lo que quieras. Concéntrate en tu mujer.

Alexander agradeció al rey sus palabras y, después de hacer una reverencia, salió de la tienda con Craig a su lado. Juntos, miraron el sol ponerse sobre la fortaleza MacDonald, que se burlaba

de ellos con sus altos muros. Había dormido durante tres días. Se preguntó, con el corazón henchido de sufrimiento, lo que sus enemigos podrían haberle hecho a su mujer durante todo ese tiempo.

—Ewen me habló de una puerta por la que pasaron cuando Lizzie lo rescató —dijo Craig, tras un momento de silencio.

—Demos una vuelta. Encontraremos una entrada. Si es necesario, entraremos por las cloacas.

—¿Estás de broma?

—¡Por supuesto que no! No se lo esperarán.

—¡Eso seguro! Pero si tu mujer vomita al verte, hay riesgo de que nos traiga algún problema. Por cierto, temo que el rey quiera desposarme con su hija pequeña, Annabelle.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó sorprendido.

—No, no explícitamente, pero creo que quiere extender su influencia por las *Highlands*, y para eso tiene que forjar ciertas alianzas.

—Esperemos a ver si vuelve a mencionar el tema y, solo en ese caso, consideraremos la propuesta.

—Hay un problema.

—¿Cuál, hermano?

—¡Que no me quiero casar! ¡Me da igual que sea con una princesa!

¡Eso ya lo sabía!

—Además, tiene un carácter horrible.

Le sonrió a su hermano.

Hablar con Craig contribuyó a disminuir el nudo que obstruía su garganta cada vez que pensaba en su mujer, sola, con los criados del mismísimo diablo. Rezó por poder salvarla, igual que a su hijo. No soportaría perderlos. Pero eso no iba a suceder. No esta vez. No dejaría que nadie le quitara lo que más quería en el mundo. En cuanto a esa alianza real, no le disgustaba. Con el apoyo del rey y de la corte, nadie se enfrentaría a ellos. ¡Sería magnífico para el clan! Craig sabía, igual que Ewen, dónde estaba su lugar; estaría dispuesto a sacrificarse por su clan si era necesario y si él se lo pedía. Cuando la ocasión se presentara, sabría persuadirlo para que aceptara la unión.

El tiempo se le hizo largo hasta que cayó la noche y el cielo ennegreció al fin. Estaba ansioso por pelear y saldar la cuenta que tenía pendiente con Campbell. En unas horas, si todo iba como lo había previsto, ese infame malnacido sería eliminado de la faz de la Tierra. Quizá podrían hacer de las *Highlands* un lugar mejor.

Tenía la bendición real, así que iba a disfrutar de verlo sufrir.

---

[1] N. de la T. En español, Juana Beaufort, reina consorte del Reino de Escocia.

19

—¿No tienes hambre?

Lizzie levantó la vista de su plato para observar a Campbell, sentado frente a ella en la gran mesa de la sala común.

—No, no tengo hambre.

¡Mentira! Estaba muerta de hambre, pero no podía pegar bocado. Ese hombre le daba pavor. ¡Era un monstruo! Tras haberle asestado un golpe en un lugar preocupante, y una vez atada a su caballo, habían cabalgado durante horas con el fin de escapar de los MacLeod y las tropas reales. Luego, había arrojado su cuerpo convaleciente a una carreta que había encontrado un prado. Más tarde, una vez en la fortaleza MacDonald, había ordenado que la bañaran y la vistieran como una princesa, con un vestido dorado con encaje en las mangas que ella detestaba. Lo había hecho desde el primer instante en que lo había visto. Afortunadamente, su vientre —todavía plano— no había levantado sospechas de su embarazo, o Campbell habría hecho cualquier cosa para que perdiera el bebé.

Lizzie había pedido ver a Jeanie nada más llegaran a la fortaleza de su tío, pero le habían respondido que se había ido. Sintió una terrible pena. Jeanie representaba su infancia; una infancia que le habían robado para siempre. A pesar de su rudeza, Lizzie la quería.

Qué pena que no la hubiese entendido… ¿Por qué era tan difícil decirle «te quiero» a quienes la rodeaban? ¿La habrían castigado por haberla ayudado a escapar?

¡Nunca había conocido a un hombre como Campbell! ¿Pensaba que podría persuadirla con un vestido y buenas formas después de haberla golpeado? ¿Por quién la tomaba? ¡No pensaba venderse! Pensó en Alexander. No había dejado de pensar en él desde que se habían conocido. Ella esperaba que hubiera sobrevivido a sus heridas. Campbell se ensañó con él, pero no le había atravesado con la espada y su marido era fuerte y resistente. Su corazón le decía que el hombre al que amaba seguía con vida. Lo sentía: estaba vivo, y haría todo lo que pudiera para liberarla de las garras de sus enemigos. Estaba segura.

La llegada de su tío interrumpió a su carcelero que, justo en ese momento, se disponía a abrir la bocaza para continuar con la conversación.

—¡Me parece que no te había invitado a compartir nuestra cena, Georg!

Lizzie se sorprendió, pero se alegró; era evidente que había cierta animosidad entre ambos. ¿Qué había podido prometer Campbell a su tío para que lo siguiera como un perrito faldero? Debía de ser lo suficientemente interesante como para sacrificar a su heredera y, además, dejarle comportarse como el señor de la fortaleza. Se sorprendió de igual modo al no ver a Alastair.

—¡Que yo sepa, sigo en mi casa! —respondió su tío.

Ah… Por fin saca pecho.

Campbell se levantó y desenfundó la espada.

—¡No por mucho tiempo!

—¿Y eso por qué? —preguntó su tío mientras retrocedía, presa del pánico.

Campbell avanzó lentamente hacia él.

Lizzie dedujo, por su expresión, que se regocijaba al ver el miedo en los ojos de sus víctimas o y de aquellos que estaban bajo sus órdenes.

—Porque no me sirves de nada, Georg…

Lizzie se puso de pie con la respiración entrecortada. Tenía miedo de entender lo que estaba sucediendo.

Tenía que encontrar una forma de escapar de ese loco antes de que la tomara con ella.

Campbell hizo retroceder a su tío hasta la chimenea. Desesperado, este último no dejó de suplicarle que no le hiciera daño. Campbell rio. Luego, horrorizada, vio cómo atravesaba su cuerpo con una espada oxidada. Los ojos de su tío se abrieron de par en par, muerto de dolor. Y, como si no fuera suficiente, el traidor de Campbell agarró su cuchillo y se lo clavó en la garganta. Después, contempló cómo se retorcía hasta que finalmente, murió.

Lizzie no perdió el tiempo viéndole morir.

Rodeó la mesa de la forma más discreta posible. Pero en cuanto se dispuso a dirigirse hacia la puerta, Campbell la atrapó por el brazo y la lanzó contra la mesa. El dolor de su vientre fue tan repentino como insoportable. Lizzie aulló como un lobo, afligida, y arqueó la espalda para cubrir su vientre. Le costó recuperar el aliento.

Campbell se acercó a ella dando a grandes pasos.

Ella no podía hacer otra cosa que mirarlo, con los ojos abiertos, como si observara a la muerte venir hacia ella para llevársela al descanso eterno. El dolor era tan intenso que no podía respirar. No pudo contener las lágrimas y le suplicó que no le hiciera daño, pero él la cogió por la nuca. Le apoyó el rostro sobre la mesa y le subió falda con violencia.

El dolor le atravesó el estómago, como si acabara de atravesarla un rayo, lo que le cortó de nuevo la respiración.

—¡Quédate quieta! —anunció con maldad cerca de su oreja—. O sufrirás.

Lizzie zarandeaba, intentando escapar. El miedo de perder al bebé creció y le dio fuerzas para seguir luchando, pero estaba tan cansada...

—¡Vete al diablo! —se rebeló ella.

—Te voy a hacer un bastardo, pero qué más da. Mañana serás mía —dijo.

Lizzie notó que colocaba la rodilla entre sus muslos para abrirle las piernas, y ahí estuvo a punto de rendirse. Pero no iba a dejar que se lo arrebatase todo.

Se incorporó y gritó:

—¡Ya estoy casada! ¡Nunca seré tuya!

—¡Eso habrá que verlo! ¡No cuentes con tu marido, a esta hora ya debería estar muerto!

Lizzie no quiso creerlo.

No, Alexander no estaba muerto. No podía estarlo. Ella sabía, en su corazón, que todavía vivía. Lo sentía.

—¡Mientes! ¡Alexander va a venir a por mí!

Campbell empezó a reír como un demente.

—Si viene, ya será demasiado tarde. ¡Te habré hecho mía! Presentaré pruebas de nuestra unión, diré que te he desflorado. ¡Un poco de sangre de cochino en la sábana será más que suficiente!

¡Qué cerdo!

Lizzie nunca había conocido a un ser así de despreciable.

Lucharon durante unos instantes. Lizzie no cedió, pero sus fuerzas estaban menguando.

Mientras que Campbell seguía intentando abrirle las piernas a la fuerza, se escucharon gritos,

ruidos de forcejeo y algún que otro choque de espadas en el pasillo. Campbell se reincorporó. Agarró el cuchillo, lo colocó sobre su garganta e hizo un escudo con su cuerpo. Fue entonces cuando Alexander entró en la sala, seguido de cerca por Craig, con las espadas manchadas de sangre en mano.

Alexander desafió a Campbell con la mirada y exclamó:

—¡Déjala, Campbell! Es un dos contra uno, ¡no lo conseguirás!

Su verdugo apretó más la hoja del cuchillo contra su garganta, hasta cortarle la piel.

—¡No avancéis más o la degollaré como a un cerdo!

Alexander rio con sangre fría:

—¿Para acabar con la posibilidad de recuperar las tierras de los MacDonald? Vamos, Campbell, te creía más inteligente. En realidad, tienes el cerebro de un mosquito. Preveo un triste final para ti. Libera a mi mujer.

—Si la quieres, ven a por ella.

Campbell retrocedió mientras lo amenazaba con el cuchillo.

Lizzie estaba a punto de desmayarse. Sentía la sangre caer por su garganta y empaparle la ropa. Solo era un ligero goteo, pero el olor a hierro llegó a sus fosas nasales. Intentó reprimir las náuseas, pero, no aguantó más, se había quedado sin fuerzas. Sus piernas flaquearon y Campbell, sorprendido, la empujó brutalmente hacia delante.

Viéndose perdido, corrió hasta la otra punta de la sala y saltó por la ventana.

Alexander se lanzó sobre Lizzie para tomarla entre sus brazos antes de que cayera al suelo, mientras que Craig, tras haber enfundado su espada, saltó también por la ventana para perseguir a Campbell y evitar que escapara.

Desorientada, más muerta que viva y con el corazón como si fuera a salírsele por la boca, Lizzie se agarró al cuello de su marido y rompió a llorar en un arrebato de furia. Alexander acercó un sillón, se sentó y la colocó sobre sus piernas. Allí la meció e intentó calmarla con palabras dulces. Tras varios minutos, Lizzie se tranquilizó. Todavía le dolía el vientre, pero se había calmado un poco.

Las pupilas de Alexander se fijaron en las suyas con una expresión de dolor.

—Lo siento, mi amor, por haber tardado tanto en sacarte de aquí. Y gracias… Gracias por haberme salvado. Fue un gesto imprudente; pero sin tu intervención, Campbell me habría matado. Así que te debo la vida. ¿Él te ha…?

Lizzie le puso un dedo en los labios para que no fuera más allá.

—No, no me ha tocado…

Suspiró de alivio, acarició su rostro y la besó en los labios. Luego sus párpados, sus mejillas y volvió a sus labios. No podía dejar de besarla.

—Si supieras cuánto te quiero…

Ella creyó soñar al escuchar al fin esas palabras.

—¿Me quieres?

—Sí, Lizzie, te quiero —murmuró él con un brillo en los ojos—. Te quiero con locura. Te he querido desde el primer día.

—¿Por qué no me lo habías dicho, entonces? Creía… Creía que no me querrías jamás.

—Lo siento, *mo ghràidh*[1], no soy más que un imbécil. Tenía miedo de reconocer mis sentimientos. Pero el miedo a perderte ha sido más fuerte y me ha hecho reaccionar. Pasaré el resto de mi vida demostrándotelo con tanta intensidad que no dudarás jamás de mi amor.

Lizzie se acurrucó encima de las piernas su marido.

—Me parece un buen plan. No pido nada más que estar contigo y que me dejes demostrarte lo que siento.

Él la siguió besando por todo el rostro. Luego colocó una mano sobre su vientre.

—Mi pequeña niña imprudente, mi reina rebelde —susurró él mientras la besaba con dulzura —. Te has puesto en peligro por mí.

Lizzie agarró el rostro de Alexander entre sus manos. Un rostro que seguía tan apuesto como de costumbre. Era su marido y su *laird*, el hombre por el que siempre estaría dispuesta a sacrificarse.

—Iría hasta el mismísimo infierno para salvarte si fuera necesario, mi amor —dijo ella con pasión.

—El infierno… De ahí acabamos de escapar.

—¿Cómo has podido entrar? —preguntó ella tras un beso apasionado.

—El rey me ha dado hombres y hemos entrado por una puerta que esos idiotas habían dejado abierta. Los hemos pillado por sorpresa y he venido, sin más demora, a por ti. Los demás siguen luchando.

Lizzie puso los ojos sobre el cuerpo de su tío y la tristeza la invadió. Él mismo había escogido su destino al haberse aliado con un tirano, pero sentía un gran pesar de todos modos. Su tío Georg la había acogido y había sido bueno con ella antes de utilizarla y traicionarla. Sin embargo, a partir de ese momento, no le podría hacer más daño.

Sí, habían escapado del infierno y habían salido victoriosos, aunque Campbell hubiera escapado…

***

Mucho más tarde, cuando todo terminó, Lizzie y su esposo se presentaron ante la gente del clan MacDonald, que ahora era *su* clan. Todos aplaudieron, felices de verla de nuevo y convencidos de que les traería prosperidad y protección. Todos los Campbell habían huido de su señor o habían sido asesinados, y Craig se había lanzado, con una parte de la guardia real, a la caza de Dougal Campbell, que, a pesar de todo, había conseguido escapar. Afortunadamente, ningún MacLeod ni ningún guardia del rey habían sido víctimas del clan rival en la toma de la fortaleza. Habían evitado una catástrofe a duras penas, pero pronto todo volvería a la normalidad.

Como única heredera de su tío, Lizzie asumió su papel y dio órdenes para que enterraran a Georg en las tierras que habían sido suyas en vida, y que, puesto que Campbell había conseguido escapar, se montara guardia en la fortaleza. Enviaron, de igual modo, un mensaje al rey, quien, a pesar de haber recibido la noticia a una hora intempestiva, aceptó la invitación y se reunió con ellos en la fortaleza MacDonald. Tras haber felicitado a Alexander por la suerte que tenía de tener una esposa tan bella y valiente, puesto que había querido que le contaran toda la historia con pelos y señales, fue a la habitación que Lizzie le había proporcionado y un sirviente lo acompañó.

Lizzie supo por su gente que Campbell se había deshecho de Alastair, dado que se había interpuesto en su camino; y cuando le contaron que Jeanie había sido también sacrificada por haberla ayudado a escapar, no pudo contener las lágrimas. Había perdido a la mujer que la había cuidado durante su niñez. Sin embargo, a pesar de la pena que le causaba haber perdido a sus seres queridos, se había convertido en toda una mujer. Una mujer que había encontrado la felicidad junto a un hombre maravilloso y a quien, esperaba, pudiese darle pronto un hijo con

buena salud. Por no mencionar que ahora era, al fin, libre y poderosa.

Tenía que empezar una nueva vida, pero lo haría sin miedo, puesto que los infortunios y el sufrimiento del pasado la habían conducido hasta Alexander. Había aprendido a apreciar lo que tenía y estaba convencida de que el destino se ocuparía bien de ella.

***

Más tarde, cuando pudieron al fin volver a su habitación, hicieron el amor, con delicadeza, pero no lejos de una pasión desenfrenada. Se sintieron aún más unidos que de costumbre. Habían tenido miedo de perderse para siempre, pero habían podido demostrar que el amor que se habían jurado nunca se debilitaría.

Lizzie se acurrucó en los brazos de Alexander, con los que la envolvió, antes de acariciar su vientre.

—¿Cómo va nuestro pequeño? —preguntó él—. Te he visto hacer más de una mueca. ¿Te duele?

No quiso mentirle.

—Me dolió cuando Campbell me golpeó, pero ahora estoy mejor. Estoy segura de que nuestro bebé vendrá al mundo sano y salvo. Y yo… Yo estaré bien mientras me cuides y respetes.

—Te querré toda mi vida, *mo ghràidh*, te lo prometo —respondió Alexander con fervor y besándole la frente.

—¡Y pensar que al principio te odiaba! —dijo Lizzie entre risas.

—Yo también. Te odiaba por lo que me hacías sentir. Me sentía en peligro y actuaba regido por miedo.

Lizzie levantó la cabeza y lo miró.

—Ah, o sea que los valientes caballeros también tienen miedo a veces…

Él sonrió y le besó la frente.

—Los caballeros no sé, pero yo sí. Tengo miedo de perderte…

La miró con tanto amor que Lizzie sintió que su corazón se derretía.

Ahora la quería. Estaba segura de que era así.

—No me vas a perder, nunca, porque no me voy a ir y estoy dispuesta a luchar con quien se cruce en nuestro camino.

Se besaron y juraron amarse para siempre, para toda la eternidad.

---

[1] N. de la T. En gaélico escocés, «querida».

Epílogo

Tras haber pasado un mes en las tierras de los MacDonald para ponerlo todo en su sitio, Alexander volvió a Helen Hall, acompañado de su esposa y de los miembros del clan MacDonald que así lo habían deseado. El rey, antes de irse, había ratificado mediante documentos oficiales la herencia de Lizzie. Desde ese momento, poseían el dominio más grande de las *Highlands*, el más rico y el más poderoso, y habían jurado su lealtad al rey.

A Alexander no le atraía el poder; no tenía ningún deseo de conquista, solo quería vivir en paz en las tierras de sus ancestros, con su clan, su mujer y su futuro hijo. Lo que le importaba era que el poder de su clan desafiara a cualquiera que quisiera atacarlos y que sus hermanos, que se habían convertido en unos solteros muy codiciados, no sufrieran más que la vergüenza de casarse. El rey había vuelto a hablar de una alianza por medio de un matrimonio entre Craig y su hija. Su hermano ya se lo había mencionado, y ambos tenían que pensar bien en el próximo paso que dar.

Campbell había escapado. Craig había vuelto a sus tierras, pero tuvo que marcharse de inmediato cuando llegó a sus oídos que lo habían visto junto a otro MacDonald, John II, quien se hacía llamar «el Señor de las Islas» por ser el mayor terrateniente de Escocia, en particular de la isla de Skye. A ambos hombres les movía el deseo de conquista y era evidente que querían unir fuerzas para derrocar al rey James y ocupar su lugar.

Craig partió a la guerra en lugar de su hermano, sin darle elección. Había argumentado diciendo que tenía nuevas responsabilidades, que el clan necesitaba a su *laird* y que pronto iba a ser padre, mientras que él era libre como el viento. Craig tenía otras motivaciones: como el rey parecía insistir en su futura unión con Annabelle, prefería ir a la guerra que casarse.

Por su experiencia, Alexander solía pensar que el amor era otra forma de combatir. Él mismo había luchado contra la atracción que sentía por Lizzie. Peleó consigo mismo, la había hecho prisionera y había querido utilizarla. Sin embargo, acabó renunciando a sus intenciones y casándose con ella. Su matrimonio de conveniencia se había convertido en uno por amor, y estaban completamente locos el uno por el otro, lo que dejaba augurar que, aunque Craig no estuviera interesado en la princesa Annabelle, podría cambiar de parecer cuando se conocieran mejor. Hablaría desde la experiencia para incitar a su hermano a que se casase.

Sí, todo era perfecto. Y aún podía ir mejor.

La paz había vuelto. El vientre de Lizzie crecía y a Alexander le encantaba cuando, por la noche, en la tranquilidad de su estancia, con sus cuerpos cansados tras haber hecho el amor, ponía una mano sobre el vientre de Lizzie y sentía a su hijo moverse. Creía ser el hombre más feliz de la Tierra y no quería que nada cambiara. Nunca.

Había cogido por costumbre escribir sus memorias para dejar constancia de sus vivencias de cara al futuro. Narraba su vida, así como la de su clan. Había escrito sobre el ataque de Georg MacDonald y lo que había supuesto. Cuando habló de Maddie y de la muerte de su primer hijo, se le encogió el corazón en el pecho, pero se dio cuenta de que el dolor había desaparecido. Ahora debía centrarse en el presente y en su futuro; en Lizzie y su hijo, quien, día tras día, crecía

en el vientre de su madre. Ahora era capaz de expresar sus miedos con palabras y había dado cuenta de que la escritura podía curar el alma. Cuanto más se acercaba el momento del parto, más miedo sentía. Por las noches se despertaba sudando, con el miedo de que Lizzie muriera al dar a luz y lo dejara solo y desdichado. Esta vez no podría soportarlo. La quería demasiado. Más que a su propia vida. Lizzie *era* su vida, su razón de vivir. Todo giraba a su alrededor. El clan entero contuvo la respiración cuando Lizzie sintió las primeras molestias antes del parto.

Alexander estaba tan ansioso que había hecho venir a la curandera a su fortaleza.

No le había dado elección. Había ido a buscarla junto a sus guardias y le había dado la orden de instalarse en una estancia al lado de la suya para que estuviera cerca en caso de necesidad. La curandera podría seguir formando a Katel en la fortaleza.

A Lizzie le había enternecido ese gesto.

Katel volvió con la curandera; pero, al estar centrada en su vocación, decidió acabar su relación con Ewen, dado que no podían ser felices juntos. Parecía que le costaba caminar del dolor que sentía, pero se le pasaría. El amor a veces era difícil y hacía sufrir, pero no hay nada que no se pueda superar. Alexander lo sabía de primera mano, ya que había llorado la muerte de su primera esposa. Luego, la esperanza de ser nuevamente feliz volvió a él cuando el destino puso a una mujer maravillosa en su camino, y jamás se había arrepentido de haber confiado en ella para unir sus vidas.

Sus destinos estaban escritos. Tenían que conocerse. Eran dos personas de naturaleza distinta, pero había tanto amor entre ellos que nada podría separarlos. Y cuando chocaban, arreglaban sus diferencias en la cama, haciendo el amor como dos bestias. Entonces, sus disputas se derretían como la nieve al sol y todo se reducía a una mera tontería, abrumados por la pasión carnal que sentían en esos momentos.

Pasado un tiempo, los dolores del parto despertaron a Lizzie una mañana. Alexander hizo llamar enseguida a la curandera y a Katel, que corrieron en su ayuda. Intentaron sacarlo de la habitación, pero se resistió y amenazó con hacerles sufrir mil miserias si lo intentaban de nuevo.

Igual que las guerras no eran cosa de mujeres, los partos no eran cosa de hombres —o eso solía decirse— pero como Alexander estaba tan decidido a quedarse junto a su mujer, insistió en permanecer en la habitación. Tenía muy presente el momento en que ella había salido de la muralla para salvarle la vida y hacerle frente a su tío y a Campbell. Las curanderas accedieron a dejarle quedarse si dejaba de estar inquieto, de hacer mil preguntas y de dar vueltas por la habitación como un león enjaulado, así que Alexander dio su palabra.

Lizzie estuvo muy feliz de tenerlo cerca para ayudarla, frotarle la espalda, ayudarle a empujar levantándola y agarrándole la mano durante el parto. Alexander sufría al verla así, sabiendo que no podía hacer nada, pero quería estar presente. En el fondo, temía que algo fuera mal, pero se guardó sus pensamientos para sí.

Tras varias horas, durante las cuales no soltó la mano de su mujer, pudo al fin sostener a su hijo en sus brazos. Y lo supo: supo que ese pequeño ser ocuparía todo el espacio que quedaba en su corazón después del que reservaba a su madre. Su corazón ahora latía por ellos, los dos amores de su vida.

Según la curandera, todo había ido bien y, por ser el primer hijo, había sido bastante rápido. No era lo que él creía, pero, después de todo, ella sabía mejor que nadie de lo que hablaba.

Sí, todo había ido bien y eso era lo esencial.

Lizzie amamantó a su hijo y luego se quedó dormida sobre su hombro. Él los vio descansar y el corazón se le llenó de amor y gratitud.

Sí, tenía un hijo, un hijo que llamarían Malcolm, como a su propio padre. Agradeció a Lizzie el gesto, pues la idea había sido suya.

No podía apartar la mirada de sus dos amores, que dormían tranquilamente en sus brazos y, por primera vez en su vida, se sintió completo.

No sabía qué les depararía el futuro, pero estaba seguro de una cosa: Lizzie lo había curado y le había ofrecido el mejor de los regalos, además de su amor. Le había dado un hijo, y había hecho de él el más feliz de los hombres, y el padre más orgulloso. Ahora podía enfrentarse sin miedo al resto de su vida.

TOMO II

La rebelde de las *Highlands*

1

Craig MacLeod miró a su hermano mayor, Alexander, sentado al otro lado de la mesa de trabajo, donde tenía la costumbre de ocuparse de las cuentas de su dominio.

—¡No puedes obligarme a casarme con ella! —dijo en voz baja.

No solamente había interrumpido su sueño mientras disfrutaba de un merecido descanso, sino que, encima, lo volvía a agobiar con la historia del matrimonio con Annabelle Stuart[1], la hija pequeña del rey James VI. ¡Ya habían hablado del asunto al regresar, y pensaba que el tema se había zanjado! Era evidente que Alexander había tomado una decisión, y no era la que él esperaba. Ni mucho menos la que deseaba.

—No puedo obligarte —suspiró Alexander—, pero debes hacerlo, Craig. Por el interés del clan y de las *Highlands*. Esta alianza con el rey es una bendición.

Eso no era lo que él creía…

—¡Paparruchas! —se rebeló Craig, en un último intento por escapar de lo inevitable—. Somos poderosos, ¡ni siquiera el rey puede con nosotros! No tengo ganas de ser su títere, y tú tampoco deberías serlo. Los reyes solo traen consigo decisiones efímeras y alianzas inestables.

—¿Has olvidado que fue él quien nos salvó?

—¿Cómo podría olvidarlo? ¡Fui yo quien lo convenció para que nos ayudara!

Ese día consiguieron escapar de una muerte segura. Sin embargo, parecía que todo iba bien, y el destino, por una vez, les había sido favorable cuando meses antes les había traído la sobrina y única heredera de su enemigo: Georg MacDonald, el *laird* del clan vecino que les había declarado la guerra siete años atrás. En aquel momento, solo sobrevivieron gracias a la valentía de Alexander —a quien llamaban «el lobo de Helen Hall»—, que había conducido a sus tropas a la batalla y había herido a MacDonald, por lo que lo había obligado a huir. Pero su padre murió en combate, en los brazos de Alexander, y su dominio sufrió grandes daños. Después de eso, solo pensaban en la venganza, y esperaban el momento apropiado para perpetrarla.

La aparición de Elizabeth supuso, en efecto, un gran golpe de suerte.

MacDonald quería casarla a la fuerza con Dougal Campbell, un loco y furioso sanguinario, y Elizabeth había huido en plena noche, gracias a la ayuda de su fiel doncella. Elizabeth se había llevado con ella a su joven hermano, Ewen, al que tenían preso y al que, sin duda alguna, salvó de la horca. Cuando Alexander la reconoció, se le ocurrió pedir un rescate. Pero en cuanto supo lo que MacDonald quería hacerle, se casó con ella para protegerla, algo que Lizzie, que había llegado a la misma conclusión que él, aceptó. Así fue como comenzó una nueva guerra entre clanes, puesto que Campbell y MacDonald vinieron a reclamarla como suya al cabo de unos meses. Después de una batalla en las puertas de la fortaleza MacLeod, Alexander fue víctima de un engaño y su mujer intervino, con lo que acabó entregándose a los MacDonald. Luego, él mismo fue en su búsqueda con las tropas reales. En realidad, no le había costado convencer al rey; Campbell nunca había escondido sus deseos de usurparle el trono y pretendía conquistar las *Highlands* para fundar su propio imperio.

—Te lo agradezco de corazón; ya lo sabes. Sin ti yo estaría muerto, y mi mujer, en manos de

ese loco de Campbell. Dios mío, todavía tengo sudores fríos cuando lo pienso.

Alexander había perdido a su primera mujer en la cama, igual que a su primer hijo. La idea de volver a perder lo que le era más querido en el mundo lo había devastado, puesto que Elizabeth esperaba un niño en aquel entonces.

—Ahora todo está bien, Alex. Tienes una mujer maravillosa que te ha dado un heredero. Os queréis y nuestro clan es próspero. No necesitamos a nadie.

Su hermano era feliz. El matrimonio de conveniencia se había convertido rápidamente en un matrimonio de amor. Se había enamorado perdidamente de Lizzie, y ella de él. A veces envidiaba su felicidad, pero apreciaba demasiado su libertad como para encerrarse en el matrimonio. Y menos aún con una princesa por la que sentía la más profunda indiferencia; por no decir un poco de rechazo.

Alexander lo observó antes de responder.

—Las *Highlands* son un terreno hostil; lo sabes igual de bien que yo, y no estamos a salvo de un nuevo ataque. Nos envidian, hermano. La codicia mueve a los hombres. Con la protección del rey seremos más fuertes, así que no temeremos a nada ni nadie, creo yo… Pienso que es mejor tenerlo de nuestra parte y no en nuestra contra.

—No confío en el rey, y Campbell está muerto. ¿Quién se atreverá a enfrentarse a nosotros?

Él mismo se encargaría de que nadie osara hacerlo.

Alexander había vuelto tras haber liberado a su mujer de las garras de Campbell. Como ambos estaban unidos a ojos de Dios y de toda Escocia, se convirtió en el heredero de las tierras MacDonald cuando el viejo Georg fue asesinado por su supuesto aliado, quien no quería otra cosa que su vasto dominio. Era su deber proteger a su gente, asegurar los dominios y estar presente para su mujer y su hijo, que estaba a punto de nacer. Así que fue el mismo Craig quien luchó contra Campbell, quien había escapado la noche de la batalla. Ese malnacido se había aliado con John MacDonald II —¡otro desgraciado!—, el jefe de un clan que se hacía llamar «el Señor de las Islas»[2], porque el poder se le había subido a la cabeza.

Craig partió entonces hacia la batalla con las tropas reales para vengar a su familia y liberarlos de ese miserable, que todavía quería acabar con ellos. Venció a Campbell en el campo de batalla, y consiguió hacerse notar por sus hazañas en el campo de batalla. Sus dotes de mando fueron impecables, hasta tal punto que el rey no podía dejar de elogiarlo. Craig hizo oídos sordos la primera vez que lo escuchó hablar sobre su futuro. Aparentemente, el rey quería matar dos pájaros de un tiro: por un lado, recompensar a su famoso guerrero; por otro, forjar una alianza en las *Highlands* por medio de un matrimonio para asegurarse de que aquellos que ansiaban el poder lo dejasen tranquilo.

¡Pero nuestro querido rey James VI de Escocia se estaba engañando a sí mismo!

Los jefes de los clanes eran rebeldes. ¡Siempre lo habían sido! Con o sin alianzas, las *Highlands* serían libres e independientes.

—Eso también te lo debo, Craig —añadió su hermano—. Y tendrás mi eterno reconocimiento.

Alexander se había casado por amor; vivía con una mujer a la que adoraba y que le hacía bien, y Craig estaba en deuda con ella. Los había salvado y había devuelto a la vida al clan. Craig no podía imponerle una unión que satisficiera a su hermano.

—Sin embargo ¡no tengo elección! —continuó Alexander

Allá vamos.

—Sabes cuál es tu lugar, Craig, y sé que puedo contar contigo. ¡No me decepciones!

Craig no pudo evitar observar a su hermano mientras se esforzaba por esconder la decepción y

la tristeza. No debía esperar nada bueno. Ya sabía cuál era su destino.

Cumpliría con su deber, costara lo que costase.

Se levantó del asiento.

—¡Está bien! Partiré hacia Edimburgo lo antes posible.

Sin esperar los agradecimientos de su *laird*, dio media vuelta para salir de la sala y, más tarde, del edificio. Necesitaba alejarse y cabalgar para calmar los nervios. Si no, se arriesgaría a decir o hacer cosas de las que luego se arrepentiría con cierta amargura. Lo cierto es que se preocupaba por su hermano y por su clan más que por sí mismo, y los priorizaba a su felicidad personal. En casa de los MacLeod, el honor y el buen hacer estaban por encima de cualquier otra consideración. Por mucho que no estuviera preparado para sacrificar su libertad y casarse, lo haría. Era lo que todos esperaban de él; era su deber y no decepcionaría a su hermano. No había más que hablar. Así era en las *Highlands*: el *laird* ordenaba y todos obedecían; él el primero.

Cruzó el patio rápidamente y saltó sobre su montura, a la que hizo partir al galope. Tras varios minutos, no pudo evitar contener unos pensamientos tan agitados como las aguas de un lago en una tempestad.

Estaba enfadado. No con su hermano, sino con haber tenido mala fortuna de haber nacido el segundo.

Alexander era su *laird*, el jefe indiscutible de su clan. Le debía respeto y obediencia y, desde que tenía memoria, había estado siempre a su lado. ¡Pero ahora se trataba de su vida! De toda una vida y de su felicidad…

¡Se sentía atrapado!

Al ser el segundo hijo, no podía decidir sobre su vida y, a menos que sucediera un milagro, tendría que casarse con Annabelle Stuart. Pero había cosas peores que casarse con una princesa, ¿no? El rey le daría un dominio que gobernar; poseería finalmente su propia casa, sus tierras, sus gentes; conseguiría escalar en la sociedad y se convertiría en yerno del rey de Escocia. ¡Tampoco estaba tan mal! Podría vivir un tiempo en la corte para organizar el compromiso y la boda. Pero eso podría llevarle semanas, ¡quizá meses!

Tras varias horas a caballo en una soledad liberadora, la perspectiva del matrimonio no le desagradaba tanto.

Detuvo su montura en lo alto de una colina. Con todos esos pensamientos tumultuosos, no se había dado cuenta de que había atravesado la frontera con las tierras de los Kinkaid, y la relación del clan con Colin Kinkaid, su *laird*, dejaba mucho que desear.

Pero no importaba. El lugar estaba tranquilo y el bosque, desierto. No se había cruzado con nadie desde hacía rato y las aguas transparentes del lago que había más abajo lo atraían irresistiblemente. ¡Necesitaba un buen baño! Su agitado paseo a caballo, unido a sus intensas reflexiones, habían hecho que le hirviera la sangre. Luego volvería a sus tierras sin que nadie lo viera. No estaban en guerra con los Kinkaid. Era el clan de su cuñada, Maddie, la primera mujer de Alexander; pero nunca era buena idea penetrar en tierras extranjeras estando solo.

Descendió la colina, detuvo el caballo cerca del lago, pasó la pierna por encima de la silla y saltó al suelo. Luego, ató las riendas a una rama, se dirigió a la orilla y se desvistió. Se aseguró de dejar su espada sobre la ropa. ¡Nunca se sabía!

La paz reinaba entre los dos clanes y, aunque Colin Kinkaid nunca había perdonado a Alexander por la muerte de Maddie —de hecho, aún lo responsabilizaba del trágico incidente— tampoco pretendía buscarle las cosquillas. Y es que a los Kinkaid, como a todos los *highlander*s, no les gustaban los intrusos. Iría a refrescarse, a relajarse un momento en el agua, y volvería lo

más rápido posible. Con un poco de suerte, su incursión pasaría desapercibida. De lo contrario, era capaz de defenderse y de salvarse el pellejo. El arte de la guerra no tenía ningún secreto para él y se defendía bien en combate. Si bien a su hermano lo llamaban «el lobo de Helen Hall», el nombre de su hogar ancestral, a él lo habían apodado «el lobo de las *Highlands*». ¡Así que los Kinkaid sabían a qué se enfrentaban!

***

Mary Kinkaid detuvo su yegua y miró a su alrededor. Tenía que reconocerlo: se había perdido.

¿Qué se le había pasado por la cabeza, maldita sea?

¿Por qué se había alejado tanto del hogar de su tío? ¿Por qué había intentado calmarse aventurando a su yegua, bosque a través? Estaba cegada por la ira después de haber descubierto la noticia. La furia solía apoderarse de ella, pero ya sabía que la ira no era buena consejera. Pero ¿cómo no reaccionar de ese modo cuando se trataba de su futuro? ¿Por qué? ¡Querían hacer de ella la doncella de una princesa! Estaba que su padre, el rey, tendría la idea de comprarle un monito de compañía que la siguiera a todas partes. Pero ella, Mary Kinkaid, ¡no estaba hecha para vivir en la corte! Tenía demasiado aprecio a su independencia, igual que a sus paseos al aire libre. Era la hija pequeña de una familia de tres hombres. Había disfrutado de una libertad casi total y amaba cabalgar y luchar, espada en mano. No conocía el mundo de la danza ni de la cordialidad, así que no sabría cómo comportarse en la corte, y estaba segura de que lo detestaría.

Además, que alguien quisiera darle órdenes era algo que no podía aceptar.

Miró a su alrededor y decidió girar hacia su izquierda. Iría en esa dirección, y luego ya vería hacia dónde tirar. Seguramente acabaría encontrándose con alguien, así que le preguntaría adónde debía ir.

Retomó el paseo con más calma. Se sentía más relajada. Entendía la posición en la que estaban sus padres: no podían desobedecer la orden de su soberano y era una suerte para ellos que la hubieran escogido entre varias chicas de las *Highlands* para cumplir el papel de dama de cámara privada de la princesa. Y estaría dispuesta a hacerlo, si solo le llevara unos días, pero no sabía cuándo volvería a casa. O si volvería algún día.

Dejar a su familia la apenaba. Adoraba a sus padres quienes, gracias a Dios, cuidaban de su bienestar y no le habían impuesto una unión que ella no quisiera. Por ello, pese a que había cumplido los dieciocho años, todavía no estaba casada. Evidentemente, sabía que tarde o temprano estaría obligada a dejar la casa familiar por otra en la que sería feliz con su marido, pero pretendía que fuera uno que ella hubiera escogido. Estaba preparada para dirigir un hogar—su madre la había educado para ello—, pero no para esa situación inesperada. Si accedía, le esperaba un futuro incierto.

¿¡Y si no se llevaba bien con la princesa!?

¿Y si la obligaban a casarse con un viejo barbudo que se abalanzase sobre ella? ¿Y si hacía el ridículo? Desconocía los asuntos de la corte y sus costumbres. Además, como la noticia era reciente, no había tenido tiempo de familiarizarse con las danzas de la corte, y tenía miedo de no saber cómo comportarse. Rezaba para que hiciera amigas rápidamente, unas que la ayudasen y guiasen para que todo fuera bien. Pero había escuchado que la corte, como todas las de Europa, era un verdadero nido de víboras, y que tenía que sospechar de todos. En un principio, no podría fiarse de nadie.

No sabía cuántas jóvenes habían considerado antes de la decisión del monarca, y en realidad,

le daba igual. Sabía que el rey solo buscaba simpatizar con los clanes influyentes como el de los Kinkaid, y para eso hacía acudir a la corte a las hijas de los *lairds*. Era evidente que pretendía que estos se aliaran con el rey y dejaran de comportarse como soberanos en sus tierras. Sin embargo, la situación en las *Highlands* había sido así desde que el mundo era mundo, y no parecía que fuera a cambiar lo más mínimo. Mary tenía la impresión de ser un rehén con el fin de que su clan, como muchos otros, dejara de pelear. Si las *Highlands* se rebelaban contra la soberanía del rey, ¿qué sería de ella? ¿Se convertiría entonces en una prisionera en la corte? O peor: ¿estaría su vida en peligro? Sin nadie que la protegiera, ¡estaría condenada! Cuando reflexionaba sobre los peligros que correría, la congoja se cernía sobre ella. Pero ¿cómo escapar? No podía negarse, ni tampoco su familia.

¡Estaban atrapados!

Por mucho que el rey les hubiera mostrado sus buenas intenciones, pero ¿podía fiarse de él y sus consejeros? ¿No estarían maquinando en secreto cómo apropiarse de las *Highlands*?

Ante ese pensamiento, sintió que no debía dejarse dominar. Ella amaba sus tierras. Las *Highlands* corrían por sus venas y no quería vivir en ningún otro lugar. Pero era una mujer y, como tal, no tenía derecho a rebelarse, ¡y eso también la enfurecía! Detestaba no poder decidir sobre su destino. Detestaba la idea de que otros pudieran disponer qué hacer de su vida. ¡Ni siquiera el rey debía hacerlo! Cuando recibieron la noticia, su madre no había podido contener el llanto. Ella también tenía miedo de lo que pudiera sucederle en la corte. La reputación de James VI le precedía: le gustaban las chicas jóvenes; cuanto más, mejor. Pero Mary tenía dieciocho años. Seguro que ya era demasiado mayor para los gustos del rey…

¡Menudo perturbado!

Suspiró. El futuro y el honor del clan dependían de ella.

Tenía que estar alerta para no avergonzar a su familia. Quizá, desde el interior de la corte, pudiese proteger las *Highlands* y a su clan de la autoridad del rey. Intentaría enterarse de todo, ser los ojos y los oídos del castillo. Sería la espía del bando de las *Highlands*, y se encargaría, a través de la correspondencia con su padre, que mantendría en secreto, de avisarle en caso de que algo saliera mal.

¡Sí, haría eso!

Al menos así tendría la impresión de ser útil y sacrificarse por una causa noble. Su reclusión —puesto que ella no podía evitar considerarla como tal— serviría para algo.

Al ver el agua de un lago brillar entre los árboles, se acercó.

Salió del bosque y se acercó a la orilla. Entonces vio que un hombre salía del agua, a tan solo unos metros. Él no se había percatado de su presencia y estaba desnudo, tal y como le habían traído al mundo. Se sorprendió tanto que saltó sobre su montura. Para su desgracia, la yegua se asustó e hizo que ella perdiera el equilibrio y cayera al suelo, no sin antes soltar un grito.

Cuando su cabeza golpeó con fuerza el suelo, perdió el conocimiento.

---

[1] N. de la T. Conocida por los hispanohablantes como Anabella Estuardo de Escocia, la hija mejor de Jacobo I de Escocia y de Juana Beaufort.

[2] N. de la T. Conocido en aquella época como John MacDonald II, *Lord of the Isles*.

2

Craig no tuvo tiempo de pronunciar ni una palabra antes de que la mujer cayera al suelo. Su yegua había salido huyendo despavorida. Era evidente que la joven se había asustado por la visión del hombre, o de su montura, que descansaba tranquilamente bajo el árbol en el que la había atado.

Blasfemó, agarró su *kilt*, se lo puso deprisa y corrió hacia ella. Se tranquilizó al ver su pecho moverse. Todavía respiraba. No le habría gustado llevar su cuerpo ante su familia, con independencia de dónde vivieran. La levantó y pasó una mano por detrás de su cabeza. Respiró aliviado al constatar que no tenía ningún rastro de sangre, solo un enorme chichón. Pero había visto morir a soldados por golpes en la cabeza que no parecían graves. Apartó de sus mejillas unos mechones de pelo, de un bonito tono rojizo, y contempló su rostro para intentar reconocer los rasgos.

Tenía la piel muy blanca y suave, unos labios carnosos, húmedos y entreabiertos, como si buscaran la calidez de un beso. Craig se apartó. Esa joven estaba inconsciente. No era adecuado pensar en lo que sentiría si sus labios rozaran los suyos.

¡No es el momento ni el lugar!

Pero, a decir verdad, dada la guerra en la que se habían enfrentado con los enemigos del rey y de su propia familia, no había tocado a una mujer desde hacía semanas. Su cuerpo tenía necesidades que no podía ignorar. Era evidente, sin embargo, que tenía que estar muy necesitado como para que esa mujer desfallecida entre sus brazos lo hiciera casi sufrir. Lo primero, ante todo, era el respeto. Ignorando el deseo que recorría su cuerpo, le golpeó suavemente en las mejillas para que volviera en sí.

¿Quién podía ser?

Llevaba ropa sencilla, pero de buena calidad. Era evidente que no era pobre porque, además, su montura era magnífica, algo que no él había pasado por alto. También había notado el desconcierto en su mirada; una mirada que había fijado en él y en su desnudez. Parecía haberle suscitado cierto interés, no solo sobresalto, y eso le había hecho entrar en calor. Aunque su encuentro solo hubiera durado un instante, se sentía intrigado por la señorita que descansaba en sus brazos. Desde luego, eso explicaba por qué no había podido articular palabra. La visión de esa mujer, tan radiante como el mismo sol, lo había pillado totalmente desprevenido. Ahora entendía por qué: quizá su melena leonina hubiese reflejado los rayos del sol y la hubiese cegado durante tan solo unos segundos. Se culpaba por ello. Si se hubiera dirigido a ella, sin duda no se habría asustado tanto y no habría caído.

Golpeó de nuevo sus mejillas.

—¡Señorita! Despierte… Señorita…

No consiguió despertarla.

Estaba aturdida. Después de todo, tal vez el golpe era más grave de lo que parecía en un principio, puesto que seguía sin poder despertarla. Decidió cogerla entre sus brazos para colocarla sobre la silla de su montura con precaución. Se puso la camisa, el tartán, se ató el

cinturón de la espada a sus caderas, se puso los *ghillies* y se colocó detrás del cuerpo de la joven que aún estaba inconsciente. La agarró entonces por sus muslos para mantenerla más segura, dado que, al no haber conseguido despertarla con su voz ni con los golpecitos en las mejillas, no parecía que fuera a recuperar la consciencia en un abrir y cerrar de ojos.

Si ese era el caso, esperaba que comprendiera que no había tenido elección al colocarla así y que su intención había sido la de llevarla al refugio —una cabaña— que había visto no muy lejos de donde se encontraban, y donde podrían descansar hasta que ella volviera en sí.

Era demasiado tarde y demasiado peligroso como para volver a Helen Hall, aunque sabía que allí podría beneficiarse de las curas de Katel, su sanadora.

En cuanto supiera su nombre, la llevaría a su hogar.

Esperaba que su familia no se preocupara demasiado por ella y se mostrase comprensiva al verla volver subida al caballo de un hombre que no era su marido. No quería tener problemas, ni tampoco causárselos a ella.

Pero no tenía elección. No iba a dejarla sola en la orilla de un lago, a merced del primero que llegarse, ni mucho menos de una bestia salvaje. En cuanto cayera la noche, no tardarían en atacarla.

Yendo al paso, se encerró en sus pensamientos. La joven no era tan pequeña: sin duda tendría unos veinte años, quizá un poco menos; pero definitivamente más de quince. Su cuerpo era el de una mujer. Sus curvas, que había sentido firmes contra su torso, no eran las de una niña. Era una mujer a quien había sostenido entre sus brazos. Además, su belleza podría volver loco a cualquier hombre: de preciosos cabellos sedosos, con un cuello delicado, un cuerpo esbelto… Sentir su vientre contra sus muslos lo volvía loco y sus deseos carnales volvieron a la carga para torturarlo.

¿No podía acercarse a una mujer sin tener ganas de poseerla?

¡Aparentemente, no!

Le gustaban las mujeres y nunca había sido un secreto. Tenía un apetito —digamos— feroz, y el hecho de que no se hubiera acercado al cuerpo de una mujer desde hacía varias semanas complicaba la situación. Había vuelto de la guerra y su cuerpo había pedido dormir. Solo dormir. Además, su hermano lo había agobiado con la idea del compromiso con Annabelle, por lo que no había lugar para el libertinaje.

En cuanto a sus deseos carnales, si bien eran un pensamiento recurrente, nunca había intentado comprender por qué, ni si todos los hombres eran como él, tan dispuestos a acostarse con una mujer con tan solo un primer contacto. Alexander había pasado de las mujeres durante dos años antes de conocer a Elizabeth. Él habría sido incapaz. Sin embargo, cuando era necesario, él sabía comportarse. Había aguantado durante las tres cortas estancias en la corte del rey James, por mucho que las mujeres —casadas todas ellas—, le hicieran ojitos. Normalmente, que estuvieran casadas no era algo que le frenara, pero siempre procuraba ser discreto y nunca repetía dos veces con la misma mujer.

Eso evitaba problemas y mucho peor, que alguien desarrollara sentimientos.

Solía ocurrirle que, en cuanto tocaba a una mujer, esta se enamoraba perdidamente de él. Sin duda porque era un buen amante. Y, como no estaba tan loco como para buscarse enemigos en las casas de la corte y solía espaciar sus encuentros, estaba tranquilo. Sabía que su reputación lo precedía; de ahí las numerosas propuestas que le habían hecho. En la corte las mujeres se aburrían sin remedio. Había bailes, cenas, paseos por los jardines, promiscuidad, torneos en los que debían seducir a las damas… Él siempre procuraba no ganar, puesto que el vencedor

conseguía un beso, y no quería causar problemas.

Sí, estaba tranquilo, había hecho todo lo que estaba en su mano para no hacerse notar; el honor de los MacLeod estaba en juego. Además, su hermano no le habría perdonado un escándalo. Él mismo no habría estado dispuesto a comprometerse con una dama. Es más, pensando en lo que le interesaba y en sus deseos carnales, nunca había amado lo suficiente a una mujer para querer o *poder* contentarse con una sola.

Por esa misma razón no tenía prisa por casarse.

Como no podía comprometerse a una sola mujer ¿para qué casarse y hacer infeliz a su esposa?

Quizá no hacía lo correcto, pero al menos era sincero.

En el hogar de los MacLeod, cuando alguien encontraba a la compañera ideal, se le era fiel; ¡era algo sagrado! Si se casaba, sería para hacer feliz a su esposa y honrar sus votos. Se preguntó de repente si llegaría un día en el que amaría a la princesa. ¿Sería capaz de eso? Él, que nunca había querido a ninguna mujer. Deseado sí, pero nunca amado. No sabía lo que era el amor; nunca lo había sentido. Deseo y amor eran dos cosas muy distintas. Pero quizá, a base de desear a una mujer y de poseer su cuerpo, conseguiría quererla. Quizá, tras haber hecho suya a Annabelle, noche tras noche, acabaría enamorándose de ella.

No lo sabía, y no podía saberlo hasta que no se unieran a ojos de Dios. En cuerpo y alma. Quizá ella sería una compañía agradable. Le había parecido algo malhablada y hostil, y tenía un físico poco agraciado, pero tal vez fuese buena amante. ¡Quién sabe! A lo mejor su tacto le resultaría dulce en la cama. La forma en la que una mujer se comportaba en la alcoba no estaba escrita en su rostro.

En cualquier caso, ahora no podía evitar desear a esta joven que llevaba en su caballo, porque tenía un precioso rostro, un cuerpo lleno de sensualidad y —sobre todo— porque era un misterio. Se preguntó de repente de qué color sería su mirada y si sus ojos serían dóciles o, al contrario, desafiantes y llenos de ira. Le gustaban las mujeres dulces. A decir verdad, nunca había tenido problemas para seducirlas. Su físico y su reputación hablaban por él.

Intentó pensar en su última conquista, y se sorprendió al constatar que ya no se acordaba de con quién ni de dónde había sido. Había estado demasiado tiempo en la guerra. Tenía la sensación de haber envejecido en poco tiempo y su cuerpo seguía algo entumecido. Tendría que bajar de la silla, puesto que, aunque estaba dolorido, su libido no era menor, y el deseo carnal ocuparía toda su razón. No estaba dispuesto a cometer un acto infame. Esa mujer merecía su respeto. De lo que no estaba tan seguro era de si podría contener la atracción que sentía por esta joven en cuanto abriera los ojos, porque era bellísima. Se negó a pensar que tendría que cuidarla y, quizá, dormir pegado a ella para protegerla del frío.

Quizá si la besaba, despertaría… Como en los cuentos que les contaba Teresa, su doncella, cuando eran niños. A Alexander y a Ewen les encantaban las historias de amor, pero él prefería las de caballeros y las de grandes batallas. No tenía alma de romántico, a diferencia de sus hermanos. Ewen era un romántico empedernido. Había entregado su corazón a Katel, pero después de que ella acabara con su amor imposible para formarse como sanadora, él se había jurado no amar ni poseer jamás a otra mujer. Amar, quizá, pero poseer… ¿Qué le impedía divertirse con otras mujeres por simple placer? Eso sobrepasaba su entendimiento. Aunque eran hermanos, eran muy distintos.

Sus hermanos no pensaban en otra cosa que en el amor. Sin embargo, él no quería casarse.

Al menos hasta hoy. Porque no tenía elección: tendría que casarse con la princesa. Por honor, por sus hermanos y por su clan.

Al fin consiguió ver la cabaña, perdida entre los árboles y alejada del camino, lo que le pareció perfecto. Rezó para que estuviera abandonada. Luego, al ver que no salía humo de la chimenea, confirmó que era el caso. De lo contrario, pediría asilo para él y su protegida.

Detuvo su montura, bajó de ella y ató las riendas al árbol más cercano.

La choza estaba más deteriorada de lo que pensaba, y sus alrededores, descuidados. Dejó a la mujer sobre el caballo y empujó la puerta. Verificó que pudiera cerrar desde el interior y luego inspeccionó la única habitación, en la que había una chimenea. Podría encender un pequeño fuego, puesto que, aunque estuvieran en pleno julio, las noches eran frías en el bosque. También había una mesa, cuatro sillas, un jergón —que esperaba que no estuviera lleno de bichos— y una vajilla, pero ningún cubierto. Estaba terriblemente sucio, pero solo sería por una noche. No se quedarían por mucho tiempo. Siempre y cuando la joven recuperara la consciencia. Si no era así, se iría y la llevaría con él. No tenía otra opción.

Extendió sobre el catre su *plaid* con los colores del clan, que tenía atado y sujeto por una cresta en su hombro izquierdo. Luego salió de nuevo para coger entre sus brazos a la mujer y llevarla al interior. Ella dejó escapar un pequeño gimoteo que prendió su cuerpo y le hizo entrever que ella estaba a punto de despertar. La cubrió con el *plaid* y esperó unos minutos mientras contemplaba su rostro. Sus largas pestañas le hacían sombra en las mejillas y su pelo se esparcía como un halo de luz en la mañana. Era realmente bella. Sus labios, en particular, eran de un precioso color rosado, y parecían llamaban a los suyos, más allá de toda razón.

Giró sobre sus talones para ir a buscar madera y posponer su plan desesperado: despertarla con besos e incluso con caricias. Pero era evidente que ella no querría. Con tal solo ver su vestimenta, se podía deducir que venía de buena familia y era, seguramente, pura. Se negaría a tener sexo con él, y él no iba a faltarle el respeto, porque luego tendría que casarse con ella.

¿Por qué era reprobable desflorar a una dama y luego no desposarse con ella?

Nunca lo había hecho —desflorar a una joven—, y la idea le gustaba… Le gustaba la idea de ser el primero, de hacer descubrir el amor a una mujer, de iniciarla en el placer. Eso le encantaría, ¡pero no si tenía que casarse!

¡Todavía no!

Pero encontraría una solución.

Suspiró y no pudo evitar soñar con el cuerpo de la joven mujer. Tras haber conseguido suficiente madera para toda la noche, volvió a la cabaña. Cuando entró, la bella durmiente no se había movido y parecía estar tranquila. Craig esperó que el daño de la caída no fuera irreparable. En ese caso, ¿qué haría con ella? Tomó entonces la decisión de que, si fuera el caso, la llevaría a su dominio, donde Teresa se ocuparía de ella. Una boca más para alimentar no supondría una gran diferencia para su hermano. Ahora era rico y más poderoso. Lo importante era encontrar un hogar acogedor donde ella estuviese a salvo. ¡Pero todavía no habían llegado a ese punto! Iba a despertar. Entonces le diría quién era ella, volvería en sí y todo iría bien.

Encontró restos de yesca y se dispuso a encender las ramas que había cogido. Podría haber ido a buscar agua e intentar cazar algo, pero no podía alejarse; tenía miedo de dejarla sola. Tendrían el cuerpo caliente, pero el estómago vacío. Él podría sobrevivir varias horas sin comer, y esperaba que ella también pudiera.

Cuando el fuego se encendió, atrancó la puerta. Dejó su espada en el suelo, se sentó sobre el jergón y miró a la joven dormir.

Apartó de nuevo los mechones de su rostro, acarició su mejilla y la descubrió perfectamente aterciopelada. Miró cómo su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración, que le pareció

tranquila. Si tuviera fiebre, respiraría más rápido. No era el caso.

Vamos… ¡Despierta! ¡Quiero oír el sonido de tu voz!

Se forzó a no tocarla de nuevo, puesto que no era razonable. Eso solo provocaba que sintiera más deseo, y no era una buena idea.

¡Para nada! ¡Iba a casarse, por el amor de Dios!

Como no sabía qué más hacer, se tumbó a su lado a una distancia razonable y la observó. Nunca había contemplado durante tanto tiempo a una mujer, sobre todo a una mujer con la que no se había acostado. La miraba con intensidad y observaba cada una de sus reacciones, mientras le hablaba con dulzura para despertarla. Estaba seguro de que recordaría la armonía de sus rasgos hasta el fin de sus días. La miró hasta que cayó la noche y se dejó vencer por el sueño.

***

Mary gimió y se llevó la mano a la cabeza. Cuando intentó darse la vuelta, el movimiento la hizo sufrir de tal forma que dejó escapar un nuevo gemido de dolor. Hasta el más mínimo impulso, como un simple parpadeo, resonaba en su cráneo.

¿Qué le había pasado? ¿Dónde estaba?

Abrió los ojos lentamente, intentando calmar los latidos desbocados de su corazón, porque le parecía que… Sí, estaba segura, no se equivocaba: oía una respiración cerca de ella. Muy, muy cerca. ¡Y se trataba de la respiración de otra persona! Contuvo el grito que quiso soltar y se obligó a calmarse. No era una buena idea revelar su presencia si esta persona quería hacerle daño. Aunque, si realmente quisiera hacerle daño, probablemente ya estaría muerta. Si se trataba de un hombre, la hubiese podido tomar por la fuerza; pero entonces estaría desnuda y tendría el cuerpo dolorido. Bueno, sí que le dolía todo, pero no por ese motivo. Con un gran esfuerzo que le hizo soltar unas lágrimas de dolor, giró el cuello y, sorprendida, observó al hombre acostado a su lado. ¡Sí que se trataba de un hombre! Y lo conocía. Era el hombre del lago. El que había hecho que cayera del caballo, ¡Todo porque había aparecido desnudo!

¡Qué locura!

Ya había visto a un buen número de jóvenes desnudos —sus hermanos y los niños de su clan —, cuando se bañaban en el lago cerca de su hogar. Bueno, cierto, de eso hacía ya mucho tiempo, pero sabía cómo estaban hechos los hombres y lo que tenían entre las piernas. ¡Y también sabía cómo lo usaban! Las jóvenes de su edad no hablaban de otra cosa: de lo que hacían los hombres y las mujeres durante la noche; algunas de sus conocidas ya se habían casado. Sabía lo que pasaba durante la noche de bodas y en lo que derivaba. Desgraciadamente, su prima había muerto dando a luz. Había sido un golpe duro para ella, puesto que adoraba a Maddie. Era buena, radiante, leal y apenas existía diferencia de edad entre ellas. Todo el clan había llorado su muerte, y su tío Colin nunca había vuelto a ser el mismo. Maddie era su única hija. Había tenido otros hijos, pero ninguno había sobrevivido. Habría querido casarla con un jefe de un clan poderoso, pero Maddie estaba enamorada de Alexander y había jurado lanzarse desde lo alto de la torreta si le prohibía casarse con él. Y eso fue sabiendo que los MacLeod habían perdido casi todo cuando los MacDonald intentaron arrasar con sus tierras.

En realidad, era una de las pocas chicas del dominio que todavía era pura a sus diecinueve años. Se felicitaba por que sus padres no la hubieran querido casar con el primer hombre que se hubiera cruzado en su camino, y era consciente de que su situación era muy distinta a las demás familias; tenía mucha suerte. Era evidente que no tenían prisa por dejarla marchar, cosa que le

iba de perlas, puesto que ella tampoco tenía prisa por irse. Su soledad y libertad le eran bastante convenientes y, como su madre todavía estaba en este mundo, regentaba las tareas del hogar; así que ella solo tenía que ayudar de vez en cuando. Sus dos hermanos mayores, James —a quien todos llamaban Jamie—, y Bobby, se habían casado hacía algunos años y eran padres de dos niños cada uno, mientras que su tercer hermano, Tomas, se había casado hacía unos pocos meses. Todos vivían en una gran casa a poca distancia de ahí que incluso tenía un fuerte. Ella tenía buena relación con sus cuñadas, y Stella, la mujer de su hermano menor, se había convertido en una verdadera amiga.

La iba a echar de menos. Iba a echar de menos a todos.

Pero siendo honesta consigo misma, también tenía que reconocer que estaba impaciente por estar con un hombre. Un hombre bueno, leal y justo. Un hombre que acelerase su corazón y que hiciera hervir su sangre. Soñaba con el amor carnal y con que la sedujeran, algo que se había asegurado de no revelar a nadie, ni siquiera a su cuñada. Y aún menos a sus hermanos, que cuidaban de ella como una gallina cuida de sus huevos. Si había aceptado ir a Edimburgo era para que ellos se beneficiaran de la situación.

Con la vista fija en el hombre que estaba tumbado a su lado, suspiró.

Despertar allí la había desconcertado. En un principio había temido por su vida por estar allí, de hecho, pero lo que de verdad le incomodaba era que, antes de caer, había pensado que era el hombre más guapo que había visto en su vida. Su desnudez tenía un atractivo innegable. Era perfecto. Alto, moreno, con el pelo ligeramente ondulado, un cuerpo musculoso, un vientre plano, unos muslos fuertes y vigorosos. No había tenido tiempo de detallar lo que había más abajo, puesto que se había golpeado la cabeza contra suelo con cierta violencia y se había desmayado.

Apartó la mirada del hombre para observar a su alrededor y constató que se encontraban en una cabaña en la que reinaba una relativa penumbra. Un pequeño fuego en la chimenea le confería algo de iluminación a la escena. Hacía calor y se sentía bien. No tenía miedo. No sabía quién era ese hombre, pero su intuición le susurraba que no debía temer por él. Se había preocupado por ella, la había llevado a cubierto y se había quedado para cuidarla.

Dirigió su atención a él y se giró sin hacer ruido. De nuevo el dolor pudo con ella, por lo que se quedó inmóvil. Su corazón se aceleró.

¡Qué bello era!

Una ligera barba oscurecía sus mejillas, el vello que aparecía por debajo del cuello abierto de su camisa la incitaba a acariciarle el pecho con los dedos. Aunque había visto niños de su clan desnudos, nunca había tocado a un hombre, y se preguntaba lo que le haría sentir con solo tocarlo. Estaba a varios centímetros de él y desprendía un calor que llegaba a ella. Su aliento era cálido y su olor agradable. Su pelo le caía sobre la frente y, a pesar de la luz tenue de la chimenea, se esforzó en observarlo y creyó reconocer los rasgos de su rostro. Todo había sucedido cuatro años atrás, y ella no podía estar segura. Fue en la boda de su prima Maddie, y estaba casi convencida que el hombre era el hermano del novio, Craig. A sus catorce años, lo había encontrado muy atractivo. Sus ojos, sobre todo, idénticos a los de su hermano, eran impresionantes, de un verde precioso y desafiante, rodeados de unas largas pestañas oscuras. Él apenas la había mirado; estaba ocupado con las jóvenes de más edad que él confiaba poder llevarse a la cama. Entonces ya había escuchado a su tía hablar de él en términos poco agradables. Tenía la reputación de ser un mujeriego. Al contrario que Alexander, que era serio y estaba enamorado de Maddie desde hacía tiempo, por lo que solo tenía ojos para ella.

¿Podía ser realmente él? ¿Craig MacLeod? Estaba convencida de que era el caso, y no sería sorprendente puesto que las tierras de los MacLeod colindaban con las de su tío. Por lo que recordaba, los separaban cinco años de diferencia…

Craig suspiró aún dormido y se acercó a ella.

Mary podría haberse apartado, pero no quiso hacerlo. Por primera vez en su vida, se sentía atraída por un hombre, de una forma irreprimible, aunque en realidad no sabía casi nada de él. Pero ¡qué importaba! Era mejor así. Si no hablaban, podría imaginarse que había cambiado y que era un hombre de bien. Quizá se había casado, pero lo dudaba… ¡En caso contrario, no estaría ahí! En esa cama improvisada, junto a una mujer que no era su esposa. Miró su mano, abandonada sobre su torso. Una mano bonita, fina y de dedos largos. Se la imaginó sobre ella, acariciándola. Sintió que se prendía una llama en ella, y un dulce calor se expandió por su bajo vientre, lo cual supuso una grata sorpresa. Entonces, ¿eso era el deseo por un hombre? Nunca lo había sentido, pero no podía negar que era dulce, caliente e… intenso. Muy agradable, en realidad. Levantó su propia mano y acarició la del joven con las yemas de los dedos; luego los deslizó hacia su muñeca, su camisa y de nuevo, por su piel. Pero no, dormía plácidamente. De repente, una sonrisa apareció en sus labios. No podía comprender qué sucedía, pero sintió que su feminidad se humedecía.

Se puso de espaldas, con el corazón alerta, y se llevó las manos al pecho.

Deseaba a ese hombre y, contra todo pronóstico, quería pedirle que le hiciera el amor. Quería que le quitara su virginidad para descubrir la pasión entre sus brazos, antes de que otro cualquiera se llevara su inocencia. Las mujeres no podían disponer libremente de sus cuerpos, por desgracia. Pero el cuerpo tenía sus deseos y necesidades, y nunca mentía.

En ese momento, lo deseaba como nunca había deseado a un hombre. Sin embargo, si Craig era tal y como le habían contado, no podría confiar en él ni un solo segundo y tendría que guardar las distancias. Sin duda, lo mejor era no volver a dormirse hasta que saliera el sol. Pero varios minutos más tarde sus ojos se cerraron. No pudo luchar. Y cuando el calor del fuego de la chimenea y el del cuerpo de Craig MacLeod se apoderaron de sus fuerzas, se dejó caer una vez más en un profundo sueño.

3

Craig se despertó al escuchar un suspiro. Acto seguido, sintió un cuerpo moverse contra él. Durante la noche, sin que él se hubiera dado cuenta, había pasado un brazo alrededor de la bella desconocida, se había pegado a su espalda y los muslos de la joven mujer se apoyaban ahora contra su bajo vientre de una forma muy sugerente.

Su deseo creció.

Qué no daría para poder poseerla en ese momento…

Se imaginó levantando su falda, acariciándola y metiéndose entre sus piernas. Cálidas, gratificantes. O mejor aún: poniéndola de espaldas, dejando caer todo su cuerpo sobre ella y explorando su sexo húmedo. Hasta el fondo. Para luego ir y venir en un vaivén frenético dentro ella, y provocarle gritos de placer.

Su calor aumentó.

La idea era tan real que su sexo se había puesto duro y le dolía. Tuvo que contener un gemido.

¿Qué le sucedía?

Era un hombre de acción, un guerrero; nunca se había *imaginado* poseyendo a una mujer. Nunca se había quedado tan solo en la idea y jamás habría pensado que su cuerpo y su mente le jugarían tal mala pasada. Sentía que iba a explotar con tan solo imaginar los muslos de la bella durmiente.

¿Cómo era eso posible? ¿Qué brujería era esa?

Tenía que recuperarse, y rápido.

Levantó un brazo, se separó con suavidad de ella y giró sobre su espalda. Tenía que volver al lago para relajar su deseo carnal en el agua helada; pero, como el día anterior, no podía dejar a la joven sola.

Saltó de la cama y se dispuso a reavivar la hoguera.

Tenía que mantener la mente ocupada o se volvería loco. La frustración no le servía de nada, lo sabía, pero… tenía que respetar a esa mujer.

¡Se lo había prometido!

Al ver un hacha —en la que no había reparado la noche anterior— cerca de la chimenea, la cogió y salió con ella para cortar algunas ramas. Era inútil, puesto que estaba convencido de que iban a abandonar la cabaña en pocas horas, pero necesitaba —de una forma u otra— calmar sus impulsos.

***

Mary abrió los ojos y se dio cuenta de que ya era de día. Estaba sola.

¡Por suerte!

No sabía lo que sentiría al cruzarse con la mirada de Craig, y era mejor que fuera en otro lugar que en la cama.

Escuchó unos ruidos del exterior.

Si bien había planeado irse al alba, acababa de constatar que era demasiado tarde. No podía robar el caballo de Craig y escapar como una vulgar ladrona. No, ella no podía comportarse así, y al menos tenía que darle las gracias por haber cuidado de ella. ¡Aunque, en gran medida, ella había caído por su culpa! ¡Y así se lo haría saber! Pero luego pensó en su cuerpo desnudo y atractivo, notó que le ardían las mejillas. El deseo por ese hombre se hacía notar entre sus piernas y era evidente que necesitaba poco para reavivar la llama que él le provocaba. Era mejor que no la encontrara en la cama cuando volviera. Saltó de ella, enfadada consigo misma pero algo contenta al constatar que su dolor de cabeza había desaparecido. Dobló el *plaid*, lo dejó sobre la mesa, se dirigió a la puerta que llevaba al exterior y se abstuvo de dar un paso más.

Craig estaba allí, a pocos metros, ante el sol naciente y con la espalda cubierta en sudor. Definitivamente, ese hombre no dudaba en desnudarse. Por suerte, esta vez llevaba puesto su *kilt*. Sin embargo, Mary no pudo despegar la mirada de su piel brillante, de los músculos del joven, tensos por el esfuerzo… Habría podido quedarse horas admirándolo.

Se le escapó una sonrisa.

¿Por qué había cortado tanta leña? ¿Pretendía quedarse ahí?

Tomó una bocanada de aire, dispuesta a interrumpirlo para pedirle si podía acompañarla a casa de su tío. Al igual que el día anterior, era incapaz de orientarse para encontrar el camino de vuelta. La dejaría a poca distancia y continuaría a pie. Así, ella sería la única en sufrir la reprimenda de sus padres y, definitivamente, la de Colin Kinkaid, el jefe de su clan. No quería que los vieran juntos y que Craig tuviera problemas por su culpa. Les ocultaría la verdad o, más bien, les diría una verdad a medias: que se había perdido, se había caído y había quedado inconsciente durante toda la noche. No podía reconocer ante su familia que había pasado la noche con un desconocido en una cabaña. Sobre todo si ese desconocido no era ni más ni menos que Craig MacLeod, quien tenía la reputación de ser un mujeriego.

Craig dejó el hacha y se pasó las manos por el pelo, y ella intentó dar media vuelta, pero algo se lo impidió. Algo cerca de la fascinación. Sintió que su corazón se aceleraba como nunca. Cuando él se giró y sus miradas se cruzaron, sintió que le faltaba el aire. No parecía sorprendido. Su mirada ocultaba algo difícil de expresar con palabras.

Se incorporó y se apartó de la puerta sobre la que se había apoyado para deleitarse con la visión del cuerpo del *highlander*, que se había sometido a un esfuerzo tedioso. No podía dejar que viera el efecto que provocaba en ella. Pero entonces, sin dejar de observarla con fogosidad, agarró el jarrón lleno de agua que tenía a sus pies y se lo echó por encima. Luego alisó su pelo hacia atrás y avanzó hacia ella con una ligera sonrisa en los labios. Mary estaba a punto de desmayarse de nuevo. No pudo hacer otra cosa que mirarlo de la misma forma y, cuanto más avanzaba, más se desbocaba su corazón.

Ahora entendía por qué se había desmayado…

Rezó para no perder de nuevo la consciencia. ¡Ella no era una mujer débil, maldita sea! Craig tenía un cuerpo magnífico, unos ojos igual de bellos, pero no era razón suficiente para quedarse embobada. ¿Por qué su cuerpo reaccionaba de esa forma?

Craig se detuvo a un metro de ella y Mary recobró el aliento.

—Mi señora…

Su voz era áspera, pero igual de bonita que el resto de su persona.

Tragó con dificultad antes de responder:

—Mi señor…

—¿Cómo se siente?

Tenía ganas de hacerle ver que si estaban en esa situación era por su culpa, pero su sonrisa, su increíble mirada y la dulzura de su expresión se lo impidieron.

—Bien, creo…

—¿No se ha roto nada? —preguntó con suavidad.

¿Se reía de ella o era su forma de dirigirse a las mujeres? Como si… Como si supiera que se las llevaría a la cama.

Ella lo miró.

—¡Nada! Y no me hubiera caído de la montura si usted…

Él la miró con más intensidad y ella se calló.

—¿Sí? —se mofó él, con una sonrisa tan amplia que forzaba las comisuras de los labios.

¡El muy idiota…!

Definitivamente, su reputación le precedía.

Mary no retrocedió cuando él se acercó más y puso su mano en el marco de la puerta, cerca de su rostro. Su aroma desató sus sentidos y, lejos de disgustarle, reavivó su deseo… y su ira, el único mecanismo de defensa que había encontrado para negar lo atraída que se sentía por él.

—¡Si hubiera sido más prudente…! —soltó ella.

—¡Ah! Porque, según usted, es mi culpa que usted se cayera.

—¡Por supuesto! ¡Desde luego, no es la mía!

—¿Eso cree usted?

Deja que se mofe, ¡qué más da!

Se inclinó más, hasta casi tocarla.

Sus ojos se entrecerraron.

—Quizá cayó por la simple y buena razón de que le atraigo y de que me desea —susurró en su oreja—. Quizá porque nunca ha conocido a un hombre como yo…

Ella agrandó los ojos, sorprendida.

—Un hombre arrogante, ¡eso seguro! —susurró—. Ahora, si me disculpa…

Se escabulló del cuerpo de Craig, aún apoyado en el marco de la puerta, y se alejó.

No había dado dos pasos y ya sintió una mano alrededor de su muñeca.

—¡Espere!

Ella se giró y fijó una vez más sus ojos en los de él, algo que debería haber evitado. Su respiración se volvió intensa al percibir el interés que suscitaba. Era evidente que el hecho de que ella se rebelara no le disgustaba, sino al contrario; tenía la impresión de que se iba a lanzar desbocado a sus labios. Pero ella sabía quién era él y de lo que era capaz. No podía dejar que la besara.

De nuevo, dejó que la ira la invadiera.

—¿No cree que ya ha hecho suficiente?

Él alzó una ceja, sorprendido.

—No entiendo a qué se refiere…

—Bueno, yo sí que lo sé, así que déjeme ir.

Soltó su muñeca, que todavía sostenía entre los dedos. Lo hizo lentamente, como a desgana. Y eso fue como una caricia en su piel.

—No tiene nada que temer conmigo, señorita, se lo prometo. No le deseo ningún mal.

Eso no era lo que ella creía, por muchas razones: la primera era que —obviamente— era digno de su reputación como mujeriego y libertino.

—¡La llevaré a casa! —añadió ante su silencio.

Colocó su mano sobre su pecho e inclinó la cabeza, con una actitud cortés, pero todavía asomaba una sonrisa en sus labios.

¿Se le había metido en la cabeza seducirla?

—Discúlpeme, tendría que haber comenzado por ahí. Me presento: Craig MacLeod. Para servirla, mi señora.

—Sé perfectamente quién es, Craig MacLeod —admitió ella, satisfecha de ver la sorpresa invadir su rostro—. Ya nos habíamos conocido.

Esta vez frunció el ceño.

—Si fuera el caso, le aseguro que me acordaría. Nunca olvido a una mujer bella cuando me la cruzo.

—Quizá porque no las mira con suficiente atención —respondió ella con sequedad—. O quizá porque no está realmente interesado en su rostro, sino en otra parte de su anatomía.

Contra todo pronóstico, él estalló en carcajadas.

—Dios mío, ¿de dónde sale usted?

No pudo evitar responderle con una sonrisa y efectuó una pequeña reverencia.

—Mary Kinkaid. Soy la prima de Maddie. Nos conocimos en su boda. ¿Cómo está su hermano? Oí que se había casado de nuevo —añadió mientras se incorporaba.

Era mejor hablar de la familia que dirigir la conversación hacia caminos más íntimos.

—Está bien. Su mujer y su hijo también. Pero yo…

—Tenía quince años en ese momento —cortó ella—. Es normal que no se acuerde de mí —continuó como hablando para sí misma—; era demasiado joven para despertar su interés.

Sin duda había ido demasiado lejos, pero tenía tres hermanos y ninguna costumbre de medir sus palabras. Además, atraparlo en su propia trampa hacía que se divirtiera.

—¿Siempre es así de directa?

—Sí, ¿por qué? ¿Le supone un problema?

—¡En efecto! ¡Ahora comprendo mejor que no se haya casado aún!

¡Touchée!

—¿Quién le ha dicho que no lo estoy?

—Lo sé; eso es todo. Sé reconocer a una mujer virgen cuando la veo.

Se le cortó la respiración.

Ese hombre era realmente un patán, pero en vez de enfadarse, decidió mofarse de la situación. Los pretendientes no le faltaban. No tenía ningún problema con los hombres, era solo que… ninguno había despertado su interés. En cualquier caso, no lo suficiente como para querer perder toda su vida y su independencia para entregarse a otro. Quizá su carácter tenía algo que ver con eso, pero nunca se lo había preguntado.

—Bien, mi señor, no es que no me esté divirtiendo —ironizó ella—, pero me encantaría volver a casa de mi tío. Así que, si su invitación de acompañarme sigue en pie, acepto. Pero exijo que nos vayamos de inmediato.

La observó y luego se inclinó en gesto de reverencia, sin perder la sonrisa.

Era evidente que se estaba divirtiendo.

—Sus deseos son órdenes, mi señora. Espéreme aquí; será solo un segundo.

Se dirigió hacia su camisa, que había arrugado en una bola sobre una piedra, se la puso por dentro del *kilt*, luego recogió los trozos de madera, el hacha y entró en la cabaña. Al no verlo salir, Mary se dirigió hacia el caballo y lo desató. Se subió en la silla. Solo con la idea de sentir a Craig pegado en su espalda, sus emociones volvieron al galope. Casi estalló de risa cuando lo vio

salir llevando el *plaid* y la espada, que golpeaba su costado izquierdo a cada paso. Al ver que no estaba donde la había dejado, se detuvo.

—Mi señor…

Giró la cabeza y creyó ver en él un gesto de alivio.

¿Realmente le preocupaba la idea de dejarla sola en el bosque? ¡Seguro que sí! ¿Quizá sus aires de gran seductor escondían un alma de caballero? ¿Podría acabar con su arrogancia para ver al hombre más allá de la reputación que se había forjado? Pero eran los actos los que hacían ver cómo era una perdona. Y dada la situación, lo mejor era no confiar en él. Tal vez así olvidase la gran atracción que ella sentía por él o el hecho de que su cuerpo la traicionara tan pronto como ponía los ojos sobre ella.

¡Como ahora!

Se dio cuenta de que estaba devorándola con la mirada. Luego le guiñó el ojo antes de poner un pie sobre el estribo y subir detrás de ella. ¿Un guiño? ¿De verdad? ¡Este hombre sería su ruina!

Pero cuando sintió que su cuerpo se pegaba al suyo en la silla —que, afortunadamente, era lo bastante grande como para que cupieran los dos—, sus muslos rozando con la entrepierna del otro, y luego la rodeó con los brazos para tomar las riendas, le costó respirar una vez más. Estaba demasiado cerca para disimular su excitación. Se esforzó en olvidar lo que provocaba Craig en su cuerpo e inició una conversación:

—¿Qué hacía en nuestras tierras? ¿No temía haberse aventurado demasiado? Podría haber provocado un altercado.

Él rio.

—No me impresiono fácilmente, Mary.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta, y le revolvió el estómago.

Una cosa más…

—No, claro, un hombre como usted no conoce el miedo —ironizó ella—, pero igualmente se encontraba en las tierras de mi tío, ¿no?

No pensaba que estuviera espiando para su clan, pero ¿por qué no?

—No es para tanto, simplemente me alejé demasiado de mi hogar —decretó él.

Ah… Puede ser…

—Y usted ¿qué hacía tan lejos? —preguntó él tras unos segundos de silencio.

Iban al paso, lo que les permitía hablar. Por sorprendente que fuera, y aunque el atractivo de Craig fuera un tormento para su cuerpo de mujer, no tenía prisa por separarse de él. Sin embargo, era lo mejor; *lo más inteligente*. Pero la idea de no volverlo a ver le rompía ligeramente el corazón.

—Me había perdido —reconoció ella.

—Pues me alegro. Así nos hemos podido conocer —susurró él en su oreja.

Y para hacerlo, tuvo que acercarse más a ella.

La respiración de Mary volvió a entrecortarse.

Nunca había cabalgado así, delante de un hombre. Era enardecedor. Además, su entrepierna chocaba con el extremo de la silla, lo que provocaba una dulce fricción a cada paso del caballo. Una fricción que ella conocía bien, puesto que ya había sentido ese placer alguna que otra vez montada en su silla.

Una oleada de calor invadió todo su cuerpo y enseguida decidió asentarse entre sus muslos. Le pareció que Craig compartía esa sensación.

Cerró los ojos con fuerza al sentir su aliento en la nuca.

Qué agradable sería poder besarlo…

Apartó esos pensamientos impuros de su mente y se incorporó.

No podía pensar en un hombre de esa forma; no era lo correcto. A menos que, de repente, decidiera no ser comedida y perfecta, sino al contrario, escuchar su deseo, que no dejaba de atormentarla.

Volvió a desatarse la pasión en ella.

¿La besaría si se lo pedía? Si ella le decía que tenía curiosidad por saber lo que se sentía al besar a un hombre, ¿aceptaría? ¿No debía atreverse mientras aún pudiera? ¿Mientras estuvieran solos en el bosque? Le gustaba tanto que tenía miedo de que ningún otro hombre la cautivase nunca del mismo modo. ¿No era esa la ocasión? ¿Y si acababa casándose con un hombre a quien no deseara? Su cuerpo había despertado gracias a su roce con Craig y lo deseaba tanto que dolía.

Sin mediar palabra, apretó los muslos contra los de ella, como si él también buscara calmarse con su contacto. Ella se moría de ganas de dejarse llevar con él y, de repente, tuvo miedo de perder el control. Habría preferido que él tomara la iniciativa y posara una mano sobre su piel. Estaba indecisa y nunca se había sentido así. Solo sabía que quería que la tocara para calmar la tensión que había entre ellos, que se había vuelto casi insoportable.

—Que sepa que me asustó, mi señora —retomó él con la voz ronca—. No recuperaba la consciencia.

Parecía haberse recuperado, pero su respiración aún temblaba ligeramente. Con un poco de suerte, no se habría percatado y no intentaría nada por su parte. Solo se había mostrado respetuoso y considerado.

En ese instante no supo si estaba aliviada o decepcionada, pero era mejor así.

—Ahora ya estoy bien —susurró—. ¿No puede ir más rápido? Quiero volver cuanto antes —añadió con frialdad.

Ante todo, tenía prisa por que su calvario terminara.

—Claro. Como le he dicho, sus deseos son órdenes —murmuró él en su oreja.

Pasó un brazo por alrededor de su cintura para apretarla más contra sí antes de animar a la montura con las riendas, y el animal partió al galope.

Cabalgaron así durante lo que a ella le parecieron horas.

Se agarró lo mejor que pudo, pero, tras unos momentos, sus manos, agarradas a la silla, empezaron a dolerle y sus brazos temblaban. Estaba agotada, así que no podía hacer otra cosa que dejarse llevar por Craig. Se sentía débil. Esto se debía a su caída, sin duda; puesto que, desde que habían empezado a galopar, había dejado de pensar en su deseo. Solo se concentraba en mantenerse sobre la silla.

Sintiendo que sus fuerzas empezaban a debilitarse y consciente del esfuerzo que le pedía, Craig ralentizó la marcha y puso al caballo al paso, lo que les permitió respirar.

—Gracias, no podía más. Me temo que será por la caída.

—Sin duda. Lo entiendo —contestó él.

Quitó el brazo de alrededor de su cintura y, como antes, ella se sintió perdida.

—¿Ha estado en la corte, mi señor?

Quizá debían hablar como dos buenos amigos; y así podrían pensar en otra cosa.

—Sí, ¿por qué?

—Pronto me convertiré en una de las damas de la corte de la princesa Annabelle. Es por esta razón por la que estamos de paso en casa de mi tío. ¿La conoce?

Ella notó cómo se tensaba.

—Solo de vista —respondió con sequedad.

—¿Le pareció amable?

—¡Por supuesto!

¿Eso era todo?

Ella se giró, apoyándose sobre la silla, para observar sus facciones. ¿Qué era lo que le molestaba? ¿Por qué, de repente, le parecía tan distante?

—¿Podría decirme algo más, si ya la ha conocido? ¿Es tan difícil tratar con ella? —preguntó ante su silencio.

—Dejaré que se forme su propia opinión sobre ella, mi señora; no querría influenciarla.

A veces podía ser tan cabezota…

—No me influenciará, Craig. Se lo pido como un favor.

—Entonces, sí tengo un consejo que darle, Mary: ¡Niéguese!

¿Perdón?

—No puedo. —Suspiró. Acto seguido, se recolocó en la silla, agitada por su reacción—. Allí seguro que conseguiré un buen matrimonio.

—Los buenos matrimonios se hacen en las *Highlands*. No hay necesidad de ir a la corte para eso.

¿Por qué de repente parecía encolerizado?

Desde luego ese hombre la confundía cada vez más. Hasta el punto de creer que había soñado con poseerlo en la intimidad después de que ambos hubieran conversado y ella le hubiera revelado su identidad.

—¡Estoy de acuerdo con usted! —respondió ella en el mismo tono, retomando la palabra—. Pero como no hay ningún pretendiente que me convenga, supongo que mi destino no es encontrar un buen partido aquí. Eso es todo.

Ella se giró para observarlo y se sorprendió al descubrir unos rasgos rígidos y una mandíbula tensa.

—¿Todo va bien, señor MacLeod?

—Todo va muy bien, sí. Estamos llegando al hogar de su tío.

Se giró de repente e ignoró su reacción. Al fin y al cabo, que se enfadara no era su problema. Ella vio el fuerte de su tío en una colina.

—Oh… Entonces, deténgase. Continuaré a pie. No querría que tuviera problemas por mi culpa. Sé que mi tío no les guarda especial aprecio.

—¡Demasiado tarde!

¡Maldición!

Tenía razón; una tropa acababa de salir del castillo. Los guardias del camino de ronda los debían de haber visto. O quizá habían ido en su búsqueda…

—Escape, yo los detendré —aseguró ella con vivacidad y queriendo saltar del caballo.

Él la retuvo y continuó avanzando.

—No hay nada que me puedan reprochar, Mary. Si me voy, creerán que huyo, y como ya habrán visto mis colores, eso solo haría que se presentaran en mi hogar. Algo que no querría por nada en el mundo.

—Lo siento —dijo sin poder evitarlo.

—No lo sienta, no es su culpa. No cayó expresamente del caballo.

—¡Eso es verdad!

—¡Sé que soy irresistible!

Comprendió que sonreía, aunque no pudiera verlo.

—Es verdad —susurró ella.

Ahora podía reconocerlo; no volvería a verlo.

Él se tensó y su aliento le acarició de nuevo la nuca, lo que la hizo estremecer.

Ella sintió la necesidad de que posara sus labios en su piel, pero, por desgracia, él no iba a hacer algo así. No ahora

—Me habría encantado que hubiera sido de otra forma…

¿Qué quería decir con eso?

No tuvo tiempo de preguntárselo, dado que la tropa se dirigía a su encuentro y ella reconoció a su tío y a su padre a la cabeza.

Craig saltó del caballo, al que agarró de la brida. Ella lo imitó.

Esperaron a que los caballeros hicieran lo mismo.

Mary sintió que su corazón se encogía al cruzar la mirada con la de su tío. Como jefe del clan, y aunque su padre estuviera presente, era él quien iba a llevar la conversación; estaban en su hogar. Su expresión de pocos amigos le hizo pensar lo peor.

—Querido tío, se lo explicaré todo —tanteó ella.

Colin Kinkaid elevó la mano para impedir que siguiera hablando.

—No es a ti a quien quiero escuchar, sino a él.

—No tiene nada que reprocharle, todo ha sido mi culpa —insistió ella, ignorando la mirada furibunda de su tío—. Caí del caballo.

Por muy *laird* que fuera, no tenía ninguna autoridad sobre ella. Iba a ir a la corte, así que…

—¡Silencio! ¿MacLeod? ¿Qué haces en mis tierras?

—Me perdí.

Mary se puso una mano sobre la boca para disimular una risa nerviosa, lo que le valió otra mirada furiosa de su tío. En cuanto a su padre, que estaba detrás de su hermano, se contentó con fruncir el ceño. Su padre se parecía mucho a su hermano mayor. Al igual que él, era moreno, de ojos oscuros y de rasgos finos, pero de carácter mucho más apacible, gracias a Dios. De todas formas, se llevaría una reprimenda por su parte. Con todo y con eso, estaba visiblemente aliviado de verla sana y salva, y eso era lo que importaba. Pero su tío Colin no opinaba igual, sino que parecía furioso, hasta tal punto que temió por Craig.

—¡No te rías de mí!

Craig puso una mano sobre su espada.

—¿Dudas de mi palabra?

Los dos hombres tantearon con la mirada y su tío adoptó un aire desdeñoso.

—Es verdad que ahora sabes pelear, MacLeod. Tus hazañas en el campo de batalla han llegado a mis oídos. —Se quedó un momento en silencio—. Sin embargo, no confío en ti. Igual que tampoco he confiado nunca en tu hermano.

Craig miró a Mary intensamente y luego devolvió la atención a su tío.

—Soy muy consciente de que no debería encontrarme ante su puerta, y menos acompañado de su sobrina, así que aceptaré su castigo.

¿Se había vuelto loco? ¿Acaso no sabía de lo que era capaz Colin Kinkaid? Odiaba a los MacLeod, todo el mundo lo sabía.

Mary quiso defenderlo, pero se abstuvo a tiempo: no haría otra cosa que empeorar la

situación.

Su tío entrecerró los ojos.

—Sé por una fuente de confianza que te casarás con Annabelle y, como mi sobrina, aquí presente, tiene que ir a la corte, tú la acompañarás y la protegerás. Si le sucede algo, responderás con tu vida.

Mary tuvo la impresión de que de que sus piernas se volvían de gelatina.

¿Craig se iba a casar con la princesa? ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Y qué pretendía su tío con esa nueva artimaña?

El horror de la situación le estalló de pleno en la cara: ahora estaban atados el uno al otro por la sentencia de su tío. Si algo iba mal, Craig perdería la vida. Era eso o la guerra entre los dos clanes.

A lo mejor su tío solo estaba esperando un pretexto para que eso sucediera… Y que ella fuera ese pretexto la llenaba de remordimientos.

4

Craig observó a Mary. Le indicó con una mirada pétrea que no interviniera, puesto que no haría más que reforzar el rencor que Colin sentía hacia él. Los soldados no necesitarían demasiado para ensañarse con él. Y, una vez acabaran con él, atacarían el clan MacLeod y a su hermano en particular.

Le mostraría respeto simplemente por edad, a pesar de que no le tenía el más mínimo aprecio. En ningún caso quería agregar aún más pretextos para provocar una posible trifulca. Así que, si quería que fuera la carabina de Mary en la corte, muy bien, cumpliría con su papel, con independencia del esfuerzo que supusiera.

—Acepto. Que vaya a buscar sus pertenencias —ordenó, ignorando a Mary.

Tenía que olvidar el deseo que sentía por esa mujer, ¡y rápido!

No podía permitírselo; había aceptado casarse con otra mujer.

—¿He sido lo suficientemente claro, MacLeod? —insistió Colin.

—¡Perfectamente! La protegeré. Cumpliré mi palabra.

Colin respondió con un gesto de aprobación y dio la orden de subir a sus monturas.

Mientras Mary se daba la vuelta con una expresión de confusión en el rostro, su padre vino para tenderle la mano.

—Le agradezco que se haya ocupado de mi hija, señor. Tiene toda mi gratitud.

—No le sucederá nada. Cuidaré de ella como si fuera la niña de mis ojos.

Y cuando estuviera casado, ¿cómo iba a cumplir con eso?

El rey no mostraba vergüenza alguna a la hora de llevar a jovencitas a su cama. Con ese pensamiento no pudo evitar apretar los puños. Tendría que explicarle a Mary qué sucedía en la corte, tanto por el rey como por las cortesanas de moral cuya moral era más que dudosa. Pero cada cosa a su debido tiempo. Por el momento, irían juntos a Edimburgo. Se preguntó de repente si podría resistirse al nuevo deseo que se había despertado en su ser.

El padre de Mary le dio las gracias una vez más y luego fue a buscar su montura. Luego le tendió el brazo a Mary y la subió con él. La pequeña tropa rehízo el camino y lo dejó solo con sus pensamientos.

***

A pesar de la furia que sentía por lo que el destino había decidido para ella, Mary fue rápida y recogió sus escasas pertenencias, que cabían en un cofre. El servicio de su tío ató el cofre a su yegua, que había vuelto sin ella. Su madre la abrazó y la apretó contra su pecho entre lágrimas. No había dejado de llorar desde que habían llegado al castillo, y Mary se culpaba de su dolor, aunque no pudiera achacarse lo que estaba sucediendo. Su tío había dictado sentencia y, como jefe del clan, todos debían obedecer. Se tomó su tiempo para contarle su pequeña aventura, y le aseguró que Craig MacLeod, a pesar de su terrible reputación, se había comportado como era debido con ella. Le prometió que todo iría bien y le pidió que no se preocupara por ella. Luego

besó a sus padres una última vez, aceptó la moneda de oro que su padre le entregó, la introdujo en el bolsillo de su vestido y montó en la silla.

Se giró para dar un último adiós antes de cruzar la puerta monumental de la fortaleza. No podía evitar preguntarse cuándo volvería a verlos. Dos guardias de su tío la acompañaron hasta Craig MacLeod. Allí les abandonaron a su suerte y luego regresaron a la fortaleza, dado que no se le había autorizado a que nadie la acompañara a la corte, más allá del apuesto MacLeod. No obstante, estaba acostumbrada a valerse por sí misma; sus padres no eran tan afortunados como para que ella poseyera su propia sirvienta. Sus vestidos eran sencillos y se ataban por delante, así que no necesitaba a nadie para que la ayudara. Y, como Craig respondería con su vida si le sucedía algo, su tío había creído que no era necesario que los acompañaran sus guardias.

Tan pronto como se unió a Craig, este se puso al galope, y la obligó a hacer lo mismo.

No pudo ni siquiera girarse una última vez para contemplar el hogar de los Kinkaid. Si bien ella quería pedirle explicaciones, tendría que esperar, puesto que cabalgaban demasiado rápido como para poder hablar.

Sin duda lo harían más tarde… Y aunque él se negara, ella lo forzaría a explicarse. Parecía testarudo, pero ella también podía serlo.

Cabalgaron a brida tendida durante todo el día, hasta que Craig ralentizó el paso al llegar a un claro. Habían ido tan rápido que no se había fijado en los paisajes, que ahora parecían distintos a los que conocía. Ante ellos se alzaban los muros de un recinto, flanqueado por unas puertas que se abrieron a su paso.

Craig puso su montura al paso y Mary, aliviada, lo imitó.

Se colocó a su altura.

—Siento muchísimo imponerle mi presencia —reiteró ella. Tenía que decirle lo que pensaba —. Y también siento la forma en que mi tío lo ha tratado.

—No pasa nada. No es su culpa.

—Lo sé, ya me lo ha dicho, pero… ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Ahora no —soltó él mientras saltaba de su montura.

Lanzó las riendas a un miembro de su clan que hacía las funciones de mozo de cuadras y que había corrido hacia ellos.

—Ocúpate del cofre de la señora Kinkaid —ordenó con una voz tajante mientras ella se bajaba del caballo—. Usted, ¡sígame! —se dirigió a ella con brusquedad.

Al verlo alejarse sin mirar atrás, lo retuvo del brazo.

—¿Por qué está enfadado si no deja de repetir que no es mi culpa? ¿Me culpa o no?

Tuvo la impresión de que todas las personas presentes en el patio los observaban, pero le daba igual.

—¡No estoy enfadado!

—Sí, lo está, y quiero saber por qué.

—¡Craig! Al fin —los interrumpió un hombre cruzando la puerta del hogar señorial, seguido de una mujer preciosa que sostenía a un bebé en sus brazos—. Nos preguntábamos qué te había pasado.

Mary reconoció a Alexander.

—Es una larga historia —respondió Craig antes de devolverle el abrazo—. Déjame que te presente a Mary Kinkaid, la prima de Maddie.

Alexander le tendió la mano, mudo. Se había quedado sin palabras al haber escuchado el nombre de su primera esposa, que había fallecido en el parto y de quien estaba perdidamente

enamorado. Sin embargo, ahora parecía alegre, al igual que su actual esposa, que permanecía unos pasos más atrás.

—Bienvenida a nuestro hogar, Mary. Le presento a mi mujer, Elizabeth. Y a nuestro pequeño hijo, Malcolm.

—Lizzie, por favor —dijo Elizabeth acercándose a ella.

—Un place, Lizzie —respondió Mary—. Buenos días, preciosidad —saludó con una sonrisa, acariciando la mejilla del pequeño.

Adoraba a los niños y, en general, estos también la adoraban a ella.

Al menos los de sus hermanos.

—Venga, recupere fuerzas —les invitó Lizzie—. Enseguida le mostraré su habitación, a menos que prefiera ir directamente a descansar.

Se giró hacia Craig.

—¡Haga lo que le plazca! —respondió con sequedad, lo que provocó una mirada de sorpresa de su hermano.

—Descansaría encantada —concedió Mary mientras llevaba su atención a Elizabeth.

—Haré que le suban la comida. Luego, que le preparen un baño —decretó Lizzie cambiando a Malcolm de un brazo a otro.

Mary la siguió al interior y decidió ignorar la actitud de Craig. Cuando entró a la estancia, se sorprendió gratamente por la grandeza del lugar. La apariencia decrépita del exterior de la fortaleza no dejaba intuir un interior tan espléndido. Había seguido un poco la historia. Las *Highlands* eran muy extensas, pero todo acababa por saberse, y su tío había echado humo en su momento —ella se acordaba—, cuando Alexander se había casado con Elizabeth MacDonald, y todavía más cuando había heredado sus tierras, lo que lo había convertido en uno de los clanes más poderosos, por no decir el que más. Quizá no fuese el más rico, pero poco le faltaba. Colin le habría deseado el mal y la infelicidad para su exyerno y Mary no comprendía esa animosidad: Maddie había muerto dando a luz; no había sido culpa de su marido. Además, había esperado dos años antes de tomar otra mujer, algo que un gran número de hombres no era capaz de hacer.

Mary siempre había creído que los hermanos MacLeod eran muy guapos y, a pesar de su reputación, ella no podía evitar sentirse atraída por Craig. Debía olvidarlo, ¡no había alternativa! Tenía que ignorar sus sentimientos por mucho que lo deseara. ¡Estaba prometido a otra! Pero ¿cómo resistirse si estaba obligada a permanecer a su lado constantemente?

No dejó de pensar en él mientras siguió a Lizzie a través de la casa, hasta la habitación que esta le asignó. Siguió pensando en él mientras comía lo que le habían llevado a la habitación y también cuando se dio —a solas, lo que le causó un tremendo placer— un baño en el que, al fin, consiguió relajarse.

No tenía prisa por ver de nuevo a Craig, y aún menos por quedarse a solas con él.

5

Craig se sentó frente a su hermano en la mesa donde los hombres comían, esperando que la presencia de Mary en su casa no hubiera devuelto a la vida el dolor de un pasado oscuro. Sin embargo, después de todo, no era su culpa que ella estuviera en la fortaleza MacLeod, sino la de Kinkaid. Kinkaid, quien parecía buscar a toda costa el pretexto para una guerra.

Si hubiera sabido lo que el futuro les deparaba y que el viejo le impondría la presencia de su sobrina, la hubiera dejado en el claro y hubiera regresado a su hogar. Sobre todo porque, después de haberse conocido, la bella joven no dejaba de acechar sus pensamientos, por mucho que se esforzara por olvidarse de ella. Tenía la impresión de que, por primera vez en su vida, su mente lo traicionaba, y cuanto más se forzaba a no pensar en ella, menos lo conseguía.

Sin embargo, tendría que lidiar con ello… Maldita sea.

—¡Explícate! —dijo de repente Alexander, después de que un sirviente le trajera una jarra de cerveza y dos copas, que llenó antes de retirarse.

Craig volvió a la realidad.

¿Por dónde empezar?

Él mismo se sentía perdido ante el sorprendente giro de los acontecimientos. Detestaba la idea de ser el origen de los problemas. ¿No había hecho siempre todo lo que estaba en sus manos para que todo fuera a mejor? ¿No había aceptado casarse con la princesa cuando no tenía ninguna gana de perder su libertad y ella solo le inspiraba rechazo?

Se tomó su tiempo para beber un trago y suspiró:

—¡No es mi culpa!

Alexander bebió a su vez mientras él se terminaba la copa y se servía de nuevo.

La cerveza fresca lo calmó; tenía que tranquilizarse.

—¿Qué hace esta chica en nuestra casa?

—Se cayó del caballo ante mí y se desmayó. La llevé hasta una cabaña que encontré, pasamos la noche y…

—¿Tuvisteis relaciones?

Craig se incorporó indignado.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—He visto cómo la miras —insistió Alexander.

—Cierto, no digo que la idea no haya pasado por mi mente, pero eso fue antes de saber quién era. Por Dios, Alex, ¡es una Kinkaid!

Casi se había ahogado de asombro cuando ella le había revelado su nombre. Aunque, al mismo tiempo, era previsible, puesto que se encontraba en sus tierras. Si hubiera sido una paisana, no se hubiese hecho tantas preguntas y hubiese probado su suerte por unos minutos de placer que ella hubiera aceptado encantada, estaba seguro. Ninguna mujer se le había negado jamás y se enorgullecía de conocerlas bien. Había poseído a muchas, pero en este caso, había tenido la consciencia de no acostarse con ella. ¡Por suerte! Si no, se habría metido en un buen lío. Aunque dada su tenacidad, estaba casi convencido de que ella no se habría dejado tentar tan

fácilmente, incluso aunque en el fondo lo deseaba. Estaba convencido de que lo deseaba casi tanto como él a ella.

¡Por Dios! Se había jurado sacarla de su cabeza y ya estaba pensando de nuevo en ella.

Tenía que parar, o ambos estarían condenados al desastre. No había lugar para que ambos se desearan.

—¿Dónde la has encontrado exactamente?

—En las tierras de los Kinkaid. Pasé la frontera sin darme cuenta. Tenía calor y quería bañarme. Sé lo que me vas a decir —añadió levantando la mano, antes de que Alexander lo sermonease—. No debería haberme aventurado en sus tierras, pero necesitaba alejarme.

Alexander lo miró con lo que parecía pena en el fondo de sus ojos.

—Lo siento, Craig. Por toda la responsabilidad que debes asumir en nombre del clan.

—No pasa nada, hermano. Sé dónde está mi lugar. No te fallaré; te doy mi palabra. Protegeré a Mary Kinkaid, como me ha pedido su tío. Vigilaré que nada le pase y me casaré con la princesa.

Cueste lo que cueste.

—No puede pasar nada entre vosotros, Craig, o será la guerra. ¡Colin lo está deseando!

Craig acabó su copa de un trago y se sirvió otra.

Quizá el alcohol consiguiera hacerle olvidar que una mujer a la que había deseado con locura desde que había puesto sus ojos en ella descansaba en una de las habitaciones de esa casa, bajo su techo, y que pronto estaría bajo su protección. Ella, la fruta prohibida.

Bebió un trago más.

—Lo sé, hermano. No pasará nada.

—Es bonita… —añadió Alexander, pensativo, tras unos segundos de silencio.

Maldita sea, ¿quería torturarlo él también? ¡Como si con su propia mente no fuera suficiente!

¿O quizá no pudiera dejar de pensar en Maddie? Mary tenía ciertos rasgos parecidos, como el color de sus ojos, de un azul igual de impresionante que su cabellera rojiza.

Sin querer causarle mayor sufrimiento a su hermano, a quien veía todavía inmerso en unos recuerdos que, sin duda, jamás lo abandonarían —aunque ahora fuera muy feliz con su mujer y su hijo—, se abstuvo de decir que, efectivamente, él también la encontraba bonita. Igual de bonita que Maddie, o incluso más. Igual de bonita e igual de grácil. Pero con mejor salud y llena de vitalidad. Su cuñada era de constitución frágil; Mary, en cambio, parecía fogosa y apasionada. Durante la cabalgada que los llevó hasta la fortaleza de los Kinkaid, no había dejado de pensar en el fuego que había visto en su mirada, en su breve conversación y en su claro interés por su desnudez y por su torso desnudo mientras cortaba madera. Se había puesto roja, y no quiso disimular su curiosidad, como solía intentarlo cualquier mujer virgen al conocer el placer por primera vez en los brazos de un hombre. Se imaginó de repente besándola hasta perder el aliento, sometiéndola a las delicias del placer… Pero sabía que eso no llegaría nunca, a menos que ocurriera un milagro, y eso era una tortura.

Sí, tenía que guardar las distancias; no tenía elección.

—Cierto, hermano —respondió en un suspiro—, es la mujer más bella que he conocido jamás. Pero no temas; como te he prometido, sabré comportarme.

—Lo sé, Craig. Sé que puedo confiar en ti. Y sé igualmente que no me decepcionarás.

La confianza de Alexander lo conmovía, puesto que él era incapaz de sentir lo mismo.

En ese instante, se sintió más solo de lo que nunca había estado. Era y sería para siempre el eterno segundón. Era el que tenía que obedecer las órdenes y el que no podía decidir sobre su vida ni sobre la persona a la que tenía derecho a amar. Por primera vez, lo culpaba y se sentía perdido.

6

Mary se levantó antes de lo previsto, con las primeras luces del alba. Había dormido poco y no había dejado de dar vueltas en su cama. Lo desconocido y la incertidumbre de los días que estaban por venir impedían que conciliara el sueño.

Se lavó, se alivió en el pequeño baño instalado en su estancia, se vistió rápidamente y, tras una vuelta por las cocinas, donde Teresa le dio un pequeño trozo de pan caliente, confió su escaso equipaje a uno de los mozos encargado de preparar su montura y salió al camino de ronda.

Quiso ver las tierras de sus ancestros por última vez antes de alejarse. Contempló el lago de los MacLeod, abajo, a su izquierda, donde las aguas brillaban bajo la débil luz del sol naciente. No podía ver las tierras de sus padres; estaban demasiado lejos, pero sabía en qué dirección mirar.

Una sombra se apoderó de su corazón. Estaba atemorizada.

Estaba a punto de dejar todo lo que había conocido y tenía miedo, con independencia de que Craig fuera a de ella. De hecho, le preocupaba especialmente que fuera él quien la escoltara.

Ese hombre la desconcertaba por completo. La noche anterior, durante la cena, había sido un calvario, a pesar de la bondad de Lizzie y la presencia del bebé, que gimoteaba en su pequeña camita entre las dos. Alexander había sido amable, aunque algo distante. Entendía por qué: se parecía a Maddie, lo sabía, y sin duda le recordaba a su primera esposa. En cuanto a Craig, sentía que la espiaba de cerca cuando ella no le prestaba atención; y cuando ella buscaba su mirada, él la esquivaba. Pero a veces sus ojos se cruzaban y los de Craig se cubrían de un tupido velo, y rehuía su mirada de una forma tan fugaz que creía haberlo soñado.

El resto del tiempo parecía enfadado.

¿Por qué? ¿No iba a ir a la corte para casarse con la princesa? ¿No se alegraba? Ese matrimonio sin duda era una buena alianza para las *Highlands*. Es más, a los MacLeod les convenía tener al rey como aliado. Más que un aliado, ¡un pariente! Cierto, tendrían que jurar fidelidad, y si alguna vez el rey necesitaba tropas para guiar a algún clan hacia el camino correcto, los MacLeod tendrían que seguirlo, y entonces entrarían en una guerra con un clan que podía ser su aliado o algún conocido.

¿Era eso lo que preocupaba a Alexander, que le había parecido igual de taciturno que su hermano, el cancerbero que iba a acompañarla a la corte?

Así es como había apodado a Craig: Cerbero, el guardián de los infiernos. Porque, con su ceño fruncido y su humor de perros —nunca mejor dicho— aún no había conseguido descifrar lo que sentía por ella, aunque que su actitud le hacía imaginar lo peor. Para intentar sacarlo de sus pensamientos, se hizo la promesa de cumplir con la tarea que se había encomendado: ser una espía para el clan Kinkaid. Así, no tendría la sensación de sacrificar su libertad en vano, sino la de estar en una especie misión.

Tal vez eso hiciera que la distancia fuera más tolerable…

Y tal vez encontraría a un hombre encantador, bien educado, no como ese rudo de Craig

MacLeod, que osaba bañarse desnudo en aguas que no eran suyas.

¡Qué ocurrencia! ¿Quién se creía que era?

Mary sintió se sintió observada. Al bajar la vista hacia el patio interior, se topó con los ojos de Craig. Su corazón dio un salto. Esta vez no se giró. Le dirigió un saludo irónico y dirigió los dedos a su frente, como un soldado saluda a su capitán, antes de subir a su montura. Ordenó que abrieran las puertas de la fortaleza y se giró de nuevo hacia ella.

—Usted no tenga prisa, mi señora —soltó—. ¡Ni que tuviéramos que cabalgar una semana entera!

Mary no se molestó en responder y, tras pocos segundos en los que se desafiaron con la mirada, se apartó del muro y bajó los escalones que llevaban al patio interior. Lizzie corrió para abrazarla una última vez mientras Alexander hablaba con su hermano.

—Ladra, pero no muerde —le dijo Lizzie a la oreja.

Mary contuvo la risa, mientras que la esposa del *laird* se alejaba ligeramente.

—Mi cuñado es un buen hombre, no lo dude jamás —añadió—. Estará a salvo con él en la corte. Estoy convencida de que cuidará de usted como cuidaría de un miembro de nuestra familia. Algo que usted ya es, en el fondo.

Craig MacLeod, ¿un buen hombre?

Mary no lo dudaba.

No, lo que a ella le hacía dudar era que, pese a su mala fama y su comportamiento hacia ella, no podía sentirse más atraída por él.

—Gracias, Lizzie, y gracias por haberme acogido —respondió Mary cogiéndole de las manos —. Imagino que no ha sido fácil, ni para Alexander ni para usted, tenerme bajo su techo, y siento si he hecho resurgir recuerdos dolorosos.

—No se preocupe por eso, Mary. Hemos hablado mucho de Maddie desde nuestra unión. Sé que ella y su bebé poseerán para siempre parte de su corazón. Es normal y lo acepto; se amaban y eran felices juntos. Una vez llegué a pensar que Alexander no me querría jamás, pero no ha sido así.

—Su esposo es un buen hombre, mi señora. Tiene mucha suerte.

—Me gusta pensar que así es.

Lizzie se giró para mirar a los dos hermanos MacLeod, que las estaban observando. Mary tuvo la extraña sensación de que hablaban de ella. Si ese era el caso, le pediría a Craig que le dijera de qué habían hablado. También le pediría que le hablara de otras cosas. Esperaba que aceptase responder a todas sus preguntas antes de llegar a la corte para saber qué esperar, tanto de él como de la forma en la que debía comportarse con la princesa.

Mary no había soltado la mano de la esposa del *laird*, quien se la apretó.

—Forman una pareja maravillosa, Lizzie. Los envidio. Espero que un día yo encuentre a un hombre con el mismo valor que el suyo.

Se dio cuenta entonces de que Craig, desde lo alto de su montura, la miraba de nuevo mientras hablaba con su hermano, lo que le confirmó que hablaban de ella. No podía escuchar lo que decían, pero lo habría dado todo por enterarse. Pero dada la tensión del rostro de Craig, comprendió que la partida sería difícil. Culpó a su tío por haberle impuesto esa situación. Como si alejarse de su familia no fuera suficientemente difícil, le asignaba a un hombre como Cerbero. ¿Y con qué fin? ¿Todo por una venganza personal? ¿Por qué veía en Alexander MacLeod el asesino de su hija? ¡Él no era el responsable! ¡Maddie murió en el parto, como muchas otras mujeres! Iba a traer al mundo una vida, la del pequeño que esperaba del hombre al que amaba

con todo su corazón. El hombre al que había escogido para casarse. Se había enfrentado a su propio padre para ello, cierto, y eso era lo que más le había costado aceptar a Colin y algo que nunca se perdonaría. Aunque su prima hubiera sufrido un destino funesto, Mary esperaba vivir la felicidad que ella había conocido. Esperaba, como ella y como le había dicho a Lizzie, conocer a un hombre bueno, un hombre que la amase tanto como ella a él, y esperaba poder darle un hijo. Para ella, no había mejor suerte posible. Ni mejor destino para una mujer. Que ella pudiera morir dando a luz no le importaba ni le hacía cambiar de opinión. ¡Era fuerte! Al contrario que su prima. ¡La muerte lo tendría difícil con ella!

—Y lo encontrará, estoy segura —dijo Lizzie mientras Mary estaba perdida en sus pensamientos.

—¿Mi señora? —la llamó de repente Craig, algo impaciente.

Mary se incorporó.

¿Iba a pasar el tiempo dándole órdenes? Si nadie había puesto a prueba la paciencia de ese hombre, ella iba a ser la primera en divertirse.

Le dedicó una sonrisa que le hizo arquear una ceja.

Todavía estaba enfadado, pero, después de todo, se había acostumbrado a su mal humor y había decidido no dejar que eso le afectara.

Se tomó su tiempo para besar a Lizzie una última vez y luego se dirigió hacia los dos hombres.

Hizo una reverencia ante el *laird*.

—Gracias, mi señor, por su acogida. Que Dios lo…

—Que Dios la tenga en su gloria, Mary. Buena suerte en la corte.

Definitivamente iba a necesitar toda la suerte del mundo para que las cosas fueran bien.

—Gracias, mi señor —dijo de nuevo antes de girarse y subir a su montura.

Colocó su bota en las manos del mozo, que la ayudó a subir, se sentó en la silla y rápidamente, antes de que se hubiera acomodado, Craig dio la orden de partir. Ordenó a su yegua a que fuera al paso, pero no tuvo otra opción que ir al galope en cuanto cruzaron las puertas.

Tras varios minutos, Mary pensó que iba a ser un infierno de semana. Le costaba seguirlo, aunque fuera una buena amazona. Enseguida fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en mantenerse sobre la silla, con sus ojos clavados en los de Craig. No se giró ni un solo segundo para ver si ella lo seguía. ¡Era evidente que le daba igual! ¡Quizá esperaba que se rompiera el cuello! Así se libraría de su carga. No, ella no podía tener ese tipo de pensamientos; Craig no era así, y había dado su palabra a su tío. Entonces, ¿qué sucedía? ¿Por qué era tan duro con ella? ¿Tanto detestaba su presencia?

Esa idea la entristeció.

En cualquier caso, por mucho que deseara interrogar a Craig, no podía hacerlo.

El día pasó sin que mediaran ni una palabra, ni siquiera en las pequeñas pausas en las que comían, dejaban descansar a las monturas o aliviaban sus necesidades naturales. Craig se dirigía únicamente a los guardias, e ignoraba su presencia, salvo para darle el trozo de pan y la carne seca que se le asignaban a la hora de la comida. Su expresión facial era impasible, tan rígida, que Mary no tuvo ganas de hablar con él.

Las horas pasaron y ella perdió la noción del tiempo.

Al caer la noche, Craig ralentizó el paso de su montura. Los hizo descender cerca de un pequeño lago y luego dio instrucciones a los guardias para que asentar el campamento.

Mary lo miró saltar de su caballo y ella misma habría hecho lo mismo si no estuviera

convencida de que sus piernas se negarían a sostenerla. Estaba exhausta y se culpaba por no haber dormido lo suficiente la noche anterior. Si lo hubiera sabido…, podría haberle pedido a Craig que ralentizara el paso, pero no lo había hecho. Por orgullo. No quería ser una carga para él. Esa frase no había dejado de dar vueltas en su cabeza durante todo el día, y cuantas más horas pasaban, más se confirmaba su teoría. Y si Craig no quería hablarle, si quería hacer como si no existiera, entonces ella haría lo mismo.

—¡Ya puede bajar de la montura, señorita! —dijo con molestia una voz cerca de ella—. A menos que desee dormir sobre la espalda de su yegua.

Ella saltó y bajó la mirada.

—A decir verdad, ¡prefiero la compañía de mi jaca a la suya!

Craig se echó a reír.

Y ese sonido resonó en su interior. Una cálida sensación vibró por todo su cuerpo, algo que aumentó su ira y su resentimiento hacia él.

—¿Le parece gracioso?

—No puede caminar, ¿verdad?

—¿Y de quién es la culpa? No soy tan resistente como usted. Podría haber…

No pudo acabar la frase: sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas.

¡Maldita fatiga!

Entonces Craig puso una mano sobre la suya, y ella sintió que su cuerpo se estremecía. Luego cogió su mano y la retiró de las riendas de la yegua. Mary se perdió en su mirada esmeralda y sentía que sus palabras llegaban a ella sin poder reaccionar.

—Voy a llevarla. Podrá relajar la musculatura en el lago.

Su voz era dulce. Eso solo la conmovió más. Parpadeó varias veces para secar las lágrimas, asintió y puso las manos sobre sus hombros mientras él la estrechaba de la cintura. La agarró con firmeza y ella se dejó caer hacia él. Pero apenas puso los pies en el suelo, soltó un pequeño grito, lo que obligó a Craig a agarrarla con más fuerza.

Sus ojos se encontraron y Mary tuvo la sensación de que el tiempo se detenía.

No existía nada más que él. Él y sus manos firmes alrededor de su cintura. Él y el calor de su cuerpo contra el suyo. Él y esa mirada tan intensa, que la había pillado desprevenida. Sintió su cuerpo vibrar en su misma sintonía. De nuevo, un extraño calor se asentó en su bajo vientre, justo en el centro de su feminidad. Pese a sentirse húmeda, se recuperó y retrocedió con energía antes de que la pasión la consumiera, pero sus piernas cedieron y cayó.

Oyó a Craig maldecir entre dientes antes de cogerla de los brazos para dejarla con delicadeza sobre una manta cerca del fuego. Habría querido retenerlo, aterrorizada por las sombras a su alrededor. Quería que la protegiera y que despertara a su lado como la mañana anterior, pero estaba tan cansada que le costaba mantener los ojos abiertos.

Suspiró de alivio cuando Craig puso una manta sobre ella. Y cuando trató de tirar de ella para entrar en calor, sus dedos se encontraron con los de Craig.

—Duerma tranquila —susurró él mientras retiraba su mano con dulzura.

Sintió que su tacto era una delicia. Luego cerró los ojos y se dejó llevar hacia el sueño. Al fin se sentía segura.

***

Craig detuvo su mano antes de dejarse llevar y acariciar la mejilla de Mary. En lugar de eso, se

sentó a su lado tras haber puesto otra manta en el suelo. Entre tanto, los guardias estaban ocupados estableciendo su propio campamento unos metros más lejos. Rebuscó en su saco y sacó un trozo de pan, un trozo de carne seca y una cebolla. Al día siguiente tendrían que cazar; sus guardias se encargarían de ello, al igual que de vigilar por la noche. Todavía estaban en tierras MacLeod, por lo que podían dormir tranquilos.

Contempló a Mary dormir.

Era valiente, tenía que reconocerlo. No se había quejado ni una sola vez pese a que el viaje había sido un infierno. No era realmente necesario ir a ese ritmo. Siendo honestos, no tenía prisa ninguna por llegar a la residencia real de Holyrood en Edimburgo, donde le esperaba un destino poco envidiable. Y tenía que ser aún más sincero consigo mismo: su actitud altiva solo se debía a una frustración que lo quemaba por dentro. ¡Como si pudiera encontrar alguna manera de escapar de la presencia de Mary! Nada podía sacarla de su cabeza. Ni siquiera cabalgar como un loco. No había dejado de pensar en ella. La veía tumbada cerca de él en la cabaña y pensaba en lo que había sentido y en lo que todavía sentía.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué contemplarla le aceleraba el corazón de esa forma?

Ella dejó escapar un suspiro y su sintió que se le iba a salir del pecho. Su miembro se endureció. Allí, de repente, lo hubiera dado todo a cambio de poder tumbarse a su lado. Necesitaba sentir su cuerpo cálido, sus nalgas rozando su entrepierna.

¡Dios mío! Esos pensamientos solo lo torturarían más.

Mary no era su destino, ¡no era para él!

Iba a casarse con la princesa, y si obedecía a sus instintos y la deshonraba, los Kinkaid les declararían la guerra. Es más, el viejo Colin nunca toleraría una nueva alianza con ellos si el rey, por algún milagro, lo liberaba de su deber.

No, lo mejor era dejar de pensar en Mary.

Craig se frotó el rostro con fuerza para apartar de su mente todo lo que le gustaría hacerle al verla tumbada a su lado, a tan solo unos centímetros de él. Su cuerpo de hombre la reclamaba. ¿Acaso la restricción carnal que se había autoimpuesto esas últimas semanas le estaba jugando una mala pasada, o bien esa jovencita era la chispa que había estado buscando para prender su fuego interior?

Se tumbó y miró hacia el cielo, y decidió ignorar su miembro, aún tenso por el deseo.

Ella no es para ti…

Con los ojos perdidos en la inmensidad del firmamento, se repitió esta frase para intentar convencerse, pero fue inútil. Sus párpados, sin embargo, se volvieron pesados y pronto fue incapaz de pensar.

Al escuchar el ruido de un cuerpo caer al agua seguido de un grito, se levantó de golpe, con la mano sobre la espada. Cuando descubrió que la manta a su lado estaba vacía y que una forma se intuía en el agua, se le heló la sangre.

¡Mary se estaba ahogando!

Soltó el arma, corrió hacia el lago sin siquiera quitarse la ropa y se lanzó sobre la forma blanca que veía con dificultad sobre la superficie del agua, bajo la débil luz del alba. Su corazón se aceleró ante el pensamiento de que ella ya estuviera muerta y se apresuró aún más. Sintió su cuerpo inanimado. Al escucharla gritar, se sobresaltó y blasfemó. Pero ella se agarró a sus hombros y estalló en una carcajada.

¡Esta chica estaba loca!

La empujó sin miramientos, pero perspectiva de sus pechos mojados y turgentes a través de su camisa le cortó el aliento. El deseo reapareció en forma de un dolor inaguantable.

—¿No podría dejar de ponerse en peligro todo el tiempo? —replicó él mientras la empujaba con dureza antes de darle la espalda.

Lo hizo para no lanzarse a sus labios, que resultaban igual de tentadores que la fruta prohibida.

Agradeció que la poca luz del alba disimulara la rigidez de su entrepierna, al menos mientras Mary no lo mirara de frente. O mientras no se rozaran, cuerpo con cuerpo. Entonces no podría entrar en razón y no estaba dispuesto a permitirlo.

—¡No estaré siempre ahí para salvarla! —añadió mientras salía del agua, lleno de furia.

—Yo no se lo he pedido, MacLeod —escuchó a su espalda.

Se giró.

—Entonces, la próxima vez dejaré que se ahogue.

Su risa lo pilló desprevenido.

—No me ahogaba, mi señor; me estaba dando un baño.

Se agachó para coger el vestido del suelo y se lo lanzó.

—¿Con el rostro bajo el agua? ¡Qué curioso! Podría darme las gracias en lugar de inventar historias. ¡Y vístase, por el amor de Dios!

Mary apretó el vestido contra sí y se sentó.

—¡Sé nadar! Y no tengo necesidad de que usted me salve; puedo apañármelas sola. Además, de cara al futuro, absténgase de tales iniciativas; eso nos evitará momentos incómodos, tanto para usted como para mí —añadió furiosa.

Craig la miró.

—¿De verdad está reprochándome que la salvase el otro día en el bosque? ¿La tendría que haber dejado a merced de las bestias salvajes o de cualquier banda de maleantes?

—No, no he dicho eso, pero…

—La he oído gritar —la interrumpió. Estaba perdiendo la paciencia.

—¡Solo porque el agua estaba fría!

—¡Debería haberse dado la vuelta cuando me ha oído!

—¡No le he oído! Me estaba dando un baño, le digo—gritó ella, exasperada.

Mary avanzó y se puso cara a cara, rozando su nariz con la de él en actitud desafiante.

Su olor le arropó y él sintió que sus bajos ardían de nuevo. Ella parecía una leona, colérica, con el vestido puesto solo por los brazos y la camisa pegada al cuerpo, lo que dejaba ver sus curvas —como si estuviera desnuda—, y la deseaba con todas sus fuerzas. No pudo evitar entrever las caderas ceñidas, el vientre plano y el triángulo en lo alto de sus muslos, el vello rojo…

Volvió a mirarla. Sus ojos parecían oscurecidos por la ira.

Sin duda se había dado cuenta de que la había recorrido con la mirada.

—Le prohíbo que me mire de esa forma —dijo entre dientes con reprobación.

Él se acercó hasta casi tocarla y susurró:

—No parece que le haya molestado, porque he visto que sus pezones me buscan bajo esa camisa.

—¡Están así porque tengo frío!

—Pero esa no es la única razón, ¿verdad? —respondió él.

Agarró su muñeca al aire antes de que ella pudiera abofetearlo.

—¡Es usted despreciable! ¡Lo detesto! —renegó ella.

Ambos se desafiaron sin dejar de mirarse a los ojos y con la respiración entrecortada.

—Me parece perfecto. Me atrevería a decir que yo siento lo mismo por usted. Ahora, vístase. ¡Nos vamos! —soltó antes de liberarla bruscamente y darle la espalda.

Se dirigió hacia los guardias con la idea de despertarlos a patadas por haber dejado que Mary se bañara sin vigilancia, pero se dio cuenta de que no solo estaban despiertos, sino que además observaban el espectáculo con una sonrisa bobalicona.

—¿Algún problema?

—No, mi señor —respondieron a coro mientras se ponían en pie de golpe.

—¡Eso espero! ¡A sus monturas!

—Mi camisa está empapada —intervino Mary, que lo sorprendió detrás de él—. ¿No puedo secarla un momento en el fuego antes de que nos vayamos?

—Tendría que haberlo pensado antes de meterse en el agua —contestó sin dirigirle una mirada.

Ella lo siguió de nuevo mientras se vestía. Él escuchó su respiración.

—¡Creía que tendría tiempo! Fue usted quien me dijo ayer que el agua del lago me iría bien. Y deje de caminar como si lo persiguiera el diablo.

En cierto sentido, podría pensarse que era el caso…

—¿Podría, al menos, detenerse y mirarme cuando le hablo? —se ofuscó.

Se giró tan bruscamente que Mary chocó con él, lo que le obligó a tender el brazo para que ella no cayera hacia atrás.

Dios mío, ¿no comprendía lo que le hacía sentir?

¿No era capaz de ver el estado en que estaba por el simple hecho de mirarla?

Si no fuera tan bella, tan radiante, tan fascinante…

La soltó de golpe.

—Entonces, no me hable más. Mejor aún, no se acerque a mí.

Vio sus preciosos ojos temblar.

—¡No es más que un patán, Craig MacLeod! ¡Y huele tan mal que alejarme de usted me parece una idea estupenda!

Craig abrió los ojos, sorprendido y la siguió con la mirada mientras ella se dirigía a su cofre. Sacó un chal, se lo echó por los hombros y lo cruzó por delante. Luego lo sujetó con un cinturón de cuero que realzaba su pecho. No pudo dejar de mirarla.

Dios mío…

Había hecho bien al pedirle que se alejara de él, puesto que no estaba seguro de que pudiera hacerlo él mismo, o —mejor dicho— de querer hacerlo, lo que aumentó su ira.

No se hablaron ni se acercaron durante el resto de la semana.

Ralentizó el paso para que ella fuera más cómoda. Aminorar la velocidad también haría bien a las monturas. Tendría problemas si Mary se hacía daño o si uno de los caballos se agotaba. Entonces tendría que llevar a la joven con él, algo que quería evitar a toda costa. Ya era suficientemente complicado sentirla a su espalda y a menos de un metro durante la noche. La piel se le erizaba con solo imaginarlo. En cuanto se detuvieran para asentar de nuevo el campamento, iría a cazar. Mary se quedaría bajo la vigilancia de los guardias. Necesitaba aislarse y extenuar su cuerpo para olvidar los deseos que lo atormentaban; para evitar, con suerte, recordar la imagen de ella bañándose en el lago. La veía una y otra vez con la camisa empapada y pegada al cuerpo. Imaginaba sus curvas sinuosas, el pelo mojado que encuadraba su precioso rostro. Cada vez que

Mary se cruzaba en sus pensamientos, sentía que le estaban torturando. Tenía que reconocer que ella había obedecido a su petición de mantener las distancias y, cada vez que sus miradas se cruzaban, ella sostenía la suya y lo observaba. Nunca había conocido a una chica con un carácter tan fuerte, y la admiraba por eso. A decir verdad, le atraía todo de ella, además de su extrema belleza: su fogosidad, su ímpetu, su vitalidad e incluso su tenacidad. Era capaz de despertar el fuego en lo más profundo de sus entrañas.

Ella no es para ti.

Tras pasar horas a su lado, incluso en la distancia, esa pequeña frase había perdido cierto poder, así que fue un alivio cuando vio Holyrood a lo lejos. Estaban llegando a Edimburgo. Si hubieran pasado juntos una noche más, probablemente habría sucumbido a sus deseos. No podía más; su intimidad echaba humo. Un incendio permanente se había apoderado de su sexo, y cada vez le costaba más ignorarlo. Su ira solo era una forma de enmascarar sus ansias de placer.

No detuvo la tropa y continuó cabalgando hasta el palacio real. Cuanto antes llegaran, antes se libraría de Mary. No sabía a quién tenía que confiarla y habría sido estupendo no tener que preocuparse por ello, de no ser porque le había dado su palabra a su tío. Estaban unidos por una promesa.

Entraron en la corte y llegaron a las cuadras, donde Craig confió sus monturas a los mozos. Como de costumbre, no ayudó a Mary a bajar de la yegua, pero se culpó al ver su expresión cansada y sus ojeras. ¿Era la fatiga del viaje o ella también tenía dificultades para descansar? Ignoró sus sentimientos y ordenó a sus guardias que se ocuparan del equipaje.

¡Tenía que ver al rey!

Y tenía que saber adónde llevar a Mary. Suponía que la llegada de la joven estaba prevista y que alguien se pronunciaría. Sin duda tendría que unirse a las otras damas de la princesa, y él tenía que dirigirse a la estancia que se le había asignado como futuro marido. Se imaginó una habitación inmensa, una cama con decoraciones de oro, lujosos tapices en las paredes y ante las ventanas, alfombras mullidas… Sintió cierta incomodidad. No estaba hecho para la opulencia. Nunca había deseado semejante destino, y se preguntó si podría soportar ese lugar, al igual que a sus gentes. La idea de no ser más que un juguete a manos del rey lo repugnaba.

—¡Espéreme! —ordenó Mary antes de subir la escalera que llevaba a la torre que servía de entrada al palacio, y donde él sabía que encontraría el despacho del mayordomo de la corte.

A la derecha de la torre había un gran edificio en el que se situaba el salón de baile, así como las habitaciones de las cortesanas, sobre varias plantas. Los aposentos reales se encontraban allí mismo, en esa torre cuadrada. La estancia de la reina, en el primero; el del rey, justo encima. En el desván se alojaban los sirvientes. Otros edificios más alejados albergaban las cocinas y a otros miembros del personal que se ocupaban del mantenimiento del lugar.

El mayordomo, al verlo entrar, se dirigió hacia él e hizo una reverencia.

—Señor MacLeod, es un placer volver a verle. Su Majestad lo estaba esperando.

Craig se obligó a poner buena cara y le dirigió una sonrisa de conveniencia.

—Me alegro. He acompañado a la señorita Mary Kinkaid, que a partir de ahora formará parte de las damas de la princesa Annabelle. ¿Sabe a quién se la debo confiar?

—Su Majestad ha insistido expresamente en verla antes de nada, mi señor.

Dado que no había lugar para objeciones ante la orden de un rey, Craig se apresuró a preguntar:

—Entonces, ¿dónde puedo encontrar a Su Majestad?

—En la liza, mi señor. Su Majestad ha organizado un gran torneo en honor a la princesa.

Tendrá una duración de dos días.

Y sin duda esa misma noche habría un baile… o quizá el rey había decidido anunciar su compromiso. El corazón de Craig dejó de latir por un instante. Esta vez sería de verdad. No había vuelta atrás, aunque lo deseara con toda su alma. Y pronto, en unos pocos minutos, vería a su futura esposa. Esperaba que le acogiera con mayor gentileza que las últimas veces.

Craig se despidió y se encontró con Mary bajo las escaleras, a quien le dio la orden de seguirlo. Se detuvo al sentir su mano alrededor del brazo. Se giró, dispuesto a reprochar que se hubiese atrevido a tocarle, pero la incertidumbre que vio en su mirada se lo impidió. Estaba asustada, cansada y obviamente luchaba por mantenerse erguida. Se culpó. No tenía nada que ver con todo aquello, no más que él.

—Nos presentaremos ante el rey —anunció en un tono más suave ante la mirada angustiada de ella—. Ha organizado un torneo en honor a la princesa y quiere vernos.

Ella asintió y siguió su paso. Craig retomó el camino por las afueras del castillo. Era evidente que no quería conversar más que él. No necesitó girarse para saber que la joven contemplaba todo a su alrededor, puesto que era su primera vez en el lugar.

No sabía cómo era la residencia de los padres de Mary, pero estaba seguro de que, aunque los Kinkaid eran ricos, nada la habría preparado para contemplar la magnitud de tales edificios ni la opulencia de sus gentes. Cuanto más avanzaban en dirección a la liza, más gente había, como era habitual en el palacio. El rey amaba la fiesta, y nada le gustaba más que rodearse de mujeres bellas y cortesanas. Toda excusa era buena para festejar. En cuanto a la reina, Joan Beaufort, era sobrina del rey de Inglaterra, Henry IV[1]. Su padre, John Beaufort, era su hermanastro, por lo que era inglesa. Craig había escuchado que no tenía un carácter muy vivaz. No solía asistía a las reuniones y pasaba el tiempo recluida en sus aposentos, tan lejos como podía de su marido, a quien había dado ocho hijos. Era evidente que él no dejaba de exhibirle sus numerosas amantes.

¡Era el rey! Tenía todo el derecho a hacerlo, y ella solo podía callar. Craig no aprobaba esta forma de pensar. En casa de los MacLeod, cuando alguien se casaba con una mujer, le era fiel. Por eso mismo, no tenía prisa ninguna en comprometerse. No quería tener que ser fiel a nadie. Le gustaban demasiado las mujeres y se preguntaba si llegaría un día en el que una sola le satisfaría.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontraron ante la liza, donde los caballeros competían armados con lanzas.

A su izquierda encontraron los bancos donde se sentaban las damas; a la derecha, los pabellones donde se amontonaban los combatientes, acompañados por sus escuderos. Bajo el primero, habían preparado un convite con bebida y distintos platos.

Craig llevó a Mary en esa dirección, tras haber visto al rey, con su armadura y el yelmo bajo el brazo, hablando con Somerset, un pariente de la reina que conocía de vista. Mientras avanzaban, ignoró los ojos que se dirigían hacia ellos con escaso disimulo, se irguió y ralentizó el paso para que Mary lo alcanzara. Quería protegerla de su presencia, y quizá con eso evitar que las víboras se burlaran de su apariencia, puesto que era evidente que eso iban a hacer. Dado su origen, Mary iba a suscitar cierta animosidad. Pero él deseaba con todas sus fuerzas que encontrara su lugar y que no hiciera demasiados enemigos.

—Ah, ¡mirad quién ha llegado! —soltó el rey cuando se acercaron a él—. ¡Nuestro querido MacLeod!

Craig examinó al monarca. James VI tenía bastante sobrepeso —algo que no podía camuflar bajo la armadura—, el pelo negro separado por una raya al medio y que enmarcaba un rostro redondo que era la prueba evidente una vida de excesos. Cuando sus ojos llegaron al rostro de

Somerset, no pudo evitar odiarlo al contemplar la mirada lasciva que este dirigía a Mary, como si ya la viera en su cama.

Disimuló su malestar —no era el momento de demostrar su aversión—, e hizo una reverencia ante el rey de Escocia.

—Majestad, le presento a Mary Kinkaid, nombrada dama de cámara privada de cámara de la princesa.

No era necesario pronunciar su nombre; Annabelle era la última y única hija del soberano que todavía estaba soltera. Craig todavía no había dirigido la mirada hacia los bancos de las damas de compañía, pues no tenía prisa por cruzar su mirada.

—Como venía a la corte, su familia me la ha confiado —añadió— para acompañarla en el viaje.

—¡Tus palabras me sorprenden! —exclamó Somerset—. Señorita, bienvenida a la corte.

Craig se tensó. ¿Ese malnacido creía que estaba en su casa?

Dio media vuelta y observó a Mary hacer una reverencia impecable.

—Majestad —saludó ella con una voz dulce, ignorando a Somerset, quien puso mala cara—. Es todo un honor para mí y mi familia. Será un placer servir a la princesa.

—Un placer que espero que ella comparta, señorita.

—Pero con la princesa… ¡cómo saberlo! —añadió Somerset.

Mary arqueó las cejas, pero no dijo ningún comentario.

Por mucho que a Craig le preocupara su comportamiento y su futuro en la corte, se tranquilizó: Mary parecía discreta. Evidentemente, ella ya sabía a lo que se enfrentaba con Somerset y no le daría su confianza fácilmente.

—¡Cierto! —afirmó el rey riendo, para sorpresa de Craig—. La pobre ha heredado el carácter quisquilloso de su madre. ¡Tendrás trabajo, MacLeod! ¡Pero seguro que con tus hazañas sabrás poner a una joven rebelde en su sitio!

—Lo haré lo mejor que pueda, Majestad —respondió Craig, sonriendo como si le hubiera hecho gracia.

Se esforzó por parecer relajado cuando en realidad solo quería hacer una cosa: clavar su espada en el cuerpo de Somerset, que no dejaba de devorar a Mary con la mirada y, si era posible, repetir la acción con el monarca para liberarse de su futuro.

El rey James colocó una mano sobre su hombro.

—No lo dudo ni un segundo. Serás mi yerno favorito —volvió a reír—. Y también serás el único aquí presente.

¿Eso significaba que no volvería a ver a su familia ni a pisar las *Highlands*?

Sintió que se le encogía el corazón en el pecho. Pero había dado su consentimiento, lo cual solo hacía que se entristeciera más.

—Señor, ahora que he conocido a esta joven, he decidido mi premio: ¡un beso! —soltó de repente Somerset—. Un beso de esta encantadora joven.

Craig notó cómo Mary se ponía tensa.

—¡Bien jugado, amigo mío! —convino el rey soltando el hombro de Craig—. ¡Decidido! Señorita, ve a unirte con las demás damas.

La mirada de cervatillo asustado que Mary de dedicó, unida a su propia rabia por la idea de que Somerset la besara, obligaron a Craig a intervenir.

—¡Permítame competir, señor! —oyó que decía.

—¿Para qué, MacLeod? —se mofó Somerset con un rictus que le dio ganas de golpearlo—.

Está prometido a la princesa.

—Pero todavía no estoy casado, que yo sepa —contestó—. ¿Majestad?

—¡Haga lo que le parezca, MacLeod! No son las mujeres las que nos impedirán disfrutar de nuestro placer. Tanto princesas como reinas. Era evidente que hablaba por él. Tiene mi bendición, MacLeod. ¡Vaya a prepararse!

—Deberá prestarme un caballo, señor. El mío está agotado del viaje.

El monarca rio de nuevo.

—¡Por supuesto! ¡No puedo negarle nada a mi futuro yerno!

Le señaló unos de los establos en los que paseaban distintas monturas.

—¡Sírvete! También puedes coger alguna de mis armaduras, si quieres.

—Gracias, señor, pero me temo que debo rechazar la oferta. Nunca lucho con otro atuendo que no sea mi *kilt.*

—¡Siempre orgulloso por exhibir ese ridículo atuendo de las *Highlands*! —se mofó Somerset.

Craig puso una mano sobre su espada y se acercó amenazante.

—¿Intenta ridiculizarme, Somerset?

El rey extendió el brazo entre los dos hombres para separarlos.

—Vamos, vamos, señores. Guardad vuestra ira para el combate; así todos disfrutaremos del espectáculo.

Craig apretó los puños.

¡Iba a hacerle morder el polvo a ese malnacido!

—Venga, señorita, la llevaré hasta la princesa —declaró el rey mientras tendía el brazo a Mary, que aceptó con agradecimiento.

Tras varios pasos, se giró para mirar a Craig.

Sus miradas se cruzaron y leyó en la de ella una determinación idéntica a la suya. Mary había comprendido lo que estaba en juego y estaba lista para librar batalla, al igual que él. Una batalla por el honor de ambos. Una batalla por el honor de las *Highlands*.

Craig fue presa de unas terribles ganas de calmarla y de prometerle que Somerset no la tocaría, pero no hizo nada. No podía mostrar su juego ante su enemigo. No podía permitirse que su contrincante encontrara la forma de vencerlo. Ella dejó ver una pequeña sonrisa de confianza. Quizá no estuviera segura de lo que iba a pasar, pero qué importaba. Lo superarían. Juntos. Craig no pensó que la realidad los atraparía tan rápido, pero era evidente que el destino acababa de demostrarles una vez más que estaba dispuesto a sostener sus vidas entre sus garras.

—Ya noto el sabor de sus labios —escuchó Craig cerca de él.

No se giró y continuó siguiendo a Mary con la mirada, que se alejaba en brazos del rey.

—Ni en tus mejores sueños, Somerset.

—Eres tú quien sueña si piensas ganarme, MacLeod.

Esa vez Craig lo miró sin esconder su desdén.

—Mientras yo viva, no la tocarás nunca —declaró entre dientes.

—Entonces, prepárate para morir —rio Somerset antes de alejarse en dirección a su caballo, que un mozo sujetaba por la brida.

Craig hizo un gesto de crispación. Ese villano recibiría la paliza que merecía.

Unos minutos más tarde, desde lo alto de uno de los corceles del rey, vio a Mary entre las numerosas damas de la corte. Se habían levantado de los bancos para colocarse cerca de la zona de combate. Mary se encontraba un poco apartada y su pelo brillaba bajo el sol. Como había pensado, se dio cuenta de que ninguna le llegaba a la suela de los zapatos: su voluptuosa figura,

aunque esbelta, eclipsaba todas las demás.

Ella lo miró con las manos apretadas sobre el pecho.

¿Se preocupaba por él? ¿Temía que luchara por ella? Y en cuanto a él, ¿no era muy presuntuoso por su parte ponerse en riesgo? Había renunciado a la armadura, pero sin duda tendría que haberse puesto un yelmo… Somerset era un noble; sabría pelear en un combate.

Le hizo una señal con la cabeza a la que ella respondió discretamente. Apretó sus puños para coger fuerzas.

El heraldo hizo el anuncio de que el combate estaba a punto de comenzar. Craig se dirigió hacia la liza de arena y se preparó para pelear por el honor de Mary y por tener la fuerza de encontrar su destino.

---

[1] N. de la T. En español, Enrique IV de Inglaterra.

7

Mary no apartó la vista de los dos hombres, apoyando las manos en su pecho. Había ignorado a la princesa, que estaba de pie no muy lejos de ella, rodeada de un montón de mujeres jóvenes. A lo largo de las barreras, así como en los bancos, se amontonaban pequeños grupos de mujeres de más edad, que se distraían charlando entre ellas.

¡Parecía un aviario!

Mary nunca había visto tantos atuendos bonitos ni colores tan llamativos. Al lado de todas ellas, parecía no estar a la altura, pero esa era la última de sus preocupaciones. En esos momentos no pensaba en la princesa, ni en la indiferencia ni la frialdad con la que la había recibido, ni mucho menos en todas esas mujeres. Solo tenía ojos para Craig, por quien latía su corazón y el que hacía que su cuerpo temblara.

Era tan guapo, tan orgulloso, tan impetuoso; ¡y al mismo tiempo tan imprudente! ¿Por qué no había aceptado usar una armadura?

¡Ese hombre estaba loco! Si le provocaban una herida mortal, ella no sobreviviría. Estaba ahí por su culpa. ¡Para salvarla! Él peleaba para defender su honor y evitar que ese sucio inglés le pusiera la mano encima. Sí, eso era Somerset, ¡un sucio inglés! No sabía de dónde provenía, solo que ese nombre era inglés, y donde ella había crecido, detestaban a los ingleses. Aún más que al rey, ya que parecía bastante cercano a los parientes de su mujer. Como había sido prisionero durante dieciocho años en la corte de Inglaterra, muchos *highlander*s creían que era más inglés que escocés, y que un día vendería el país a los enemigos. A Mary no le interesaba la política, lo que le importaba era el futuro de las *Highlands* y de ese hombre, Craig MacLeod, que se disponía a librar la batalla en nombre de su tierra.

Se le encogió el corazón en el pecho cuando escuchó a una de las damas de la princesa reírse de su atuendo. Annabelle también se rio. No escuchó la respuesta de esta última, puesto que Craig se lanzó a la carga. Tuvo la sensación de que su respiración iba al ritmo del caballo. Un caballo que no era el suyo, sino del rey. Craig había tratado nunca con él, por lo que no conocía sus reacciones y quizá podría perder el equilibrio. ¿Y si se encabritaba y lo lanzaba al suelo? Craig era buen jinete; se había dado cuenta durante su viaje. Pero ¿y en un torneo?

¡Qué imprudente!

Sin armadura, sin protección en la cabeza, nada para retener la lanza unida a su cuerpo, una montura desconocida… Cuanto más disminuía la distancia entre los dos hombres, peor se sentía Mary.

Si resultaba herido y moría, ¿qué sería de ella?

Porque, a pesar de lo que se pudiera decir, se alegraba de que estuviera allí con ella, en este lugar desconocido. Este lugar en el que ninguna mujer le había dirigido ni una mirada compasiva ni una sonrisa. Al contrario, tenía la impresión de que todas la miraban con desprecio. Muchas tenían los vientres abultados… ¿Quizá habían compartido cama con el rey y veían en ella una nueva rival?

No era solo su protección lo que necesitaba, sino a él. Todo él. Su presencia, las miradas

apasionadas que le lanzaba. Aunque durante una semana hubiera decidido ignorarla, había sentido que la observaba. Y a menudo sus ojos se cruzaban, como atraídos, y luego ambos desviaban la mirada con rapidez. Entonces su corazón se aceleraba y solo vivía para esos momentos. Adoraba las noches en las que se encontraban al lado del fuego y la joven percibía su ardiente e insaciable deseo por ella.

Cuando los dos jinetes estuvieron a punto de cruzarse, le entraron escalofríos y apretó las manos con tanta fuerza que acabó haciéndose daño. Pero no era nada al lado de lo que sentía su corazón, dispuesto a dejar marchar su alma si algo le pasaba a Craig.

Dios, haz que…

La plegaria murió en sus labios. La lanza de Craig chocó con la armadura de Somerset, y lo hizo caer de su montura.

¡Le está bien empleado a ese arrogante que se cree que puede hacer lo que le plazca!

La forma en que la había mirado le había irritado. Se había sentido como una vulgar mercancía, o un trozo de carne esperando a que lo degustaran.

—¡Su prometido ha ganado, princesa! —soltó una de las jóvenes mujeres cerca de ella.

—¡Ya lo he visto, Eleanor! No hace falta que me grites en la oreja.

—Qué suerte tiene, princesa —dijo otra—. Reconozco que este guerrero me gusta muchísimo. ¡Es tan valiente, tan viril!

Las otras rieron.

Mary escuchó a las mujeres extasiarse sobre los perfectos rasgos de Craig, sobre su altura y sus muslos que se veían gracias al *kilt* mientras seguía observándolo. Bajó del caballo para ayudar a Somerset a levantarse. Dada la mirada que este último le dedicó, Mary comprendió que Craig acababa de ganarse un enemigo.

¡Somerset nunca le perdonaría haberle humillado de tal forma!

En cuanto a sus vecinas, reían como bobas y se comportaban como si fueran gatas en celo. Toda esa agitación le repugnaba, y que hablaran de Craig como si fuera un semental le hizo tener náuseas. Era evidente, también ahí, que todo el mundo conocía su reputación. Comprendió que, aunque muchas soñaban con compartir su lecho, ninguna había tenido todavía ese privilegio.

Tomó entonces la decisión de no darle su promesa.

No podía dejar que la besara delante de la princesa, por mucho que esta no pareciera demasiado enamorada de Craig. Mary lo comprobó al ver su rostro impasible cuando él se dirigió hacia la hija del rey, acompañado de su padre, mientras que Somerset entraba en el palacio ayudado por dos sirvientes.

¡Que se fastidie! —pensó de nuevo.

—Señor, ¡puede besar a su apuesta! —soltó el rey señalándola con la mano.

Mary se puso tensa e intentó reprimir sus pensamientos.

¡Ella no era un trofeo que podían dar al que más se lo mereciera sin preguntarle su opinión, maldita sea! Nadie podía obligarla. Ni siquiera el rey. ¡Aunque el destinatario fuera Craig MacLeod!

Con un ligero movimiento de mentón, le dijo a Craig que no lo hiciera, mientras que las mujeres a su alrededor reían, obviamente ansiosas por ver el resultado. No sabía nada de estos rituales ni de cómo comportarse. Aun así, debía confiar en Craig. Él sí que conocía la corte. Pero no podía evitar preocuparse. ¿Y si era una trampa para poner a prueba la fidelidad de Craig hacia el rey y hacia la princesa?

—No está obligado, mi señor —susurró ella con una voz menos segura de lo que le hubiese

gustado.

—¿Qué interés tiene que combata si luego no puede llevarse una recompensa? —clamó Annabelle con rudeza—. ¡Bésela!

Las otras rieron.

Mary estaba perdida una vez más.

¿De qué o de quién se estaba riendo la princesa?

Mary la miró de reojo y le sorprendió su expresión astuta.

¿Y si la princesa no sintiera nada por Craig? Tal vez no quería casarse con él. Su corazón se deshizo de un gran peso. Pero intentó hacerse a la idea: aunque los dos protagonistas no lo buscaran, acabarían casándose si esa era la voluntad del rey.

Craig dio un paso en su dirección sin tener en cuenta a la princesa ni a nadie más. Parecía que solo la veía a ella y, de pronto, ella fue incapaz de ver a nadie que no fuera él. A él y a sus labios tentadores, que con tanta fuerza la atraían desde el primer momento, en el que sus ojos se posaron sobre él.

Y, de repente, estaban sobre los suyos.

Sintió que se deshacía y se abstuvo de pegarse acercarse a él para no rodearle el cuello con los brazos. Su corazón latía tan fuerte que lo sentía por todas partes, hasta en la garganta. Y también en la parte baja de su vientre, allí donde ningún hombre había conseguido despertar nada. Él se apartó, pero ella quería más. Habría querido que ese beso que le había hecho volar no acabara jamás. Quería que hubiese durado toda una eternidad.

Se oyeron unos aplausos alrededor de ellos.

Al final, para esas personas todo eso no era más que un juego sin importancia. Varios caballeros habían venido para conocer a otras las mujeres y hacer de la suyas, así que no tenía que preocuparse. Ella tendría que haber reaccionado de igual modo, de no ser porque, para ella, ese beso no era un juego, sino algo muy especial, puesto que era su primer beso.

Cuando ella se perdió en la mirada de Craig, descubrió en su rostro una expresión extraña. Su beso solo había durado unos segundos, pero tenía la sensación de que había provocado un antes y un después. ¿Podía la vida cambiar en tan poco tiempo? ¿Podría ese mínimo roce cambiara el destino? Mary no tardó en pensarlo, porque su alma quería abandonar su cuerpo y se excitaba cada vez que pasaba por su mente el recuerdo de ese beso.

—Gracias, mi señora —murmuró Craig en su oreja mientras que los otros, entre ellos el rey, se alejaban.

Habían sido ni más ni menos que una diversión pasajera para la corte, y luego la gente del palacio perdió el interés y pasó a otra cosa.

Mary se tocó los labios con la punta de los dedos.

—No debería haberlo hecho.

—¿Se arrepiente?

—No, pero… ¿No tiene miedo de que la princesa lo culpe?

—¡Ojalá!

—¿Cómo? ¿Espera que así se niegue a casarse con usted?

—No solo lo espero, sino que lo deseo con toda mi alma.

—¿Me ha utilizado?

—Le ha gustado, así que, ¿dónde está el problema?

Claramente, ese hombre tenía el poder de arruinarlo todo.

Le había parecido que él también había disfrutado del beso, pero no había sido más que una

ilusión, una invención de su mente y de sus deseos más íntimos. ¡Craig era y seguiría siendo siempre un libertino!

—¡No hay duda de que usted es una mala persona, Craig MacLeod! —dijo entre dientes antes de alejarse.

Y extremadamente peligroso —pensó.

Alcanzó su paso y ambos caminaron al compás.

—Vamos, no se lo tome así. ¡Le ha gustado, reconózcalo!

Su tono vivaracho y ligeramente indecente le erizó el vello.

¿Quién se cree, maldita sea?

—¡Por supuesto que no! Es más, permítame decirle que besa muy mal.

—¡No creo que piense eso! —dijo riendo—. Y creo… Mejor dicho, *sé* que ha sido su primer beso.

Dios mío. ¿Tan evidente ha sido?

¿Había sido tan malo su beso?

—¡Qué más da! —replicó ella—. De todas formas, ya lo he olvidado.

La retuvo por el brazo, y la forzó a hacerle frente.

Sentir el contacto de su piel la hizo arder.

—Podría al menos darme las gracias por haberla salvado una vez más. Aunque no me lo haya pedido, en fin… No de forma expresa.

Ella miró a su alrededor. Estaban solos. Todos habían entrado en el palacio. Ella no sabía lo que tenía que hacer ahora ni adónde ir. Ni siquiera a quién preguntarle el camino. Craig era su único aliado. Fue prudente y se calmó.

—Efectivamente, no os he pedido nada, pero se lo agradezco, Craig. De corazón…

Él se inclinó con una sonrisa en los labios.

—De nada. El placer ha sido mío.

Mary sintió que el corazón se le aceleraba al escuchar esas palabras.

No comprendía a ese hombre. ¡Se sentía rendida a sus pies! ¿Seguía riéndose de ella o sí que había sentido el mismo placer que ella en el beso? Había sido maravilloso —aunque demasiado corto— y sentía un eco de placer que aún recorría todo su cuerpo.

—Tendrá que andar con ojo con Somerset —añadió ella mientras retomaba la marcha—. Hoy ha hecho un enemigo.

Esperaba haber sido capaz de ocultar sus emociones.

—¡Lo sé! Pero no está a mi altura.

—Podría tratar de hacerle daño.

—Quizá… El futuro nos lo dirá.

Mientras avanzaba, Mary pensó en su situación.

—Si la princesa decidiera que no quiere estar con usted, ¿cree de verdad que el rey aceptaría que no se casaran? —preguntó de repente.

—¿Acaso le interesa?

—Para nada —disimuló la joven—. Solo le preguntaba, qué sé yo, por hablar de algo.

A veces tenía la sensación de que él la deseaba tanto como ella a él, pero luego se lo sacaba de la cabeza. Aunque fuera el caso, solo sería una diversión para Craig y su promiscuidad. Quería conservar su libertad; había sido muy claro con eso. Si no buscaba casarse con la princesa, tampoco lo haría con ella. Sin contar que los dos tendrían graves problemas si sucumbían a su mutua atracción. Algo de lo que Craig, al igual que ella, debía ser consciente.

—Por hablar de algo, ¿eh? —repitió él—. Mmm… Entonces, dígame: ¿qué piensa de Holyrood?

—Bueno, es un palacio bonito —respondió ella mientras intentaba volver a la realidad y apartar los pensamientos íntimos de su mente—. Al menos por fuera. Le diré algo más tarde, cuando haya visto un poco más. Bueno, eso espero, porque nos han dejado solos. Pensaba que la princesa se interesaría un poco más por usted —añadió, volviendo al tema que le interesaba más que cualquier otro.

Él respondió con una risa sonora.

—La princesa no se preocupa de nadie más que de sí misma. En realidad, no creo que le guste —comentó como hablando para sí mismo—. Dudo de que ella quiera casarse con un rudo como yo.

Un rudo… Ella también lo ha visto como un rudo.

Pero ya no creía que fuera así.

Craig era un hombre fascinante. A veces desconcertante, cierto, pero tan fogoso y atractivo. Entendía perfectamente que las mujeres no dejaran de babear por él. Todas esperaban recibir un gesto su parte o alguna muestra de interés.

Ella agachó la cabeza. No podía soñar con que ese hombre pudiera pertenecerle. Ya sabía que no iba a suceder. Tenía que apartar ese pensamiento de su cabeza. Sin embargo, habría dado todo lo que poseía para conocer el amor entre sus brazos. Solo una vez. Una única vez. Debía de ser un buen amante, si no, las mujeres no se interesarían tanto por hacer el amor con él.

Ah… ¡Conocer el amor entre sus brazos…!

Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Y usted? ¿No se siente halagado de que el rey lo haya elegido para casarse con su hija? No es poca cosa. Será rico, poderoso y…

—¡Todo eso me da igual! —interrumpió Craig, contrariado—. Si me hubieran dejado elegir, nunca me habría ido de las *Highlands*.

Sus miradas se cruzaron de nuevo.

—Yo tampoco —murmuró ella con el corazón roto—. Nunca me habría ido. Pero no somos los dueños de nuestro destino. Usted no lo es más que yo.

Al fin y al cabo, Craig no era más que un peón del vasto tablero de ajedrez de la corte. Un objeto sometido a la voluntad de su soberano. Y ese era otros de sus puntos en común, aquello que los unía todavía más. Ella creía que estaría orgulloso de casarse con una princesa, cuando en realidad solo quería una cosa: que ese matrimonio nunca tuviera lugar. No lo culpaba por haberla usado, al contrario.

—Es cierto, no más que usted —confirmó él mientras fijaba sus ojos en los de ella—. No la he utilizado, Mary, se lo juro. Solo he pensado en usted…

No pudo hacer otra cosa que sumergirse en su maravillosa mirad. Su corazón latía, desenfrenado. Craig le hacía pensar en sus deseos más indecentes. No podía ocultar su rostro y solo tenía un deseo: saborear de nuevo sus labios. Se preguntó de repente cuánto tiempo conseguiría luchar contra esa atracción que la devoraba. Sobre todo ahora que sabía lo que esos labios eran capaces de hacerle sentir: una verdadera conmoción que se apoderaba de todo su ser y de su alma.

***

Craig se perdió un instante en los ojos inmensamente azules de Mary, que parecían buscar lo mismo que él. Y ese beso… Todavía sentía los efectos en su bajo vientre. La había deseado. Atrozmente. Dolorosamente.

Ella no es para ti.

Intentó volver a la realidad.

¿Por qué diablos tenía que decir algo así? *Solo he pensado en usted.…*

¿Había perdido la cordura? No podía dejarle creer que le dolía el alma que nada fuera posible entre ellos, aunque fuese la verdad. ¡Ella no era para él! ¡Tenía que convencerse! Mary no podía continuar secuestrando sus pensamientos; no era razonable. Estaba obligado a casarse con la princesa; una mujer que lo odiaba, algo que había visto en su mirada cuando se había acercado a ella con el rey. Sí, lo odiaba, probablemente porque lo creía indigno de ella. Pero eso no cambiaba nada si el rey seguía empeñado en casarlos para asegurar su influencia en las *Highlands*.

—Es un buen hombre, MacLeod —dijo de repente Mary.

Su corazón se aceleró.

—¿Lo dudaba?

—Digamos que su reputación no juega a su favor.

—¿Y ahora?

—Ahora no lo sé, pero quizá pueda darle el beneficio de la duda y permitir que me demuestre lo contrario.

Esta vez se le encogió el corazón en el pecho.

—¿Acaso no lo he hecho ya? ¿No confía en mí?

—No se lo voy a negar: no confío en usted, Craig.

Ese comentario le dolió terriblemente.

Por primera vez en su vida, le importaba lo que una mujer pensara de él. Tuvo ganas de rendirse y dejar que se las apañara sola, pero no pudo hacerlo. Nunca se sabía; alguien podría atentar contra su vida…

Ahí todo era posible.

Después de todo, al rey podía no haberle gustado que besara a otra mujer que no fuera su hija, y podría querer librarse de ella. No podía ignorar esa posibilidad. No lo conocía lo suficientemente bien como para saber lo que se pasaba por su cabeza. ¿Y si Somerset reclamaba su cabeza para vengarse? ¿Cómo reaccionaría el rey? Somerset era de la familia, pero él no era nadie, solo el hermano del jefe de un clan de las *Highlands* al que, por pura conveniencia, quería casar con su hija.

Maldición. ¿En qué tipo de lío me he metido esta vez?

¡Y todo por una mujer! Una mujer que se le había metido en la cabeza y a la que quería proteger con todo su ser, y no solo porque el viejo Kinkaid se lo hubiera exigido. No, era mucho más que eso: le importaba el futuro de Mary. Quizá más que su propio destino, algo que era nuevo para él. Mary se había vuelto en unos días alguien infinitamente importante.

—Si no confía en mí y no le intereso lo más mínimo, ¿por qué se preocupa por mi bienestar? —no pudo evitar preguntarle. Su voz se había vuelto algo rota y pesada.

No podía decir que su familia no se preocupara por él, porque eso sería falso —su tío y sus hermanos lo querían— pero, por otra parte, Alexander no había hecho nada para salvarle de un matrimonio que él no quería. De hecho, le había pedido lo contrario, que se sacrificara por el bienestar del clan, sabiendo perfectamente que él no lo deseaba.

—¿Qué le hace pensar que no me preocupo por usted, Craig?

Su voz dulce hizo vibrar algo en su alma. Algo desconocido, pero increíblemente bello.

Ella no es para ti…

—Al contrario, me preocupo por usted. Usted debe cuidar de mí; es lo menos que puedo hacer, ¿no?

Así que no era más que eso: un intercambio de buenas intenciones. Iban a ser aliados en una corte que no era abiertamente hostil, pero que los obligaba a estar en guardia. Nada más. Tendría que contentarse, era lo que ella parecía estar haciendo.

Y que pasara lo que tuviera que pasar.

8

Cuando llegaron al hermoso patio cuadrado del palacio, Mary descubrió que el mayordomo de la corte los esperaba. Hizo una reverencia en cuanto llegaron frente a él.

—Síganme, por favor. Me han encargado acompañarlos.

—¿Adónde? —preguntó Craig a la defensiva.

Parecía preocupado, y eso solo conseguía aumentar su propia angustia. El momento asumir su papel como dama de la cámara privada se acercaba, y no sabía lo que le esperaba. Además, ella no tenía prisa por conocer a Annabelle, que podría hacerle pagar que hubiera besado a su prometido. Ella parecía haberse divertido, e incluso había incitado a Craig a que la besara, pero ¿y si todo era una simple manipulación?

Había decidido desconfiar de todos menos de Craig. Y ante el pensamiento de tener que separarse de él, sintió que su inquietud aumentaba rápidamente.

—A sus aposentos, mi señor, al lado de los de la princesa. En cuanto a usted, señorita, debo llevarla con Margaret de Argyll, la doncella de cámara de la princesa, que se hará cargo de usted y la ayudará a instalarse.

Entonces, ¿Craig estará cerca de la princesa?

Ella se negó a escuchar lo que sentía su corazón. ¡Tenía que dejar de pensar en él! Pero ¿cómo hacerlo cuando todavía notaba el sabor de sus labios?

Apartó esos pensamientos para concentrarse en su futuro: ¿dónde la instalarían? ¿En el desván? ¿Con las otras damas?

—Muy bien, vamos —respondió Craig mientras ella seguía absorta en sus pensamientos.

Siguieron al mayordomo por la monumental escalera hasta el primer piso. Luego giraron a la derecha y más tarde cruzaron un inmenso pasillo lleno de puertas.

Mary ignoraba cuántas cortesanas vivían en el palacio, pero con todas esas puertas, y si era así en las tres plantas, debían de ser muchas. Pero, a decir verdad, eso le importaba muy poco. Solo pensaba en Craig, al que veía caminar un poco tenso.

¡En él y en su beso!

En él y en su cálido aliento… No se hablaban, y todavía menos se tocaban, pero Mary tenía la sensación de que, después de su beso, incluso aunque se lo hubiera dado por otras razones, estaban más unidos que nunca. La había salvado de una situación delicada y le había demostrado que estaba decidido a cuidar de ella y a alejar toda amenaza. Es más, por su parte, ese beso había hecho tambalear todo su mundo y no quería pasar por alto ese recuerdo.

Mientras caminaban, sintió de nuevo las sensaciones de su cuerpo al unir sus labios con los del *highlander*. Eran tan agradables, tan dulces. Soñaba con que la rodeara con esos brazos tan reconfortantes… Nunca había estado entre los brazos de un hombre y, a pesar de todos los que había a su alrededor, que hubiera sido con él le había encantado, y solo quería una cosa: ¡repetir una y otra vez!

Repetir y conocer el placer en sus brazos hasta la saciedad.

Esa primera experiencia la había trastocado. No era razonable querer besar a Craig una vez

más, pero su cuerpo lo deseaba tanto que le era imposible ignorarlo. Sin embargo, se esforzaría en hacerlo, porque desear a ese hombre no le traería nada bueno. Tenía que pensar en su misión, en la princesa y, si se le presentaba un buen partido, en conseguir un matrimonio que no le hiciera la vida más llevadera. Encontrar a un hombre bueno no sería fácil. Pese a que había dicho que no a un buen número de pretendientes, Mary nunca se había alimentado de ilusiones. Por mucho que le habría encantado esperar al hombre que hiciera su corazón latir a una velocidad peligrosa, los matrimonios por amor eran raros; ella lo deseaba, claro, pero sabía que, a menos que sucediera un milagro, ese amor no llegaría.

Craig hacía que su corazón latiera de esa forma, pero no era para ella.

Nada era posible entre ellos dos, así que era mejor olvidarlo.

Aún reflexionaba sobre sus sentimientos cuando el mayordomo se detuvo ante una puerta y la abrió.

—Sus aposentos, mi señor.

Craig, sin mediar palabra y con el rostro tenso, asintió y entró en la estancia; pero antes de cerrar la puerta, le guiñó el ojo a Mary, algo revivió el entusiasmo en el cuerpo de la joven.

Sí, Craig era su aliado, y poco importaba lo que pasara a continuación; estaría a su lado.

Un poco más tranquila, siguió al mayordomo hasta la siguiente puerta, que golpeó con los nudillos.

Al abrirse dejó ver una mujer de unos cuarenta años, parecida a él, vestida de negro, de manera austera.

—Mi señora, Mary Kinkaid. Jovencita, la señora Margaret de Argyll, la doncella de cámara personal de la princesa.

Mary dobló ligeramente las rodillas para hacer una pequeña reverencia, como su madre le había enseñado a hacer desde que supo que iría a la corte. Luego pronunció un «Mi señora, es un honor conocerla». Pero la otra la miró con una mueca de desaprobación que Mary detestó en ese mismo instante.

—¡Sígame! —ordenó la mujer con sequedad, antes de darle la espalda. No le dedicó ni una palabra de bienvenida o de ánimo. Mary no sabía qué esperar de los que rodeaban a la princesa, pero definitivamente no iba a ser una bienvenida agradable.

La joven se mordió la lengua: su rebeldía quería salírsele del pecho. Pero si no le iba bien, ¡la doncella la podía mandar de vuelta a su casa! De todos modos, no era ella quien había pedido venir.

Sin embargo, la siguió y se comportó como un perrillo dócil, algo que no era su punto fuerte. No podía evitar tener curiosidad por el futuro y no debía olvidar su objetivo primordial: espiar para las *Highlands*.

Cuando el mayordomo cerró tras ellos la puerta de los aposentos de la princesa, la señora de Argyll, que Mary bautizó como «Cerbero número dos», abrió otra a su izquierda y, la hizo entrar con un gesto apresurado.

La estancia era pequeña y, en el centro se encontraba una tina, cubierta con un trapo blanco.

Mary se giró e hizo frente a la exigente doncella con las manos entrelazadas. A decir verdad, la idea de darse un baño para relajarse y quitarse el polvo del camino no le disgustaba. Sostuvo la mirada de la mujer, que parecía un perro guardián, y se prestó grácilmente a su examen, decidida a no contrariarla.

Tenía que parecer dócil.

Margaret de Argyll se acercó a ella y dio una vuelta a su alrededor.

—¿Enfermedades?

—No, que yo sepa.

Si le pedía que mostrara sus dientes y la tocaba, Mary se prometió morderle el dedo. Se puso tensa, incómoda.

¿Estaba allí para enseñarla a cumplir el papel de dama de la cámara privada de la princesa? Algunas «amigas» de Annabelle tenían el vientre abultado. ¿Estaría obligada a compartir la cama del rey si él se fijaba en ella? ¿Y la de otros hombres? La corte no era más que un vasto burdel. Mary fue consciente de que se estaba dejando llevar por los pensamientos, pero ¿por qué no hacerlo? Hasta que no supiera algo con certeza, se mantendría alerta.

—Estoy segura de que, cuando se vista con la ropa adecuada, estará presentable —declaró la doncella al colocarse frente a ella. —Por primera vez, le sonrió—. Y creo que estará preciosa, querida.

Mary efectuó una pequeña reverencia que intentó que no pareciera demasiado irónica.

No debía hacer de esa mujer su enemiga, no sería inteligente.

—Gracias, mi señora.

—Voy a buscar un vestido y aprovecharé para hacer que le traigan agua caliente. Cuando esté lista, la conduciré hasta la princesa.

Una buena hora después, Mary se había engalanado con un vestido verde que, según la doncella de cámara de la princesa, resaltaba su pelo, aunque era tan escotado que Mary tuvo la sensación de que los pechos se le iban a salir en cualquier momento. Se sentó ante el tocador de la estancia y se dejó peinar por una joven que, armada de peines, se puso manos a la obra para domar su cabello. Cuando se miró en el espejo ovalado ante ella, le costó reconocerse. Parecía otra persona, y esa otra le gustaba muchísimo.

La doncella le mostró su estancia, que compartiría con otra de las jóvenes, Bessie Beaton, así como su cama, sobre la que esperaba su equipaje. La estancia era un poco oscura y sin florituras. Unas pinturas en las paredes disimulaban su austeridad, al igual que los candelabros sobre las mesitas de noche, colocadas a los lados de cada una de las camas, y un cofre a los pies, en el que podría guardar sus pertenencias. Esperaba que Bessie fuera agradable y se prometió hacer una amiga para aprender más sobre las costumbres de la corte en general y de la princesa en particular.

—¿Podría decirme un poco más de lo que se espera de mí? —pidió cuando la doncella la hizo salir de la habitación.

—Es muy simple: tendrá que estar siempre al lado de la princesa, seguirla en cada una de sus actividades. Solo podrá disponer de usted misma cuando ella no requiera su presencia.

Mary no pudo preguntar nada más, puesto que entraron en una habitación amueblada en abundancia, con muchas ventanas y tan grande que reinaba el frío a pesar del fuego de la chimenea. La doncella le dijo que fuera en esa dirección, para luego colocarse al lado de la hoguera, donde se encontraba la princesa y sus damas.

Al llegar ante Annabelle y después de que la doncella la hubiera presentado como su nueva dama de cámara privada, enviada por el rey, Mary ignoró las miradas curiosas sobre su persona e hizo una reverencia coqueta. Se incorporó y se permitió fijar sus ojos en los de la princesa. Se esforzó por no parecer impresionada, por mucho que lo estuviera. Una vez más, no sabía cómo comportarse. No había podido averiguarlo y todo había ido muy rápido desde su llegada, tanto que casi sintió vértigo. Primero el combate en la liza, después el beso…

Sintió cómo sus mejillas se enrojecían y rezó para que la princesa no se lo reprochara, pero…

¿Qué quería decir su mirada?

Mary tuvo la sensación de que la princesa la juzgaba.

Quizá estaba sopesando los pros y los contras para comprender si podía confiar en ella o no. Para conocer su actitud y saber si sería fiel o no. Pero ¿no era eso lo que esperaba de ella, una fidelidad contra viento y marea? ¡No tenía elección! No se podía ignorar una orden real, bajo pena de perder el honor e incluso la vida. Mary tenía que mostrarse correcta, y quién sabía, quizá se convirtiesen en buenas amigas. Annabelle no se veía tan desagradable como le había parecido antes. Era morena y tenía los rasgos finos. Mary pensó que, aunque no la conocía todavía, se parecía a su padre, ya que poseían la misma nariz aguileña, los labios finos y los ojos ligeramente abiertos.

—Es un gran honor para mi familia y para mí servirla, princesa —se decidió a decir Mary, tras recordar el discurso que había ensayado con su madre—. Y, en nombre de todos, le doy las gracias.

Annabelle la observó sin decir nada. Luego ordenó con una voz seca y tajante:

—¡Dejadnos!

El corazón de Mary dio un vuelco cuando la doncella de cámara y las demás damas presentes volaron de allí como una bandada de pájaros. Mary las siguió con la mirada, un poco perdida. Una de ellas no parecía muy agradable, así que devolvió la atención a la princesa. Se preguntó cuál sería el motivo de esa charla. Mary era incapaz de adivinarlo; el rostro de Annabelle se mantuvo impasible hasta que la última de las damas cruzó la puerta. Fue entonces cuando Annabelle se decidió a hablar.

—Así que… conoce al señor MacLeod.

Mary buscó dónde estaba la trampa, pero la mirada franca de la princesa le dio confianza. Podía equivocarse, cierto, pero no leyó en ella ninguna amenaza. Quizá la princesa no la culpase por haber besado a su prometido. Los besos como ese, de recompensa, eran moneda de cambio, y sin duda ella era la única que le había dado importancia. Probablemente porque era el primero y porque Craig le encantaba. Le ponía la piel de gallina, aunque intentara negarlo.

—Los dos somos de las *Highlands* —respondió ella sin poder evitar sentirse orgullosa—. Y… hemos recorrido juntos el camino hasta aquí.

Mary no dijo que su tío los había encadenado el uno al otro. Eso no era incumbencia de nadie; tampoco de la futura mujer de Craig.

—¿Qué piensa de él?

Aunque le sorprendió la pregunta Mary pensó en los ojos verdes llenos de ironía del *highlander*, en su pelo castaño y sus labios carnosos que le había dado tanto placer durante un tiempo demasiado corto y que habían conseguido dejarla sin palabras. Pensó también en su cuerpo sin el menor defecto, en sus muslos vigorosos y su vientre plano, su…

Sus mejillas tiñeron de un color rojo brillante. Para esconder su incomodidad, se aclaró la garganta, buscando las palabras justas, pese a que en el fondo sabía que no le harían justicia, puesto que Craig MacLeod era fascinante y seguía siendo para ella todo un misterio.

—Es un buen hombre, princesa, no lo dude. Y no lo digo únicamente porque venga de las *Highlands*, sino porque lo pienso.

Sí, Craig es un buen hombre.

Era valiente, valeroso, atento y tenía un porte increíble. A su lado Mary se sentía segura. Y era tan sensual, tan viril, tan… fascinante. Cuando sus ojos verdes se sumergían en los suyos, se sentía desfallecer. No podía evitarlo Y sus labios…, tan dulces y exigentes a la vez, tan…

perfectos. ¡Pero iba a casarse con la princesa! No podía suspirar por un hombre que pronto estaría unido a otra mujer. Tenía que dejar de pensar en él, ¡y rápido!

La princesa se levantó de repente del trono y bajó del estrado. Pasó por delante de su rostro y le ordenó que la siguiera. Mary siguió su paso hasta la estancia contigua, una habitación en la que también había un fuego. Cruzaron la sala hasta un escritorio, del que Annabelle abrió uno de los cajones. Sacó un papel doblado de él y se lo tendió.

—¡Le dará esto! —ordenó—. Y me dirá su respuesta.

Mientras agarraba el papel, Mary tuvo ganas de preguntar, pero se abstuvo. No era asunto suyo.

Haría lo que la princesa esperaba de ella.

—¿Cuándo quiere que se lo dé?

—¡Ahora! Me encontrará en el salón de baile.

—Así lo haré, princesa.

Mary hizo una reverencia y desapareció con el corazón desbocado.

¿La princesa era consciente de sus sentimientos? ¿Era tan transparente? ¿Qué pasaría si sospechara que le gustaba su prometido? ¿Se iba a librar de ella creyéndola una rival? ¿Por qué quería usarla de mensajera? ¿Qué esperaba de ella? ¿Cuál era su verdadera intención? ¿Probar su fidelidad? Se le pasaban mil preguntas por la cabeza. Tenía que pensar en todas las posibilidades para prepararse para lo peor, puesto que no podía interrogar a la princesa. No eran amigas íntimas. Quizá tenía que empezar por ahí: hacerse amiga de Annabelle. Así estaría al corriente de todo y podría proteger a Craig como él la protegía. También podría obtener más información sobre la política del rey que concernía a las *Highlands*.

Sí, haría eso.

Además, tener la mente ocupada en un objetivo concreto le evitaría pensar demasiado en el bello *highlander*.

Su aliento se entrecortó cuando llegó a su puerta. Llamó y esperó. Como no venía, volvió a llamar un poco más fuerte. Tampoco obtuvo respuesta… Y, como tenía que volver con una respuesta, optó por girar el pomo y abrir la puerta. Su corazón latió con fuerza cuando entró en los aposentos de Craig, con la esperanza de descubrirlo en el baño… en un atuendo de lo más natural, como la última vez en el lago. Había sido hacía poco, pero Mary tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde su primer encuentro. ¡Había sido evocador!

Bueno… Ya veré adónde me depara el viento —se dijo, decidida a no torturarse por lo que no podía cambiar. Por el momento, solo tenía que pensar en su misión: encontrar a Craig y darle el papel de la princesa.

Respiró aliviada cuando descubrió que no había ninguna tina llena de agua en la estancia ni nadie sobre el gran sofá delante de la chimenea, tan grande que podía servir de cama. Se vio tumbada junto a Craig y sintió de nuevo esa terrible sensación de deseo entre sus piernas, la misma que había sentido cuando lo había visto dormir en la cabaña, allí donde todo había comenzado; allí donde todo había dado un giro inesperado. Todavía sentía ese deseo… allí… por debajo de la piel, entre sus piernas. Era consciente de que debía ignorar la búsqueda del placer, aunque se sintiera arder. Precisamente por eso tenía que contenerse.

Craig nunca será tuyo, ¡métetelo en la cabeza! —se dijo entre dientes.

Fue entonces cuando apareció. Salió de la estancia contigua, con un porte magnífico, en esa vestimenta de guerrero *highlander* que tan bien le quedaba y hacía de él lo que era: un ser distinto. Allí, en ese instante, con sus rizos castaños algo domados y con los colores amarillo y

verde de su clan, estaba exuberante. Era de una belleza espectacular. Se quedó helada, y sus miradas se cruzaron. Con un gran esfuerzo que no supo de dónde sacó, Mary contuvo las ganas que tenía de acercarse a él, colarse entre sus brazos y de besar sus labios que la llamaban con una intensidad ensordecedora.

Craig nunca será tuyo… —se repetía.

Se tensó por un dolor que, por primera vez en su vida, le apuñalaba el corazón. Avanzó hacia él, intentando ignorar los escalofríos que invadían su cuerpo, y le tendió el papel de la princesa.

—Perdone mi intrusión, mi señor —anunció con una voz que esperaba que sonara segura y sin emoción—. Tenía que traerle esto de parte de la princesa.

No se excusó por haber entrado en sus aposentos sin haber sido invitada. Disculparse no formaba parte de su forma de ser.

Craig alzó una ceja, miró lo que tenía entre las manos y luego la observó durante un largo rato antes de dignarse a abrir la boca:

—¿Por qué usted?

Su voz grave elevó su ritmo cardíaco.

—No tengo ni la menor idea, mi señor —suspiró ella.

—¿Cree que la culpa?

Mary se tensó.

Definitivamente, a ese hombre no se le escapaba nada.

—¡No he sido yo quien lo ha besado! —se ofuscó ella—. Le hice entender expresamente que no quería, pero usted decidió pasar de todo. Así que, si tenemos problemas, será por su culpa. Ese beso no significó nada para mí. ¡Nada! —dijo intentando convencerse, puesto que delante de ella, tan guapo, se le hacía casi imposible mirarlo. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

De todas formas, lo mejor que podía hacer era mantenerlo alejado de ella, y si era necesario mentir y mostrarse algo desagradable, lo haría. Jamás sabría los sentimientos que provocaba en ella., dado que podían ponerlos en peligro.

Ella vio que su mirada se apagaba.

—Tiene razón, no ha sido nada —concedió él a su vez, con un tono voz tan frío como el agua de un lago helado—. Un beso de nada, eso es todo.

Su corazón se encogió.

Era lo que ella quería, que le respondiera con indiferencia, dado que ella misma también fingía frialdad. Pero en ese caso, ¿por qué el tono de su voz, sus palabras y su actitud —igual de rígida que la suya— le dolían? Cuando Craig abrió la carta, sintió que aumentaba su dolor. Vio cómo recorría las líneas que ella percibía a contraluz.

¿Le habría escrito la princesa una carta de amor?

Ese pensamiento le desgarró las entrañas.

Intentó ignorar su corazón, que le hacía cada vez más daño, hasta prácticamente impedirle respirar con normalidad. De repente, se sentía en peligro, así que echó la vista hacia atrás. Había dejado la puerta abierta; nadie la había visto entrar en la estancia de Craig, y ella estaba ahí porque la princesa se lo había pedido, pero las apariencias podían engañar. No era adecuado que estuviera a solas con un hombre, y menos en la habitación de uno con semejante reputación. Por no mencionar que ese mismo hombre la había besado pocas horas antes delante de las cortesanas. Y todos sabían que las cortesanas solían regocijarse en el sufrimiento de los demás por diversión. Su familia se lo había advertido: la corte era una trampa —una farsa— de la que podías no salir vivo.

Señor…

¿Sería ese hombre su perdición?

—Quiere una respuesta —murmuró con el corazón molido.

La observó con intensidad antes de responder:

—Dígale que entendido.

Mary no sabía de qué hablaba, pero estaba tan angustiada que le dio la espalda y se fue antes de que pudiera ver las lágrimas que, para su desgracia, le habían invadido los ojos.

***

Craig miró a Mary alejarse.

Al haberla visto aparecer en su habitación, creía haber sido víctima de una alucinación. Había pensado durante un instante que ella estaba allí por él, que había venido a él para satisfacer sus necesidades y que al fin estarían solos.

¡Pero eso no ocurriría jamás!

¿Cuándo pensaba entrar en razón? Mary no era para él. ¡Nunca sería para él!

¡Olvídate de ella! —se repitió.

Suspiró y releyó el mensaje de la princesa.

¡Ojalá la pudiera enviar al diablo! Pero eso era igual de imposible. Sus ojos recorrieron de nuevo las líneas:

Puesto que el rey, mi padre, quiere que nos conozcamos, acepte, mi señor, ser mi caballero durante la fiesta.

Arrugó con rabia la carta y la lanzó a la chimenea. Observó las llamas consumir el papel y se perdió de nuevo en sus pensamientos. Su corazón era finalmente como esa carta en llamas: *se consumía* ante el deseo por Mary. Su corazón y su cuerpo ardían por las llamas de la tentación y acabarían como ese papel: reducidos a cenizas.

¿Por qué?

¿Por qué tenía que gustarle tanto? ¿Por qué el destino había puesto a esa mujer en su camino y le había vetado poseerla? ¿Por qué pensaba en ella sin cesar? Llevaba haciéndolo un tiempo, pero desde que la había besado, desde que había rozado sus labios con los suyos, solo pensaba en sentir de nuevo esa sensación. Se preguntó por milésima vez lo que debía hacer con esos pensamientos. Tenía la sensación de que Mary era la única capaz de completarlo, la única capaz de hacerle feliz; pero probablemente se estaba engañando a sí mismo porque, ¿cómo saberlo? ¿Cómo estar seguro? ¡Era imposible sin haber probado su piel!

Esa era sin duda la solución: ¡tenía que hacerla suya!

Eso haría que se olvidara de su deseo por ella.

Quizá entonces llegaría a sacársela de la cabeza. Solo que… Mary no era una chica que pudiera usar como había hecho siempre. Era de buena familia; y si finalmente conseguía poseerla, habría unas consecuencias que no estaba dispuesto a asumir. No quería enfrentarse a los Kinkaid y mucho menos a su propia familia. ¡Sin hablar del rey! Podrían perder todo lo que tenían y él estaba en la peor situación posible.

Craig puso sus manos sobre la repisa de la chimenea y dejó caer su cabeza entre sus brazos.

Mary no es para ti…

¿A qué esperaba para olvidarla, maldita sea?

No eran sus deseos carnales los que debían guiar su vida y sus acciones, sino su honor y su razón. Pero la razón nunca había sido su fuerte, y tampoco la paciencia.

Golpeó la pared de piedra con la mano.

¡Por Dios! No era esa parte de su anatomía la que debía regir sus actos, sino su cabeza. Pero su cabeza estaba perdiendo la batalla contra el deseo. Cada vez confiaba más en que la pasión insaciable que sentía por Mary lo volvería loco…

9

En cuanto Craig entró en el salón de baile, donde ya había una gran muchedumbre, no pudo evitar, mientras se dirigía al trono de la princesa —sentada a la izquierda y un poco más abajo que la de la reina— buscar a Mary con la mirada. Vio a la pareja real hablando con algunos cortesanos cerca de los aperitivos, colocados sobre un conjunto de mesas que habían cubierto con tejidos dorados. Sobre ellas había distintos platos, así como una gran cantidad de copas. Las recepciones del rey eran siempre lujosas. Dirigió su atención hacia la princesa que, como de costumbre, estaba rodeada de sus damas más fieles. Mary no estaba entre ellas. Buscó entre aquellos que bailaban su magnífico vestido verde, ese que le hacía un porte divino y un cuerpo de ensueño; pero con toda esa gente fue incapaz de encontrarla. Intentó relajarse; no podía estar muy lejos. La princesa sin duda le debía de haber encomendado alguna tarea; era lo que hacían las recién llegadas. Se prometió encontrarla cuanto antes.

Al fin y al cabo, estaba obligado a cuidar de ella.

Todos los rostros se giraron cuando se acercó al trono y se forzó a dar una buena impresión. En realidad, solo tenía ganas de partir en busca de Mary. Suspiró y maldijo su mala fortuna, que lo obligaba a mostrarse alegre con la princesa y su corte. No tenía nada en contra de las mujeres que rodeaban a Annabelle, pero, a decir verdad, le eran indiferentes. ¡Pero eso no le pasaba con Mary! Ignoraba que la mayoría de ellas soñaba con compartir cama con él. Sin embargo, a algunas, a pesar de todo, les repugnaba su apariencia de guerrero *highlander*. Era el caso de Eleanor Flemming, una de las favoritas de Annabelle; y a juzgar por la mirada que esta última le dedicaba, ¡tampoco le agradaba a la princesa! Y eso era así desde el día en que los habían presentado. Era evidente que, a pesar de su petición de conocerse más, no tenía ninguna gana de mostrarse amable.

Ella lo miró, mientras que las dos damas más cercanas, una de ellas Eleanor Flemming, arrugaban la nariz en gesto de desagrado.

—¿No podría usted vestir como todo el mundo, señor MacLeod, antes que disfrazarse con este atuendo tan grotesco? —declaró la princesa con sarcasmo.

Sus compañeras rieron tapándose la boca.

Craig respondió abriendo los brazos y entregándose a una pequeña reverencia irónica. Tenía ganas de decirle que se fuera al infierno, pero se contuvo. No podía decirle lo que pensaba realmente, pero si esa mujer se convertía en su esposa algún día, sería claro con ella para que le mostrara respeto.

—Nunca renegaré de lo que soy ni de donde vengo, princesa —respondió con sequedad—. ¡No se preocupe!

Annabelle suspiró con desdén.

—¿Al menos sabe bailar? ¿Señor…? —insistió al ver que ya no la escuchaba.

Efectivamente, Craig ya no la escuchaba. Acababa de descubrir a Mary entre los bailarines del centro de la pista. Mary, agarrando la mano de Somerset —ni más ni menos— que acababa de soltar para girar sobre sí misma, lo que hacía que su vestido volase con cierta dulzura. Gracias al

agradable espectáculo que le ofrecía, a las mejillas sonrosadas y a una mirada brillante que atraía irresistiblemente su mirada, se sintió enrojecer. Quizá por eso mismo se contuvo para no aparecer ante ellos e intentar separarlos.

Somerset…

Definitivamente a ese hombre le gustaba jugar con su vida.

Parecía que no había entendido que Mary estaba bajo su protección, pero él se encargaría de recordárselo.

—¿Señor?

—No, princesa, no sé bailar —se dignó a responder.

Se movió ligeramente para no apartar la mirada de Mary y su caballero.

No podía armar un escándalo; Mary no hacía más que bailar con ese maldito inglés, pero algo en su corazón tembló ante el pensamiento de que pudiera convertirse en algo más que eso. ¿Por qué lo miraba así? Como si ella disfrutara bailando con él. ¿Ya había olvidado que él la había incomodado ese mismo día con una mirada lasciva? Esa misma mirada con la que aún la envolvía. Su deseo por ella era evidente.

Empujado por una pulsión y tras haber memorizado el paso —era un baile de lo más sencillo en comparación con los de las *Highlands*— le tendió la mano a la princesa.

—En fin, pensándolo mejor, si le agrada el ejercicio, acompáñeme.

La princesa lo miró de nuevo, visiblemente sorprendida.

—Si promete no fijar los pies en el suelo, lo haré. ¿Por qué no? —murmuró ella mientras colocaba los dedos sobre los de él y se levantaba—. Ya que mi padre lo ha ordenado. Además, nos está mirando, señor, así que ponga buena cara.

No se molestó en contestarle, le daba igual.

Él era quien era, un guerrero de las *Highlands*, orgulloso hasta decir basta.

Condujo a la princesa a la zona con los demás bailarines, pero no dejaba de mirar a Mary, que se movía a pocos metros más allá, y que pronto se encontraría frente a él. Mary, quien en pocos días —y todavía más en las últimas horas— se había convertido en la persona más importante para él.

Finalmente, ella lo vio y clavó sus ojos en él.

Estaba tan bella: así, despeinada y con las mejillas del color de las bayas del bosque, que le faltó el aliento. Bailaron cada uno por su lado con sus respectivas parejas, pero a menudo, *muy a menudo,* sus miradas se buscaban para unirse durante un instante, antes de separarse para luego buscarse de nuevo. Cada vez que naufragaba y se dejaba ahogar en los ojos de Mary, la inmensidad de sus iris azules le inquietaba. Tenía una mirada salvaje, indomable y con un brillo increíblemente intenso. Un brillo que hacía que deseara besarla. Afortunadamente, Craig sentía que se apagaba cuando miraba a su pareja de baile. Cuanto más observaba a Mary, más la deseaba. Se preguntó si se sentiría de igual modo al entrar en ella. Su fantasía momentánea fue tan placentera que su miembro se endureció ligeramente bajo su *kilt* y tuvo que usar toda su concentración para que su cuerpo no perdiera el ritmo de los pasos. Respiró más profundamente para que el deseo hacia esa mujer cediera mientras bailaba con la que se convertiría en su esposa.

—¡Al final resulta que no se le da tan mal! —dijo la princesa cuando se acercó a él tras haber puesto la mano sobre su puño.

Él asintió como respuesta, sin dejar de mirar a Mary.

Mary, sin pretenderlo, con su porte altivo y su pelo rojo como el fuego, atraía todas las miradas. Las de todos los hombres presentes. Algo de lo que él se dio cuenta con amargura. Y,

de repente, tuvo ganas de cargarla sobre su hombro y llevársela a otra parte. A alguna parte donde fuera toda para él. A alguna parte en la que no pudiera prometerse con ningún otro.

Mary se acercó.

Dieron varias vueltas y se encontraron el uno frente al otro. Ella enrojeció y apartó la mirada. Tenía razón, nadie debía saberlo, nadie debía comprender lo que los vinculaba por mucho que se desearan. Porque era evidente que estaban hechos para satisfacer al otro. Estaba convencido de ello; su cuerpo no podía mentir. Ni tampoco el de ella. Lo sentía. Mary también lo deseaba. Lo sentía en sus pupilas ardientes sobre él; no podía esconderlo. Lo sentía en su mano trémula contra la suya, y lo veía en su respiración acelerada, en su pecho que subía y bajaba al compás, cada vez más rápido, y en su mirada incendiaria.

Pero las circunstancias les obligaron a darse la espalda y luego a separarse.

Craig se encontró de nuevo ante la princesa y se esforzó por parecer impasible, aunque su visión lo indispusiera. ¡Qué poco agraciada era! No era fea propiamente hablando, pero tampoco bella. Si al menos hubiera sido amable, pero no; tenía la desafortunada costumbre de mirar a todo el mundo con superioridad e indiferencia. Incluso con cierta crueldad. Aunque, en ese instante, no era así. Tenía que reconocer que su porte era elegante y que el vestido rojo le realzaba la piel pálida. Tenía las mejillas ligeramente coloradas, como de costumbre, y se dio cuenta de que se mordía el labio mientras lo miraba con intensidad.

Dios, tenía que estar atento o pronto acabaría por desearlo ella también. Como un buen número de las mujeres presentes, de las cuales sentía su interés.

Su porte de guerrero gustaba, lo sabía. Eran muchas las que se ofrecerían a acostarse con él.

La magia del azar hizo que, cuando Mary volvió a estar frente a él, empezara una canción de parejas. Craig no tuvo otra elección: al igual que los demás hombres, tuvo que hacer una reverencia ante su pareja. Luego se acercó. Giraron alrededor de la pista de baile, absortos en la mirada del otro. Craig nunca había practicado ese baile, pero lo había observado en sus anteriores visitas a la corte y había memorizado los pasos.

Le tendió la mano y Mary puso sus dedos finos sobre los suyos y los apretó. Giraron juntos, se separaron el uno del otro y luego volvieron a acercarse. No apartó sus ojos de los de ella ni un solo segundo, y se permitió perderse en ellos en ambrosía. Rodeados de la luz dorada de los inmensos candelabros, sus ojos brillaban como nunca había visto antes. Su corazón se aceleró. El deseo lo quemaba: su piel se encendió bajo el contacto de la suya. En ese instante habría dado todo lo que poseía por besarla.

Sintió entonces su cuerpo sutil y voluminoso contra el suyo, como cuando la había tomado entre sus brazos en el lago, cuando creía que se había ahogado. Ese contacto lo había trastocado de tal forma, que debía de haberse dado cuenta de lo que significaba ella para él.

Luego sintió la mordedura de su beso.

Se dejó llevar por la magia del instante, sin tener en cuenta lo que los rodeaba. No existía nada más que sus cuerpos, que se alejaban y se acercaban. Tan solo sus miradas unidas. Se aunaban en un compás de respiraciones, que se aceleraban cuando volvían a acercarse. Era como una danza nupcial, como los preludios del amor. Y era extremadamente frustrante y excitante a la vez. Craig jamás había imaginado que una simple danza pudiera conmoverlo tanto. Se le revolvían las entrañas. Nunca había sentido tal sensación, y era, una vez más, por Mary. Se dio cuenta de pronto que, observando a su alrededor, las miradas se habían vuelto curiosas. Algunas mujeres, al borde de la pista, sonreían descaradamente y reían tras sus manos mientras los observaban y tuvo miedo de que su deseo por la joven fuera demasiado evidente y que le trajera problemas.

Así que se obligó a ignorar sus instintos, dejando que su cuerpo se separara de su presencia y de su calor; pero rápidamente, se arrepintió. La deseaba demasiado. La paciencia no era su fuerte y, a pesar de todos sus esfuerzos, el deseo inundó su cuerpo. No podía seguir mirando a Mary sin soñar con poseerla, aunque tenía que ser prudente. El honor de ambos estaba en juego.

Continuaron así durante unos largos minutos; unos minutos deliciosos y terribles a su vez.

En ese instante no podía hacer otra cosa que soñar y soñar… Algo que tampoco era su fuerte. Era un guerrero, un hombre de acción. Un hombre que usaba a las mujeres por placer cuando su cuerpo se lo pedía. ¿Por qué Mary había irrumpido en sus costumbres? Estaba acostumbrado a la libertad y el placer. Siempre había procurado, pese a su carácter pasional, alejarse de todo lo relacionado con el amor. No estaba hecho para los sentimientos, lo sabía. O, mejor dicho, nunca le habían interesado. Le pareció que la mirada de Mary era cada vez más dubitativa. Era evidente que él la desdeñaba y la pobre se debía estar preguntando qué había hecho para merecer tal repentina indiferencia. Pero no podía comportarse de otra forma y, como mujer inteligente, lo entendía. Él no tenía que explicárselo. Tenían que mantener las distancias o acabarían despertando sospechas, y entonces solo Dios sabía lo que sería de ellos, sobre todo porque la princesa parecía igual de cautivada por la pareja que formaban.

De repente, Annabelle, que estaba cerca de ellos, dejó de bailar. Su pareja de baile también lo hizo, sorprendido, pero no dijo ni una palabra. Annabelle era la princesa; hacía lo que quería, todo el tiempo y con todo el mundo. Ningún residente de la corte tenía las agallas de despertar su ira o contradecirla.

Ella puso la mano sobre el brazo de Craig para que ellos también dejaran de bailar y se dirigió a él:

—Vayamos a refrescarnos al exterior, mi señor; hace un calor horrible aquí.

—Sus deseos son órdenes, princesa —le respondió Craig mientras le hacía una reverencia. Jugaría al juego que ella quisiera.

No tenía otra opción.

Ignoró la vocecita en su cabeza que le dijo que siempre había elección. ¡No! ¡No para él! Y por muchas razones.

Annabelle frunció el ceño.

—Puede que al final usted y yo nos entendamos mejor de lo que pensaba.

Craig ignoró la mirada confundida de Mary y el tono glacial de Annabelle. Luego agarró la mano de la princesa y besó la punta de sus dedos, mirándola a los ojos. Era mejor utilizar todos los recursos para que ella creyera que estaba interesado en su persona. Si bien en un principio había decidido comportarse como el zafio que ella pensaba que era, ya no era el caso. Sabía que los había observado a Mary y a él, y se había dado cuenta de su expresión preponderante. Lo más sabio era desviar sus sospechas de Mary porque, como muchas mujeres, intuía que tendría un sexto sentido para este tipo de cosas: si se interesaba por alguna otra, ella lo sabría rápidamente.

—Nada me haría más feliz, princesa.

—¡Me alegro! ¡Vengan con nosotros! —añadió haciendo una pequeña señal con la mano a sus seguidoras, que se habían acercado y esperaban sus órdenes.

Siempre era así: hiciera lo que hiciera o fuera donde fuera, Annabelle siempre estaba acompañada de sus damas. De hecho, no podía quejarse. Estaba seguro de que jamás se encontraría solo con ella. Al menos, no antes de la noche de bodas.

Craig tendió el brazo a la princesa. Ella se giró, igual que sus seguidoras y sus parejas de baile y, antes de que él le diera la espalda a Mary, le dirigió una mirada penetrante. Una mirada en la

que puso todas sus disculpas, sin saber si ella lo comprendería. Pero, después de todo, sin duda era mejor que no lo comprendiera, porque así evitaría ocupar cada vez más su corazón y sus pensamientos.

***

¿Qué significaba esa mirada?

De nuevo, Mary estaba perdida; la actitud de Craig le confundía, pero la única cosa que podía hacer era jugar el papel de la indiferencia, igual que él, y seguir con el cuento. Y eso hacía, poco a poco. Pero no dejaba de pensar en la situación. Tenía que dejar de hacerse mil preguntas; no servía de nada. Lo mejor era olvidar a Craig, y era eso lo que se había jurado hacer hasta que había bailado con ella. Dios mío, su mirada ardiente le había hecho olvidar toda razón. Su mirada y su cuerpo, tan próximos a su intimidad. Sus labios, tan cerca de los suyos. Lo había deseado con toda su alma y le había parecido que él respondía a su deseo. Él también la deseaba. Pero eso, de nuevo, no cambiaba nada. No tenían derecho a estar juntos. ¿Qué podía hacer ella para sacárselo de la cabeza de una vez por todas? ¿Y por qué él jugaba con ella como un gato con un ratón? ¿Por qué pasaba el tiempo tentándola cuando no tenían ningún futuro juntos puesto que iba a casarse con la princesa?

¡Ese hombre estaba volviéndola loca!

Si hubiera estado cerca de ella en ese instante, le habría confesado todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Enfrascada en sus pensamientos, no se dio cuenta de que habían entrado en un pasillo relativamente estrecho y oscuro y que se había quedado atrás. Se sobresaltó cuando sintió una mano sobre su brazo, que luego retiró.

Somerset.

—¡No se lo permito, señor! —soltó ella tomando distancia.

No había podido refutar su invitación a bailar con él ante la princesa, y esa última había aceptado con una mirada que le había parecido pesada y llena de complicidad hacia ella. Pero ahora estaba decidida a no aceptar nada más de su parte. Y estaba aún menos dispuesta a que la tocara. No confiaba en él. La miraba como si se la fuera a comer, y a Craig como si soñara con matarlo. Su intuición le gritaba que ese hombre era peligroso y que tenía que desconfiar de él. Sin embargo, tenía que mostrarse amable para no tenerlo continuamente encima de ella. Él menos que cualquier otro, puesto que era el primo de la reina. Estaba cerca del trono y era evidente que tenía los favores del rey. Tenía que prestar atención a sus palabras, al menor de sus gestos, y ese ejercicio comenzaba a agotarla. Sin embargo, solo hacía unas horas que había llegado a la corte. Pero a ella ya le parecían una eternidad.

Viendo que se disponía a retomar su marcha tras haberle dirigido una mirada inequívoca, Somerset colocó la mano sobre su brazo.

—¡No parecía tan feroz hace un rato!

Ella se tensó.

—¿Perdone? —replicó más fuerte, esperando ser escuchada por los últimos miembros del grupo.

No quería gritar tan pronto, pero se sentía atrapada. Su corazón dio un vuelco ante el pensamiento de que, en unos segundos, Annabelle y su séquito girarían al final del pasillo y los dejarían solos en la semioscuridad que poco a poco se cernía sobre ellos.

—¡Sabes muy bien a qué me refiero! —dijo él agarrándola con el otro brazo y acercándose peligrosamente.

Mary reculó ante la amenaza.

—No le permito que me tutee. ¡Y suélteme o grito! —farfulló entre dientes mientras intentaba escapar de él.

Somerset apretó más su muñeca y la atrajo hacia él.

—Oh, no, preciosa, no intentarás nada o diré que tú me has retenido aquí. Y visto el placer que sentías bailando conmigo hace un rato, estoy seguro de que nadie dudará de mi palabra. Será tu palabra contra la mía —añadió.

Tenía razón, ella había disfrutado el baile. No con él; eso nunca. Pero le encantaba bailar, siempre le había gustado. Bailar, al igual que cabalgar o combatir con la espada para practicar, eran formas de despejar la cabeza.

—Mi familia lo matará si me deshonra —dijo ella con ira. Buscaba la forma de escapar, pero él se acercó todavía más con evidentes ganas de besarla.

—Tu familia no está aquí, así que puedes amenazar tanto como quieras —soltó antes de pegar su horrible boca a la suya.

—Su familia no, pero yo sí —bramó de repente una voz tras ellos.

Somerset la soltó y se giró sorprendido.

Pero antes de que pudiera esquivarlo, Craig le dio un fuerte puñetazo en pleno rostro. Lo hizo caer al suelo, del que no se levantó. Como ella estaba aturdida, el *highlander* le atrapó la mano y alejó su cuerpo del de Somerset. Así, la sacó del estupor en el que la había dejado la intervención divina de Craig.

—¿Cómo lo ha sabido? Y ¿qué hacemos ahora? —preguntó ella corriendo a su lado con su mano aún en la suya.

No pudo evitar que su voz se entrecortarse. El miedo había calado en ella y ahora sentía sus efectos. De no haber sido por Craig, solo Dios sabía lo que Somerset habría hecho. Tenía la sensación de que ese hombre no tenía ningún límite y que sabía esconder sus triquiñuelas a la perfección. Nadie al verlo tenía la sensación de que fuera de los que fuerzan a una mujer, y por ello tenía razón: sería su palabra contra la de él. Esperó de corazón que Craig no tuviera problemas por ella, pero con ese tipo de hombre dispuesto a todo para destruirlo, debía esperar lo peor. Craig, percibiendo su sufrimiento, ralentizó sus pasos y le echó un vistazo.

—Ya nos ocuparemos de él más tarde. No debería preocuparse por él después de lo que ha osado hacerle.

—No es por él por quien estoy preocupada, Craig.

Sino por ti —habría querido decirle.

—Craig…

Tiró de su mano. Sorprendido, se giró. Su mirada se volvió tan ardiente que le faltó el aire. Luego, de repente, la atrajo sin cuidado hasta detrás de un arbusto y le dijo irritado:

—¿Cuándo va a aprender a cuidar de sí misma? No estaré siempre ahí, Mary.

¿Perdón?

Se esperaba de todo menos eso.

¡Y pensar que ella había creído por un instante que iba a lanzarse sobre sus labios! Eso era lo que sus ojos ardientes de deseo le habían dejado entrever, pero en lugar de eso, le estaba gritando.

Se irguió, llena de orgullo, dispuesta a enfrentarse a él una vez más.

—Estoy harta de que me reproche sin cesar que me ponga en peligro cuando solo soy la víctima —le reprochó a su vez—. ¡En ningún momento he buscado lo que acaba de pasar, Craig!

—¡Ha bailado con él!

Eso sonaba a acusación.

—¿Y qué? —replicó ella—. No porque haya aceptado un baile tengo que aceptar nada más. ¡Y bailaré con otros hombres! Más me vale, si quiero encontrar un buen partido con quien casarme. ¿No es eso lo que debo hacer?

Ella vio cómo apretaba su mandíbula.

—¿Eso es lo que espera al venir aquí? ¿Encontrar marido?

Parecía sorprendido y la idea parecía no gustarle, pero seguro que se equivocaba. Además, ya había mencionado la idea con anterioridad.

—¡Por supuesto! ¡No pienso envejecer sola! Usted mismo va a casarse con la princesa, ¿no? —preguntó ella con un tono acusador, aunque esa idea le repugnaba igual que siempre y la entristecía—. ¡A mí también me gustaría casarme!

—No con él, Mary, ese hombre es un cerdo.

—No es el primero que me ha robado un beso sin mi consentimiento y…

Su mirada llena de furia la disuadió de terminar su frase.

—Le prohíbo que me compare con ese hombre —dijo con desdén.

—Y yo le prohíbo que se meta así en mi vida —contestó ella de la misma forma e ignoró su comentario.

Ella levantó la barbilla.

—He escuchado que Inglaterra es un país precioso. Quizá podría disfrutarlo si viviera allí…

No sabía por qué hacía tal comentario, sobre todo después de lo que acababa de pasar. Somerset no le interesaba lo más mínimo; al contrario, no estaba lejos de odiarlo por lo que había hecho tras haberla invitado a bailar. Ese hombre era horrible, pero quería provocar a Craig para sacarlo de sus casillas. Al menos, tanto como él le sacaba de las suyas.

—Si tanto le molesta cuidar de mí —continuó ella con sequedad al ver que no tenía ninguna intención de responder—, le relevo de sus funciones. Mi tío lo entenderá.

—Es imposible y usted lo sabe —murmuró con voz ronca. Y no supo si era la ira lo que hacía que su voz se quebrara o más bien otra cosa.

Se perdió un instante en su brillante mirada, en la ligera penumbra del pasillo. Esa mirada envolvente, cautivadora… *La de su salvador.*… Lo deseaba, no podía negarlo. Lo deseaba de un modo visceral, y no solo porque se sintiera segura a su lado, no, iba más allá de eso. ¡Pero eso no cambiaba nada! Al contrario, eso no hacía más que complicar su situación. Una situación que tenía que terminar, fuera cual fuera el precio.

—Mañana escribiré a mi tío. Lo entenderá. Yo… voy a unirme a los demás —añadió vivamente antes de ser incapaz de alejarse.

Pero no dio tres pasos que Craig agarró de nuevo su mano,

—No haga eso, Mary, no le escriba. Debo continuar cuidando de usted.

Se miraron ardientemente, con más pasión que nunca.

—¿Por qué lo haría, cuando es evidente que me detesta?

—¿Eso es lo que piensa realmente? ¿Qué la detesto? —preguntó él con la voz todavía ronca.

Mary ignoró lo que esa voz despertaba en su cuerpo, en lo más profundo de su feminidad, en ese lugar que le pertenecía y que llevaba su nombre.

Ese hombre no es tu destino. Deja de pensar en él.

—En cualquier caso, su actitud hacia mi persona demuestra que no me lleva en su corazón, y lo comprendo; soy una carga para usted. Lo siento, Craig, le obligo a preocuparse por mí cuando debería consagrarse a su futura mujer y…

Interrumpió su discurso cuando se dio cuenta de que Craig no había soltado su mano. Su corazón se aceleró cuando lo vio contemplar sus labios. Tenía unas ganas irresistibles de arrojarse al vacío, de abalanzarse sobre él para besarlo. Deseaba volver a saborear sus labios.

—No la detesto, Mary.

Su voz no era más que un leve murmuro.

Ella esperó con el corazón desbocado.

—Se lo prometí…

Así que solo era una promesa.

Claro. ¿Qué esperaba?

—Di mi palabra a su tío de que cuidaría de usted y honraré esa palabra —retomó fríamente, mientras le soltaba la mano como si su contacto le repugnara—. Sabe perfectamente lo que pasaría si renunciara y le pasara algo. Pero no puedo protegerla si no se protege usted misma.

Más acusaciones.

—Usted no puede renunciar porque soy yo quien debe poner fin a esta locura —soltó ella—. Se lo he dicho, mi tío lo comprenderá. Sobre todo si le dejo entender que he encontrado un marido que cuidará de mí en su lugar.

Ella vio claramente cómo se le tensaba de nuevo la mandíbula.

—¡Ese no es el caso!

—No, pero lo será pronto —respondió ella—. Debo pensar en mi futuro, Craig.

Porque tú nunca serás mío…

—Tiene razón —suspiró él—. No puedo impedirle que haga su vida.

—Exacto, eso es. Así que, en el futuro, no hace falta que me defienda ni que intervenga en mis decisiones.

Y le prohíbo que me bese. Nunca más…

—Entonces, prométame que cuidará de sí misma.

—Por supuesto. No me sermonee… —dijo ella. Parecía que solo se preocupaba por ella para no decepcionar a su tío.

Dio un paso y acercó su nariz a la suya con un gesto altanero.

—Voy a decirle una cosa, MacLeod: tengo ganas de encontrar a un hombre con quien compartir mi vida para deshacerme de usted. Ahora, si me disculpa, el deber me llama.

Dio media vuelta y huyó corriendo sin poder evitar sentirse decepcionada. Él no la iba a detener. No esta vez. ¡Tenía que olvidarlo! Olvidar lo que acababa de suceder y apresurarse para alcanzar al séquito de la princesa quien, afortunadamente, avanzaba con lentitud.

Se unió a los rezagados del grupo. Po suerte, su desaparición parecía haber pasado desapercibida. O, al menos, nadie lo había comentó, lo cual supuso un gran alivio. Si alguien se hubiera percatado, habría respondido que había ido a aliviar sus necesidades. Lo importante era que nadie la hubiera visto hablar a solas con Craig.

También esperaba que Somerset no se acordara de nada y que no hubiera tenido tiempo de reconocer a su agresor. Definitivamente, ese hombre era tanto su salvador como su torturador.

Su corazón se aceleró cuando vio su alta silueta aparecer cerca de la princesa. No sabía cómo lo había hecho, pero había conseguido adelantarlos y unirse de nuevo a ellos. Era evidente que era lo mejor que podía hacer para no despertar sospechas y no dejar pensar que se habían visto a

solas y que habían intercambiado algunas palabras. Todavía era más importante que no supieran su altercado con Somerset.

Ahora le angustiaba la idea de dar media vuelta.

Cuando una de las parejas de una de las acompañantes de Annabelle ralentizó el paso para colocarse a su lado con la clara intención de empezar una conversación, su corazón se aceleró de nuevo. Craig había agarrado la mano de la princesa y había decidido volver a besarle la mano.

Ella se obligó a sonreír ante el recién llegado, pero sintió la aguja de los celos clavarse en su corazón. Si Craig quería mostrar que ella no era nadie para él, ella haría lo mismo. Sus pensamientos la habían trastocado hasta tal punto que su pie dio un paso en falso. Habría caído de bruces si su acompañante no la hubiera agarrado del brazo para sostenerla. Giró la cabeza y lo observó. En realidad, era un hombre atractivo: rubio, de ojos azules, de nariz fina y mandíbula definida. Sus calzas moldeaban sus finas piernas con gracia; y la chaqueta, su busto delgado. Era menos guapo que Craig, evidentemente: a sus ojos nadie podía rivalizar con el *highlander*, pero era bastante guapo y su mirada era dulce. ¡No estaba regida de una ira permanente, como la de Craig! A juzgar por su apariencia era de las *Lowlands*[1] y quizá un poco mayor que ella, lo que no le disgustaba.

—Gracias, mi señor.

El joven hombre le tomó la mano y se la llevó a la boca.

—No hay de qué, amable señora, el placer ha sido mío.

«Amable señora…».

Se le escapó una sonrisa cuando retiró con dulzura su mano. Parpadeó varias veces. Ese hombre le gustaba. No solo porque tenía un rostro agradable, sino porque era galante. Al sentir una mirada insistente sobre ella y porque no lo pudo evitar, se giró hacia Craig y ambos cruzaron miradas. Ella comprendió, por su intensidad y por sus cejas fruncidas, que no se había perdido la escena. Su corazón latió desenfrenado en su pecho. Lo ignoró y dirigió su atención de nuevo a su compañero, decidida a molestar al bello *highlander*, al igual que él torturaba su ser de un modo incesante. Lo necesitaba. De ello dependía su supervivencia en la corte. En cualquier caso, no podía permitirle que la torturara todavía más, o acabaría por perder la razón. Así que, si ese hombre quería conocerla e iniciar una conversación con ella, aprovecharía la situación sin tener en cuenta a Craig. Y quizá ese encuentro se convirtiese en una relación bonita e interesante; quién sabía si en una boda. Tenía que concebir todas las posibilidades y, sobre todo, las estrategias para sacarse a Craig MacLeod de la cabeza. Incluso aunque tuviera que arrancarse el corazón.

—Permítame que me presente —le dijo el joven hombre inclinándose ante ella con la mano en el pecho—. William Boyle. Para servirle, señorita.

—William Boyle —respondió ella, parpadeando con coquetería.

Luego bajó pudorosamente los ojos mientras ponía la cara de ingenua que la etiqueta imponía. Era una carta que ella sabía que tenía que jugar.

Se dio cuenta de que, para su sorpresa, solo podía ser ella misma con Craig. Solo él revelaba su verdadera naturaleza sin juzgarla. Porque él era de las *Highlands*, como ella. Quizá porque venían del mismo mundo, de la misma tierra, porque sentían el mismo amor por su lugar de origen, y porque… Bueno, ¡qué sabía ella! Simplemente era así. No se podía explicar. Y tampoco era capaz de comprenderlo.

---

[1] N. de la T. Al igual que existen las *Highlands* o «tierras altas», las *Lowlands* serían las «tierras bajas».

10

¡Dios mío, la corte podía ser de lo más irritante!

Craig no estaba hecho para esa vida.

Daba vueltas como un león enjaulado; las cabalgadas salvajes y las salidas de caza con el rey o sus dos guardias, sus únicos compañeros —dado que era el único *highlander* presente en la corte—, no bastaban para calmar su fuego ni su pasión. Si al menos hubiera podido calmar sus apetitos carnales en uno de los burdeles de la ciudad, ¡pero incluso eso le estaba prohibido! Tenía que jugar su papel: el de futuro esposo de la princesa. No podía emborracharse hasta que no tuviera sed ni desahogarse con cualquiera. ¡Su honor estaba en juego! ¡El honor de todos! Y como perfecto *highlander*, Craig anteponía el honor a cualquier otra cosa.

El respeto hacia el honor y el deber, ¡eso es lo que le convertía en un hombre de valor!

Eso era lo que sus padres le habían inculcado y, a pesar de su amor por las mujeres, había pasado su vida comportándose con decencia para que nunca nada manchara su reputación ni la de su familia. Y para que sus padres estuvieran orgullosos de él. Estaban muertos, cierto; su madre había fallecido al traer a su hermana pequeña al mundo, que también había muerto con ella. En cuanto a su padre, lo habían perdido en manos del tío de Elizabeth, durante la gran batalla que los MacDonald habían empezado hacía siete años. Pero Craig estaba convencido de que tenía que honrar su memoria y sus enseñanzas y que, desde donde estuvieran, podían ver su comportamiento.

Pero tras haber pasado un mes en el castillo, tenía la impresión de estar volviéndose loco.

La inacción no era su fuerte y lo habría dado todo por poder volver a su casa. Echaba de menos a sus hermanos, cabalgar por sus tierras, explorar sus dominios para comprobar que todo iba bien… Quería estar cerca de la gente a la que echaba de menos… Añoraba el olor de su tierra, los lagos, bañarse desnudo en el agua helada… ¡Era tan vigorizante! Incluso echaba de menos los gritos y los balbuceos de su sobrino. También la sala común donde comían, el calor de la chimenea que siempre había conocido, los brazos de Teresa, la doncella y hoy jefa del servicio de la casa familiar, el olor de su deliciosa comida, las noches a la intemperie vigilando la fortaleza, los cantos después de las cenas, la vida de familia… Donde estaba ahora, tenía la sensación de estar muerto en vida y de estar más solo que nunca. Era un guerrero, no un hombre de la corte. ¡Nunca lo sería! Las calzas y los accesorios no eran para él. Tampoco sabía disimular cuando tenía algo que decir.

Analizó su estancia con la mirada y se sirvió una última copa antes de decidirse a bajar al salón de baile donde, como todas las noches desde su llegada, asistía a las festividades que allí se celebraban. Eso también lo sacaba de quicio. Odiaba ser el centro de atención, aunque en el pasado, y tenía que reconocerlo, había alimentado su orgullo. ¡Pero ya no era el caso! Tenía que soportar una obligación tras otra, y eso le enfurecía. Sobre todo desde que había obedecido al rey y pasaba más tiempo con la princesa. Había bailado con ella, conversado, habían caminado juntos hasta los jardines, habían participado en juegos al aire libre, escuchado a los trovadores y otros músicos, al igual que poesía, y todo ello lo irritaba profundamente. No había disfrutado de

su compañía ni un solo instante; al contrario, estaba convencido de que su matrimonio sería un fiasco total. No se veía compartiendo su cama con ella y reprobaba el momento en el que el rey oficializara su matrimonio, puesto que no había encontrado ninguna forma de escapar. ¡No había ninguna! Y más aún teniendo en cuenta que la princesa parecía disfrutar de su presencia. Al menos, toleraba que estuviera a su lado; a veces incluso le regalaba una sonrisa. Normalmente fría, lo que lo llevaba a pensar que ella tampoco estaba contenta con esa unión. No tenía forma de evitar que ese matrimonio tuviera lugar. Y no saber cuándo el rey anunciaría públicamente su unión lo ponía de los nervios.

Mientras se preparaba, tomó una decisión: tenía que alejarse de la corte.

¡Solo durante un tiempo!

Estaba harto de fingir, no podía soportar más esa situación. Quizá alejarse de la princesa le permitiese reflexionar. Así podría también reducir esos deseos que todavía sentía por Mary día y noche. Olvidar que la deseaba como un condenado. Había pasado el mes entero evitándola; no habían intercambiado ni dos palabras desde que la princesa la había escogido como mensajera —a saber por qué— lo que lo sacaba aún más de sus casillas. Le habría encantado hablarle de cualquier cosa, pero ella se contentaba con traerle los mensajes en los que la princesa lo convocaba para que se encontraran en los jardines o en el salón, sin casi dirigirle la mirada; y se iba casi igual de rápido. Eso también lo volvía loco, puesto que sabía que ella tenía razón y era mejor que actuaran así.

La echaba tanto de menos…

Y lo notaba día tras día. Mary había cambiado el curso de su existencia. Se había dado cuenta de que añoraba su presencia y su sonrisa, al igual que sus arrebatos de furia. Cuando estaban en la misma estancia, él no dejaba de mirarla y, afortunadamente para ellos, ella había decidido estar tranquila y comportarse, lo que le había evitado intervenir. Aparentemente, ella se había convertido en una íntima amiga de Bessie Beaton, una de las favoritas de la princesa, y a menudo las veía charlar a las tres. Y reír. Mary tenía una risa agradable, ligera, expresiva… La primera vez que la había oído, había tenido la sensación de que su corazón iba a explotar. Ella se encontraba en el salón de baile, sentada al lado de la princesa, y un bufón acababa de terminar su número. Craig se unió a ellas. Ella había disfrutado del espectáculo, y acompañaba su risa de unos aplausos sinceros. Era tan radiante que su corazón se encogió por la emoción. Una emoción que él no conocía y que lo había dejado desorientado como un niño pequeño. Lo que sabía era que en ese momento le habría encantado haber huido con ella para ser el único que pudiera oírla reír. Y para ser el que la hiciera reír. Al sentirse observada, había girado la cabeza hacia él y sus miradas se había cruzado durante tan solo un instante. Ella se había puesto roja y se había alejado rápidamente, pero él pudo percibir los ojos brillantes, los labios rosados y las mejillas coloradas que le hacían enloquecer. Eso sí era un espectáculo digno de ver.

¿Por qué le provocaba tal efecto? ¿Por qué pensaba tanto en ella?

Iba a perder la cordura. No sabía por qué. O quizá lo sabía demasiado bien. Estaba convencido de que Mary acecharía sus pensamientos hasta que la hubiera poseído.

Algo que también lo desquiciaba era que todos los hombres se giraban cuando ella pasaba por su lado. ¡Todos, sin excepción! Sobre todo Boyle que, además, parecía que a ella le gustaba. Cuando los observaba bailar juntos, charlar y divertirse, se sentía furioso y tenía que controlarse para no intentar llevársela a otra parte. Imaginaba estar en una cabaña en medio del bosque, donde por fin estarían solos y podrían pertenecerse en cuerpo y alma. Nunca había estado en este estado de furor permanente, y cuantos más días pasaban, más dispuesto estaba a pasar a la

acción. Pero, entonces, ¿qué sería de ellos? ¿Serían fugitivos toda la vida? No podía hacerle eso a Mary. Ella merecía un buen marido y una buena vida. Tenía que pensar en ella antes que en sus propios deseos. Pero, maldita sea, cada vez le era más difícil.

Así que se mordía las uñas en silencio, sin ver una salida.

Era por todas esas razones por las que tenía que alejarse. El rey seguro que tendría algún lugar adonde mandarlo, quizá a la frontera con Inglaterra.

La simple ocurrencia de ese país lo llevó a pensar en Somerset. Habían tenido un violento altercado a la mañana siguiente del incidente con Mary. Dado el puñetazo que Craig le había dado, Somerset le había amenazado con decírselo todo al rey, pero entonces él mismo había amenazado con revelar que lo había visto brutalizar a Mary. La corte quizá fuese un lugar de depravación donde los hombres tenían relaciones siempre que querían —empezando por el rey, que cambiaba de amante cada noche y escogía entre las amistades de la reina o incluso entre sus damas—, pero las mujeres tenían que dar su consentimiento. Tal vez la corte del rey de Inglaterra era de otra forma. Craig lo ignoraba, pero, en cualquier caso, Somerset había palidecido ante la amenaza y se había quedado callado. Pero ¿hasta cuándo? Craig no era tonto, era un guerrero y percibía el peligro. Lo sentía en su carne. Ese hombre se había convertido en su enemigo, tenía que desconfiar de él.

Se había dado cuenta de cómo miraba a Mary, lleno de lujuria. En cuanto a él, le lanzaba miradas de odio en su más puro estado. Somerset no le daba miedo, pero sentía que estaba dispuesto a todo. Quizá más que él, puesto que el honor no formaba parte de sus cualidades. Había indagado un poco, y lo que había descubierto había reforzado la idea de que tenía que vigilarlo. También había dado órdenes a sus guardias para que lo vigilaran, igual que a Mary. Tres guardias no parecían un número excesivo, sobre todo con la corte llena de machos ansiosos que la rodeaban constantemente.

Suspiró.

Cierto, Mary estaba tranquila, pero con Somerset, ¿hasta cuándo lo estaría? ¿Cuándo acabaría sucumbiendo ante uno de sus pretendientes?

Por el momento, no parecía interesarse por nadie, salvo quizá en Boyle. Cada vez pasaban más tiempo juntos, y eso lo volvía loco.

No tenía derecho a pensar en ella de esa forma, pero los impulsos viscerales de su deseo eran difíciles de domar. Sentía que le estaban torturando. Deseaba tanto a Mary… Tenía tantas ganas de poseerla que se había visto obligado a satisfacerse varias veces al día para no perder la cabeza. También podría desahogarse con las mujeres que conocería en cuanto se largara de allí. Eso también era una cuestión de supervivencia, no podía frenar sus apetitos sexuales para siempre.

Terminó su vaso de *whisky,* alisó su pelo rizado con las dos manos, luego su barba, que había recortado tras la comida. Salió de sus aposentos a buen ritmo con la idea de encontrarse con el rey.

Entró al salón de baile y se acercó al convite, donde llenó una jarra de cerveza. Bebía cada noche, siempre procurando no acabar borracho, pero el alcohol tampoco lo calmaba.

Cada vez tenía más la sensación de que solo el cuerpo de Mary sería capaz de tranquilizarlo.

En cualquier caso, eso fue lo que sus ojos le hicieron comprender cuando, tras haber buscado al rey entre los presentes —sin éxito— y no haber encontrado tampoco a la reina —aunque todavía era pronto—, la vio entre las damas de la princesa. Parecía conversar con Bessie, quien estaba sentada al otro lado, mientras los músicos tocaban una composición alegre. Él prefería la gaita, pero al rey, al haber pasado tiempo en Inglaterra, no le gustaba ese instrumento, mientras

que él no había conocido otra cosa y lo apreciaba. Pensar en su clan lo puso triste de forma repentina. Su vida era insoportable desde que había dejado a su familia. Sin la presencia de Mary, pese a que ella torturaba su cuerpo de hombre y ponía a prueba su paciencia, se moría de aburrimiento. Mientras la admiraba de lejos, tan bella en su vestido verde que ya le había visto, pensó en que ella había trastocado su existencia hasta tal punto que no podía mirarla sin sufrir atrozmente.

Era por esta razón por la que tenía que alejarse o en cualquier momento haría una locura. No quería ser el responsable de su deshonor y todo por solo unos minutos de placer… Era inconcebible.

No podía hacer tal cosa.

Estaba convencido, aunque evidentemente nunca lo hubieran hablado, de que el rey perdonaría las travesuras de los hombres de la corte, porque él mismo no era un hombre fiel, pero nunca perdonaría a su yerno por engañar a su hija. En cualquier caso, el rey se formaría una falsa opinión de él y no podría tolerarlo. Era un hombre íntegro, aunque no supiera lo que era la fidelidad. Nunca había estado de esa forma con una mujer; eso lo explicaba todo. Las que se habían cruzado en su camino no habían sido más que una diversión pasajera. Nunca había querido que fueran otra cosa. Nunca una mujer le había hecho desear serle fiel. Siempre había pensado que necesitaba a muchas para contentarse. Muchas, por separado, ¡o juntas! Había conocido esa experiencia y había adorado la sensación de tener varias bocas sobre él; pero ahora, mirando a Mary, viéndola sonreír y asentir ante las palabras de la princesa, luego levantándose, pensó en que la única boca que ahora quería saborear era la suya. Y que era el momento de largarse de ese sitio. Debía abandonar ese maldito salón de baile y ese castillo. Ahora mismo.

Antes de que…

No fue capaz de dar un paso ni pensar en otra cosa, porque vio a Mary colocarse ante los hombres que estaban sentados frente a ella. La princesa alzó la mano y, acto seguido, la orquesta dejó de tocar. Otras personas no abandonaron las conversaciones en las que estaban ensimismadas. Pero Mary, decidida a dar el paso, entrelazó las manos e inspiró profundamente.

Su voz resonó por el lugar y entonces lo olvidó todo.

O, mejor dicho, viajó con ella a las *Highlands*, a su hogar, a la tierra a la que amaba más que a nada. Esa tierra que tanto añoraba y que sentía correr por sus venas. La voz enérgica e impetuosa de Mary lo había transportado. Era una voz que contaba la historia de una guerra, de masacres de inocentes, pero también de la valentía y el amor de dos seres que estaban separados y que no tenían el derecho de amarse porque pertenecían a clanes enemigos. Unos escalofríos recorrieron su cuerpo, puesto que el canto, traído del pasado, contaba su propia historia. No pertenecían exactamente a clanes enemigos, pero no estaban autorizados a amarse.

Ese pensamiento le dolió tanto que le cortó la respiración.

Sin embargo, se forzó a quedarse. De todas formas, no podía ignorar el magnífico espectáculo que estaba dando Mary. Con los ojos medio cerrados, la joven continuaba el canto que hacía que todo su mundo temblase. Su voz, su presencia, su luz y lo que sentía al admirarla le helaban la sangre. Nunca había sentido algo igual. Mary abrió los ojos y recorrió con la mirada a los asistentes. Luego entonó un estribillo tan triste que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Él era un guerrero, pero… Esa chica tocaba lo más profundo de su alma, y fue el primero en sorprenderse.

Las voces se callaron; todos parecían hipnotizados, como él, ante la voz ligeramente tosca y poderosa. Esa voz había conseguido sacudir sus entrañas. Y no lograba descifrar la razón. O, al

contrario, sabía muy bien el por qué…

Ya había escuchado cantar a algunas mujeres, y él mismo no lo hacía mal cuando le apetecía unir su voz con las de sus hermanos en las noches en Helen Hall. Pero en ese momento, lo que sucedía era distinto. Y si ya pensaba en ella de manera constante y se sentía irremediablemente atraído por ella, el canto lo había hechizado. Estaría prendido de ella para siempre.

No podía apartar la mirada de su precioso rostro, del que brotaba una palabra tras otra. La emoción que emanaba su voz estaba acompañada de un dolor que parecía sentir en lo más profundo de su ser. Ese amor imposible la torturaba tanto como a los personajes de la canción. De repente, ella lo miró, pero fue incapaz de adivinar si estaba feliz o no por tenerlo entre el público. Sin embargo, tuvo, por tan solo un segundo, la íntima convicción de que ella compartía su angustia. Pero ¡tenían que ser imaginaciones suyas! ¡No podía sentir lo mismo que él! Al igual que los personajes de la canción, ellos no tenían el derecho de amarse y morirían si se dejaban llevar e ignoraban las leyes.

Dejó su copa y dio media vuelta.

Tenía que encontrar al rey lo antes posible. Esta situación ya era insoportable.

***

Mary miró la alta silueta de Craig alejarse mientras los aplausos la rodeaban. Había conquistado a su público, pero el único con el que quería compartir su sentimiento acababa de abandonar la sala.

¡Los actos de ese hombre eran incomprensibles!

¡Era obtuso, e irritante!

¿Por qué huye?

¿Había comprendido lo que ella había luchado por esconder desde el principio? ¿Se había dado cuenta de que anhelaba sus labios, su cuerpo y sus brazos estrechándola? Lo anhelaba todo de él; deseaba conocer al fin el amor. ¿Por qué la vida, *su vida*, era así de cruel? ¿Por qué no podía amarlo y estar con él? ¿Por qué pertenecían a distintos clanes? ¿Por qué su tío, el hombre que dirigía su clan y tenía el poder sobre todos ellos, detestaba todavía tanto a los MacLeod?

Ella sabía el porqué, pero no lo comprendía. Y todavía menos lo aceptaba. Había llovido mucho desde entonces: Maddie estaba muerta y el rencor de su tío hacia Alexander no estaba justificado. A menos que hubiera otra cosa: ¿celos, quizá? ¿Envidia? Los MacLeod se habían vuelto el clan más poderoso de las *Highlands*. Tal vez desde que se había enterado de que Craig iba a casarse con la princesa, Colin se estaba ahogando de celos y buscaba un pretexto para arrebatarles todo a los MacLeod. ¿Quizá quería castigar a Alexander por haber sido el culpable de la muerte de su única hija y heredera? La fortuna de los Kinkaid pasaría a su padre y luego a sus hermanos. Colin no tenía descendencia. Para los *highlander*s, la transmisión del título y de las tierras era algo muy importante. De todos modos, las tierras de los Kinkaid habrían caído en manos de los MacLeod, ya que, tras la muerte de Colin, Maddie habría sido la heredera. Pero quizá este último habría impuesto que uno de sus nietos lo heredara, antes de que fuera a parar a manos de Alexander.

No dejaba de pensar en su familia y en Craig mientras respondía a los cumplidos de los cortesanos, que la habían rodeado tras su canto. Se dejó llevar hacia el convite y compartió con la princesa y las otras jóvenes algunas copas de cerveza. La bebida era bienvenida, pero no consiguió relajar la tensión de sus músculos después de que Craig hubiera salido del salón de

baile.

¡Le encantaría poder sacarlo de su mente!

Aunque ella misma se hubiera forzado a ignorarlo y frenar su ansia, no dejaba de pensar en él. Día y noche. Sobre todo por la noche. En sus sueños, esos maravillosos sueños, él estaba con ella, en cuerpo y alma, y ella se dejaba poseer. Poesía su cuerpo, la hacía mujer y tomaba posesión de su alma a su paso. Ella sabía que eso no la llevaría a ninguna parte, solo a someterla a una tortura cada vez más insoportable, pero no podía controlar su mente, y todavía menos su cuerpo. Sentía que se traicionaba cuando ponía sus ojos en los del bello *highlander* y no podía evitar temblar por un hambre atroz y carnal. Era tan guapo —el más guapo de la corte—, tan seductor, tan viril… Y era valeroso. *Su protector*. Se lo había demostrado en varias ocasiones. Parecía que ya no le hacía tanto caso y que él también la evitaba, pero estaba convencida de que de todas formas la seguía cuidando.

Tengo que pensar en mi futuro y encontrar un marido —se recriminó—, *y no suspirar por un hombre que está prometido a otra mujer.*

Además, le había cogido cariño a la princesa quien, finalmente, había resultado ser una compañía agradable. Gracias a ella, Mary había descubierto un mundo, uno de apariencias y de engaños a veces, pero no todo se reducía a eso. La corte era también un lugar de bonitos encuentros, un lugar donde se reunían las artes, los eruditos y los pensadores venidos de los cuatro rincones de las *Lowlands*. Y de Francia. Un país que le fascinaba. Ella sabía que su reino y el de Francia tenían una notable alianza, una antigua, contra Inglaterra. Todos en Escocia lo sabían. Si uno de los dos era invadido por su enemigo ancestral, el otro tenía que ir a su auxilio. Había descubierto con asombro países de los que solo conocía el nombre, a través de los poetas y los músicos de estos lugares remotos. Eran muy distintos a ellos. Parecían más libres. Había asistido a representaciones de juglares que la habían emocionado. No comprendía la lengua, pero los sonidos eran universales, y esos la habían conmovido. Ellos también celebraban el amor, las conquistas, las hazañas en las batallas y la valentía, como el canto que ella había escogido cuando la princesa le había pedido que la entretuviera. Ya había entonado algunas melodías de las *Highlands* para sus amigas en la intimidad de los aposentos de Annabelle, mientras jugaban a demostrar sus dones. A Mary, por mucho que su madre se lo hubiera enseñado, no le gustaba bordar, ni coser, ni cocinar, pero le adoraba cantar. En realidad, le encantaba, al igual que bailar. No era tonta, pero tampoco una erudita como Bessie Beaton, que leía mucho y sabía muchísimas cosas; sin embargo, Mary aprendía rápido. En las *Highlands*, las mujeres aprendían a ser buenas esposas y madres, para criar bien a sus hijos y cuidar de su marido y, además, aprendían a montar a caballo desde que eran pequeñas. Pero su instrucción terminaba ahí. Así que Mary, que no conocía nada del mundo ni de letras ni de arte, se deleitaba con los libros, los poemas y los cantos de otros países, al igual que su historia. Y, cuando tenía un momento, igual que Bessie, leía.

Esta última, desconfiada al principio, le había hecho el honor de convertirse en su amiga.

Los primeros días que siguieron su llegada habían sido un tormento. Bessie temía que Mary ocupara su lugar al lado de la princesa. Pero desde que le había jurado que no era su intención, las cosas se habían calmado por sí solas. Bessie era una mujer grácil, morena y con unos grandes ojos negros. Mary la encontraba muy bella. Y muy buena. ¡No podía decir lo mismo de todas! Bessie le aconsejó que desconfiara de Eleanor Flemming quien, habiendo compartido la cama con el rey en numerosas ocasiones, ahora creía que la princesa era un coto privado a su alcance. A menudo, Mary sentía la mirada de Eleanor sobre ella, pero la ignoraba. Mientras no le buscara

las cosquillas, no tenía ninguna razón para desconfiar de ella. De todas formas, decidió mantenerse alerta. Igual que con el resto: mejor poner atención y decir lo menos posible. Aunque Bessie le había contado todo sobre su vida de antes y después de llegar a la corte —ella también añoraba las *Highlands*, lo que era un punto en común—, Mary no había confesado todo lo que sentía. Lo que habitaba en su corazón tenía que permanecer en secreto; nadie debía saber que había caído bajo el embrujo de Craig MacLeod. ¡Nunca! A pesar de su terrible reputación de mujeriego. Aunque, siendo sincera, ahí parecía estar tranquilo. Eso le hacía pensar que no era tan terrible y que se sabía contener cuando hacía falta. Cuanto más aprendía sobre él, en más estima lo tenía, lo que, evidentemente, no ayudaba en su día a día. Habría preferido continuar detestándolo, pero eso era cada vez más difícil.

¡De ahí la urgencia de encontrar un marido!

En cualquier caso, le urgía hacer lo posible por encontrar un hombre que suplante a Craig en su mente ahogada de amor y pasión. Ella rezaba todas las noches para que Dios pusiera a ese hombre en su camino, y esperaba que fuera igual de guapo y atractivo que el *highlander*. Pero después de un mes en la corte, nadie le había atraído como Craig.

Sin embargo, eran varios los que estaban ansiosos por cortejarla, empezando por Boyle. En cuanto a Somerset, no sabía lo que Craig le había dicho o hecho, o con qué lo había amenazado, pero no se le había vuelto a acercar. Eso era bueno; detestaba su mirada sobre ella. Sin embargo, de vez en cuando continuaba mirándola con una lascivia que le hacía sentir escalofríos… Su cuerpo se rebelaba y se tensaba. No tenía nada que ver con cómo reaccionaba ante Craig o cuando este aparecía. Entonces, tenía la sensación de sofocarse y de no ser capaz de respirar con normalidad. Tenía también la sensación de que le costaba respirar desde que la evitaba. O desde que *ella* lo evitaba. No sabía cuál de los dos evitaba al otro. Era una decisión común que no habían acordado. Y era mejor así. Si hubieran tenido que decidirlo entre los dos, habría tomado ella la decisión, pero habría sufrido por tener que tomar las riendas en el asunto.

¡Dios, las relaciones entre hombres y mujeres podían ser muy complicadas! Especialmente cuando interferían los sentimientos.

Además, no era algo que se aprendiera en los libros. Sufría porque su madre o sus cuñadas no le hubieran explicado nunca lo que se hacía con los hombres. Pero en realidad tenía el sentimiento de que eran ellos los que decidían todo y que las mujeres solo tenían que obedecer y someterse al placer del otro. Solo tenía que verse lo que había sucedido entre el rey, y era bien sabido que un buen número de hombres de la corte engañaban alegremente a sus esposas, mientras que ellas no tenían derecho a hacer lo mismo. ¡Era injusto! ¡Injusto y gratuito! Pero quizá ellas engañaban a sus maridos a escondidas… Quizá con el mismo Craig, que despertaba pasiones entre las mujeres presentes. No era un santo y, en cualquier caso, en su hogar era considerado un mujeriego, así que Mary dudaba de que se hubiera quedado con los brazos cruzados. Debía de tener amantes en secreto, y esa idea le hacía sufrir.

¡Al diablo con Craig MacLeod!

Había abandonado el salón de baile para ir a saber dónde, pero era mejor así. Cuando estaba en la misma sala que ella, no era capaz de pensar. Sus ideas se nublaban. Se forzaba a ignorarlo y a no mirarlo con un deseo latente, pero a menudo sus miradas se cruzaban. ¡Y ella no había vuelto a bailar con él! Aunque se muriera de ganas. Con una vez le habría bastado. Pero no sería razonable. Tenía que olvidar que existía.

—Gracias por habernos regalado tan bella canción, Mary. Tiene una voz divina —dijo alguien cerca de ella a quien, por estar demasiado ocupada descifrando sus pensamientos, no había visto

acercarse.

Giró la cabeza y contempló a William Boyle. Sus ojos azules brillaban y estaba, como de costumbre, elegantemente vestido. Hoy llevaba un jubón rojo atado al cuello por un lazo dorado sobre una camisa blanca y unas calzas negras. En una de sus conversaciones le había revelado que su familia era rica y vivía en una mansión cerca de Stirling.

—Gracias a usted, mi señor. ¿Usted canta?

—¡Por Dios, no! Se lo dejo a mis hermanas —rio él.

Tenía dos hermanas más jóvenes. Eso también se lo había dicho. William estaba muy orgulloso de su familia y de su fortuna, que exhibía como un trofeo. Era verdad que era un poco vanidoso y ególatra, pero también era una compañía agradable.

Le tendió una copa de cerveza tras haberla llenado y se sirvió una. Se tomó su tiempo para beber un trago antes de preguntar:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¡Todo depende de lo que quiera saber!

—Concierne a Craig MacLeod. He oído que había algo entre ustedes.

¿Perdón?

—Os han informado mal, William, no hay nada entre el señor MacLeod y yo, y le recuerdo que está prometido a la princesa.

—¿Pero no vinieron juntos a la corte? No estaba presente, pero cuando… Perdóneme. Cuando pregunté por usted me dijeron que debía evitar acercarme porque estaba bajo la protección de MacLeod y que no dudaría en usar los puños por usted.

Bueno, si Craig asusta a los potenciales buenos partidos, encontrar marido no me va a ser fácil.

—Somos, en cierto modo, parientes, y mi tío, Colin Kinkaid, le pidió que me acompañara a la corte porque él debía venir de todos modos. Nada más, se lo aseguro. Fue… ¿Fue el señor MacLeod el origen de este rumor?

—No lo sé seguro, pero creo que podría serlo.

¡Esta vez iba a escucharla!

¿Con qué derecho la reivindicaba para sí? ¡Le había prometido que no interferiría en su vida y encima estaba prometido a otra! Y hablando de vincular su vida a la princesa, cada vez que esta entraba en la sala, se ponía mala por pensar que el rey anunciaría su compromiso. Pero hasta ese momento nada había sucedido. ¿A qué esperaba? ¿A que la princesa estuviera de acuerdo? Tras la primera fiesta, Annabelle y Craig no habían dejado de bailar juntos, hablaban mucho, pero la princesa no podía evitar reírse de su atuendo de *highlander* a sus espaldas. Detestaba esa ropa que, según ella, le hacía perder virilidad. Esa no era la opinión de Mary. Nada podía esconder la virilidad de Craig y definitivamente no lo hacía el atuendo de las *Highlands*, un atuendo que ella estimaba. En su hogar, todos los hombres vestían de esa forma. Le dolía escuchar a la princesa reírse de Craig. A sus ojos era el hombre más viril y valeroso que había conocido nunca. Ella no decía nada, pero su corazón sangraba ante de idea de que se casara con una mujer que no lo conocía ni lo respetaba a él ni a la sangre de guerrero que corría por sus venas.

De hecho, ¿dónde estaba la princesa?

Mientras hablaba sobre música y canto con la gente de la corte que la quería felicitar, Annabelle había salido de la sala y no había vuelto. Tampoco había rastro de Craig. Decidió ir a su encuentro para hablar con él una vez más y poner las cosas en su sitio. Iba a casarse, y él no podía impedirle que encontrara un pretendiente.

Llegó a lo alto de las escaleras que llevaban a sus aposentos y escuchó voces. Retrocedió y se escondió en una esquina. Con la espalda pegada a la pared, percibió la voz de Craig y… ¡Annabelle!

—Gracias, Annabelle —dijo Craig—. Voy a ir a ver al rey. ¿Nos vemos más tarde? ¿En el baile?

—Por supuesto. Nada me haría más feliz.

El corazón de Mary latió con fuerza al escucharlos. Al parecer, eran íntimos y quedaban a espaldas de los demás.

¿Por qué Craig le había mentido? ¿Por qué disimular lo que de verdad pensaba de la princesa?

Se arriesgó a echar un vistazo al pasillo y lo vio, inclinado sobre la mano de Annabelle, con los labios cerca de su piel, como de costumbre. Él sonreía y ella también. Volvió a su escondite inicial, más abatida de lo que debía. Lo habría dado todo para no haber sido testigo de ese momento íntimo entre Craig y Annabelle. No tenía derecho a molestarse, cierto; estaban prometidos. Pero no soportaba que Craig le hubiera mentido. Era evidente que él no tenía nada en contra de ese matrimonio, pero a ella le había dicho lo contrario: ¿Acaso no le había reconocido que si tuviera elección no se casaría con ella? ¡Le había confesado que no deseaba hacerlo!

Vista la sonrisa encantadora que le regalaba a la princesa, comprendió que no era el caso.

Era evidente que todo en la corte eran disimulos y engaños. ¿Qué había pasado entre ellos? Habían dejado el salón de baile con pocos minutos de diferencia. Primero Craig y luego Annabelle… ¿Era para no dejar pistas y verse en secreto? ¿Habrían intimado, recurrido al amor carnal? ¡Craig era un mujeriego! Y no era tacaño con sus besos. ¿Acaso no la había besado cuando nada lo obligaba? ¿Y no había intentado seducirla antes de saber quién era ella? Si no hubiera mantenido algo de distancia desde el inicio, estaba convencida de que se habrían acostado en la cabaña esa misma mañana. La deseaba como un hombre desea a una mujer, de forma súbita y sin conocerla.

¿Deshonraría a la princesa a riesgo de perder su cabeza?

Pero, según su cuñada, había otras formas de divertirse con una mujer sin desflorarla y arriesgarse a un embarazo…

Una ola de celos la inundó. De celos y de arrepentimiento, que se mezclaron con ira. ¡Qué patán! ¡Su reputación no era infundada! Quizá era más indigno de confianza de lo que ella pensaba. Y, sin embargo, había ganado su estima y estaba casi dispuesta a darle el beneficio de la duda. Peor: ella había sucumbido a su encanto. Se sentía atraída por él a pesar de su promiscuidad. Se dejó seducir, creyendo que era distinto a lo que decían las malas lenguas, distinto a los otros hombres. Y cayó de bruces.

Retomó el control de sus pensamientos.

¡Era una Kinkaid! Los Kinkaid no lloraban por su suerte, sino que seguían adelante, sin mirar atrás ni apenarse por lo que no podían cambiar. Luego oyó unos pasos y se quedó helada. Annabelle pasó sin verla. Absorta en sus pensamientos, conmovida por la escena que había vivid con el joven Craig y con prisa por encontrarse con las demás en el salón de baile. La princesa estaba decidida a disfrutar de la velada que apenas había comenzado. Mary salió de su escondite, dio unos pasos y chocó con un cuerpo. Al sentir las manos de Craig apoyarse en sus caderas, pegó un salto hacia atrás. A pesar de la ira, no pudo evitar que una ola de calor la recorriese por el simple contacto con ese hombre.

—¡No me toque! —susurró mientras lo asesinaba con la mirada.

Craig la observó, asombrado por su reacción.

—¡Entonces no caiga en mis brazos! —respondió él con una sonrisa de mofa. Una sonrisa que le dio ganas de borrar.

Ese hombre era autoritario, más allá de toda razón. La cólera de Mary aumentó cuando vino a su memoria la sonrisa, indignantemente seductora, que le había mostrado a Annabelle hacía solo unos minutos.

—¿Qué hacía allí? ¿Estaba escondida? —preguntó agrandando la sonrisa.

¡Se reía de ella!

Ya estaba enfadada con él antes de ir en su búsqueda, y su estado solo había empeorado.

—¡Sí! ¡Y los he visto!

Él se acercó peligrosamente, lo que la obligó a recular.

Se encontró de espaldas a la pared y no tuvo otra opción que levantar la vista para mirarlo. Los ojos de Craig la devoraron y ella tuvo otra vez la sensación de que haría falta muy poco para que se aventurara a besarla. Puso una mano contra la pared, cerca de su rostro.

—¿Qué cree que ha visto, Mary?

Su voz no fue más que un susurro. Un susurro áspero que hizo que se estremeciera. No podía escuchar su nombre de su boca sin que le fallaran las piernas. Tenía una forma de pronunciarlo que estimulaba sus sentidos.

Se obligó a calmarse.

—¡A usted y a la princesa! —respondió con sequedad antes que le faltara el aliento.

Estaba muy cerca… Demasiado cerca…

Su calor le invadió y la mantuvo prisionera.

Su corazón latió, su sexo vibró, preso de un deseo punzante. No podía respirar. Definitivamente, no podía estar cerca de Craig sin tener ganas de estar entre sus brazos, sin desear su cuerpo.

La mirada del *highlander* se volvió más seria.

Miró su boca y se acercó a ella. Se estremeció cuando su aliento le recorrió la piel, cerca de su oreja.

—Me habría encantado hablar con usted, pero el rey me espera. Hasta luego, bella Mary.

Lo vio alejarse con los ojos bien abiertos y su pobre corazón latiendo desbocado. Había tenido la esperanza, por un breve instante, de que la iba a besar. Quería abofetearse. ¡No era posible desearlo de este modo! Quería sentir de nuevo el sabor de sus labios. Le había dicho «*Hasta luego*». Era lo mismo que le había dicho a la princesa. ¿Pensaba que podía divertirse con las dos? Si esa era su intención, ¡no se lo permitiría! No dejaría que se riera de ella con impunidad.

Se alisó el vestido a la altura de los muslos y se pasó las manos por el pelo para recuperar el control. Luego partió a buen paso, esforzándose por olvidar que acababa de morir entre los brazos de Craig MacLeod. Había deseado que la besara con toda su alma. Y eso la revolvió por dentro. Sintió cómo aumentaban su ira y su resentimiento. ¿Por qué todavía intentaba seducirla pegándose contra ella y susurrando su nombre? ¿No estaba prometido a Annabelle? ¿Y ella por qué todavía quería que lo besara? ¿Por qué no podía evitar desearlo cuando era evidente que se iba a casar con otra? ¡Era una locura!

Esa noche se decidió: le diría lo que en realidad pensaba, lo enviaría a paseo y se dejaría seducir por William, que era evidente que se interesaba por ella. Solo entonces MacLeod saldría definitivamente de su mente.

11

Los guardias, postrados ante los aposentos del rey, le abrieron la puerta a Craig. Entró y, cuando se vio solo, observó el pequeño salón que servía de antecámara a los aposentos reales. Las cortinas que cubrían las ventanas eran espléndidas, al igual que las alfombras y el mobiliario. Habían encendido unos candelabros y un pequeño fuego en la chimenea, lo que confería a la estancia un ambiente íntimo y cálido.

Craig dio una pequeña vuelta mientras aguardaba.

No le gustaba que el rey lo hiciera esperar, pero ¿qué podía hacer él? Su soberano tenía todo el derecho a hacerlo. También podía enviarlo a la otra punta del reino, y eso era lo que pretendía pedirle, tan pronto como fuera posible. No había cambiado de idea: tenía que alejarse de Mary y de sus labios. Eran demasiado tentadores.

Se preguntó de todas formas qué quería el rey. ¿Había llegado el momento de formalizar su compromiso? ¿O lo había llamado por otra razón? Pasado un tiempo, le pareció preocupante. Quizá se trataba de los problemas en la frontera con Inglaterra, su enemigo desde siempre; o quizá era cuestión de sus amigos franceses, que a menudo reclamaban su ayuda y la de sus soldados por disputas con otros países. Craig se interesaba poco en la política del reino y todavía menos del mundo; ya tenía suficiente con las querellas en las *Highlands*. Pero si tenía que vivir en la corte y formar parte de los comandantes de la Armada Real, probablemente tendría que aprender. Eso no le gustaba. Temía que tampoco le gustara lo que el rey tenía que revelarle.

Mientras contemplaba un cuadro con detalle, una partida de caza no demasiado mal representada, pensó en la visita de Annabelle, que parecía contrariada cuando había ido a decirle que su padre lo reclamaba. Creyó tener la sensación de que quería decirle algo más, pero se lo pensó mejor. Él mismo había huido de su insistencia. Le había pedido conocer el verdadero motivo de su presencia en sus aposentos. Había pensado en persuadirla jugando la carta de la seducción con sonrisas y besos en las manos. Luego ella se había ido sin revelarle nada, solo lo que el rey le había pedido y que ella había cumplido.

¿Por qué había ido a sus aposentos, entonces? ¿Por qué entrar en ellos? Definitivamente, en las altas esferas la gente no se comportaba de forma natural, y eso lo ponía aún más de los nervios. No sabía qué esperar de ellos, todo eran manipulaciones. No conseguía interesarse por nada, no participaba en ninguna oscura trama de la corte, pero ¿debía seguir actuando de ese modo? No lo sabía. Lo que sí sabía era que no tenía ninguna gana de pasar su vida en ese lugar, pero, por desgracia, eso tampoco dependía de él, sino de su futuro suegro.

Su mente buscó relajarse con Mary y su cuerpo, toda una tentación tan cerca del suyo, pero acto seguido apartó de su mente las imágenes demasiado sugerentes de la magnífica pelirroja bajo él, gimiendo al compás de sus golpes de cadera. No podía dejar de pensar en sus cuervas.

¡Esos pensamientos acabarían por causar su muerte!

No podía dejarse llevar ni imaginarse a otra mujer entre sus brazos que no fuese la princesa, pero la mayor parte del tiempo no podía evitarlo. Su mente hacía lo que quería; al igual que su cuerpo, que se revelaba por la frustración.

—Mi querido MacLeod —oyó detrás de él.

Se giró para mirar al rey.

En su atuendo ceremonial de azul medianoche, su color predilecto, tenía buen aspecto pese a su corpulencia. El pelo negro enmarcaba un rostro poco agraciado. Tenía una nariz demasiado larga, unos labios demasiado finos, unos ojos demasiado separados y una frente demasiado grande. Sin embargo, ese hombre desprendía una buena apariencia, lo que forjaba cierto respeto; y aunque su fealdad no pasaba desapercibida, James VI de Escocia estaba lejos de ser estúpido y era buen estratega. Craig lo había comprobado en el pasado, cuando juntos habían iniciado la campaña contra Dougal Campbell. Hizo una reverencia ante el rey como era costumbre.

—Mi señor, me ha llamado. ¿Qué puedo hacer por usted?

El monarca le señaló los asientos y lo invitó a sentarse, lo que hizo sin poder contener su preocupación. El momento de la verdad había llegado y no estaba listo; sin duda no lo estaría jamás. Consideró, por un segundo, huir. Pero entonces su familia sufriría la cólera del rey.

—Voy a ir directo al grano, MacLeod —le soltó James VI en un tono seco.

Queriendo parecer relajado cuando en realidad no lo estaba, Craig apoyó los antebrazos sobre los reposabrazos y cruzó las piernas.

—Le escucho, señor.

—Annabelle ha renunciado. No quiere casarse con usted.

—Oh… Eso… Yo… Lo siento, yo…

El rey James levantó la mano para interrumpirlo. Una mano en la que brillaba un anillo en cada dedo.

—Usted no tiene la culpa, amigo. ¡Es ella! Sé que ha hecho lo que ha podido y que ha mostrado sus mejores cartas, pero no ha sido suficiente. No quiere saber nada de usted.

Craig contuvo el suspiro de alivio y el rey continuó:

—Ningún padre quiere que sus hijos sean infelices, y menos por alianzas políticas. Espero que lo comprenda.

—Perfectamente, señor. Son cosas que pasan y…

—Aparentemente ella ama a otro hombre y, bajo mi ley, he aceptado que se case con él. Sin duda lo conoce, se trata de William Boyle.

—Sé quién es, señor. La princesa no podía encontrar a un hombre más galante. Harán buena pareja.

De nuevo, escondió una sonrisa. Al menos, Boyle dejaría de estar alrededor de Mary. ¡Qué buenas noticias! ¡Muy buenas! Su corazón se libró de un gran peso, ¡podría volver a su hogar! Solo había un problema: Mary. Había decidido alejarse de ella, pero ahora que podía hacerlo, se sentía contrariado ante la idea de dejarla sola.

—Yo también lo creo. En cualquier caso, sus sentimientos son mutuos. Quería hacérselo saber antes de oficializar nada.

Craig había visto a Boyle y Annabelle hablar juntos a menudo, pero estaba lejos de imaginarse que compartían esos sentimientos… No había visto fuego, además de que Boyle parecía verdaderamente interesado en Mary. Seguramente para ocultar sus intenciones.

—Y os lo agradezco, señor. Nada lo obligaba a decírmelo. Agradezco no haberlo descubierto delante de todo el mundo.

Entonces habría sido humillado en público y se habría convertido en el hazmerreír de todos. Los cortesanos habrían disfrutado enormemente lo que habrían considerado como una desgracia y, aunque a una parte de él no le importara, la otra no podía evitar pensar en su familia. Se

imaginó subiendo a su montura para regresar a sus tierras. Pero su felicidad duró poco cuando pensó en que iba a dejar a Mary atrás. ¿Quién cuidaría de ella? Él recuperaría su libertad, cierto, pero ella no. Sin embargo, no debía preocuparse por su suerte, tenía que estar satisfecho por jugársela a Colin Kinkaid, a quien tendría que ver, ya que dejaría la corte.

—Es lo menos que podía hacer, mi querido amigo. Aprecio el hombre que es y me hubiera gustado que fuera de otra forma.

Yo no… pensó Craig.

Se levantó y se inclinó.

—Son los caprichos de la vida, señor. Y, como usted, solo deseo la felicidad de la princesa, aunque sea con otro hombre.

Tenía que parecer un poco decepcionado, o el rey podría tomarla con él y su familia.

—Señor, si no necesita nada más de mí —inició él—, permítame retirarme a mis aposentos.

—¿No se unirá a los demás?

—No, mi señor.

El rey se puso de pie y lo rodeó con los brazos. Ese gesto fue tan inesperado que Craig se enterneció. Nunca había visto al rey hacer un gesto tan íntimo con nadie, y lo apreció.

—Habría disfrutado de tenerlo como yerno, Craig MacLeod. ¿Por qué no se queda en mi Armada como capitán? Con un sueldo sustancial… como compensación…

—Aprecio una vez más el gesto, señor, pero me veo en la obligación de rechazar su oferta. Mi familia me necesita. Una persona más vigilando puede ser determinante.

—Creía que las *Highlands* al fin convivían en paz.

—Así es, señor, y mi hermano Alexander es la prueba, pero ya sabe cómo son los jefes de los clanes… No necesitan nada para empezar una batalla. Las alianzas no duran demasiado en esa parte de Escocia.

Él mismo no estaría tranquilo hasta recuperar la seguridad de su dominio.

—Cuento con usted para que la situación perdure. Ya tengo suficiente en la frontera con Inglaterra como para ocuparme de ustedes.

La prudencia en el habla no era lo suyo, pero se guardó el comentario y tranquilizó al rey.

—Cuente conmigo, señor. Haremos lo mejor que podamos.

Debido a su nueva situación tan influyente, el clan MacLeod velaba por la paz en todo el territorio. Además, Alexander no tenía ninguna ambición de conquista; eso siempre sería así mientras los otros clanes estuvieran tranquilos y no se aliaran en su contra. Craig no podía jurar lo que sucedería en el futuro, pero todo indicaba que la paz perduraría durante bastante tiempo. Al menos, hasta que algún desencadenante crispara ese equilibrio frágil, como solía suceder.

—Le deseo una buena noche, señor —dijo Craig inclinándose ante su señor.

—Buenas noches para usted también, MacLeod.

Craig se alejó.

Se disponía a salir de la estancia para volver a la antecámara, pero entonces la voz del soberano lo detuvo:

—Casi me olvido. Somerset me ha pedido casarse con Mary Kinkaid. Como usted la conoce mejor que nadie, quería saber su opinión sobre su unión.

Escuchar el nombre de Mary asociado con palabras como «Somerset» y «casarse» fue como una puñalada trapera por la espalda. Se giró lentamente, intentando mantener la calma ante la noticia y reflexionando tan rápido como le permitía su mente, azotada por las nuevas noticias. Tenía que recordar lo importante: había recuperado su libertad, y todavía no era consciente de

ello.

—No deje que se case con ese hombre, señor, se lo ruego. Es indigno de confianza.

—Esa es una acusación grave, MacLeod.

—Soy consciente, señor. Sé que es un hombre cercano a usted, pero sigue siendo, sin embargo, un ser despreciable y sé de lo que hablo. Tiene que creer en mi palabra, señor, lo pillé en el acto.

El rey frunció las cejas.

—¿A qué se refiere?

—Lo sorprendí forzando a Mary y solo Dios sabe hasta dónde habría llegado si yo no hubiera intervenido. Parecía dispuesto a todo para hacerla ceder.

—Sabía que Somerset era fogoso, pero no pensaba que sería capaz de deshonrar a una joven bajo mi propio techo. Mañana, al alba, lo enviaré de nuevo a sus tierras. Y en cuanto a Mary Kinkaid, estoy seguro de que otros hombres pedirán su mano en poco tiempo. Es evidente que causa sensación en las fiestas de la princesa por su erudición, su encanto y su belleza foránea.

La idea de que otro hombre poseyese a Mary le pareció de repente intolerable. Y antes de que tuviera tiempo de sopesar sus palabras y ver las consecuencias, estas brotaron de su boca.

—¡Démela a mí, señor! En compensación… por el matrimonio que no sucederá con su hija.

Eso era casi chantaje y nunca nadie debería arriesgarse tanto, pero había hablado por impulso, sin darse cuenta de lo que implicaba. En realidad, lo sabía muy bien, pero en ese instante no le importaba. Prestaría atención a eso más tarde.

—Supongo que le debo eso, MacLeod —consintió el monarca quien, contra todo pronóstico, disfrutaba jugando a ser casamentero.

—Le prometo ser su aliado, señor, sean cuales sean sus decisiones —añadió Craig para inclinar la balanza a su favor—. Si me necesita, solo tendrá que decirlo. Responderé enseguida, igual que mi familia. Si acepta darme a Mary.

De nuevo, se estaba adelantando, pero Alexander lo comprendería.

—¿Podré contar con su clan para agrandar mis rangos y seguirme a la guerra si fuera necesario?

—Sí, señor, ¡tiene mi palabra! Sin embargo, le pido una cosa…

—¡Dígame!

—Déjeme darle la noticia a Mary, igual que a nuestras familias cuando volvamos a nuestros hogares. Hasta entonces, le pido mantener nuestra unión en secreto.

—¡Hagámoslo así, MacLeod! —aceptó James VI, aliviado de que la petición no fuera difícil de cumplir.

Después de todo, la promesa del compromiso con la princesa había trastocado la corte. Cuando el rey había anunciado a quien pudiera escuchar que estaba feliz de tener al valeroso y tan buen capitán, Craig MacLeod, como yerno, había sido el centro de todas las miradas. Efectivamente, tenía que compensárselo. O, al menos, eso era lo que Craig tenía que hacerle creer. No era muy caritativo, pero después de todo, en la guerra todo valía, y Mary era el precio que debía pagar. No obstante, iba a tener que persuadirla y, visto cómo se había vuelto en su contra, estaba lejos de ganar la partida.

Se pusieron de acuerdo para no perder el tiempo: Craig pondría a Mary al corriente esa misma noche y el matrimonio tendría lugar en pocos días. Durante la semana siguiente, muy probablemente. El rey James se encargaría de organizarlo todo en secreto, en compensación por haber anulado el matrimonio con la princesa y para agradecerle las hazañas en batalla que le

había permitido vencer a su enemigo, Campbell; el hombre que deseaba su trono y soñaba con destruir al monarca.

En unos días, Mary se convertiría en su mujer.

Podría haberse alegrado de no ser porque tenía la sensación de que el desastre se cernía sobre él. Sobre ellos.

¡No tenía derecho a desposarla!

Pero, de nuevo, ¡no tenía elección!

De eso también tendría que convencerla.

12

Craig no se dirigió a sus aposentos, sino al salón de baile. Tenía que ver a Mary y hablar con ella. Buscó su cabello extravagante entre los asistentes, pero fue incapaz de encontrarla.

¿Dónde estaba?

Esa chica podía ser tan… sorprendente. Eso se añadía a su encanto, se lo tenía que reconocer. Además de su fogosidad, su vivacidad, su carácter… No cedía a la primera de cambio y eso le gustaba. Era diferente a todas las otras mujeres con las que se había cruzado su vida de un modo fugaz. Al mismo tiempo, nunca se había tomado el tiempo de entender si las otras mostraban un interés especial. Al menos, otro interés que no fuera abrir sus piernas para él.

Con Mary era distinto.

Desde el principio.

Había soñado con hacerla suya desde que sus ojos se habían fijado en ella. Luego le había reconocido quién era ella y se había visto obligado a renunciar a su pasión. No podría poseerla jamás.

Y ahora iba a convertirse en su mujer por un agradable capricho del destino. Sin embargo, intentó ver más allá. Se había metido en un buen lío y tenía que encontrar la forma de escapar de él. Puesto que, en cuanto Colin Kinkaid se enterara de que se había casado con Mary, sería la guerra. Y eso no podía tolerarlo. Tenía que encontrar una excusa que todavía no había ideado. Pero, por ahora, tenía que darle la noticia a Mary.

Se dirigió hacia la princesa quien, al verlo venir, se apartó del círculo de amigas.

Le tendió la mano y él besó sus nudillos dedicándole una sonrisa cómplice.

—Entonces, ¿no está demasiado molesto? —murmuró ella cuando él se incorporó.

—Molesto no, princesa, solo asombrado.

—¡Tonterías! Está igual de aliviado de que mi padre haya aceptado renunciar a este compromiso.

—No puedo esconderle nada, princesa, y me preocupa que pueda leerme como un libro abierto. Pero es usted quien…

—¡Cierto! He sido yo —interrumpió ella—, y debería molestarme por ver que está más aliviado que asombrado, a pesar de lo que diga. Pero es cierto que yo no le he facilitado las cosas.

—Yo no le gusto. Ha sido honesta al reconocerlo y ha tenido la valentía de llevarle la contraria a su padre cuando aún estaba a tiempo. Yo también recupero mi libertad.

Libertad que será de corta duración…

¿Cómo se lo iba a tomar ella?

Se decidió a poner las cartas sobre la mesa.

—Así podremos ser felices los dos, por separado. Y por ello, princesa, le estoy eternamente agradecido.

—¿Cómo es eso? No lo comprendo…

—Sé que usted ama a otro hombre. En cuanto a mí, me casaré con Mary Kinkaid. Creo que

tendrá que separarse de ella antes de lo previsto. Lo siento.

Annabelle rio.

—Sabía que había algo entre ustedes. No se me han escapado las miradas que se lanzan cuando creen que nadie les presta atención.

—¿Es por esa razón por la que la designó como mensajera? ¿Por qué había intuido algo entre nosotros?

—Quizá… —reconoció—. Reconozco que me gusta jugar a ser casamentera. He casado a varias de mis damas y tengo debilidad por las historias de amor que acaban bien.

Lo del final feliz tendría que verse —pensó él, pero se lo guardó para sí.

—Debo decirle de igual forma que Somerset quería casarse con ella —reconoció él a su vez —, pero su padre ha aceptado que me case yo con ella.

Annabelle se llevó las manos hasta el corazón, visiblemente alterada.

—Oh… Ha hecho bien. Somerset puede ser de la familia de mi madre, pero lo detesto. Tiene una forma de mirarnos, a mí y a mis damas, que me desagrada profundamente.

—Estará entonces contenta de saber que el rey lo va a enviar a sus tierras.

—¡Me alegro! No lo echaré de menos, y tampoco mis amigas. Pero, sin embargo, debo advertirle algo: he escuchado decir que los que se meten en su camino no viven mucho tiempo para presumir de ello… Pero puede que solo sean rumores.

—No tema, princesa, sé defenderme; y creo ser igual de infatigable que él, incluso peor. No puede hacer nada contra mí.

Pero podría ir a por Mary.

Un pretendiente rechazado podía convertirse en la peor de las amenazas. Creía haberla salvado de un destino funesto, pero ¿y si acababa de causar uno peor? ¿Y si, finalmente, casarse con Somerset la complacía? Era un poco lo que ella le había echado en cara cuando había tumbado a Somerset de un puñetazo esa noche; pero pensaba que estaría jugando con él. No podía ser sincera. Un hombre como Somerset no podía gustarle, y no podía tener realmente ganas de vivir en Inglaterra. ¡Ella no! ¡No Mary Kinkaid! Mary era de las *Highlands*, y en las *Highlands* se detestaba a los ingleses y todo lo que les recordaba a ellos.

Se forzó a no pensar en eso y continuó sonriendo.

—Perfecto, entonces. Le doy mi bendición, mi señor —añadió Annabelle—. Incluso aunque no os haga falta; la de mi padre es suficiente.

—Quizá, pero aprecio recibirla de usted también, princesa, y le deseo que sea feliz.

—Lo seré. No tengo ninguna duda de eso.

Giró la cabeza y le pareció que miraba a alguien. Ese alguien no era otro que William Boyle quien, ante ellos, los observaba lejos de todos, charlando con distintos cortesanos.

¡La vida podía ser muy curiosa y las apariencias engañaban!

Había creído que Boyle estaba interesado en Mary cuando en realidad lo estaba en la princesa y deseaba que fuera libre.

Se inclinó ante Annabelle con una sonrisa en los labios dispuesto a despedirse y le besó de nuevo la punta de los dedos cuando ella le tendió la mano, mientras le dedicaba una sonrisa. Se había equivocado con ella. Annabelle no era la mujer insoportable, altiva y cascarrabias que le había parecido al principio. Había fingido ser así para que no se enamorara de ella y conseguir no casarse con él sino con Boyle.

Una silueta en uno de los rincones del salón de baile llamó la atención de su mirada y giró la cabeza.

Sus ojos se cruzaron con los de Mary. Se observaron un instante y luego ella se giró. Lo ignoró y se dirigió a la terraza.

—Discúlpeme, princesa, tengo que hablar con Mary. Prométame que guardará el secreto por el momento.

—Hecho, mi señor; no diré nada. ¡Y buena suerte! —le gritó cuando tomó un poco de distancia.

Sí, la iba a necesitar.

Encontró a Mary con las manos apoyadas contra el muro de la inmensa terraza que daba al salón de baile. Parecía sin aliento. Se acercó y, sin pensarlo, puso sus manos sobre sus hombros y los apretó con suavidad. Ella se estremeció, pero él sintió escalofríos con solo tocarla.

Se inclinó y murmuró:

—Mary…

Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar. Por primera vez en su vida no sabía cómo hablar con una mujer. Quizá porque esa mujer se había convertido en alguien importante para él. Para su desgracia, ¡y la de ella! Ella merecía a alguien mejor que él y, de repente, el corazón se le rompió en mil pedazos. Era evidente que había cometido un error; arruinaría su existencia. Pero, de nuevo, había actuado sin pensar y ahora no tenía elección. Al menos era lo que había pensado cuando le pidió al rey la mano de Mary.

Ella escapó de su abrazo y se giró furiosa.

—¿Cómo se atreve? —dijo ella con desdén—. Cómo se atreve a tocarme cuando… se va a casar con la princesa. ¡Ya es suficiente, Craig! ¡No se me acerque nunca más!

Tras esas palabras y una mirada asesina, huyó por la escalera de piedra en dirección al parque. Si no la atrapaba rápidamente, se le escaparía y podría pasarse la noche buscándola.

Gritó su nombre, pero esa pequeña cabezota lo ignoró.

Afortunadamente había luna llena y la altura de la terraza le permitía ver la dirección que tomó. Maldijo entre dientes. La experiencia con Somerset no le había bastado. A veces tenía la sensación de que el inglés la miraba como un ave rapaz a su presa, esperando un movimiento falso por su parte para apoderarse de lo que tanto codiciaba.

Tenía que ser rápido y no dejarla sola demasiado tiempo. Podía estar en peligro.

La llamó más veces y se lanzó a su búsqueda, con el corazón latiendo frenéticamente. Mudo por la urgencia de la situación, corrió tan rápido que consiguió localizarla, al fin, unos metros más allá.

Gritó su nombre una vez más. Ella giró la cabeza, pero retomó su paso rápido para escapar de él.

—¡Mary! —vociferó perdiendo la paciencia—. ¡Debo hablar con usted! ¡Le ordeno que me escuche!

¡No iban a correr por todo el parque!

—¡Mary! ¡Le juro que si no se detiene, le daré la corrección que merece!

Ella se quedó inmóvil y le hizo frente, justo lo que él esperaba después de haberla provocado.

—¿Perdón? ¿Puede repetirlo?

Sin aliento, despeinada, con los labios húmedos y las pupilas poseídas por la ira estaba magnífica. Tan magnífica y ardiente que temió no poder contenerse y arrancarle los labios. En lugar de eso, se contentó con mirarla sonriendo.

—¿Y bien? ¿Qué tiene que decir en su defensa? —preguntó mientras golpeaba el pie contra el suelo—. Ah, y puede dejar de mirarme así…

Dio un paso sin dejar de sonreír.

—¿Cómo, Mary? ¿Cómo la estoy mirando?

—¡No importa cómo! ¡No soy una de sus innumerables amantes!

Se desafiaron con la mirada, los dos sin aliento.

Era tan bella y en su mirada se leía un deseo tan intenso que Craig de repente se quedó sin habla. Y, sin poder frenar su impulso, se lanzó sobre ella, la atrajo con un brazo en su espalda y tomó sus labios. Vorazmente. Furiosamente. Apasionadamente.

Tras unos segundos de estupor, Mary se rindió bajo su beso y deslizó los dedos por su pelo cuando la apretó contra él. La besó hasta quedarse sin respiración. Luego se apartó para seguir por su cuello y su garganta. Sentir su piel bajo sus labios lo volvía loco. Había aguantado su deseo por ella desde hacía tanto que solo pensaba en hacerle el amor. Sus manos le apretaron las nalgas, deliciosas, redondas, tersas, y luego subió una de ellas hasta su pecho. Ligeramente inclinada hacia atrás y con los ojos cerrados mientras jadeaba, Mary se dejó llevar por sus besos y sus caricias y él aguantó su deseo de llevarla a cubierto de otras miradas y acostarse con ella sobre la hierba. De repente, se dio cuenta de dónde estaban, quiénes eran y se dispuso a poner fin al beso, pero fue Mary quien lo interrumpió.

Ella retrocedió con los ojos llenos de ira.

—¡No hay derecho! ¡Nunca seré una distracción, MacLeod!

Craig buscó su mirada.

Parecía llena de ira, cierto, pero igualmente triste ante la idea de sentirse utilizada. Se le encogió el corazón en el pecho. Detestó todo el mal que le había hecho y se disponía a hacerle. No debería haberla besado, eso no hacía más que complicar una situación ya inextricable, pero no había podido evitarlo al dejar al fin que su cuerpo y su deseo hablaran.

—¡Es mi derecho como futuro marido! —respondió con sequedad.

Mary abrió los ojos y sus labios se entreabrieron, lo que le dio ganas de saborearlos de nuevo.

Parpadeó varias veces sin comprender nada.

—¿Perdón?

—Lo ha escuchado bien, Mary. El rey quería entregarla a Somerset. Me he propuesto en su lugar.

Su boca formó una bonita *o*.

De repente, tuvo el deseo de deslizar su lengua, u otra parte de su anatomía, a lo largo de su cuerpo. Viendo que ella estaba asombrada ante la idea y era incapaz de pronunciar palabra, siguió hablando para ayudarla a entender:

—La princesa no quiere casarse conmigo, es eso lo que el rey quería decirme cuando me convocó en sus aposentos. Iba a marcharme, pero entonces me informó de que Somerset pretendía casarse con usted. Sé que no me ha pedido nada, Mary, pero no podía dejar que se casara con ese hombre.

Se tambaleó con la mano en la boca, los ojos húmedos y retrocedió, horrorizada.

—Sé que no soy el hombre de sus sueños, pero la he querido salvar de ese terrible hombre.

—¡Pero yo no le he pedido nada! Usted mismo lo ha dicho.

—¡Cierto! Pero no me diga que habría aceptado, porque sé que no.

—Sin duda, no habría aceptado, pero me hubiera gustado poder decir algo al respecto —replicó ella alzando la voz—. O, al menos, poder pensar en ello.

—Sabe muy bien que las mujeres no tienen voz ni voto a la hora de comprometerse. Entonces, no se comporte como una cría y acepte casarse conmigo, Mary. Por su salud.

—¿Y la princesa?

—Se lo he dicho, no quiere saber nada de mí.

—¿Y usted? Usted parecía apreciar su presencia. ¡Cada vez que los veía juntos le besaba la mano!

—¿Está celosa? —no pudo evitar preguntarle.

De nuevo, se metía en terreno pantanoso, pero no pudo resistirse.

—¡Por supuesto que no! Confunde sus deseos con la realidad, MacLeod. Así que, si lo he entendido bien, no soy más que un premio de consolación —continuó ella, esforzándose por mantener la calma.

—Ha sido para salvarla, Mary. No lo he pensado.

—Debo decírselo a mi familia, pedirle permiso…

De repente, pareció completamente perdida. Tan perdida que él se vio obligado a agarrarla del brazo para que ella redirigiera su atención hacia él.

—Tendremos que apañárnoslas sin eso; sería demasiado peligroso ponerlos al corriente. Yo me ocuparé de todo.

No podía reconocerle lo que tenía en la cabeza o ella se negaría a casarse y entonces estaría en peligro. Se culpó por engañarla, pero era necesario. Se negó a reconocer que solo había hablado su deseo, no la razón. Una razón que le habría dicho que se alejara de ella.

—Entonces, ¿es un sí? Necesito que me dé una respuesta ahora o Somerset podría seguir insistiendo.

—Me pide que escoja entre dos males… Espero que sepa hacia dónde nos está llevando.

Sabía que le costaría convencerla de su buena intención. Ella perdía su libertad, y ahora debía casarse con un hombre a quien no había escogido y que la pondría en contra de su clan, pero no esperaba que sus dudas le hicieran tanto daño.

—Escoja, Mary —le apresuró—, y rápido.

Y eso fue lo que hizo ella…

13

Tres días después, Mary se preparaba para casarse con Craig en la abadía de Holyrood, al lado del castillo, y con absoluta discreción, para que su unión fuera un secreto bien guardado. El rey se había encargado de todo, tal y como le había prometido a Craig. Craig, a quien ella adoraba. Estaba fantástico en su *kilt,* que resaltaba sus rasgos. ¡Tan guapo y seductor! Y le gustaba tanto... Dios, cómo le gustaba. No habría podido soñar con tener un marido más apuesto y valiente.

Y, sin embargo…

Craig se comportaba de forma extraña desde que ella había aceptado convertirse en su esposa. Él la ignoraba y se estaba distante.

¿La habría besado para que ella cediera a su propuesta de matrimonio? ¿Se arrepentía de haberle pedido permiso al rey para casarse con ella en lugar de Somerset? ¿Había jugado con ella? Ese hombre la volvía loca; nunca sabía qué esperar. Además, algo en su mirada le resultaba extraño. Algo que no comprendía y que la asustaba y entristecía. Tenía la impresión de que sufría. Era evidente que perdería su tan querida libertad y pondría en peligro el equilibrio y la paz de sus familias, pero si le había propuesto matrimonio, era porque lo habría pensado un mínimo, ¿no?

En cualquier caso, eso esperaba; o irían directos al desastre.

¿Estaría Craig listo para discutir con su tío por ella? ¿Estaría preparado para iniciar una guerra o encontraría una solución? Ella misma se juró que sabría encontrar las palabras para calmar a Colin Kinkaid. Debía hacerlo, puesto que no podía empezar una guerra o renunciar a Craig. Había soñado muchas veces con convertirse en su esposa. Por mucho que no fuera en esas condiciones. No quería casarse con él porque la princesa no lo quisiera, sino porque él la había escogido, habría hablado con el rey y le habría hecho una magnífica declaración de amor. Estaba bien lejos de ese cuento de hadas con el que soñaba desde que era pequeña; pero en unos minutos se convertiría en la señora Mary MacLeod.

Con las manos en las de su futuro marido, Mary luchó por parecer igual de fría y desinteresada que el Craig que le hacía frente, mientras oía distraído lo que decía el cura. Craig estaba distante, pero a veces la observaba con tanta fogosidad que se sentía trastocada para, al segundo siguiente, volver a ser el mismo monstruo frío. Lo que no se correspondía con la imagen que ella tenía de él. Era verdad que se pasaban las horas discutiendo, y a menudo él parecía un mártir. Se habían negado su amor poniendo como excusa el matrimonio forzoso con la princesa. Sin embargo, a ella la había besado, y ella se había estremecido como si la misma vida pretendiera salir de su cuerpo. ¡Dos veces! Y ambas se habían quedado grabadas en su corazón para siempre, al igual que muchos otros momentos de intensa pasión que habían compartido. Había percibido su deseo, que era sin duda una respuesta al suyo. Era algo que había visto en su mirada, en sus gestos, en su postura, en la dureza de sus besos. Entonces, ¿qué sucedía? ¿La culpaba por haberlo apartado todo ese tiempo que había estado prometido a otra? ¿La culpaba por no haber saltado de alegría ante la idea de casarse con él?

Mary estaba confundida.

No comprendía nada y cuantos más minutos pasaban, peor se sentía y más desilusión albergaba en su corazón. Tenía la sensación de que la había engañado, y de que se encontraba entre la espada y la pared. Puestos a escoger, entre Somerset y él, evidentemente prefería casarse con él; ¡Somerset era un cerdo! ¡Pero no quería que fuera así! No teniendo la sensación de que el destino no estaba en sus manos y de que su vida se le escapaba. La habían educado para respetar las tradiciones; sabía que debía obedecer a su marido, que se convertiría en su señor, pero no había imaginado que su destino le reservara otra cosa. Ella también se merecía que la escuchasen. En resumen, había soñado con casarse con un hombre como Craig MacLeod, incluso con el propio Craig. Pero ahora que su sueño se había hecho realidad, tenía dudas. Sobre todo porque su futuro marido no parecía contento. Sin embargo, cuando tuvo que responder al cura y aceptar tomarla como esposa, de quererla y respetarla, buscó sus ojos antes de declarar en voz baja y ronca que sí quería. Le pareció sincero, pero luego se alejó inmediatamente, tras depositar un beso casto sobre sus labios, gesto que a ella le frustró. Una ola de malestar intentó llevársela.

La cena fue una verdadera pesadilla.

Craig no le prestaba atención y vaciaba copa tras copa hasta el punto de que comprendió que quería emborracharse para hacer lo que fuera que se hacía para consumar su unión. Unas lágrimas invadieron sus ojos. Pero era una Kinkaid, y las Kinkaid no lloraban ante nadie. Esperaría a estar en su habitación para liberar su desesperación. Y si Craig continuaba así, se negaría a compartir cama con él. También había soñado con la noche de bodas y se había imaginado entregándose a Craig. De nuevo se llevó una decepción.

Fue con cierto alivio —pero no sin una ligera aprensión— que siguió a Craig a sus aposentos después de que algunos invitados les hubieran dado las buenas noches, pero sin las risas descaradas y las bromas que habría deseado escuchar. Se acordó de que su hermano mayor levantó a su mujer con los brazos en cuanto terminó la cena, de tantas ganas que tenía de estar con ella, y que salieron de la sala dejando atrás las risas divertidas de los asistentes. En ese momento, Mary tuvo la sensación de haber vivido el instante más triste de toda su existencia, incluso aunque pusiera buena cara. Craig parecía tenso cada vez que alguien se acercaba a felicitarlos. Se había prometido pedirle una justificación para su comportamiento, pero en ese momento era incapaz. Se sentía demasiado mal.

Lo vio agarrarse a la pared para no caer. Estaba terriblemente borracho, y se preguntó de repente si podría preguntarle por tal ofensa en algún momento.

Abrió la puerta de su dormitorio y entró primero.

Encantador…

Le habría gritado de todo si se hubiera dejado llevar por sus emociones, pero no quería hacerlo. Tenía que mostrarse fuerte y no derrumbarse. Y no dejar que *él* se derrumbara.

Cerró la puerta y lo siguió a través de las habitaciones sin mediar palabra y se vio ante la cama de su habitación, donde descansaban una cesta con fruta, una jarra y dos copas. Se abstuvo de soltar el duro comentario sobre su exceso de alcohol y, de espaldas a él, comenzó a desvestirse. No sabía cómo comportarse ni lo que Craig esperaba exactamente de ella, puesto que permanecía mudo, pero lo que sí sabía era que a él le encantaban los cuerpos de las mujeres, le encantaba hacerles el amor. ¡Era bien sabido! Craig era un mujeriego, ¿no? Entonces… No se podría resistir si usaba sus armas de mujer. Sintió su mirada sobre ella, pero se forzó a no girar la cabeza y continuó ignorándolo como él la ignoraba. En cuanto dejó caer su vestido y se reveló completamente desnuda, vio con asombro cómo él salía de la habitación dando un portazo. El ruido resonó en su corazón.

¿Cómo osaba tratarla así? ¡Era su mujer!

Apartó el vestido con rabia y se puso su vestimenta de noche, una fina camisa blanca que le había dado Bessie y que caía hasta los pies. Bessie, que se había convertido con el paso del tiempo en una buena amiga y a quien necesitaba en un momento como ese. Durante la cena había sentido su mirada sobre ella varias veces. Una mirada triste a la que ella había respondido con una sonrisa. ¡Por orgullo! Pero ahora Bessie no podía ayudarla. Era algo entre su marido y ella.

Se ató los cordones de la camisa alrededor del cuello, se sirvió una copa del líquido que contenía la jarra —que resultó ser *whisky*— y bebió lentamente. El alcohol hizo su efecto y consiguió que su cuerpo se relajara momentáneamente, hasta que la ira desbancó a la pena. No se había dado cuenta de lo feliz que había sido el día anterior… Habría querido volver atrás para no tener que pasar por esta humillación. Estaba muerta de vergüenza ante la indiferencia de su marido.

¿Qué había hecho para merecer eso?

Se había rebanado los sesos intentando comprenderlo, pero no lo había conseguido.

Terminó su copa y se sirvió otra. La cabeza le daba vueltas y dudó si debía dormir o ir a buscar a Craig para decirle lo que pensaba. Pero… ¿No era rebajarse para pedirle explicaciones si él no le daba ninguna?

Pero Mary había tomado una decisión, y tras haber dado varias vueltas por la estancia, se lanzó hacia la puerta y la abrió con violencia.

El salón estaba en penumbra, solo iluminado por la débil luz de la chimenea en la que ardían algunos troncos, y le pareció desierto.

¿Habría salido Craig para continuar la fiesta sin ella?

Su corazón se aceleró ante esa posibilidad. Pero, de repente, apareció. Se levantó del banco que estaba de espaldas a ella. Sus ojos y los de Craig se cruzaron. Estos últimos recorrieron su cuerpo lentamente, antes de devolverle la mirada.

—Si no se quería casar conmigo, ¿por qué lo ha hecho? —atacó ella, esforzándose por controlar la voz.

No podía evitar que le temblara.

—No es eso, Mary.

Se sorprendió al oír su tono tranquilo y relativamente sobrio.

¿Había fingido? ¿Por qué?

—¿Qué es, entonces? Tengo derecho a saberlo. Soy su mujer. Me lo debe, ¿no?

—Sí, es mi mujer —suspiró—. Es mi mujer, pero sabe tan bien como yo que realmente no lo puede ser.

—¿Cómo? No lo entiendo. Tengo la sensación de estar hablando con un extraño desde nuestra unión.

Ella se acercó y le agarró el brazo.

—¿Qué sucede? Craig, háble me…

No quería suplicarle, pero lo hizo, dejando de lado su orgullo. Los ojos de Craig se volvieron ardientes y la devoraron, pero se quedó quieto, sumido en la desesperación.

—No le gusto, ¿es eso? —insistió completamente perdida—. ¿No soy de su agrado?

—No es eso, Mary.

—¿Qué es? —se irritó—. ¿Qué sucede? ¿Echa de menos a la princesa? ¿Se arrepiente de haberme salvado? No le he pedido nada, Craig —dijo ella, alzando un poco la voz—. Así que, ¿por qué me lo hace pagar?

La indiferencia de Craig le rompía el corazón.

Era infeliz hasta morir, y se sentía perdida. Tenía miedo. Miedo de perderlo, o de haberlo perdido ya sin que hubiera podido hacer nada para evitarlo. Su silencio y sus ojos febriles acabaron sacándola de quicio. Se abalanzó sobre él para golpearle el pecho con los puños, pero incluso así no obtuvo ninguna reacción por su parte. Ni siquiera hizo nada para defenderse.

—Sí, quería a la princesa —reconoció él, con voz monótona.

Mary acabó por estallar en sollozos y se dejó caer encima de su cuerpo, herida por sus palabras. Estaba desesperada por sentir que sus brazos la rodeaban, o por escuchar unas palabras de consuelo. Pero no hizo nada. Craig se quedó quieto. ¡Se sentía tan miserable, tan sola y perdida! No pudo evitar ceder ante un llanto desolador.

—¿Por qué? —gimió ella.

Él se tensó al murmurar:

—¡Quería un gran futuro! En lugar de eso, me conformaré con el segundo plato.

Mary se incorporó, indignada.

—No puede decirlo en serio.

—¡Me temo que así es!

—No, está mintiendo, lo sé.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y se pegó a él.

Su corazón dio un vuelco cuando lo sintió estremecerse bajo su contacto.

—Me desea, Craig —murmuró, dejándole ver sus labios—. Lo veo, lo sé, y yo también lo deseo. Lo deseo desde el primer instante en que lo vi, y quiero ser su mujer.

Él deslizó sus manos sobre su piel, pero fue para empujarla, lentamente, pero con firmeza.

—¿No ha escuchado lo que le he dicho? ¡Quería a la princesa! —gritó.

Podría habérselo jurado, pero ella sabía que mentía.

Lo miró directo a los ojos.

—¡Y yo sé que miente!

—Debería volver a su habitación —soltó con sequedad, tras girarse para servirse una copa de alcohol que degustó con una mano sobre la repisa de la chimenea.

Ella observó su perfil, buscando entender lo que tenía en la cabeza. Perdiendo la paciencia, se dirigió hacia él y lo agarró por el brazo, de modo que lo forzó a girarse.

—¿Es eso realmente lo que quiere? ¿Que seamos como dos desconocidos?

—Sí, es lo que quiero. Y ahora ya he tenido suficiente. Estoy cansado. ¡Váyase a dormir!

—Yo también estoy cansada —replicó ella—. ¡Cansada de usted! Váyase al diablo, Craig MacLeod. Si lo hubiera sabido, me habría casado con Somerset. Al menos, con él sabía lo que podía esperar.

Lo miró con toda su rabia y todo el resentimiento del que era capaz y volvió a la habitación.

Cerró la puerta a su espalda y corrió hasta la cama, sobre la que se dejó caer sin fuerzas, entre lágrimas. Craig acababa de romper en pocas horas sus votos de prosperidad y su sueño de ser feliz con su marido, al igual que lo eran sus cuñadas con sus hermanos.

Estaba desolada.

Craig le había roto el corazón en mil pedazos. Había creído en él y en su reencuentro; y sí, aunque sabían que no tenían derecho a amarse, ella creía que todo se solucionaría porque él era fuerte, valiente, fogoso y que la reivindicaría como su mujer. Pero lo había echado todo a perder, con su frialdad y su total indiferencia por el mal que le había causado. Estaba segura de que lo culparía toda la vida por ello. Una vida que, por desgracia, iba a tener que vivir a su lado.

***

Cuando Craig escuchó el llanto de Mary, su corazón se rompió en mil pedazos y tuvo que esforzarse por no ir con ella y consolarla. Sí, sufría. Se pasaba el tiempo sufriendo, por y para su mujer.

¿Por qué no le había dicho la verdad?

Una verdad que tendría que revelarle tarde o temprano para no dejarla vivir en la ignorancia. Sin embargo, no había podido. No todavía… No antes de estar seguro de que podía anular su matrimonio. Y quizá porque, en el fondo, esperaba que una solución apareciera ante él.

Los sollozos eran cada vez más fuertes.

Estaba triste. Acababa de romperle el corazón sin piedad para que se apartara de él, y había destrozado el suyo propio en el camino. Debía hacerlo; no tenía elección. Y su corazón importaba poco; era por Mary por quien sufría, por el mal que le hacía a sabiendas, aunque no fuera su culpa. Quizá debería haberlo pensado mejor antes de pedírsela en matrimonio al rey, pero ya era demasiado tarde. Tenía que asumirlo y reparar el daño que había causado. Haría lo que pudiera para alejarse de Mary y para, discretamente, concertar una cita con un hombre de la ley antes de que su matrimonio llegara a orejas de Colin Kinkaid. Rezaba a cada segundo para tener tiempo, pero Kinkaid tenía oídos en la corte. Si no, ¿cómo se había enterado de su compromiso inicial con la princesa?

Se sirvió varias copas de *whisky* y se desplomó en el banco en el que había previsto pasar la noche. Con los ojos fijados en las llamas, intentó relajarse para encontrar el sueño, pero no pudo. Estaba embelesado por Mary. Mary, con un camisón que no lograba esconder de sus curvas femeninas, que había podido admirar gracias a la luz de la chimenea. Sus piernas delgadas, su vientre, sus senos… Luego sintió su piel contra la suya, su cuerpo contra él. Mary… tan bella como un día soleado. Tan bella que el deseo, que nunca lo abandonaba, lo había aplastado hasta desangrarlo. No podía soportarlo. Solo la deseaba a *ella*. Ninguna otra mujer le importaba ya, y seguía sin comprender por qué. Había decidido hacerla suya una única vez para que saliera de su mente, pero desde ese momento, se lo había prohibido. Si se dejaba llevar y la poseía, su matrimonio estaría abocado al desastre. No quería tener las manos manchadas de la sangre de los suyos. ¡Jamás lo permitiría! Ni siquiera por su propia felicidad. Estaba listo para sacrificarse por los suyos.

Sí, había salvado a Mary, pero los había arrastrado a ambos al infierno. Un infierno que tendrían que vivir uno al lado del otro hasta que sus caminos se separaran para siempre.

Pero ahí, en ese mismo instante, habría dado todo lo que poseía para cruzar esa puerta que los separaba y encontrarse con su mujer. Para hacerle el amor y después abrazarla hasta que se quedara dormida. Para pedirle perdón y quererla. Para darle placer. Todo el placer del mundo.

Puso la mano sobre su miembro erecto y cerró los ojos, imaginando que le hacía el amor a Mary. Pensó que el placer no llegaría jamás. Quería estar dentro de ella; quería hacerla disfrutar de placer. Sin embargo, el clímax lo pilló por sorpresa y se corrió, con fuerza, mientras ahogaba unos gemidos en su puño. Unos gemidos que más bien parecían un lamento.

14

—La veo bien triste, querida amiga. ¿Qué sucede? —preguntó Bessie mientras se dejaba caer en el banco, al lado de Mary—. Parece de todo menos una mujer feliz tras su noche de bodas.

Mary miró a su amiga, a quien no había oído acercarse de lo absorta que estaba en sus pensamientos oscuros. Craig no había salido de su mente desde que había despertado, y era evidente por qué. Ya pensaba mucho en él antes, pero ahora era peor, y aún más doloroso. Muy doloroso. ¡Demasiado! No debía ponerse así por un hombre. Su madre le había educado a mantener el temple. Pero la noche anterior se había abalanzado al cuello de Craig y le había entregado su corazón. No había lugar para la templanza. ¿Cómo podía haberlo, si ese hombre representaba todo lo que ella deseaba y se moría de amor por él? Es más, sabía que ese amor no era mutuo. ¿Debería contárselo a Bessie para soltar así un poco de peso en la carga que sentía en su espalda? ¿Quizá alguien de fuera podría ayudarla a verlo más claro? ¿Había alguna explicación lógica a ese dolor?

Había dejado de jugar a la malla, un juego que venía de los franceses, para aislarse en un banco a pensar en sus problemas. Había puesto como excusa una repentina migraña. Permanecía al a un tiro de piedra de la princesa, que jugaba con Boyle. ¡Finalmente el rey había anunciado que era con él con quien se iba a casar! Debía continuar sirviéndola hasta que volvieran al interior. ¿Cuándo? Lo ignoraba. Le habría gustado preguntárselo a Craig al despertar, pero cuando entró en la sala en la que lo había dejado la noche anterior, esta estaba vacía. ¡Se había ido sin decir nada!

¡Qué patán!

Si bien es cierto que se comportaba como la mayoría de los hombres, que abandonaban a sus mujeres sin dirigirles la más mínima palabra; ella había esperado, en el fondo de su corazón, que Craig fuera distinto. ¡Le había parecido distinto! No podía aceptar haberse equivocado hasta tal punto; definitivamente debía haber una razón tras su indiferencia. Una razón que estaba decidida a descubrir.

—Vivo un verdadero infierno, Bessie —suspiró ella—. Yo… Craig no me ha hecho suya esta noche.

Reconocérselo le dolía tanto que unas lágrimas llenaron sus ojos a pesar de que se había hecho la promesa de no llorar.

Era una Kinkaid. ¡Era fuerte!

Bessie le tomó la mano y se la apretó:

—Oh, Mary… Cuéntamelo todo, si eso te alivia.

Mary giró la cabeza y miró a su amiga.

—No me deseaba. Ha dormido en un burdo banco.

Eso también le laceró el corazón.

—Pero ¿por qué? ¿Te ha dado una razón?

—Sí, pero no me satisface —comentó Mary cuando la cólera volvió a resurgir—. Hay algo más, estoy segura. Algo que no me dice.

Bessie apretó de nuevo la mano. La compasión que Mary percibía en los ojos de su amiga hizo que su corazón sanara por unos instantes. ¡Y pensar que había tenido miedo, a su llegada, de que Bessie la detestara! En realidad, era una joven fantástica. Era incapaz de hacerle daño a nadie, y era un milagro en un lugar como ese, donde solo reinaban las mentiras y la falsedad era la norma.

—Antes de nuestro matrimonio —retomó como hablando para sí misma—, me deseaba. Lo sé, lo veía en sus ojos. Me deseaba igual que yo a él, no podía estar cerca de mí sin tener ganas de besarme, y sé que sufría por no poder hacerlo porque estaba comprometido con la princesa. A pesar de lo que parece, Craig es un buen hombre, un hombre que tiene valores y… habría preferido que tuviera menos.

—¿Habrías estado dispuesta a que te deshonrara? —preguntó Bessie, sorprendida.

No se jugaba con la virginidad de las mujeres. Una mujer debía ser pura para su marido o deshonraría a su familia. Mary lo sabía, pero Craig tenía la terrible capacidad de hacerle perder la cabeza. Si le hubiera propuesto hacer el amor o huir con él para vivir su historia, habría sucumbido sin dudarlo.

—Sí, Bessie. Creo que habría estado dispuesta a todo por él —respondió Mary sin aliento. Luego se incorporó—. Pero la cuestión ya no es esa, puesto que me evita. Debe de ser el único hombre aquí que respeta a las mujeres. —Suspiró de nuevo.

¡Era para volverse loca!

En su hogar, Craig tenía la reputación de ser un coleccionista de faldas.

Escuchó a Bessie reír.

—¡Cierto! ¡Y estoy segura de que eso disgusta a más de una!

Su amiga se puso los dedos en la boca.

—Oh, perdón, yo… Lo siento, no es lo que quería decir…

—No es nada, no te preocupes, sé que despierta las pasiones de muchas mujeres y yo no soy la excepción. Es cierto que nuestra situación es complicada —dijo después de intentar encajar las piezas del puzle—. Craig se ha casado conmigo para evitar mi matrimonio con Somerset, porque él me había escogido, y, con ello, ha sacrificado su libertad. Mi tío se enfurecerá cuando sepa que nos hemos casado sin su permiso. No sé si será capaz de declarar la guerra a los MacLeod por ello, pero con él todo es posible.

Cada vez que pensaba en esa posibilidad, sentía su corazón oprimirse en su pecho y le faltaba el aire. No quería ser la causa de un conflicto entre los clanes; no lo soportaría. No podía imaginar a sus hermanos luchar —y quizá morir— por ella.

—En cualquier caso, estoy contenta de que Somerset se haya ido; no lo echaré de menos —añadió Bessie.

Mary le había reconocido que había intentado forzarla y besarla sin su permiso, y que habría hecho algo peor si Craig no hubiera aparecido como por arte de magia. Bessie pensaba que la forma de actuar de Craig había sido valiente y cautivadora. Craig debía de habérselo dicho al rey para que este lo mandara de vuelta a sus tierras.

—¡Ya sé lo que tendrías que hacer! —decretó de repente su amiga.

Mary la miró.

—¿Qué me sugieres?

—¡Ponerlo celoso! —soltó Bessie.

La excitación en la voz de su amiga le arrancó una débil sonrisa.

—Ya te salvó una vez —explicó—, y estoy segura de que te quiere. Eso se ve. Así que esta

noche bailarás con otros hombres y lo ignorarás. Así verás su reacción. ¿Qué me dices?

—¿Tendrías un vestido para prestarme? —preguntó ella con una sonrisa.

Bessie estalló en carcajadas y la tomó entre los brazos.

—Conseguirás conquistar el corazón de tu marido, Mary; estoy convencida —le dijo en voz baja.

Mary también lo deseaba con todo su corazón.

Varias horas más tarde, mientras estaba ocupada hablando con Bessie cerca de los aperitivos, en el salón de baile, Craig apareció. Ella lo esperaba, pero su corazón dio un vuelco cuando lo vio.

¡Qué guapo era! Era el hombre más apuesto que había visto jamás y, sin duda, el más bello de la sala. Era el único que llevaba el *kilt*, y lucía con orgullo los colores de su familia.

Sus miradas se encontraron.

Su corazón se aceleró. Iba a jugar a lo grande, pero había tomado su decisión; esa situación no podía durar más. ¡Estaba dispuesta a hacerle sufrir! Al fin y al cabo, ¡era Mary Kinkaid! Bessie solo le había aconsejado, pero ella ya estaba convencida de cómo debía actuar. Tardaría el tiempo que fuera necesario, ¡pero Craig MacLeod sería suyo!

Sostuvo su mirada durante unos instantes y luego se giró para observar a su alrededor y encontrar a su presa. Ningún hombre la había invitado a bailar; Craig les debía de dar miedo. Pero sería ella misma quien pediría un baile.

—Se acerca —le advirtió Bessie.

Antes de que llegara, se alejó y se fijó en un hombre con el que ya había bailado, Callum Dumbarton, el hijo mayor de una familia muy influyente de las *Lowlands*. Rubio, alto y buena persona. Además, no tenía a ninguna mujer. A ninguna asignada, por lo menos.

Mary se plantó ante Callum y efectuó una pequeña reverencia.

—¿Sería tan amable de invitarme a bailar, mi señor? ¡Me aburro!

Añadió una pequeña mueca a sus palabras que hizo que los ojos de Dumbarton brillaran. Le interesaba, lo comprendió en ese instante, y él ni siquiera miró a Craig, que como Mary pudo apreciar, los observaba con el ceño fruncido.

Podía ahogarse en su rabia o morir de celos... ¡Que sufriera!

Porque para que tuviera celos, tendría que preocuparse por ella, algo de lo que Mary cada vez dudaba más.

Su nuevo compañero de baile le tendió la mano, dado que la situación le parecía una fantasía.

—Sería una pena dejar que una mujer tan bella como usted se aburriera. Me siento honrado de haber sido vuestra preferencia, mi señora.

Callum no podía ignorar que acababa de casarse con Craig, pero era evidente que le daba igual. Que tuviera problemas por su culpa no le había hecho renunciara a ella. Después de todo, solo se trataba de un baile (o de varios); no le pediría que peleara con Craig; ya vigilaría que las cosas no fueran por ese camino. Quería ganar el corazón de su marido, no alejarse de él… Pero, de nuevo, estaba jugando a un juego peligroso y, con una persona tan impulsiva como lo era el *highlander*, podría meterse en problemas; pero prefería mil veces su ira a su indiferencia.

Dejó que Callum la llevara hasta la pista de baile y se concentró en los pasos. Se esforzó por no prestar atención a las reacciones de Craig, a quien, tras varios minutos, se le ensombreció la mirada. Pero cuando se dio la vuelta para charlar con un grupo de mujeres que se había acercado hasta él, fue su turno de fruncir el ceño. Sobre todo cuando ciertas mujeres le lanzaban miradas que no comprendía demasiado bien: había cedido su lugar, y las hienas habían olido la ocasión

perfecta para acercarse a su hombre. Había decidido ponerlo celoso, pero al final resultó ser ella quien se moría de celos. Entonces vio que una de sus rivales ponía una mano enguantada sobre la manga de Craig. Se contuvo para no ir a darle una bofetada a esa mujer que, viendo su expresión, no tardaría en abrir sus piernas al apuesto *highlander*. No pudiendo contener su rabia por mucho más tiempo —una rabia mezclada con pena—, detuvo su danza.

—Si no le importa, vayamos a tomar un poco el aire, mi señor; tengo algo de calor.

Sin esperar la respuesta de Dumbarton, dio media vuelta y se dirigió a buen paso hacia uno de los ventanales que llevaban a la grandiosa terraza frente a los jardines. Se esforzaba por respirar hondo para apartar los pensamientos que se amontonaban en su mente: los labios de Craig sobre los de otra mujer. Esas imágenes la torturaron. ¿Cómo podía sufrir tanto por un hombre? No pensaba estar hecha de cristal, pero estaba claro que no era tan fuerte como pensaba.

Bajaron los escalones y tomaron el camino decorado de pequeños guijarros blancos.

Callum, a su lado, se quedó en silencio, algo que le agradeció. No quería hablar; solo quería a su marido, y a nadie más. Ningún otro hombre le interesaba. Solo existía él. Y comprendió que nunca habría nadie más que él, no en lo que le restase de vida. Lo que la puso todavía más triste.

—¿Podría decirme lo que le preocupa tanto, mi señora?

Mary salió de sus pensamientos y observó a su alrededor, sorprendida porque habían recorrido una buena distancia y se disponían a entrar en las zonas más oscuras. Zonas en las que pronto escucharon suspiros y gemidos. No podía permitir que nadie los pillara ahí o que Callum se hiciera una idea equivocada sobre sus intenciones o su ausencia de reacción.

Se sobresaltó cuando él se colocó ante ella y tomó sus manos entre las suyas.

—Haré todo lo que quiera para ser agradable con usted, Mary. Yo…—Se tensó—. Perdone, he pensado que…

—No tiene por qué disculparse, mi señor —lo interrumpió ella—. Soy yo quien debería disculparse si le he hecho pensar que podía suceder algo entre nosotros. Volvamos, por favor.

Asintió y dieron media vuelta.

Dumbarton era un buen hombre, y era distinto de Somerset, por suerte. ¿Qué la había empujado a llevarlo hasta allí? Debían volver al salón lo antes posible, antes de que su ausencia fuera notable y pareciera sospechosa.

Su corazón dejó de latir un instante cuando percibió una silueta, que reconocería entre mil, dirigirse hacia ellos. Mary se irguió cuando estuvo a pocos metros y pudo ver el brillo asesino que había en la mirada del hombre, que no era otro que su marido.

—¡Déjenos, Dumbarton! ¡Debo hablar con mi mujer!

Dumbarton se inclinó sin decir nada y, sin mirar a Mary, se marchó. Craig era su esposo, tenía todo el derecho a reclamarla y ningún hombre, fuera quien fuera, podía inmiscuirse entre ellos.

—¿Qué hace aquí? —atacó ella rápidamente—. ¿No tiene una corte que le espera? No pierda su tiempo conmigo, puesto que su compañía no me es agradable. Prefiero mil veces la de Callum.

Vio cómo Craig apretaba los dientes.

—Sé a lo que juega, Mary.

Levantó el mentón y lo desafió.

—¿Usted cree? ¿A qué juego, según usted?

—¡A un juego peligroso! —exclamó él con una mirada colérica.

—¿Y qué? No es como si estuviera celoso o como si yo fuera importante a sus ojos —respondió ella con la voz vacilante, si bien se había permitido mostrarse estoica—. No soy su

mujer, Craig. No se ha ganado ese derecho. No somos nada el uno para el otro.

Eso no era verdad, pero no pudo evitar que le doliese.

—¡Lleva mi apellido! —gritó con rabia.

—¡Me da lo mismo! Le deseo una buena noche, mi señor —dijo haciendo una pequeña reverencia—. ¡Disfrútela, porque yo pienso hacer lo mismo!

Le dejó entender que se dejaría cortejar por otro hombre, lo que lo volvió loco.

Craig la tomó por el brazo, y le impidió que escapase.

Sus ojos se encontraron. Mary creyó leer en los de Craig una gran angustia, antes de que desapareciera, lo que le dejó un sabor amargo en la boca. Iba a pedirle que le dijera qué le atormentaba, pero entonces la liberó, con una mirada de nuevo fría e implacable.

—No quiero que las cosas sean así entre nosotros.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Fue usted quien insistió en casarse conmigo. Me besó para poder someterme. ¡Jugó conmigo y…! ¡Ahora esto!

—No tenía elección, Mary.

—Podía elegir dejarme vivir mi vida o decidir sobre mi destino —soltó—. Darme la elección de no encerrarme en un matrimonio que visiblemente le disgusta igual que a mí. No tenía derecho, Craig. Usted… no tiene derecho a imponerme tales tormentos.

Estaba cerca del llanto, pero se contuvo. Se estaba clavando las uñas en las palmas, pero el sufrimiento físico no era nada en comparación con el que le había hecho sentir desde la noche anterior. Vio sus ojos agrandarse y parpadear, pero no dijo nada. Ella prosiguió, con el corazón en la boca:

—¿Qué le he hecho para merecer que me trate con tanta crueldad? Yo… yo solo quiero…

Se interrumpió a tiempo, antes de confesarle sus sentimientos. No iba a quedarse desnuda ante él. No cuando se mantenía frío como el mármol, como de costumbre, con solo una ceja arqueada y con un color apagado en los ojos que no conseguía descifrar. Era como un sufrimiento latente, como si sufriera al menos tanto como ella por la situación; o como si esperara algo de su parte. Algo que le costaría darle porque no sabía de qué se trataba. Tuvo ganas de llenarle el pecho de puñetazos para desahogarse y hacerlo reaccionar; pero en lugar de eso murmuró con la garganta tomada:

—Si no tiene nada que decirme, me retiro a nuestros aposentos. Y esta vez no me detenga, a menos que tenga una buena razón.

Casi escupió esas últimas palabras antes de alejarse cuando solo deseaba una cosa: lanzarse sobre sus labios para besarlo. Tenía ganas de besarlo constantemente y allí residía el problema: le gustaba demasiado. La volvía loca, en todos los sentidos de la palabra: loca de dolor y loca de deseo.

—Prepare su equipaje. Partimos mañana.

No se giró, pero el corazón le dio un vuelco.

Por fin volverían a su hogar ¡y antes de lo previsto! Al menos, antes de lo que había esperado, puesto que pensaba que estaría en la corte algunos años, hasta que la princesa encontrara un marido adecuado. Quizá, lejos de la corte, Craig se convirtiese de nuevo en ese que su alma deseaba. En cualquier caso, iba a hacer todo lo posible para hacerlo sucumbir antes de llegar a las *Highlands*.

***

Craig se abstuvo de no correr tras Mary para estrecharla contra él y reconocerle hasta qué punto él también sufría por la situación, pero… ¿con qué fin? ¿Para qué revelarle sus sentimientos cuando no podían tener ningún futuro juntos? Cuanto más rápido anulasen su matrimonio, más rápido saldrían de ese nido de avispas en el que se encontraban. ¡Al diablo su posesividad! Debería haber encontrado otra solución con el rey antes que pedir la mano de Mary. Debería haberla dejado decidir sobre Somerset; dejar que se casara con quien quisiera, puesto que él mismo no tenía el derecho a decidir por ella. Sin embargo, había sido incapaz de aceptar la idea de que pudiera estar con otro hombre.

Mira adónde nos ha traído tu locura y tu irresponsabilidad —se reprochó.

¿No habría podido pensar antes de hablar? ¡Y pensar en otra cosa que no fuera su miembro! Esa mujer lo volvía loco de deseo como ninguna antes lo había hecho. Quizá era porque no podía tenerla, aunque sobre el papel sí que era suya.

¡Maldita vida!

Estaba casado con una mujer que lo volvía loco y a quien no podía poseer por riesgo a llevar a su familia a una guerra sin piedad.

Mientras regresaba a palacio con la idea de beber para olvidar sus tormentos, soñó con huir con Mary antes que volver a casa. Pero, entonces… ¿de qué vivirían? Mary había conocido una vida fácil; no podía imponerle una miserable. No podía tampoco abandonar a su familia y partir sin volver jamás. Su clan no lo comprendería y no lo perdonaría nunca. Viviría hasta el fin de sus días lleno de culpabilidad.

Pero quizá esa era la solución: partir a Francia, el país aliado.

Le parecía más fácil allí abajo, aunque el reino estuviera de nuevo en pleno conflicto con Inglaterra. Un guerrero escocés sería definitivamente bienvenido en las tropas de Charles VII[1], el rey legítimo de Francia, que hasta ese día se había esforzado por echar definitivamente a los ingleses de sus fronteras. Quizá su rey podría ayudarlo a llegar a Francia y recomendarlo a su homólogo francés. Pero si moría en combate, ¿qué sería de Mary? Eso si ella aceptaba seguirlo hasta el extranjero. Algo que, en ese momento, era imposible, puesto que lo detestaba. ¡Y con razón! No había hecho más que humillarla cuando en realidad soñaba con quererla y cuidarla.

No, definitivamente no la veía contenta con el matrimonio y era mejor para los dos que renunciara a él. Pero eso era difícil. Mary tenía todo lo que él esperaba en una mujer sin siquiera ser consciente. Era sagaz rebelde, divertida e increíblemente bella. Bella a rabiar, con su pelo de fuego. Le había embrujado, no había otra palabra. Pasaba cada minuto del día pensando en ella, imaginándola en sus brazos. O peor, explorando el interior de su sexo.

Pasó por la cocina para pedir una jarra de vino y volvió con pasos pesados a sus aposentos. Iba a pasarse la noche bebiendo y luego se tumbaría a pasar la noche solo como un pobre soltero, mientras que una magnífica mujer dormía en su cama, sola también. Cuanto más se acercaba a sus aposentos, más tuvo que convencerse de no ceder a los deseos de hacerle el amor a su mujer. Tenía tantas ganas de perderse en ella… De perderse y no volver a encontrarse. O de perderse en ella para encontrar el camino. ¿Por qué todavía tenía el sentimiento de que solo ella lo haría feliz?

Cuando quiso abrir la puerta de sus aposentos, se dio cuenta con sorpresa de que estaba cerrada desde el interior. Se le heló la sangre al pensar en lo peor: Somerset retenía a Mary en el interior.

Empujó con todas sus fuerzas la hoja al pensar que su mujer podía estar en peligro.

—¡Mary! ¡Ábrame!

Repitió los golpes y su cuerpo se relajó cuando, tras unos segundos, oyó su voz al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

Elevó la vista al cielo.

—¡Soy yo, Mary!

—¿Quién es «yo»?

—Yo, Craig MacLeod, ¡su esposo!

—Debe de haberse equivocado, mi señor; yo no tengo marido. ¡Al menos, ninguno digno de ese nombre!

¡La muy…!

Le iba a enseñar un par de cosas en cuanto abriera la puerta.

Sintió que le hervía la sangre, lo que nunca era buena señal.

Sabía que a veces sus nervios lo hacían capaz de lo mejor y de lo peor, como lanzarse a la batalla sin prestar atención a lo pasaría después. Hasta ese momento había tenido suerte y no le había pasado nada. Le gustaba pensar que sabía evaluar los riesgos, pero en el fondo, ¿cómo podía saberlo? A menudo se dejaba guiar por sus instintos, y en ese momento esa mujer lo ponía a prueba rebajándolo e insinuando que no era un hombre digno.

—Mary —se dirigió a su esposa—, ¡abra inmediatamente esta puerta!

—¿O qué, mi querido MacLeod? ¿Qué me va a hacer?

Su voz sensual le hizo perder la razón.

—Créame, no querrá saberlo.

—Eso, querido, me corresponde a mí decidirlo.

—Entonces abra y hablemos cara a cara.

—No lo creo, mi señor. En cualquier caso, no antes de que se haya calmado.

—Mary… —amenazó él—. La paciencia no es mi fuerte.

—Igual que la lealtad hacia su esposa, a la que trata de forma tan negligente, aparentemente.

Craig se apretó la nariz con el puño. Estaba a punto de perder la paciencia, y preguntó:

—¿No podríamos hablar de esto sin que tengamos una puerta en medio?

—¿Por qué debería abrirle cuando nunca habla de nosotros? Puede ir a dormir con sus guardias, ¡serán igual de útiles que yo!

No se había guardado nada para sí…

Y eso había provocado una sensación agradable en su bajo vientre. ¿Desde cuándo la rebeldía de una mujer lo excitaba?

—Abra esta puerta, Mary, o la tiraré abajo.

Y, de repente, sin darle tiempo a reaccionar, ella apareció ante él, vestida con un camisón que no escondía de ningún modo sus curvas.

Dejó la jarra de vino en el suelo antes de entrar a trompicones en la estancia, buscando calmar sus nervios. Entró furioso y cerró la puerta tras de sí.

Su corazón dio un vuelco, a punto de explotar también, pero su perdió toda la ira que cabía en él al verla retroceder. Su rostro mostraba una mezcla de excitación y miedo. Parecía una especie de combinación de ángel y demonio.

Ella levantó la barbilla con orgullo, dispuesta a retomar su discusión. Estaba tan bella así, preparada para el combate, tan radiante… La piel blanca de su hombro desnudo atrajo su atención cuando retrocedió todavía más ante el fuego de su mirada.

¡Lo había hecho adrede! Adrede para tentarlo. Adrede para presionarlo hasta que no pudiera más. Eso lo calentó todavía más. Sintió un fuego en su interior que solo podría apagarse de un modo.

Igual que él, ella no dijo ni una palabra, visiblemente alterada por lo que veía en sus ojos: el deseo en su más puro estado. Un deseo animal que lo empujaba hacia ella con el aliento entrecortado y que parecía que ambos compartían. En ese instante, la deseaba con tanta fuerza… Como nunca lo había hecho. Como nunca había deseado a una mujer. Llegaba a tal punto que le dolía el cuerpo. Estaba dispuesto a perder la razón.

Su corazón se aceleró mientras él la devoraba con los ojos, dispuesto a rendirse y a dejar de lado toda buena intención. En ese momento, de repente, no quiso pensar más, solo quiso dejarse llevar por sus instintos.

Sin embargo, tenía que saberlo.

—¿Qué quería decirme antes, cuando interrumpió de forma abrupta su intervención?

Parpadeó varias veces, sorprendida por su voz ronca y ligeramente entrecortada, o quizá por la pregunta.

—Iba a decir que yo solo quiero amarlo, Craig —murmuró.

Su cuerpo se volvió pesado como el plomo.

—¿Me ama? —repitió él.

—Sí, Craig, lo amo. Lo amo desde el primer instante y creo que siempre lo amaré.

Tuvo la sensación de que se iba a desplomar, dada la fuerza de sus palabras.

Lo amaba. A él, al segundo hijo…, al eterno segundón…, al que no tenía tierras… Al condenado a vivir a la sombra de su hermano mayor, aunque quisiera a Alexander por encima de todo.

De pronto, le pareció tan frágil y triste que solo deseó una cosa: tomarla entre sus brazos para devolverle la felicidad que sentía cuando se había mostrado desnuda frente a él, orgullosa y preparada para la batalla.

—Sé muy bien que se ha sentido obligado a este matrimonio y que no me querrá nunca, pero…

Él se colocó ante ella e interrumpió sus palabras.

—No me siento obligado, Mary, más bien pensaba que era su caso —susurró mientras clavaba los ojos en los suyos para encontrar respuestas—. Que *es* su caso, mejor dicho. Yo creía… Creía que la horrorizaba por lo que había hecho. Por haberla salvado, muy a su pesar. —Buscó las palabras—. Creía que lo mejor para los dos era anular el matrimonio lo antes posible para que usted recuperara su libertad.

Mary se incorporó y retrocedió, molesta. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Y usted la suya, supongo.

Se culpó por haberle hecho tanto daño. Pero si no se separaban, le haría más daño, y eso no lo podía tolerar. Se habían casado por la razón equivocada. Había pretendido salvarla, y solo lo haría si le devolvía su libertad. Tenía que anular su matrimonio; no tenía elección. Por eso no podían consumarla.

—No, Mary, no es eso. Lo haré por usted.

—¿Y si yo no quiero?

—¿Por qué no iba a querer?

—¿No ha escuchado lo que le he dicho?

Se acercó a él casi con timidez. A Craig le costó resistirse a los labios de la joven, tan

tentadores, y a ese cuerpo de ensueño. Por no hablar de la determinación que leía en sus ojos.

Sí, lo amaba, y ahora que lo sabía, se sentía conmovido hasta tal punto que creía que iba a desfallecer.

—Lo amo, Craig MacLeod. Y quiero ser su esposa —murmuró.

Sin dejar de mirarlo, se desató el cordón de su camisón, que cayó a sus pies, y reveló su cuerpo desnudo. Estaba dispuesta a ofrecerse a él. Le costó respirar cuando él recorrió sus curvas armoniosas y extremadamente atractivas con la mirada. Y todavía más cuando devolvió la vista a sus magníficos iris, ardientes, y que liberaban una fiebre equiparable a la suya.

—¿Está segura?

Después… será demasiado tarde.

—Sí, Craig, estoy segura. Soy suya. Para siempre.

Sus partes íntimas se volvieron dolorosas.

La deseaba tanto…

Craig se quitó el *plaid*; luego la camisa.

—Y yo soy suyo.

Le pareció que Mary dejaba de respirar.

Dibujó una sonrisa cuando su mirada acarició su cuerpo como lo había hecho él con ella. Se mordió el labio inferior y dio un paso para poner las manos sobre sus hombros y acariciarle la piel con las yemas de los dedos. Esto hizo que se estremeciera y que el deseo reavivara. Se dejó hacer, y tuvo que calmarse cuando el fuego amenazó con arrasarlo todo. No era paciente. Nunca lo había sido, y hacía demasiado tiempo que no había poseído a una mujer. Las caricias de Mary lo torturaban.

Cuando ella alzó su rostro hacia él, vio que tenía las mejillas rojas, los ojos brillantes y los labios húmedos. Tenía, además, el labio inferior hinchado por habérselo mordido. No se resistió y deslizó una mano a lo largo de su nuca para acercarla a él y besar sus labios como si su vida dependiera de ello.

Necesitaba sentirla.

Devoró sus labios mientras la estrechaba contra él, contra esa parte de su cuerpo que la deseaba con tanta ansia. Ella gimió y ese leve sonido hizo que su cuerpo la deseara con más fuerza, y que su miembro se levantara entre ellos, lo que tensó el tejido de su *kilt*. Era un suplicio, pero por nada del mundo hubiera querido que terminara. Al contrario; quería que durara infinitamente. Clavó los dedos en la carne de sus caderas y aspiró su aliento. Aunque la razón le dictaba que se detuviera antes de que fuera demasiado tarde, era incapaz. Su cuerpo era quien decidía. Su cuerpo y ese deseo animal que rugía en su interior.

Sin dejar de besarla, agarró a Mary por las nalgas y la llevó hasta la cama, donde se acostó sobre ella. Sus gemidos se intensificaron. Tras varios segundos, se apartó de sus labios y la miró a los ojos, tranquilo al ver la misma pasión, el mismo fervor y la misma impaciencia.

Sus espléndidos iris oscilaron cuando deslizó las manos por su sexo ardiente. Dios, estaba empapada. Ella lo deseaba tanto como él a ella, y eso lo volvía loco. Sus pupilas se devoraron y, sin decir palabra por miedo a que la realidad los atrapara, introdujo los dedos en su hendidura, lo que la hizo temblar y gemir con más fuerza. Disfrutó de la expresión de su rostro consumido por el placer. Haría que lo aceptara suavemente con los dedos y luego le haría el amor.

Deslizó un dedo en ella, lo que le provocó un pequeño quejido.

Entonces, y eso era algo que no había hecho nunca, acostumbrado a tomar su placer sin demasiados miramientos ni tener demasiado en cuenta a la mujer que había bajo él, la calmó con

una voz dulce, con sus labios contra los suyos, y respiró contra su aliento mientras le acariciaba el pelo con la otra mano. La llevó lentamente hacia el placer, intentando refrenar su fogosidad. Cuando ella estuvo a punto de correrse, bajó hasta su intimidad y puso sus labios contra sus partes íntimas y continuó con su danza, esta vez ayudando la mano con la boca. Con los ojos clavados en los suyos, sus dedos agarrando sus rizos castaños de los que tiraba ligeramente, no dejaba de observarlo, como sorprendida por descubrirlo allí, entre sus muslos, y fascinada por el placer que le daba. Más de una vez se escapaban gemidos de su boca, lo que aumentaba su propio deseo, pero quería consagrarse a ella y a su placer para conseguir que lo deseara con toda su alma y que lo aceptara. Para que ella lo deseara tanto como él a ella. Cuando se curvó bajo él, contra su entrepierna, supo que ella deseaba todavía más… y él estaba listo para darle lo mejor. Ignoró un poco más su miembro tenso que reclamaba su derecho y la llevó a las puertas del clímax, pero se detuvo antes de llegar a él. Quería que se corriera con su miembro y no con sus dedos.

Los retiró con cuidado de su feminidad, húmeda y deseosa, y se puso de pie.

Se quitó las botas, se desató el *kilt* y se ofreció a ella, como ella lo había hecho antes con él. Los ojos de Mary se abrieron, su pecho se hinchó y se mordió de nuevo el labio. Lo quería dentro de ella. Lo veía en sus jadeos, en sus muslos, que frotaba uno contra el otro; en la tensión en su vientre y en sus pupilas ardientes.

Luego se metió de nuevo en la cama, con lentitud, dejándose admirar. Se tumbó de nuevo sobre ella y ella abrió las piernas para él.

—Iré con cuidado…

No sabía muy bien qué decirle para tranquilizarla. Nunca había desflorado a una mujer. Era la primera. Supuso que el dolor sería terrible, pero que pasaría rápido y que pronto vendría el placer. En cualquier caso, eso esperaba.

Mary le puso ambas manos sobre el rostro.

—Confío en ti. Sé lo que me espera, mis cuñadas me contaron tras sus noches de bodas.

—Entonces, sabes más que yo —reconoció él.

—¿De verdad?

—Sí, Mary, de verdad. Eres la primera.

Ella le sonrió. Con una sonrisa tan dulce que su corazón se aceleró.

—Te deseo, Craig MacLeod. Te deseo con todo mi ser. Haz de mí tu mujer.

—Solo pido perderme en ti —murmuró él, conmovido, mientras entraba en su cuerpo.

Los dos se tensaron.

Ella porque debía de dolerle y él porque la notó tan caliente y prieta que sintió un disfrute inigualable. Poco a poco, se deslizó totalmente en ella y eso casi lo deja sin aliento. De nuevo, no pudo controlarse y comenzó a moverse. Dulcemente, para que ella se habituara a él, y fue sintiendo cómo ella se abría más. Sus gemidos se alternaban, y sus ojos se poseyeron de igual forma. Le gustaba lo que veía en los suyos. Le gustaba lo que sentía. Lo adoraba.

—Dios mío, Mary…

Él abrió los ojos de sorpresa de tan… intenso que le resultaba.

Más que lo que nunca había sentido.

Se movió con más intensidad, chocando ardientemente el fondo de su vientre hasta hacerla gemir. Mezcló sus sentimientos con los suyos y la poseyó con pasión, haciendo que su cama chocara con la pared. Se arriesgaba a importunar a sus vecinos; pero eso no le importó en ese momento. Nunca el acto del amor había sido tan fuerte ni tan agradable. Quizá porque había

sentimientos. Quizá porque era el primero en descubrirle el amor, y eso los maravillaba a ambos. Quizá porque por fin eran uno solo tras haber esperado tanto tiempo para pertenecerse.

Su belleza lo hipnotizó.

Ella devolvió los golpes. Su pelvis acompañó a la suya y sus gemidos se volvieron gritos cuando se corrió. Luego llegó él al punto de no retorno, salió de su interior y se corrió sobre las sábanas.

---

[1] N. de la T. En español, Carlos VII de Francia.

15

Cuando Craig se giró esperando ver a Mary satisfecha, se sorprendió al verla preocupada.

—¿Por qué?

Alzó una ceja de incomprensión.

—Sé cómo se concibe un hijo, Craig.

Definitivamente sabía muchas cosas y estaba lejos de ser la ingenua que su educación podría haber hecho de ella. No era tímida ni púdica; se había ofrecido a él, le había mostrado su deseo y había respondido a sus embestidas con un placer evidente.

Dios, cómo le había gustado hacerle el amor…

Pero eso no hizo desaparecer su culpabilidad. No debería haber sucumbido. No tenía derecho.

—¿Las cuñadas? —preguntó.

Ella asintió con una sonrisa y preguntó:

—¿No quieres ninguno?

Se levantó y empezó a vestirse bajo la mirada incrédula de Mary. Le volvería a hacer daño, pero era un mal necesario.

—Craig… —murmuró ella mientras se sentaba y escondía su desnudez tras la sábana.

Le pareció frágil y vulnerable, cuando siempre la había visto orgullosa y rebelde, y se culpó por humillarla de nuevo, porque no tenía otra palabra para describir lo que estaba a punto de hacer. Tenía que tranquilizarla, pero ahora que el fuego de la pasión se había apagado, se culpaba de su debilidad y la culpaba a ella por haberlo tentado.

—Sí, por supuesto —respondió con frialdad e intentando ignorar su mirada triste—, pero no ahora.

Viendo que se disponía a esquivarla, le agarró la mano.

—¿Por qué? —insistió ella con sus magníficos ojos llenos de angustia alzados hacia él. Unos ojos que le costó ignorar, puesto que le atravesaron el corazón.

—¡Sabes muy bien por qué, Mary! —respondió con dureza, desesperado.

No debía haberle hecho el amor, no debía haber sucumbido. No era digno de él, pero ahora el mal estaba hecho. Tenía que canalizar su ira en él, el único responsable. Pero ella también debía recibir cierto desaire porque, de nuevo, no tenía elección; tenía que alejarse de él.

—No me digas que todavía quieres anular el matrimonio, Craig —dijo con dolor.

—No tenemos elección, Mary.

Sus palabras le hicieron tanto daño que se quedó sin aliento. Nunca había sufrido tanto y era a causa de esa mujer. A causa de esa mujer y de Colin Kinkaid, que había su cabeza en un lado de la balanza, y la paz de las *Highlands*, en el otro.

—Siempre tenemos elección, Craig —replicó ella con calma. Parecía determinada y confiada, mientras que él no se sentía así—. Encontraremos una solución. Juntos.

—¡No hay solución! —exclamó. Retiró la mano sin darle ningún brillo de esperanza—. ¿Tan inconsciente eres?

Ella se incorporó y le dirigió una mirada asesina.

—Soy perfectamente consciente. ¡Sabía que eras un lascivo, Craig MacLeod, pero no un cobarde! Fue realmente estúpido pensar que eras un buen hombre.

Su mirada se volvió implacable y glacial.

¡Mejor! Tenía que detestarlo. Así le evitaría que sufriera cuando llegara el momento de la separación.

—¿Lo que acabamos de compartir no significa nada para ti?

Su voz se rompió y sus ojos se llenaron de lágrimas, que contuvo con esfuerzo. Su propio corazón le hizo daño, un daño casi inhumano, lacerante. Le escocía en el alma. No sabía si se llegaría a perdonar algún día por imponerle tanto sufrimiento. Ni si ella lo perdonaría.

—Ha sido un error —soltó con frialdad, por mucho que eso implicara romperle el corazón—. No se volverá a repetir.

—Te he dicho que te quería…

Era muy valiente. Mucho más que él, quien era incapaz de revelar sus verdaderos sentimientos. Tenía razón, era un cobarde.

—Lo siento, eso no cambia nada.

Su rostro afligido por el dolor fue lo último que vio cuando decidió abandonarla y salir de la habitación. Un rostro que se llevó con él, puesto que era la causa de su sufrimiento. Lo persiguió después de cerrar la puerta con suavidad y hasta cruzar el salón. Se sirvió algo de beber, pero se dio cuenta entonces de que le temblaban las manos ligeramente. Con rabia, lanzó la copa a las llamas de la chimenea.

Ojalá las cosas hubieran sido distintas; lo deseaba con toda su alma. Un alma que ahora pertenecía a Mary para toda la eternidad; sin embargo, tendría que vivir sin ella. Un alma que lo condenaría si no conseguía llevarlo antes al infierno.

***

En cuanto Craig cerró la puerta, Mary se echó a llorar sen la cama. Unos gemidos de sufrimiento y frustración se mezclaron con los llantos.

¿Cómo había podido?

Le había hecho tan feliz. Más de lo que nunca lo había sido. Se sentía feliz y plena. ¿Cómo podía quererla, descubrirle el amor y al siguiente segundo romperle el corazón como si no tuviera importancia?

Se giró sobre su espalda con el aliento entrecortado y las lágrimas corriendo por sus mejillas. Se sentía tan mal… No podía perdonar ese dolor y, sin embargo, en el fondo, ya sabía que, a pesar de lo que le había hecho, no dejaría de quererlo. Era su marido. Un marido que quería conservar a toda costa. Sabía por qué le hacía sufrir; no era idiota. Simplemente le habría gustado que peleara por ellos y por su amor.

¡Tenía que haber una solución!¡Seguro que sí!

Tendrían que buscarla juntos, y no huir de sus responsabilidades.

Habían hecho el amor; habían consumado su matrimonio. Pero si no había un hijo, las leyes de las *Highlands* le permitían a Craig repudiarla, y cualquier hombre de ley de esas tierras o en nombre del rey anularía el contrato.

Pero era evidente que habían consumado su unión y que Craig había disfrutado haciéndole el amor. Lo había visto en su mirada, en su deseo de poseerla y en la fuerza de su corrida. Sabía que no se equivocaba. Estaba segura de que volvería pasar, que él tendría ganas. Le sería

suficiente sucumbir una vez más, luego otra y otra y otra para que, al final, él no pudiera ignorarla, alejarse o renunciar a su amor por ella. Le haría comprender que no podían vivir el uno sin el otro, porque se amaban: lo suyo era amor verdadero. Le haría confesar sus sentimientos hacia ella, porque los tenía; de eso también estaba convencida. Como también estaba convencida de que sufría. Necesitaba hacerle ver que todo lo que sentía ella, también lo sentía él.

Sí, le haría entrar en razón, como que se llamaba Mary Kinkaid.

16

El ruido de una puerta al cerrarse despertó a Craig. Se incorporó en el banco donde había pasado una noche horrible —no se había dormido hasta el alba—, puso los pies en el suelo y se frotó el rostro con energía para apartar el último velo que le cubría la vista, rastro de la somnolencia.

Se levantó, se desperezó y se sirvió una copa de *whisky* para intentar despejar la mente. Cuando vio la puerta de la habitación abierta, se le heló la sangre. Fue hacia ella y descubrió que estaba vacía. Mary no estaba allí. La cama estaba hecha, con los edredones bien puestos, igual que las almohadas. Como si nunca hubiera dormido allí. Se agarró al marco de la puerta.

No, no era posible… No podía haber huido sin decir una palabra… No podía creerlo. Ella no…

Y, sin embargo, era evidente que era el caso: la habitación estaba desierta y no había ningún rastro de Mary. Su ausencia y la idea de que hubiera huido lejos de él le dolieron terriblemente. Esta vez sería únicamente su culpa si ella se ponía en peligro. Y se culparía toda la vida, no solamente porque el viejo Kinkaid lo despellejaría. No, no era solo su promesa de protegerla ante cualquier peligro lo que le torturaba en ese momento, sino el hecho de que su vida estuviera en peligro y que no pudiera hacer nada para salvarla. No era por él por quien se preocupaba, sino por ella. Se interesaba por ella y temía por ella, así de simple.

¡Qué idiota era, maldita sea!

Pero quizá aún estaba a tiempo de detenerla…

Salió de los aposentos, bajó la escalera de piedra y dejó el edificio.

El alba lo acogió. Un alba que, como cada día, cubría el cielo de un magnífico color rosado. Los altos muros del recinto de Holyrood no le permitían ver el paisaje, pero tras haberlo contemplado todos los días durante un mes, sabía que el sol lo teñía de una tonalidad particularmente bonita.

Cruzó el patio, donde ya se veía a algún miembro del servicio trabajar a toda prisa, y entró en los establos. Fue directamente hasta la zona donde guardaban su caballo y la yegua de Mary, que seguía allí, y despertó a los guardias para preguntarles si habían visto a una mujer joven o habían escuchado hablar de ella. Mientras se espabilaban, les ordenó que se prepararan para partir y los dejó.

Subió al camino de ronda y escudriñó el campo con la mirada, en busca de su silueta. No habría partido a pie y sin escolta... ¡No podría haber sido así de inconsciente! Además, ¿para ir adónde? ¿A Edimburgo, para encontrar a algún baboso y huir con él a un país extranjero? ¿A refugiarse con su familia? Eso era todavía menos plausible, pero en tal caso los Kinkaid ya estarían al corriente de todo y, entonces, tendría que prepararse para la guerra. Si no la encontraba rápido, tendría que avisar a su hermano lo antes posible.

Se giró y observó los jardines. Quizá había ido a pasear.

¡Tenía la sensación de estar volviéndose loco!

Podría estar en cualquier parte. Se abstuvo de gritar su nombre. No tenía miedo de pasar por loco, pero se dijo que eso no serviría de nada. Volvió al edificio y, en lugar de entrar en sus

aposentos, golpeó la puerta de las de la princesa. Pero nadie abrió. Nada extraño; a esa hora todo el séquito de Annabelle seguía durmiendo. Si la doncella de cámara viniera a buscarla, parecería un verdadero loco por golpear la puerta como un salvaje. Así que decidió, tras algunos segundos, regresar a sus aposentos.

Abrió la puerta con rabia y se quedó inmóvil.

¡Estaba allí!

Ante la pequeña mesa de la antecámara, vertiendo leche en dos vasos. Un plato de comida adornaba el centro de la mesa.

Mary levantó la cabeza sorprendida ante su escandalosa entrada y mantuvo su expresión. Descubrió en ella una deslumbrante sonrisa, que lo hizo estremecerse.

Ignoró el alivio que inundó su corazón al descubrirla sana y salva.

—Pero ¿dónde te habías metido? —le reprochó él, acercándose a ella tras haber cerrado la puerta con fuerza para mostrar su descontento.

Ella abrió los ojos y, sosteniendo la jarra entre ellos, respondió con calma sin borrar la sonrisa:

—En la cocina, querido. Quería encontrar algo con lo que alimentarnos.

—¿Así vestida? —soltó él.

Su camisón no escondía sus curvas, lo que avivaba su deseo. Su deseo se mezcló con furia ante el pensamiento de que otro hombre hubiese puesto los ojos sobre ella y la hubiese deseado de igual forma. Estaba tan sugerente… y, de repente, sin previo aviso, sintió con una precisión aterradora su piel bajo sus labios, la redondez de sus senos bajo sus palmas, su carne ardiente apretando su miembro.

¿Qué le hacía?

Su deseo por ella lo volvía loco. Cada vez le costaba más contenerse, sobre todo ahora que sabía lo que sentía al hacerle el amor. Se sentía ebrio de pasión. Por ella. Tan caliente, tan tensa.

Si pensaba que volvería a poseerla, jamás lo conseguiría.

—Casi no me he cruzado con nadie —oyó que respondía mientras colocaba la jarra de leche en la mesa.

Cuando ella dirigió su atención hacia él, se dio cuenta de sus ojos risueños. Se estaba mofando de él.

¿Había decidido hacer como si nada? ¿No lo culpaba entonces por la noche anterior? Lo volvía loco. Esperaba haberla visto cubierta de lágrimas y lanzándole quejas y acusaciones. En lugar de eso estaba radiante y parecía feliz. Como si fueran una pareja unida y perfecta. Incluso había mostrado su perfecta sonrisa y le había recibido con dulzura… No entendía nada.

¡Qué complicadas eran las mujeres! ¡La suya en particular!

—¡*Casi* ya es demasiado!

—Vamos, Craig, deja de quejarte y siéntate. ¿Qué te apetece?

De nuevo esa sonrisa hacía de su cuerpo un incendio.

¿Era consciente ella de lo que provocaba en él? Dada su mirada juguetona, pensó que sí y estuvo tentado de admitir que la deseaba. Pero se contuvo y se sentó, más por esconder su miembro erecto que por ganas de comer.

Puso una rebanada de pan con una cebolla encima, un poco de carne seca y un trozo de queso ante él y tomó asiento al otro lado de la mesa. No pudo evitar fijarse en sus senos. Podía percibir sus pezones rosados a través del tejido. Su deseo aumentó y sintió un pinchazo tras otro su zona íntima. Aún fue más el caso cuando, tras haber bebido un poco de leche, se pasó la lengua por los

labios, lo que le dio unas terribles ganas de apartar la mesa de un golpe y tumbarse encima de ella. Se esforzó por mostrar una actitud desenfadada y empezó a comer. Intentó sonreír vagamente, aunque su miembro lo hiciera sufrir, al que ella respondió con unos ojos llenos de maldad. Parecía que era plenamente consciente de lo que sucedía en su cuerpo.

¿Qué se le estaría pasando por la cabeza?

Fuera lo que fuese, tenía que reconocer que verla así ante él, de buena mañana, le era extremadamente agradable. Allí, de repente, habría dado todo lo que poseía por poder contemplarla cada mañana hasta el fin de sus días, para tener el derecho de amarla y de tener una vida normal a su lado. Pero, por desgracia, el destino había decidido otra cosa.

—No he visto tus cosas en la habitación esta mañana —dijo de repente, porque la idea lo molestaba—. ¿Las has escondido para hacerme creer que te habías ido?

—¡No! —exclamó ella—. ¡Claro que no! ¿Por qué haría algo así? No te voy a engañar, y el día que te deje, te lo diré. Mi deseo no era preocuparte, Craig, al contrario; quería ser agradable contigo.

Ella le agarró una mano.

—¿No podemos hacer algo para llevarnos bien los días que pasemos juntos? Luego ya… nos diremos adiós. Como quieras. Porque es lo que sigues queriendo, ¿verdad?

Lo pilló desprevenido, del mismo modo que el descubrirla tan relajada y resignada. Sin embargo, era lo que quería, ¿no? Que se apartara de él. Entonces, ¿por qué le dolía tanto la idea de perderla para siempre?

Ella retiró con dulzura su mano.

No podía dejar que lo tocara más de lo necesario; ya tenía bastantes dificultades para no sucumbir a sus labios rosados, a sus ojos brillantes y a su magnífico rostro que lo observaba con intensidad.

—No, Mary, no es lo que quiero, pero es lo que haremos. No tenemos el derecho de poner a nuestras familias en peligro.

Mary exhaló un profundo suspiro y retomó su mirada intrépida.

¡Qué valiente era esa chica!

Cuantos más momentos compartía con ella y más mostraba ella su admiración, más aumentaba la pasión en su cuerpo. Desde que ella había aparecido en su vida, habría jurado que era lava lo que discurría por sus venas.

—Lo sé, Craig, pero no creo que mi tío pueda hacerme daño —añadió.

—Colin Kinkaid es capaz de todo, lo sabes igual que yo; y su rencor hacia mi hermano no ha hecho más que empeorar con los años. No levantó ni un dedo cuando entramos en guerra contra MacDonald y Campbell. Creo realmente que le habría gustado que nos exterminaran. Alexander ha llegado a pensar que se alió en secreto con Campbell para obtener su porción del pastel.

Al fin y al cabo, MacDonald no había dudado en vender a su sobrina a ese salvaje para beneficiarse de la situación. La astucia y la ambición de ciertos hombres no tenían límite.

—¡Soy de su sangre! —exclamó ella como intentando convencerse.

—A ciertas personas eso no les importa. No ven más que sus propios intereses. Hoy somos más ricos e influyentes que él. Eso lo sacará de sus cabales.

Evitó su mirada y terminó su vaso de leche. De repente no tenía hambre.

—Deberíamos irnos. No estaré tranquilo hasta que hayamos llegado a Helen Hall.

—¿Crees que ya puede hacernos daño?

—Creo que tu tío es capaz de todo, Mary. Y capaz de atacarnos en cualquier lado. Me gustaría

estar en mi hogar para cuando se entere de nuestra unión. Termina de desayunar. Te dejaré para que te prepares.

Cada minuto contaba. Le habría gustado quedarse con ella, como una pareja normal; incluso aunque fuera para hablar de su situación desesperada y triste. Pero tenía que mostrarse razonable. Ignoró la vocecita en su cabeza que le susurraba que estaba muy lejos de ser razonable. Si lo hubiera sido, ¡no se habría acostado con ella!

—¿Quieres que me ocupe de tus cosas? —preguntó Mary con una bella y melodiosa voz que le hacía estremecerse.

Se puso de pie, la miró mientras intentaba acallar sus sentimientos y se mostró inflexible. Tenía que conseguir que ella abandonara toda esperanza de cambiar su destino.

—Si quieres, sí; pero no estás obligada.

—Será un placer. Al fin y al cabo, soy tu mujer.

Sí, todavía era su mujer.

No debía repetírselo, o podría acostumbrarse y querer que nada cambiase. Y, entonces, ¿cómo le diría adiós?

***

Cabalgaron todo el día a un ritmo infernal. Todavía peor que cuando se habían dirigido a la corte. Y, como entonces, Mary se esforzó por mantener el ritmo mientras fijaba la vista en la espalda de Craig. Iban tan rápido que no tenía tiempo ni de pensar, algo que debería haber hecho para ordenar sus pensamientos y definir un plan de acción para conquistar o —mejor dicho— *reconquistar* a su marido. Pero estaba tan agotada que las dos primeras noches se durmió en cuanto cerró los ojos, sin siquiera cenar. Habría sido incapaz de masticar nada, no tenía fuerzas. Y, sobre todo, se sentía triste. Cuanto más se acercaban a las tierras MacLeod, más se acercaba el fin de su matrimonio con Craig, un final inevitable, según él. No podía soportarlo. Tenía que encontrar una solución. Sin embargo, en las pausas bien merecidas que Craig le concedía, cuando ella se perdía sus pensamientos, le parecía que la miraba. Apartaba la mirada cuando ella lo observaba, pero tenía tiempo de ver el sufrimiento en sus ojos.

¿Le entristecería pensar que no había esperanza para ellos? ¿Era infeliz, como ella? ¿Todavía la deseaba igual que ella a él?

Porque ella lo deseaba terriblemente…

¿Él tampoco había olvidado lo que habían compartido en su noche de amor? ¿Había sentido él también esa embriaguez en su cuerpo, esa fiebre y esa conexión inconcebible? Mary no tenía ninguna experiencia, puesto que era la primera vez que hacía el amor con un hombre; pero según sus cuñadas y otras mujeres de su clan, la armonía en la unión de un hombre y una mujer en la intimidad no era algo fácil. Algunos hombres solo pensaban en su propio placer, no en el de su pareja. Craig había sido un amante formidable. Había sido paciente, la había hecho vibrar de mil maneras y la había llevado lentamente al placer antes de poseerla de verdad. Había creído que su corazón se detenía con lo que le hacía sentir: un placer tan intenso y magnífico... Como si sus almas se hubieran encontrado, como si hubieran esperado ese instante para relajarse, emprender el vuelo y vivir plenamente. Como si formaran parte de un todo.

¡Sí, Craig era su todo!

Era él a quien había estado esperando toda su vida y por quien se había reservado.

Cuando pensaba en sus besos, en sus caricias, así como en el momento último en el que ella le

había dejado explorar su interior, su intimidad se tensaba y se estremecían de placer. En ese momento ella lo deseaba tanto que habría llorado de desesperación. Pero intentaba parecer relajada para esconder sus sentimientos. Fingía delante él. Hacía ver que no le importaba, pero, en el fondo, su corazón sufría y estaba constantemente a punto de llorar. Algo que disimulaba de igual modo.

Al tercer día, se sintió menos cansada y decidió mostrarse alegre.

Quería aprovechar esos instantes con Craig, sobre todo si iban a ser los últimos. Él estaba tan intransigente e inflexible en lo que respectaba a su honor y sus deberes hacia su clan que tenía miedo de no conseguir seducirlo. Entonces lo perdería y se moriría de pena. En cualquier caso, había decidido que no se casaría de nuevo y que se metería en un convento. ¿Para qué vivir en el mundo si no podía estar con Craig? No quería a ningún otro hombre que no fuera él.

La noche comenzó a cernirse sobre ellos y pronto se detuvieron para establecer el campamento.

Percibió el brillo de un lago a través de los árboles y pensó en su primer encuentro. Craig había salido del agua frente a ella y nunca había contemplado a un hombre tan guapo, al menos no en persona. Lo que tenía entre las piernas le había atraído con tanta fuerza que había perdido la cabeza y había caído del caballo. ¡Qué vergüenza! Pero, a decir verdad, si hubiera sabido en ese momento que eso que tenía entre las piernas le daría tanta felicidad, no se lo habría pensado y se hubiese entregado a él desde el primer momento. De repente sintió calor por todo el cuerpo.

Tiró de su montura y con un «¡Arre!» adelantó a Craig y se dirigió hacia el camino derecho que creía que llevaba al lago. Se le escapó una sonrisa cuando oyó a Craig maldecir y llamarla tras haber dado órdenes a los guardias de detenerse para preparar el campamento. Pero, evidentemente, ella no lo escuchó y apresuró su montura. Tras varios segundos miró hacia atrás. Pero cuando escuchó un fuerte «¡Cuidado, delante de ti!», se pegó a la espalda de su montura, como reflejo; e hizo bien, porque evitó una rama baja que la habría hecho caer del caballo. Y a esa velocidad, la caída habría sido horrible.

Craig maldijo de nuevo y le ordenó que frenara o se rompería el cuello.

De nuevo Mary no lo escuchó y, en cuanto llegó a la orilla del lago, se dejó caer de la silla. Al sentirlo detrás de ella —pero todavía a cierta distancia—, aprovechó su ventaja y echó a correr. Abandonó su capa detrás de sí y se giró. Mientras miraba cómo ponía los pies en el suelo y se aseguraba de que sus dos guardias no los habían seguido, se desabrochó el cordón del vestido e hizo caer las mangas por sus brazos desnudos.

La mirada que Craig le lanzó la hizo estremecerse. Estaba llena de odio, pero también de algo más. Esa mirada consiguió encender su interior con un fuego más ardiente que el que circulaba por sus venas después de la carrera al lago. En realidad, estaba excitada. Excitada y más viva que nunca y, sobre todo, quería volver loco de deseo a Craig.

Craig maldijo de nuevo entre dientes cuando ella dejó caer su vestido al suelo. Se enfrentó a su mirada, mientras el deseo subía por su piel a cada paso que daba hacia ella. No dijo nada; hablar no era su fuerte. Pero su mirada revelaba todo lo que ella necesitaba saber: que la deseaba con toda su alma. La deseaba como un loco. La deseaba, pero a juzgar por la furia que emanaba de sus ojos, también tenía unas terribles ganas de gritarle.

Se escapó en el último momento con una risilla ahogada, justo antes de que su mano llegara a tocarla.

—Quiero flotar en el agua —gritó ella cogiendo carrerilla—. No tengas miedo; recuerda que sé nadar.

Cuando ella la había creído muerta, ella había estallado en una carcajada sonora, y se reconfortó pensando en él e imaginando la mirada de Craig sobre sus nalgas y su intimidad, que confirmó antes de que el agua se la tragara. Cuando salió de nuevo, un poco más lejos, se giró para hacerle frente y constató que no se había movido. Su respiración y su excitación aumentaron al ver que él la devoraba con los ojos. Clavó la vista en los ojos de su marido y elevó los brazos para alisarse el pelo y colocárselo sobre un hombro. Ella sintió cómo la mirada febril de su amante le acariciaba los senos, que dejaban ver unos pezones erectos. Se dejó admirar y desear. Puesto que sí, él la deseaba, sus ojos sobre ella no podían mentir. Aunque se negara, su cuerpo la anhelaba, al menos con tanta fuerza y tanta pasión como ella, o incluso más. A ese anhelo se unía, como de costumbre, esa especie de ira que mostraba siempre que estaba cerca de ella. Era evidente, como la otra noche, que el conflicto lo irritaba.

Mary decidió ignorarlo y se tumbó de espaldas en el agua, flotando, con las piernas y los brazos abiertos.

Dios, qué bien se sentía…

Sentía que el agua cubría sus orejas, y no le permitía escuchar los sonidos del mundo: solo sentía su corazón, que latía con fuerza, y que latió con más velocidad con solo pensar que Craig podía unirse a ella. Se imaginó su cuerpo, caliente, contra el suyo; su miembro tenso contra su vientre y, luego, dentro de ella. Deseaba sentirlo en su interior, lo deseaba tanto que la recorrió un escalofrío. Sus respiraciones se volvieron más cortas y, si hubiera podido, se habría acariciado justo ahí para que esa fiebre que le hacía sufrir cesara. Sabía darse placer; eso también se lo habían explicado sus cuñadas: cómo acariciarse, como agarrarse los senos, ponerse los pezones duros y cómo correrse con los dedos. Habría podido hacer eso para aliviarse cuando el deseo por Craig la torturara, pero se había negado. No eran sus dedos los que quería, sino los de Craig. Y todavía mejor: su sexo. Era a él a quien deseaba.

A él, entero.

Soltó un pequeño grito y se puso de pie cuando sintió un cuerpo entre sus muslos y unas manos en su cintura. Sin darle tiempo, Craig la acercó a él y la besó en los labios, y ella se entregó a él entre jadeos. Su beso le cortó la respiración: estaba tan lleno de pasión... Él gimió contra su boca y acercó aún más su miembro, que ella sintió contra su vientre.

—Te deseo, Mary. ¡Ahora! —susurró él contra sus labios.

Mary se apartó ligeramente y sumergió en sus magníficos ojos verdes, llenos de deseo. Un deseo crudo, auténtico. Un deseo que la conmovió de los pies a la cabeza.

Puso una mano sobre su miembro y lo contempló con todo el amor que le inspiraba.

—Si realmente me deseas, Craig —dijo ella tuteándolo, ya que desde su noche de amor se sentía más cercana a él—, si me haces el amor esta noche, no dejaré que te vayas nunca. Si me tomas, me tomas para siempre —añadió ella con lágrimas en los ojos. La fuerza de sus sentimientos se había apoderado de ella.

Había esperado a que llegara ese momento…

Como respuesta, Craig la levantó cogiéndola de los muslos y, con un suspiro ronco y gutural, la sacó del agua para acostarla en la arena, suave y caliente. Se tumbó sobre ella y, apoyado por los codos, tomó posesión de su mirada con más seriedad que nunca.

—Nunca te dejaré, Mary. Ni mañana ni nunca —susurró—. No puedo luchar contra el deseo que siento por ti, ya no tengo fuerzas.

—Ven, entonces… Soy tuya, Craig… Ya lo sabes… —susurró ella, con el corazón latiendo desbocado—. Para siempre.

—Sí, para siempre —murmuró a su vez, mientras introducía con suavidad su sexo en su interior. La hizo gemir tanto de placer como de alivio.

Al sentirlo chocar con el interior de su vientre, Mary se arqueó de placer. Quería más. Mucho más. Agarró las nalgas de Craig para atraerlo hacia ella y forzarlo a ir todavía más lejos y más fuerte.

Lo quería todo de él.

—Mi mujer —gimió él en su oreja mientras la oía gozar—. Mi maravillosa mujer…

«Mi mujer…»

Oír esa palabra de sus labios la inundó de felicidad. La deseaba para siempre, y eso era lo que ella más quería en el mundo: ser su mujer. Su compañera, su amante, la madre de sus hijos. Los vaivenes febriles y despiadados de Craig pronto la llevaron al límite. Era todavía más fuerte que la vez anterior, todavía más intenso y mucho mejor. Craig la hizo correrse intensamente en varios golpes de cadera implacables y, antes de correrse él, salió de su cuerpo y se corrió sobre su vientre para enseguida dejarse caer a su lado, con la respiración entrecortada, con el cuerpo agotado, como si hubiera librado una gran batalla. Una batalla contra sí mismo y sus valores; eso era seguro. Y Mary lo comprendía. Comprendía que pudiera poner a su clan por encima de su felicidad personal; ella lo amaba todavía más por eso. Sin embargo, se sintió triste cuando volvió a negarse a correrse dentro de ella. Pero sin duda tenía razón; su futuro era demasiado incierto como para concebir un bebé. Esperaría el tiempo necesario para ello. Ahora que había decidido ser suyo para siempre, nada más importaba.

Se acercó a su marido, apoyó la cabeza sobre su hombro y, cuando él pasó su brazo por encima de ella y la besó en la frente, supo que esta vez no huiría como un ladrón tras haber encontrado su tan ansiado tesoro.

17

—¿No te arrepientes de nada? —preguntó Mary en voz baja, mientras levantaba su rostro hacia el de Craig. Ella le acariciaba el vientre y lo hacía estremecerse.

Parecía relajado, pero su silencio le daba miedo.

—No, Mary, no me arrepiento de nada —respondió con su magnífica voz grave y con los ojos todavía cerrados.

Se incorporó sobre un codo y recorrió su pezón en círculos, sin dejar de observarlo, intentando comprender su reacción.

—¿No me culpas?

Abrió los ojos y la miró con su intensa luz esmeralda, mientras cerraba la mano sobre su nuca para acariciarla.

—¿Por qué iba a culparte? He pasado las últimas noches mirándote dormir y conteniéndome para no buscarte bajo las mantas.

—¿Por qué no has venido?

—Tenía miedo. Miedo de que no quisieras saber nada de mí por mi comportamiento inaceptable de los últimos días, y miedo de… Ya lo sabes.

Verlo tan frágil, tan apenado y sintiéndose tan culpable de haberla llevado a la ruina, incluso cuando ella estaba de acuerdo con todo, la hizo sufrir como nunca.

No era su culpa.

—No tienes la culpa, Craig. Todo esto es a causa de Somerset. Si no hubiera querido tomarme por esposa, no te habrías sentido obligado a sacrificarte por mí.

La atrajo hacia él y tomó sus labios.

—Lo hice porque lo deseaba, porque *te* deseaba. No quería que ningún otro hombre te pusiera las manos encima, y menos ese malnacido de Somerset. Peleé por ti, Mary, por tu honor, y lo volvería a hacer si fuera necesario.

—¿Pelearías por mí?

—¿No es lo que prometí?

—Entonces, ¿eso quiere decir que me quieres un poco? —preguntó nerviosa.

La hizo caer sobre su espalda y se tumbó sobre ella.

—Sí, Mary. Te quiero.

Tuvo la impresión de que su corazón acababa de morir de felicidad. Que *ella* acababa de morir de felicidad.

—Te quiero con locura —continuó mientras dejaba un rastro de besos en su cuello—, y todavía te deseo.

—Entonces hazme el amor. Yo también te deseo, pero…

Echó la cabeza hacia atrás y miró la oscuridad que se cernía sobre el bosque, preocupada.

—No hay nada que temer, ¿verdad?

Craig recorrió su cuerpo con besos, lo que la hizo temblar.

—Mis hombres han montado guardia. Relájate.

—Solo son dos, Craig.

Levantó la cabeza.

—Quizá solo sean dos, pero son valientes y darían sus vidas por nosotros.

Mary agarró sus rizos castaños cuando Craig hundió el rostro entre sus muslos.

—Entonces, recemos para que no suceda nada —murmuró ella, antes de sentir la lengua de Craig penetrar en su cuerpo. Ya no tenía miedo de nada.

***

Mientras hacía el amor a Mary, poseído de nuevo por ese frenesí de hacerla suya que no había conseguido frenar desde que había deseado su cuerpo por primera vez, Craig estuvo atento y no se dejó llevar totalmente. Había querido calmarla para que no se asustara, pero, en realidad, no estaba tranquilo. Sus guardias no darían la talla ante una tropa de los Kinkaid si, por mala suerte, habían encontrado sus huellas. Había intentado poner la suerte de su parte y no habían tomado el camino principal. Sus guardias debían vigilar cualquier ruido durante la noche después de haber plantado el campamento. No habían hablado con nadie y no se habían dejado ver. Habían sorteado a mucha gente al atajar el camino por el bosque. Con un poco de suerte, pasarían desapercibidos y llegarían a Helen Hall mañana.

Esperaba así tener al menos tiempo para prepararse.

Estaba a la defensiva, pero eso no le evitaba disfrutar de su placer y dárselo a ella. Dios, cómo le gustaba poseerla. Nunca había sentido algo igual y sabía ahora que nunca se saciaría de ella. Nada más correrse, ya quería volver a empezar. Pensaba en ella a cada segundo de su existencia. Y pensó en ella más todavía mientras la llevaba hacia el placer. Se tomó su tiempo. Acababa de correrse, así que tardaría un poco. Sin embargo, al escucharla gemir y responder a sus asaltos, y al sentir sus uñas clavarse en su espalda, acompañadas de unos gritos de placer, su propio placer lo pilló casi por sorpresa y salió de su cuerpo justo a tiempo. Estuvo a punto de no poder contenerse y de liberarlo todo en su húmedo interior. Tenía que ser más cuidadoso; no quería deslices. Se preguntó de repente lo que sentiría al correrse en el interior de Mary, algo que no había hecho nunca.

Pero esa no era la cuestión.

Lo sabría más tarde. Por ahora, no podía pensar en tener descendencia. No sabía de cuánto tiempo disponía; no era el momento de pensar en tener un hijo, aunque la idea de dejar salir su placer en el vientre de su mujer lo tentaba más que nada. Y tenía otra razón por la que no quería darle un hijo, una razón en la que se negaba pensar.

Cayó sobre un lado, fatigado. Mary se acurrucó contra él, como le gustaba hacer. Lo rodeó con los brazos y le besó el pelo. Se sentía bien, realmente bien, y su olor lo volvía loco.

Suspiró.

Se sentía muy bien, a pesar de las circunstancias. Y comprendió con sorpresa que, por primera vez en su vida, había obtenido lo que realmente quería y que estaba contento y satisfecho. Por primera vez en su vida había pensado en él, solo en él, y el resto le daba igual. Esperaba que su hermano le diera su bendición y aceptara protegerlo. ¿Por qué no iba a hacerlo? Él siempre lo había hecho. Fue él mismo quien le dio la idea de casarse con Elizabeth MacDonald a riesgo de empezar una guerra. Sí, lo había apoyado, y fue a pedirle ayuda al rey mientras ellos combatían. Había sido difícil dejarlos, pero los había salvado.

Se sentía bien, pero tenían que volver al campamento. Se habían quedado lejos de los guardias

demasiado rato y la noche ya había caído.

Se puso en pie bajo la mirada inquieta de Mary.

—¿Va todo bien?

Craig le tendió la mano y la ayudó a levantarse a su vez.

Con su pelo de fuego esparcido sobre sus generosos pechos, su vientre ligeramente abombado y sus generosas caderas, parecía que le estaba incitando a pecar una vez más, y el deseo lo arrolló de nuevo, pero se contuvo. Le haría el amor, pero no ahora.

La atrajo hacia él y hundió la nariz en su cuello.

—Sí, mi amor, no te preocupes. Será mejor que nos lavemos y nos encontremos con los guardias. Deberíamos comer algo, también. Tienes que estar muerta de hambre; apenas has comido estos últimos días. ¿Por qué?

—Estaba demasiado triste.

Puso las manos sobre sus nalgas y la apretó contra él.

—¿Y ahora?

Ella le ofreció sus labios.

—Ahora estoy feliz.

Craig la besó. Luego, agarrando su mano, se metieron en el agua, un poco más fría que antes pero deliciosamente buena. Empezaron a lavarse. No pudieron evitar salpicarse el uno al otro, reír y abrazarse como para huir de una realidad que no querían contemplar, pero que los atraparía pronto. Se besaron mientras se vestían, y también lo hicieron durante el camino que los llevaba hacia el campamento, donde descubrieron el pequeño fuego a través de los árboles. Un buen olor a carne los esperaba. Sin decir nada, Mary se pegó a él y apoyó la cabeza sobre su hombro. Él le agarró la cintura.

Los guardias los descubrieron tras levantar las cabezas y haber agarrado sus espadas. Habían oído un ruido, pero al verlos, soltaron las armas, aliviados.

—Calma, chicos, somos nosotros.

Los guardias se miraron con suspicacia. Nadie al verlos podía ignorar lo que venían de hacer, pero, después de todo, hacer el amor era algo natural, sobre todo cuando eran marido y mujer. Además, parecían alegrarse por ellos.

—Nos preguntábamos cuándo se decidirían —lanzó uno—. No aguantábamos más la tensión.

¿Serían más conscientes que nosotros mismos de lo que sentían nuestros corazones? —se interrogó Craig.

¡Era evidente! Sobre todo cuando no querían reconocer sus sentimientos, como era su caso.

Los guardias bromearon algunos minutos más tras haberse sentado cerca de ellos en el fuego. Mary se contentó con escuchar, con su rodilla apoyada contra la suya, y aceptó los trozos de conejo que los guardias habían cocinado.

Le propuso ir a dormir tan pronto como se dio cuenta de que ella se caía del cansancio y se tumbó a su lado para abrazarla. Mary se acurrucó contra su cuerpo y puso su brazo alrededor de su torso.

—¿Crees que Alexander estará de nuestro lado? —preguntó ella con voz dulce.

—Lo entenderá, de eso estoy seguro. Sabe que no se pueden controlar los deseos del corazón. Yo lo he apoyado, y él hará lo mismo.

—¿Confías en él?

—Más que en mí mismo —respondió—. Mi hermano es buen hombre. Sé que mi felicidad es importante para él y que quiere verme contento.

—Háblame de Ewen —murmuró ella, mientras se pegaba todavía más a él.

—Hace poco nuestra curandera, Katel, rompió el corazón de mi hermano —suspiró—. Escogió su futuro antes que a él, y ahora se lamenta y jura que nunca más amará a nadie. Habla de alistarse en la guardia del rey y de partir a la frontera inglesa.

—¿Estaríais de acuerdo?

—¿Cómo podríamos evitarlo? Tener a Katel frente a sí, sin ninguna esperanza de que ella le pertenezca algún día es una verdadera tortura. Comprendo que quiera alejarse. Pero volverá. Echaría mucho de menos su hogar y a su familia.

—Lo entiendo. Sé lo que es suspirar por alguien que no te pertenecerá jamás.

Craig la besó en la cabeza y la apretó más contra él.

—Yo también sé lo que es. Quería irme, dejar la corte…

Dejó la frase en el aire.

Mary se incorporó y lo observó.

—¿Lo habrías dejado todo por mi culpa?

—No por tu culpa, Mary, sino por ti. Acabé comprendiendo que tú lo pasabas igual de mal que yo por saber que nada era posible entre nosotros. Incluso lo cantaste.

—Es verdad, me dolía. Pero ahora seremos felices, ¿no?

Craig la atrajo hacia él de nuevo y besó suavemente sus labios.

—Sí, Mary, seremos felices. Es mejor que duermas. Mañana será un día difícil.

—¿Crees que todo irá bien?

—Te lo prometo. Seguiré cuidando de ti hasta el fin de mis días.

Ella le dio un último beso y volvió a su posición inicial.

—Mañana quédate más atrás mientras hablo con mi hermano —añadió, tras varios segundos de silencio.

—¿Crees que la noticia le entristecerá?

—Quizá le decepcione, pero que le entristezca… Lo dudo.

—Anhelaba la alianza con el rey.

—No lo sé. Creo que más bien no quería desagradarlo.

—¿Y tú? ¿Te arrepientes?

—No, mi amor. No me arrepiento de nada.

—¿Qué pasará si tu hermano se opone a nuestro matrimonio? —preguntó ella de nuevo, inquieta por lo que la situación pudiera causar.

—No te preocupes, todo irá bien. Te lo prometo —reiteró él.

Sí, todo iría bien. Él se encargaría de ello.

18

Tardaron un día entero en llegar a Helen Hall. Cuando Craig vio su hogar en lo alto de la colina al salir del bosque con su pequeña tropa, una intensa emoción lo invadió.

Había vuelto a su hogar.

Había pensado que no volvería en años. No se preguntó qué habría pasado si se hubiera casado con la princesa; no le interesaba. Se había casado con la mujer a la que amaba. Mary había sabido hacer que se cuestionara sus principios y lo había tentado como nadie había hecho antes, y eso le encantaba. Cuando sus cuerpos se hacían uno, tenía la sensación de haber encontrado al fin su lugar en la vida. Comprendió lo que había necesitado todo ese tiempo: una mujer a la que amar y con quien compartir su vida. Sin duda tenía que encontrar la que le convenía, y ella le había dado ganas de que así fuera.

En su hogar, con su familia y la mujer a la que amaba a su lado, su felicidad era y sería total.

Los guardias de las murallas debían de haberlos visto, puesto que las puertas se abrieron. En cuanto entró en la fortaleza, Alexander y Elizabeth se apresuraron a acogerlos. Craig abrazó a su hermano mientras las mujeres hacían lo mismo. Se había ido hacía un mes y medio, pero le había parecido una eternidad. Tras responder al abrazo de su hermano, contempló la fortaleza con emoción. Los trabajos de restauración habían terminado, el patio estaba limpio y todos con quienes se habían cruzado los habían recibido con palabras de bienvenida y caras de felicidad. El trabajo en la tierra era duro, pero los miembros del clan parecían felices. Se habían ido formando parejas, había nacido alguna que otra criatura, y el hogar MacLeod respiraba el gozo de la vida. Como en la época de sus padres. Alexander era un buen *laird*. Era justo, correcto, cuidaba de los suyos, y su mujer y él hacían maravillas en la gestión del dominio. A nadie le faltaba de nada, ni un techo ni víveres.

—Es bueno volver a verte, hermano —dijo Alexander tras separarse.

Saludó con un gesto de la cabeza a Mary, quien, tras el reencuentro con Elizabeth, se había quedado un poco atrás.

—¿A qué debemos el honor de esta visita? ¿Por qué Anabelle no está contigo? —se sorprendió su hermano. Luego alzó una ceja y observó a Mary, seguramente preguntándose qué hacía todavía con él.

—Tenemos que hablar. Es urgente —respondió Craig.

—Ya veo. Vamos a mi despacho.

Craig intercambió una mirada de entendimiento con Mary. Haría lo que habían acordado; confiaba en ella: no diría nada hasta que él no le hubiera dado la noticia a su hermano.

Craig siguió a su hermano hasta la estancia en la que este último trabajaba. Alexander se dirigió hacia una mesa situada en una esquina, llenó dos copas, le tendió una de ellas, que aceptó, y le señaló uno de los sillones donde solían sentarse para hablar. Alexander bebió un trago del líquido que contenía la copa y que Craig descubrió que era *whisky*. Un muy buen *whisky* que fabricaban ellos mismos. El alcohol le quemó la lengua, pero consiguió relajarle un poco. Estaba agotado por el ritmo infatigable al que había sometido a su pequeña tropa y solo deseaba una

cosa: acostarse y dormirse en los brazos de Mary tras haberle hecho el amor apasionadamente. Aunque estuviera cansado, la deseaba, pero antes de poder reencontrar el delicioso y cálido cuerpo de su esposa, tenía que explicarse ante su *laird*.

—La princesa renunció a nuestro matrimonio y me he casado con Mary —anunció con una voz segura, mientras miraba a su hermano a los ojos para que comprendiera que no se arrepentía de su decisión.

—¿Te has casado con Mary? —se sorprendió Alexander. Luego dio un golpe a la mesa con el pie—. ¡Por Dios, Craig!

El segundo hijo de los MacLeod levantó la mano para interrumpirlo.

—Sé lo que me vas a decir. No pierdas el tiempo —respondió con calma, mirando cómo este se giraba ante él, visiblemente nervioso—. Intenté resistirme, hermano. Te juro que al principio solo quería acostarme con ella; la deseé como un loco desde que me fijé en ella. No pude hacer nada; me resistí, pero… — suspiró—. Somerset, el primo de la reina, pidió su mano al rey, y este me lo contó porque era su protector en la corte. Comprendí que no podía dejar que perteneciera a ese hombre, ni a cualquier otro.

Alexander se detuvo y le hizo frente.

—¿Porque la amas?

—Sí, Alex, porque la amo. Como nunca he amado a nadie. Estoy dispuesto a todo por ella.

—¿Incluso a empezar una guerra? —dijo Alexander, irritado.

—Iré a hablar con Kinkaid e intentaré conseguir un mínimo acuerdo. Somerset es un cerdo. Le haré entender que quise evitar que Mary se casara con él. ¡Por Dios, Alexander, ¡no podía dejar que se desposase con ese inglés!

Esa idea le repugnó terriblemente. Vio de nuevo las manos de ese desgraciado sobre los hombros de Mary aquella noche, en el parque, la forma en la que la brutalizaba… Sí, ese hombre era un cerdo inglés. Sin embargo, esperaba otra reacción de su hermano, aunque en el fondo comprendía que pensara en su familia antes que en él.

Terminó su copa, se levantó y la dejó sobre la mesa.

—Partiré hacia las tierras Kinkaid mañana —dijo secamente mientras evitaba la mirada de su hermano—. Si va mal, Mary y yo nos iremos de aquí. No pondré en peligro a la familia, hermano; ya has perdido suficiente en el pasado.

Le dio la espalda a su *laird* con el corazón dolorido.

Habría hecho lo que fuera por Alexander. Habría luchado por él y es lo que habría hecho contra los MacDonald si no hubieran decidido juntos que iría a pedir ayuda al rey, pero era evidente que no era recíproco, y eso le dolió en el alma. Podría haber buscado a su tío, Angus, el hermano menor de su padre que vivía bajo su techo y que ya debía de estar en su habitación. Podría haberse aliado con él para que le mostrara su apoyo frente el *laird*, pero no lo hizo. Quería ver a Mary.

Se dirigió a la sala común, que había cambiado esas últimas semanas. Habían añadido nuevos muebles, así como unas cortinas pesadas en las paredes y unos prominentes candelabros que desprendían una bonita luz dorada. Hacía calor. Un calor acogedor y relajante que curó ligeramente su corazón, pero, por desgracia, durante poco tiempo. Su mirada se cruzó con la de Mary, que lo esperaba sentada al lado de Elizabeth, sobre un banco cerca de la chimenea. Frunció el ceño y comprendió que el encuentro con Alexander no había ido bien. Parecía cansado; ella misma estaba agotada.

Elizabeth se puso en pie en cuanto llegó a su lado.

—¿Quieres comer algo antes de descansar? Mary me ha dicho que habéis cabalgado sin deteneros.

Se giró hacia su mujer.

—¿Mary?

—Como quiera, mi señor —respondió la mujer tras ponerse en pie a su vez. Había cumplido con lo que se esperaba de ella en toda regla.

—Puedo hacer que te lleven algo de comer a tu habitación —añadió su cuñada sonriendo—. He preparado una habitación para Mary al lado de la tuya, Craig.

Su pequeño y astuto gesto le hizo sonreír. O había entendido que pasaba algo entre ellos o ella esperaba que fuera así. Craig se colocó al lado de Mary y la agarró la mano.

—No necesitaremos dos habitaciones separadas, Elizabeth, Mary y yo estamos casados.

Sintió de nuevo una gran emoción y un gran orgullo, y todavía tenía la sensación de estar soñando al observar a su mujer a hurtadillas.

Elizabeth aplaudió y ambos se miraron.

—Pero ¡eso es maravilloso! —exclamó.

Sí, era maravilloso, y esa preciosa mujer que lo miraba con anhelo era suya. Para siempre.

—Tienes razón, mi amor; es maravilloso —oyeron desde la puerta de la sala.

Craig giró la cabeza y vio a Alexander, que se acercaba a ellos.

—Bienvenida a la familia, Mary —dijo este último tras unirse a ellos, mientras rodeaba con un brazo a su mujer. Elisabeth también la miraba con una expresión de amor absoluto hacia ella.

—Formas parte de esta familia, Craig —continuó—. ¿Qué clase de hermano sería si no me preocupara de tu felicidad? Eres bienvenido a Helen Hall, igual que tu mujer.

Los recién llegados se miraron un segundo y luego Craig dio un paso hacia su hermano. Ambos se abrazaron.

—Es lo menos que puedo hacer por todo lo que has hecho por mí —ironizó Alexander mientras le golpeaba la espalda.

Craig se apartó con un nudo en la garganta.

—Gracias, hermano. Pero no querría…

—¡Hablaremos de eso más tarde! —interrumpió Alexander—. Por ahora, ¡celebremos la buena noticia como se merece!

Aplaudió para pedir que alguien le trajera la cena y algo para celebrar el evento.

No fue hasta horas más tarde cuando Craig pudo ir a su habitación, en la que sus guardias habían dejado sus pertenencias hacía ya algunas horas. Tenía la mano entrelazada a la de Mary. Ella, con la cabeza apoyada su hombro y agarrándolo con la otra mano, descansaba sobre él. Soltó un pequeño grito cuando la tomó entre sus brazos y la acercó a él. Empujó la puerta del cuarto, la dejó en el suelo y tomó sus labios con fervor mientras apretaba su cuerpo musculoso contra el de su mujer. La deseaba. Siempre la deseaba. En cuanto la tocaba, no podía contenerse. Mientras respondía a sus besos, Mary, sumida en el mismo deseo, en la misma fiebre, tiró de su camisa. Dejó pasar el *plaid* por encima de su cabeza y se quedó desnudo, esperando a que Mary se quitase el vestido. Luego ambos se miraron con intensidad antes de lanzarse de nuevo a los brazos del otro. Sus labios se unieron una vez más. Sus lenguas se encontraron para empezar un baile apasionado y sus cuerpos se pegaron todavía más.

Craig hizo retroceder a Mary hasta toparse con la cama en la que, sin soltar sus labios, ella se tumbó.

Él se echó sobre ella, la miró a los ojos y entró en ella. Entonces empezó para ellos la danza

más placentera y poderosa de todas. Una danza en la que se poseían por completo para formar un solo ser. Un solo ser y una sola alma, hasta que el placer los avasalló. El sexo era extenuante, pero estaban felices y emocionados.

***

Pegada al cuerpo de su marido, Mary suspiró de alivio, y luego dejó que su respiración volviera a la normalidad. No conocía nada mejor que pertenecerle a ese hombre, y daba las gracias al cielo por haberlo puesto en su camino. Aunque amarlo y ser suya fuera una mala idea y definitivamente la causa de sus problemas; no se arrepentía de nada. Simplemente esperaba que no se arrepintieran en el futuro. Rezaba para que su tío se mostrara razonable. No quería que Craig estuviera en peligro; no lo soportaría. No quería perderlo. No imaginaba su vida sin él. Era lo más preciado que tenía en el mundo, el centro de su universo. No había nada más que él y nunca lo habría mientras viviera. No podía permitir que terminara como la heroína de su canción, que había pasado la vida llorando por el sacrificio de su amor.

Preferiría entregarse a la muerte antes que vivir sin él.

Estos últimos pensamientos la inquietaron durante algunos minutos, pero al escuchar el corazón de Craig latir dulcemente, acabó por calmarse.

—¿Has decidido cuándo visitaremos a mi tío?

Sintió que Craig se tensaba.

—Iré solo.

Se incorporó y se sentó en la cama, mientras se cubría el pecho con la sábana.

—No lo dirás en serio.

—Lo digo muy en serio.

Le tomó la mano.

—Te quedarás aquí y me esperarás —insistió él.

Ella retiró su mano.

—¿Y si no quiero?

Su mirada se volvió implacable.

—Te lo ordeno, Mary.

Se observaron con intensidad y Mary se obligó a calmarse pese a que la angustia se había apoderado de su corazón.

—¡Quiero ir contigo! —insistió a su vez—. Es mi tío, mi familia. Me escuchará, estoy convencida. Quiero defender nuestra causa, Craig, tienes que dejar que te acompañe.

—Me lo pensaré —suspiró.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. Vuelve a tumbarte —añadió mientras tiraba de ella.

Sucumbió a su ardiente mirada y se tumbó a su lado. Se lo había prometido, pero ella misma se había jurado que haría todo lo que pudiera para salvar la situación.

O, al menos, lo intentaría.

Era su deber y no podía esperar a que su marido volviera arrancándose la melena y dominado por el miedo. Había tomado una decisión. Se quedó despierta, y solo se permitió descansar unos minutos. Al salir el sol, se vistió en silencio y sin dejar de mirar la cama en la que descansaba el hombre al que amaba con todo su corazón y por quien estaba dispuesta a todo, incluso a enfrentarse a su tío.

Y eso sería lo que haría.

Craig se enfurecería, sin duda; pero no tenía elección, tenía que poner su plan en marcha e intentarlo todo para evitar la guerra.

Solo le quedaba esperar que su tío escuchara sus súplicas…

Se envolvió con su capa, se puso la capucha y salió de la habitación de Craig tras contemplarlo una última vez. Bajó la escalera, abrió la puerta de la morada y salió en el patio, que luego cruzó hasta llegar a los establos. Se esforzó para parecer relajada, pero en realidad su corazón latía a toda velocidad. Nadie le prestó atención. Preparó su yegua, montó y, una vez frente a las puertas, pidió que las abrieran, con el pretexto de que tenía cosas que hacer en el pueblo. El guardia de la puerta accedió a su petición y le deseó un buen día. En cuanto las puertas se abrieron, partió al galope. Tenía que llegar rápido y cabalgar sin detenerse, o Craig podría intentar detenerla, y entonces, la enviaría de vuelta a Helen Hall, algo que no quería bajo ningún concepto.

19

Cuando Craig despertó, se sorprendió por haber dormido tanto tiempo y por no notar el cuerpo de Mary contra el suyo, ni tampoco su calor. Abrió los ojos y tocó la cama a su lado. Estaba fría; Mary la había dejado hacía rato.

¿Por qué no lo había despertado antes de salir?

Se habría entregado a su cuerpo para empezar bien el día y olvidar que estaba obligado a separarse de ella para exponerle la situación a Colin Kinkaid, sin la más mínima certeza de obtener su bendición ni de volver sano y salvo. Imaginaba que sería duro y que arriesgaría su libertad; quizá su vida.

Pero no tenía ninguna intención de procrastinar. Tenía que hacerlo, así que lo haría, fueran cuales fueran las consecuencias.

Se desperezó, saltó de la cama y se vistió deprisa.

Ahora que estaba despierto, echaba de menos a Mary. Necesitaba verla y sumergir la nariz en su piel. Su olor lo volvía loco. De hecho, estaba loco por ella y necesitaba verla a cada segundo de su existencia.

Entró en la sala común, donde descubrió a su hermano, su cuñada y su tío Angus. Estaban desayunando. Un buen olor a pan y carne flotaba en el ambiente. Los perros, bajo la mesa, estaban terminando de devorar los restos de carne que sustentaban al clan, en especial el estofado que todos comían antes de ocuparse de sus asuntos. Así tenían la barriga llena hasta el mediodía.

Craig fue a saludar a su tío, sorprendido de no ver a Mary entre ellos. Pero antes de que pudiera preguntar por ella, su tío se adelantó:

—Y bien, sobrino, he escuchado que has decidido ponerte la soga al cuello.

Siempre había pensado que se parecía más a su tío que a su padre, tanto físicamente como en lo que concernía a las mujeres. Angus nunca se había casado, le gustaba demasiado su libertad para aferrarse a una mujer —algo que había sido también su caso antes de que Mary Kinkaid se hubiera cruzado en su camino. Ahora la querría para siempre. En el caso de su tío, con casi cincuenta años y a pesar de sufrir una sordera que le causaba ciertos problemas, su actividad en lo que concernía a las mujeres no había ido a menos

—Sí, tío, lo cual me alegra enormemente. ¡Todo llega!

—Has hecho bien al no seguir mis pasos. Hoy estoy muy solo. No tengo a nadie que me dé calor en la cama, a mí y a mis viejos huesos y me arrepiento de ello. Por cierto, ¿por qué no está aquí? Me habría gustado conocerla. Tu hermano me ha dicho que es la prima de Maddie.

Craig frunció el ceño.

Si Mary no estaba ahí, ¿dónde estaba?

—¿No la habéis visto? —se sorprendió.

Su hermano y Elizabeth lo miraron, atónitos.

—No, ¿por qué? —preguntó Alexander—. ¿No estaba contigo?

Craig se estremeció: un mal presentimiento brotó en su mente.

No… No habría hecho eso. No se habría atrevido… No cuando le había dicho que no se

metiera... ¡Maldita mujer!

No perdió el tiempo en responder y corrió hasta los establos.

Allí preguntó a los guardias y maldijo cuando se enteró de que Mary había pedido que le abrieran las puertas al amanecer para ir al pueblo donde tenía cosas que hacer. ¡Qué mentira! ¿Qué iba a hacer en el pueblo? No conocía a nadie. Craig se abstuvo de no dejar ver su ira, que escondía un claro pavor. No era culpa de los pobres guardias, que lo miraban con preocupación. ¿Por qué iban a desconfiar de las intenciones de su mujer? No estaban en guerra; Mary podía ir y venir a su gusto.

—¡Se ha ido al hogar de los Kinkaid! —le dijo a su hermano cuando este apareció.

Alexander siguió sus pasos en dirección a su caballo.

—¡Voy contigo!

Craig agarró su silla y la puso sobre la montura.

—¡No! Quédate con tu mujer y tu hijo. Dame dos días. Si no he vuelto entonces, envíalos a las tierras de los MacDonald y ven a buscarme.

—Al menos llévate a algunos guardias contigo —insistió Alexander tras haber accedido a su primera petición.

—Solo iré más rápido. Y nunca se sabe; Kinkaid podría aprovechar para atacar Helen Hall si creyera que no hay nadie.

Además, si entraba en tierras Kinkaid acompañado de una tropa, Colin podría tomárselo como provocación y decidiría emprender represalias. Una pequeña chispa sería suficiente para incendiar las *Highlands*. Había habido guerras en el pasado por menos que eso. No, viajaría solo y rápido. Y, con un poco de suerte, conseguiría alcanzar a Mary en el camino.

Craig acabó de ensillar al caballo y lo agarró por la brida.

Alexander le presentó el brazo derecho, que agarró. Ambos unieron así sus brazos y después se abrazaron.

—Buena suerte, hermano —dijo Alexander mientras le golpeaba la espalda—. Ve con cuidado y trae a tu mujer. Su lugar está aquí, contigo.

Craig sintió que le escocían los ojos.

Alexander estaba a su lado y eso no tenía precio. Con su hermano junto a él nada podía pasarle; Alexander estaría dispuesto a todo por él y por Mary, incluso a mover montañas. Así era su familia y su clan. Craig estaba orgulloso de formar parte de los MacLeod. En su hogar todos se ayudaban siempre. Costara lo que costase.

Le sostuvo la mirada a su hermano.

—¡Eso haré! Si pasa algo, encontraré la forma de avisarte —le dijo como respuesta a la inquietud que veía en sus ojos—. Por cierto, le prometí al rey James que si necesitaba tropas, estaríamos a su servicio. Como intercambio por la mano de Mary.

Alexander sonrió y fingió enfadarse.

—¿Y me lo dices ahora?

—Tenía otras cosas en la cabeza.

Alexander lo miró con atención.

—Entonces, ¿la quieres de verdad?

—Sí, Alex —respondió extrañamente emocionado—. Más que a nada. Es la mujer de mi vida.

Alexander lo atrajo hacia él de nuevo y lo abrazó.

—Me siento feliz por ti, Craig.

Él también estaba feliz. Si tan solo el amor no hiciera sufrir tanto y no lo dejara así de

vulnerable… Detestaba esa sensación de tristeza en el fondo de su corazón, ese miedo de perder a la persona a la que más amaba en el mundo. Mary se había convertido en alguien tan querido que tenía la sensación de que le faltaba una parte de él desde que se había enterado de su huida. No la culpaba por haberlo desobedecido. No, era otra cosa lo que sentía. Era miedo. Temía por ella. Se pasaba el tiempo temiendo por ella y temiendo perderla. ¿Así era el amor? ¿Eso era aferrarse a alguien? ¿Querer a alguien más que a su propia vida? Era tan fuerte, tan perturbador, que le costaba respirar. Y sabía que no respiraría tranquilo hasta que la hubiera encontrado.

—No te retengo más —dijo Alexander, que había notado la tensión en los brazos de su hermano.

Craig se despidió de su hermano, después de lanzarle una última mirada, y unos minutos más tarde, después de ir en busca de su espada y de su *plaid*, que se echó por los hombros, saltó sobre su montura y la hizo partir al galope. Cruzó las puertas de Helen Hall con la esperanza de atrapar a Mary lo antes posible o, en cualquier caso, de unirse a ella en el hogar de los Kinkaid antes de que fuera demasiado tarde. Porque no se hacía ilusiones: no estaba allí para proteger a Mary, y Kinkaid le haría pagar el haberse casado sin su permiso. Y, entonces, solo Dios sabía lo que sería de ella.

***

Mary cabalgó lo más rápido que pudo, sin casi detenerse. No sabía cuánto tiempo tenía antes de que Craig se lanzara en su búsqueda. ¿Una hora? ¿Dos? Seguramente menos. Era buena amazona, pero Craig era capaz de ir más rápido que ella, así que de vez en cuando salía del camino para no dejar huellas. No quería que su marido la atrapara; quería solucionar la situación ella misma y pelear por su amor por él. Necesitaba hacerlo para que no tuviera problemas por su culpa.

El crepúsculo cayó poco a poco, lo que alargó las sombras que se dibujaban en el camino.

Según sus cálculos, no debía de encontrarse demasiado lejos del hogar de su tío. Esperaba llegar antes de que se hiciera completamente de noche, dado que no estaría tranquila sola en el bosque. Entonces escuchó unos gritos que le pusieron la piel de gallina.

No se sorprendió de ver, varios metros más adelante, a unos hombres salir de detrás de los árboles que pretendían cortarle el camino. Reconoció los colores de los Kinkaid, detuvo su montura y no hizo nada para evitar que uno de los hombres cogiera las riendas para evitar que escapara. Algo que ella no deseaba, ya que había encontrado lo que estaba buscando.

Suspiró discretamente, aliviada de no haber caído en manos de alguna banda, porque, aunque estaba en las tierras de su familia, sabía que era posible: los bandidos se agrupaban y forman sus propios clanes al margen de los demás. Dictaban sus propias leyes y vivían como salvajes. Más le valía no caer entre sus manos. Mary no había dejado de rezar durante su camino. Había evaluado los riesgos y estaba dispuesta a enfrentarse a su destino por el amor de Craig sin saber muy bien si era más peligroso enfrentarse a los bandidos o a su tío. No podía negar que su reacción ante la noticia de su matrimonio con un MacLeod la inquietaba, si es que no estaba al corriente ya. En ese caso se estaba metiendo en la boca del lobo, algo que igualmente había imaginado, pero era demasiado tarde para cambiar de opinión y dar media vuelta. Estaba dispuesta a seguir hasta el final.

Se tensó sobre su silla y con voz segura y autoritaria pronunció las siguientes palabras:

—Soy Mary Kinkaid. Llevadme hasta mi tío.

Los hombres intercambiaron unas miradas de sorpresa preguntándose si debían creerla.

—Vengo de la corte…

—¿Por qué no estás acompañada por guardias, entonces? —le interpeló el que agarraba las riendas de su yegua mientras sus tres compañeros se acercaban peligrosamente—. ¿No serás una espía de los MacLeod más bien?

Su corazón se paralizó y pareció saltarse un latido.

—¿Por qué tengo que ser una espía? ¿Y por qué los MacLeod no tienen autorización para entrar en nuestro territorio? ¡Que yo sepa no estamos en guerra!

—Si fueras de los nuestros, estarías al corriente —soltó otro con sospecha.

Un plan germinó de inmediato en su mente. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

La situación ya había evolucionado de una forma inconcebible, así que tenía que darse prisa.

—Llevadme hasta mi tío, por favor —les rogó con un cambio su actitud y poniendo una voz suplicante—. He venido para que me proteja.

—¿Realmente eres Mary Kinkaid? —preguntó otro de ellos con una mirada inquisitiva.

Mary suspiró:

—Os lo acabo de decir: he huido de mi marido, Craig MacLeod.

Los hombres intercambiaron unas miradas de entendimiento. Parecían satisfechos de haberla encontrado. ¡Bien por ellos! En cuanto a ella, había tenido que cambiar su objetivo, pero qué más daba.

—Id a buscar las monturas —ordenó el hombre que estaba postrado a sus pies, y que era sin duda el jefe de la pequeña tropa de vigilancia.

Cuando lo hicieron, montaron y la rodearon.

El jefe saltó a su vez sobre su montura, que apremió para que avanzara.

—¡Quédese detrás de mí! —ordenó pasando cerca de ella antes de tomar la cabeza del grupo.

Mary lo siguió sin poder evitar temer lo que vendría después. ¿Había hecho bien al venir a hablar con Colin? ¿Tenía ella algún poder para evitar una guerra entre sus dos clanes?

Sí, ella sabía que sí… Y eso era lo que haría.

Rezó para que Craig fuera prudente y no se lanzara tras ella. No quería que cayese en ninguna trampa.

Una hora más tarde llegaron a la fortaleza de los Kinkaid, cuyas puertas, excepcionalmente, estaban cerradas. Colin había puesto a salvo su hogar…

El corazón de Mary latió con más fuerza.

¿Cómo iba a salir de ese apuro? ¿Podría evitar la catástrofe que estaba a punto de producirse? Estaba segura de que podría hacer reflexionar a su tío. No podía arrojar sus ansias de venganza contra Alexander sobre todo el clan, a menos que hubiera perdido todo sentido común. Es lo que pensaba antes de darse cuenta de que los Kinkaid ya estaban en pie de guerra. Por algo tenían las puertas cerradas.

Las puertas se abrieron ante ella y sintió que su pobre corazón se encogía en el pecho.

El momento del enfrentamiento había llegado, y no sabía qué esperar. Pero cuando su tío salió de su hogar rodeado de otros miembros del clan, Mary detestó la expresión de su rostro. Se detuvo en lo alto de la escalera, cruzó los brazos y la miró con frialdad.

Bajó su yegua y avanzó en su dirección, dispuesta a representar el papel que se había prometido.

Corrió hacia él, desesperada, y cayó de rodillas.

—He venido hasta usted, mi querido tío, sálveme de Craig MacLeod… Es… es un ser

innoble… —añadió mientras levantaba la cabeza en lágrimas—. Él… se ha aprovechado de mí y mi debilidad. Me ha obligado a casarme con él cuando yo no quería.

Esperó a que se dignara a darle una respuesta, pero viendo que no hacía nada, siguió:

—Protéjame, se lo suplico.

Su tío, tras haberla observado sin dejar ver ninguna emoción en su rostro, hizo una señal con la mano y sus hombres se colocaron alrededor de ella.

Ella se levantó.

—¿Qué significa esto, tío?

—Significa que esperaba tu visita, pero pensaba que vendrías con tu marido.

Pronunció esa última palabra como si quisiera escupirle.

—Reconozco que estoy algo decepcionado… pero gracias. Supongo que no tardará mucho, así que lo esperaremos juntos.

Mary sintió que su corazón se detenía y de repente un malestar recorrió todo su cuerpo. Le hervía la sangre.

—¡No! ¡No lo entiende! ¡Quiero escapar de este matrimonio que no me conviene! Quiero…

—¡Me da igual lo que quieras, jovencita! Los MacLeod van a venir aquí y eso es lo que cuenta.

No… ¡No tenía que suceder así!

—¿Qué va a hacer? —preguntó ella mientras se contenía lágrimas, esta vez de verdad.

No debería mostrarse débil ante su tío, todavía menos mostrarle que le temía, a él y a sus reacciones. No le gustaba el brillo en su mirada, un brillo feroz que no le decía nada bueno.

—¡Eso no es cosa tuya! ¡Llevadla al interior! Y si se resiste, ¡atadla!

¿Perdón?

Mary se tensó al ver que varios hombres se acercaban a ella.

Esquivó las manos que tendían para agarrarla por los brazos y retrocedió mientras les lanzaba una mirada llena de furia a los hombres que intentaban apresarla.

—¡Os prohíbo que me toquéis! —exclamó ella—. ¡Soy Mary Kinkaid, una de los vuestros!

Una risa se escapó de los labios de su tío.

—Tendrías que haberlo pensado antes de haberte casado con un MacLeod.

—¿Incluso cuando me obligó a casarme con él? He venido hasta usted en cuanto he podido esquivar la vigilancia. He venido a salvarme. Estoy segura de que puede anular este matrimonio. Sé que el rey os tiene en enorme estima, y es lo que he venido a pedirle. ¡Anule este matrimonio! ¡No lo quiero!

Avanzó hasta él, con las manos tendidas, mientras seguía interpretando su papel.

—Por favor, tío. Por Maddie. Sabe lo cercanas que éramos.

Vio a su tío parpadear y aprovechó su falta de reacción.

—Detenga esta locura, tío. No batalle por mi honor. No vale la pena. ¡Todavía podemos detener esto!

—¿Han consumado el matrimonio? —preguntó con sospecha.

Ella sostuvo su mirada mientras agarraba con fuerza la bolsa que llevaba.

—No, no ha sido consumado. Me negué a ello y me golpeó. ¡Lo detesto! Más que a nadie en el mundo —añadió mientras bajaba la vista con pudor.

—¡Eso no cambia nada! —respondió Colin Kinkaid con sequedad.

Su cuerpo se tensó cuando su tío ordenó que la llevaran a la gran sala. Protestó e intentó esquivar las manos que la agarraron, pero pronto sus pies dejaron de tocar el suelo y, aunque

intentó resistirse como una loca sin dejar de mirar a Colin a los ojos y gritando que la liberara, los hombres no la escucharon. Tampoco su tío, que continuaba mirándola con una ligera sonrisa en los labios. En realidad. tenía la sensación de que él disfrutaba del espectáculo y que se alegraba al verla sufrir y de que sus hombres la maltrataran de tal modo.

¿Por qué, maldita sea, le había hecho eso?

Los violentos hombres de Colin la lanzaron a un sillón de respaldo alto que estaba colocado frente a la chimenea. Se incorporó tan pronto como pudo, dispuesta a echar a correr.

Colin la apuntó con un dedo amenazante.

—Te prohíbo que te muevas, o esta vez te azotaré.

Se levantó lentamente a pesar de su prohibición y lo desafió:

—Soy la hija de vuestro hermano, soy de su sangre. Eso no significa nada para usted, ¿verdad? Soy más importante a sus ojos que esa maldita venganza contra Alexander MacLeod —gritó ella perdiendo la paciencia.

¡La idiotez y la locura de los hombres eran exasperantes!

No había vivido mucho, pero había escuchado las historias que se contaban. Además, conocía su reino a la perfección, al igual que los clanes que se atacaban unos a otros desde el inicio de los tiempos. Todo se reducía a las traiciones, las alianzas y las venganzas. Sabía de lo que ciertos hombres eran capaces y por la expresión del rostro de su tío comprendió que este era el caso.

No debería haber venido.

Se apartó el pelo y él empezó a reír.

—Poco me importa lo que pienses. No eres más que un instrumento, Mary, la forma para que me deshaga de los MacLeod de una vez por todas.

Mary mostró con la mano la magnificencia del hogar de su tío.

—¿Por qué? Lo tiene todo, la riqueza, el poder… ¿Por qué ir a por ellos? ¿Sigue siendo por Maddie?

La asesinó con la mirada.

—MacLeod me robó a lo que más quería en el mundo. Yo tenía otros proyectos para ella —soltó—. ¡La apartó de mí y ahora está muerta! —gritó.

Mary se acercó y le tendió las manos para intentar calmarlo.

—Lo sé, tío. Yo también la quería, y me sentí desolada al saber que había fallecido, pero Alexander no tiene la culpa. ¡No es el culpable! —anunció ella buscando la mirada de su tío para persuadirlo.

Colin le apartó las manos y declaró:

—No descansaré hasta que no haya acabado con los MacLeod.

¿Había perdido la cabeza?

—Tío, sea razonable, se lo suplico. No puede lanzar a nuestro clan a una guerra que no tiene cabida. ¿Qué dirá el rey? ¿Lo ha pensado?

—Me da igual lo que piense o haga el rey, ¡soy el jefe de mi propio hogar! Y me da igual lo que *tú* pienses. —Se enfureció todavía más—. Tu marido va a venir a buscarte y estoy seguro de que no vendrá solo, que vendrá con su maldito hermano. ¡Los espero con ganas! —dijo mientras la miraba como un águila acechando su presa.

Mary dio un paso atrás.

—¡No cuente con ello! —respondió ella—. Craig no hará nada para recuperarme. Ha comprendido que me negaba a él y, conociéndolo, encontrará a otra mujer con quien satisfacer sus necesidades. Craig MacLeod es un mujeriego, como bien sabe.

—Cierto, pero eso no le ha impedido al rey ofrecerle tu mano —contestó con cierta sospecha.

—Le supliqué que no lo hiciera, pero tenía que compensarle por no casarlo con Annabelle.

—¿Por qué tú?

El corazón de Mary continuaba latiendo desbocado, pero como Colin parecía haberse calmado, recuperó la esperanza de hacerle entrar en razón.

—No lo sé, mi querido tío. —Agarró sus manos y le suplicó—: Se lo suplico, envíeme a mi hogar y deje de lado esta historia con los MacLeod. Se lo suplico. Mis hermanos podrían morir, igual que mi querido padre… No soportaría haber causado su pérdida. Creo que me quitaría la vida. Por favor, tío.

En cuanto creyó que iba a reflexionar y aceptar enviarla a casa, se escuchó un ruido en el pasillo. Ambos giraron la cabeza y el corazón de Mary dio un vuelco cuando vio a dos miembros del clan Kinkaid entrar en la sala en la que se encontraban, agarrando a rastras a un hombre, cuya cabeza colgaba de una forma miserable. Le caía sangre de la camisa igual que del *plaid*, que llevaba sobre sus hombros y que era de unos colores que reconocía.

Su corazón se detuvo.

¿Por qué se había dejado ver?

Estaba convencida de que se había dejado coger y que no había podido evitar provocar a los hombres, y estos lo habían golpeado.

Se incorporó al ver que su tío también había reconocido al hombre.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! Fíjate, sobrina, quién ha venido a recuperarte. Sin embargo, no te esperaba tan pronto, MacLeod. Me has alegrado el día.

Cuando Craig levantó la cabeza, una vez hubo recuperado algo de fuerzas, le sostuvo la mirada, llena de incertidumbre.

Ella parpadeó, pero se obligó a mirarlo con frialdad. Luego lo señaló con la mano.

—¿Cómo puede imaginar por un solo momento que me haya podido enamorar de este hombre, tío? ¡Mírelo! En realidad, me da pena —dijo intentando ignorar la incomprensión en los ojos de Craig.

Tras unos instantes, la incomprensión se convirtió en cólera cuando pronunció su nombre.

—Entonces, si me diera por matarlo ante tus ojos, ¿no te importaría?

Mary sintió que su corazón se rompía y se quedó sin aliento.

—Haga con él lo que quiera. Me da igual.

Colin hizo una señal con la cabeza a uno de sus hombres, que rápidamente cogió el cuchillo que tenía atado a su pierna y puso el filo contra la garganta de Craig. Este se incorporó, con una actitud desafiante ante los presentes.

—¡No se atreverá, Kinkaid! —masculló—. Mi hermano y el rey James vendrán a vengarme si me mata. ¡Mary es mía! El rey me la ha dado —dijo con la voz ronca—, y el matrimonio ha sido consumado.

—Eso no es lo que ella ha dicho. ¿Mary?

Su tío se giró hacia ella. Pero Mary no lo miraba; estaba ocupada sosteniendo la mirada de Craig.

—Miente, tío, y no hay ninguna prueba de lo que dice.

—Mary, ¿de qué hablas? —preguntó Craig visiblemente confundido.

Mary dio un paso hacia él.

—¡Me ha forzado a casarme con usted! Si el matrimonio ha sido consumado como bien dice, enséñenos la sábana.

Ella sabía que no podía, por la simple razón de que esa sábana, la única prueba de que había pasado la noche con Craig, estaba en su poder, guardada en su bolsa. Y, sin esa prueba, no podía reivindicarla.

—No puedo y lo sabes perfectamente.

Sí, lo sabía, puesto que en cuanto disfrutó de su cuerpo, había dejado la habitación, y con ella, a su mujer, sola y perdida.

—Tío, suéltelo y envíelo a su hogar —soltó ella con frialdad mientras ignoraba los ojos tristes de Craig en reacción a sus palabras.

Él sabía que no podía hacer nada para probarlo y que su suerte estaba sellada.

—¡No necesitamos nada de él! —añadió ella—. Olvidémonos de esta historia. Haré lo que quiera en cuanto sea libre. Me casaré con quien quiera —se embaló ella—. Obtendremos una alianza más grande, todavía más que la que había previsto con Maddie. Podríamos fijarnos en los MacDonald de las islas, o en los MacIntosh, o los MacKenzie. Podría traer fortuna y poder a nuestro clan, tío, es mi mayor deseo. Sabe que soy capaz y que muchos hombres estarían dispuestos a lo que fuera para tenerme en su cama. ¡Los MacLeod no valen nada! Podríamos conseguir fortunas.

Colin los observó.

Sus ojos inquisidores escudriñaron el mínimo gesto, en busca de cualquier reacción. Mary ignoró a Craig, pero sentía su mirada sobre ella. Una mirada insistente y pesada. Una mirada que acabó por incomodarla. Pero en ese momento no podía relajar la guardia; tenía que mostrarse fuerte o sus planes se irían al traste.

—Mary, no hagas eso —le suplicó Craig de repente con una voz tan triste que se le tensó el corazón.

Ella hundió sus iris en los de él.

—Haré lo que me parezca, ¡no le pertenezco!

Farfulló entre dientes y tiró de los brazos que lo mantenían prisionero.

—¡Eso ya lo veremos! —dijo mientras la ira lo invadía.

Mary se incorporó y gritó más aún:

—¡Ya está todo decidido! ¡No tiene ningún derecho sobre mí!

—¡Vosotros dos, calma! —gritó entonces Colin—. ¡Callad! Tu idea es excelente, Mary —continuó con una voz dulce girándose hacia ella, haciendo renacer la esperanza en su corazón—. Y…

Se detuvo un momento.

Mary esperó a que sus labios se movieran, y antes de hacerlo dibujaron una sonrisa diabólica.

—… ya lo he hecho antes que tú, puesto que te he prometido a un hombre —rio él—. Quien, efectivamente, está dispuesto a hacer lo que sea para tenerte.

Luego todo fue muy rápido: Colin, con voz firme, gritó: «Somerset». Somerset, quien entró por una de las pequeñas puertas situadas al lado. Somerset, quien había esperado su hora y quien se dirigía hacia ellos con paso lento y una sonrisa en los labios. Una sonrisa de satisfacción igual que la de Colin. Sus ojos revelaron tal duplicidad que Mary se estremeció. Y entonces lo comprendió: Somerset quería vengarse de Craig y usaba a su tío igual que Colin lo usaba a él.

Ella dio un paso atrás, con los dedos en los labios mientras Craig gritó a pleno pulmón que los mataría a los dos si osaban tocarla. Gritó y se resistió de tal forma que los Kinkaid tuvieron dificultades en contenerlo.

—¡Huye, Mary! ¡Vete! —se expuso—. ¡No te preocupes por mí, sálvate!

Pese a que sabía que él estaba perdido, solo pensaba en ella y en su seguridad.

Ella dio un paso atrás, pero sintió la presencia de unos hombres tras ella. Se detuvo, buscando una salida, pero, por desgracia, no había ninguna. Colin le había tendido una trampa desde el principio. Había admitido todo ese teatro, cuando en realidad ya había decidido su futuro.

¡Qué idiota había sido!

¡Nada había servido de nada!

—¡Haced que calle! —ordenó Colin mientras Craig seguía gritando con todas sus fuerzas. Vociferaba sin cesar que la dejaran tranquila—. ¡Y agarradla!

Mary gritó cuando los hombres de su clan se lanzaron sobre ella. La inmovilizaron e impidieron cualquier intento de huida. Luego se echó a llorar cuando vio que los que retenían a Craig lo lanzaban al suelo y empezaban a golpearlo. No podía hacer nada y suplicó para que se detuvieran, pero comprendió que no servía de nada. Al contrario, cuando más suplicaba, más disfrutaban Colin y Somerset al ver a Craig acurrucarse sobre sí mismo para protegerse de los golpes, que encajó sin un gemido. Mary supuso que habían querido que les implorara, pero él no lo haría. Era orgulloso y jamás le suplicaría nada a nadie, aunque su vida dependiera de ello. Ella temió que lo mataran. Fue un miedo tan atroz que le laceró el corazón y el alma.

Estaban perdidos…

Unas lágrimas invadieron sus ojos cuando Craig levantó su vista hacia ella, de forma que se arriesgaba a recibir golpes en pleno rostro. No dejó de mirarla mientras que los hombres se desahogaban con él. Su cuerpo se tensaba, patada tras patada y ya no buscaba protegerse. Como si aceptara su suerte y no quisiera luchar más. Sin duda para salvarla a ella. Pero ella no quería que la salvara. Ella quería que viviera. Aunque estuviera lejos, aunque tuviera que renunciar a él para siempre.

Craig gimió débilmente, pero no dejó de mirarla ni un solo segundo, y le sonrió tiernamente. Pero poco a poco ella vio sus ojos cerrarse. Estaba a las puertas de la muerte.

Finalmente cerró los ojos y, de repente, no reaccionó más.

Ya no era más que una forma desarticulada.

Tosió y le salió sangre de la nariz y de la boca.

Mary, horrorizada, se resistió con todas sus fuerzas mientras gritaba su nombre. Peleó y lo llamó una y otra vez. Gritó todavía más cuando, bajo la orden de su tío, los hombres lo levantaron y se llevaron su cuerpo inanimado. Ella gritó y gritó. La rabia comenzó a dejarla sin fuerzas, pero cuando los vio salir por la puerta con el hombre que amaba con toda su alma, se entregó al llanto y no reaccionó cuando Colin y Somerset se colocaron ante ella. Podían hacer lo que quisieran con ella, ya no le importaba. Pero sabía una cosa: si Craig moría, ella no tendría ninguna razón para vivir. Así que tendrían que empezar a saborear su victoria, puesto que duraría escasamente. Fuera lo que fuese que su tío le había prometido a Somerset, este último no lo disfrutaría durante mucho tiempo.

Levantó la cabeza y escupió a sus pies.

—¡Os maldigo a los dos! No sois más que unos sinvergüenzas, dos seres infames, ¡Y os castigarán! El rey os…

No pudo decir nada más; una bofetada de su tío la acalló y le hizo ver las estrellas.

Sin embargo, se incorporó; Craig los había desafiado y ella haría lo mismo.

—Craig es mil veces mejor que vosotros. ¡Nunca le llegaréis a la suela del zapato! Y él…

—¡Cállate! —gritó su tío—. ¡Sacadla de aquí!

Sus hombres obedecieron instantáneamente y la pusieron en pie.

—¡Me vas a obedecer! —bramó Somerset—. Si no, MacLeod morirá, ¿está claro?

Somerset le acarició la mejilla y ese contacto le repugnó.

Ella intentó escapar, pero tomó su rostro entre sus manos y la forzó a mirarlo.

—La vida de tu amante está en tus manos, querida. Si eres dócil, vivirá; si te me resistes, morirá. Es así de simple. Así que, ¿qué opción eliges?

Ese comentario la sacó de sus casillas. Mary le escupió en el rostro y se tensó, preparándose para sufrir las consecuencias de su gesto, pero Somerset se contentó con limpiarse la mejilla con una sonrisa maliciosa en los labios. Sabía que había ganado.

—Déjalo vivir —dijo ella, rendida—. Haré lo que digas.

Los dos hombres se sonrieron, manifiestamente satisfechos.

—¡Pero tengo una petición!

—Habla —ironizó su tío tras haberla mirado unos segundos.

—No habrá guerra. ¡Dejad a los MacLeod tranquilos! ¡Olvidad vuestra venganza!

Una risa malvada escapó de la garganta de Colin.

—¿Quién crees que eres para dictar ley? ¡No eres más que una mujer, Mary! ¡Una débil mujer! Y las mujeres no tienen nada que decir en los asuntos de los hombres ni en las historias de sus clanes.

Mary se incorporó orgullosa.

—He enviado una misiva al rey —declaró ella con toda la determinación y seguridad de la que fue capaz—. Si no tiene novedades mías en una semana, enviará tropas y te aniquilará, porque no puede soportar las guerras de los clanes que cuestionan su legitimidad y su poder. Quizá esté muerta para entonces, querido tío, pero tú serás declarado traidor a la corona y acabarás colgado.

Vio que sus palabras habían tenido cierto efecto, porque su tío se había quedado blanco.

—Está mintiendo, Kinkaid, ¡estoy seguro! —proclamó Somerset—. ¡No la escuches! Puedo poner al rey de nuestro lado. Somos parientes, me escuchará.

—Llevadla a una habitación y encerradla —ordenó su tío a sus hombres—. Ven, Somerset, tenemos cosas de las que hablar.

—¡No! ¡No, tío, no hagas eso! ¡Escúchame o te arrepentirás! —suplicó ella agónica.

Había fracasado.

Gritó de desesperación. Los dos hombres la ignoraron, le dieron la espalda y los hombres de Kinkaid condujeron a Mary al piso superior, donde la empujaron al interior de una estancia y cerraron la puerta. Escuchó la llave girar, pero no pudo evitar lanzarse contra la puerta pidiendo auxilio con los nervios al borde del colapso.

No supo durante cuánto tiempo golpeó la puerta, pero tras unos momentos, su voz se rompió y cayó al suelo para derramar todas las lágrimas que le cabían en el cuerpo.

Lo había intentado todo y había fracasado.

Por su culpa todo estaba perdido.

Lo había perdido todo.

20

Tras una violenta crisis de lágrimas, tras haber golpeado de nuevo la puerta para que alguien la dejara salir y tras haber llamado a su tío para exigir ver a Craig, Mary dio vueltas en su habitación, mientras intentaba buscar consuelo.

Craig todavía estaba vivo, lo sentía en su corazón, y continuaría viviendo.

Su tío y Somerset se lo habían confirmado. Era su modo de presionarla, y quizá la utilizasen para debilitarlo a él también, para llevarlo adonde deseaban. Pero Craig debía tener un plan. No podía haber ido solo y sin una solución que plantearle al *laird*. Definitivamente, le habría pedido a su hermano o al rey que vinieran a liberarlos si algo iba mal.

Así que tenía que ganar tiempo.

Tenía en su poder la sábana que probaba que el matrimonio había sido consumado. También guardaba en su saco el tratado que había firmado el rey James, que este le había dado a Craig y que ella había cogido por mañana. Lo había encontrado en el cofre que contenía sus efectos personales, donde ella estaba segura de que lo había guardado. Ahora tenía miedo de que su tío o Somerset lo cogieran y lo destruyeran para eliminar todas las pruebas de su unión con el *highlander*.

Si no había tratado, no había pruebas.

Tenía que conseguir que eso no sucediera.

Pero ¿cómo hacerlo?

Observó la habitación. No había velas encendidas, pero la claridad de la luna le permitía ver a la perfección.

Solo vio una única solución.

Se dirigió hasta la cama y se arrodilló ante ella. Sacó la sábana manchada de sangre y el tratado del rey, que puso sobre sus rodillas.

Levantó el catre y deslizó las pruebas debajo de él. Luego lo colocó de nuevo en su sitio. Se sentó encima, todavía temblando de rabia y desesperación, pero un poco aliviada por haber puesto a salvo lo que la vinculaba a Craig. Ya se ocuparía de recuperar sus preciosas pruebas cuando todo hubiera terminado. Afortunadamente para ella, su tío no había pensado en quitarle la bolsa, o estaría todavía en un peligro mayor.

Ahora solo tenía una idea en la cabeza: salvar a Craig.

Solo le importaba él.

Haría lo que esos dos malnacidos esperaban de ella. Aceptaría pertenecerle a Somerset —puesto que ella dudaba de que fuera capaz de exigírselo—. Así dejarían a Craig tranquilo; se lo habían prometido. Así que eso es exactamente lo que haría. Pero estaba decidida a poner las cosas difíciles antes de aceptar, o mejor dicho, intentaría alejarse de ellos tan pronto como pudiera. Su tío creía tratar con una mujer débil, pero se equivocaba: su amor por Craig le hacía capaz de todo y le daba las fuerzas necesarias. Estaba dispuesta a cualquier cosa por él, incluso a condenar su alma. Incluso a matar. Haría lo que fuera. Todo lo que estuviera en su poder para que siguiera con vida, aunque tuviera que dejar la suya.

Ella no sabía si la amenaza del rey haría reflexionar a su tío.

Había mentido, pero eso Colin Kinkaid lo ignoraba.

Tomó el cuchillo que tenía escondido en el fondo de su bolsa y se lo ató al muslo con una cinta de cuero. Así, si Somerset decidía abusar de ella, le clavaría la hoja en el corazón o en la garganta. ¡Podría hacerlo! Tenía el coraje. Le bastaría con mostrarse dócil y, en cuanto él la creyera dispuesta a ceder y se acercara a ella, lo mataría, ebrio de deseo e incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en sus piernas abiertas para él. Sería fácil de engañar. Había visto cómo la miraba; sabía que ardía de deseo por ella y estaba dispuesta a usar eso en su contra.

Se tumbó y, con los ojos fijos en el techo, dejó que cayeran las lágrimas.

Echaba terriblemente de menos a Craig y tenía la sensación de que le dolía todo el cuerpo. Un dolor implacable le atravesaba el pecho. Era como una herida abierta. Sí, estaba dispuesta a todo por ese hombre, incluso a renunciar a él para salvarle la vida. Estaba convencida de que nunca sería feliz si se lo arrebataban… Pensaría en él todos los días. Y todos los días se entristecería por no poder estar con él, por no poder ser suya. Viviría un verdadero infierno lejos de él, puesto que era lo que más amaba en el mundo.

Las lágrimas le quemaban la piel como un incendio a su paso. Vio la mirada de Craig clavada en la suya, una mirada cargada de ira, después de tristeza, y con toda la angustia del mundo, y se culpó por haberle hecho tanto daño al dejarlo creer que no lo quería. Pero tenía que engañar a su tío para que no lo usara, para que no le hiciera daño y no tuviera más pretextos para entrar en guerra contra los MacLeod, pero se había equivocado.

No había engañado a Colin ella imaginaba.

Le había permitido continuar hasta el final. Sin duda en esos momentos estaría riéndose junto a su nuevo aliado, otro infame detestable, de su misma calaña.

¿Habría comprendido Craig que estaba fingiendo?

Seguramente sí, porque luego la había mirado con tanto amor y ternura que su corazón se había roto en mil pedazos. Su gesto de amor, mezclado con tanto sufrimiento, le había dañado el alma. Y ella había resultado ser el origen de ese sufrimiento. A menos que no lo hubiera comprendido. Quizá por eso había renunciado a resistirse a los golpes. O quizá se había hecho el muerto para que los otros dejaran de golpearlo. Con Craig todo era posible. Era un guerrero valeroso: tenía recursos, era orgulloso y valiente, y rudo también.

Ese pensamiento le dio esperanzas.

Sí, Craig era valiente; los salvaría, confiaba en él. Encontraría una solución y la encontraría a ella. De eso estaba convencida. Si lo deseaba, daría con ella, aunque Somerset se la llevara a otra parte. Rezó con toda su alma para que la quisiera encontrar y no la abandonara a pesar de los tormentos por los que le había hecho pasar. Además, no sabía cómo evitar la guerra entre los dos clanes, y eso también le torturaba.

Dio vueltas en la cama una y otra vez, mientras dejaba que unos dolorosos pensamientos se apoderaran de su cabeza con tesón. Craig no salió ni un segundo de su mente. Pensaba en él y rezaba para que no sufriera demasiado. Recordó sus caricias, la dulzura de sus labios sobre su piel; sintió la mordedura del placer, el increíble placer de su miembro entrando en su cuerpo y el placer que iba y venía en ella. Un placer fulminante que le había hecho ver las estrellas.

Lo amaba tanto… Y lo echaba tanto de menos.

Cerró los ojos con más fuerza y se obligó a calmarse. Tenía que dormir. Tenía que estar en forma para luchar contra sus enemigos. Sí, su tío y Somerset eran desde ese momento sus enemigos, al igual que los de su tan querido esposo. Se encogió sobre su vientre, que le dolía

terriblemente de tanto que echaba de menos a Craig, y se acurrucó con la esperanza de reconfortarse. Se sentía tan sola y perdida, a diferencia de esa misma mañana, cuando se había creído valiente… Las lágrimas perlaron de nuevo sus pestañas. Cuando cayeron, Mary las secó con rabia con el dorso de la mano. Tenía que ser fuerte y continuar peleando. Por Craig, por su amor por él. Por los dos.

Nunca habría imaginado que era posible querer tanto a un hombre.

Pero así era. Craig formaba parte de ella. Se había entregado a él, pero necesitaba más. Aún lo había sentido demasiado poco.

Abrió de nuevo los ojos y saltó de la cama al escuchar pasos en el pasillo. Con las manos entrelazadas y apoyadas en el pecho, mientras sentía su corazón palpitar, esperó con los ojos habituados a la oscuridad, en la que tan solo irrumpía la luz de la luna. Su corazón dio un salto cuando la puerta se abrió y dio paso a Somerset. Su rostro abominable apareció en el halo de luz de la vela que llevaba en la mano. Estaba, como de costumbre, vestido con riqueza y llevaba una capa del mismo color que sus calzas, grises.

Era evidente que se había preparado para un viaje.

El corazón de Mary se aceleró cuando comprendió, por su determinación, que había venido a buscarla para llevársela con él.

—¡Prepara tus cosas! ¡Nos vamos!

Mary no lo cuestionó. No le serviría de nada saber adónde la llevaba. Estaría callada como una tumba mientras no la obligara a hablar y, con un poco de suerte, quizá se aburriese de su compañía y renunciase a ella.

Como se había prometido, no le facilitaría la tarea.

Ella le dio la espalda y pasó la correa de su bolsa por encima de su capa, que no se había quitado, puesto que no sabía qué harían con ella. Anudó su capa y sintió que un escalofrío la recorría entera. Luego hizo frente a Somerset con las manos en el pecho y la cabeza gacha, dispuesta a seguirlo. No haría preguntas; sin embargo, se cuestionó lo que ese traidor haría con ella y si volvería a ver a su tío antes de irse del hogar de los Kinkaid. Se preguntó de igual modo lo que pasaría cuando se hubiera ido.

¿Qué harían con Craig? ¿Lo mantendrían con vida?

Elevó la barbilla.

—Quiero ver a mi marido —pidió con voz tajante.

—¿Y por qué te habría de llevarte hasta él?

—Porque no puedes ser tan malvado y porque, si no lo haces, me cortaré las venas en cuanto halle el momento oportuno. Y mi tío te culpará por haberle quitado el único modo que tenía de vengarse de los MacLeod.

Somerset la sorprendió estallando de risa.

—¡Buen intento! Eres más inteligente de lo que parece. ¿Por qué quieres verlo?

—Para decirle adiós. Para decirle que he renunciado a él para seguirte.

—¿Me prometes que serás dócil después de conducirte hasta él?

—Sí, mi señor, te lo prometo —respondió ella con voz dulce para apaciguar la desconfianza.

Tenía que confiar en ella. Debía creerla sumisa y resignada.

Somerset era inglés. No era un guerrero como los *highlander*s. No era un jinete valiente. Mary se había dado cuenta cuando combatió contra Craig en la corte, el día de su llegada. Era bastante pretencioso y la suntuosidad de su apariencia y su elegancia debían de haberle importado más que sus cualidades como espadachín. No era demasiado inteligente, y le parecía un cretino y algo

cobarde. En cualquier caso, no parecía ser un buen estratega. Solo era exigente, y definitivamente mentiroso y envidioso, incluso algo cruel. Y, cierto, su crueldad representaba para ella una verdadera amenaza. Mary supuso que estaba dispuesto a mucho si no obtenía lo que deseaba, incluso a usar medios oscuros y poco caballerosos, como acababa de hacer al aliarse con Colin y al apartarla de su marido legítimo. Algo que no comprendía era por qué su tío había aceptado el dinero de ese inglés. Sabía que tenía más que suficiente… O quizá no era el caso. Una guerra era cara, y seguramente temía no poder rivalizar con las riquezas de las que disponía Alexander tras su matrimonio con Elizabeth MacDonald.

¡Tenía miedo de que arrasaran con su clan por falta de medios!

Sí, por ello la había vendido a ese sucio traidor de Somerset. Porque tenía miedo de los MacLeod, y así se sentía más capaz de enfrentarse a ellos.

—¡Sígueme! —le dijo Somerset tras haberla contemplado.

Le dio la espalda y ella lo siguió sin mediar palabra, mientras contenía una sonrisa.

Aparentemente, no sería tan complicado convencerlo. Había dado en el clavo con él. A ese hombre solo le interesaba él mismo y no era capaz de ver más allá.

Cuando Somerset hizo abrir la puerta de la celda en la que se encontraba Craig, en los bajos fondos del hogar Kinkaid, Mary se contuvo para no correr hasta la cama en la que se encontraba tumbado y en la que parecía dormir. El repiqueteo de las llaves no lo había despertado; estaba totalmente inerte.

Se acercó lentamente, intentando fingir desinterés.

No quería darle pena a Somerset ni que disfrutara viéndola triste o abatida. Tenía que mostrarse fuerte ante él y, sobre todo, ser más fuerte que él, o la pisotearía. No podía mostrar debilidad. Sin embargo, sabía que Craig era una de ellas, puesto que había decidido utilizarlo para conseguir lo que quería de ella y vengarse de ellos. Sin duda, no le había perdonado que lo rechazara ni que Craig le hubiera dado un puñetazo. Él también había planeado su venganza desde el inicio.

Se arrodilló ante la cama y lo escondió de la mirada de Somerset.

Su visión la estremeció. Fue horrible. La sangre sobre su rostro se había secado y estaba irreconocible. Era evidente que los hombres de su tío habían continuado golpeándolo tras haberse desmayado y habían enfocado su ira en su rostro.

¡Qué panda de alimañas!

Esos hombres no eran verdaderos soldados. Eran cobardes y no eran dignos de ser de las *Highlands*. Los verdaderos *highlander*s no se abalanzaban sobre alguien indefenso, ni siquiera sobre nadie de un clan rival. Los verdaderos *highlander*s tenían sentido del honor. Pero en el caso de los hombres de Colin, eran así porque su *laird* era un ser despreciable, algo de lo que no se había dado cuenta hasta que la había usado para atrapar a Craig. Su padre habría sido mejor *laird* que Colin.

Apartó el pelo de Craig de su frente con los dedos temblorosos. Sus rizos tan sedosos y agradables al tacto estaban llenos de sangre. Intentó contener su llanto al contemplar su magnífico rostro destrozado, sus párpados hinchados, su mejilla izquierda reventada, sus labios fisurados y magullados y llenos de sangre seca. No pudo evitar que las lágrimas cayeran al notar su piel terriblemente caliente. Rezó con toda su alma para que no contrajera una fiebre. Sentía su dolor y deseaba quitarle parte de ese sufrimiento. En lugar de eso, iba a abandonarlo. No tenía elección, pero el resultado era el mismo, y tener que dejarlo atrás la estaba destrozando por dentro.

Sintió a Somerset en su espalda, que no debía de estarse perdiendo el espectáculo.

Acarició la cara y el pelo de Craig con las yemas de los dedos y se inclinó hacia su oreja para susurrarle:

—Nos volveremos a encontrar, mi amor. Te quiero y te pertenezco. A ti y solo a ti. Siempre te querré. Hasta mi último aliento.

Reprimió de nuevo un sollozo.

No sabía si lo escuchaba, pero tenía la necesidad de decirle que lo quería más que a nada y que sería suya para toda la eternidad. Tuvo la sensación de que sus párpados temblaban.

—No sé dónde me lleva Somerset. Quizá a Inglaterra, a su hogar —susurró de nuevo—. Intentaré escapar.

No sabía cómo ni si lo conseguiría, pero lo intentaría. Intentaría esquivar su compañía hasta su último aliento.

Besó sus labios con suavidad, mientras cerraba los ojos con fuerza para no dejarse invadir por la pena. Habría querido que él abriera los suyos y que le dijera algunas palabras y le habría gustado decirle adiós. Pero sin duda era mejor así. Mejor no hacerse más daño.

Iba a levantarse cuando Craig la agarró de la mano.

—Yo… te… encontraré… —murmuró con dificultad—. Yo… también… te quiero. Más… que… a nada.

Vio cómo sus párpados temblaban de nuevo cuando él intentó abrirlos, aun sabiendo que podía despertar el dolor de sus heridas, y eso le rompió el corazón. Sin poder contenerse e ignorando a Somerset, que la llamaba, Mary se abalanzó sobre Craig entre lágrimas. Le besó el rostro y le suplicó que no se torturara más intentando abrir los ojos.

Agarrada a su mano, le juró que le sería fiel y que lo amaría todos los días.

Resistió con fuerza cuando Somerset pasó una mano por su vientre para llevársela lejos de Craig, sin miramientos. Se resistió y gritó, pero Somerset la levantó del suelo. Sus dedos se deslizaron lejos de los de su amado y, finalmente, dejó de sentirlos. Somerset los había separado. Gritó con los brazos estirados hacia Craig, llorando con desesperación. No podía controlar sus emociones; sentía demasiado dolor. Gritó más veces el nombre de su marido cuando vio que intentaba levantarse y cuando este clamó su nombre.

Su corazón se rompió en mil pedazos cuando, haciendo uso de la fuerza, Somerset se la llevó. En cuanto cruzaron la puerta de la celda, la lanzó a los brazos de uno de sus guardias y le dio a este la orden de acallarla mientras otro hombre cerraba la celda tras ellos. El que la retenía acató el mandato y le propinó un puñetazo en la barbilla.

Y entonces todo se volvió negro.

21

Craig gimió al sentir que unas manos lo sacudían y escuchó una voz a través de la niebla que cubría sus ojos. Sabía que alguien le hablaba, pero fue incapaz de reaccionar. Le costaba ordenar las ideas, su cabeza estaba a punto de estallar y tenía tanto calor como frío. Los dientes le castañeaban y era incapaz de contener un escalofrío tras otro. Intentó aclarar su memoria mientras unos brazos lo levantaban.

Se puso tenso, a la espera de unos golpes que no llegaron y se permitió exhalar un suspiro.

Retomó el aliento para intentar pronunciar el único nombre que sus labios buscaban pronunciar a toda costa: el de su mujer, Mary. Pero de eso tampoco fue capaz. Se acordaba de pocas cosas, pero sabía que la había visto. Sintió los labios de su amada en su rostro y sus lágrimas mojarle la piel. Luego la había parecido escuchar las palabras que había murmurado en su oreja: Somerset, ese traidor, pretendía llevarla lejos de él y ella había venido para decirle adiós.

Se levantó y gritó:

—¡Mary!

—Tranquilo, hermano —le dijo Alexander agarrándolo por los hombros—. Cálmate. Te llevo a casa.

Se resistió, pero Alexander le prometió contarle todo cuando llegaran a Helen Hall y le pidió que se dejara hacer. Se calmó y fue vagamente consciente de que lo cubría con una manta, lo ataban a una cama hecha con ramas y que, a su vez, ataban esta a unos caballos. Luego escuchó a su hermano dar la orden de partir y su cama improvisada cayó al suelo, lo que hirió aún más sus huesos doloridos. Su cuerpo sufría, pero no era nada en comparación a lo que sentía en su alma cuando pensaba en Mary. Tenía miedo por ella. No estaba a la altura para luchar contra Somerset. Tenía que darse prisa… Tenía que salvarla… La necesitaba.

Se inquietó mientras las preguntas le invadían la mente: ¿dónde estaba? ¿Y Kinkaid? ¿Habría derrotado Alexander al clan? ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Dos días? ¿Tres? Después de que Mary lo visitara, ¿Colin habría venido a torturarlo? No se acordaba. Sin duda, se había preparado para la guerra y lo había dejado pudrirse en la celda y contraer una terrible fiebre. De pronto notó un calor intenso y se sintió tan mal que el sudor le inundó la frente. Apretó los dientes. Se mantendría firme, por ella. Por Mary. Tenía que darse prisa si quería recuperar las fuerzas para ir a salvarla. Tuvo la mala sensación de que llegaba demasiado tarde. ¿Cómo lo haría para apartar a Somerset si la quería poseer? Era un hombre y ella una mujer. Era más fuerte que ella.

Su cabeza estaba tan perjudicada que su aliento se aceleró, su corazón empezó a latir más deprisa y, de repente, vio unas pequeñas luces centelleantes que, aun con los ojos cerrados, pretendían llevárselo, y perdió una vez más el conocimiento.

Cuando despertó estaba en su cama, en su habitación. Reconocía el olor, pero también sentía uno distinto que emanaba de su cuerpo. Le pareció que la fiebre le había bajado. Sin duda, Katel, su curandera, había hecho milagros haciéndole beber pociones de plantas cuyos secretos no eran

para ella ningún misterio. También le habría cubierto el cuerpo con ungüentos. Esa chica era una bendición. Era una pena que no hubiera querido casarse con Ewen, su hermano habría sido feliz con ella. Era dulce, paciente y bonita… Bonita, pero menos que Mary.

Se incorporó.

Mary…

Intentó abrir los ojos y lo consiguió. Apenas estaban hinchados. Todavía le dolía todo, pero era soportable. Una pequeña molestia nunca lo había detenido. Además, tenía hambre. Un hambre voraz.

Puso los pies en el suelo.

Le daba vueltas la cabeza, pero se mantuvo en pie.

Tenía que ver a su hermano e ir en busca de Mary. Esperaba que Alexander supiera dónde se encontraba.

Quizá ella estuviese ahí… Su corazón se aceleró ante esa idea.

Se puso el *kilt*, la camisa por dentro y las botas, que descansaban en el suelo, ignorando el sudor que caía por su espalda. Contuvo una mueca de dolor al descubrirse todavía tan débil, pero ¡qué importaba! Tendría que ir así.

Se levantó, se puso firme y salió de la habitación para ir directamente al despacho de Alexander. La puerta estaba abierta, así que se acercó y constató que su hermano estaba ahí, sentado en una silla.

No perdió un segundo y entró.

Si fuera por él, ya habría ido en busca de Mary, pero no sabía por dónde empezar. Esperaba que Alexander lo supiera.

Su hermano alzó la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Siéntate, hermano. Me alegro de verte en forma.

Craig se pasó las manos por el rostro para apartar los últimos vestigios de la niebla que le nublaba la mirada.

—Supongo que se lo debo a Katel. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Tres días.

Dios mío… ¿Tanto?

—¿Sabes dónde está Mary? —preguntó enseguida.

—Por desgracia, no.

Craig se puso de pie.

—Entonces, ¿a qué esperamos? ¡Tenemos que encontrarla!

Alexander le indicó que se sentara de nuevo.

—¿No quieres saberlo?

—Claro, pero…

—Sus hermanos han ido en su búsqueda —lo interrumpió mientras le señalaba de nuevo el asiento y este obedeció—. No podemos hacer más.

No pudo evitar moverse con inquietud en el asiento.

—Cálmate y deja que te explique.

Craig le hizo un gesto impaciente con la mano y lo invitó a continuar.

—Cuando vi que no volverías, envié una misiva al rey en la que le contaba todo lo sucedido. Luego fui a buscar al padre de Mary, que no estaba al corriente de nada. Estuvimos de acuerdo en que Colin se había vuelto loco con esa historia de venganza contra mí y que su comportamiento era cada vez más inmanejable.

Ya puedes imaginar que al padre de Mary no le gustó que utilizara a su hija para traicionarnos y se alió con nosotros. Y, junto con sus hijos y algunos hombres más, nos ayudaron a entrar a la fortaleza de los Kinkaid y a liberarte.

—¿Y Colin? —se estremeció.

Habría querido arrancarle la piel a tiras él mismo por haber usado a Mary y por haber hecho que sus esbirros lo golpearan.

—¡Muerto!

—¿Perdón?

—Lo has escuchado bien, hermano.

—¿Cómo?

—Colin atacó a su propio hermano y lo habría matado de no ser porque uno de los hermanos de Mary, Jamie, lo atravesó con la espada.

Craig respiró un poco mejor, pero seguía impaciente.

—¡Bien hecho! ¡No lo echaré de menos!

—¡Yo tampoco! El padre de Mary ha tomado el lugar del *laird*. Es alguien de carácter mesurado. Y todo ha vuelto a la normalidad.

Todo no…

—¿Y Mary?

—Seguramente de camino a Inglaterra.

Craig se puso en pie de nuevo, sin poder creérselo.

—¿Quieres decir que no hemos tenido noticias de ella en todo este tiempo? ¿No sabes si los han atrapado?

—Todavía no; es demasiado pronto.

—Soy su marido, tengo que ir a buscarla.

—Estabas inconsciente en la cama, Craig. He avisado al rey. Debe de haber enviado emisarios a las fronteras.

La frontera entre Escocia e Inglaterra era un territorio inmenso, y Somerset podía cruzar por cualquier lado. Ignoraba dónde se encontraban sus tierras.

—Voy a ir y no me vas a detener.

—No tenía intención de hacerlo. Tu caballo está listo: te está esperando.

Craig se dirigió a la salida, pero en el último momento se detuvo y se giró.

—¡Gracias, hermano!

Alexander hizo un vago movimiento con la mano.

—De nada. ¡Buena suerte!

Craig asintió con agradecimiento.

Minutos más tarde, emprendía su marcha hacia el sur de Escocia con los dos miembros de su clan que había hecho el viaje hacia Holyrood con él y Mary. Esperaba que fuera la última vez que dejaba su clan y que pronto, muy pronto, pudiera encontrar a su mujer. Aunque ignoraba por dónde comenzar a buscar y si conseguiría encontrar alguna pista. Solo podía esperar que sus hermanos los interceptaran antes de que Somerset pasara la frontera. No se veía entrando en Inglaterra como un ladrón; pero si tenía que hacerlo, lo haría. Somerset y Mary habían salido de las tierras de los Kinkaid hacía tres días, pero como estaban un poco más al norte, solo le llevaban una ventaja de dos días a caballo. Si se daba prisa, podría alcanzarlos en la frontera.

Mientras cabalgaba lo más rápido posible, reflexionó: era lógico que Somerset fuera hacia tierras inglesas. El rey lo había apartado de la corte por lo que le había hecho a Mary, y lo había

escogido a él para desposarla cuando era él quien se lo había pedido y, a cambio, le había jurado serle fiel. El rey James estaba de su lado, y Somerset contravenía la ley al llevarse a Mary sin tener ningún derecho sobre ella. Y, por ese acto infame, tendría que responder.

***

Hacía cuatro días que habían dejado la fortaleza de los Kinkaid y Mary hacía todo lo que podía para ralentizar el ritmo. Cuando no se quejaba del vientre, decía que le dolía la cabeza o que tenía hambre o frío, o que estaba cansada y, entonces, ralentizaba su montura para ir al paso. Tenía miedo de que Somerset perdiera la paciencia y la pusiera sobre su propia silla para ir más rápido, pero no hizo nada, para su gran alivio. Se contentaba con escucharla, con responder al menor de sus deseos, y parecía cada vez más preocupado. En realidad, tenía la impresión de que hacía lo que podía para serle agradable, algo que, tenía que reconocer, le sorprendía enormemente después de lo que había pasado en casa de su tío y de la crueldad con la que la había tratado. Estaba perdida, pero seguía con su estratagema. También hacía todo lo posible para hacerse notar y, cuando se cruzaban algunos paisanos, les hablaba de sus plantaciones, les hacía preguntas y conseguía susurrarles su nombre. Cuando Somerset se alejaba y relajaba la vigilancia, contaba que la habían separado de su marido, Craig MacLeod. Si Craig pasara por ahí —cosa que era probable, dado que solo había un camino que cruzaba Escocia de norte a sur— y hacía preguntas, escucharía, con suerte, hablar de ella. En cualquier caso, era lo que esperaba. El resto del tiempo jugaba molestar a quien la apresaba. Pese a que había decidido no hablar, a veces hacía lo contrario para sacar de quicio a Somerset. En ocasiones, además, conseguía que este pusiera los ojos en blanco o suspirase de cansancio, lo que le causaba una gran satisfacción a Mary, quien disimulaba una sonrisa. Lo exasperaba y, mientras decía tonterías, buscaba la manera de esquivarlo.

Esa mañana decidió no levantarse.

La noche anterior, igual que las demás, se habían detenido en una taberna, puesto que Somerset se negaba a dormir al raso, ya que tenía los medios para pagar por las camas. Como todas las noches, había pedido dos habitaciones y había hecho que le llevaran la cena a la suya. Mary se negaba a compartir la cena con él. A decir verdad, se preguntaba por qué quería que estuviera tanto a su lado si no era para intentar acostarse con ella. No es que se quejara; al contrario; pero como su plan era esperar a un paso en falso para clavarle un cuchillo y huir e ir en busca de Craig, se devanaba los sesos con impaciencia.

¿Podría ser que solo hubiera querido vengarse de Craig porque lo había ridiculizado, pero en realidad ella no le interesase lo más mínimo? ¿Y si su tío lo había manipulado?

Cuando el guardia abrió la puerta de su habitación, se sorprendió al encontrarla todavía en la cama.

—Estoy enferma. Ve a buscar a tu señor —ordenó.

Minutos más tarde, Somerset llegó lleno la preocupación.

Se cubrió con las sábanas hasta debajo de la nariz y susurró:

—Tengo fiebre. ¡Déjame aquí! Así solo demoraré vuestra llegada.

Él abrió los ojos.

—Pero ¿de qué hablas?

—Me has secuestrado, Somerset… —respondió ella con una voz débil tras haber soltado una tos seca—. Cuando el rey lo sepa, enviará emisarios para encontrarte y te colgará. En Escocia

está prohibido llevarse a la mujer de otro. Y, si no me equivoco, seguimos en Escocia.

Le pareció que el rostro de su captor se ponía blanco.

—¿Lo dices en serio?

—¿No lo sabías? —preguntó ella con suavidad—. No sé cómo será en Inglaterra, pero aquí es así.

Estuvo tentada de mofarse de él, pero se contuvo.

No ganaría nada enfadándolo.

—No nos podemos quedar aquí ni un minuto más —dijo tras haber reflexionado durante unos minutos—. ¡Levántate!

Mary se llevó la mano a la frente y gimió:

—No creo que hoy pueda mantenerme en la silla, estoy demasiado enferma.

Somerset se acercó a la cama y ella se apartó cuando le tocó la frente.

—Es verdad, estás caliente y tienes un brillo extraño en los ojos.

—Quizá he cogido esa maldita enfermedad que se transmite con tanta facilidad y que mata a la gente en pocas horas.

Se incorporó y abrió los ojos con terror.

—¡Voy a morir! —se lamentó ella—. ¡Y tú también! Porque te has acercado demasiado a mí. Dios, ¡sálvanos! —gimió con los ojos en blanco, contenta de ver que Somerset retrocedía asustado.

El muy cobarde…

—Bien, te dejo —declaró él mientras le evitaba la mirada—. Yo… intentaré encontrar un carro en el que instalarte.

Maldita sea. No había previsto eso…

—¡Me voy a moriiir! —gimió una vez más, mientras se dejaba caer sobre la almohada con los brazos en cruz—. ¡Por favor, nooo!

Se incorporó en cuanto escuchó que se cerraba la puerta y apartó las sábanas hacia abajo. ¡Por fin! Se estaba asfixiando de calor con tanta ropa puesta. Se había puesto varias capas de ropa, incluida su capa, para hacerle creer que tenía fiebre. No perdió ni un segundo y se quitó los vestidos para dejarse solo uno y la capa. Como uno de los hombres vigilaba constantemente la puerta de su habitación, decidió bajar por la ventana que daba a la calle. Estaba en un primer piso; podría saltar, aunque fuese rezando para no romperse nada. Se pasó la cinta de su bolsa por encima y empujó la cortina que tapaba el agujero en la pared. Se topó de pleno con el frío y la humedad de la mañana, pero un viento de libertad le acarició la piel. Pasó la cabeza por el agujero y calculó la distancia al suelo.

¡Tendría que apañárselas con lo que tenía!

El agujero no era grande, pero ella era delgada, por lo que podría pasar. Pero no supo cómo hacerlo. Tenía que sacar primero las piernas. Cogió una silla y la acercó a la oquedad. Luego apoyó las manos y el trasero para sacar una pierna y luego la otra. Se dejó caer ligeramente y se agarró con las dos manos al agujero antes de mirar a los lados para asegurarse de que tenía vía libre y dejarse caer al suelo. Aterrizó sobre sus pies, sin hacerse daño, y soltó un suspiro de alivio.

Lo había conseguido. Sin embargo, aún le quedaba mucho por delante. Mientras trazaba su plan la noche anterior, había decidido ir a un relevo de caballos para encontrar una montura y dirigirse a Inverness. De allí, iría a Helen Hall. Todavía tenía la moneda de oro que le había dado su padre cuando había partido hacia Holyrood y que había escondido en el dobladillo del vestido

que llevaba. Eso debería ser más que suficiente. Se puso la capucha para disimular su pelo rojizo y huyó por las calles, rezando para no encontrarse con nadie, pero la gente con la que se cruzaba no le prestaban atención. Pidió direcciones a un hombre y retomó su camino sin decir nada más. Llegó ante una taberna que también funcionaba como relevo de caballos.

Entró y exigió un rocín. Tenía que salir rápido de la ciudad si no quería que la vieran. Si pudiera encontrar un convoy de viajeros en el que meterse, sería ideal. Sin duda encontraría a alguien en el camino. Pagó por el animal, cogió el cambio, subió a su grupa y huyó en dirección a las puertas del pueblo con la capucha aún puesta, haciendo lo posible para que no se le cayera y sin mirar a su alrededor. Somerset no se atrevería a buscarla; estaba en su hogar, no en el de él. Le gritaría a quien quisiera escucharla que la había secuestrado. No podía probar nada, pero sin duda sería suficiente para que él se asustara.

En cuanto cruzó las puertas, se alejó al galope.

22

Cabalgó durante varias horas, sola y sin conocer muy bien el camino. Pero cuando se encontró con un grupo de viajeros que iban a pie, bajó del caballo, lo cogió por la brida y e intentó confundirse entre ellos, como se había prometido. Ahí pudo respirar y relajarse. Poco a poco sintió la espalda menos agarrotada, y el dolor aminoró. Además, estaba contenta de caminar después de haber pasado horas y horas a caballo. Había hablado un poco con una mujer joven que caminaba cerca de ella, Brit, que iba a buscar trabajo a Inverness, pero después de unos minutos se quedaron en silencio, absortas en sus propios pensamientos. Se alegró de recorrer el camino con ella; así no estaría sola. Tardaría un tiempo, pero al menos, al juntarse con otras personas, tenía más posibilidades de mantenerse sana y salva. Aunque sus hermanos le habían enseñado a matar a un hombre, tanto de frente como de espaldas, no tenía ningún interés en pasar a la acción a menos que fuera con Somerset, a quien había soñado con matar a cada minuto que había pasado a su lado.

Cuando vio a lo lejos a unos jinetes que venían en su dirección y reconoció el tartán de los Kinkaid, se recolocó la capucha sobre el rostro y se agazapó para esconderse tras su caballo y, como los demás, se apartó al borde del camino para cederles el paso. Eran cuatro. Dos delante y dos detrás. Cuando hubieron pasado de largo sin ni siquiera saludarlos, Mary no pudo evitar levantar su nariz y girarse en su dirección. Entonces se dio cuenta que uno de los hombres de atrás llevaba los colores de los MacLeod. Se dirigió al centro del camino con el corazón latiendo desbocado.

Podría ser que…

El hombre era de una buena estatura, buen jinete, moreno y con rizos, que volaban al viento. Sin poder esperar más, se puso las manos a ambos lados de la boca y gritó el nombre de su marido, pero su voz se perdió en el aire. Escuchando su corazón, Mary subió sobre el lomo de su montura y la puso al galope mientras seguía gritando el nombre de Craig. Pero él no la oía. Pegado al cuello de su montura, sus acompañantes y él iban veloces como el viento. Apremiaban a sus caballos con tanta fuerza que pronto estarían lejos de su voz y su visión.

¡No! ¡Tenía que saberlo!

Se pegó más a su montura y la acicateó todavía más. No tenía fuerzas para gritar, pero en algún momento se detendrían, ¿no? Cuando comprendió que no lo harían hasta llegar al pueblo que habían dejado, se desesperó. Esa era su suerte. Esperó que Somerset se hubiera ido a sus tierras y que no se hubiera lanzado en su búsqueda. Si ese era el caso, se cruzaría a los Kinkaid antes que con ella. Igual que al que parecía Craig por la espalda. Pero si era Craig, ¿qué hacía con los Kinkaid?

Toda esta historia era una locura…

Cabalgó así varias horas, siguiendo la nube de polvo que los caballos dejaban delante de ella. Cuando al fin ralentizaron el paso, fue para cruzar las puertas de la pequeña ciudad, que ella acababa de dejar hacía pocas horas.

No estaba tranquila, puesto que en cualquier momento podría cruzarse con el vil inglés y sus

guardias.

Siguió a los Kinkaid desde la distancia.

Mientras no viera sus rostros, no haría nada. En realidad, no sabía qué pensar. ¿Qué hacían allí? No podían estar buscándola: no tenía ningún sentido. Hablaron entre ellos durante varios segundos y luego se separaron. Mary siguió al que llevaba los colores de los MacLeod a distancia razonable. Cuando entró a un callejón, ella lo siguió. Miraba por todas partes y a veces paraba para hablar con algunas personas. Era evidente que buscaba a alguien. Se acercó más aún. Su corazón dio un vuelco cuando un hombre apareció al final del callejón. Sorprendido al ver un jinete, el hombre se agazapó en la puerta de una casa y esperó a que el MacLeod llegara hasta él. Este último no lo había visto y avanzó. Pronto estaría sobre él. En el momento en el que el hombre salió de su escondite, Mary lo reconoció.

Somerset…

Gritó el nombre de Craig quien, sorprendido, se giró sobre su silla. Era él. Gritó para advertirle, pero fue demasiado tarde: Somerset ya se había acercado para agarrarlo por el *plaid* y tirarlo al suelo. Sacó su espada y se dispuso a atravesar con ella el cuerpo de su marido mientras Mary se acercaba a ellos. Hizo que su caballo levantara las patas delanteras, que golpearon a Somerset en el pecho. El inglés perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Craig se levantó rápidamente y se abalanzó sobre Somerset. En vez de matarlo, como ella esperaba, le dio un puñetazo tras otro en pleno rostro, mientras vociferaba: «¡No vuelvas a acercarte a mi mujer nunca más, o te juro que haré que te cuelguen!».

La sangre empezó a brotar y pronto la cabeza de Somerset dejó de estar erguida y se agachó, víctima del dolor. Entonces Craig lo agarró de los brazos y lo lanzó contra la pared, donde lo abandonó.

Luego, se dirigió hacia ella.

Mary saltó de su caballo y se lanzó contra su pecho.

Cuando sintió que la rodeaba con los brazos, pasó los suyos alrededor de su cintura y cerró los ojos.

—¡No vuelvas a hacerme esto! —dijo Craig, disgustado.

Levantó la cabeza e hizo frente a la ira que ensombrecía la mirada de su marido. ¿Era ella la causa o era porque acababa de golpear a un hombre hasta casi matarlo?

—Te lo prometo —respondió ella, con la voz quebrada por la emoción—. Perdóname… Quería ayudar.

Ella los había puesto en peligro y se culpaba con toda su alma. Por su culpa, habían golpeado a Craig casi hasta morir.

Le tocó su rostro con las yemas de los dedos.

—No te desobedeceré nunca más… Perdóname —repitió—. Tenía que hacer algo, ¿lo entiendes?

—Lo sé, pero tendrías que haber dejado que yo me encargara. Era mi deber, Mary, mi responsabilidad.

Ella se retorció y se impuso:

—Yo también tengo el derecho a proteger a mi familia. Tengo el derecho y la obligación, ¡aunque sea una mujer!

Con los ojos ligeramente llorosos, Craig le agarró la nuca y apretó su frente contra la suya. El corazón de Mary latía con fuerza contra sus costillas. No iban a discutir ahora que se acababan de encontrar, ¿no? No quería que Craig estuviera enfadado con ella. Tenía que perdonarla y

comprenderla.

—Lo siento. Siento todo lo que he hecho… —expresó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Y, de repente, Craig tomó sus labios y le dio un beso furioso. Un gemido endeble salió de su pecho. El beso se hizo más apasionado cuando sus cuerpos se apretaron.

—Tenía tanto miedo de perderte… Si supieras… —murmuró contra sus labios.

Al final había vuelto; no la debía de culpar tanto…

—¿Cómo has escapado?

Mary echó un vistazo al cuerpo de Somerset no muy lejos de ellos. Ese hombre le había hecho daño y había obtenido lo que merecía. ¡Ojo por ojo! Así funcionaba en las *Highlands*, y estaba de acuerdo con eso. Craig no lo había matado, solo le había dado una lección para que nunca intentara llevársela de nuevo, ni a ella ni a otro miembro de su familia. Supuso que Somerset, tras eso, volvería a su hogar con el rabo entre las piernas y que nunca más oiría hablar de él.

Puso los dedos sobre los labios de su marido.

—Después, mi amor. Ahora solo quiero que me beses y que me lleves a casa.

Y entonces Craig la besó, lo que encendió una vez más la llama entre dos cuerpos que solo podía apagarse de un modo concreto. Pero para eso deberían esperar a estar solos.

Una hora más tarde Mary cabalgaba delante de Craig, sobre el mismo caballo, después de que hubiera devuelto el suyo y se dirigían al centro del pueblo, donde Craig tenía que encontrarse con los otros caballeros, que resultaron ser sus hermanos. Su corazón dio un vuelco cuando los vio. Gritó sus nombres y todos le dieron la bienvenida. Se le escaparon algunas lágrimas. Ellos también habían querido salvarla. Habían partido en su búsqueda desde que la calma había vuelto a la fortaleza Kinkaid y Craig se había unido a ellos en el camino.

¡Y ella había escapado sin su ayuda!

Una vez en Inglaterra, solo Dios sabía lo que ese loco habría hecho con ella. Era mejor no pensar en el tema; no llevaría a nada. Había encontrado a su marido y eso era todo lo que importaba. Tras haber comido algo en una taberna donde le contaron el fin de Colin y el acceso de su padre al título del *laird* del clan Kinkaid, sus hermanos partieron, dejándolos solos.

Craig iba al paso; no tenía prisa por volver a su hogar ahora que todo estaba bien.

¡Al fin! O eso esperaba ella.

Se pegó a su marido y este la rodeó con un brazo mientras sostenía las riendas con el otro.

—¿Crees que esta vez Somerset se estará quieto?

—Sí, creo que lo ha entendido. Si vuelve a Escocia, haré que lo cuelguen.

Ella alzó los ojos hacia él.

—Lo siento muchísimo, mi amor, por todo lo que he dicho. Te he debido de causar un dolor insoportable.

—Reconozco que al principio no sabía qué pensar, pero luego lo entendí, y ya no dudé de tu amor. Lo que hiciste fue muy valiente… Estúpido pero valiente.

—Quizá, pero no funcionó y te pegaron por mi culpa.

—He sobrevivido —murmuró él con esa voz grave que tanto le gustaba. Le besó el pelo—. Me hubiera sometido a cosas mil veces peores por ti, Mary. Te quiero.

Su corazón dio un vuelco.

—Yo también te quiero —murmuró ella a su vez—. ¡Pero me culpo!

Le dio un beso dulce y liviano en los labios.

—¡Olvídate de eso! Estamos vivos y todo se ha solucionado.

—¿No me culpas, entonces? —insistió ella con una mueca.

—No, Mary, no te culpo. Pero no vuelvas a hacer una idiotez así nunca más, o la próxima vez te juro que te azotaré por haberme desobedecido.

Mary tragó con dificultad.

—¿Estás de broma? Ni siquiera mi padre me ha levantado jamás la mano.

Ella colocó los dedos sobre los labios de Craig antes de que abriera la boca.

—Y no digas que debería haberlo hecho, porque te juro que me bajo del caballo, y tendrás que buscarte otra esposa.

Craig estalló en una carcajada, tomó su rostro entre sus manos y la besó apasionadamente.

—Sí, es exactamente lo que iba a decir —reconoció él mientras las llamas bailaban en sus ojos—. Me dejas sin palabras.

Retomó sus labios y murmuró contra ellos:

—Mi niña impetuosa…

El corazón de Mary explotó de felicidad. ¡Lo amaba tanto!

—¿Podemos pasar por la fortaleza Kinkaid? Tengo algo que quiero recuperar.

—¿Qué es, mi amor?

—Oh, una cosa sin importancia —soltó ella mientras de dejaba caer en su torso.

Había tenido tanto miedo de no verlo nunca más que quería disfrutar de su calor.

—¿Todavía?

—¡Tú dirás! Podemos aprovechar para descansar un poco con mis padres antes de partir hacia Helen Hall, ¿qué te parece?

—Me parece que es una idea excelente. Así podremos conocernos un poco más.

Sus ojos brillaron cuando los bajó hacia ella.

—¿Acaso no lo conoces todo de mí? —se sorprendió ella.

Disfrutaba bromear con él. ¡Lo adoraba!

—No, mi amor, hay todavía partes de tu cuerpo que no conozco y que me llaman.

—¿Qué partes?

—Pequeños rincones que disfrutaré visitando —murmuró contra sus labios—. Estoy convencido de que te va a gustar, preciosa.

—Yo también lo creo —respondió ella poniéndose roja—. ¿Y bien?

—¿Sí, mi amor?

Abrió la boca, pero algo le impidió confesarle sus pensamientos.

—No, nada.

—Dime —insistió él agarrándola por la cintura para hacerle cosquillas.

No se lo imaginaba tan divertido y adoró esa parte de él. Definitivamente, Craig la sorprendía y haber descubierto su personalidad la hacía enormemente feliz. En cierta forma, era verdad que habían pasado poco tiempo juntos.

Acarició su rostro con las yemas de los dedos, que aún tenía marcas de los golpes. Sus párpados estaban ligeramente hinchados, sus labios también, y sus mejillas tenían cicatrices de algunos rasguños. El resto estaba relativamente bien, pero Craig había recuperado toda la belleza, esa que tanto le atraía.

Hundió sus ojos en los de él.

—Nada, lo hablaremos más tarde.

Acababan de reencontrarse; no quería fastidiar esa bonita armonía siendo impulsiva. Tenían tiempo.

—Como quieras. ¿Qué te parece si nos alojamos en un albergue esta noche y las que vienen? —dijo él—. Podríamos dormir en una verdadera cama en vez de al raso.

—Me encantaría, mi amor, pero… ¿tenemos cómo pagarlo?

—Sí, mi amor, no temas. Tengo una bolsa bien llena, no te voy a esconder que soy de naturaleza ahorradora. Además, bueno… Me gustaría construir nuestro propio hogar y no vivir en casa de mi hermano.

—Eso me gustaría muchísimo, Craig. Lo importante para mí es vivir a tu lado.

—También para mí. Para siempre.

—Sí, para siempre.

Se besaron, y sellaron así los votos de pertenecerse para toda la eternidad.

23

Los días que pasaron solo ellos dos en los caminos y luego en la fortaleza Kinkaid fueron los más felices que Mary había vivido. Estaba en las nubes. Sus padres y sus hermanos estaban contentos con su unión y habían acogido a Craig como se debía.

Su marido era maravilloso.

Era atento, cariñoso, protector, exigente en el amor y un amante apasionado… Nunca habría pensado que un hombre como él, un guerrero de sangre caliente —y a veces irascible— pudiera ser tan afable en la intimidad… Pasaba el tiempo sorprendiéndola y robándole besos. Y, después de que hubieran neutralizado toda amenaza, de que clanes hubieran encontrado la paz, todo iba mejor.

Había recuperado la sábana, al igual que el documento que demostraba su matrimonio, y ahora estaban bien protegidos en el cofre en el pie de su cama. Craig había fruncido el ceño cuando le había contado que había huido con las pruebas para demostrar a su tío su unión, pero luego la había besado con pasión, y la había llamao su «pequeña furia». Y el orgullo le había iluminado la mirada. Habían evitado toda una catástrofe: si su tío se hubiera hecho con las pruebas y las hubiera destruido, habrían estado en un lío muy desagradable, pero al final no había sido el caso. ¡Gracias a Dios! Craig parecía haber perdonado su desobediencia; aunque la primera vez que habían hecho el amor tras todo lo sucedido se había mostrado más exigente e implacable que de costumbre. Mary había comprendido que tenía miedo de perderla y que era así como mostraba su apego: poseyéndola de un modo apasionado e impetuoso. Eso no le molestaba; podía soportar perfectamente sus embestidas llenas de vigor. Lo adoraba. Disfrutaba en todos los sentidos y no se imaginaba las cosas de otra forma. Hacer el amor con Craig era una especie de batalla de la que los dos salían victoriosos e infinitamente complacidos. Luego la abrazaba, le besaba el pelo y la apretaba con fuerza contra él. En esos momentos, Mary se sentía en su lugar y tenía la impresión de ser la persona más importante para él.

Sí, todo había sido maravilloso y había ido a mejor. Aun así, ella no podía evitar sentirse mal. Cuantos más días pasaban, más le invadía la pena porque… Craig no se liberaba en su interior desde que se habían casado tres meses atrás. Y ella no comprendía por qué. Parecía feliz por hacerle el amor y parecía que le gustaba; era apasionado y le hacía sentir emociones que ella pensaba que no conocería jamás en su vida. Sin embargo… tras haber hecho que ella se corriera, salía de su cuerpo para esparcir su semilla en una esquina de la sábana.

¡No lo comprendía!

Se habían casado, eran felices juntos —Craig lo parecía tanto como ella—, pero se negaba a darle un hijo. ¿Por qué?

Tenía miedo de preguntárselo, miedo de su respuesta, así que no decía nada. Pero a veces estaba tan triste que unas lágrimas le emborronaban la visión sin que pudiera evitarlo, porque negarse a tener un bebé con ella era como negarse a ella. Como prohibirle formar parte de su vida. Se secó las lágrimas con rabia, enfadada con ella misma al descubrirse tan débil, pero, con el paso de los días, esta melancolía marchitaba la armonía que existía entre los dos.

Sin que pudiera hacer nada, el dolor estaba allí, en alguna parte en ella y sentía los pinchazos de su corazón cada vez que veía a su cuñada cuidar de su hijo, o cuando Alexander lo tomaba entre sus brazos o jugaba con él y el niño reía.

Los niños traían mucha felicidad y mucho orgullo y satisfacción en la pareja. Eran el cimiento del amor, una parte de cada uno de ellos, una pequeña parte que permanecería cuando ellos mismos ya no estuvieran, y que perduraría a través de los años con su descendencia. Le habría gustado contemplar en los rasgos de Craig lo que veía en su cuñado: el orgullo, el amor puro, una devoción sin igual. Deseaba profundamente ver ese reflejo en los ojos de su marido, y se desesperaba porque él no le hablara del tema.

A veces era tan reservado… Tenía la sensación de que le escondía algo, sin saber qué. Cierto, le había hecho daño, lo había desobedecido y los había puesto en peligro a ellos igual que a sus clanes. Ella había sido arrogante y había pensado solo en ella, en que podía cambiar el curso de las cosas. Pero se había equivocado; y todavía se culpaba. Pensaba que Craig confiaba en ella, aunque ya no estaba tan segura, y sufría por ello.

Dios, ¡qué difícil es amar a un hombre!

Amar a otra persona que no fueras tú mismo, una persona que no conocías de verdad… Sobre todo cuando esa persona era tan reservada como su marido.

Pensó en contárselo a Elizabeth para pedirle consejo, pero no estaba convencida, así que no se atrevía a hacerlo.

Esa tarde estaba ocupada meciendo a Malcolm en su pequeña camita cuando Angus —el tío de su marido, que vivía con ellos en Helen Hall— entró en la sala común y se sentó cerca de ella.

Acercó su silla a la suya por la sordera que le impedía escuchar nada si estaba demasiado lejos.

—¿Se ha calmado al fin? —susurró él para no despertar a Malcolm.

Angus adoraba al niño, le hacía bien. También pasaba mucho tiempo con él. En realidad, el «pequeño *laird*», como lo habían llamado, había conquistado a todo el hogar y todo el mundo cuidaba de él. Solo Craig parecía indiferente, lo que le decía a Mary que no le gustaban los niños. Y definitivamente había decidido no tener uno nunca.

¿Por qué haber tomado una esposa, entonces? ¿Por qué privar a una mujer de la felicidad de ser madre?

Tendría que confesarle lo que sentía, porque la situación la estaba haciendo infeliz, y no podía continuar así. Además, la felicidad de su cuñada se imponía ante ella, ya que tenía a un bebé al que cuidar y mimar, mientras que ella no; y por el momento parecía que no había esperanza.

—Creo que sufre por los dientes. Los niños de mis hermanos pasaron por lo mismo.

Angus asintió para sí mismo.

—Pareces preocupada desde hace tiempo, querida. ¿Mi sobrino lo sabe?

Observó a Angus e inspiró profundamente.

—Craig ha… ¿Ha tenido alguna mujer importante en su vida? Quiero decir, ¿una mujer que haya sido importante para él?

—¿A parte de su madre, quieres decir?

—¿Su madre? —repitió ella incrédula.

Angus rio con suavidad.

—A Craig le costó mucho soltarse de la falda de su madre. Fíjate, mi cuñada lo mimaba mucho. Lo tenía siempre entre sus brazos. Nunca dejó de protegerlo, al contrario que su hermano, de quien quería hacer un hombre. Incluso después del nacimiento de Ewen… ella…

Bueno…, no debería decir eso; no me concierne, pero creo que quería a Craig más que a sus dos otros hijos. Sin embargo, buscaba sin cesar la aprobación de su padre y se sentía menos digno de su respeto que Alexander, que era el mayor. Y, para responder a tu pregunta, ninguna mujer ha sido importante para él.

—¿Cómo murió su madre?

Sabía cómo había muerto su padre, en el campo de batalla asesinado por Georg MacDonald, pero ignoraba cómo y cuándo había fallecido su madre.

—¡En el parto! Horas después de haber traído al mundo a una niña que no sobrevivió. Mi hermano estaba afligido, y nunca la reemplazó.

Como Maddie…

Todas las mujeres sabían que traer un niño al mundo era arriesgado, pero la mayoría de las veces iba bien. Cuando amabas la maternidad tanto como ella amaba a Craig, tener un bebé era el mejor de los regalos.

—Ya veo… ¿Tiene noticias de Ewen? —preguntó ella para no apenarse demasiado sobre la funesta suerte de las mujeres de la familia—. ¿Ha conseguido unirse al Ejército del rey?

Había conocido al hermano menor de Craig cuando habían vuelto a Helen Hall. Alto, moreno, poseía la misma mirada intensa que sus hermanos, de un verde esmeralda. Se parecían mucho. Mary había visto una gravedad y cierta tristeza en su mirada. También un poco de ira. Craig ya le había contado las razones: Katel, su curandera, había escogido su profesión antes que su amor y había decidido que era mejor que se distanciaran. El pobre tenía el corazón roto. Solo se había quedado una noche y luego había partido para encontrarse con el rey y ponerse a su servicio. Quería pelear. Sin duda para olvidar. Mary esperaba que no se pusiera en peligro y que lo volviera a ver pronto. Sería duro para la familia si le pasara algo, porque todos adoraban a Ewen. Antes de la ruptura, era de naturaleza jovial y siempre estaba de buen humor, según le había dicho Craig. Desde entonces, arrastraba una pena incurable…

—Ha venido para hacernos llegar una misiva. El rey lo va a enviar a un fuerte en la frontera con Inglaterra, donde ingleses y escoceses nunca dejan de buscarse las cosquillas y de asaltarse, tanto por un lado como por el otro.

—Espero que nos mande noticias de vez en cuando.

—¡Espero, sobre todo, que ese grano en el culo vuelva vivo! No es posible ponerse así por una dama. Si su padre estuviera vivo, ¡le habría cantado las cuarenta! Los jóvenes de hoy tienen menos huevos.

—No debería hablar así, Angus, siempre ha tenido sentimientos por Katel y sufre, es normal que quiera alejarse. Yo lo entiendo y creo que alistarse al Ejército del rey es de tener mucho coraje.

—Esperemos que el ejercicio lo endurezca, entonces…

Sí, si no se deja la vida en ello…

Mary decidió que rezaría para que volviera sano y salvo.

Continuaron hablando hasta que Elizabeth llegó a la estancia y se dispuso a continuar sus trabajos de aguja. A Mary no le gustaba demasiado esa actividad, pero para calmar su aburrimiento le había pedido a Craig que le consiguiera un tapiz que adornase una de las paredes de su habitación: una escena campestre. Y, a decir verdad, una vez terminado, había relajado la mente hasta tal punto que le había parecido agradable. Pero lo que le habría gustado era haber cabalgado con su marido, ver el país, dormir bajo las estrellas, bañarse en los lagos, hacer el amor bajo el firmamento… Quería tener la impresión de que tocaba el cielo al sentir a Craig

dentro de ella. Echaba de menos esos momentos de total libertad y de aventura. Pasar el tiempo con Craig era algo que también echaba de menos, puesto que no lo veía en casi todo el día. En realidad, desde que había llegado a Helen Hall, se aburría hasta decir basta. No sabía cómo ocupar sus días y las horas pasaban demasiado lentas para su gusto. Solo cuando llegaba la noche, cuando su marido volvía de expedición, se animaba.

Y justamente en ese momento, la noche empezaba a caer.

Se despidió de Elizabeth y Angus y salió de la fortaleza. Se envolvió el chal alrededor de los hombros para protegerse del frío y aceleró el paso. Caminó un buen cuarto de hora, hasta que, a lo lejos, vio una nube de polvo.

Se detuvo en el camino y esperó.

Le gustaban esos instantes en los que recordaba el sentido su existencia. La sacaban de esa especie de melancolía en la que se sumergía durante el día.

Observaba el camino, así como que a los jinetes que distinguía poco a poco. Entonces empezó a soñar con su marido, con sus labios, el calor de sus cuerpos unidos… Como todos los días, detenía su montura cerca de ella y le tendía la mano con una sonrisa tan radiante y sensual que todo su cuerpo vibraba. Entonces se dejaba elevar por los aires y se sentaba junto a él. Craig la rodeaba con los brazos y ella se sentía tan bien pegada a su cuerpo que no dejaba de sonreír. Sonreía más cuando la besaba en el cuello o deslizaba su mano hasta su vientre.

Tenía la sensación de que su vida se resumía en esos momentos deliciosos y que no vivía para otra cosa.

Y al fin, lo vio. Al fin pudo contemplar su rostro. Se había subido las mangas, estaba sucio a más no poder, pero qué guapo era. Cada vez que aparecía ante sus ojos, su corazón daba un vuelco.

Ralentizó el paso hasta detenerse frente a ella. De mientras, los otros continuaban en dirección a Helen Hall, y los dejaban atrás, solos. Le tendió la mano con esa sonrisa irresistible que tanto le gustaba. La subió junto a él. Nada más sentarse, le tomó el rostro entre las manos, lo giró hacia él y la besó en los labios. Cuando sus lenguas se encontraron, ella gimió, y se agarró a sus hombros para estrecharlo con fuerza. Lo había echado mucho de menos.

Sin dejar de besarla, Craig salió del camino y entró en el bosque hasta que detuvo su montura.

—Ven —susurró cerca de su boca.

Sabía lo que quería, lo que reclamaba. Y estaba dispuesta a dárselo.

La agarró de la cintura y la levantó para que pudiera sentarse sobre sus muslos, frente a él, y le levantó el *kilt*. Mary se levantó el vestido y, tras varias caricias que hicieron arder su cuerpo, se adentró suavemente en ella con un leve gemido. Ella detuvo el aliento cuando sintió que chocaba con el interior de su vientre, hasta el fondo. Le encantaba tenerlo dentro de ella… Luego jadeó cuando se agarró a su cintura y la hizo ir y venir con fuerza, concentrado, con la frente arrugada y soltando pequeños suspiros de placer. Ella colocó una mano detrás de la silla y se inclinó para permitir que Craig la poseyera más y más fuerte. Sus gemidos se correspondían, sus pieles chocaban la una contra la otra cada vez que sus caderas se acercaban.

Era tan agradable que el placer la avasalló sin demora alguna.

Sabía lo que iba a suceder: podría impedírselo apretando las piernas con fuerza a su alrededor para retenerlo, pero no quería llegar a ese extremo. Si concebían un hijo, lo harían porque querían los dos. Se le secó la garganta y, cuando llegó su momento de placer, Craig la levantó para liberarse sobre su muslo y miró la semilla de su esposo caer por su piel hasta que él la limpió con su *kilt* y cubrió su desnudez. Una vez más, se sintió rechazada, y sufría de tal forma

que sus ojos se llenaron de lágrimas. Con el corazón pesado, evitó la mirada de su marido; pero este, percibiendo su angustia, le agarró el mentón y giró su rostro hacia él para mirarla.

Arrugó la frente.

—¿Estás llorando?

Ella sacudió la cabeza. Tenía un nudo tan grande en la garganta que le fue imposible hablar. ¿Por qué ahora? ¿Por qué de repente le dolía tanto? Quizá porque Craig, cada vez que la poseía, tocaba un poco más su alma, y esta vez había sido más apasionado, más intenso. A veces, cuando pensaba en él, su corazón y su cuerpo le dolían de tanto que lo amaba.

—¿Te he hecho daño?

Sacudió de nuevo la cabeza sin responder.

Tenía que alejarse para darle sentido a sus pensamientos.

—Voy a caminar un poco —consiguió articular antes de levantar una pierna y dejarse caer al suelo.

—Espera, Mary.

Corrió hasta el camino sin girarse y caminó apretando su chal a su alrededor como para protegerse. Escuchó a Craig maldecir a su espalda, y luego escuchó el ruido de los cascos de caballo contra el suelo.

Sin tenerlo en cuenta, continuó avanzando y, cuanto más avanzaba, más sentía que la ira poseía todo su ser. Sus pensamientos iban y venían; la atropellaban.

—Pero ¿qué te pasa? —insistió.

Se hizo la sorda y, tras un momento, empezó a correr. Craig maldijo una vez más y apresuró su montura. La pasó al galope y saltó del caballo frente a ella.

La agarró del brazo cuando quiso pasar por su lado sin mirarlo.

—¡Suéltame, me haces daño!

Él soltó un poco su agarre sin liberarla del todo.

—¡Dime qué te pasa! ¿Por qué estás enfadada? Desde hace unos días no eres tú misma.

Ella apretó los dientes.

Quería confiar en él, pero no sabía cómo abordar el tema, ni cómo reaccionaría, y eso le daba miedo. Tenía miedo de perderse de tanto que amaba a Craig, pero, sobre todo, tenía miedo de perderlo a él por mostrarse impaciente.

—¿No eres feliz conmigo?

Tenía suerte de haberse casado con un hombre como él. Muchos se habrían reído de sus sentimientos y les habría dado igual que fuera infeliz mientras deseara que ella abriera las piernas.

—No es eso, yo…

—Entonces, ¿qué es? —insistió.

—¡Nada! Estoy cansada, eso es todo.

Se dijo de todo por no encontrar el valor para abrir su corazón.

Craig analizó su mirada.

—¡Pues muy bien! Voy al río. Nos vemos en la mesa.

Ella se puso tensa y se liberó.

—¡No tengo hambre! —soltó mientras se frotaba el brazo donde Craig la había agarrado—. Iré directamente a dormir.

—¡Como quieras! ¡Pero espero que estés de mejor humor cuando vaya a la cama!

Ella se indignó.

—¡No creo que esta noche tenga ganas de dejarte entrar en mi cama, MacLeod!

Craig puso los dedos sobre su torso.

—También es mi cama, y entraré cuando quiera.

No comprendía nada de lo que pasaba. Mary lo veía en sus ojos. Sin embargo, se había dejado dominar por la ira. Se miraron y se desafiaron. Ni el uno ni la otra pretendían ceder.

—¡Entonces te daré la espalda!

—¡Como prefieras! Sé que vendrás, te gustan demasiado mis brazos. ¡Y lo que tengo entre las piernas! —soltó con una sonrisa sombría antes de darle la espalda y alejarse hacia su montura.

Puso dirección a Helen Hall, y la dejó sola, sumida en sus pensamientos y en la desesperación.

24

¿Qué demonios le sucedía? ¡Maldita mujer!

No la reconocía.

Desde hacía poco tenía la sensación de compartir su vida con una extraña, y eso le preocupaba. No sabía qué hacer ni cómo incitarla a que confiara en él, y aún menos cómo arreglar la situación. Mary se le escapaba.

¿Echaba de menos a su familia? ¿Echaba de menos alguna otra cosa? Si era así, ¿qué? ¿Cómo quería que lo supiera si no le decía nada?

Sin embargo, cuando le había pedido un tapiz, había disfrutado yendo a comprárselo al vendedor ambulante. También le había comprado una cinta para el pelo. Estaba tan asombrada que le había saltado encima para besarlo hasta perder el aliento. Sabía que buscaba que le diera placer, y eso hacía. ¿Entonces, qué?

¿Qué había pasado para que estuviera en ese estado?

No lo comprendía. ¿Era su culpa? ¿Había sido demasiado brusco? La deseaba muchísimo. No había pensado en otra cosa en el camino de vuelta, y había tenido prisa por encontrarla y perderse en ella. Nunca se había negado a él, le había parecido que ella también estaba igual de impaciente que él por amarse.

Entonces, ¿por qué, maldita sea?

Esa frase no dejó de acechar sus pensamientos mientras descendía al lago. Se quitó la ropa con rabia, las botas y se lanzó al agua. Incluso ahí, mientras el agua glacial lo revitalizaba y le quitaba la fatiga del día, así como el polvo del camino, seguía sin comprenderlo.

¿Qué había hecho?

Era cierto: tenía que reconocer que no sabía comportarse muy bien con las mujeres.

Antes de conocer a Mary, priorizaba sus deseos y eso no le frenaba. Nunca se había esforzado con ninguna de sus amantes, pero con ella tenía la sensación de comportarse como debía.

Se frotó el cuerpo, salió del agua y resopló.

Se puso la ropa y, agarrando su caballo por la brida, volvió por el camino hasta la fortaleza. Confió su montura a uno de los chicos de los establos y se dirigió a la sala común. Cuando vio que su mujer no estaba con el resto de la familia, agarró una pieza de fruta, les deseó una buena cena y, tras fingir una fatiga pasajera cuando lo miraron con sospecha, huyó por las escaleras. No quería tener que responder a sus miradas inquisitivas, ni tampoco a la extrañeza que recubría el rostro de su hermano.

No quería hablar de sus problemas domésticos con su hermano, que parecía tan feliz. No quería hablar con nadie. Al menos, no por el momento. No hasta que tuviera alguna explicación por parte de Mary.

Iban a solucionarlo; no podía ser de otra forma.

Le explicaría en un momento u otro lo que le sucedía, tenía que ser paciente y no agobiarla. Mary siempre decía lo que pensaba, no disimulaba, y no era falsa ni mentía.

¡Sí, se iba a solucionar!

Se dio cuenta de que detestaba que su mujer fuera fría con él, y odiaba no comprenderlo. No comprenderla. ¿Cómo podía hacerlo tan feliz y pocos minutos después evitarlo? Detestaba lo que le hacía sentir. La necesitaba; era una necesidad casi visceral. No podía pasar de ella. Estaba dispuesto a todo por ella, se lo había probado, había sufrido por ella y cuanto más sufría, más se acercaba a ella y más feliz era, como si ese amor le diera una fuerza insospechada.

De nuevo, mientras subía las escaleras hasta su habitación, se preguntó qué mosca le había picado. Tampoco sabía cómo había comenzado todo eso. Se había corrido, con vigor; se había liberado en su muslo y… Le había parecido ver su mirada llena de pena en ese momento. Había mirado su semilla correr por su piel y parecía… resignada. Quizá triste.

¡Ah, las mujeres!

Entró en la habitación sin hacer ruido. Descubrió a su mujer acostada de lado, con los ojos cerrados. Ya estaba dormida, ¡y él pensando que iba a descubrir las razones de su malestar! Pensaba que, como todas las noches, harían el amor hasta agotarse. La necesitaba entre sus brazos, con su calor y su feminidad alrededor de su miembro. Tras haber degustado sus carnes íntimas, no podía pensar en otra cosa, la deseaba como un loco. Esperaba que quisiera hacer el amor esa noche; estaba seguro de que así se animaría. ¡Nada mejor que el sexo para rebajar las tensiones!

Cerró la puerta tras de sí, echó el seguro y dio un paso hacia la estancia. Se le escapó un suspiro al contemplarla. Estaba tan bella así, con una mano bajo la almohada y la otra plana cerca de su mejilla, y con la trenza detrás de su espalda. No se había desatado el pelo como de costumbre. Tras la cena, solía subir a acostarse y ella se sentaba en el tocador y se peinaba su larga melena, mientras él se metía en la cama. Luego, Mary se tumbaba a su lado. Craig adoraba mirarla mientras se peinaba, eso encendía sus sentidos y, cuando venía hacia él tras haber dejado caer el vestido a sus pies, ya tenía la erección de un toro.

Esa noche no compartirían ningún momento carnal.

Mary no lo deseaba y eso lo desorientó.

Se desnudó sin hacer ruido y se tumbó a su lado.

Podría haberse metido entre sus piernas y tomarla a la fuerza, pero nunca lo haría. ¡Jamás había forzado a una mujer! No debía hacerse. Además, en general, ellas venían a él sin problema.

Se pegó a ella, le pasó un brazo por encima del vientre y le besó el hombro descubierto. Su piel era dulce, cálida. Tierna también. Se quedó así un momento, con los labios en su piel, conmovido. Más conmovido de lo que nunca había estado.

—Te quiero —murmuró.

Necesitaba decírselo, aunque no lo escuchara.

***

Una lágrima cayó a lo largo de la mejilla de Mary al sentir a Craig separarse de ella. Lo escuchó suspirar y lo imaginó sobre su espalda, con los ojos fijos en un punto invisible sobre él, mientras que su corazón dolía a horrores.

Acababa de decirle que la quería.

Entonces, ¿por qué? Si la quería tanto, ¿por qué negarse a formar una familia con ella? ¿Por qué no quería consolidar su amor con el nacimiento de un hijo? ¿Por qué negarle la felicidad de ser madre? ¿Tenía algo que ver con lo que le había pasado a su madre?

Por su respiración, sabía que no dormía.

Inspiró profundamente y se giró. Luego volteó la cabeza para observar su perfil. Como esperaba, tenía los ojos abiertos y miraba al techo. Al sentirse observado, Craig también se volvió.

—¿No duermes? —le preguntó.

—¿Por qué no quieres un hijo?

Su marido abrió los ojos como platos.

—¿Perdón?

Ella analizó su mirada.

—Me has entendido perfectamente, Craig. ¿Por qué?

—¡Porque no! ¡No hay más!

Ella ignoró la bola que se iba formando en su garganta ante la dureza de su voz.

—Cuando te lo pregunté, me dijiste: «Ahora no». Pero nunca me has dicho por qué.

—¿Por qué? ¿Acaso eso lo habría cambiado todo? ¿Te habrías arrepentido de haberte casado conmigo?

Sabía bien que su voluntad no tenía mucho que ver en ello. Los dos se habían sentido atrapados. Habían acordado un matrimonio de conveniencia y los sentimientos se habían mezclado. Antes de que todo sucediera, se gustaban y se deseaban, pero desde entonces se querían. Eso sí lo cambiaba todo. Y cuanto más hacía el amor con él, más se sentía parte de él. Aunque se preguntó de repente si el amor podía hacer sufrir cuando tenían deseos que no compartían.

—No bromeo, Craig. Yo… creía que ahora que hemos reconocido nuestros sentimientos, ahora que nos queremos, querrías tener un hijo conmigo; pero es evidente que me equivocaba. Solo quiero saber por qué —suspiró tras unos segundos de silencio—. ¿Por qué no quieres hacerme un hijo?

Ponerle palabras a lo que sentía validaba sus sentimientos, y eso le laceró el corazón; pero ya no podía callárselo más. Ante la mirada dura e imperturbable de Craig, supo antes de que dijera nada que no cedería ni daría explicaciones.

Los ojos de Craig atravesaron los suyos y le pareció leer en ellos un gran sufrimiento. Luego apretó los dientes y se giró.

—No quiero hijos, eso es todo. Qué más da la razón.

—Entonces, ¿hay una?

Viendo que no respondía, insistió:

—Yo quiero hijos, Craig. Me gustan los niños y siempre he querido formar mi propia familia. Y esos niños los quiero tener contigo —añadió ella con la garganta oprimida por la emoción—. No creo que pueda ser feliz si te niegas.

Había abierto su corazón y se quedó en silencio mientras notaba cómo se le iba a salir del pecho, latido tras latido.

Se quedaron unos momentos en silencio y, de pronto, ella sintió los dedos de Craig sobre los suyos. Se los llevó a la boca.

—Olvidémonos de eso. ¡Ponte sobre mí! Te deseo.

¿Perdón?

¿Realmente pensaba resolver sus problemas y hacerla callar haciéndole el amor?

Le apartó la mano.

—¡Yo no tengo ganas! No me acostaré contigo hasta que no me digas por qué no quieres tener un bebé conmigo y hasta que no hayas tenido en cuenta mis deseos. Tengo derecho a

saberlo, Craig —gritó ella.

—¡Muy bien, como quieras!

Ella creyó ser víctima de una pesadilla al verlo saltar de la cama y ponerse la ropa. Sabía que era impulsivo, pero no pensaba que se fuera a comportar de una forma tan egoísta y ni que fuera a huir en plena discusión.

—¡Me voy a dormir a otra parte! —afirmó, molesto—. Me levanto al alba.

—Craig —imploró ella mientras se incorporaba—, no te vayas así; tenemos que hablar.

Evitó su mirada y su rostro se tensó aún más.

—¡No tengo nada más que decir! Buenas noches.

—Pero…

Miró con impotencia su silueta salir de la estancia, con el resto de su ropa bajo el brazo, solo vestido con la camisa, que lo cubría hasta medio muslo.

Luego la puerta se cerró.

Totalmente destrozada, contuvo las lágrimas. Lo que había pasado esa noche le recordaba a la primera vez que habían hecho el amor. En ese momento también había preferido huir antes que confiar en ella. Craig era muy reservado, y era evidente que no quería reconocer sus debilidades, ni siquiera a ella. ¡Pero era su mujer!

¿Por qué reaccionaba así? ¿Por qué era tan difícil hablar con él? Seguramente porque creería que era su debilidad… Ella no tenía ninguna intención de utilizarlas contra él, solo quería comprenderlo y, si fuera el caso, ayudarle a curar sus heridas. Porque era evidente que tenía alguna herida abierta… Al verlo tan seguro de sí mismo, tan valeroso y a veces tan arrogante, no se habría imaginado que pudiera sucederle. A menos que su amor por ella no fuera tan grande como creía. A menos que fuera solo un capricho pasajero. Quizá no la amaba lo suficiente como para verla como la madre de sus hijos. Amaba su cuerpo, cierto, y le gustaba hacerle el amor, pero tal vez no tenía ninguna intención de serle fiel ni de mantenerla a su lado indefinidamente.

No le había preguntado sobre su pasado, pero sabía que Craig había tenido numerosas amantes… ¿Tenía la intención de ver a otras mujeres? Tenía la reputación de ser un mujeriego, y ella dudaba de que un hombre infiel pudiera renunciar a su pasado de un día para otro y contentarse con una sola mujer. Ese pensamiento le hizo tanto daño que se echó a llorar. Apretó la sábana contra su pecho.

¿Cómo podía tratarla de esa forma?

¡No entendía nada! Era capaz de ir a buscarla a la fortaleza de su tío, de arriesgar su vida para salvarla de las garras de Somerset, pero confiar en ella o explicarle lo que pensaba sobre tener hijos era algo que estaba por encima de sus fuerzas.

¿Por qué? ¿Qué escondía?

O quizá simplemente era posesivo. Le pertenecía: era su mujer, su propiedad. Pero eso no iría más allá; no haría ningún esfuerzo para que ella fuera feliz…

Todo acabó por mezclarse en su cabeza y dudó sobre si perdonar su indiferencia para no hacerse más daño o si calmar su desasosiego por no convertirse en madre.

25

Esa tarde, Craig se sorprendió al no encontrar a Mary a un borde del camino, donde lo esperaba todos los días, y sintió una gran decepción y una ligera inquietud.

¿Todavía lo culpaba?

Era evidente que habían discutido la noche anterior, pero no había sabido qué hacer. Había preferido tomar distancia, dado que esperaba que se le pasara el enfado, pero era evidente que no era el caso.

¡Y lo había rechazado, por el amor de Dios!

¡No había querido nada de él! Eso lo enfadó tanto que prefirió irse antes que decir cosas de las que luego se arrepentiría. Pero si esa noche se apartaba de nuevo de él, se prometió llevarla al límite hasta hacer que cambiara de opinión.

Mary había ocupado sus pensamientos durante todo el día y le había costado no volver antes. No le había dicho adiós por la mañana, no la había visto antes de partir como cada día. Solían desayunar juntos, antes de que se marchara con los otros miembros del clan a contar el rebaño de ovejas para ver si faltaba alguna. Eso formaba parte de sus quehaceres diarios, además de la vigilancia del territorio. Pero como ahora estaban en paz, no tenían nada que temer.

Se colocó el primero y salió al galope.

Tenía ganas de volver a Helen Hall para abrazar a su mujer. Estaba seguro de que había una buena razón por la que no lo había esperado en el camino, y cuanto más se acercaba más sentía un peso en su corazón.

Saltó de su montura al pie de la escalera sin esperar al mozo que se ocupaba de los caballos y entró en el edificio. Se abstuvo de gritar el nombre de su mujer. No quería alertar a toda la casa o tendría que explicar su comportamiento. Miró por todas las habitaciones. ¡Vacías! Subió los escalones de cuatro en cuatro y empujó la puerta de su habitación, pero, de nuevo, no había nadie.

¿Dónde estaban todos? Golpeó la puerta de la habitación de su tío. Blasfemó cuando no obtuvo respuesta. Qué extraño. La casa parecía desierta, y sintió un vacío…, como si hubiera perdido su alma. Se dio cuenta de hasta qué punto Mary había encontrado su lugar en la casa: había conquistado a todo el mundo por su buen humor, su mente vivaz y, por la noche, cuando cantaba, podía percibir lágrimas en los ojos de su cuñada, igual que una sonrisa en los labios de su hermano y de su tío. Era generosa y había visto cómo reía y se le iluminaba el rostro cuando jugaba con su sobrino.

Corrió en dirección al exterior y se detuvo de golpe al ver a su cuñada entrar. Llevaba un cesto de ropa bajo el brazo. Soltó un grito cuando lo vio.

—¿Dónde está Mary? —preguntó él sin perder un segundo en lugar de disculparse.

Elizabeth retrocedió. Luego lo observó y suspiró.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros, Craig; no es cosa mía, pero…

—Tienes razón, no es cosa tuya —interrumpió. La paciencia no era su fuerte—. ¿Dónde está?

—Se ha ido. Pensaba que lo sabías —respondió con voz dulce.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Adónde?

Craig le había gritado, así que su cuñada apretó el cesto de ropa contra ella.

Dio un paso atrás para no asustarla de nuevo. Era impulsivo, pero no cruel o malvado. Y su cuñada no era responsable de la situación, ni mucho menos de lo que él sentía.

—¡A su antiguo hogar! Lo siento, Craig.

—Quieres decir que… ¿Me ha dejado?

Tartamudeó asombrado.

Luego salieron otras emociones: la ira y el miedo. Siempre el miedo. Miedo por ella, miedo a que le pasase algo, y sobre todo, miedo a perderla. Pero recuperó la compostura; había ido con su familia; no podía estar en peligro.

—Lo ignoro. No me lo ha dicho, pero parecía tan… triste. ¿Qué ha pasado? ¿Quieres hablarlo?

—No, Elizabeth. Gracias.

—¿Irás a buscarla?

Lo pensó un momento. Una parte de él quería correr hasta la fortaleza Kinkaid para pedirle explicaciones y otra, más orgullosa, no quería saber nada de ella.

—Por ahora no. Gracias por habérmelo dicho. Nos vemos más tarde.

Salió y se dirigió hacia los establos.

Montó a caballo a pelo y partió al galope, aun a riesgo de toparse con alguien por el camino. Necesitaba alejarse, cabalgar y pensar. Apretó su montura al máximo y no fue hasta después de unas horas de galope tendido que ralentizó el ritmo. Luego fue al paso. Vio que había llegado a las tierras de los Kinkaid sin darse cuenta y se hizo la pregunta: ¿Avanzar o volver?

Movió las riendas y emprendió el camino de vuelta.

Llegó a Helen Hall de noche, guiándose por la claridad de la luna, que por suerte, estaba llena. Estaba agotado, pero algo más tranquilo.

Se ocupó de su caballo y luego fue a bañarse al lago para refrescarse y lavarse. Todo estaba sereno a su alrededor, pero en su corazón reinaba una tempestad. Flotó en el agua y pensó en Mary, en su cuerpo contra él, en su primera vez, en sus ojos llenos de esperanza cuando le había pedido explicaciones. Sí, esperaba hacerla cambiar de opinión, pero ¿cómo explicarle algo que no comprendía ni él mismo? O, en cualquier caso, ¿qué no se explicaba? Alexander lo había vivido, lo había destrozado; sin embargo, había encontrado una nueva mujer y había tenido un hijo.

¿Qué le sucedía a él?

Nunca se había hecho ese tipo de preguntas. Nunca lo había necesitado, puesto que Mary era la primera mujer con quien quería construir su vida, pero… ¿quería algo más? Lo ignoraba.

Solo sabía que echaba de menos a su mujer y que habría lo habría dado todo por estar a su lado en ese momento. Por bañarse con ella y luego llevarla hasta el río para hacerle el amor como de costumbre.

Sacudió la cabeza, salió del agua, se puso solo la camisa y las botas y volvió a su hogar a paso lento. No tenía prisa por volver a un lugar en el que no ya no estaba su mujer. Se vistió del todo antes de subir la escalera hacia el camino de ronda. En general, observar el paisaje le hacía reflexionar.

***

Mary y sus dos guardias llegaron al ocaso a la fortaleza Kinkaid. La joven corrió a los brazos de su madre cuando esta salió a acogerla mientras que los otros miembros de la familia la miraban asombrados, preguntándose qué hacía allí sola. Trató de poner buena cara. Confió su escaso equipaje a un sirviente y envió a los dos miembros del clan MacLeod a descansar a los establos. Besó a su hermano mayor y a su cuñada mientras sus hijos reclamaban su atención, impacientes por abrazarla. Luego se dejó llevar hacia el gran salón y se dirigió hasta la chimenea en la que tendió las manos para calentarse.

Estaba agotada.

—Dame —le dijo con suavidad su madre poniendo las manos sobre sus hombros, mientras la invitaba a quitarse la capa.

Mary le dio las gracias con una sonrisa y luego volvió a contemplar las llamas. Su cuñada, tras haberle apretado la mano para mostrarle apoyo, salió de la sala con sus hijos para dejarlas hablar tranquilas. Mary los siguió con la mirada, luego aceptó la copa que le tendió su hermano y la llevó a sus labios. Era *whisky*. Justo lo que necesitaba. El calor del alcohol se expandía por su cuerpo y le hacía bien.

Miró a su hermano mayor por encima de la copa. Esperaba a que él tomara la palabra. Jamie siempre había sido protector con ella y, cuando era pequeña, la seguía como su sombra. Era su héroe y le era imposible esconderle nada. Cuando hacía una tontería y su padre estaba ausente, era él quien le cantaba las cuarenta, y sus palabras siempre tenían sus frutos: hacía lo que podía por no decepcionarlo de nuevo. Soñaba con tener un marido como él; luego Craig apareció y se convirtió en su marido. Un marido que hoy le hacía sufrir. Lo quería a rabiar, pero su desacuerdo en lo que concernía a los hijos podría separarlos; al igual que el hecho de que su marido no pudiera confiar en ella, la tratara con indiferencia y huyese de las discusiones.

Pensar en él le hacía sufrir y, ante el ceño fruncido de su hermano, comprendió que las explicaciones llegarían antes de lo previsto. Evidentemente, le era imposible esconderle nada. Sabía que algo iba mal y que tenía que ver con su matrimonio. Es más, si no fuera ese el caso, ¿para qué había ido? Su madre, a su lado, no decía nada; se contentaba con beber en silencio y observar mientras intentaba intuir en el rostro de su hija el motivo de su llegada.

—¿MacLeod te ha faltado al respeto? —atacó de repente su hermano.

—¡Jamie! —gritó su madre.

—Lo siento, madre, pero conociendo a MacLeod…

—No, hermano —interrumpió Mary—. Craig no ha hecho nada reprobable.

En cualquier caso, no en el sentido que él imaginaba.

—Simplemente necesitaba alejarme de Helen Hall un tiempo.

En realidad, se había ido de repente, sin haber dormido casi nada la noche anterior. Pensaba que Craig vendría a su habitación antes de salir por la mañana, pero había esperado en vano y lo culpaba.

¡Dios, cómo lo había culpado y lo seguía culpando! Estaba enfadada, y su ira parecía ir a más.

Por el momento, no quería ver a su marido.

Como no había hecho nada por ella y la trataba de nuevo con esa indiferencia, ella había decidido ir con su familia y aprovechar el tiempo de separación para reflexionar. Puesto que, si no cambiaba de idea respecto a lo que concernía a los hijos, no sabía si podría continuar compartiendo su vida con él. Sería demasiado duro, sobre todo en una casa donde nacerían otros bebés.

Miró a su alrededor para rebajar el dolor de su matrimonio fallido. Su madre había

completado las reformas del interior del hogar que había visto en proceso cuando habían visitado la fortaleza la última vez. Le costaba reconocer el hogar de su tío, que estaba amueblado con riqueza, pero un poco austero y de una tristeza evidente. También se había enterado de que su tía se había encerrado en un convento, un lugar donde llorar la muerte de su hija y de su marido. Mary sentía mucha pena por ella, tenía un gran corazón a pesar de estar casada con un hombre como Colin, y lo había perdido todo. En cuanto a su tío, había decidido su final al haber traicionado a la familia en un ataque de celos, y a ella la había vendido a un inglés. Si no estuviera muerto, habría seguido haciéndoles daño. Jamie había hecho bien en matarlo; se había vuelto peligroso.

—Si te ha faltado al respeto —oyó decir a su hermano—, lo llamaré y le pediré una compensación.

—Gracias, Jamie, pero soy lo bastante mayor para arreglar mis problemas yo sola.

—Sin embargo, ha pasado algo y quiero saber el qué.

—Ya es suficiente, Jamie —intervino su madre—. Deja a tu hermana tranquila. ¿No ves que está agotada? Ven, mi niña, vamos al despacho de tu padre —añadió mientras la agarraba por el codo.

Mary le tendió la copa a su hermano con una sonrisa de agradecimiento. Apreciaba que se preocupara por ella y que quisiera defenderla, pero tenía que comprender que no le resultaba fácil confiarle lo que le sucedía, sobre todo a él.

Siguió a su madre. Su hermano suspiró a sus espaldas. Jamie estaba enfadado con ella, pero también con Craig. Quería protegerla. Tenía buena intención, pero Mary se negaba a que toda su familia estuviera al corriente de sus problemas matrimoniales. Le daba cierta vergüenza, además de sentirse culpable sin saber muy bien por qué. No había hecho nada malo, evidentemente, solo quería conocer la felicidad de ser madre, como todas las otras mujeres. No había nada malo en eso, era el orden de las cosas, la continuidad de la vida. Todas las mujeres que conocía querían tener hijos… Pero se culpabilizaba por no ser capaz de convencer a su marido y ser responsable de su infelicidad. ¡Era absurdo! Él no había hecho nada por intentar comprenderla o tranquilizarla, y lo culpaba por eso.

Lo culpaba por no haberla escuchado, por no haberse explicado; porque solo había querido acostarse con ella, como si todo se resumiera al placer. También lo culpaba por haberse ido como lo había hecho. No la había tenido en cuenta ni a ella ni a sus deseos, y le daba igual que fuera infeliz, y eso le causaba una terrible pena, además de enfadarla.

¿Qué significaba ella para él?

—Y bien, ¿qué pasa? —preguntó su madre cuando entraron en el despacho del *laird*, en el que ardía un pequeño fuego.

Su madre la tomó por las manos y se las apretó.

—Te conozco, mi niña, no habrías dejado a tu marido a menos que tuvieras una buena razón.

—No lo he dejado, madre. Solo quería alejarme para pensar.

—¿Lo quieres? —preguntó ella visiblemente apenada.

—Sí, madre, lo quiero. Más que a mi propia vida. Pero no estoy segura de que sea igual para él. No creo que le importe demasiado mi felicidad.

—Los hombres a veces son egoístas, pero Craig te quiere. Eso se ve.

—Quizá. No lo sé.

—Claro que sí —insistió—. He visto cómo te mira. Está loco por ti. Un consejo: hablad. No dejéis que la situación vaya a peor. Ve a hablar con tu marido, Mary. Craig no es un hombre al

que debas dejar solo.

Esas palabras la enfadaron.

—Si me es infiel cuando nos acabamos de casar, entonces no me merece.

—Dios, ¡eres igual de testaruda que tu padre! —puntualizó su madre con una sonrisa.

—No soy testaruda, madre, pero tengo orgullo. No quiero que un hombre me quiera a medias, o que no me tenga en cuenta ni a mí ni mis deseos, y menos si tiene que engañarme a la menor ocasión.

—No decía eso para hacerte daño, Mary, pero si me permites darme un consejo… No dejes que tu orgullo dicte tus actos. Vuelve con Craig.

—No puedo; al menos, no todavía.

—Te ha dejado ir, eso es porque es comprensivo.

—No está al corriente —respondió ella poniendo voz firme—. Discutimos ayer por la noche y prefirió dejar la cama conyugal antes que hablarme.

De nuevo sintió un nudo en la garganta.

Su madre la observó un instante y luego fue a servir un par de copas.

—¿Sobre qué discutisteis? Si quieres contármelo, claro. Pero que sepas que no te juzgaré, Mary, solo quiero ayudar.

La joven suspiró, aliviada de poder contárselo a su madre. Después de todo, había ido con la esperanza de poder contárselo para que la ayudara a ver las cosas desde otra perspectiva y a tomar una decisión.

Se le humedecieron los ojos, pero apartó las lágrimas y bebió un trago de *whisky*.

—No quiere tener hijos y se niega a decirme por qué.

Su madre abrió los ojos.

—En efecto, tiene que haber una razón para ello; estoy segura.

—La única que se me ocurre es que no me quiera lo suficiente como para formar una familia conmigo. No olvides que él no me eligió. Se sintió obligado a casarse conmigo y quizá cuenta con dejarme ahora que me ha tenido. Quizá quiera retomar su vida de mujeriego.

—No lo creo. Te quiere. ¿Piensas que se habría puesto en peligro si no fuera el caso?

—No lo sé, madre. Ya no sé nada —suspiró al borde de las lágrimas—. Reconozco que no lo entiendo. Nos entendemos bien. Me hace feliz la mayor parte del tiempo, y pienso que yo a él. Y me gustaría creer que me quiere, pero… Quizá la complicidad no es suficiente para hacer funcionar un matrimonio.

Lo que quería decir con eso era que se entendían de maravilla en el plano carnal, y cuando le hacía el amor, tenía la sensación de ser la mujer más feliz del mundo. Pero tenía también la íntima convicción que una pareja no se resumía solo a la pasión compartida en la cama y que podía no ser suficiente.

—Creo que hay una explicación lógica para todo esto, Mary, sobre todo si te escuchas. Te repito: vuelve a Helen Hall y habla con él. Dile lo que sientes y fuérzalo a hablar contigo.

Sí… ¡Si no fuera igual de testarudo…!

—Lo voy a pensar, madre, te lo prometo —dijo ella para terminar la conversación.

—Ve a descansar; pareces agotada. Te llamaré para la cena.

—Creo que cenaré en mi habitación.

Se sentía incapaz de ver la felicidad de sus hermanos y de escuchar el balbuceo de los niños.

—Como quieras.

Mary terminó su copa y hablaron del dominio y del padre de Mary, que había partido para

visitar a las familias afiliadas a su clan, acompañado de sus otros dos hijos, y que no volvería en unos días.

Antes de acostarse, Mary llamó a la puerta de su hermano menor para ver a su cuñada, con quien mantenía una buena relación, antes de dejar a la familia, sorprendida de saber que estaba en el hogar y no haberla visto todavía. Su madre le había dicho que descansaba.

Cuando Stella abrió la puerta, comprendió la razón: esperaba un bebé; su vientre ya estaba muy hinchado. Mary sintió que se le encogía el corazón y se echó a llorar.

Es demasiado…

Un par de horas más tarde, volvió a la habitación que su madre le había asignado para acostarse sin haber cenado. Había perdido el apetito y la ira había dado paso a una pena inmensa y un gran vacío. Echaba de menos a Craig. Lo echaba tanto de menos que tenía la sensación de que le dolía respirar. Ya conocía ese sentimiento, pero en ese momento era peor, porque no solo había tomado posesión de su cuerpo y de su corazón en esos días que habían pasado juntos, sino también de su alma, y ya no había vuelta atrás.

Se moría de ganas de ir con él y lanzarse a sus brazos, de decirle una y otra vez que lo quería y que nunca amaría a nadie más; que, aunque tuvieran un hijo, no lo amaría menos si ese era su temor, sino al contrario, porque habría hecho de ella una madre. Le haría entender que quería un hijo de él precisamente porque era el hombre al que amaba. Así se sentiría plena. Para guardar una parte de él si algún día… dejaba ese mundo. No podía imaginárselo; se le rompía el corazón, pero, por desgracia, era una realidad; los hombres morían en la guerra y las mujeres en el parto.

Ese fue su último pensamiento antes de dormirse. El llanto se había apoderado de ella y ahora estaba extenuada.

26

—¿Qué ha pasado entre Mary y tú?

Craig miró a su hermano, que se acercado al camino de ronda, mientras él contemplaba el lago con un humor de perros. ¡Parecía acorde al tiempo! Se acercaba una tormenta, lo sentía en sus entrañas, así como en la molestia que sentía en las múltiples heridas de las batallas.

Suspiró.

—¡He sido un idiota!

Alexander dejó escapar una pequeña sonrisa y a Craig le dieron ganas de golpearlo. Como cuando eran niños. Siempre le había gustado buscarle las cosquillas a su hermano, y lo utilizaba para canalizar su ira. A menudo había envidiado la autoestima Alexander y el hecho de que nunca parecía dudar de sí mismo… Pero era mentira: su hermano cometía errores y dudaba de sí mismo, como todo el mundo. Pero no las mostraba, porque así era como lo habían educado.

Era el favorito de su padre y el destinado a convertirse en *laird,* a su muerte, mientras que él era el protegido de su madre, lo que se había convertido en una fuente de disputa entre ambos.

Sin embargo, Craig respetaba a su hermano y no estaba lejos de venerarlo. Y lo quería… como quería a Ewen. Pero entre Alexander y él era distinto. No era únicamente su hermano, sino también su amigo. Siempre había estado a su lado, lo había ayudado lo mejor que había podido y había intentado que fuera feliz. Y es que Alexander había sufrido, y precisamente por el dolor de su hermano, no era capaz de imaginar ni por un segundo que el destino pudiera arrebatarle a Mary, del mismo modo en que su hermano había perdido a Maddie. O como le había arrebatado a su madre antes que ella. Estaba dispuesto a todo por ella, por mantenerla a su lado, incluso a privarla de la felicidad de ser madre… pero, entonces, ella sería infeliz.

Tenía tantas cosas en la cabeza que se habría arrancado el pelo en busca de consuelo.

—¡Craig! —exclamó.

Luego farfulló algo ininteligible.

En realidad, no tenía ganas de hablar de sus problemas de pareja.

—¿Qué pasa? —reiteró su hermano.

—Pasa que me he portado mal con Mary y que se ha ido a casa de su madre.

—Eso no lo dudaba, no podría haber ido a ninguna otra parte. No, lo que quiero saber es por qué se ha ido.

De nuevo tuvo ganas de golpearlo.

—¡Ocúpate de tus asuntos!

Alexander rio más.

—¡Veo que mis obligaciones te divierten!

—Sí, y a ti también. Eres más tonto que el asa de un cubo. Es normal que te enfades, me habría sorprendido si no fuera el caso. Y, si quieres mi opinión, evita el aburrimiento. No hay nada peor que un hombre que se aburre con su mujer. Pero lo que me pregunto es por qué te quedas aquí cuando deberías haberla ido a buscar y traerla a rastras.

Fue su turno de reír.

—Le diré que ha sido tu idea, seguro que lo aprecia.

—Basta de bromas, Craig, ¿qué haces todavía aquí?

—No puedo darle lo que desea… —suspiró.

Mostró tal angustia que Alexander se estremeció.

Le gustaría… por supuesto que le gustaría darle ese bebé. Pero no podía. Era superior a sus fuerzas. No quería perderla. Comprendía que la perdería si no cambiaba de opinión, pero ¿qué más podía hacer? Si lo amaba, lo comprendería, ¿no? Quizá entonces renunciaría a ser madre…

—¿Qué desea ella que seas incapaz de darle?

Craig se giró a mirarlo, pero viendo que su hermano tenía la vista perdida a lo lejos, retomó su posición inicial.

—¡Quiere un hijo y yo no!

Ahí estaba, ya lo había dicho.

Esta vez sintió la mirada penetrante de su hermano sobre él.

—¿Y por qué no?

—Es difícil de explicar.

Sabía sobre todo que su hermano lo tomaría por un loco o por un cobarde, pero a la vez, si había alguien que podía entenderlo, ese era él.

¡Había pasado por eso!

—¿Es por mí? ¿Por lo que nos pasó a Maddie y a mí?

Sintió un nudo en su garganta cuando la mencionó.

—Siento si te he creado la imagen de ser un hombre hundido, Craig; seguramente pensaras que era alguien débil.

¿Perdón?

—Para nada, hermano. Nunca he pensado que fueras débil, al contrario; siempre me he preguntado cómo lo hiciste para encontrar el valor de seguir adelante tras haber perdido a tu mujer y a tu hijo. Y para seguir cuidando del clan.

Se miraron con intensidad, cada uno sumergido en sus recuerdos, los de aquel periodo tan doloroso. Ya habían perdido a su madre, a su hermana neonata y luego a su padre. Habían ganado la guerra contra los MacDonald y sí, la muerte formaba parte de lo cotidiano, pero el duelo los había golpeado con fuerza y había sido una época oscura para todos. Había sufrido por su hermano y se sentía impotente al no poder ayudarlo a llevar su tristeza. Había creído que no lo superaría jamás y, sin embargo, eso era lo que había hecho.

Con valentía.

¿No le estaba dando su hermano una lección de vida?

Pero ¿cómo confiar en la vida si ella disfrutaba robando todo lo que tenías o lo que habías construido? Por esa misma razón, debía aprovechar lo que tenía en el momento.

Se hacía demasiadas preguntas; ese era su problema.

—No estaba solo, Craig, y tú tampoco lo estás —acabó diciendo Alexander con la voz entrecortada.

Buscó sus ojos y siguió:

—La mayoría de los partos van bien. No tienes nada que temer, y menos ahora que tenemos a nuestra curandera con nosotros. Si Katel hubiera podido ayudar entonces, quizá Maddie estaría viva.

—Quizá. Pero ¿cómo estar seguros?

—No pretendo darte lecciones. Ya sabes que en la vida nunca estamos seguros de nada. Pero,

entonces, ¿qué? ¿Tenemos que impedirnos vivir? ¿O ser felices? ¿Quieres a Mary o no?

—Sí, la quiero, por eso no quiero perderla. ¡Me moriría si le pasara algo!

—La quieres, pero solo piensas en ti. Deberías pensar en ella.

—Lo sé —suspiró—. He llegado a la misma conclusión, pero es más fuerte que yo.

—Si quiere un hijo y aceptas la idea de tenerlo, tened un hijo y luego… Intenta estar presente y reza para que todo vaya bien. ¿Quieres tener uno algún día o no?

Buscó en su corazón antes de responder:

—No lo sé, Alex… Honestamente, no lo sé. Me gustaría, claro que me gustaría tener hijos, pero, como te he dicho, tengo mucho miedo.

—Todos tenemos miedos, Craig, y tenemos que aceptarlos. Pero ¿acaso la prueba de amor más bonita que puedes hacerle a tu mujer no es precisamente anteponer sus deseos a los tuyos?

—Tienes razón —suspiró—. Voy a pensar en ello.

Alex le golpeó el hombro con fuerza. El golpe lo dejó casi sin aliento, y luego gritó:

—¡Mira que te quiero, hermano!

—Tu confianza me honra. —Craig no pudo evitar reír.

El peso de su pecho se aligeró un poco; hablar con su hermano mayor siempre le hacía bien.

Observó el paisaje, esa naturaleza tan bella y que tanto quería. Contemplarla siempre había logrado calmar sus instintos. Era un hombre muy impulsivo, muy a su pesar. Sus pensamientos volvieron a Mary… La echaba tanto de menos que tenía la sensación de que le habían partido el cuerpo por la mitad. La idea de perderla le dolía. Si alguna vez le sucediera algo, no podría soportarlo. No podía evitar sentirse entre la espada y la pared: podía perderla si accedía a tener un hijo, y la perdería seguramente si no accedía a tenerlo… Sin embargo, respondió con la voz cargada de emoción:

—Parece tan sencillo… —suspiró tras varios segundos de silencio. Contempló el campo más allá de la muralla. Se acercaba el otoño; ya había clavado sus garras en la tierra, y sentía en los huesos que se acercaba la oscuridad.

No quería dejar que entregar su corazón al frío otoño.

Quería seguir siendo feliz.

—¡Lo es, créeme! —dijo Alexander a su vez—. En cualquier caso, debería serlo. Padre me decía que los miedos no eran más que el fruto de nuestra imaginación, y creo que tenía razón. Deja de pensar y ve a buscar a tu mujer.

Quería hacerlo, claro que quería hacerlo.

Quería a su mujer a su lado, pero ¿estaba listo para olvidar ese miedo omnipresente? ¿Ese miedo a perder a la persona a la que más amaba, más que a sí mismo? ¿El miedo de vivir lo que su padre y su hermano habían vivido? Había encontrado a la persona con quien construir su vida. Tenía una familia, su propia familia. ¿Era capaz de poner en peligro la felicidad que estaba a su alcance? Allí, en ese instante, lo ignoraba, pero una cosa era segura: no podía dejarlo todo como estaba.

Apretó el brazo de su hermano y le demostró con ese gesto que esa charla había aliviado su corazón, y que lo veía todo un poco más claro.

—¡Tienes razón! ¡Me voy!

Ahora que había tomado una decisión, estaba impaciente. Quería estar en tierras de los Kinkaid para abrazar a su mujer.

Lo primordial era salir pronto para encontrar a su mujer y decirle que la quería.

Dio media vuelta y corrió hacia la escalera, pero se detuvo al escuchar su nombre y una risa.

—Ahora no, hermano, ya es de noche. No sería razonable.

Se giró y sonrió a Alexander.

—Hay que arriesgarse por la mujer a la que uno quiere, ¿no?

Su hermano no podía contradecirlo; casi había muerto por la suya.

Una sonrisa iluminó el rostro de su hermano.

—¡Cierto! ¡Ve! Pero llévate a unos guardias contigo.

Craig asintió sin decir nada más y bajó las escaleras.

Tenía que darse prisa.

Quería ver a su mujer al despertar, explicarse, hacer las paces y hacerle el amor… No podía esperar.

***

Mary durmió muy mal. Craig se había invitado en sus sueños o, más bien, en sus pesadillas. Había soñado que lo perdía y se había despertado llorando. Esa situación no podía durar más, era demasiado infeliz. Echaba demasiado de menos a Craig, tenía la sensación de no ser ella misma sin él. Se había vuelto, al cabo de los meses, alguien indispensable para su ser y, aunque no le diera lo que ella deseaba con todo su corazón, quería seguir siendo su mujer. Quizá con el tiempo acabaría olvidando el tema de los hijos. Al fin y al cabo, siempre tendría niños a su alrededor…

Se levantó al alba, dejó la pequeña carta que había escrito en la mesa del salón para que su familia no se preocupara por su ausencia —y en la que decía que había ido a dar un paseo— y, tras haber cogido una manzana de la cocina, salió al patio en busca de la yegua.

Los guardias le abrieron las puertas. Cuando partió al galope, el sol apenas empezaba a brillar. El aire fresco le daba de lleno en las mejillas y le hacía derramar alguna que otra lágrima, pero ella lo adoraba. Nada como una cabalgada de buena mañana para recuperarse y apartar las dudas de su mente.

Incitó al animal a ir más rápido y, a cada paso, sentía que su corazón se aligeraba. Incluso sonrió. Era joven, fuerte, tenía toda una vida por delante y quería a su marido. Era un hombre extraordinario. Eso le hacía tan feliz que nada más tenía importancia. Su principal preocupación era —y seguiría siendo— él, Craig MacLeod. Vio su sonrisa, sus ojos un tanto oscuros y a su vez risueños cuando asaltaba sus labios, luego su cuerpo, el ardiente deseo que corría por sus venas y, finalmente, su alma.

Solo pensaba en él, así como en lo que le diría, luego en todo lo que le haría cuando estuviera de nuevo entre sus brazos. Empezaría por disculparse. No era su fuerte, pero tenía que hacerlo; se había ido sin decir nada. Le reprochaba que no le hablara y que hubiese huido la mínima, pero al final, ella había hecho lo mismo y ahora que su ira se había desvanecido como la niebla del alba al salir el sol, se arrepentía.

¿Se habría preocupado por ella?

Eso esperaba, pero a la vez, temía su reacción: era evidente que estaría enfadado y ella iba a usar todas sus armas para hacerse perdonar. Lo persuadiría.

Ralentizó su montura cuando llegó al lugar donde todo había comenzado. Creía que le costaría encontrar el camino, pero no había sido así, como si su cuerpo se acordara, como si estuviera escrito en alguna parte de su ser. Recuperó el aliento y descendió hasta la orilla del lago, que brillaba entre las ramas. Algunos restos de niebla permanecían sobre su superficie. Era magnífico, casi mágico. Misterioso, quizá. Se vio pensando en Craig al salir del agua, con su

cuerpo brillando bajo la luz, igual de magnífico. Estaba loca por su cuerpo, podría pasarse la vida acariciándolo, besándolo… Lo deseaba tanto… A cada segundo de su existencia. Y, ante todo, ella quería pertenecerle.

Se quedó un momento así, contemplando el agua. Sentía tanta calma que una dulce serenidad la envolvió. Si el ambiente no hubiera sido tan fresco, se habría bañado; aunque no hubiese sido razonable; su cuerpo sudaba por el esfuerzo que acababa de hacer y no quería mirar a la muerte a los ojos. Finalmente, tras unos segundos, dio la vuelta y retomó su camino. Había un lugar al que quería ir antes de volver a la fortaleza para preparar su equipaje y volver junto a su marido.

Pasó varias horas buscando el camino, pero no sabía la dirección puesto que, el camino que había entre el lago y la cabaña lo había hecho inconsciente, sobre el caballo de Craig. Eso le había contado él. Conocía solo la parte en la que ambos se habían dirigido hasta el hogar de su tío. Muy a su pesar, estaba a punto de renunciar, pero entonces vio algo ante ella. Se fijó para asegurarse y miró a su alrededor con atención.

¡Era la cabaña!

Allí es donde había visto a Craig dormido a su lado cuando la había sorprendido en el bosque medio desnudo.

Se le enrojecieron las mejillas y su bajo vientre se tensó, como si su hombre le estuviera haciendo el amor. No pensaba, antes de conocerlo entre sus brazos, que el placer pudiera ser tan grande, ni tan absoluto. Quizá porque había tenido la suerte de casarse con un hombre al que amaba con todo su corazón y toda su alma. Quizá porque Craig era un amante maravilloso y que sabía hacer disfrutar a las mujeres.

Se dejó caer de la montura, ató las riendas a un árbol al lado de la cabaña y entró. Todo estaba como recordaba: la chimenea, la mesa, la cama improvisada. Estaba lleno de polvo, pero el sol, en su punto más alto —debía de ser ya mediodía—, iluminaba el interior, y no estaba mal. No dejaba de mirar la cama, rellena de paja sobre la que se había despertado, envuelta por el olor de un hombre que emanaba del *plaid* con el que la había tapado. Un olor que le había hecho desearlo desde aquel día. Por primera vez en su vida, había deseado a un hombre y había deseado hacer el amor con él. Pero su educación había querido que se resistiera a ese deseo. Luego se había resistido aún más al haberlo reconocido; sabía la triste reputación que tenía entre las mujeres. No quería convertirse en ningún trofeo para ese hombre que coleccionaba aventuras efímeras. Pero ahora podía reconocer que había necesitado una dosis muy alta de voluntad para no caer rendida a sus pies. El deseo la había inundado. Si lo hubiera hecho, ¿dónde estaría hoy? No, era inconcebible. Craig habría accedido sin duda, pero ella no estaba dispuesta a perder su dignidad y su honor por unos instantes de placer, aunque no hubiera dejado de pensar en ello durante todo el camino. En realidad, su marido no había dejado de atraerla desde el primer instante, desde que había puesto sus ojos en él al verlo salir desnudo del agua.

¡Qué sorprendente podía ser la vida!

Había soñado con conocer el amor entre sus brazos, y el universo se lo había concebido. Hoy pertenecía a ese hombre. Al hombre de sus sueños y ella se sentía afortunada.

De repente, oyó el ruido de unos cascos y su cuerpo se tensó. Un caballo relinchó. Buscó desesperadamente un arma a su alrededor y, viendo el hacha cerca de la chimenea que Craig había usado, la agarró. Su corazón latía desbocado, se giró hacia la puerta, decidida a defender su honor y su vida. Con un poco de suerte, los intrusos pasarían de largo al creer que la cabaña estaba abandonada. Luego pensó en su yegua atada al lado de esta y perfectamente visible. Si se trataba de ladrones, ¿se la llevarían sin más?

Contuvo una risa nerviosa. Si se trataba de ladrones, la secuestrarían y pedirían un rescate a su marido. ¡Sabía que no tenía que aventurarse sola al bosque!

Dio un paso atrás y su cuerpo se tensó al escuchar a una persona saltar del caballo muy cerca. Luego los pasos se acercaron. Unos pasos pesados, definitivamente los de un hombre. Cuanto más se acercaban, más tenía la sensación Mary de que su corazón se detendría de pavor. Si solo era una persona y no un grupo de ladrones, quizá podría defenderse…

Corrió rápidamente hacia la puerta de la forma más discreta posible y levantó el hacha, dispuesta a asestarla en la primera persona que entrara. Había aprendido a defenderse, sabía cómo matar a un hombre con un arma y siempre llevaba la suya encima, atada alrededor de su muslo con una cinta de cuero. Quizá sería suficiente herir al hombre con el hacha y luego saltarle encima para clavarle el cuchillo en el cuello o en el vientre, y luego subir en dirección a su corazón.

La puerta se abrió lentamente. Tan lentamente que creyó desfallecer. Luego percibió una silueta. Se obligó a no moverse y a contener la respiración. Cuando la persona estuvo casi dentro, soltó un grito e intentó darle un golpe con el hacha con todas sus fuerzas. Pero el hombre, al sentirse amenazado, dio un paso al lado y detuvo el arma con una mano.

—¡Vamos, Mary, así no se recibe a tu marido!

—¿Craig? —gritó ella, y luego soltó el arma y se lanzó a su cuello. Comprendió que podría haberle partido la cabeza en dos y haberlo matado.

¿Por qué no la había llamado para avisarla?

—Perdón. Tenía miedo —se defendió.

Craig la apartó de él.

—¡No vuelvas a hacerme eso! —protestó.

Encontró su mirada furibunda.

—Lo siento. No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—¡Eso ya me lo dijiste la última vez! ¡Por Dios, Mary, estaba muerto de preocupación!

—Sé que te hice la promesa de no huir nunca sin decirte nada, pero es tu culpa. ¡Estaba enfadada contigo!

Ella dio un paso atrás con el corazón en la mano, mientras Craig se quedaba inmóvil ante ella, con una mirada que la devoraba. Una mirada que ella le devolvió, igual de implacable. Se fijó en sus rasgos cansados y en el polvo de su ropa. Parecía agotado, y eso la inquietó.

Se observaron con intensidad durante lo que le pareció a Mary una eternidad. Luego, cuando se sintió perdida, Craig se lanzó contra ella, contra sus labios. La apretó contra él y la besó como si su vida dependiera de ello. Mary le devolvió el beso con pasión y notó que su cuerpo se encendía ante el gesto de su amante. Nunca la había besado con tanta pasión y ella no se quedó atrás. Fue ella misma quien tomó la iniciativa y deslizó las manos bajo su camisa tras haberla sacado del *kilt.*

Quería que la tomara.

Craig interrumpió el beso y, sin mediar palabra, se deshizo del *plaid*, se retiró la camisa y se desabrochó el *kilt*, que cayó a sus pies, lo que reveló su sexo, duro y erecto. Mary contuvo la respiración, pero se embaló de nuevo cuando Craig avanzó hacia ella y le retiró la capa. Plantó sus ojos en los suyos mientras deshacía los lazos de su vestido, que finalmente deslizó por su cuerpo. Sus ojos continuaron devorándose mientras acariciaba el final de su vientre. Se excitaron cuando él continuó el camino hasta su sexo, que luego acarició y la hizo gemir.

Seguía sin decir nada, solo sus alientos se hablaban, pero Mary podía leer en su mirada todo

lo que las palabras no habrían podido expresar. No necesitaba palabras y tampoco necesitaba hablar. Era otra cosa lo que deseaba. Quería responder a esa fiebre que veía en los ojos de Craig y quería sucumbir.

Se acercó más, se pegó a ella y tomó su nuca entre las manos. Los senos de Mary se entregaron a él, y su carne sucumbió a la llama. Sintió cómo su sexo se dilataba a la espera de que lo tocaran. Su boca se abrió en un grito mudo cuando los dedos de Craig entraron en su intimidad. Casi no pudo evitar correrse Entonces retomó sus labios ferozmente, apasionadamente, y frotaba sus dedos con un vaivén ansioso pero dulce, buscando siempre entrar en ella. Luego la acarició rápido y fuerte que le fue imposible contener los gemidos.

Pero quería más. Mucho más.

Lo quería a él entero.

Agarró el miembro de Craig entre sus manos y lo hizo gemir. Le había enseñado cómo acariciarlo, cómo besarlo y cómo llevarlo al placer, y ella lo adoraba. Adoraba someterlo a su voluntad —como él hacía con ella—, adoraba satisfacerlo, ver sus ojos arder, su cuerpo tensarse y luego temblar cuando por fin se corría. Adoraba sus gemidos graves y viriles, como en ese momento, mientras ella rodeaba su pene con la mano y lo apretaba en un duro vaivén.

Estaban a punto de correrse a manos del otro. Sus bocas se rozaban; estaban cerca la una de la otra, entreabiertas y buscando exhalar el placer que se daban, que compartían en los ojos del otro. Se poseían con la mirada y se hacían el amor. Craig no pudo más: retiró los dedos de sus carnes y la cogió por los muslos para llevarla hasta la cama, sobre la que la tendió. En cuanto su espalda reposó sobre el catre, entró en ella de un poderoso golpe de cadera, y ambos gritaron de éxtasis. Luego comenzó a hacerle el amor, y fue maravilloso. Todavía más fuerte y apasionado que de costumbre. Más intenso. Sus gritos de placer se correspondían, sus alientos se aceleraron mientras su placer aumentaba. Era tan agradable y fuerte que se le escaparon unas lágrimas. Apretó a Craig contra ella; lo agarraba cada vez más con sus brazos y sus piernas, que cerró para que fuera la penetrara con mayor fuerza. Se dejó perder totalmente, plenamente, y se lo dio todo, hasta el alma, que ya poseía. Pronto no fue capaz de contener el éxtasis y se corrió con violencia, consciente de que sus carnes se tensaban alrededor del miembro de Craig. El gozo era tan grande que él no pudo contenerse. Y cuando pensaba que Craig se iba a retirar para correrse a su lado como tenía la triste costumbre, la tomó todavía con más fuerza y se hundió de una fuerte estocada en su interior. Liberó su semilla en ella por primera vez, y soltó un grito de placer. Sus ojos se abrieron como si se hubiera sorprendido y continuó yendo y viniendo mientras gemía, con el fin de que ella se corriera de nuevo. Luego, se quedó dentro de ella, sin moverse.

Deslizó sus manos por su frente para apartar el pelo húmedo por el sudor de la pasión y depositó un beso en sus labios.

—Si hubiera sabido que se sentía así de bien —dijo él tras haberla contemplado con intensidad—, me habría liberado dentro de ti desde la primera vez.

Mary sonrió y puso una mano sobre su rostro.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No quería perderte —dijo con la voz rota—. Tenía miedo. Todavía tengo miedo de perderte, claro, pero quiero hacerte feliz. Así que, si quieres un hijo, tendremos un hijo.

Mary sintió un nudo enorme en la garganta.

—Todo irá bien, te lo prometo. No soy como Maddie; soy fuerte, tengo buena salud y creo que soy bastante dura.

No quería hablar de la madre de Craig, puesto que no sabía exactamente lo que había pasado.

No la conocía personalmente, a diferencia de a Maddie. Además, pensaba que el tema era demasiado delicado para abordarlo en ese instante con su marido. Lo hablarían algún día, sin duda, como hablarían de lo que había sentido con su muerte, de sus relaciones, igual que de su padre.

—Sí, eres dura, y por eso mismo es como te quiero.

—¿Me quieres, entonces? —preguntó ella al borde de las lágrimas.

Últimamente había dudado de su amor. Se había metido ideas estúpidas en la cabeza. Creía que, tras haber disfrutado de su cuerpo, dejaría de atraerle y la abandonaría para retomar su vida de mujeriego.

—Sí, Mary, te quiero. Te quiero con locura. Te quise desde que te vi por primera vez.

—Yo también te he querido desde la primera vez que te vi —reconoció ella.

—Desde que me viste desnudo, querrás decir.

Ella rio y se sintió tan bien que continuó cuando Craig le besó el cuello.

—Desde que viste lo que tengo en la entrepierna —continuó mientras le besaba el vientre.

Mary sintió que su respiración se aceleraba. Acababan de entregarse al otro, pero ya lo deseaba de nuevo y quería unirse a él. Sobre todo si iba a ser igual de mágico que lo que acababa de pasar.

—Sí, también… —rio ella antes que él pusiera sus labios en su pequeño punto sensible. Luego gimió y se entregó de nuevo al placer.

Su respiración se entrecortó cuando la besó y luego metió su lengua en su intimidad.

Agarrada a sus rizos castaños, apretó el rostro de Craig contra su feminidad para incitarlo a ir más lejos. Y, cuando frotó con su pulgar su punto caliente, ya sumido a una dura prueba por los asaltos anteriores, explotó de placer en su boca. Un placer que lamió para enseguida volver a sus labios.

Sintió su sabor en su boca y, lejos de disgustarla, la hizo estremecer, puesto que era el sabor de sus placeres mezclados. Un placer en el que se entregaba a ella, como le gustaba hacer. Sí, Craig era un mujeriego, el cuerpo de las mujeres y cómo hacerlas disfrutar para que se corrieran no tenía ningún secreto para él, y estaba feliz de que pusiera su gran experiencia sensual a su único servicio. Quería correrse una vez tras otra en sus labios y en su sexo.

Su marido le pasó las manos por encima de su cabeza, la aprisionó para que no pudiera escapársele y entró de nuevo en ella, sometiéndola a su miembro duro como la piedra. Mary se sintió de nuevo llena, divinamente poseída y, a cada golpe de caderas, gritó de placer cuando chocó en su interior, lo que la hizo estremecerse, embestida tras embestida.

Cada vez era más fuerte, más intenso.

Pero, de repente, cuando ella iba a correrse, Craig salió de su cuerpo.

—¡Ponte a cuatro patas! —ordenó con voz grave.

Ella obedeció y él le agarró el pelo con las manos.

Sabía que le gustaba esa postura, que le permitía llegar a lo más profundo de su vientre. Entró de nuevo en su feminidad, mientras empujaba con una fuerza divina su miembro para abrirse paso en su interior. Él tiraba de su pelo hacia atrás, y le arqueaba la espalda. Se sintió abrumada, sometida al placer de su hombre y al que ella se entregaba en cuerpo y alma. Él la tomaba con un ritmo frenético, cada vez más fuerte, más duro. Cuando le dio un azote en el culo mientras se sumergía en su vientre, se sintió desfallecer y gritó de placer. Estaba agotada, pero sintió que el miembro de su marido era una delicia, se corrió de nuevo. Fuerte. Más fuerte que nunca. Craig se unió a ella, con unos jadeos dignos de un animal y con el cuerpo tenso como un arco.

Se quedaron así durante unos segundos: ella inclinada hacia delante con la cabeza entre las manos, y él todavía hundido en ella, agarrado a sus caderas, con sus dedos incrustados en su carne. Le quedarían marcas, pero entonces se acordaría con emoción ese momento como el más intenso que nunca había vivido.

Se incorporó y sintió los labios de Craig sobre su hombro.

—Gracias, mi amor, soy tuyo —murmuró en su oreja antes de apartarse y dejarse caer sobre su espalda.

Le tendió el brazo.

—¡Ven!

Mary se dejó caer contra él y él la abrazó.

—¿Tienes frío? —preguntó tras unos minutos de silencio, durante los cuales dejaron que sus respiraciones volvieran a la normalidad.

—No, estoy bien.

Le dio un beso en el pelo e inspiró, como si quisiera disfrutar de su olor.

—Perdóname —murmuró de nuevo—. He sido un poco brusco, pero… creo que me haces perder la cabeza, mi amor. Es magnífico liberarme dentro de ti… Creo que no me cansaré jamás.

Ella supuso que, efectivamente, nunca se había corrido en el cuerpo de una mujer, puesto que solo podía hacerlo con la que escogiera como esposa. Alguien que pudiera traer a sus hijos.

Mary levantó la cabeza, apoyándose en su torso todavía caliente y clavó sus pupilas en las de su marido.

—Para mí también ha sido maravilloso. Y nunca será demasiado fuerte. Adoro pertenecerte y puedes hacer lo que quieras conmigo, sobre todo si lo disfruto como lo he disfrutado hoy. Y bien, ¿es diferente cuando tú… cuando te corres dentro de mí? —se atrevió a preguntar y sintió que se sonrojaba.

Soltó una carcajada.

—Me encanta cuando te sonrojas de esta manera, y cuando eres capaz de dejarme tomarte cuando te deseo. A veces me cuesta imaginar que no conocías nada del amor antes de convertirte en mi mujer. Y, para responder a tu pregunta, antes no pensaba que me importara, pero ahora lo he descubierto y lo he disfrutado. Estoy perplejo, pero no tengo queja.

Mary hizo una mueca.

—Al principio, tenía miedo de que me encontraras demasiado cursi, demasiado… ingenua…

—Al contrario —dijo divertido mientras pasaba el dedo por su labio inferior—. He adorado ser el primero en iniciarte al placer.

—Reconozco que eres buen profesor y que tus lecciones me llenan.

—Tú también me llenas, mi amor.

Mary contuvo un bostezo. Estaba agotada, pero todavía tenían cosas de las que hablar.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Le besó la frente y respondió:

—No lo sabía. Quería volver a ver el lago antes de ir a casa de tus padres, luego a nuestra cabaña, y he reconocido tu yegua.

—Perdóname por lo de antes. Deberías haberte anunciado; podría haberte matado.

Se estremeció de nuevo.

—¡Quería sorprenderte! —dijo divertido.

—¡Y lo has conseguido! Creía que mi corazón dejaría de latir.

—Mi niña impetuosa —murmuró él mientras buscaba sus labios para besarla

apasionadamente.

—¿De verdad quieres un bebé? —preguntó ella tras haber interrumpido su beso y haber inspirado profundamente—. No querría que lo hicieras por mí, Craig, sino porque realmente lo quieres.

El corazón de él latió desbocado; era el momento de la verdad.

Agarró su nuca y se hundió en sus ojos.

—Sí, mi amor, quiero tener hijos. Es mi mayor deseo, tener un hijo contigo. Perdóname, me he comportado como un imbécil.

—Tenías miedo a perderme, me lo has dicho antes.

—Primero fue mi madre, luego Maddie y…

Mary le puso los dedos en sus labios para que no siguiera hablando. No quería que se torturara con esos dolorosos recuerdos.

—Lo sé.

Vio con estupor cómo los ojos de Craig se llenaban de lágrimas. Ver a un hombre tan orgulloso y valiente derramar una lágrima por miedo a perderla la emocionó. Se quedó sin palabras.

—Perdóname —imploró una vez más.

—Oh, mi amor, claro que te perdono —respondió ella mientras se acercaba a él. Ella también estaba al borde de las lágrimas—. Todo irá bien. Y tendremos los niños más bonitos y fuertes del mundo.

Se incorporó y acarició su mejilla.

—Pero seguirás siendo el centro de mi mundo, porque te querré siempre. Incondicionalmente.

Puso sus labios sobre los de él y se besaron ferozmente antes de unirse una vez más.

Al final del día, abandonaron la cabaña para volver a la fortaleza de los Kinkaid, ebrios de amor y seguros de su futuro.

27

Mary estaba tranquila, ocupándose de su tapiz, junto con su cuñada, y el pequeño Malcolm estaba en el suelo, a sus pies. Entonces, un dolor le atravesó el vientre, y le subió la bilis hasta la boca. Se levantó con brusquedad y tuvo el tiempo justo para salir del hogar antes de que un dolor más fuerte la hiciera encorvarse. Se apoyó con una mano en la pared y devolvió. Los esfuerzos la llevaron a las lágrimas. Llevaba varios días vomitando. Katel, a quien había consultado el mes anterior, le había confirmado lo que ella intuía: esperaba un bebé.

La curandera le había palpado el vientre y le había dicho que todo parecía estar bien. Como su periodo se había retrasado unos quince días, había calculado que estaría embarazada de un mes. Había deducido que Craig y ella habían concebido al bebé en la cabaña… pero ¿cómo saberlo? En realidad, hacían el amor cada noche. De todos modos, le importaba más bien poco el dónde y el cuándo; se sintió feliz al recibir la noticia. Aunque le habría gustado esperar unos días antes de decírselo a su marido. Tanto para hacerse a la idea como para prepararse antes de contárselo. Esperaba que fuera igual de feliz que ella.

Por el resto, estaba tranquila. ¡Todo iría bien!

Lo que no había previsto era sentirse tan agotada y enferma. Deseaba a su marido, pero se dormía en sus brazos tan pronto como le hacía correrse y ya no había una segunda o tercera vez. Lo que no les impedía volver a hacerlo al alba, antes de que Craig dejara la cama para empezar su turno de vigilancia de las tierras. Su pasión era insaciable, y aún se sentían como en la luna de miel; por eso eran tan felices.

Volvió a la sala común, se sentó y retomó su obra.

Desde que estaba embarazada, y aunque creyera que los trabajos de aguja eran aburridos, sentía que había relajado en cierto sentido su temperamento y rebeldía. Mientras trabajaba, dejaba que su mente divagara y pensara en su bebé, en cómo lo llamarían, en a quién se iba a parecer… ¿Sería igual de tranquilo que Malcolm o más alborotador? Con unos padres como Craig y ella, apostaba que sería como un pequeño tornado.

—¿Cuándo se lo dirás a Craig?

Mary levantó la cabeza al escuchar la voz de Elizabeth.

—¿Lo sabes?

—Acabo de confirmarlo, pero reconozco que la idea había aflorado en mi mente al verte tan cansada. De normal estás llena de energía.

Mary se apoyó en el respaldo de su asiento de madera y se colocó su obra sobre las rodillas.

—Estoy agotada y no dejo de vomitar. Un poco menos desde que Katel me dio las hierbas, pero demasiado para mi gusto.

—Yo también vomitaba todas las mañanas, desde que ponía un pie en el suelo —le confió su cuñada con una sonrisa—. Debería pasarse a los tres meses. ¿De cuánto estás?

—De un poco más de un mes…

—¡Me alegro tanto por ti! —Se inclinó y agarró la mano de Mary, que apretó en gesto de complicidad—. Estoy segura de que Craig también se alegrará.

—Eso espero…, pero seguro que sí. Lo hablamos después de mi *huida*, y coincidíamos en que queríamos tener hijos.

—Tenía miedo por vosotros. ¿Era eso? —le preguntó tras haber soltado su mano y haber retrocedido.

—Sí. Creo que la muerte de su madre y la de Maddie dejaron huella en él.

—Sí, como le pasó a Alexander. Pensaba que no superaría jamás la pérdida de su primera esposa, y creo que el recuerdo todavía lo acecha; pero la vida continúa, ¿verdad? Hay que aceptar las penas para disfrutar de las alegrías y no darle mucho peso al pasado.

—Estoy de acuerdo contigo… Ah… pero…

Se incorporó al escuchar unos caballos en el patio, mientras se preguntaba quién podría ser a mediodía. Craig llegó temprano, ya que la noche caía con rapidez en esa época del año.

Corrió al exterior y creyó desvanecerse cuando vio que era Craig y su tropa. Acababan de entrar al patio. Su marido estaba herido en una pierna. Estaba lleno de sangre. Echó a correr en su dirección mientras llamaba a Katel, que salió de la cocina, donde estaba ayudando a su abuela, Teresa, con los preparativos de la cena. Dos hombres del clan ayudaron a su marido a bajar del caballo. Ocupó el lugar de uno de los guardias para ayudarlo y Craig se apoyó en ella intentando sonreír. Mary sentía pavor por su estado.

¿Cuánto tiempo llevaría sangrando?

No tuvo tiempo de hacerse la pregunta porque la curandera tomó el mando y les ordenó que lo llevaran a la mesa de la cocina.

Craig le dijo con voz débil que tenía que dejar que se ocuparan los hombres porque era demasiado pesado para ella y que podría hacerse daño, pero no lo escuchó y apretó los dientes. En efecto, su marido pesaba bastante. Pero cuando Katel insistió en ocupar su lugar mientras la miraba con los ojos abiertos, comprendió que no debería forzarse tanto o podía perder al bebé.

Aunque en ese momento, era Craig quien le preocupaba.

—Déjenos hacer, mi señora, sea razonable…

Ella accedió. Los dejó continuar y miró al amor de su vida, al que habían arrojado a la mesa de la cocina. Sus hombres lo observaban a su alrededor. Se frotó las manos con angustia y rezó:

Dios mío, haz que no muera. Ahora no.…

No dejó de rezar para que todo fuera bien, pero cuando Katel puso en evidencia la herida del muslo, creyó que volvería a desplomarse y retrocedió para apoyarse en el mueble donde habían puesto las ollas, las copas y los platos. El torniquete con la cinta de cuero había parado la hemorragia, pero la herida tenía una pinta horrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Katel mientras Teresa, muy acostumbrada a ver este tipo de heridas, le traía agua.

Mientras escuchaba las explicaciones de los guardias —a las que no prestó mucha atención, puesto que estaba concentrada en el rostro de Craig, que claramente sufría—, Katel se lavó las manos y abrió su bolsa. Craig gimió de dolor con los dientes apretados al sentir que ella vertía un líquido sobre la herida abierta, que Mary pensó que era *whisky*.

Fue en ese momento cuando Alexander entró en la cocina. Se acercó a Craig y le hizo beber un buen trago de *whisky* y le tomó la mano para que sintiera que estaba ahí con él, mientras Katel cicatrizaba la herida con una hoja tras haberla pasado por una llama.

No pudo ver más y se obligó a salir para vomitar de nuevo.

—Ven, te llevaré a tu habitación. Estarás más tranquila —le dijo Elizabeth, mientras ella gemía tras el esfuerzo que había hecho.

—No… Quiero quedarme cerca de él. Me necesita.

—Sé razonable, Mary. Apenas te mantienes en pie y Katel ya tiene suficiente con uno.

Su cuñada tenía razón.

Asintió y no se resistió cuando la condujo hasta la habitación que compartía con Craig. Se acostó en la cama.

—Voy a pedir que te enciendan el fuego. Craig no debería tardar en subir.

—Gracias, Elizabeth —le respondió Mary antes de que la fatiga pudiese con ella—. Eres como una hermana para mí.

Su cuñada la cogió de la mano.

—Para eso está la familia. Descansa. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Elizabeth. Y gracias otra vez —reiteró ella.

Sus ojos se cerraron tan pronto como salió su cuñada, pero el sueño no la venció; estaba demasiado preocupada por Craig. Se consoló repitiéndose que era fuerte y tenía buena salud. Le curarían la herida y sanaría bien. Para distraerse recordó lo que sus hombres le habían dicho: una tropa de espadachines los había asaltado y habían intentado matarlo. Eso fue lo que vieron. Había peleado como un condenado, él solo contra varios. Sus hombres estaban a su lado, también defendiéndose. Habían conseguido matarlos a casi todos, pero algunos habían huido y Craig había enviado a sus hombres a que los buscaran. Por lo que le habían contado, se había salvado por los pelos. Un poco más arriba y su asaltante le habría perforado un lugar cerca del muslo que desangraba a un hombre en pocos minutos. Craig había escapado por poco y sintió que se le paraba el corazón de tan solo imaginarlo.

¿Quién había podido ordenar tal acto?

¿Quién odiaba a Craig tanto como para querer matarlo?

Solo un nombre le vino a la mente: Somerset. Seguramente estaba en sus tierras de Inglaterra, dado que Craig lo había amenazado con colgarlo por secuestro si volvía a poner un pie en Escocia. Pero con ese tipo de hombre, ¿cómo se podía estar seguro de que obedecería? Además, tenía poder. Tenía que contárselo a Ewen. Estaba en la frontera; quizá pudiese vigilarlo él mismo.

Debió de haberse dormido, porque se sobresaltó y se sentó de golpe cuando escuchó la puerta de su habitación abrirse. El fuego ardía en la chimenea, lo que hacía que el frío de la habitación fuera más soportable. Miró cómo los guardias dejaban a Craig con cuidado a su lado. Parecía profundamente dormido.

—¿Cómo está? —preguntó a Katel, que los había acompañado.

—He cosido la herida. Era profunda pero no mortal.

—¿Un cuchillo?

—Sí, seguramente. Tendremos que estar atentos. Si tiene fiebre, llámame enseguida. Le he dado unas plantas para evitarlo, pero a veces no es suficiente. También lo he dormido para que no sufra demasiado.

—Gracias, Katel. ¿Qué haríamos sin ti?

A veces, Mary se preguntaba si todavía pensaba en Ewen, su antiguo amor.

—De nada, mi señora. Es mi deber, y haría lo que fuera por mi clan. Y usted, ¿cómo está? —añadió queriendo desviar la conversación.

Cierto, era su deber y su elección la de curar a los MacLeod, pero eso igualmente demostraba un buen corazón. Además, la curandera había sacrificado su felicidad por el clan. Mary se preguntaba por qué, ya que no se atrevía a preguntárselo de forma directa. En realidad, nada

impedía que Katel tuviera una vida de mujer y que, al mismo tiempo, se centrara en su oficio.

—Ahí vamos. Los vómitos son incómodos, pero menos frecuentes y dolorosos —acabó confesando ante su mirada curiosa.

—¿No te duele en la zona del bajo vientre?

—No, todo va bien.

—Perfecto, entonces. Los dejo para que descansen los dos, mi señora. Su marido debería dormir largo y tendido, pero tendrá que estar ojo avizor. Pediré a algunos hombres que vigilen su puerta.

—Gracias, Katel, eso me tranquilizaría. Los enviaré a buscarte si le sube la fiebre durante la noche.

Rezaría para que eso no sucediera.

—Le deseo buenas noches, mi señora.

—Buenas noches, Katel. Y gracias.

—De nada.

Katel salió y Mary subió la sábana, junto con las pesadas pieles que servían de manta, hasta la barbilla de Craig para que no tuviera frío. Solo llevaba su camisa y, bajo esta, había podido ver los vendajes manchados de un poco de sangre. El fuego crepitaba en la chimenea y el calor comenzaba a notarse, pero todavía faltaban algunas horas para vencer al frío. En general, no necesitaban fuego, el de su pasión era suficiente y entraban en calor cuando hacían el amor. Esa noche sería distinta, pero Craig estaba vivo, y eso era todo lo que importaba en esos momentos.

Le acarició el rostro con las yemas de los dedos y se inclinó para besarle con cuidado los labios.

—Te quiero —susurró con lágrimas en los ojos.

Estaba tranquila, pero horas atrás había tenido miedo de perder al hombre que amaba. Cuando quería a alguien, siempre tenía miedo de perderlo, y no imaginaba su vida sin esa persona. No imaginaba su vida sin Craig, moriría por dentro. Sin embargo, en caso de que sucediera, estaría obligada a vivir, puesto que en su vientre crecía su hijo. Un hijo que necesitaría a su madre y al que no podría abandonar.

Sacudió la cabeza y se regañó por tener esos pensamientos. No era normal en ella y se preguntó si algo tenía que ver con su estado.

¡No le pasará nada! Craig saldrá de esta —se convenció.

Se tumbó a su lado y pasó un brazo por su torso, bajo la sábana. Estaba caliente, pero no demasiado, lo que la tranquilizó. Sus párpados se hicieron pesados. Se dormiría en pocos minutos, así que se prometió espabilarse. De todas formas, si Craig se despertara agitado, como estaba abrazada a él, lo notaría.

Se durmió con ese pensamiento, pegada al calor de su marido.

***

Cuando Craig abrió los ojos y salió de la calígine del sueño, ya había amanecido. Le dolía todo el cuerpo. Era como si lo hubieran molido a golpes. Le costó darse cuenta de dónde estaba. Cuando consiguió recordar, cayó en que estaba en su hogar, en su habitación, en su cama.

Giró la cabeza para contemplar a su mujer, dormida a su lado, con la nariz apoyada en brazo.

Se puso lentamente de lado para no despertarla, aliviado de ver que su muslo no lo hacía sufrir demasiado. En cualquier caso, el dolor era soportable. No sabía lo que Katel le había dado, pero

había hecho maravillas una vez más. Había hurgado en su herida para asegurarse de que no había ningún trozo de metal en el interior, la había cosido, la había empapado con un bálsamo que olía a menta y luego le había vendado el muslo.

Más tarde, le había hecho beber un líquido y se había dormido como un bebé. Había esquivado la fiebre, lo que era magnífico. Había salido de esa sin demasiados daños, aparte del dolor. Tendría la pierna rígida durante un tiempo, pero eso no sería nada.

¡Ese cerdo había fallado estrepitosamente!

Cuando peleaban cuerpo a cuerpo, se había sacado un puñal de la bota y se lo había clavado en el muslo, pero no había asegurado el golpe. Todos los guerreros dignos sabían dónde golpear para que un hombre se desangrara en poco tiempo, lo que le hizo creer a Craig que ese individuo no era alguien experimentado. Aunque se preguntaba quiénes serían esos hombres y quién los había enviado a matarlo.

Esperaba que sus tropas llegaran a capturar a los supervivientes para poder interrogarlos. A menos que Alexander lo hiciera sin él, puesto que dudaba de que pudiera levantarse en algún tiempo, incluso con toda la voluntad del mundo. Se quedaría en la cama algunos días y aprovecharía para descansar; lo necesitaba. Y disfrutaría así de su mujer en vez de dejarla sola todo el día.

Suspiró.

Sí, había faltado poco para que perdiera la vida, pero ahí estaba, y pretendía aprovechar el tiempo para seguir haciéndolo plenamente. Con ella: la mujer de su vida.

Había peleado con rabia. Habría sido inconcebible que su existencia terminase de esa forma. Quería volver a ver a su mujer y vivir mucho tiempo a su lado. Solo pensaba en ella y eso le había dado la valentía y la audacia necesarias.

Le acarició el rostro.

Estaba tan bella, entregada al sueño… Mary era su sol, ese sol que lo calentaba e iluminaba día y noche.

Se inclinó para posar un beso en sus labios y sintió que se estremecía. Se frotó los ojos, se estiró y abrió los ojos. Se dio unos momentos para volver del sueño.

—Buenos días, preciosa.

—Oh, Craig, ¿te has despertado? ¿Cómo te encuentras, te duele mucho? Dios —se embaló—, tendría que haberte cuidado… En cambio, me he dormido como una tonta. ¿Estás bien, no tienes fiebre?

Le tocó la frente, nerviosa.

Le agarró la muñeca y la calmó con una sonrisa en los labios.

Su niña impetuosa e indomable…

De repente, ella se echó a llorar. Él la soltó y la tomó entre sus brazos para consolarla.

—Ya está, tranquila. Estoy bien, no me duele mucho y estoy vivo…

—Lo sé, pero… —dijo ella con voz ahogada—. No he cumplido con mi deber. Tenía que cuidar de ti y…

La apartó de él y tomó su rostro entre las manos.

—Eh… No pasa nada, estoy bien. No necesitaba que me vigilaras. Además, debías de estar agotada por lidiar con todas esas emociones.

—He tenido mucho miedo…

—Lo sé, mi amor, pero no ha sido más que un pequeño corte. En dos o tres días estaré como nuevo.

—¿Un pequeño corte? —se indignó ella—. ¿Estás de broma? ¡Se veía el hueso! Espero que hayas previsto descansar.

—¡Un guerrero nunca descansa! —dijo con un tono ocurrente.

—¡Craig!

—Sí, mi amor, voy a descansar, y tú me harás compañía. Pero te advierto que, cuando no estoy en mi mejor estado, me vuelvo… insoportable. Oh, mi amor, ¿por qué lloras?

La tomó de nuevo entre sus brazos y pasó una mano por su nuca.

—¿Tanto miedo has tenido?

Sacudió la cabeza, visiblemente incapaz de pronunciar una palabra. Él sonrió. Estaba realmente preocupada por él y eso lo conmovió. Antes de conocerla, no pensaba que el amor de una mujer pudiera transformar de tal forma a un hombre. Se había vuelto un sentimental, y eso le gustaba.

—Estoy aquí —la tranquilizó, mientras le acariciaba el pelo.

—He tenido miedo de perderte —suspiró angustiada.

Eso no le pegaba nada. Mary era valiente y rebelde, y tenía confianza en sí misma; pero… la gente cambiaba en función de las circunstancias. Él mismo sabía algo de eso.

—Sobre todo porque… —continuó ella antes de detenerse.

La tomó por los hombros y la giró en su dirección. Luego buscó su mirada y preguntó:

—¿Porque…?

Sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas.

—Porque estoy esperando un bebé. Nuestro bebé.

Parpadeó varias veces. Creía haberlo entendido mal.

—Tú… ¿Estás segura? Quiero decir… No puede ser otra cosa, ¿no? Una indigestión o… no sé, pero…

Ella le impidió que siguiera balbuceando al poner los dedos sobre sus labios. Sonrió.

—Sí, Craig, estoy segura.

Él le agarró los dedos y los apoyó con más fuerza sobre su boca para besarlos, incapaz de comprender las extrañas sensaciones que lo invadían, ya que nunca las había sentido: miedo, felicidad, orgullo…, todo eso a la vez. Pero fue el amor lo que ganó. Un amor tan grande que casi consigue que su corazón explote.

Se apartó lentamente los dedos de su mujer de la boca y los sostuvo en su mano.

—¿De verdad? ¿Seré padre? —preguntó con la voz llena de emoción.

—Sí, Craig, tendremos un hijo.

No pudo evitar sonreír como un idiota, no porque eso hiciera feliz a su mujer, sino porque él también lo estaba. Y, como no supo qué decir para hacerle entender a Mary que esa noticia lo llenaba de alegría, llevó una mano hasta su nuca para atraerla hacia él y besarla apasionadamente. Esa fue su forma de transmitirle todo el amor y felicidad que sentía. La hizo rodar sobre él y se puso sobre su espalda, con su miembro tenso entre los dos. Deslizó las manos bajo su camisón para agarrarle las nalgas y apretarla contra esa parte de él que la deseaba intensa y violentamente.

—Craig, no es razonable.

Pero la razón y él no eran una buena combinación; ella lo sabía desde hacía tiempo.

—Es mi pierna la que está herida, no mis bajos.

—Ya lo veo. Parece que funciona perfectamente —dijo ella con una sonrisa pícara, mientras se quitaba el camisón y luego retiraba la camisa de él—. Pero si te duele, no puedes quejarte.

—Nunca… ¡Ven!

Ya no podía más. Quería sentirla a su alrededor. Necesitaba su calor, sus besos, sus brazos y su humedad. Y si los dolores se volvían insoportables, Katel lo solucionaría más tarde.

Cuando Mary se levantó sobre su miembro y lo hizo entrar en ella hasta el fondo, no fue capaz de pensar en otra cosa que en la felicidad de la vida. En eso y en el acto del amor por el que se entregaba a su marido, que le hacía tocar el cielo con los dedos.

Epílogo

—¿Por qué dura tanto? ¿Y por qué grita tanto? Le duele. Seguro que le duele —no dejaba de repetir Craig mientras daba vueltas como un león enjaulado.

Alexander le tendió la copa que acababa de llenar.

No sabía cuánto había bebido, pero no estaba lo suficientemente ebrio como para no oír y no darse cuenta de que su mujer estaba sufriendo un martirio. Lo sabía: nunca debería haber aceptado hacerle un hijo.

—Cálmate, hermano. Todo va bien, siempre es lento la primera vez. Y si grita tanto es que todavía tiene fuerzas.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Toma… Te relajará.

No, lo que lo relajaría sería coger a su mujer de la mano.

Ignoró la copa que le tendía.

—¡Voy a ir!

Se dispuso a subir al primer piso, pero entonces su hermano lo agarró del brazo.

—Katel te va a echar a patadas.

—¡Que lo intente! ¡Verá de qué estoy hecho!

Alexander rio y levantó la copa en su dirección.

—Eso mismo le dije yo a la curandera cuando Lizzie estaba pariendo. Pero créeme, espera un poco más. Ver sufrir a tu mujer no es fácil.

—Si está así es por mi culpa… —murmuró él, y luego aceptó la copa de *whisky* que le tendía su hermano.

Hablar con él, que había pasado por eso, lo calmaba un poco. Aun así, tenía los nervios a flor de piel.

Bebió un trago.

—¡No digas tonterías! —exclamó Alexander—. Las mujeres tienen los hijos que conciben junto a sus maridos. La vida es así. Ella es fuerte. La oyes, ¿no? Luchará por tu hijo.

—Sí, es fuerte, pero ¿y si…? ¿Y si pasa cualquier cosa? Creo que sería incapaz de soportarlo.

—Lo soportarías, créeme. La vida continúa…

Alexander se hundió en sus recuerdos y se culpó por hacerle revivir las horas más oscuras de su pasado.

—… y al final del camino siempre ves la luz.

Un grito más fuerte que los precedentes le hizo apretar los dientes.

Esta vez tendió la copa a su hermano y corrió hasta el piso superior. Abrió la puerta de su habitación de golpe. Las miradas de su cuñada y de Teresa se dirigieron a él, sorprendidas, mientras que Mary, agarrada por las dos mujeres, que la sujetaban de los hombros, continuaba empujando, con el rostro desfigurado por el esfuerzo y los dientes apretados. Katel estaba entre sus piernas abiertas.

—Empuje, mi señora, y pronto habrá terminado. Ya veo la cabeza. Vamos, ¡empuje fuerte!

Craig cruzó los metros que lo separaban de su mujer y se colocó a su lado.

Le agarró la mano y la apretó para animarla.

—Vamos, mi amor, un último esfuerzo.

—¡Ya me gustaría verte así! —dijo ella entre dientes, antes de gritar de nuevo.

Su ira debió ser de ayuda, porque apenas unos segundos más tarde Katel le anunció que el bebé ya estaba allí. Luego se oyó un gemido.

Rio como un tonto mientras estrechaba los dedos de su mujer con todas sus fuerzas. Después los besó con devoción.

Sus miradas se devoraron y se sonrieron, felices y aliviados.

—¡Felicidades! Tienen un niño precioso y sanísimo—anunció Katel mientras dejaba al bebé en los brazos de Mary, quien estaba agotada por el esfuerzo. Esta lo acogió, embelesada.

De mientras, Craig no pudo hacer otra cosa que contemplarlos, ebrio de amor, preguntándose qué había hecho para merecer tal felicidad. Una vez más, tuvo la sensación de que su corazón no era lo suficientemente grande como para aguantar tal torbellino de emociones y sentía un extraño dolor. Comprendió que no era un dolor preocupante, sino agradable. Un sentimiento extraordinario que hacía de él otro hombre.

Un padre.

¡Todo había ido bien y ahora tenía un hijo!

Habría gritado de alegría. Se prometió encender un cirio en la capilla del pueblo.

No se dio cuenta de que lloraba, pero entonces Mary deslizó sus dedos por su mejilla, llorando también. Él se levantó para besarla y ambos unieron sus lágrimas. Luego rieron con júbilo.

—Mi guerrero de corazón tierno.

Dejó escapar un ruido, entre risas y sollozos, que otros habrían considerado poco viril, pero en ese momento era la menor de sus preocupaciones.

Besó la palma de Mary y la miró a los ojos.

—Eres tú quien me ha hecho así, mi amor. He descubierto que tengo corazón.

—Ya lo tenías, mi amor, pero escondido, para no sufrir. Es normal querer protegerse.

—¿Cómo quieres llamar a nuestro hijo? —añadió con voz dulce.

Contemplaron juntos a su pequeño milagro.

—James, como tu hermano.

No tuvo que pensarlo mucho.

El niño llevaría su apellido —era normal que poseyera un poco de su madre—, y Mary veneraba a su hermano mayor. Él mismo lo respetaba. James Kinkaid era un buen hombre, y si su pequeño Jamie tenía las cualidades de su tío, sería el primero en enorgullecerse.

—Oh, mi amor, nada me haría más feliz. ¿Quieres cogerlo?

Le tendió al pequeño, envuelto en mantas, del que solo asomaba la cabecita.

Asintió en silencio con la garganta seca y cogió al pequeño, sorprendido al notar que pesaba bastante.

Su corazón se derritió de amor cuando hizo una mueca y, enseguida, emitió unos ruiditos, con la boca puesta como si estuviera mamando.

Acarició con un dedo su frente; luego su mejilla, que descubrió suave al tacto. Incluso su olor era agradable.

—Mi hijo… Mi pequeño Jamie…

El bebé estiró los labios y Craig sintió que su corazón daba un vuelco.

Comprendió en ese instante que ese pequeño lo sería todo para él.

Giró la cabeza hacia Mary, que lo miraba con los ojos brillantes y una maravillosa sonrisa.

—Gracias —pronunció con un nudo en la garganta.

Sí, ese día se había convertido en padre, al igual que se había convertido en el marido de Mary hacía unos meses; algo que nunca habría creído posible antes. Por aquel entonces, pensaba que nunca sacrificaría su libertad para formar una familia.

Se dejó invadir por ese nuevo sentimiento de plenitud que lo inundaba y, con los ojos clavados en los de Mary, besó la frente de su hijo, y se juró estar siempre allí para los dos.

Se prometió ser un buen marido y un buen padre.

Quizá, estando cerca de su hijo, curase al niño interior que tanto había sufrido ante la falta de atención de su padre, que tanto se centraba en Alexander. No sabía si era el caso, pero sabía que Mary estaría pendiente, porque ella le había tranquilizado después de que él se hubiera sincerado y le hubiese confiado que temía no ser un buen padre.

¡Serían felices los tres…! Eso también se lo prometió.

Tras el parto, y cuando Jamie empezó a agitarse en los brazos de su padre, Katel lo cogió y la miró con emoción mientras se lo daba de nuevo a Mary. Observó, alucinado, cómo su hijo buscaba el pezón que su madre le ofrecía, cerraba los labios a su alrededor y aspiraba con fuerza. Supo enseguida que su hijo no sería débil. Se sintió orgulloso, puesto que en esa vida los débiles no vivían mucho tiempo.

Se quitó las botas y se tumbó al lado de su mujer para contemplarlos, mientras Katel salía en silencio de la habitación. En sus manos, se llevaba las sábanas manchadas.

Tras unos segundos, Mary buscó su mirada y le sonrió.

—¿Eres feliz?

—¡Mucho! Haces de mí el hombre más feliz del mundo, mi amor. ¿Y tú? ¿Eres feliz?

Se inclinó para darle un beso.

—¡Muchísimo!

—¿Has sufrido mucho? —preguntó cuando se movió un poco.

—Sí, pero lo he olvidado cuando he visto el resultado.

Miró a su hijo y le acarició la cabeza.

Era un bebé realmente bonito.

—Creo que se parece a ti.

—Yo también lo creo.

¡Le encantan tus senos! —pensó él.

Se abstuvo de preguntar si él también podría besarlos, puesto que sería inapropiado. Sintió un pequeño pinchazo en el corazón al pensar en que su hijo acapararía toda la atención de la mujer, pero enseguida apartó la imagen de su mente. No sabía si todos los hombres pensaban igual, pero no dejaría que eso le sucediera a él. Quizá Mary se hubiese convertido en madre, pero seguía siendo su esposa.

Le sonrió.

—Te quiero.

Ella le sonrió a su vez y lo besó.

—Yo también te quiero, Craig MacLeod. Y te querré hasta mi último aliento.

Deslizó una mano por su nuca, como le gustaba hacer, y besó sus labios de nuevo.

Con un amor como el suyo, supo que nunca nada podría separarlos y su felicidad era tal y tan intensa que ya tenía ganas de tener más hijos con la mujer a la que amaba con todo su corazón.

Sí, no se detendrían ahí. Mary tenía razón: había que confiar en la vida para vivirla

plenamente. Tenía que aprovechar cada instante sin cuestionarse nada. Y vivir, vivir, vivir…

En ese instante, no tenía miedo a nada.

TOMO III

La cautiva del *highlander*

1

Ewen MacLeod contemplaba el paisaje desde el vano de la pared de su despacho de capitán del fuerte de Edgerston, en la frontera escocesa con Inglaterra, donde trabajaba desde hacía más de cinco años. En un principio había empezado como un simple soldado, pero desde hacía poco, era jefe de la guarnición en sustitución del anterior, que había muerto al caer del caballo.

Un ascenso fulminante que debía a sus cualidades como soldado, pero también al rey James VI de Escocia, que tenía cierta predilección por su familia, sobre todo por su hermano Craig, a quien había escogido para formar una alianza con las *Highlands*. Pese a que el matrimonio con su hija se había celebrado finalmente, el rey le estaba agradecido por haber eliminado a un enemigo de la Corona, haber jurado lealtad y haber aceptado unirse a sus rangos si en algún momento lo requería.

Por otra parte, su hermano mayor, Alexander, convertido en uno de los *lairds* más poderosos de las *Highlands*, trabajaba a su lado para que la paz perdurara entre los clanes.

Era capitán del fuerte con solo veintisiete años, algo que era digno de admirar, y Ewen no podía estar más orgulloso de su carrera, que muchos envidiaban.

Cinco años… Le parecía que siempre había vivido esa vida —elegida por capricho— pero en realidad una nube emborronaba su pasado. Era como si los recuerdos de antes de la frontera le pertenecieran a otro. Se había *convertido* en otro, y en su fuero interno buscaba subir escalón tras escalón para un día acceder al puesto de gobernador de la frontera. Ese era su único objetivo. Entonces sus hermanos y su tío estarían orgullosos de él y dejarían de considerarlo un débil. Porque no lo era, y nunca lo había sido. Simplemente tenía corazón, un corazón que habían roto en mil pedazos.

¿Qué podía hacer él?

Se había dado cuenta de que uno no podía controlar sus sentimientos. Sus hermanos se habían entristecido al enterarse de que iba a dejar el hogar familiar, Helen Hall, para alistarse al Ejército del rey. Su tío lo había tratado de idiota y luego le había dicho que era mejor que se hiciera monje, porque la vida de soldado no era para él. Era demasiado soñador, demasiado… sensible. En eso no estaba del todo equivocado, pero había cambiado.

¡Ya no era el mismo hombre!

Últimamente se había vuelto un hombre más intrépido. Se había convertido en soldado. El maltrato y el desgaste que había soportado su cuerpo durante meses le habían fortalecido. Además, se pasaba las noches leyendo obras de estrategia militar que le enviaban desde Edimburgo, comía con moderación y lo alternaba con periodos de ayuno. Se obligaba a sufrir para olvidar ese otro dolor que a veces —aunque cada vez con menor frecuencia desde hacía un tiempo— lo invadía, cada noche, en la soledad de su estancia.

Lo percibió en el aire, unos segundos antes de que uno de sus guardias, que hacía vigilancia en el camino de ronda, gritara:

—¡Edgerston está en llamas!

¡Malditos ingleses!

Salió rápidamente del despacho, luego del edificio principal donde tenía sus aposentos y se asomó al patio. Su ayudante, Duncan MacGrimmon, en constante alerta y al igual que él, originario de las *Highlands*, ya lo esperaba. Saltó sobre su montura y ordenó la apertura de las puertas. Los guardias se agruparon con presteza detrás de él. En este tipo de situaciones, cada minuto contaba.

Blandió su espada.

—¡Por el rey James y por Escocia!

—¡Por el rey James y por Escocia! —respondieron sus guardias a voces.

Ewen hostigó a su caballo y partieron al galope, seguidos de su tropa. Corrieron colina abajo y se dirigieron al pueblo de Edgerston, a media legua de distancia. El olor se hacía más fuerte a medida que se acercaban, y el hedor le erizó la piel. Olía a carne quemada. Estaba sorprendido. En general, los ingleses se contentaban con robar el ganado que los escoceses intentaban recuperar con prontitud. Los allanamientos tenían lugar desde ambos lados de la frontera y a veces eran los escoceses quienes causaban estragos y otras, los ingleses. A eso se añadían los ajustes de cuentas entre familias. El ejército estaba ahí para evitar que la situación fuera desbordante, para establecer cierto orden y dar la alerta si las tropas inglesas entraban en masa para invadir Escocia.

¿Esos malditos ingleses habían decidido atacar la población?

La situación en la frontera, inestable, le recordaba a las guerras de los clanes en su tierra natal, salvo que, en este caso, los dos bandos representaban a los reinos, y la menor chispa podía causar un gran incendio. Sin embargo, los enfrentamientos no solían ir demasiado lejos y el rey James, con quien mantenía cierta correspondencia, había sido rotundo: ¡estaba en sus manos resolver los problemas y devolver la paz! No quería problemas con Inglaterra, de donde era su mujer, y donde había pasado dieciocho años prisionero en la corte de Windsor. Algunos decían que parecía más un inglés que un escocés, y que un día daría su corona a Inglaterra. Pero ese día no había llegado y Ewen dudaba de que fuera a hacerlo. James VI de Escocia parecía tener apego a su reino y, según se decía, lo había echado terriblemente de menos durante sus años de cautiverio.

Cuando el capitán llegó al pueblo, se vio abrumado por una visión apocalíptica: todos los edificios estaban ardiendo menos la pequeña capilla. El olor se extendía por todas partes. Era omnipresente, sofocante.

Al llegar a la plaza del pueblo, ralentizó el paso e hizo que su caballo diera vueltas en círculo para observar a su alrededor. Se dirigió a su mano derecha, Neil Buchanan, que siempre iba detrás de él:

—Llévate a los hombres. Comprueba si hay supervivientes y ocúpate de los cuerpos…

Neil asintió y señaló a varios hombres, mientras Ewen seguía explorando los alrededores.

—Los otros, ¡conmigo! —gritó.

Volvió a hostigar a su montura y señaló con la punta de su *claymore*[1] la nube de polvo que se veía hacia el sur.

¡Los muy cobardes! Que vengan a reclamar su masacre… ¡Ya verán! ¡Malditos perros!

¿Por qué tomarla con Edgerston, un pueblo sin importancia bajo la protección del fuerte? ¿Pretendían burlarse de ellos y hacerlos reaccionar? ¿Se trataba de una banda de forajidos quienes, a pesar del peligro, habían venido a robar? No, no podía ser eso, los forajidos no tenían caballos. ¿Y si hubiera sido cosa de unos ingleses obligados por el hambre? Eso era más probable, ya que su suerte no era mucho mejor que la de los escoceses. Había pobreza a ambos

lados de la frontera e imperaba la necesidad. Ewen podía entender la incursión si hubiera sido para algo de lo que alimentarse, ¡pero no si el objetivo era matar!

Las preguntas no dejaban de dar vueltas en su cabeza mientras cabalgaba al galope. Perseguía a los fugitivos y los cascos de su caballo no dejaban de martillear el suelo helado. Desconocía lo que había empujado a los ingleses a cometer tal acto. Según le constaba, era algo que no sucedía desde hacía años. En cualquier caso, no desde que había aceptado el cargo. Los ajustes de cuentas todavía se hacían, cierto, pero no se recurría a la masacre de inocentes, de mujeres, niños… ¡Y mucho menos por el placer de matarlos!

Ya había presenciado bastantes horrores, ¡pero ninguno como ese!

Deseó que la situación no degenerara en un conflicto abierto. Pero, de nuevo, dudaba de que el rey James empezara una guerra contra su vecino por algunos muertos, sobre todo aquí, en estas tierras alejadas, casi desiertas, en las que solo vivían algunas familias. Sin embargo, se trataba de unas tierras de lo más importantes, puesto que garantizaban la paz general. Aun así, la amenaza era real; la frontera estaba algo desdibujada y el rencor entre los pueblos se remontaban a años atrás. Desde mucho antes de la construcción del muro de Adriano —que garantizaba la protección de la Bretaña de antaño contra las invasiones bárbaras, y de la que quedaban algunos vestigios.

¡En esa época, los escoceses eran los bárbaros!

Al tener un mejor conocimiento del terreno, además de ser más rápido y estar más curtido, Ewen, seguido de algunos guardias, alcanzó a los fugitivos. Subió la columna que habían formado y fijó la mirada en el hombre que estaba a la cabeza, quien claramente era el jefe de la expedición. Se acercó a él y le gritó en inglés —idioma que había aprendido desde su ascenso al puesto de capitán, con el objetivo de poder hablar con el enemigo— que detuviera su montura y se rindieran. El otro, todavía encapuchado, giró la cabeza; pero, en vez de obedecer, hostigó a su caballo y se agarró a su cuello.

Ewen maldijo y fue tras él.

Tenía que reconocer que el jinete se desenvolvía bien. Era rápido, ágil y controlaba al animal con una mano mientras agarraba la capucha de una capa corta, cruzada al frente y sujeta por un cinturón de cuero. El capitán se preguntó cómo era capaz de distinguir ese tipo de detalles y sacar conclusiones. Pero era un hecho. Y en su labor cada detalle contaba. Otros elementos le llamaron la atención, pero intentó no distraerse.

Ewen ordenó de nuevo al jinete que se detuviera, pero esta vez este último lo ignoró con descaro y forzó a su caballo a acelerar. A ese paso, cruzarían la frontera a pie y él tendría que dar media vuelta sin tener esperanzas de volver a toparse con él, ya que desconocía de quién se trataba.

Apretó los dientes y él también apremió a su montura.

¡No iba a dejar escapar a un simple jinete experimentado!

Pero, muy a su pesar, el fugitivo era más ligero que él y, por ende, más rápido. Renegó y echó un vistazo hacia atrás. Se dio cuenta de que se habían distanciado del grupo, ya que sus compañeros se habían enfrascado en una pelea con el resto de los forajidos.

Ewen dirigió su atención al jinete y apresuró más a su montura mientras reflexionaba: sus guardias se las apañarían, confiaba en ellos. Tenían la orden de capturar a los hombres que él mismo enviaría a su hogar para interrogarlos y darles una buena lección. No los matarían a menos que estuvieran acorralados; el cometido de la guardia era el de disuadir a los enemigos para que volvieran a sus tierras.

Por desgracia, era poco probable que sucediera eso. A pesar de sus esfuerzos, las incursiones eran frecuentes. No siempre en sus tierras, también en otras partes de la frontera. Pero, en general, cuando había problemas, se lo hacían llegar de un modo u otro. Dadas las circunstancias —y definitivamente porque los otros capitanes de los bastiones se habían enterado de su contacto privilegiado con el rey— se había convertido en una especie de superior. No pasaba nada sin que otro de los capitanes pidiera su opinión, lo que le hacía pensar que, en un futuro, podría convertirse en el gobernador de la frontera. En ese caso, ocuparía el lugar de Adam Hepburn, que era un hombre viejo y sin descendencia. Como el título, adjudicado por un decreto real, era hereditario, podía transmitirlo a alguno de sus sobrinos, al que él mismo escogiera.

Al ver que la distancia entre el fugitivo y él aumentaba, Ewen apretó los dientes y soltó un fuerte «¡Arre!» para que su montura aligerara la cadencia. Su caballo era fuerte, al igual que él, pero ambos tenían un límite. Sus fuerzas no eran inagotables, a diferencia del jinete que iba delante, que parecía no cansarse.

En realidad, este último estaba a punto de ganarse su respeto.

Había pasado un tiempo desde la última vez en que un fugitivo se le había escapado. Empujó su cuerpo hacia delante para dirigir a su caballo. Así conseguiría acercarse.

—¡Detente o te golpearé! —gritó de nuevo.

Estaba muy cerca, justo detrás… Un último esfuerzo.

¡Vamos!

Se gritó a sí mismo, intentando encontrar el vigor. La tensión de la carrera ardía en sus venas.

Dios mío, ¡cómo le gustaban las carreras!

Aunque esta le hiciera pasar un mal rato. Ordenó de nuevo al hombre que se detuviera y este cometió el error de girarse. Fue una fracción de segundo, pero suficiente para que Ewen, que era lo que estaba esperando, lo alcanzara y le agarrara las riendas. Tensó sus músculos y tiró con todas sus fuerzas para detener ambas monturas. Pero en cuanto las ralentizó, el inglés saltó al suelo, aun a riesgo de romperse el cuello. Se levantó con la agilidad de un gato y echó a correr.

Ewen maldijo tanto como pudo, saltó de su caballo y persiguió al fugitivo. De nuevo, este último lo tuvo fácil para distanciarse, sin soltar la capucha que tenía agarrada con una mano.

¡Era rápido como un rayo!

Rápido, ágil… Saltaba los obstáculos como una cabra, mientras que Ewen comenzaba a cansarse. Sin embargo, era resistente y estaba entrenado, había corrido leguas y leguas para ejercitarse, pero tenía que reconocer que ese hombre lo llevaba al límite.

Apostó con todo y se lanzó con los pies por delante. El hombre cayó al suelo, pero Ewen aún no se había levantado y este ya volvía a estar en pie para retomar la carrera.

—¡Detente! ¡Maldita sea! ¡Deja de huir! ¡Cuanto más avances, más empeorarás tu caso!

El otro seguía ignorándolo. Continuó corriendo como un loco, en zigzag, como para evitar las flechas. Cuando Ewen se dio cuenta de su técnica, anticipó un giro en un determinado momento, aceleró y lo derribó.

Ambos cayeron al suelo con dificultad.

Ewen no perdió el tiempo y se sentó sobre el cuerpo del inglés. Luchó para agarrarle las manos, pero este último se resistía tanto que lo desconcertó. Fue en ese instante cuando su mirada se posó sobre el rostro de quien había capturado y se sorprendió al contemplar unos ojos grandes y azules, una boca rosa, una piel jaspeada de pecas, unos mechones de un rubio muy claro que se escapaban de la capa…

¡Una mujer!

Antes le había parecido observar un pecho algo hinchado, pero no le había prestado atención. ¡Pensaba que se había fijado mal! Ahora sabía que la había visto bien. Su cuerpo reaccionó ante la cercanía a esa mujer. Relajó su vigilancia y recibió un puñetazo en la cara.

Por Dios…

Lucharon todavía unos segundos más, hasta que el capitán consiguió agarrarle ambas manos.

—Cálmese o le doy un puñetazo —protestó él mientras se distanciaba ligeramente de un cuerpo que despertaba sus sentidos más de lo que le gustaría.

Ella le devolvió una mirada asesina.

—¡En ese caso, empiece por levantarse!

El enfrentamiento continuó y Ewen se puso de pie. Con una mano alrededor de sus muñecas, tiró sin cuidado de los brazos de la chica para colocarla brutalmente sobre sus pies. Se dio cuenta de su agotamiento, pero no se apiadó. ¡Esa chica era una asesina! Y sus compañeros habían matado a inocentes. No merecía su compasión. Se giró tras haberla mirado con frialdad, y la incitó a callarse. Después tiró de ella para arrastrarla colina arriba, en dirección a sus caballos.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella tras un momento de silencio—. ¡Me gustaría volver a mi casa!

Ewen contuvo una risa. Tras lo que había hecho, no le iba a conceder la libertad. No sabía lo que haría con ella, y tenía que unirse a sus hombres para evaluar los daños del pueblo y contar los muertos. Luego, una vez que hubieran vuelto al fuerte, encerraría a esa chica y a esos sucios ingleses y tomaría una decisión.

—¿Se le ha comida la lengua el gato?

La ignoró y continuó avanzando a zancadas, con lo que la obligó a ir al trote.

¡Una mujer!

¡No podía ser de otro modo! Casi se le había escapado una mujer, ¡casi se le había escurrido entre los dedos! Eso, más que ninguna otra cosa, lo enfurecía. Sintió un escalofrío que localizó a la perfección en sus riñones. *¡Maldita sea!* su miembro se había tensado por el contacto con el cuerpo de esta mujer y no estaba lejos de odiarla por lo que le hacía sentir.

—¡Le estoy hablando, sucio escocés!

Se giró de repente, de un modo tan brusco que ella chocó con él.

—¡Cállese! Si escucho una palabra más, la amordazo.

—¿Por qué haría eso?

—¡Porque es una asesina y mi prisionera!

Ella abrió los ojos.

—¿Asesina? Pero… Yo no he matado a nadie.

—¡Mentira!

Retomó su camino e ignoró el ceño fruncido y la mirada perdida de la mujer. Ella lo siguió sin quejarse y, tras unos minutos, le preguntó:

—¿Por qué dice que soy una asesina? Los aldeanos estaban vivos cuando hemos salido del pueblo. Si están muertos, no es nuestra culpa. Le juro que no los hemos matado nosotros.

Él continuó avanzando sin decir nada.

—¿¡Y los míos!? ¿Dónde están? Espero que sigan con vida, porque si no…

Ewen no pudo evitar reír y la interrumpió.

—Eso, mi querida señora, tendría que haberlo pensado antes de saquear el pueblo.

Si los suyos habían matado a todos los habitantes de Edgerston, sin duda sus guardias se lo habrían hecho pagar. Los habrían eliminado, y era probable que solo quedara uno con vida, para

interrogarlo.

Ojo por ojo…

—¡Se llevaron nuestras ovejas!

—¡Eso no es excusa para darles la muerte! Tendría que haber hecho lo mismo que ellos. ¡Nada más!

—¡Le he dicho que no hemos matado a nadie!

—¡Eso ya lo veremos!

Llegaron a sus monturas, que pastaban tranquilamente. Ewen cogió una cuerda que colgaba de la silla de su caballo.

—Deme las muñecas —ordenó—. Y no se atreva a escapar de mí o le juro que esta vez la dejaré sin sentido.

Ignoró los ojos azules grandes y cándidos que lo miraban mientras obedecía y le ofrecía las manos juntas.

—¿A dónde me lleva? —preguntó de nuevo, mientras observaba cómo la ataba.

—¡Al fuerte!

—¿Me lleva ante su capitán?

—Yo soy el capitán —respondió con sequedad—. ¡Suba!

Le mostró sus manos atadas e hizo una mueca.

—Un solo paso en falso y lo pagará —amenazó él al comprender el problema.

Ella hundió sus ojos en los suyos.

—Me aprisionará; lo sé… —respondió con voz dulce—. Estaré quieta, se lo prometo.

Él buscó alguna señal de ambigüedad en su mirada, pero no encontró nada. No confiaba en ella, pero a menos que la colocara sobre su propia montura —algo que prefería evitar, puesto que no pretendía revivir la sensación que había notado minutos atrás por el contacto de su cuerpo contra el suyo—, no tenía elección. Y si conseguía escapar, efectivamente, la atraparía.

Ya lo había hecho y podría hacerlo de nuevo.

Además, parecía agotada, a diferencia de él, que aún conservaba las fuerzas. El fuego corría por sus venas, esta vez alimentado por una ira intensa que no tenía nada que ver con que casi se le escapase, sino más bien por lo que ella había despertado en él.

Sin dejar de observarla y mientras espiaba cada una de sus reacciones por si decidía huir de nuevo, se agachó para permitirle posar la bota sobre sus manos cruzadas. Ella se agarró a la silla y se colocó sobre la grupa de su caballo. Ewen se preguntó de repente de dónde podía venir y qué le había empujado a formar parte de una incursión como aquella. Aunque era delgada, parecía bien alimentada. Tenía una piel bonita y su vestimenta no era la de una persona pobre.

¡Y era una mujer, por Dios!

¡Las mujeres no participaban en las guerras!

Sin soltar la cuerda, agarró las riendas con una mano y saltó sobre su caballo. Cuando dirigió su atención hacia la prisionera, constató que lo observaba. Sostuvo su mirada. Ella se sonrojó ligeramente y giró la cabeza.

¡Eso estaba mejor!

Tenía que temerlo. Cuanta más distancia pusiera ella, mejor para él. La mujer se incorporó y su mirada obstinada le hizo comprender que todavía no había terminado y que ese diablo de aspecto angelical todavía le torturaría.

El capitán ató la cuerda a su silla, dejando algo de margen para que ella pudiera mantenerse erguida, y pidió a su caballo que fuera al paso. Podría haberla martirizado, solo tendría que

haberle impuesto una vuelta a un ritmo infernal. También podría haberla obligado a correr tras él, como solían hacer con los prisioneros, pero algo se lo impedía.

Algo que estaba vinculado a su condición de mujer, evidentemente. El descubrimiento de su género lo había dejado sin palabras y no podía explicárselo.

¡O quizá sí!

¡Maldita mujer!

Apretó la mandíbula y miró ante él, intentando ignorar a la prisionera. La oyó suspirar.

—¿Qué hará conmigo?

—¿De dónde viene? —preguntó como respuesta con la mirada todavía clavada al frente.

—Yo he preguntado primero, y exijo que me responda.

¿Perdón? ¿Quién se creía?

—No creo que esté en posición de exigir nada, jovencita. Dicho esto, puedo ser magnánimo; todo depende de sus actos.

—Si juro sobre lo que más quiero que no he matado a nadie, ¿aceptará liberarme?

Ignoró el tono de ansiedad que percibió en su voz. ¡No podía dejarse convencer! ¡No estaba entre sus costumbres la de mostrarse débil!

—No gaste saliva inútilmente. Es mi prisionera y la trataré como tal hasta que decida qué hacer con usted. Evidentemente, cuando eso suceda, se lo haré saber.

—¿Nos matará?

Esta vez hundió sus ojos en los suyos y la vio estremecerse.

¿Tenía miedo? ¡Perfecto!

—¡Todavía no lo sé!

Ella le sostuvo la mirada.

—Deje que me vaya, se lo suplico. Haré lo que quiera, yo…

Se interrumpió al notarse al borde de las lágrimas. Él arqueó una ceja.

¿Sería capaz de ofrecerse a él para obtener su libertad?

—¿Por qué haría eso?

—Porque no puede ser tan vil. ¡Aunque sea un salvaje!

Definitivamente, su tono le divertía.

—Si lo piensa, yo no he matado a nadie en sus tierras.

—¡Pero si le he dicho que yo no he matado a nadie! —soltó ella. Parecía haber superado su momento de debilidad.

—¿Y los demás? —se interesó él con frialdad.

—¡Tampoco! No somos salvajes, ¡al contrario que usted!

Que lo tomara por un salvaje le hacía gracia. Desde su punto de vista, los ingleses no eran mejores. Ellos también cruzaban la frontera para hacer incursiones, secuestraban y pedían rescates para salir del paso y comer. Era la dura ley de la frontera…

—La idea de que somos salvajes es relativa —declaró él—. Todo depende del lado en que esté.

—¿Es usted un pensador, capitán? —ironizó ella.

Si él era un pensador, ella era inteligente. Bien lejos de la salvaje que había intentado escapar minutos antes. Pero, sin embargo, no pretendía dejarse llevar hacia conversaciones más íntimas.

—¿Es tan tonta como para pensar que podría ofrecerme su cuerpo por su libertad? —preguntó él para volver al tema que le interesaba.

Ella enrojeció de nuevo, pero se puso recta y sacó pecho.

—¡Definitivamente deben de faltar mujeres en su fuerte!

Tenía que reconocer que ella no andaba corta de coraje; parecía valiente. En cuanto al tema de las mujeres, era un hecho: no había mujeres a su alrededor. Incluso los cocineros eran hombres. Aunque tampoco había necesidad; se valía consigo mismo.

—¡Se debe de aburrir terriblemente! —añadió ella ante su mutismo, en un intento de que reaccionara.

Sabía que ese era su objetivo: seducirlo, provocarlo. No se dejaría. A pesar de su ignorancia con las mujeres, no había nacido hacía dos días. Y esa, con sus grandes ojos azules, su piel luminosa, sus labios de un bonito tono rosado y su pelo rubio como el trigo y medio oculto por su capa (de la que se escapaban unos largos mechones), era bella; tenía que reconocerlo. Más que eso. Se preguntó de repente si no estaba cometiendo un grave error al llevarla al bastión.

—No me ha respondido —comentó él para cambiar de tema—. ¿De dónde viene?

Ella se irguió orgullosa.

—De un vasto dominio cerca de Byrness.

—¿Y su nombre?

No estaba seguro de que fuera a responder y, sin embargo, lo hizo:

—Terry… Terry Carlisle.

«Carlisle…». Ese apellido le decía algo.

Buscó la respuesta mientras admiraba el paisaje, tan distinto del que siempre había conocido. Era más llano, mientras que las *Highlands* eran algo más alabeadas o escarpadas.

Por Dios, ¡cómo echaba de menos su tierra! Aquellos lagos…

Echaba terriblemente de menos el lugar en el que había crecido junto a sus hermanos, del mismo modo en que extrañaba a su familia. Sobre todo a su cuñada, Elizabeth, la mujer de su hermano mayor, Alexander. Lo había salvado de un terrible destino en el hogar de su tío y una tierna conexión los había unido. Podría haberse enamorado de ella, de no ser porque su corazón en ese momento pertenecía a otra persona. Apretó la mandíbula. Se había ido hacía tiempo, tanto que todo se había vuelto borroso en su mente. Sin duda, nunca volvería a su hogar, pero era su elección y no se arrepentía. Sabía que le esperaba otro destino.

Se quedaron en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos, hasta que llegaron a ver el pueblo. El olor fuerte a carne calcinada le perforó de nuevo el corazón, un corazón que, por lo general, solía ocultar al resto.

Neil, que lo esperaba, seguramente preguntándose qué lo había entretenido durante tanto tiempo, se apartó del grupo del centro del pueblo y cabalgó hacia él.

—¿Y bien? —preguntó Ewen.

—Han encerrado a los aldeanos en la capilla. No ha habido víctimas.

Ewen se sintió aliviado. Así que su prisionera había dicho la verdad… Sin embargo, de todas formas, iba a darles una lección a los ingleses y procuraría que los habitantes de la frontera no intentaran vengarse, o todo derivaría en un estallido de violencia.

—¿Y por su lado?

—¡Tampoco! Los hemos capturado a todos tal y como nos ha dicho, capitán.

—¡Bien!

Avanzó hacia el grupo e ignoró a su prisionera, a la que Neil miró antes de girarse. Le haría preguntas, lo sabía, pero también sabía que las formularía más tarde, cuando estuvieran solos.

Neil era su mano derecha, su *hermano de armas.* Confiaba ciegamente en él y sabía que podía poner su vida en sus manos. Y eso era recíproco. Aunque uno era pelirrojo y el otro moreno, sus

ojos verdes eran parecidos y su semejanza no se detenía ahí: tenían la misma estatura colosal y, cuando entraban en algún sitio, sus apariencias de guerreros hacían que todos giraran la cabeza en su dirección. Las de los hombres porque inspiraban respeto y las de las mujeres porque el *kilt* marrón, el peto de cuero del mismo color, así como sus dos *claymores*, que cargaban en la espalda y enfundadas en un cuero de un color pardo intenso, no pasaban desapercibidas. A Neil, además, a diferencia de él, no le importaba aprovecharse de la atracción de las mujeres cada vez que tenía la oportunidad. Solía burlarse de su amigo y le decía que no necesitaba sucumbir al placer. Se había hecho un juramento y pretendía cumplirlo.

Continuó preguntando mientras Neil avanzaba hacia el centro del pueblo, donde sus soldados habían reunido a los ingleses que habían capturado.

—¿Os han dado explicaciones?

—Los chicos de Edgerston les robaron unas ovejas y, por lo que se ve, no era la primera vez.

—¿Por qué quemarlo todo si solo ha sido eso?

—Para demostrar su osadía, imagino. Empiezan por quemar ganado y, si los escoceses responden, hay muertos.

Tal vez…

Su intuición le decía que esa incursión ocultaba algo más grande, quizá un proyecto de invasión. Y tampoco podía ignorar el hecho de que su prisionera podía ser una espía.

—¿Los crees capaces?

—Los creo lo suficientemente determinados como para hacerlo —respondió Neil—. Nos odian y, sabiendo que a su soberano le gustaría invadirnos, se creen en su casa.

—Hace falta dinero para invadir un país, e Inglaterra, que ya tiene problemas con Francia, no lo tiene.

—¡Es un hecho! Ojalá dure. Mientras estén en guerra con Francia, nuestros vecinos nos dejarán tranquilos.

Ewen se giró hacia la mujer.

—¿Tiene algo que añadir?

Ella lo miró y levantó el mentón.

—Deje que me vaya y no habrá represalias.

Ewen le respondió con una sonrisa irónica y, de repente, supo quién era ella. Sabía que le sonaba de algo: Carlisle era el apellido de un rico barón inglés que el gobernador tenía en su punto de mira, ya que buscaba un mínimo pretexto para invadir la frontera por su propio pie. ¡Ahora sabía cómo evitarlo!

—No habrá represalias porque obligaré a su padre a que contenga su ambición.

La inglesa abrió los ojos como platos.

—¡No tiene derecho a hacerme prisionera!

—¡De hecho, sí lo tengo! —replicó él—. ¡Está en mi casa!

—No estoy en su casa, sino en tierras escocesas que pronto serán nuestras.

Ahí volvía la cantinela…

—¡En sus sueños, señorita!

La ira invadió las pupilas de la joven.

—¡Peleemos limpio y verá que no soy una señorita frágil y delicada! —sentenció ella.

Definitivamente, no le paraba nada…

Sus pupilas eran como dos ágatas incandescentes. En ese momento se dio cuenta de que todos los miraban, tanto los ingleses como su guardia. Disfrutaban del espectáculo. ¡Una mujer que

sacaba de quicio a su capitán era lo nunca visto!

Ewen entregó sus riendas a Neil y saltó del caballo. Se dirigió hacia los ingleses, que estaban sentados en el suelo. La mayoría tenía mal aspecto, algunos incluso tenían sangre en el rostro. Giró a su alrededor y, mientras todos tenían los ojos fijos en el suelo, uno se atrevió a desafiarlo. Señaló al hombre en cuestión.

—¡En pie!

Dos de sus hombres lo obligaron a levantarse.

—¿Su nombre?

Le pareció que el hombre miraba por encima del hombro. ¿Buscaba la aprobación de alguien? ¿Su prisionera era su capitana? ¡Todo era posible! Había oído que no era fácil tratar con los ingleses, y esta mujer, hija de un hombre influyente todavía era más terca y complicada. ¿De dónde salía su rebeldía y su propensión a desafiarlo constantemente?

—Jeremy Carlisle —gruñó el inglés.

—¿Es de su familia?

—¡Soy su primo!

—¡Muy bien! Tengo un mensaje para su padre: dígale que tengo a su hija. Será mi prisionera hasta que renuncie a sus intenciones de conquistar la frontera.

Un atisbo de asombro atravesó la mirada del hombre, que pronto fue remplazado por otra emoción. Cierta satisfacción, le pareció.

—¿Y si no renuncia?

—¡No necesita saber nada más!

Ewen enviaría una misiva al rey James para explicarle la situación y esperaría sus instrucciones. Estaba al corriente—puesto que se lo había contado el gobernador inglés con el que se reunía una vez al año— de que el rey de Inglaterra se quejaba de algunos de sus señores, que se habían vuelto ingobernables. No dejaban de reclamar su poder legítimo, sabiendo que estaban sobrepasados por la guerra con los franceses, que parecía eterna. El rey inglés sin duda habría hecho de Carlisle un ejemplo si hubiera conocido sus intenciones. Probablemente lo habría decapitado, y eso era lo que pretendía el hombre que tenía frente a él, a juzgar por la mirada ladina que le dirigía. Sin duda pretendía ocupar su lugar. Con Carlisle y su hija fuera del mapa… Nada ni nadie se interpondría en su camino al ascenso. No eran más que suposiciones, pero algo le decía que estaba en lo cierto.

—Llévate a algunos hombres y acompaña a los ingleses a la frontera —ordenó Ewen—. Luego dad una vuelta por el pueblo y calmad los ánimos entre nuestras filas. No quiero que se alteren cuando oigan la noticia de lo que ha sucedido aquí. Yo vuelvo al fuerte.

—¿Todos los ingleses, mi capitán?

—Sí, todos. Si los encarcelamos, vendrán otros, Neil, y será una escalada de violencia. Con la hija de Carlisle nos basta para que controlar a su padre.

—De acuerdo, señor. ¿Habéis escuchado al capitán? —gritó Neil al resto de la tropa—. ¡Atadlos y vámonos!

Los guardias pusieron a los ingleses de pie, les ataron las manos con las cuerdas que amarraron a sus sillas de montar y se dirigieron hacia la frontera. El inglés al que Ewen había interrogado observó a su prisionera en una especie de discurso mudo y luego empezó a caminar con dificultad cuando la soga tiró de él. Ewen no había pasado por alto esa mirada. Sin embargo, no sabía qué pensar.

—¡Mi padre lo matará! —gruñó la inglesa cuando tiró de ella para volver al fuerte.

—Más bien al contrario: creo que no hará nada. O quizá no signifiques mucho para él.

Creyó ver unas lágrimas mojándole las mejillas, pero se recuperó rápidamente.

—Sí, ¡se preocupa por mí!

—Si no se propasa y se está quietecita, todo irá bien —le recordó.

—A menos que mi padre se rebele, en cuyo caso estará obligado a matarme.

Algo lo sacudió por dentro. No era algo que deseara, pero sí: si su deber se lo exigía para que perdurara la paz en la frontera, lo haría.

***

Terry se secó las lágrimas con enfado. Tenía los nervios a flor de piel. Estaba en una mala posición, pero se prometió hacer lo que fuera para escapar del lugar al que lo llevaba ese maldito escocés.

Después de todo, ¡no era más que un hombre!

Y, como todos los hombres, tenía ciertas debilidades. Había notado perfectamente su cambio de actitud cuando descubrió que era una mujer al lanzarse sobre ella. Su cuerpo se había tensado de deseo, seguramente sin poder evitarlo, y ella había aprovechado para pegarle. ¡Se había dejado engañar por una mujer! Tenía que aprovecharse y encontrar el momento adecuado para esquivar su compañía. O bien engatusaría a uno de sus guardias, con la falsa promesa de pertenecerle para que le abriera las puertas del fuerte. Despertaba el deseo en los hombres, era así desde que había desarrollado sus curvas de mujer. ¡Incluso sus primos la deseaban! Esperaban poder tomarla como esposa y ganar una fortuna, además de las tierras de su padre, puesto que ella era la única heredera.

El más determinado entre ellos era Jeremy.

Lo detestaba con toda su alma. Lo detestaba todo de él, desde sus ojos, que la desvestían como si ya fuera su mujer, hasta su aliento, que sentía en su cuello cuando se acercaba más de la cuenta. Pero entonces ella lo amenazaba con el cuchillo que siempre llevaba escondido en su bota. El contacto de la hoja, justamente, solía hacerle recular y estaba decidida a usarla.

La habían educado en el odio hacia los escoceses y eso nunca cambiaría. Sin embargo, tenía que reconocer que el que tenía ante sus ojos, que montaba su caballo con orgullo, parecía distinto. No tenía nada de salvaje. Bueno, no en el sentido primario de la palabra. O, al menos, lo disimulaba bien. En cualquier caso, era bello. Especialmente su mirada; de un magnífico verde. Parecía duro e implacable, cierto, pero repleto de un dolor que lo había torturado en el pasado. Sin embargo, eso no cambiaba nada; si era necesario, lo eliminaría.

Quizá tendría que hacerlo antes que él mismo la matara, puesto que su padre no cedería ante la presión. En ese sentido, sus días estaban contados. James Carlisle, su progenitor, la quería, lo sabía, pero era un hombre consumido por la ira. Su odio hacia los escoceses había aniquilado toda humanidad en él. Le habría gustado hacerlo sanar, pero con el paso de los años se había dado cuenta de que nadie lo conseguiría. Se le había metido en la cabeza hacer caer esta parte de la frontera y no descansaría hasta que hubiera llevado a cabo su venganza, que había planeado diez años atrás.

Así que había decidido llevar a cabo esa incursión para aumentar la tensión a cada lado de la frontera. Contaba con las represalias escocesas para contraatacar con los barones afines a él, quienes solo esperaban, al igual que él, un pretexto para entrar en la frontera para conquistar nuevas tierras. Entonces, no sería únicamente una historia de venganza lo que habría en juego, *su*

venganza, sino la guerra.

Terry quería formar parte de los combates.

Quería batallar contra esos bárbaros escoceses que tanto daño les habían hecho. Ese capitán seguramente no habría residido en la frontera el tiempo suficiente como para estar al corriente de todo eso. No sabía lo que tramaba y no sería ella quien se lo fuera a revelar. Eso lo pondría en alerta. Si tenían que pagar justos por pecadores, pues bien, así sería. No era su problema, puesto que, para ella, todos esos salvajes eran iguales, y los odiaba con toda su alma.

Ante todo, tenía que desconfiar de él.

Ya se había mostrado perspicaz para contrariar los planes de su padre y les había pedido a sus soldados que calmaran a la gente de su lado de la frontera, lo que podría salir mal si los ingleses continuaban sus incursiones, como seguramente sería el caso. Incluso aunque la hubieran hecho prisionera, su padre no se detendría, ella lo sabía; y, de todas formas, no era lo que deseaba. Quería lo contrario, que continuara su combate. Estaba dispuesta a sacrificarse por la causa.

Mirando la espalda del capitán, que se movía al ritmo del paso del caballo, se preguntó qué habría decidido, cómo se comportaría con ella. No sabía qué iba a hacer ella el tiempo que estuviera encerrada en una celda; ella, que tenía por costumbre ser libre como el viento e ir y venir a su antojo. Como su padre no se interesaba tanto por ella, había disfrutado de una libertad casi total Por eso siempre había cuidado de sí misma: sabía de qué eran capaces los hombres y desconfiaba de ellos. Incluso había rechazado todas las ofertas de matrimonio que le habían llegado. Hasta ese día, su padre había respetado su decisión de no casarse, pero ¿hasta cuándo sería el caso? Lo ignoraba. Sabía que muchos querían casarse con ella para conseguir la fortuna de su padre, pero no esa era la cuestión. ¡No quería casarse con nadie! No quería a nadie en su cama. Eso le disgustaba terriblemente y se había jurado que no dejaría que ningún hombre la tocara jamás.

¡Antes moriría!

Mientras reflexionaba, perdió la noción del tiempo, igual que del camino recorrido. Nunca había pisado este país y tenía que reconocer, para su sorpresa, que no era tan distinto de su hogar. Quizá más solitario y… un poco más pobre. Al menos, era el caso de los aldeanos. Tenían los ojos hundidos y unas vestimentas miserables. Todavía escuchaba los gritos cuando Jeremy y sus acompañantes los habían hecho entrar en la capilla.

Le vino a la memoria la violenta disputa con su primo. Si hubiera sido por él, los habría atravesado a todos con la espada, pero no era lo que habían planeado. El padre de Terry había ordenado que lo quemaran todo. ¡Nada más! Afortunadamente, ella tenía un poco de autoridad y sus acompañantes la habían obedecido. Si no, ya estarían todos muertos y el capitán no les habría perdonado la vida. Había leído la intrepidez en sus ojos cuando la había tratado de asesina.

No tenía nada en contra de matar a los bárbaros escoceses, pero no a las mujeres y a los niños. Quería vengar la muerte de su madre y había hecho suya la venganza de su padre porque era la única forma de acercarse a él y apoyarlo. Esos monstruos tenían que pagar por sus actos, pero no soportaría convertirse en uno de ellos. Si no, ¿qué le diferenciaba de los bárbaros? No sería mejor que ellos.

Le subió la bilis a la garganta.

No estaba segura de que sus pesadillas fueran a cesar, aun matando a miles de escoceses. Pero lucharía hasta el final. Se lo había jurado. Cuando divisaron el fuerte, su corazón se detuvo. La fortaleza le pareció inexpugnable. Y sin duda lo era, ya que servía de baluarte. Su padre y sus hombres se dejarían la piel en esos muros si intentaban liberarla. Arriesgarían sus vidas. Tendría

que apañárselas sola y huir antes de que su padre interviniera. Así el capitán perdería el control de la situación y su plan podía seguir como estaba previsto.

Subieron una pequeña pendiente y entonces su captor ordenó que abrieran las puertas. Ella observó la pared del recinto cuando entraron en el patio, en el que reinaba cierta agitación. Un escalofrío le subió por la columna cuando constató el grosor de los muros, las almenas y las aspilleras, igual que la altura de la torre desde donde seguramente se vería millas a la redonda. Sería fácil detectar la intrusión de una tropa y el fuerte tendría mucho tiempo para prepararse para el ataque antes de que llegaran a sus puertas. Terry ignoraba con cuántos hombres contaba la guarnición, pero aunque fueran poco numerosos, en un lugar como ese ya eran demasiados. Oyó las puertas cerrarse detrás de ella y se obligó a mantener la calma mientras su corazón latía desbocado ante el pensamiento de que era la prisionera del capitán y su ejército.

—No tiene nada que temer; no somos salvajes —escuchó ella.

Encontró los ojos verdes del capitán.

—Sí, sois salvajes. Pero…

—No le pasará nada —le interrumpió él mientras saltaba de su caballo y tiraba de la cuerda.

Terry iba a contestar que lo dudaba y que, si su suerte le importaba tanto, solo tenía que soltarla en el acto, pero entonces sintió su piel contra la suya, y le faltó el aliento. Se sobresaltó y retiró la mano, pero era evidente que algo había pasado cuando la había tocado. Algo que no comprendía y que nunca había sentido.

Se le dilataron las pupilas.

El capitán parecía tan asombrado como ella, aunque se recompuso con rapidez y sus pupilas se ensombrecieron con la ira. No lo entendía. No había hecho nada, ¡había sido él quien la había tocado!

—¡Baje!

Ella no se movió.

—¿Va a dirigirse a mí con ese tono o tendré la suerte de recibir un trato más benévolo por su parte?

La tomó por el brazo y la obligó a agacharse, lo que la pilló desprevenida. Ella soltó un pequeño grito y se agarró a sus hombros para no caer, por lo que él tuvo que sostenerla contra su pecho. De nuevo, Terry sintió esa extraña sensación al sentir el tacto del capitán. Una sensación que casi le cortó la respiración.

—Suélteme —masculló.

La empujó de una forma tan brusca, como si tocarla le repugnara, que ella se tambaleó.

—Entonces, ¡obedezca las órdenes! —soltó él—. Ahora sígame.

—¿Adónde?

—A la enfermería —respondió él con sequedad antes de darle la espalda y alejarse.

No tuvo otra elección que seguirlo.

¿Por qué, maldita sea, me lleva a la enfermería? —se preguntó ella mientras lo seguía en silencio y miraba a los lados para idear un posible plan de huida. Las puertas estaban cerradas y, a menos que subiera al camino de ronda y saltara, no había otra forma de escapar. Pero tenía que haber cocinas, así como una poterna, en alguna parte. O unas letrinas. Alguna forma de acceder al exterior.

Y, si existía, la encontraría.

Fue en ese instante cuando sintió un líquido caliente correr por sus manos. Tenía las muñecas cortadas. Debía de haberse herido al estar atada. Sangraba, algo que el capitán había visto. Sin

duda, porque no dejaba de prestarle atención. Tuvo la extraña sensación de que era capaz de comprender sus pensamientos y se le escapó un escalofrío.

¿No le había dicho, minutos antes, que no tenía nada que temer de él ni de sus hombres? ¿Era tan mala actriz o es que sus intenciones eran transparentes? Sería más difícil de engañar de lo que había pensado en un primer momento. Además, por mucho que él hubiera sentido una ligera emoción al tocarla, había recuperado la compostura rápidamente, lo que demostraba un control claro de sí mismo, al igual que de los instintos de su cuerpo. Ella, por desgracia, no podía decir lo mismo. Por primera vez en su vida, su cuerpo le traicionaba. Aun así, no dejaría que rigiera sus actos. Persuadiría a ese hombre, le daría esquinazo o… ¡lo mataría!

Todavía no la había registrado, así que tenía en su poder el cuchillo, en su bota. Había tenido la buena idea de no usarlo cuando la había tirado al suelo. Era más fuerte que ella, por lo que la habría desarmado enseguida. Y, entonces, lo habría perdido todo. No, tenía que esperar el momento adecuado, cuando estuvieran solos… y cuando cedido ante sus encantos y estuviera tan cautivado por ella que no pudiera reaccionar. Con un poco de suerte, no se habría acercado a ninguna mujer desde hacía tiempo. Al fin y al cabo, era un hombre, por muy capitán que fuera. Dejaría su repulsión a un lado y haría lo que fuera necesario.

Mientras pensaba en las formas de hacer que el capitán sucumbiera a sus encantos y no al revés, continuó observando a su alrededor. Dejaron el patio para entrar en una torre cuadrada. Ya sabía dónde se encontraban los establos, dado que se había girado para ver hacia qué dirección llevaban los mozos a los caballos, igual que las cocinas, hacia las que algunos hombres se dirigían con los brazos cargados de cestas.

Así que es día de avituallamiento…

Se imaginó escondida bajo la lona que cubría la carreta cargada de comida, o debajo de ella, en el eje. Si el capitán le dejaba las manos libres y la autorizaba a moverse por el complejo a su gusto —algo que se prometió pedirle lo antes posible—, podría ser capaz de esquivarlos. Pediría ayudar en las cocinas para así acceder a las carretas de víveres; y, de paso, descubrir la forma en la que se deshacían de los desperdicios.

Sí, haría eso.

Le subió rápidamente la moral. Estaba segura de poder escapar. Si se abastecían cada dos o tres días —algo que era evidente, puesto que lo necesitarían para alimentar a todo el mundo—, pronto estaría lejos de allí.

Llegaron a una escalera que llevaba tanto al piso superior como al inferior. Se dirigieron hacia la planta de arriba. Subieron un montón de escaleras, cruzaron un pasillo y el capitán empujó una puerta entreabierta. Entraron en una estancia que Terry juzgó, tras haberla recorrido con los ojos, digna de un boticario. Estanterías llenas de tarros llenos de terracota de diferentes tamaños cubrían las paredes de piedra. Definitivamente, eran curas y remedio naturales. Era un lugar similar al que tenían en su hogar.

—Capitán…

Vio que el hombre que acababa de hablar, seguramente el curandero, miraba a este último con deferencia. Era evidente que los hombres respetaban a su señor, lo que la llevó a deducir que era una persona justa e imparcial. Eso podía concedérselo. Cuando lo miró de nuevo; se fijó en que desprendía una autoridad innata. Había algo en él, en cualquier caso, que inducía al respeto. Quizá fueran sus rasgos pétreos, o su mirada implacable. O su impresionante anchura de hombros. O… No sabía qué era con exactitud, pero era un hecho.

—Muéstrele las manos —le ordenó.

Ella obedeció e ignoró el tono autoritario que tanto le irritaba. Nunca nadie había osado hablarle en ese tono. Era Terry Carlisle, la hija de un señor de un territorio que se extendía hasta no poder ver más allá. Sin embargo, su carcelero la tomaba por dócil y creía que estaba a su merced, así que calló y acató.

Mientras el capitán le contaba al curandero quién era ella, este le agarró las manos y les dio la vuelta, y valoró el daño de sus muñecas. La invitó a sentarse ante una mesa y colocó sus manos sobre ella mientras lo observaba coger un vial, un instrumento afilado que hundía en un brasero y unas vendas.

Sintiéndose espiada, giró la cabeza y miró al capitán, quien, con las piernas separadas y los brazos cruzados, la observaba también. Su postura resaltaba los músculos del torso del joven, donde se cruzaban las tiras de cuero que mantenían a su espalda las dos espadas, cuyas empuñaduras sobresalían por encima de los hombros. En su cadera izquierda colgaba un puñal. La mirada de Terry se aventuró más abajo, hacia las rodillas descubiertas del escocés. Tragó saliva con dificultad ante el pensamiento de que estaba desnudo debajo de esa tela y, lejos de repugnarla, se dio cuenta de que eso le procuraba una nueva y extraña sensación en el cuerpo, en la parte baja de su vientre, para ser más exactos.

Apretó los dientes contrariada. Recordó entonces cuando había saltado sobre ella en el bosque, lo que había sentido contra su vientre, esa emoción que lo había recorrido a él y que ahora sentía ella. Maldijo su naturaleza de mujer, esa que le hacía sensible a la apariencia de ese hombre. Habría preferido no conocer esas sensaciones.

Su mirada subió hacia la del capitán y vio cómo arqueaba la ceja. Era evidente que él no se había perdido nada de su observación y que parecía divertirse. Su mirada parecía menos esquiva, aunque todavía algo lúgubre, al igual que la expresión de rostro. Se tomaba el papel de carcelero muy en serio y lo demostraba sin concesiones. Si insistía en permanecer a su vera, sería difícil burlar su vigilancia. Se incorporó y clavó sus ojos en los suyos.

—¿No tiene otra cosa que hacer que quedarse aquí? ¡Creía que un capitán de guardia estaba mucho más ocupado!

El curandero rio entre dientes, pero se detuvo cuando vio la mirada que le dirigió su capitán. Carraspeó y se sentó frente a ella. ¡Él también temía a su superior! Sin embargo, el capitán era tan joven…

—Apresúrate, tengo que llevarla a su celda.

Su voz se quebró y se sintió como si acabara de recibir una bofetada en pleno rostro. Su corazón se aceleró.

—¿Me va a encerrar? —preguntó ella con la garganta cerrada.

Él rio.

—¿Qué esperaba? ¿Una visita por el fuerte?

Terry le dirigió su sonrisa más encantadora, con la intención de persuadirlo.

—¿Por qué no? Me gustaría conocer más este lugar. Igual que a usted. —Suspiró.

Sabía que a los hombres les gustaba este tipo de comportamiento. No había otra cosa que les gustara más que las vírgenes inocentes. Quizá porque se sentían poderosos. ¡Qué fácil podía ser todo cuando atacabas a alguien más débil que tú!

¡Por Dios!

Habría escupido en el suelo con disgusto, pero soltó un pequeño grito y retiró la mano de la del curandero. Como estaba enfrascada en el enfrentamiento verbal con el capitán no había visto que ese traidor había aprovechado para abrir el vial y verter una buena cantidad del líquido que

contenía en su muñeca. Quemaba tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento, señorita, pero las heridas son profundas. Tengo que limpiarlas.

Se secó con rabia la lágrima que caía por su mejilla, maldijo en su fuero interno el mostrarse tan débil y apretó los dientes. Se pasaba el tiempo renegando de su verdadera naturaleza. Había aprendido a usar las armas, llevaba ropa de hombre, participaba en las incursiones de los hombres de su padre y le pedía que la dejara comandar algunas de ellas. Se había transformado poco a poco en una guerrera y estaba orgullosa de ello, pero su condición le había hecho fracasar. La fatiga, sin duda, era una de las causas por las que había perdido su libertad. Apretó más los dientes cuando el curandero le limpió la herida. Incapaz de aguantar más, lo vio quitando unos filamentos con su instrumento puntiagudo. Seguramente eran trozos de cáñamo de la cuerda, que se le había clavado en las muñecas. No pensaba que estuviera tan herida. Intentó contener los espasmos de dolor.

—¿Es necesario que haga eso? —le preguntó ella malhumorada.

—Sí, señorita. He visto heridas infectarse por menos que esto.

—Y, entonces, hay que amputar —soltó el capitán.

Terry sintió sus mejillas arder y le dirigió una mirada furibunda.

—¿Le divierte torturarme?

—¡Mucho! Tengo que reconocerlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —respondió él igual de seco.

—He pasado de ser prisionera a una fuente de diversión. Me alegra, capitán. ¿Qué será lo siguiente, atarme y azotarme?

—¡No me tiente, señorita! —replicó él con un brillo incandescente que recorría su mirada.

De nuevo, algo despertó en su cuerpo. Se recuperó rápidamente.

—¡Me ha prometido no hacerme daño!

—No he prometido nada de eso.

—¡Sí, lo ha hecho! —gritó ella cada, vez más preocupada.

¿Qué pretendía hacer de ella? ¡Maldición!

Él volvió a sonreír. Una sonrisa que ella quería arrancarle con todas sus fuerzas. Tenía que dejar de sonreír y mirarla de esa forma, como si la fuera a convertir en su bocado. ¡Y también que ella misma dejara de sentirse de esa forma tan extraña!

Definitivamente, no comprendía nada.

Ese hombre hacía surgir en ella unos sentimientos contradictorios y sorprendentes. Se prometió reflexionar sobre ello más tarde, cuando estuviera sola. Por el momento, el combate necesitaba toda su atención.

—¡Ha dicho que no me pasaría nada! —insistió ella.

La sonrisa del capitán se hizo más grande y se volvió increíblemente atractiva. ¿Había decidido jugar con sus nervios como ella pretendía hacer con los suyos?

—Si sabe comportarse.

—¿Y si no sé comportarme?

Se mordió el labio inferior. Parecía que, al menos en parte, disfrutaba torturándola. Torturando su mente y quizá su cuerpo. Sin previo aviso, unos pensamientos impuros vinieron a su cabeza. Se vio dejándose llevar con ese hombre. Tuvo ganas de sentir sus manos sobre ella, su boca, sus labios y, de nuevo, lejos de repugnarla, sus pensamientos despertaron algo indecente en su cuerpo. Algo que la horrorizó. Se horrorizaba a sí misma. No se reconocía. Ese hombre hacía

nacer en ella unos sentimientos que, hasta ese momento, desconocía. Unos sentimientos que procuró reprimir cuanto antes con una furia malsana. Haría cualquier cosa antes que dejar que su cuerpo le hiciera perder la razón.

—Ya que soy una prisionera política, pero tengo derechos, ¿no? —se rebeló ella.

—«Prisionera política». ¿Así se ve? —se mofó él—. ¿Dónde ha aprendido esa expresión?

Ella vio el brillo de ironía en sus ojos y fue, de nuevo, como si la abofeteara.

—Sé leer. Es más, leo mucho —se ofuscó ella—. Algo que no debe de ser su caso. He oído que los escoceses son unos bárbaros ignorantes que no saben escribir ni su propio nombre.

Creyó que lo irritaría, que estaba a su merced, pero parecía tan… imperturbable.

—Le han enseñado mal, señorita. Aquí sabemos leer, con raras excepciones. ¿Cómo cree que hemos aprendido su lengua?

—¡No lo sé y me da igual! Para volver a lo que le interesa, sabe perfectamente que, si me hace daño, será la guerra. Hace falta muy poco para perder el control de estas tierras. Pero quizá lo desconozca. No lleva en este lugar el tiempo suficiente como para conocer nuestra historia.

Su sonrisa le desconcertó por completo.

—¿Se está burlando de mí?

—¡No se le puede esconder nada, señorita!

Quiso responderle, pero fue incapaz puesto que el líquido quemó de nuevo su piel. Se fijó en que un vendaje blanco ya cubría su muñeca izquierda y que el curandero se ocupaba de sanar ahora la derecha. Contuvo un gemido, apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿Falta mucho?

Él le sonrió.

Puede que con el curandero fuese más sencillo.

Aunque se moría de ganas por sacarlo de quicio, cambió de opinión:

—Tiene unas manos muy dulces. Casi no he sentido nada cuando me ha quitado las astillas. ¿Es también el cirujano de la guardia? —le preguntó con una voz persuasiva.

Él levantó los ojos, sorprendido.

—Sí, señorita.

—Por favor, llámeme Terry. Terry Carlisle. ¿No será usted inglés? Su acento es muy parecido al mío.

—Mi madre era inglesa, efectivamente, y mi padre escocés.

¡Vaya!

Se negó a pensar qué haría si estuviera obligada a casarse con uno de esos salvajes. Había oído hablar de esos matrimonios, que el rey orquestaba para forjar alianzas. Los reyes imponían y los súbditos obedecían; siempre había sido así en ambos lados de la frontera. De pronto tuvo miedo de ser víctima de semejante maquinación. Pero se tranquilizó: su padre no aceptaría jamás tal ofensa. ¡No con un escocés! Preferiría matarla con sus propias manos antes que dejar que se casara con uno de sus enemigos.

—¿Ha vivido en Inglaterra? —le preguntó ella mientras terminaba de vendarla.

—Así está bien. Gracias, David —dijo con sequedad el capitán, mientras la agarraba por el brazo para forzarla a levantarse.

¡Definitivamente ese hombre tenía los modales de un soldado! No podía ser de otro modo.

Se abstuvo de gemir cuando tiró de ella sin cuidado y la sacó de la estancia. Los dedos alrededor de su brazo le hacían un daño terrible, pero por nada del mundo le habría suplicado que la soltara. Si él era determinado y testarudo, ella no sería menos. Pero no comprendía su

comportamiento. No había hecho nada malo, solo hablar con el curandero. ¿Habría sido capaz de ver sus intenciones? ¿Tenía miedo de que alguno de sus hombres sucumbiera a sus encantos?

Quiso preguntárselo y aprovechar para provocarlo, pero no pudo hacerlo porque ya la estaba arrastrando escaleras abajo. Ella apenas podía respirar. Terry sintió que su corazón latía con más fuerza a medida que descendían hasta lo más profundo de la fortaleza. Se podía notar la humedad, el hedor a excrementos y otros olores. Su mente se apresuró a pensar que quizá allí habían muerto hombres o bien se estaban pudriendo. Ingleses. Gente de su tierra…

No quería suplicarle al capitán, pero estaba a punto de perder todo el coraje. Algo en ella renació. Un terror sin nombre que casi le impidió respirar. Como en sus pesadillas, donde revivía una y otra vez lo que le había sucedido ese día. El día que murió su madre. Unas lágrimas le inundaron los ojos.

—Se lo suplico, no… —murmuró ella con la garganta repentinamente cerrada, tanto que casi ni ella misma fue capaz de entender lo que dijo.

El capitán no reaccionó. Al contrario: tiró más de ella y aligeró el paso, lo que demostró su indiferencia. Ella habría querido suplicarle más, pero el miedo en sus entrañas le cortó todas las fuerzas. De repente, le costó pensar con claridad y cada vez le era más difícil respirar. Estaba aterrorizada. Tanto que estaba a punto de sofocarse. Si tan solo hubiera percibido el miedo en sus ojos… Si tan solo pudiera comprender lo mucho que le aterrorizaba la idea de estar allí encerrada… Pero ni siquiera la miró. Tampoco podía pedir ayuda; nadie acudiría a salvarla. Estaban solos en esa parte de la fortaleza. Cuando el capitán la empujó ante la puerta de una de las celdas, las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Se giró hacia ella y le soltó el brazo. Sus miradas se cruzaron y él parpadeó ante la angustia que ella era incapaz de disimular. Procuró recuperar la valentía.

—No lo haga. Se lo suplico —consiguió articular.

—Lo siento, es así son las normas.

Hizo un gesto con la mano para que entrara por sí misma en la celda, como si la invitara a bailar. Pero la realidad era otra: la empujaba a entrar en su peor pesadilla. Una pesadilla que sufría casi cada noche. Una pesadilla que le hacía revivir su calvario. Él lo ignoraba, era evidente, pero sí podría ver en su mirada llena de súplicas que algo no iba bien. Pero a él le daba igual y se aferraba a su deber. No podía esperar nada del escocés. Dio un paso, luego otro y se obligó a mostrarse fuerte y resistir ante lo que subía por su cuerpo y amenazaba con ahogarla. Se recordó quién era y cuál era su misión.

Terry entró en la celda y, cuando el capitán cerró la pesada puerta tras ella, se giró, puso sus manos alrededor de los barrotes y dejó que sus lágrimas cayeran en silencio. No hizo nada por detenerlas. Liberaba su alma a ese hombre. Se postraba ante él y olvidaba todo su pudor. Era incapaz de mostrarle su terror con palabras; nunca serían lo suficientemente poderosas para contarle lo que le sucedía, pero quizá viese en su mirada el dolor que le provocaba. La observó durante lo que le pareció una eternidad y, cuando se disponía a suplicarle una vez más, con la firme creencia de que había visto la duda en sus ojos, le dio la espalda. Oyó sus pasos alejarse y se sintió tan sola que rompió a llorar.

Golpeó la puerta murmurando un débil «no me deje aquí…». Luego golpeó más y más fuerte y empezó a gritar que fuese a liberarla, que no tenía derecho a eso. Pero en realidad sí que lo tenía. Era su prisionera.

Gritó con todas sus fuerzas y lloró durante unos largos minutos, lo que hizo que su miedo menguase ligeramente. Cuando al fin se calmó, se giró para observar su alrededor y ver dónde la

había encerrado. Respiró un poco mejor y los sollozos cesaron cuando vio que la celda estaba relativamente limpia y que poseía una ventana, así como una letrina en una esquina. Se secó la nariz con la manga.

Todavía era de día, por lo que de momento no temía nada. Cuando llegara la noche sería otra historia. Aunque se negó a pensar en ello. Podría mantenerse despierta y mirar las estrellas. Se dirigió hacia el camastro y se acurrucó sobre sí misma. Iba a dormir para permanecer despierta durante la noche. Así conseguiría rehuir sus demonios.

---

[1] N. de la T. Espada grande y larga usada por los *highlanders*.

2

Ewen dejó su pluma en el tintero y se hundió en su asiento. Le había escrito al gobernador, a los otros capitanes de la frontera y acababa de terminar de redactar su misiva al rey, con el fin de explicarle la situación. Desde que había encerrado a Terry, sentía cierto malestar. Se imaginaba sus ojos llenos de angustia. Parecía desconsolada y se preguntó por qué, dado que tan solo unas horas antes casi lo había derrotado. Se había defendido como una leona. ¿Dónde había quedado su determinación? ¿Qué le había pasado para que se pusiera de esa forma? Parecía completamente en pánico. Peor, aterrorizada. Y sus gritos…

Maldita sea, todavía podía oírlos.

Se frotó con energía el rostro y se levantó para situarse frente a la oquedad de la pared, oculta por una banda de cuero que apartó. El frío se abrió camino en la estancia, a pesar del fuego que crepitaba en la chimenea. Pensó de nuevo en su prisionera. No tenía fuego, nada con lo que protegerse del frío aparte de la ropa que llevaba. ¿Y si enfermaba y moría? ¿Y si sus heridas se infectaban? Carlisle era un poderoso barón inglés, no se detendría. Sería su culpa si le pasaba algo horrible; era responsable de ella. ¿Se arriesgaría a perder su carrera o su cabeza? ¿Podía haber una guerra a causa de esa mujer? Esa región siempre había sido inestable; el menor pretexto sería bueno para lanzarse los unos contra los otros…

Suspiró y se forzó a observar el paisaje que había aprendido a querer para no dejarse llevar por las divagaciones. Solo había hecho su deber; no se arrepentía de nada. Mantendría la paz, con o sin esa mujer. Con o en contra de ella y su familia.

Se obligó a contemplar las colinas que formaban los montes Cheviot con el río Tweed, que servía como frontera entre Escocia e Inglaterra. ¿Cuánto tiempo necesitarían las tropas de Carlisle para llegar hasta su puerta? Había tomado una buena decisión, estaba seguro, y todo iría bien. Esperaría a que Carlisle se manifestara, le haría firmar un tratado en el que prometiese renunciar a toda ambición de conquista si quería recuperar a su hija y todo volvería al orden establecidos. En unos días, esa mujer tan seductora y atractiva se iría de su fuerte y, entonces, podría retomar el curso de su existencia.

Pensó en sus hermanos, con los que, si bien se enviaba cartas con regularidad, no había visto desde hacía más de cinco años, tras haber dejado Helen Hall, su hogar ancestral. Por las últimas noticias, sabía que Alexander y Craig tenían tres hijos cada uno y hablaban del amor perfecto de sus mujeres, Elizabeth y Mary, respectivamente. Craig había hecho construir su hogar cerca de Helen Hall y todos juntos dirigían el dominio MacLeod y el de los MacDonald, que habían heredado de forma indirecta por medio de Elizabeth.

En sus cartas, sus hermanos nunca mencionaban *su* nombre. Él tampoco. Era una especie de cordialidad silenciosa: ellos no querían hacerle daño y él no quería pensar en ello. Era el pasado. Había aprendido a acallar el dolor de su corazón y se había impuesto un rigor implacable. Llevaba años haciendo sufrir su cuerpo durante horas. Mientras pensaba en su amor de juventud, le vino a la cabeza Terry Carlisle.

Su cuerpo se calentó sin que pudiera evitarlo.

No era el recuerdo de Katel lo que lo atormentaba en ese instante, sino más bien el de su prisionera. Tenía que aceptar la evidencia: deseaba a esa mujer y la había deseado desde el momento en el que había descubierto que lo era. Había incendiado su interior sin que él pudiera frenar sus sentimientos. Todavía se sentía así. Por mucho que se esforzara en apartarla de su mente, ella volvía sin cesar.

Recordó sus ojos brillantes, que ella había apartado con pudor cuando David la había curado. Le dolía, pero retenía con coraje las lágrimas. Luego le había puesto ojitos al curandero y eso le había molestado. No era normal en él, por lo que se había sentido todavía peor.

¿Qué estaba haciéndole?

¡Era el enemigo, y uno no se asociaba con el enemigo!

Tenía la sensación de que imponer a su cuerpo una tortura permanente no había servido de nada, ya que esa mujer lo había puesto todo patas arriba en un momento. Quizá esa escasez sexual que se había autoimpuesto no había hecho otra cosa que hacerlo más sensible al contacto del cuerpo de esa mujer.

¡Tenía que ser eso!

Evidentemente, tenía deseos que hasta el momento había frenado. A menos que, precisamente, fuera la firmeza de su cuerpo de mujer, sus grandes ojos azules que resplandecían, llenos de ira, su magnífico pelo, su beligerancia, lo que lo invitaban a extralimitarse… Nunca había conocido a una mujer como ella: tan fuerte y frágil a la vez. Fuerte, como cuando habían peleado, y frágil, como cuando se había negado a contener su angustia hacía unas horas. Su dolor lo había conmocionado. Incluso se había disculpado por tratarla de esa forma, algo que no entraba dentro de sus costumbres.

Sin embargo, se había jurado que nunca se dejaría enternecer por una dama. ¡Eran unas mentirosas! Hacían promesas y luego actuaban a traición cuando les venía en gana. Pero ¿cómo alejarse de ella si tenía que vigilarla? Ella ya ocupaba su mente. Sin embargo, cuando la había retenido en combate, ella le había asestado un puñetazo en el rostro. En realidad, cuando la miraba, tenía la sensación de que le golpeaban en alguna parte, sin saber exactamente dónde.

¡Eso no te llevará a ningún lado! —se sermoneó. *Eres un soldado, un guerrero. Una mujer no tiene cabida en tu vida.*

Entonces, ¿por qué cuanto más pensaba en ella más deseaba verla y pasar tiempo a su lado?

Para asegurarte de que está bien —intentó convencerse.

De repente tuvo miedo de que no estuviera a salvo. Confiaba en sus guardias, pero tenía que reconocer que no los conocía a todos personalmente, y algunos acababan de llegar. Le dijo que no le pasaría nada, pero ¿no se habría adelantado? Había dejado la llave de su celda a la entrada del sótano. ¿Había sido buena idea? ¿No sería mejor que la vigilara él mismo? ¿No era arriesgado no protegerla de sus hombres? Ellos tampoco habían visto a ninguna mujer desde hacía meses; quizá algunos hasta llevasen años… ¿Cómo confiar en ellos? ¿Cómo estar seguro de que la respetarían? Era muy bella, y era inglesa… ¿Sería algo que excitaría a alguno de ellos? Lo dudaba. Lo dudaba tanto que no pudo pensar en otra cosa. De pronto quiso asegurarse de que estuviese bien.

Salió del despacho y descendió con lentitud las escaleras que llevaban a los calabozos, mientras se obligaba a no correr y reflexionar sobre lo que estaba a punto de hacer. David y él eran los únicos en esos momentos en esa parte del fuerte.

Mientras los otros edificios albergaban la sala de los guardias, la armería, los dormitorios, las cocinas, las bodegas, la sala común donde los soldados comían y los establos; la torre cuadrada,

el edificio en el que se encontraba él, contenía su despacho, la botica, una estancia donde dormía el curandero, la habitación de Neil, su mano derecha y, encima de esta, la suya, además de otras dos habitaciones para invitados importantes, aunque nunca viniera nadie. Desde el piso de su aposento, salía una escalera que llevaba a una plataforma rodeada de muros por donde a veces paseaba y, más abajo, se encontraba la prisión, donde tampoco había nadie. Era en una de esas celdas donde había encerrado a Terry. Estaría sola cuando cayera la noche. Muy a su pesar sentía que su malestar crecía por momentos.

No pudo sucumbir a la inquietud, así que descendió los escalones que le faltaban, tomó las llaves aliviado de ver que seguían en el mismo sitio —aunque era lo más normal; solo estaban presentes los soldados encargados de custodiar el fuerte, ya que Neil no había vuelto con el resto de la guardia que vigilaba la frontera. No esperaba que su mano derecha volviera hasta el día siguiente o, como mucho, dentro de dos días. Estaba recorriendo los dominios para avisar a los *lairds* de posibles incursiones de los ingleses y convencerlos para que mantuvieran la calma.

Evitó que las llaves chocaran entre sí para no asustar a la prisionera. Luego se acercó hasta su celda y su corazón empezó a latir con más fuerza. No sabía por qué, pero esa mujer le hacía temblar. Se preguntó cómo protegerse, cómo olvidarse de ella. Cómo hacer para que su cuerpo dejara de desearla. ¿Tenía que ponerse al límite? ¿Tenía que llenar su cabeza de deseos de gloria para olvidar otros más carnales?

Se detuvo ante la puerta y miró hacia el interior. Cuando vio a la joven durmiendo sobre la cama llena de polvo sintió que algo vibraba en él. Terry se abrazaba, como para protegerse, y se había movido, puesto que los mechones le caían casi hasta el suelo. Parecía que buscaban captar la luz tenue del día que pronto daría lugar a la oscuridad de la noche. Parecía tan frágil que se sintió mal por ella. Sintió piedad por ella.

¿Qué le estaba haciendo, maldita sea? ¿Y él? ¿No estaba maltratándola cuando en realidad no había hecho nada malo?

La había separado a rastras de los suyos y la había encerrado en una celda sin comodidades. Ni siquiera había pensado en traerle agua o unas mantas. Pero, después de todo, ¡ella era responsable de su suerte! Podría haberse quedado en su hogar en vez de entrar en sus tierras con intenciones bélicas.

Ella se movió en sueños y gimió.

Ese sonido despertó el deseo en su cuerpo. Un deseo inconfesable y… prohibido. ¡Era su rehén! ¡Y era inglesa! ¡Era el enemigo! Tendría que haber dado la vuelta, pero no pudo. Una deliciosa atracción lo empujaba a seguir admirándola mientras ella seguía entregada al sueño. Era tan bella… Su pelo del color de la luna captaba la luz y brillaba en la oscuridad reciente.

Huyó antes de hacer algo que fuera su perdición. Subió las escaleras y salió del sótano. Al ver a uno de sus guardias en el patio, lo llamó. Tan pronto como lo tuvo delante, le tendió el juego de llaves y ordenó:

—Vigila que nadie entre en la celda de la prisionera y llévale algo de comer y algunas mantas. Hazme llamar al menor problema. No dejes tu puesto en ninguna circunstancia. Si le sucede algo, responderás con tu vida, ¿entendido?

El guardia asintió y salió corriendo sin decir nada. Ewen estaba convencido de que cumpliría su tarea a la perfección. Cuando daba una orden, sus hombres obedecían. Era temido y respetado. Ninguno de sus guardias sabía que él luchaba por hacer tanto como ellos, o incluso más, y que nunca cedía ante nada ni nadie para hacer cumplir la ley.

Sus soldados eran buenos guerreros, y hasta ese día no había tenido la necesidad de tomar

medidas drásticas ni quejarse de sus deficiencias. Había tenido suerte, porque en otros fuertes, según decían sus homólogos, era distinto. En cualquier caso, al ver su reacción, era consciente de lo que estaba en juego y sabía muy bien que perdería el pellejo si algo le sucedía a la mujer.

Ewen subió a sus aposentos para terminar las cartas. Escribió una misiva que haría que llevara una de sus patrullas para poner los dominios de Carlisle bajo vigilancia. Quería enterarse sin demora de si estos últimos hacían el mínimo movimiento. Si pasaba cualquier cosa en el hogar de su prisionera —una reunión de tropas, algunos preparativos para el combate…—, lo sabría enseguida y podría prepararse para defenderse del ataque. Su fortaleza era inexpugnable; y se dejarían la piel intentando acceder a ella.

Con la certeza de que sería el caso, se obligó a acercarse a la cama y, tras haberse retirado las espadas, se tumbó sin ni siquiera quitarse las botas. Cerró los ojos y respiró con lentitud. Un rostro le vino a la mente, el del primo de la inglesa. Había visto en él una amenaza. Ese hombre tenía malas intenciones. Era ese tipo de personas que no cedía ante nada a la hora conseguir sus fines. Además, la mirada que le había dedicado a su prisionera le decía que la deseaba. El deseo se veía en cada poro de su piel, igual que en su mirada dura y fría.

Sí, la deseaba, pero era para dominarla y utilizarla.

Ewen se prometió guardar eso en un rincón de su mente, por si alguna vez se cruzaban de nuevo sus caminos, puesto que su instinto le decía que ese sería el caso. Ese hombre era de la familia de Carlisle, así que lo ayudaría a recuperar a su hija.

Se movió para encontrar mejor postura, cruzó las manos sobre el vientre y suspiró para intentar relajarse y encontrar el sueño. Pero esta vez fue el rostro de la inglesa el que acudió a sus pensamientos. Vio sus ojos rebosantes de cólera, luego la angustia cuando había cerrado la puerta de la celda. Parecía tan aterrorizada que no supo qué pensar. No obstante, aunque que la tuvieran cautiva le hacía infeliz, algo que era comprensible, no tenía elección. Lo que había visto en sus ojos no era un orgullo herido, sino miedo, y se preguntó por qué. Tendría que haberse sentido segura en los muros de la prisión.

Suspiró de nuevo.

Fuera lo que fuera, no era su problema.

Estaba impaciente por recibir la respuesta del rey para saber qué hacer con ella. Desde ese momento, sus hombres estaban en pie de guerra. Había pedido refuerzos, puesto que, según él, la seguridad del reino estaba en peligro. Seguridad que se vio socavada desde que había encarcelado a esa mujer. No sabía si el monarca consentiría el envío de tropas. Si se negaba, tendría que arreglárselas solo y con los medios que tuviera, aunque podría contar sin duda con la ayuda de otros capitanes. Eso lo tranquilizó un poco. Pero la inglesa no abandonó sus pensamientos. Sintió de nuevo la mordedura del placer que se había apoderado de él cuando la había cogido por el brazo y, justo antes, cuando había intentado escapar de él.

Tenía que mantenerse alejado de ella si quería impedir que su cuerpo le jugara una mala pasada. La deseaba, no lo podía negar; como no podía negar que sentía compasión por ella. Todo su ser la deseaba. Pero tenía que luchar contra sus instintos masculinos y mantenerse alerta; su honor estaba en juego, al igual que su seguridad. Y quizá también la del reino.

No consiguió dormirse hasta que llegó el alba.

Al despertar se sorprendió al ver que había tenido un desliz nocturno. Suspiró. A veces sucedía. Sobre todo al intentar mantenerlo en su cuerpo, que tenía ciertos instintos. Era como una carencia, una asignatura pendiente.

Saltó de la cama y bajó las escaleras.

Ya salía el sol.

Fue al pozo, bajó el balde, lo subió, cogió una jarra de agua y se roció la cara y el cabello. Resopló y luego se mojó la parte superior del cuerpo y las manos y se pasó estas por sus axilas. El aire frío sobre su piel casi le cortó el aliento, pero consiguió despejarse.

Ahora podía bajar a ver a la cautiva, pues su mente se había calmado, igual que su cuerpo.

***

Al escuchar el ruido de unos pasos y luego una llave en la cerradura de la celda, Terry se obligó a mantener los ojos cerrados y no girar la cabeza. Aunque dudaba de ser capaz, no se había movido en toda la noche. Como había previsto, había dormido lo que quedaba de día y luego había movido la cama para posicionarse cerca de la apertura, contra la pared, en la que se había apoyado. El frío nocturno era tan intenso que había conseguido mantenerla despierta. Estaba orgullosa de sí misma; no había cerrado los ojos. Había pasado la noche pensando, elaborando planes de escape y maldiciendo a su carcelero, al que ahora veía frente a ella. Era él, no había dudas. Reconocía su *kilt*, su postura, sus… rodillas. Su corazón se aceleró y se maldijo por sentirse así ante la presencia de ese hombre.

Sintió su mirada, pesada y penetrante.

Terry suspiró de una forma que le hizo comprender que le molestaba y que su visita no le alegraba. ¿Qué hacía allí? Si por ella hubiera sido, habría saltado sobre él para clavarle el puñal en el vientre. Pero no era el momento adecuado.

—Si es para saber si sigo con vida, como puede ver, es así —acabó por soltar.

Y al no obtener ninguna respuesta, levantó la cabeza. La recorrió un escalofrío cuando cruzó la mirada con la del capitán. Dura. Implacable. ¿Qué le había hecho aparte de haberse cruzado en su camino? Tendría que estarle agradecido. Gracias a ella, progresaría en su carrera. Se preguntó de repente si algo podría estremecer a ese hombre… Ella no, eso estaba claro. Era evidente que la detestaba y no se dejaría persuadir fácilmente.

Se fijó en su peto de cuero y en su camisa. Ambas prendas estaban mojadas. Dejaban ver la parte superior de su cuerpo, mientras que su pelo largo y rizado, peinado hacia atrás y mojado también, revelaba sus rasgos angulosos y viriles. Ese hombre desprendía un aire amenazante, un poder; cierta peligrosidad que, muy a su pesar, despertaba algo en su feminidad. ¡Era muy guapo! Nunca había visto a un hombre tan guapo, tan misterioso. Pero era más que eso. Encontrarse a su merced la excitaba de una forma sorprendente. Por primera vez en su vida comprendió los deseos innombrables que la atracción por un hombre era capaz de causar en su cuerpo. Por primera vez en su vida deseó carnalmente a alguien y se sorprendió al sentir tal deseo. Y por primera vez en su vida, sintió sus carnes íntimas dilatarse de deseo. Quería sentirlo allí, en su zona más inexplorada. Quería saborear su poder. Contuvo un gemido. ¿Cómo podía sentirse así cuando lo odiaba con toda su alma? Comprendió que su mente no tenía mucho que hacer. Era una cuestión carnal. Su cuerpo, ese traidor que se expresaba y quería probar la carne de ese magnífico guerrero. Incluso con lo que sabía sobre ese acto, incluso con lo que había visto…

Pero el escocés no era como los otros hombres. Era oscuro y peligroso, despiadado, sin ninguna duda, pero estaba convencida de que no le haría daño. No sabía por qué estaba segura de ello, pero era así. Si se lo hubiera querido hacer, ya se lo habría hecho en esta misma celda el día anterior. O habría venido por la noche para reclamar su cuerpo como trofeo de guerra y le haría

entender que podía hacer con ella lo que quisiera. No era así, estaba segura; poseía cierto honor y no haría nada en contra de su voluntad. Sin embargo, seguía a su merced, y eso la excitaba más que nada. Le daba miedo, pero no por ello lo deseaba menos.

Apartó esos pensamientos y le sostuvo la mirada. No podía hacerle entender que estaba calentando su intimidad de una forma exasperante. Tenía que cortar de raíz ese deseo incipiente o tendría problemas, además de deshonrarse. ¡No podía desear a ese bárbaro! ¡No se rebajaría de esa forma! Seducirlo para llegar a sus fines, sí, ¡pero tenía que detenerse allí! No había lugar para la atracción carnal.

Quizá su cuerpo le jugaba una mala pasada por ser todavía virgen a sus veinte años. Quizá quería conocer el acto del amor; quizá era un anhelo que no podría ignorar durante mucho más tiempo, sobre todo ante un hombre como ese escocés… No lo sabía, pero sentía que su cuerpo despertaba al deseo y eso la llenaba de vergüenza y miedo.

Había pasado su vida odiando a los hombres y lo que representaban. No podía dejarse llevar por tales sentimientos; era indigno de ella, indigno de su rango. Era Terry Carlisle, una noble inglesa. Su familia era poderosa: su padre, sus amigos…

Se incorporó sin dejar de mirarlo.

Un escalofrío recorrió de nuevo su espalda cuando un atisbo de libido cruzó la mirada del capitán. ¿Acaso él la deseaba? ¿Podría usar su deseo contra él? Sin duda, pero solo si ella era más fuerte y perspicaz.

No insistió en el tema y decidió fingir pena antes que empezar un combate. Tal vez así podría enternecerlo…

—¿Qué quiere? —le preguntó con una voz dulce. Se esforzó por asumir el papel que se acababa de atribuir, si bien quería atacarlo con todas sus fuerzas.

—Quería saber cómo estaba. ¿Ha dormido bien?

Ella se forzó a suavizar la mirada para que su carcelero no pudiera percibir hasta qué punto lo odiaba por lo que le estaba haciendo y hasta qué punto deseaba matarlo. La mirada del escocés se mantuvo sombría, a pesar de la ligereza de sus palabras. Le pareció, al mirar con más atención, que tenía la piel apagada y unos círculos oscuros bajo los ojos. ¿Le habría impedido dormir? ¿Era por ella o por la responsabilidad de tenerla como prisionera, con todo lo que eso comportaba?

—No, ¿y usted?

—¡Tampoco! —respondió con voz sorda, mientras se comía sus senos con los ojos. Se había quitado los vendajes para estar más cómoda.

—Me gustaría poder tomar el aire, ¿tendría la amabilidad de acompañarme?

—Le pediré a uno de los guardias que la acompañe a pasear por el camino de ronda.

Maldita sea…

Pero en sí mismo, ya era una pequeña victoria.

Ignoró a su carcelero, se puso en pie y se desperezó levantando los brazos y tomando aire profundamente. Miró al cielo, de un tono rosado por la luz del día naciente, según podía ver por el pequeño agujero. Se estremeció cuando sintió la mirada del escocés sobre ella, pero no se giró. Estaba destrozada por haberse quedado toda la noche sentada sobre el colchón. Se había obligado a resistir el deseo de tumbarse por miedo a dormirse, aunque hubiera descansado unas horas antes de que anocheciera. Había esperado ver al capitán la noche anterior, pero había sido un guardia y no él quien le había traído la comida. Un guardia que ni siquiera se atrevió a cruzar su mirada, por miedo a ser transformado en sapo, sin duda, o de a que le sedujeran… En

cualquier caso, por alguna razón parecía asustado por algo… ¡O alguien! Probablemente por culpa de ese hombre que tenía a sus espaldas, que la dominaba por su altura y corpulencia y cuya respiración, ronca, era cada vez más rápida, aunque el sonido fuera casi imperceptible.

Bajó los brazos como si no se tratara de nada. No pudo evitar que se le erizara la piel de miedo cuando se acercó a ella. Se tumbó con el temor de percibir la presión de su miembro endurecido en su espalda, pero el escalofrío que le recorrió el cuerpo con solo pensarlo estimuló algo más íntimo y profundo en su vientre. Algo más exigente, incluso más animal. Se sorprendió: lo deseaba con todas sus fuerzas: quería sentirlo contra ella, lo quería dentro ella…

Nunca había albergado tales deseos.

Tenía que dejar de imaginárselo desnudo, de imaginarse su virilidad desnuda y lo que podía hacer con ella. De nuevo, maldijo su naturaleza femenina al sentir un calor que brotaba del interior de su vientre. ¿No podía poner un poco de distancia en vez de vigilarla tan de cerca?

Se giró de forma demasiado brusca y todo dio vueltas a su alrededor. Se maldijo por ser tan débil, y entonces la mano de su carcelero se cerró sobre su brazo, de forma que impidió que cayera. Pero ese mismo gesto despertó un deseo irremediable en su cuerpo.

Se apartó con un gesto brusco.

—¡No necesito su ayuda!

El escocés levantó las manos frente a ella.

—Perdón, señorita —se burló—. Me había parecido lo contrario, puesto que parecía que iba a caerse de culo.

—Incluso si así fuese, no necesitaría su piedad.

Clavó sus ojos en los suyos. Unos ojos increíblemente bellos, verdes, con pequeñas manchas doradas. Podrían haber sido todavía más bellos si no fueran tan implacables.

—No es piedad lo que siento por usted, Terry Carlisle. Llamaré al guardia.

Terry no tuvo tiempo de preguntarle a qué se refería puesto que ya se alejaba. Con los ojos perdidos en el cielo azul manchado de rosa, se sorprendió echando de menos su presencia y se sintió tan sola que se estremeció.

No estaba acostumbrada a estarlo. En su hogar, siempre estaba rodeada de gente, de sirvientes y de miembros de su familia, y pasaba el tiempo entrenándose en las armas y cabalgando. Era consciente de que no había recibido la misma educación que las otras jóvenes de su edad y rango, pero no se quejaba. En su hogar siempre hacía lo que quería y ahora, esa falta de libertad, unida al hecho de que su destino era incierto, le resultaba casi insoportable.

Además, el capitán le gustaba demasiado y despertaba en ella unas emociones tan fuertes que la sobrepasaban. Cada vez que lo contemplaba lo veía más y más atractivo. ¿Cómo no desearlo cuando se presentaba con el pelo y el torso mojados, con la ropa pegada a él, de forma que se intuyera su atractiva musculatura? Y ese *kilt*… Intentó no sonrojarse, puesto que lo sabía. Tenía el recuerdo de que, bajo esa extraña vestimenta que llevaban los escoceses, su virilidad estaba al descubierto y solo haría falta levantar el tejido para disponer de ella. Las mujeres tampoco tenían nada con lo que esconder su feminidad, era por esa razón por la que se negaba a llevar vestidos, puesto que sabía que esa parte de su cuerpo era vulnerable. Sí, ella era vulnerable. Sí, podían hacerle daño. Pero hasta ese día no había descubierto que poseía esos deseos. Unos deseos que hacían vibrar todo su cuerpo.

No comprendía cómo era posible y no sabía si todas las mujeres sentían este tipo de emociones al mirar a un hombre, o si era cuestión de que se acercaran a ellas o de que las tocaran. Sus conocidas —puesto que ella no tenía amigas; no solía encajar con las otras chicas—

le habían contado lo que hacían los hombres y las mujeres en sus aposentos tras casarse, pero no lo que pasaba antes. No sabía nada de ese deseo que parecía arrasar con todo a su paso.

Terry estaba sumida en sus pensamientos cuando oyó la voz de un guardia que la llamaba desde la entrada de la celda. Se giró y él la invitó a seguirlo. Ella asintió y salió. Mientras subía la escalera a paso lento, se sintió vacía, como si el bello capitán le hubiera robado las fuerzas. No entendía el porqué, pero tenía ganas de verlo. En realidad, le gustaba pasar el tiempo con él; sentía que él le atraía de una forma visceral cuando estaba en su presencia.

Además, si quería seducirlo para llevar a cabo su plan de huida, ¿no tendría que estar a su lado? Incluso aunque fuera una pérdida de tiempo… Este parecía anteponer su trabajo a cualquier otra consideración.

El hermoso capitán no salió de su mente cuando subió al camino de ronda y paseó a lo largo de la muralla, justo lo suficiente para que pudiera contemplar el paisaje a su alrededor: campos a un lado, bosques al otro, el río Tweed a lo lejos y algunas columnas de humo.

Escudriñó el horizonte casi esperando ver el estandarte de su padre: un escudo dorado coronado por su castillo, dorado también y rodeado de dos dragones rojos. El blasón tenía en el centro una cruz roja —como la de los famosos templarios que habían ayudado a sus ancestros, al igual que a otras nobles familias, a luchar contra la tiranía de John Lackland[1], el último hijo de Henry II de Inglaterra[2] y su esposa Eleanor[3]—. Esta cruz estaba adornada en el centro por una flor dorada con puntas verdes, idénticas a las de las cuatro puntas de la cruz. Debajo del escudo había un banderín con una ilustración de un pergamino con las palabras *Be just and fear not*[4]. Pero por mucho que mirara, no vio ningún estandarte inglés ni ninguna tropa.

Nada fuera de lo normal, dado que su padre tardaría un tiempo en reunir a sus hombres, al igual que a los de las familias vecinas, para prepararse para la guerra. Aunque, en teoría, estaban listos desde hacía tiempo. Pero entre la teoría y la práctica había un trecho. Tardarían semanas —quizá meses— en venir a rescatarla. Si es que venían… Seguía convencida de que su padre intentaría intervenir. ¡No podía dejarla prisionera para siempre! ¿No buscaba una excusa para invadir Escocia, exterminar a los malditos escoceses y obtener así la venganza que llevaba esperando desde hacía diez años?

¡Pues ella era y sería esa excusa!

Se imaginó al capitán cayendo en manos de los ingleses. Se sintió extrañamente mal, pero intentó recuperar la cordura: era su enemigo; el enemigo de su familia y el de su reino.

¡Ya era hora de recuperar las tierras escocesas!

Pocos nobles ingleses comprendían por qué su rey, Henry VI[5], dudaba tanto. Si bien tenía problemas con los franceses, sus eternos enemigos, y difícilmente podría mantener dos guerras abiertas, las tropas escocesas habían sido enviadas a Francia como refuerzo. Así que era el momento de atacar. En cuanto al capitán, quería verlo muerto, aunque despertara su deseo. ¡Es más, prefería verlo muerto especialmente por ese motivo!

Se giró hacia su guardia y le ordenó:

—¡Lléveme hasta su capitán!

—No he recibido tales órdenes, mi señora —tartamudeó él.

No dominaba el inglés, pero lo comprendía.

Se sorprendió de que hablara su lengua. Igual que la primera vez que el capitán se había dirigido a ella. Pero sin duda era necesario; los intercambios diplomáticos eran difíciles. Sabía que los capitanes de los fuertes, igual que los gobernadores de ambas partes de la frontera se encontraban una vez al año, alternando entre Coldstream —en Escocia— y en Carham —en

Inglaterra— para resolver ciertos conflictos e intentar mantener los acuerdos de paz. Su padre siempre conseguía saber lo que se decía para poder usar cualquier mínimo desacuerdo para traspasar la frontera. Necesitaría tiempo para convencer al gobernador inglés de invadir Escocia.

El hecho de ser el origen del conflicto entre los dos reinos no la incomodaba; al contrario; su padre y ella tendrían al fin su venganza. Era justicia.

Le sonrió al guardia y le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Conrad, mi señora.

—Bien, Conrad, es muy importante que hable con su capitán. Le prometo que canalizará su furia en mí y no en usted. Por favor —insistió mientras le dedicaba un gesto de súplica y apretaba las manos contra el pecho.

Tenía que hacerle creer que era débil y, en cierto sentido, lo era, pero su orgullo le impedía reconocerlo y doblegarse. Era directa y determinada. Iría hasta el final, costara lo que costase.

El guardia parecía igual de apurado.

Sin duda, el capitán lo había amenazado con represalias si le sucedía algo o si ella conseguía escapar. Quizá el escocés le había prometido que lo colgaría si fallaba en su tarea y se dejaba llevar por sus bellos ojos azules. No sabía si conseguiría que la liberara. Bajaba constantemente la vista y no podía leer en su mirada qué era lo que sentía. No podía ver si, como muchos hombres, la deseaba. Pero, en realidad, era el capitán a quien quería hacer caer en su encanto y no a sus hombres. En cuanto a este, podría prometerle fortuna, algo que no estaba mal. La condición de soldado no era envidiable. Se prometió pensarlo en otro momento. Ahora necesitaba ver al capitán.

—Por favor…

—Muy bien, venga —sucumbió él.

Bajó la escalera que llevaba al patio y entraron de nuevo en la torre cuadrada, pero en lugar de bajar hacia las celdas, subieron dos pisos.

El corazón de Terry se aceleró cuando el guardia llamó a la puerta.

La idea de encontrarse frente al bello capitán la llevaba al límite, más allá de la razón. Se estremeció cuando escuchó una voz responder en una lengua desconocida. Una voz ronca que despertó el deseo en su vientre. ¿Cómo podía ser así de sensible ante la voz de ese individuo? No podía entenderlo. De nuevo fue consciente de que no era la razón lo que hacía hablar a su cuerpo de esa forma, sino los deseos más puros de su cuerpo de mujer.

Su corazón continuó galopando en su pecho como un caballo fogoso y no se detuvo cuando, habiendo obtenido el permiso del capitán, empujó la puerta y la hizo entrar.

Ella recibió la mirada fría del capitán y se tensó.

Era evidente que no estaba de buen humor; muy probablemente, no lo estaría nunca. Tenía obligaciones, preocupaciones, problemas… Arriesgaba su vida y muchas almas eran su responsabilidad.

Sonrió y se forzó a mostrarse impasible mientras reprendía al guardia sin ningún miramiento. Este último se sonrojó, seguramente como gesto de disculpa por haberlo molestado. Ella no lo entendió, dado que hablaban una lengua de la que ella no comprendía ni una palabra.

Decidió intervenir para acabar con su calvario, como le había prometido:

—No hace falta que discuta con su guardia, solo ha obedecido. Le he pedido verlo porque exijo que me deje deambular por el fuerte y ayudar en las cocinas —dijo la joven mientras sostenía su mirada implacable.

Ewen se dirigió a su guardia con una voz dura y este último salió de la estancia para postrarse al lado de la puerta con los ojos fijos ante él. Cuando ella dirigió su atención hacia su carcelero, lo pilló observándola con un extraño brillo en la mirada. Su belleza le sorprendió. En esa actitud fría y distante de hombre, acostumbrado a mandar a sus semejantes, era intimidante y, si era honesta consigo misma, eso lo hacía irresistible.

Su mirada se volvió todavía más dura cuando se sentó en una silla y colocó los dedos juntos sobre su mentón sin dejar de mirarla.

—¿Lo exige? Fíjese…

Un atisbo de ironía llenó su magnífica mirada verde.

—Sí, lo exijo. No soy cualquier prisionera. Soy hija de una familia influyente; creo tener derechos y quiero poder disfrutar de un trato preferencial. Me niego a que me deje encerrada ahí abajo durante días.

—No puedo dejar que deambule a su gusto por el fuerte, como usted dice. Y sabe perfectamente por qué.

—¿No confía en mí?

—Correcto, no lo hago.

El corazón de Terry se tensó cuando comprendió que no sería fácil persuadirlo. Enrojeció de descontento y tuvo que aclararse la garganta antes de retomar la palabra:

—¿Y si le prometo por lo que más quiero que no huiré?

—Eso no cambiará nada, sigue siendo un no.

—¿Aunque me ponga más guardias?

—No tengo más guardias que puedan vigilarla, señorita.

Se levantó y llamó a su guardia.

—Ahora, si me disculpa, tengo trabajo.

Hizo una señal con la barbilla a Conrad quien, rápidamente, la agarró del brazo. Ella se liberó con rabia y le siguió el paso. Había perdido la batalla contra el maldito escocés, pero, definitivamente, no había perdido la guerra. No sabía cómo lo haría, pero estaba convencida de una cosa: ese hombre no era tan indiferente a su presencia como dejaba ver. Parecía algo intranquilo cada vez que fijaba sus ojos en ella, y su ira manifiesta revelaba un deseo al menos igual de fuerte que el suyo. Ese deseo que ella había percibido tan claramente en otras ocasiones, como en su celda, cuando él se había colocado en su espalda. Y cuando la había apresado con su cuerpo cerca de la frontera.

Estaba igualmente convencida de que no podría pasar mucho tiempo lejos de ella. Si él no fuera a verla de nuevo, ella iría en su búsqueda. No podría evitarla y esconderse indefinidamente.

---

[1] N. de la T. En español, Juan Sin Tierra, un monarca desagradable y cruel que reinó en Inglaterra del 1199 al 1216. Los barones ingleses se sublevaron contra su tiranía y desencadenaron una verdadera guerra civil al final de la cual se firmó la *Carta Magna*, considerada como la primera carta de derechos de los hombres libres.

[2] En español, Enrique II Plantagenet.

[3] En español, Leonor de Aquitania.

[4] «Sé justo y no tengas miedo», la divisa de los Carlisle.

[5] N. de la Trad. En español, Enrique VI.

3

Pasó una semana y Ewen todavía no había recibido instrucciones del rey. Los refuerzos que había pedido tampoco habían llegado. No podía evitar preocuparse, pero era pronto para que el rey James VI hubiera tenido tiempo de reunir tropas sabiendo que no disponía de demasiadas. Las había enviado a Francia, donde el rey Charles VII[1], el rey legítimo, luchaba para conservar el trono contra los borgoñones y los ingleses.

Si bien Edimburgo estaba lejos del fuerte, Ewen tenía la desagradable intuición de que a su soberano le daba igual lo que les pudiera pasar, y no reaccionaría a menos que estuviera obligado a hacerlo. Sin embargo, había movilizado a parte de su clan cuando estuvieron en guerra contra Georg MacDonald —el tío de Elizabeth— y Dougal Campbell —el hombre con quien quería casarla a la fuerza—. Sin embargo, en ese caso, Campbell quería su trono, lo que le había parecido una razón de peso, suficiente para intervenir.

Allí estaban en los confines del reino, en unas tierras casi desiertas. ¿Acaso el rey no se daba cuenta de que la amenaza era real y de que los ingleses podían invadirlos y exterminarlos en cualquier momento? Parecía que la frontera no tenía ninguna importancia para él; no obstante, de ellos dependía la seguridad de toda Escocia.

Un hecho lo tranquilizaba: el gobernador, aunque estaba enfermo, había decidido escribir a su homólogo inglés para aconsejarle que vigilara a Carlisle y evitara el menor movimiento de sus tropas. Además, los centinelas que había enviado a la frontera y los que estaban en el castillo del padre de la prisionera no daban señales de vida, lo que significaba que todo estaba en calma.

Ewen se preguntó cuándo decidiría Carlisle mover ficha.

Como hacía varias veces al día, pensó en la inglesa, tranquilo por el hecho de que sus hombres se mostraran indiferentes ante su presencia. ¡Algo que no era su caso! Cuantos más días pasaban, más ocupaba su mente. Que viniera a quejarse cada mañana para que la dejara ocuparse de algunas tareas no ayudaba a olvidarla. Aparte del paseo diario, le había permitido un baño. Era cierto que estaba sucia, pero por muy desaliñada que estuviera, no pudo evitar imaginarla desnuda mientras se bañaba a escasos metros de él.

Hacía todo lo posible por no encontrarse con ella. Sabía a qué hora salía a estirar las piernas, pero durante la mañana, después de haberse lavado en el pozo, había sentido una mirada insistente sobre él y había visto que lo miraba desde el camino de ronda. Sus miradas se habían cruzado y en sus ojos, a pesar de la distancia, había descubierto un fuego que parecía que nunca se apagaría: una mezcla de ira, sorpresa y curiosidad. Sin dejar de observarlo, se había mordido el labio, pensativa; y ese pequeño gesto había estimulado su miembro, que cubría con su *kilt*. Debería haberse alejado del fuerte, pero en el estado actual de las cosas, no podía hacerlo, lo que lo sacaba aún más de quicio.

Sin embargo, ese día, un poco antes de la hora de cenar y a pesar de todas sus buenas intenciones, no pudo evitar bajar a los calabozos. Pidió al guardia la llave de la celda de la inglesa, envió a este a ayudar en la cocina y se dirigió a paso lento hacia donde retenían a la mujer. Solo quería constatar por sí mismo que todo iba bien; solo quería verla, puesto que no

había bajado en toda la semana. No le hablaría. Se las apañaría para que ella no sospechara su presencia.

Solo hacía su deber…

Se colocó frente a la pesada puerta de madera y miró a través de la apertura protegida por unos barrotes. Estaba acostada con un brazo bajo la cabeza, la otra mano cerca del rostro. Le había costado no asistir cuando David le había quitado las vendas, pero ahora ya estaba mejor. Su pelo largo y rubio como el trigo caía hasta el suelo. Tenía el ceño fruncido y la expresión de su rostro le conmovió. De repente, vio que se agitaba y soltaba unos pequeños gritos ahogados y se debatía como si luchara contra alguien. Le pareció oír que llamaba a su madre.

Al ver que se retorcía más y más y que unas lágrimas caían por sus mejillas, Ewen sintió que su corazón se hundía de pena y de compasión.

Abrió la puerta de la celda, se lanzó sobre ella y la tomó por los brazos para evitar que se hiciera daño. Se contentó con apretarla contra él sin mediar palabra. Ignoraba cómo podía calmarla, cómo consolarla y tranquilizarla, dado que no sabía qué estaba viviendo —o, mejor dicho, reviviendo—. Temía asustarla si se despertaba bruscamente, si ella creía que podía hacerle daño. Al final, le pareció que se calmaba un poco.

Suspiró y tomó un poco de distancia. Pero cuando observó su rostro, captó en él un destello extraño. Impulsado por su instinto de supervivencia, saltó hacia atrás y la hoja solo rozó su cuello. ¡Podría habérsela clavado y haberlo matado! Al ver que había fallado, Terry se lanzó sobre él entre gritos y con el puñal por delante. Le golpeó la muñeca, la atrajo con brusquedad hacia él y, con una mano en su espalda, la inmovilizó. Ella continuó gritando palabras que él no entendía, aunque seguramente serían insultos. Sus sentidos se agudizaron. No porque hubiera evitado la muerte, sino porque el cuerpo de la inglesa contra el suyo lo volvía loco de deseo.

La empujó violentamente, desenfundó una de sus espadas y la colocó sobre el pecho de la joven.

—¡De rodillas! —le ordenó con voz tajante.

La vio tragar saliva con dificultad. Estaba sofocada, despeinada, le moqueaba la nariz y, sin embargo, persistía en desafiarlo con esa llama de odio en el fondo de sus pupilas que parecía no querer desaparecer. Cuando esperaba que se echara a llorar, la vio caer. Se quitó la capa, abrió con rabia la parte superior de su camisa con un gesto de provocación y elevó hacia él su magnífico rostro.

—¡Vamos! ¿A qué espera? ¡Máteme!

Ewen sintió que su respiración se alteraba. Verla de rodillas y con la garganta descubierta despertó en él no unos instintos de supervivencia, sino unos pensamientos obscenos. Ya no quería hacerle pagar su gesto; o, más bien, seguía teniendo ganas, pero no matándola.

Oh, no. Lo que buscaba, lo que deseaba con toda su alma era someterla y perderse en ella.

Guardó silencio, contentándose con mirarla para comprender por qué esa mujer le hacía sentir esos deseos. Se sumergió en su mirada, con la esperanza de que retirara la suya. Pero no hizo nada. Al contrario, la respiración, aunque sibilante y entrecortada, acentuó su torso y sus pupilas brillaron aún más.

Colocó la espada de nuevo en su sitio y ordenó:

—¡Levántese! No la mataré. Al menos, no esta noche.

La observó ponerse de pie lentamente. Captó su mirada hacia la salida y la agarró al vuelo cuando pasó por su lado. Ella era rápida, pero no tanto como él. No pudo evitar reír al mantener su cuerpo contra el suyo. ¿Pensaba de verdad tener la capacidad de engañarlo y luchar contra él?

La lanzó sobre el camastro, pero ella saltó rápidamente para blandir el puñal. Dio un paso en su dirección.

Definitivamente, es incansable. Y realmente excitante.

Sus pulsaciones aumentaron y su sexo se irguió bajo su *kilt*.

Esa pequeña salvaje encendía su cuerpo… Algo de lo que había podido darse cuenta en varias ocasiones, pero nunca tanto como en ese instante.

—Vamos, Terry —se mofó con voz dulce—, acabará haciéndose daño.

Ella se lanzó hacia delante soltando un grito de rabia. Él retrocedió, dado que había previsto el ataque. La hoja se deslizó por el aire.

—Quizá haya fallado esta vez, pero sé cómo matar a un hombre —gruñó ella entre dientes—. Un día lo mataré.

Saltó y él bloqueó su mano.

—No está a mi altura, preciosa. ¡Y nunca lo estará!

Torció la muñeca para obligarla a caer de rodillas y soltar así el arma, que cayó al suelo. Con el cuerpo tenso como un arco, la miró con un solo pensamiento en la cabeza: lanzar sus labios contra los suyos, dominarla, domar su naturaleza rebelde y doblegarla a su voluntad. Se moría de deseo. Nunca una mujer le había inspirado tales sensaciones, tan violentas, tan extremas.

Ewen se contuvo con gran esfuerzo, mientras su respiración se volvía tan pesada como la de la mujer, quien no compartía sus pensamientos. No, a ella era el odio lo que la animaba y no el deseo. Un odio que hacía arder sus ojos, lo que la volvía aún más deseable y atractiva. Con esa rabia, con esa rebeldía y ese orgullo que blandía como un estandarte, estaba magnífica. La mujer más bella que jamás había conocido. La más provocadora y la más irritante.

¿Desde cuándo una mujer de este tipo despertaba su deseo?

Le importaba bien poco. Habría podido azotarla, golpearla con el revés de la mano o incluso matarla, pero se contentó con empujarla con fuerza sobre la cama, en la que ella cayó. Se levantó de nuevo y guardó silencio; aunque continuó desafiándolo con la mirada.

Se agachó para coger el puñal de la joven y lo metió en la funda de su propio puñal, que escondía en su pantorrilla derecha. Luego se pasó los dedos por el cuello y los descubrió manchados de sangre. No era nada; había visto heridas similares. Su cuerpo entero estaba cubierto de cicatrices.

Se limpió los dedos en su *kilt*, sonrió a la prisionera con la intención de mostrarse amable a pesar de las circunstancias y de que se muriera de ganas de someterla.

—No soy su enemigo, Terry.

—Entonces, libéreme.

Su voz todavía estaba entrecortada por el combate, aunque guardaba cierta actitud de conquista que forzaba su admiración y respeto. Pensó que, en efecto, le gustaría ser quien la domara.

—No puedo. Pero puedo invitarla a cenar para que me perdone.

—¿Le he atacado y quiere que yo le perdone?

Se rio de él. Ewen dibujó otra sonrisa y creyó verla parpadear.

—Se lo he dicho, Terry, no soy su enemigo.

Ella se enderezó.

—¿Y si me niego?

—Como quiera —dejó él caer antes de alejarse.

—¡Espere!

Ewen se giró y la observó.

—¿Qué propone?

Si ella supiera lo que él deseaba hacerle en ese instante, no haría esa pregunta. Esperó a que ella se explicara mejor.

—Creo… Creo que tengo un poco de hambre.

Aunque sorprendido por que se hubiera calmado tan rápido, asintió y la invitó a seguirlo. Ella se colocó de nuevo la capa por encima de la camisa abierta y salieron de la celda. Lo siguió a su lado: un cuerpo delicado al lado de la estatura de un guerrero. Pero sabía que ella tenía un temperamento ardiente y una voluntad y una resistencia fuera de lo común. La vida sin duda se había encargado de forjarle ese carácter.

Ewen se mantuvo en silencio. Desde hacía tiempo vivía rodeado de hombres y había olvidado cómo comportarse con las mujeres. Y mucho menos con una mujer como Terry Carlisle, que no pertenecía a su mundo. Ni a su país. Ni a su familia. Y quien, además, era su prisionera. Se había prometido no asociarse con el enemigo, pero gracias a ella, quizá podría saber qué intenciones tenía Carlisle. Eso le sería infinitamente útil para prepararse frente a su ataque. Era por eso por lo que la había invitado a cenar.

Sin querer, sus dedos tocaron los de la inglesa y un escalofrío le recorrió el brazo. Cuanto más estaba a su lado, más sensible se volvía a su tacto.

Maldita sea, incluso su miembro se había puesto rígido por ella cuando habían peleado en la celda. No comprendía nada.

Apartó esos pensamientos que lo perturbaban y se forzó a permanecer impasible. La inglesa nunca debía saber que lo excitaba. ¡Nunca! Se impondría una disciplina de hierro y lucharía con todas sus fuerzas para aplacar su deseo por ella.

Todavía sin mediar palabra, condujo a Terry hasta su despacho, ese al que ella iba cada mañana y donde él disfrutaba de sus comidas. Solo, la mayor parte del tiempo. Esa noche no lo estaría y no sabía qué esperar de su enfrentamiento. No podía dejarse llevar por la situación; se había jurado mantenerse alejado de la inglesa. Peor, intentó convencerse de que era por razones de Estado.

La hizo entrar y ella se acercó a la ventana, como hacía él a menudo cuando necesitaba pensar. Su silueta se dibujaba, perfilada por la luz de los candelabros que su ayudante, Duncan, había encendido. Un fuego en la chimenea les dio la bienvenida. Dejó vagar su mirada hacia la parte baja de la espalda de la mujer y hacia sus nalgas redondeadas que estiraban sus calzones. Nunca había visto a una mujer vestir así y tenía que reconocer que las curvas, que estaban resaltadas por esa tela que era como una segunda piel, eran muy agradables de ver.

Sus piernas largas y delgadas, escondidas en unas botas altas, y su trasero atraían su mirada y despertaban un ávido deseo en él. Se vio a sí mismo agarrando sus magníficas posaderas con ambas manos y tuvo que apartar la mirada antes de que su virilidad empezara a intuirse bajo el *kilt*.

Mientras dejaba volar su imaginación, se desabrochó el cinturón en el que cargaba sus *claymores* y lo dejó en el suelo, de forma que solo estaría armado con su puñal. Después se acercó a Terry, a quien vio tensarse y respirar a más velocidad.

¿Le provocaba el mismo efecto que ella a él? ¿Ejercía la misma atracción sobre su cuerpo que ella ejercía sobre el suyo? ¿O todavía la furia dictaba sus actos? ¿Era resentimiento y odio lo que sentía por él? No debería importarle, pero sí era el caso. Se dio cuenta con asombro de que le importaba lo que esa mujer pensara de él.

Se colocó detrás de ella, casi tocándola, y su olor lo pilló por sorpresa. Un olor a flores y brezo. Olía tan bien que entrecerró los ojos mientras, en contra de su voluntad, su corazón empezaba a latir a más velocidad. Esa mujer lo volvía loco.

¿Cómo y por qué la deseaba de esa forma?

¡Apártate! —se dijo a sí mismo. *Deja de jugar con fuego, o acabarás quemándote.*

Por desgracia, no pudo hacerlo. Solo deseaba una cosa: agarrarla por los hombros y atraerla contra su cuerpo; la deseaba con todas sus fuerzas. Su miembro se endureció, sus músculos se tensaron dolorosamente y él tuvo que forzarse a no sucumbir a la atracción que ejercía ella en él. No debía desearla. Todavía menos debía querer poseerla.

¡Había querido matarlo! ¡No podía confiar en ella o lo pagaría!

Todavía sentía la quemazón de la hoja en su piel y la sangre caliente cayendo por su cuello. Y, lejos de calmarlo, eso reavivó su deseo. Si se hubiera dejado llevar, la habría hecho suya en el acto. La habría poseído una y otra vez. Se saciaría con su cuerpo hasta la mañana, luego la acompañaría a su celda y olvidaría su existencia. Tal vez entonces saliese de su cabeza…

Deseaba tanto poder saborearlo que tenía la sensación de estar temblando. Seguramente porque luchaba contra él mismo. Oyó que la respiración de Terry se alteraba. La suya hizo lo mismo mientras algo se tejía entre ellos, entre sus dos cuerpos.

Sí, la deseaba.

Con tal violencia que él fue el primero en sorprenderse.

Se le cortó la respiración. Le costó volver a coger aire, pero a la vez tenía la sensación de respirar más intensamente de lo que había hecho en años.

Y, de repente, la joven mujer se giró y clavó sus magníficos ojos en los suyos.

El corazón de Ewen latió con fuerza y respiró con dificultad. La deseaba tanto que le dolía todo el cuerpo.

Sin dejar ni un segundo su mirada, Terry entreabrió los labios y se los humedeció con la lengua. Seguía enfadada y todavía lo odiaba, lo veía en sus ojos, pero ella también estaba sorprendida, y quizá sentía curiosidad, como cuando lo había visto lavarse. Quizá, como él, no comprendía lo que pasaba en su cuerpo, en su cabeza, ni por qué se sentían tan atraídos el uno por el otro cuando no se conocían más que de una semana y sabían, tanto el uno como el otro, que lo suyo era imposible. Ella era una prisionera y él su carcelero. Venían de dos territorios separados por una frontera. Dos territorios opuestos que se detestaban. Y, aunque a veces el rey sellaba acuerdos —como era el caso de James VI, que se había casado con una inglesa, — su odio y su animosidad eran ancestrales.

Terry levantó la mano con los ojos perdidos en los de Ewen; puede que para tocarle la mejilla, pero al escuchar unos pasos que se acercaban, este último retrocedió rápidamente, y acabó con la magia del momento. La inglesa le dio la espalda mientras él tomaba distancia.

Duncan entró y se sorprendió al percibir la silueta de la inglesa cerca de la ventana, pero, acostumbrado a no hacer preguntas, saludó a su capitán y esperó sus órdenes, con los talones unidos y los brazos caídos.

—Prepara la mesa para dos, Duncan, por favor.

Era algo raro, aunque en ocasiones cenaba con Neil. A veces, cuando se sentía solo o le apetecía compartir un momento con sus guardias, cenaba en la sala común.

—Muy bien, capitán.

Ewen lo siguió con la vista mientras cruzaba la estancia.

Sin prestar atención a Terry, que se había girado y lo miraba también, Duncan despejó la mesa

de trabajo, encendió algunas velas, que colocó sobre la plata, y se dispuso a salir de la estancia.

—Prepara también la habitación al lado de la mía para nuestra invitada —pronunció Ewen.

Acababa de tomar la decisión, pero en realidad era lo mejor que podía hacer si no quería pasar sus noches en el suelo de la celda para vigilar que no se hiciera daño en sus sueños. Se propuso descubrir qué era lo que la agitaba de tal forma.

—De acuerdo, mi capitán.

Era evidente que todos comentarían lo que iba a suceder —tanto eso como el hecho que hubiera cenado con la prisionera— pero, al fin y al cabo, era el jefe del fuerte y todos debían obedecerlo.

Sus ojos se cruzaron con los de Terry.

—¿Por qué? —preguntó ella cuando Duncan desapareció por la puerta.

Un «gracias» habría bastado, pero definitivamente la naturaleza orgullosa de la chica le impedía rebajarse y agradecerle nada.

—He podido constatar que no está a gusto en la celda.

—No me gustan los lugares… cerrados.

Parecía muy tranquila.

¿Era la calma antes de la tormenta? Con ella no podía saberlo… Tenía la habilidad de ponerse hecha una furia sin previo aviso, lo que hacía que él también perdiera los nervios. Esperaba que le saltara encima de un momento a otro para intentar matarlo de nuevo y esa peligrosidad que percibía en ella, esa… fijación por discutir sin cesar, lo excitaban de una forma para nada desagradable, más bien al contrario.

Apartó los pensamientos carnales que acabaron por ocupar su mente y, con un gesto, invitó a la joven mujer a sentarse. Cuando lo hizo, rodeó la mesa y se instaló en su lugar habitual, al otro lado.

Fijó sus ojos en los suyos buscando leer su alma.

—¿Por qué? —preguntó él a su vez.

Ella le dirigió una mirada de que no se dejaría intimidar, como de costumbre. Sin duda sabía desenvolverse en un mundo de hombres. Incluso vestía como ellos.

—Es una larga historia —respondió la joven al fin.

Le sostuvo la mirada mientras la llama que empezaba a conocer muy bien, la del odio que sentía hacia él y aquello que representaba, se prendía de nuevo en sus ojos.

Ewen se acomodó en su asiento y le dirigió una sonrisa cautivadora. A ella ese gesto pareció disgustarle.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Por qué querría escucharme? ¿Qué tiene de interesante una inglesa como yo? ¿No soy su prisionera?

—Se lo he dicho, Terry: no soy su enemigo. Nuestros reinos pueden que lo sean, pero no nosotros.

—¡Cierto! Pero me tiene aquí, cautiva.

—¡No debió haberse aventurado a mis tierras! —respondió él—. Las cosas a veces salen mal. Me parece que está lo suficiente… cuerda como para ser plenamente consciente de los peligros que eso supone.

Ella hizo un movimiento con el brazo, como si el comentario de Ewen no fuera más que un disparate. Como si lo que vivían fuera normal. Como si pocos minutos antes, ella no hubiese querido clavarle un cuchillo en el cuello. Debería culparlo, pero no era el caso.

—¡Olvidémonos de eso! Ni siquiera conozco su nombre —declaró ella con más suavidad.

A menos que fuera otro truco por su parte, algo que no podía descartar. Intentó abordar la conversación con mesura, satisfecho de que ella dejara su odio a un lado para hablar con él. No olvidó que podía ser una espía y que podía querer sonsacarle información. Aunque se las apañaría. No tenía miedo, y ya había pasado esa etapa: la vida era lo que era y él aceptaba sus reveses. Había aprendido por las malas que nunca nada era seguro y eso era algo que ya había aceptado. La vida era precaria y uno podía perderlo todo en un segundo, por lo que tenía que aprovechar el tiempo. Sin embargo, había antepuesto el deber ante a su rey, su país y su familia a cualquier otra realidad. Sus padres lo habían educado así.

—Ewen MacLeod —acabó diciendo, lo que la sacó de sus pensamientos.

—Oh… Entonces, ¿es de las *Highlands*?

—Eso parece sorprenderla. ¿Piensa entonces que somos distintos a los otros escoceses?

—Tengo la sensación de que sí.

—¿A qué se refiere?

—Que usted es diferente —añadió, pensativa.

Había insistido en que eran distintos, pero ¿se refería a él en particular o a su condición de *highlander*? No podía ignorar que intentaba persuadirlo con buenas palabras; sin embargo, ese comentario le gustó. Más de lo que él estaba dispuesto a permitir, dado que pretendía apaciguar las sensaciones de su mente y su cuerpo.

—¿Desde cuándo es soldado?

—Desde hace cinco años.

—¿De dónde viene exactamente?

—De un dominio cerca de Inverness. Muy, muy al norte de aquí.

—¿Por qué se fue?

—Tenía que alejarme.

—¿Por qué?

—¿Por qué tiene miedo de los lugares cerrados? —preguntó él tras haberla observado unos segundos. Le hizo comprender que, si quería saber más de él, ella también tendría que dar algo información.

Terry inspiró con fuerza.

—Cuando era pequeña —comenzó— tuve que esconderme debajo del suelo de mi casa y… vi cosas que jamás tendría que haber visto.

—¿Qué edad tenía?

—¡Diez años! —respondió mientras sostenía su mirada.

Iba a preguntarle qué podría haber visto cuando escuchó los pasos de Duncan; les llevaba la cena, que, como cada noche, consistía en una sopa espesa con un trozo de tocino. Guardaron silencio mientras se observaban intensamente, hasta que Duncan salió de nuevo tras haberlos servido.

El capitán hizo un gesto con la mano a la joven para invitarla a comer, mientras él mismo hundía la cuchara en el plato. Le resultaba extraño compartir la cena con una mujer.

—¿Tiene algo que ver con los míos? —se interesó él en tono grave tras unos instantes de silencio en los que solo se escuchó el ruido de las cucharas de madera en los platos.

Terry dirigió su mirada hacia él y, al verla perdida en el fuego de la ira y el sufrimiento, él obtuvo su respuesta: los escoceses le habían hecho daño. Mucho daño. Conocía la barbarie de ciertos hombres y que ella lo hubiera podido sufrir lo enfureció hasta tal punto que se le tensó la

mandíbula.

Le vio abrir la boca y pasarse la lengua por los labios, como si… como si buscara las palabras o el aliento.

—Sí, fueron escoceses los que…

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Incluso aunque la impaciencia lo atormentara, incluso aunque se muriera de ganas de conocer su pasado, se obligó a guardar silencio por miedo a que ella se negara a contarlo. La mirada de la joven se perdió en alguna parte de él.

—Ellos… Llegaron a mediodía —murmuró con la voz entrecortada—. Mientras yo jugaba fuera… Mi padre no estaba; sin duda ellos lo sabían. Mi madre tuvo el tiempo justo de esconderme bajo el suelo y luego… Escuché sus gritos. Aunque tuve miedo, alcé la vista y… vi lo que le hacían…, lo que le hicieron todos…

Se interrumpió cuando una lágrima, una sola, cayó por su mejilla.

Se esforzó por mantenerse impasible, y frenó la oleada de compasión que lo empujaba hacia ella. Tenía unas ganas terribles de cogerla de la mano y de transmitirle un poco de apoyo y calor humano, pero no hizo nada. No sería bienvenido y sabía en su fuero interno que, si la tocaba más íntimamente, estaría perdido.

—Quería protegerme —siguió ella—. No se defendió por miedo a que me encontraran. Y luego…

—No se sienta obligada a continuar —le dijo él con una voz dulce.

Ella volvió a mirarlo.

—Sí, quiero hacerlo —replicó con dureza—. Tengo que hacerlo. Tiene que saberlo.

Asintió para invitarla a ir al fondo de la pesadilla que ella se forzaba a revivir.

—Eran una decena —continuó con tono pesado—. Todos la violaron y, cuando vieron que unos caballeros llegaban, la mataron y huyeron. No estaban obligados a matarla, pero lo hicieron. Mi padre los buscó día y noche y los encontró. Hizo que los colgaran y yo los vi morir.

Un brillo feroz reapareció en sus ojos, como si reviviera la escena.

—Tenían que ser una banda de salvajes sin vínculos; existen algunos. Los miembros de un clan nunca harían eso —reaccionó con el fin de darle una explicación a esa barbarie, aunque sabía que no había ninguna.

—Sí, eran salvajes. Y poco importa de dónde vinieran. Poco importa que tuvieran familia o no —sentenció ella—. ¡Eran escoceses!

—Terry, nunca voy a disculparme por el comportamiento de esos hombres hacia su madre…

—No se lo estoy pidiendo —le interrumpió con las mejillas ardiendo—. Quiero que comprenda por qué mi padre nunca renunciará a su venganza.

Lo comprendía perfectamente. Comprendía por qué Carlisle entraría en la frontera usando de pretexto el secuestro de su hija y comprendía en mejor medida su odio hacia los escoceses. El crimen que algunos de los suyos habían cometido era una bestialidad inadmisible. Sin embargo, él no era el responsable de los actos de esos hombres. Ni él ni los de su clan. Los MacLeod tenían sentido del honor; nunca tomaban a las mujeres de esa forma.

—¿Me matará?

—No tengo nada contra usted, Terry. —Él suspiró—. Pero si su padre entra en guerra contra nosotros y mi rey me ordena que la elimine, lo haré. Soy un soldado…

Tenía que ejecutar las órdenes del soberano; no tenía elección.

Ella no apartó la mirada.

—Lo sé.

Se miraron en silencio y con fogosidad.

—Créame que preferiría no tener que hacerlo —murmuró él.

Agarró el puñal que le había quitado y se lo tendió. Terry lo agarró, sorprendida, y cuando vio un destello de rebeldía inundar sus rasgos, su miembro creció.

Por Dios, ¡cómo deseo besarla!

—¿Por qué lo hace?

—Podría necesitarlo.

—Me dijo que no tenía nada que temer.

—Nunca se es demasiado prudente —respondió él, lacónico.

Así, ella decidiría su destino: poner fin a sus días antes de que tuviera que hacerlo él o enfrentarse a él. Esa perspectiva la cautivó y despertó su deseo.

—No es eso lo que me había dicho —insistió ella, preocupada.

—Sé lo que le dije, Terry, y confío en la mayoría de mis soldados, pero usted es bella, atractiva y…

Se interrumpió.

—Una extranjera —terminó ella.

—Sí, algunos de mis hombres, digamos más… rústicos podrían no respetarla.

—Entonces, ¿ha decidido cuidar de mí?

A pesar de la amenaza real, sus ojos brillaron con una ironía mezclada con cierta satisfacción. De pronto, pareció más despreocupada, lo que la hizo, si eso era posible, más bonita y atractiva.

—Eso es —respondió él, fascinado por las múltiples facetas de su carácter, a veces guerrera; otras, coqueta; y en ocasiones, juguetona. No dejaba de sorprenderlo.

—Está dispuesto a hacer preparar una habitación al lado de la suya —comentó ella con una sonrisa encantadora que hizo que su entrepierna volviera a reaccionar.

Era astuta, y sin duda jugaría con el deseo que debía de percibir en él, por mucho que intentara esconderlo. Era perfectamente consciente de que ciertas actitudes y miradas lo traicionaban.

—Sí…

No supo qué más decir.

El silencio se cargó todavía más de esa tensión debido a la atracción que sentían el uno por el otro. Al igual que ella, él no había terminado su plato y se sorprendió soñando con otras cosas que llevarse a la boca.

—¿Quiere subir al camino de ronda para estirar un poco las piernas antes de ir a dormir? —preguntó él tras haberse aclarado la garganta para despejar los pensamientos que su prisionera había despertado en él. Deseaba pasar unos momentos de una pasión sofocante en los brazos de la joven.

Terry asintió.

Se levantó y la adelantó. Ella lo siguió. Al sentirla a su espalda, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se arriesgaba, lo sabía. Había riesgo de que ella lo apuñalara de nuevo o peor, de que se acercara cada vez un poco más, hasta que él no pudiera contener sus instintos. No sabía qué le dolería más: ser asesinado o morir de deseo por esa mujer que no podría poseer nunca porque le estaba prohibida. Mientras subía delante de ella por la escalera de piedra que llevaba al piso superior donde estaban situadas sus habitaciones y luego al acceso al camino de ronda, se preguntó cómo podía sentirse tan atraído por una mujer a la que apenas conocía.

¿Cómo era posible que la deseara de esa forma?

Era consciente de que podría perder su carrera e incluso su vida en el proceso. Una vez fuera, el gélido viento, le sorprendió. Al fin pudo poner fin a sus pensamientos. Terry se abrazó para protegerse del frío. El viento que despeinaba su melena, pero ella se entregó a él y se acercó a un muro sobre el que se apoyó. Ewen se quitó la coraza de cuero para retirarse el chaleco de lana que llevaba debajo. Una vez se hubo puesto de nuevo la prenda de cuero, se acercó a la joven para ponerle el chaleco sobre los hombros. La sintió estremecerse al rozarle los hombros con los dedos, y más cuando ella los tocó sin querer para cerrar la vestimenta a su alrededor.

Giró la cabeza y clavó sus ojos en los suyos.

—Gracias, capitán. Es usted muy bueno.

Alejó lentamente las manos, intentando posponer el momento en el que dejara de tocarla cuando, en realidad, solo deseaba estrecharla contra él para que cesara esa dolorosa tensión en su bajo vientre. Luego se colocó a su lado y contempló el cielo estrellado.

—¿Lo dudaba?

Sintió su mirada sobre él.

—Sí y no —reconoció ella—. Es diferente a los otros escoceses y, debo reconocerlo, diferente a los otros hombres. En fin, a los hombres a los que estoy acostumbrada.

—¿Qué tipo de hombres? —se interesó él para hacerse una idea de cómo se comportaban los ingleses con las mujeres y para saber qué pensaba ella de él.

Se rio un poco.

—Pueden ser ingleses, pero algunos son igual de detestables.

Apretó la mandíbula.

—¿Le han faltado al respeto?

—No, nunca. Porque mi padre me protege. Pero el día en el que no esté allí, me espera lo peor. Creo que mi primo Jeremy es el peor de todos.

—¿Quiere casarse con usted para quedarse con sus tierras?

Su risa estalló y, sorprendido, le miró.

—¿He dicho algo gracioso? —cuestionó él mientras fruncía el ceño, algo que no pareció molestarla.

—Me he preguntado, desde que nos conocimos, si no era usted el mismísimo diablo. Siempre lo que se me pasa por la cabeza.

No pudo evitar sonreír. Algo que, tuvo que reconocer, rebajó la tensión entre ellos, que aún hacía flotar en el aire un deseo carnal innegable.

—Se refiere a cuando buscaba la forma de escapar o a cuando ha intentado matarme o… a cuando he sabido que no lo haría cuando le he dado la espalda.

Su risa se apagó y no pudo evitar sentir los efectos en sus ingles, que creía que no podrían aguantar más.

—Efectivamente, no puedo esconderle nada. A eso me refería —soltó ella tras haber recuperado un tono serio—. ¿Cómo lo hace?

—No lo sé.

No le iba a reconocer que se estaba convirtiendo en una obsesión, que lo que ella hiciera o pensara le importaba. La prudencia le advertía que tomara un poco de distancia, pero no pudo evitar entregarse al azul ardiente de sus ojos.

—¿Por qué se fue de su hogar, Ewen? —murmuró ella.

Contra todo pronóstico, descubrió en su tono de voz una compasión y un interés real por lo

que había vivido. Había comprendido que era un tema difícil para él. Un tema que abría viejas heridas cuando pensaba en él. Menos dramáticas que las suyas, cierto, pero igualmente dolorosas. En realidad, su amor perdido no era nada en comparación con lo que ella había vivido, todavía menos en comparación de lo que esos hombres le habían hecho a su madre. Ahora comprendía por qué los ingleses los veían tan rudos y los trataban como salvajes. Algunos se comportaban como bestias. Los ingleses hacían lo mismo, seguro; los escoceses no eran los únicos a los que podía atribuirse la condición de bárbaros. Pero en ese caso eran los escoceses los que habían violado y matado a su madre, y no los ingleses, y ahora dirigía todo su odio contra esa gente. Y contra él. Sin embargo, ella había reconocido que era distinto. Pero, en realidad, hubiese preferido que continuara odiándolo y que mantuviera las distancia antes que prestarle atención.

—Mi historia no se puede comparar con la suya, Terry. Tras lo que me ha revelado, me avergüenza contarle mi pasado. Es algo que sucede con bastante frecuencia y de una banalidad dolorosa.

Un atisbo de curiosidad se despertó en su mirada.

—Dudo de que sea tan banal como dice. Si no, ¿por qué habría dejado a su familia para alistarse el Ejército escocés? Creo que lo que le sucediera tuvo que destrozarlo.

Él abrió la boca de sorpresa y estalló en una carcajada.

—Si yo soy el diablo, usted lo es también.

—Quizá...

A pesar de su ignorancia con las mujeres —las únicas con las que había hablado formaban parte de su familia o de su clan—, tenía que reconocer que su prisionera era distinta y mostraba un aplomo que no dejaba de sorprenderle. No solo peleaba como un hombre, ¡sino que tampoco se avergonzaba de ser directa!

—¿Fue a causa de una mujer? —añadió con una ligera sonrisa.

Su mirada se quebró. Era momento de terminar la conversación si no quería lanzarse a sus labios.

—Deberíamos bajar antes de que coja más frío. La llevaré a su habitación.

La inglesa se contentó con asentir, pero por la expresión de su rostro supo que había adivinado el problema o, mejor dicho, los problemas: que ella lo desconcertaba y que una mujer había sido el origen de su huida de las *Highlands*.

Dio algunos pasos y se giró para preguntar:

—¿Su padre tiene intención de invadir Escocia?

La vio parpadear.

—No tengo ni idea, capitán. Solo soy su hija…

Su hija… ¡Cierto, pero no era solo eso!

También era uno de sus soldados. Peleaba por su familia y había hecho de su venganza su causa, estaba seguro de eso. Que no supiera nada de lo que vendría, eso estaba claro. No podía haber previsto su encarcelamiento, aunque quizá se hubiera dejado atrapar como parte del plan… Pero que eso fuera parte del plan de Carlisle o no importaba poco; tenía que esperar las instrucciones del rey y mantenerse alerta.

—¿No tenía ningún plan al cruzar la frontera?

—No, ninguno.

¿Cómo se lo iba a contar? Era demasiado astuta para eso.

Se giró y guardó silencio hasta que llegaron a la habitación al lado de la suya. Estaría muy cerca y, muy probablemente, le impediría dormir, pero fuera ahí o en el calabozo, el resultado sería el mismo: había tejido su red para atrapar sus pensamientos, y lo mantendría despierto la mayor parte de la noche. Pero al menos podría vigilarla personalmente. Confiaba en su guardia y había sido claro: respondería con su vida si le pasaba algo a la inglesa o si conseguía escapar, pero su intuición le decía que ellos dos no debían estar demasiado cerca. La prisionera tenía todo lo necesario para volver loco a un hombre y él mismo creía estar cerca de sucumbir, pero sabía contenerse. En cuanto a su guardia, no estaba seguro. La tentación de las riquezas, unido a otras recompensas más carnales podrían corromperlo, por muy íntegro que fuera. Vio en su mente el cuello desnudo de su cautiva al desafiarlo, su piel blanca, sus labios rosados y sus ojos grandes y candentes. Su miembro se endureció sin que pudiera evitarlo. Ignoró su deseo, empujó la puerta e invitó a la inglesa a entrar en la estancia. De una buena dimensión, poseía una verdadera cama. Estaba todo limpio y tenía alfombras y cortinas. Una piel marrón bloqueaba la ventana y un fuego crepitaba en la chimenea. No tendría demasiado frío.

—¿Le parece bien?

La inglesa se dio la vuelta.

—Sí, es perfecto. Gracias, capitán. Aprecio el gesto, de verdad. Solo espero que…

Se interrumpió con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

Se giró y disimuló la expresión de su rostro.

—Nada… Yo… Está perfecto, gracias.

—Si necesita algo, estoy al lado.

¿Por qué le había dicho eso, maldita sea? ¡Era su prisionera, no su invitada!

—Le deseo una buena noche —escuchó que pronunciaba.

—Buenas noches.

Notó que tenía la voz agitada. La había instalado en una verdadera estancia, con mobiliario digno de ese nombre. Así que, ¿qué es lo que todavía la asustaba?

—Pondré un guardia al pie de la torre —añadió para tranquilizarla.

Otro guardia. No al que ya conocía. No reaccionó, lo que lo llevó a pensar, para su gran satisfacción, que no había formado ningún vínculo con Conrad.

—No tiene nada que temer —insistió.

Ella se giró y lo miró con insistencia.

—Se… ¿Se va a su cama ahora?

—No, todavía tengo trabajo. En una hora, quizá más tarde.

Se disponía a dar por terminada la conversación, que se eternizaba más de lo que quería, y salir de la habitación cuando ella continuó:

—¿Tiene uno o dos libros para prestarme?

Era evidente que estaba preocupada; su forma de hablar era menos segura que de costumbre y seguía teniendo el ceño fruncido. Había vivido una pesadilla, algo que la había asustado, así que quizá podría ser más complaciente y acceder a su petición…

—Tengo algunos en mi habitación. Voy a buscarlos.

Entró en su estancia y tomó algunas obras que poseía en lengua inglesa, idioma que hablaba con facilidad. Los otros, que había hecho traer de Edimburgo, estaban en gaélico. Tenía la suerte de tener una mente que le permitía asimilar lo que fuera con rapidez y, desde que había asimilado el cargo de capitán, había querido aprender más de sus vecinos. Para comprenderlos mejor y

enfrentarse a ellos en caso necesario. Cogió *Los cuentos de Canterbury, Sire Gawain y el Caballero Verde* —una novela de caballería que le había gustado especialmente— y *Pedro el labrador*.

Cuando oyó un ruido detrás de él, se giró con los libros bajo el brazo y descubrió a Terry en la puerta de su habitación. De haber entrado, no la hubiese echado.

—Es muy meticuloso.

Era más una observación que una pregunta.

—Sí. Me gusta que las cosas estén en su lugar.

—Eso es tranquilizador.

—Sin duda.

Se observaron y, de nuevo, Ewen sintió esa atracción entre ambos.

—¿Podría leer cerca de usted mientras trabaja en sus obligaciones? No me gusta la soledad, sobre todo cuando cae la noche.

—¿Cómo lo ha hecho esta semana, entonces?

—He dormido de día y me he mantenido despierta de noche.

De ahí las ojeras y un semblante exhausto.

—¿Todas las noches?

—Sí. No he cerrado los ojos ni un solo segundo. La noche es… difícil para mí. Tengo pesadillas y…

—¿Cómo la de hace unas horas?

—Sí.

Ella le sostuvo la mirada con orgullo. No había necesidad de preguntarle qué soñaba; tenía sus sospechas. Se culpaba por haberle impuesto ese trato, pero al principio no confiaba en ella. Ya no era el caso, pero algo en él se había conmovido por su angustia y su terror y, desde entonces, había querido hacer su encarcelamiento más llevadero. Sin embargo, seguiría manteniéndose alerta.

—¿No le basta con que esté en la estancia contigua?

No podía proponerle compartir cama para que ella se sintiera segura. No sería razonable; acabaría buscándola, sumido en un deseo irrefrenable, y, entonces, no dormirían ni un solo segundo.

Por Dios, ¡cuánto la deseaba! El deseo era sórdido y doloroso.

—No lo sé. Puede. Pero… Le estoy distrayendo, vaya… Yo… me retiraré a mi habitación. Creo que es lo mejor.

Él asintió en silencio, se acercó y le tendió los libros.

Sus manos se rozaron cuando ella los agarró. Se quedó atónito. Sus miradas se encontraron. El aliento de la joven, al igual que el suyo, se aceleró. Parecía que acababa de atravesarles un rayo. *¿Habría sentido, igual que él, ese calor en su cuerpo, ese fuego en sus venas?*

Solo quería una cosa, solo tenía un deseo, y era el de lanzarse a sus labios y besarla como si su vida dependiera de ello. Tomó distancia antes de saciar su anhelo.

—Gracias por esto —murmuró ella mientras mostraba los libros que tenía entre sus brazos—. Y por la estancia. Buenas noches, capitán.

—Buenas noches, mi señora.

La siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista.

Dios… He estado a punto de besarla.

Y, sin duda, le habría pedido más.

***

Terry entró en su nueva estancia, cerró la puerta y se apoyó contra ella, con las piernas temblorosas y el corazón desbocado. Ese maldito hombre tenía el poder de volverla loca.

Lo seguía odiando y, sin embargo, esa noche… ¡Ya era suficiente! Iba a sumergirse en la lectura y olvidar a ese bárbaro. Aunque, en realidad, no tenía nada de bárbaro; había visto otra faceta de él. Parecía sombrío y severo, pero lo había visto sonreír. Y algo en él la conmovía, algo que no podía explicar. Había sufrido por una mujer; no podía ser un hombre tan terrible. En el pasado había tenido corazón, pero ¿seguiría siendo el caso? En el fondo, seguía siendo su enemigo. No podía interesarse por él, tenía que centrarse en cómo escapar.

Dejó los libros sobre la cama y alivió el calo de su piel acercándose a la ventana. El viento le golpeó en el rostro. Miró el paisaje buscando alguna luz, pero no vio nada y miró hacia abajo. La estancia estaba en el segundo piso; demasiado alto para saltar a la fosa.

A menos que…

Era ligera y ágil, así que por qué no… La tierra debía de estar mullida. Pero, a pie, ¿tendría tiempo de huir antes de que el capitán se lanzara en su búsqueda? Tendría que recuperar su yegua. Pero eso era todavía más difícil. No, tenía que conseguir que el capitán confiara lo suficiente en ella para que la dejara trabajar en las cocinas. Entonces podría escapar, escondida en el carro de la comida. No veía otra solución. Había pasado una semana y su padre no había dado señales de vida. Si había respondido a la misiva que el escocés le había mandado para que no saciara su ambición, tras la amenaza de hacer daño a su hija, este no le había dicho nada. Su padre la salvaría, estaba segura, pero estaba igualmente decidida a huir, para que no tuviera que negociar con los escoceses. ¡No debía dialogar con esos bárbaros incultos!

Cuanto antes escapara, mejor.

Pero el capitán no era tonto. Era joven. Le parecía que tenía pocos años más que ella; no obstante, si el rey le había confiado el rango de capitán, era porque poseía los requisitos para esa función. Parecía controlar todo lo que sucedía. No había parpadeado cuando se había desnudado ante él para provocarlo ni cuando lo había herido. Se había contentado con mirar sus dedos manchados de sangre antes de limpiarse con el *kilt*, y había dejado que el líquido corriera por su camisa y el peto de cuero.

Se giró despacio hacia la cama, absorta en sus pensamientos. Sacó el puñal de la bota y lo deslizó debajo de la almohada. De repente tuvo la necesidad de relajarse unos minutos, lo suficiente para sentir la calidez y la comodidad de las sábanas. Solo unos minutos… Estaba realmente cansada. Tenía los sentidos en alerta y solo dormía unas pocas horas seguidas, por lo que se sentía agotada.

A menos que fuera ese capitán tan apuesto lo que la ponía de los nervios. De nuevo, se preguntó por qué su cuerpo reaccionaba así en su presencia. ¿Por qué, si ella lo odiaba con toda su alma? Sí, lo seguía odiando, por muy amable y comprensivo que fuera.

Su cuerpo deseaba a ese salvaje, eso era innegable. Deseaba tanto a ese traidor que no salía de su mente. Tenía esa fiereza que la hacía enloquecer. Sus carnes íntimas se dilataban de lo que ahora sabía que era deseo; su bajo vientre llamaba a ese hombre.

El *sexo* de ese hombre… Ahí estaba, lo había intuido. Lo deseaba una vez más, aunque ella no lo buscara. ¿Quería que la tocara? ¡Por supuesto! ¿Era razonable? ¡No! Claro que no. No debía permitirse hacerlo o lo echaría todo a perder. Tenía la sensación, desde que lo había conocido, de

que otra mujer había poseído su cuerpo. Una extranjera… una mujer a la que no conocía y que tenía deseos propios, nada que ver con los suyos. Siempre se había protegido de los hombres. Había mantenido las distancias y se había defendido cuando era necesario. Sabía reconocer el apetito en sus ojos y eso la ponía enferma. Sentía asco. El escocés no la ponía enferma, sino al contrario: ella quería saborear sus labios y… más… Mucho más.

Aunque eso le asustara y le repugnara a la vez.

A menos… A menos que fuera lo suficientemente fuerte como para dejarlo acercarse y luego atraparlo en su trampa. Si se dejaba engañar, algo que parecía muy sencillo. Aunque se había mostrado compasivo, estaba muy lejos de ser idiota. A menos que el deseo entorpeciera sus reacciones. Pero eso solo era posible si la deseaba lo suficiente como para no pensar en otra cosa…

Mientras le daba vuelta esa esa idea, se quedó dormida. Cuando despertó, estaba amaneciendo. Vio asomar la luz del cielo a través del agujero que hacía la función de ventana. Saltó de la cama, bebió de una copa que había en la mesa redonda y que resultó ser cerveza relativamente fresca. Se sirvió otra, la bebió de un trago y se regocijó. Le dio el coraje para salir de la habitación y descender a paso lento al pie de la torre. Pensó que se habría levantado más pronto que MacLeod, pero descubrió que no era así. Intuyó que el joven se estaba lavando de buena mañana.

—¡El capitán me espera! —anunció al guardia pasando ante él.

Ese último la miró, asombrado, pero cuando iba a retenerla, el capitán intervino:

—Está bien, déjala. Ve a comer algo, yo la vigilaré.

El guardia hizo una pequeña reverencia y se marchó, mientras Terry continuaba su camino.

—Me va a vigilar, ¿eh?… Ya ve cómo me alegra eso, capitán.

Se acercó a él y hundió las manos en el agua, que estaba fresca. Sin prestar atención a la mirada de Ewen sobre ella, se roció el rostro, lo frotó y repitió el proceso. Su camisa se mojó y sintió sus pezones reaccionar al frío del agua. Vio los iris ardientes del capitán y, ante su mandíbula apretada, vio que no se había perdido el espectáculo. Ella aprovechó para recorrerlo con la mirada, como había hecho el día anterior, y no pudo evitar que su cuerpo despertara bajo la caricia indecente de los ojos del capitán. Ella también estaba disfrutando de las vistas. Las pupilas de MacLeod brillaban con un fuego que ella no conocía. Su camisa, también empapada, mostraba todavía más de lo que había visto el día anterior…

—¿Ha pasado buena noche? —le preguntó mientras pasaba su mano llena de agua por una de sus axilas, como le había visto hacer.

—¡Sí!

Sin embargo, él no parecía haber pasado buena noche. Parecía cansado, mientras que ella se sentía lista para cualquier batalla, incluso la de la seducción. Pero tenía otras que librar, mucho más importantes.

—¿Podría ir hoy a las cocinas? Le prometo que no intentaré escapar. Pero puede vigilarme usted mismo si lo desea…

Le hizo frente mientras se limpiaba el cuello, sin hacer nada para esconder su pecho. Se sorprendió al ver que le gustaba que la mirara. En cambio, detestaba eso mismo de los demás hombres. ¿Haber cenado con él y paseado a su lado bajo la luna los había acercado? ¿O habría sido el hecho de haber intentado matarlo? Quizá fuera por haber peleado con él… Lo ignoraba. Aun así, no podía evitar provocarlo y quiso volver a empezar con el deleite de ese cuerpo a cuerpo que tanto le había gustado. No pretendía ignorar esa sensación, ni tampoco y cortarla de

raíz. Por el momento, no acallaría ese deseo indecente que existía en su vientre; era un deseo en aumento que no buscaba combatir. Al contrario, decidió jugar con él; aunque su corazón se acelerara. Pese a que era fuerte, ¿lo seguiría siendo cuando su cuerpo le traicionara? Rezó para que eso no sucediera.

—¿Capitán?

Parecía estar en otro mundo.

—¿Ya ha terminado su ayuno? —le preguntó ella mientras se abrochaba la camisa.

—No, yo…

—¿Quiere acompañarme? —se apresuró a preguntar ella mientras le dirigía su mejor sonrisa —. Me sentiría muy honrada. Por favor, capitán, no he hablado con un ser humano desde hace varios días sin contar ayer por la noche. Le prometo también que no intentaré matarlo.

—¡No haga promesas que no pueda cumplir! —respondió Ewen con una voz tajante.

Era evidente que una mujer lo había traicionado. Le había hecho una promesa que luego no había cumplido. A menos que hubiera muerto; entonces lo habría solo y desamparado.

—Por favor, capitán, no sea más despiadado de lo que realmente es.

Él clavó sus ojos en los de ella y un largo escalofrío recorrió su espalda. Era evidente que era perdería la batalla, estaba convencida, pero al menos lo habría intentado. Él parecía tenaz y determinado, pero ella también lo era.

—No soy despiadado, pero le recuerdo que es mi prisionera y no mi invitada.

—¡Eso no es lo que dijo ayer!

—No empecemos a jugar con las palabras. *Usted* es mi prisionera y es mi prisionera y *yo* soy su carcelero. Debemos mantener las distancias, así que le agradecería que volviera a su habitación.

—¿Lo dice de verdad?

—Sí, obedezca o hago que la lleven a la celda.

Su corazón se detuvo. Quizá al constatar que no obtendría nada de él. Quizá al día siguiente, o el siguiente, o al otro…

—¿Y si no quiero?

—La cargaré sobre mis hombros y lo haré yo mismo.

—Tentador… —ironizó ella.

—No juegue con mi paciencia, señorita, o saldrá mal parada.

Colocó su nariz debajo de la de él.

—Tal vez será usted el que salga mal parado, capitán. ¡Le recuerdo que corro más que usted!

Lo miró con detenimiento. Se dio cuenta de que había herido su orgullo masculino, y entonces huyó hacia la torre con la idea de refugiarse en su estancia. Pero él la alcanzó a mitad de la escalera que llevaba al primer piso y la agarró de la muñeca. Ella se giró, lo abofeteó con todas sus fuerzas y le exigió que la soltara. La empujó contra la pared y la piedra se clavó dolorosamente en su espalda. Se le cortó el aliento, más todavía cuando cruzó su mirada.

—¡Nunca vuelva a hacer eso! —dijo furioso.

Sus ojos brillaban y, de repente, él no pudo contenerse: se lanzó sobre sus labios y se dejó caer contra ella. Ella sintió su miembro erecto entre ellos y, pese a que siempre había pensado que tal contacto la repugnaría, un intenso deseo la invadió. Sintió un gran placer en sus partes íntimas.

Nunca había besado a un hombre, y era, era…

¡Tenía que recuperar la compostura!

Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió empujarlo, con la misma violencia con la que él se había dispuesto a besar sus labios y levantó la mano para darle la bofetada que merecía, pero la agarró de nuevo por la muñeca, con unos ojos todavía poseídos por una intensa fiebre.

—¡No vuelva a hacer eso! ¡Se lo prohíbo! —exclamó ella.

Él la miraba con tanta intensidad que Terry sucumbió a lo que leyó en sus ojos y, esta vez, fue ella quien se apoderó de sus labios. Gimió cuando sus lenguas se encontraron y volvió a gemir cuando, al soltarle la muñeca, le agarró las nalgas y la apretó contra su tenso miembro.

Se sorprendió al desearlo todavía más.

Ella, que siempre había huido de los hombres, tenía que admitir que el bello capitán exaltaba sus sentidos hasta hacerle olvidar quién era o dónde se encontraba.

Apretados el uno contra el otro, sus lenguas se enroscaban, sus bocas se devoraban y sus gemidos se correspondían.

Terry fue invadida por unas terribles ganas de bajarle las calzas y levantarle el *kilt* para que la hiciera suya allí mismo. Solo pensaba en eso. La sensación más fuerte que ella y, desde luego, más fuerte que todo lo que había conocido hasta el momento. No se imaginaba que tal sensación pudiera existir. El escocés había aprisionado sus nalgas y las apretaba con vehemencia a la par que la hacía ir y venir contra su miembro erguido. Era agradable, delicioso, decadente pero placentero y febril. Comprendió lo que era el poder de la carne, así como la pasión del cuerpo. Eran dos cuerpos que querían responder a esa llamada; era innegable. El suyo, en cualquier caso, moría de deseo.

Esta vez fue el capitán quien la empujó.

Puso la frente contra la de ella y murmuró con voz ronca:

—No debemos, Terry. No tenemos derecho. Suba a su habitación y aléjese de mí.

Parpadeó varias veces, perdida, y obedeció. Tenía razón, no debía pasar nada entre ellos. Sin embargo, lo que acababa de suceder se repetiría. Nunca tendría suficiente. Y, por la fiebre que leyó en los ojos de MacLeod antes que ella huyera, sabía que él tampoco.

Y entonces, podría abatirlo…

---

[1] N. de la Trad. Carlos VII de Francia, llamado «el Victorioso».

4

Ewen no estaba enfadado. Había pasado otra semana y nada había cambiado. Esa inacción lo ponía de los nervios.

Eso, ¡y todo lo demás!

Y por «lo demás» se refería a su prisionera al beso al que ambos habían sucumbido, el cual no dejaba de acosarlo pese a que lo intentaba a toda costa. Partía al amanecer y no volvía hasta que se ponía el sol. Pasaba el tiempo hablando con los capitanes de otros fuertes para pensar una estrategia común por si los ingleses los invadían e incluso se había ausentado varios días para visitar al gobernador de la frontera, a quien había encontrado postrado en su cama. Era evidente que al pobre no le quedaba mucho tiempo y eso también inquietaba a Ewen.

¿Quién iba a reemplazarlo? ¿A quién iba a nombrar el rey como gobernador?

Se había imaginado instalándose en el vasto dominio al lado del mar, en Burnmouth, una edificación inmensa frente al agua, azotada por el viento y que tenía un castillo fuerte. La vista desde el camino de ronda era espectacular y le habría gustado contemplarla cada mañana, hasta el fin de sus días. Ese lugar le gustaba infinitamente y, desde que había llegado, su mente se había dividido entre su prisionera y el puesto de gobernador que él tanto deseaba.

Le había escrito al rey proponiéndole su candidatura y había enviado la carta esa misma mañana.

En cuanto a su prisionera, nunca debería haberla besado, pero en su defensa, ella había conseguido apoderarse de su cuerpo y de sus sentidos desde el inicio. No podía hacer otra cosa que desearla, y eso lo estaba volviendo loco. Quería saborear sus labios; sentir de nuevo el calor de su cuerpo contra el suyo. Quería tocarla, acariciarla. Cuando la había visto lavarse, mostrarse ante él sin pudor, había contemplado sus pezones erguidos bajo la camisa y eso lo había dejado sin fuerzas. No podía pensar en nada más. Luego lo había provocado y huido y él se había dejado llevar por su juego.

Le había encantado.

Le había encantado ese nuevo juego entre ellos. Le había gustado darle caza, que ella se rebelara, que se enfrentara a él, que lo golpeara; sobre todo le había gustado aplastarla contra él, contra su miembro. La deseaba con tanta intensidad que hasta le resultaba doloroso. La tortura del deseo había inflamado sus entrañas; veía en ella a alguien hecho a su medida, a alguien que poseía la misma fogosidad, la misma rabia, pero afortunadamente, cuando estaba dispuesto a sucumbir y hacerla suya en la escalera aun a riesgo de ser vistos, había conseguido encontrar la fuerza suficiente para alejarse de ella.

Desde entonces vivía un calvario, pero era un calvario necesario.

Esa mujer tenía que salir de su mente y él tenía que tomar distancia. Con eso en mente, había tomado la decisión de ir a ver al rey. Quizá partir cuando la amenaza inglesa pesaba sobre la frontera no era lo más sensato, pero no tenía elección. Sus hombres se las apañarían sin él. Lo había hablado con Neil y habían acordado que volvería al día siguiente. Se iría ese mismo día, y su mano derecha ocuparía el cargo de comandante. Si se daba prisa, solo se ausentaría unos

pocos días.

Pasó el día con su correspondencia, con la esperanza de que en cualquier momento alguien llamara a su puerta. La inglesa sabía que estaba de vuelta; estaba en su habitación cuando habían hecho sonar el olifante para que las puertas de la fortaleza se abrieran ante ellos. Sus miradas se habían encontrado, como siempre, y su corazón había latido desbocado. Tenía que alejarse; la joven había dejado huella en su corazón y su cuerpo. Ella residía en él, no podía engañarse y, sin duda, estaría allí hasta que dejara el fuerte para volver a su hogar.

La habría poseído, pero no tenía derecho. No podía deshonrarla por unos pocos minutos de placer; era indigno para ambos. Estaba bajo su protección, tenía que velar por ella y no empeorar una situación, que ya era suficientemente peligrosa. Si la hacía suya, su padre podría pedir su cabeza y tendría razón. Podría perderlo todo por sucumbir al placer: su vida y su carrera estaban en juego.

Lo más inteligente habría sido alejarse cuanto antes…

Ella no fue a buscarlo a su despacho ni supo si estaba aliviada o consternada. Se preguntó en qué ocupaba sus días desde que se había negado a que ayudara en las cocinas.

¡Era demasiado arriesgado!

Sus hombres ya habían hecho bastante como para encima tener que vigilarla, e igualmente podría burlar su compañía. Había visto el día de su llegada la mirada de interés que había dirigido al carro de aprovisionamiento y, por su cara, había comprendido lo que se le había pasado por la cabeza. Era inteligente, pero no más que él.

Se disponía a ir a su estancia cuando alguien llamó a su puerta. Dio la orden de entrar y miró a Duncan entrar en la estancia y dirigirse hacia él. Cuando llegó a la mesa de trabajo, le tendió un pergamino cuyo sello reconoció.

Por fin.

—Pergamino del rey, mi capitán.

La excitación lo invadió y se lo arrebató de las manos.

—Gracias, Duncan. ¿Te has ocupado del mensajero?

—Sí, mi capitán. Lo he enviado a descansar y le he hecho preparar una cama.

Tras darle las gracias a su fiel ayudante por cumplir a la perfección con su tarea, como de costumbre, Ewen se despidió de él y, cuando se encontró a solas, se dirigió hacia la ventana y rompió el sello. El brillo del día, aunque débil, le permitía leer la caligrafía del monarca. El mensaje se resumía en pocas palabras:

¡Venga inmediatamente! ¡Y traiga a la inglesa con usted!
James Stuart, rey de Escocia.

Estaba emocionado de tener algo de acción al fin.

Ese pliegue respondía a sus preguntas y podría expresarle al rey con voz propia su deseo de convertirse en el gobernador de la frontera cuando este falleciera. Aun así, no se esperaba tener que llevar a su prisionera.

Suspiró y lanzó el pergamino al fuego. Lo miró consumirse y salió de la estancia. Empezó a subir por la escalera que llevaba a sus aposentos, recorrió el pasillo y se detuvo ante la puerta de la habitación contigua a la suya. Cuántas horas había pasado imaginándosela allí, a pocos metros y, sin embargo, era tan inaccesible. Esa tensión en su cuerpo lo volvía loco y no iba a ayudar el hecho de tener que llevarla ante el rey. Si iban a buen paso, Edimburgo estaba a un día a caballo,

no necesitaría montar un campamento y no estaría obligado a pasar la noche al lado de la inglesa para vigilarla.

Golpeó la puerta.

Cuando su prisionera abrió la puerta, se sorprendió al constatar lo mucho que la había echado de menos.

—Ewen…

Por Dios, esa voz…

Su nombre… en su boca, entre sus magníficos labios tan tentadores como recordaba…

Evitó su mirada, pero al percibir la cama tras ella, las ganas de tumbarse sobre ella y hacerla suya le hicieron estremecerse de tal forma que tuvo que desviar su atención hacia su hermoso rostro, que lo observaba con el ceño fruncido.

—El rey nos ha convocado. Tiene que venir conmigo.

La inglesa frunció aún más el ceño.

—¿Sabe qué quiere de mí?

—No tengo ni la menor idea.

Al monarca le gustaban las mujeres jóvenes y bellas, no era un secreto, así que quizá querría saber cómo era. Ese pensamiento le desagradó. James VI era el rey, así que, si quería divertirse con la inglesa y convertirla en su amante, él no podría oponerse, a menos que huyera con ella. Aunque entonces su carrera se iría al traste, al igual que la reputación de Terry. Y tal vez sus vidas corrieran peligro. Esperó que esa no fuera la motivación de su soberano. Quizá solo quería obtener información sobre Carlisle y no los favores de su hija.

¿Sería ella el tipo de mujer que respondería al deseo de James VI? ¿Se sentiría halagada?

Lo ignoraba y su mente le estaba dando demasiadas vueltas al asunto, pero con los reyes todo era posible.

—Antes de que partamos, ¿podría proporcionarme otra vestimenta? No puedo presentarme así vestida ante el rey.

¿Qué tenía ella en contra de su ropa? ¡A su parecer eran perfectas!

La transparencia de su camisa blanca que había hecho lavar dejaba entrever su pecho desnudo, y sus calzas negras y limpias se ajustaban a sus hermosas piernas. Pero era cierto que la joven no dejaba mucho a la imaginación. En efecto, no podía presentarse así ante el rey. Sin duda podrían detenerse en un comercio de Edimburgo o encontrar algo por el camino.

—Vestida con ropa de hombre, me refiero —añadió.

—Preferiría que se vistiera de mujer.

—¿Por qué razón?

—El rey podría… Digamos…

Su mirada recorrió la silueta de la inglesa. Una silueta tentadora, felina y delicada. El recuerdo de su cuerpo contra el suyo lo alteró.

—Podría intentar seducirla…

Esas palabras le dolieron, pero tenía que dejarlo claro: James VI era conocido por tener numerosas amantes y no escondía su falta de escrúpulos: cuando quería algo, lo cogía.

—Oh. Entonces, quizá me deje seducir…

Sus pupilas lo devoraron.

Buscaba provocarlo, lo veía. De repente tuvo el deseo de pegar sus labios a los suyos para evitar que dijera tales palabras, pero ¿quién era él para decirle qué hacer de su vida y con quién acostarse? No le pertenecía, era su prisionera, no su esposa.

—Esté preparada al alba —soltó él.

Al final, ella decidiría lo que quisiera… No era su problema. Hizo una reverencia y se despidió, mientras se esforzaba para esconder el malestar que sentía imaginándosela en brazos de otro hombre.

***

Terry vio la silueta del escocés alejarse y cerró la puerta. Su corazón tardó varios segundos en calmarse. Por desgracia, se embalaba sin mesura cuando posaba sus ojos sobre ese hombre. No dejaba de pensar en él y, cuando oía un caballo en el patio, corría hasta la ventana para verlo.

Estaba tan orgulloso de su destreza… ¡Era tan grande y viril!

Su actitud de guerrero la volvía loca. Le gustaba esa mezcla de rudeza unida a la dulzura de su mirada. Sin embargo, lo seguía odiando tanto, incluso más, por la misma razón. No conseguía olvidar su beso. No sabía si quería revivir ese instante con el fin de seducirlo y engañarlo con más facilidad o si simplemente lo deseaba porque… porque en el fondo quería ser suya.

Mientras se preparaba para meterse en la cama, reflexionó en lo que podía querer el rey de ella.

¿Por qué había pedido conocerla?

Además, no tener noticias de su padre le preocupaba.

¿Por qué no había respondido a la misiva del escocés? ¿A qué esperaba para liberarla? ¿Había decidido abandonarla a su triste suerte? ¿Ya no quería saber nada más de ella desde que había tenido la mala suerte de ser capturada?

Había esperado que viniera a buscarla o, al menos, que jurara en nombre de su honor que no planearía ninguna invasión para que la liberaran, o bien al contrario, que aprovechara su encarcelamiento para entrar en Escocia y atacar… Pero nada de eso había sucedido y la desilusión y la amargura se apoderaban de ella.

Pasó una noche muy agitada y, como ya era costumbre, soñó con el escocés.

Cuando abrió los ojos, sintió que el sueño aún la atrapaba. Esa noche, Ewen la había salvado de las manos del rey, quien quería forzarla en la cama y, tras haber intentado clavar el puñal en el cuerpo de su salvador, había sucumbido a su deseo por él y se habían unido en un abrazo apasionado.

No había conocido el amor carnal y, sin embargo, era como si sus carnes íntimas supieran lo que sentiría si el capitán la hiciera suya y entrara en su cuerpo una y otra vez. Todavía se acordaba perfectamente de lo que había sentido en su sueño: había invadido su vientre con un exquisito dolor y su feminidad había cedido ante el deseo.

Por primera vez en su vida, quiso acariciarse *ahí*, solo para sentir… Pero no hizo nada. No era como todas esas mujeres que se desmayaban por un hombre. No quería pertenecer a ningún hombre, y todavía menos vincular su vida a uno de ellos. Quería permanecer sola y libre.

Hasta la muerte.

Pero por mucho que hubiera decidido no conseguir un marido, ¿quizá podría conocer el amor en los brazos de un hombre que ella escogiera? ¡El escocés no, por supuesto! Aunque fuera muy bello y poderoso y su rudeza hiciera vibrar algo indecente en ella, lo detestaba demasiado para ello. Representaba todo lo que había odiado durante su vida y todavía deseaba seducirlo para poder acabar con él.

Ewen seguía en el centro de sus pensamientos cuando se preparó para partir. Al fin lista, se

sentó en la cama a esperar. Estuvo allí hasta que alguien llamó a la puerta. Se levantó para abrir. Cuando descubrió al capitán al otro lado, sintió que su corazón se le salía del pecho. Estaba tan apuesto con sus espadas cruzadas en la espalda, su peto de cuero sobre un chaleco de lana y su puñal colgado al lado de su *kilt*… Se había recortado la barba y olía a jabón. En cuanto a ella, se había colocado los vendajes que le camuflaban los pechos, se había puesto la camisa, el chaleco de lana que le había prestado y su capa.

Le tendió una chaqueta parecida a la que él llevaba, así como un cinturón de cuero.

—Tenga. Creo que si se coloca esto bajo la capa tendrá menos frío. Podrá mantenerla en su sitio con el cinturón, que es más firme que el suyo. La espero abajo. Comeremos algo rápido antes de irnos.

Agarró la vestimenta que efectivamente parecía más caliente que la que le había prestado la noche en la que la había invitado a cenar. Unos trozos de cuero reforzaban el pecho y los codos.

—Gracias, capitán.

Sin cambiar la expresión contrariada que parecía formar parte de él desde que se habían besado, se inclinó y se marchó.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué le traía cosas si no quería verla?

Le costaba comprender a ese hombre. En cuanto a sus propias reacciones, tampoco las comprendía: cuanta más ira proyectaba en ella, más lo deseaba. Cuanto más la evitaba, cuanto más implacable se mostraba, más lo deseaba. ¡Iba a volverse loca! Su lógica le hacía odiar a su carcelero, pero su cuerpo lo deseaba ardientemente.

Pese a que la tentación era fuerte, se negó a hacer esperar al capitán. Se retiró la capa y el chaleco y se puso la prenda que le había dado, que le daría el calor que necesitaría cuando estuvieran cabalgando. Después se recolocó capa, apretó las telas con el cinturón y salió de la habitación.

Le dio la espalda cuando ella llegó al patio, que cruzó para unirse a la sala de guardia donde tenía por costumbre desayunar. Ella lo ignoró. Aprovechó para observar a su alrededor, como hacía cada vez que sobrepasaba los límites de la fortaleza, con el fin de evaluar sus opciones de huida, puesto que seguía con esa idea.

Se dio cuenta de que las puertas de la muralla estaban abiertas y las monturas ya estaban fuera de los establos, entre ellas su yegua. Quizá podría correr con todas sus fuerzas, saltar sobre su caballo y salir del fuerte galopando. Los guardias no podrían detenerla…

Absorta en sus reflexiones, observó al capitán cuando se detuvo para hablar con uno de sus soldados. Le dirigió una mirada asesina, a la que ella respondió con una sonrisa traviesa. No estaba en su naturaleza hacer eso y sin duda él lo sabía, puesto que la ignoró. Pese a la fugacidad del instante, tuvo tiempo de percibir su incomodidad. Se había estremecido; estaba convencida. Se preguntó si él también pensaba en su beso y si querría repetirlo…

Más tarde se convenció de ello al constatar que no dejaba de mirarla con intensidad. Mientras tanto, ella devoró la avena que le habían servido, que hizo bajar con tragos de una buena cerveza, fresca y fuerte.

¡Parecía que ese MacLeod no había visto nunca comer a una mujer!

De repente le dio vueltas la cabeza y no supo si era por la bebida o por la aventura que estaba a punto de vivir al lado del bello *highlander*, un hombre que hacía que todo su mundo tambalease. Lo deseaba contra toda razón. Estaba contenta por salir del fuerte y, quizá, durante el camino, podría burlar la vigilancia del escocés y de sus guardias y huir… A menos que estuviera dispuesta a usar el deseo que el rey podría sentir por ella para ganar su libertad…

Estaba pensando en la utilidad que podría tener ese deseo en el futuro cuando la voz de su carcelero la trajo de vuelta al presente. Era evidente que no sabía hablarle de otra forma que no fuera con ladridos.

Levantó la cabeza y se sorprendió al descubrirlo de pie.

—¿Me esperaba, tal vez?

—¡No, para nada! Le había advertido de que teníamos prisa. Me gustaría llegar antes de la noche.

Terry se levantó a su vez.

—Bien, no es necesario que se enfade. Y no, no me ha dicho nada. Me acordaría si ese fuera el caso.

Él se contentó con dirigirle una mirada asesina y le dio la espalda.

¡Qué tosco podía ser! ¡Tenía la furia digna de un dragón!

Lo siguió, esta vez a una distancia razonable, hasta su yegua. Puso las manos en cruz para ayudarla a subir. Mientras recordaba las condiciones en las que había cabalgado cuando la había traído hasta el fuerte, le preguntó:

—¿Me va a atar?

—No, si me promete que no intentará escapar.

—Se lo prometo, capitán. —Le sonrió y añadió—: ¿Por qué huiría de una compañía tan agradable como la vuestra?

Evidentemente se reía de él porque, en ese momento, el escocés tenía que reconocer que era igual de amable que un perro rabioso. Le había ordenado alejarse de él, dado que, a su parecer, su beso había sido un error y nunca volverían a hacerlo. Y estaba decidido a no retractarse de sus palabras, aunque a veces ella viera un atisbo de deseo en sus ojos. Iba a tener que presionarlo un poco más si quería conseguir seducirlo para engañarlo mejor.

—¡A la silla! —exclamó mientras ignoraba el comentario.

—¿Así es como va a ser nuestra relación a partir de ahora, capitán?

—Es mi prisionera, Terry Carlisle —dijo él—, y dada la situación, me debe obediencia, como cualquiera de mis soldados.

Muy bien. Es inútil dialogar con él.

—¡Que le den! —murmuró ella haciendo girar su yegua.

—¿Qué ha dicho?

—¡Nada!

Aprovechando que él todavía no estaba sobre la silla, se dispuso a mover su montura para huir cuando los dedos de su carcelero aferraron las riendas.

¡Maldita sea!

—Si no cesa en sus intentos, no dejaré de cuestionarme cuánto vale en realidad su palabra, señorita. Como no se esté quieta, la ataré.

Parpadeó varias veces, como fingiendo un arrepentimiento que no sentía. En ese instante, solo se arrepentía de haber fracasado y, ahora, ese maldito escocés no dejaría de vigilarla.

—No, yo… No volveré a hacerlo.

—¡Eso espero!

Soltó las riendas, subió con agilidad al caballo, dio órdenes para que sus soldados se colocaran en su sitio e hizo la señal de partida. Cinco caballeros de los diez que constituían la tropa avanzaron. El capitán le hizo una señal con la barbilla para que avanzara a su vez y se colocó detrás de ella, sin duda para custodiarla mejor. En cuanto cruzaron las puertas

monumentales del fuerte, los caballeros que iban a la cabeza empezaron a galopar.

Cabalgaron durante horas, y solo se detuvieron para aliviar sus necesidades, dar de beber a los caballos y descansar un poco. El escocés no se quedó cerca de ella cuando le dio una cebolla y un trozo de carne seca como refrigerio de mediodía y pidió a uno de sus guardias que la acompañara cuando ella sintió la necesidad de aliviarse. Había decidido ignorarla y ella sintió, al paso de las horas, que su cólera aumentaba. Si pretendía salirse con la suya, estaba muy equivocado. No podía besarla como si su vida dependiera de ello y después comportarse como si nada hubiera pasado. Porque era evidente que había pasado algo entre ellos. ¡Algo muy poderoso! Algo que los tensaba a ambos cada vez que se miraban, y que continuaría torturándolos si no sucumbían, estaba segura…

¿Y si sucumbían? ¿Qué pasaría?

Poco importaba, porque el desenlace sería el mismo: se vengaría de lo que los escoceses le habían hecho a su madre, y que el capitán no tuviera la culpa de ello y fuera diferente al resto —y que además le gustara— no cambiaría nada. Si moría… Bueno, qué más daba; se recuperaría rápidamente.

El capitán la ignoró, pero en la última parada, mientras ella se estiraba con las manos posadas en sus riñones doloridos, sus miradas se cruzaron. Sabía que, antes que eso, había recorrido su cuerpo con la mirada.

La seguía deseando, era innegable.

Sostuvo su mirada lúgubre. El aire entre ellos se había cargado de tensión, pero este se escabulló y ordenó a sus guardias que se prepararan de nuevo. Acostumbrados a obedecer, se levantaron y se dirigieron hacia sus monturas.

Estaban bien entrenados, a diferencia de ella. Era buena amazona, pero no tenía resistencia.

Se quejó y, cuando esperaba que el escocés ordenara a uno de sus hombres que se ocupara de ella para ayudarla a subir a la silla, se acercó él mismo. Al hacerlo, palmeó el cuello de su yegua.

Admiró sus manos durante unos segundos: finas pero robustas, con unos dedos largos. Luego observó su rostro, sorprendentemente amable. Todo en él la atraía: su boca carnosa, su corta barba, cada uno de sus rasgos indudablemente viriles… Se perdió en esos ojos verdes con destellos dorados que la miraban de vuelta.

—Siento esta cadencia, mi señora.

Y su voz…

Hacía brotar escalofríos agradables en su piel.

—Dos horas y veremos el palacio de Holyrood, donde vive el rey.

Al ver que se iba a alejar, Terry colocó una mano sobre la suya.

—¿Veremos al rey esta noche?

—No lo sé. A veces se hace esperar y otras no. Todo depende de su humor, supongo, y de sus ocupaciones.

—¿Cómo es?

—¡Viejo!

Ella rio.

En una sola palabra, el escocés acababa de aligerar las tensiones internas que no dejaban de crecer en ella a medida que pasaban las horas. La idea de conocer al rey de Escocia le aterraba. Tenía miedo de gustarle y se preguntaba por qué quería verla. Había intentado molestar al capitán diciendo que esperaba poder seducirlo, pero en realidad no lo deseaba. Era él a quien deseaba, y nadie más. Había tenido tiempo de pensarlo durante el trayecto y estaba determinada a

serle útil y agradable: seducir al capitán escocés y disfrutar haciéndolo.

—Gracias.

—De nada —susurró él con una ligera sonrisa.

Se le detuvo el corazón. *¡Qué guapo era cuando sonreía!*

Perdía su semblante severo, pero no por ello era menos seductor. Retiró la mano de la suya lentamente, como a disgusto, sin dejar de observarla con intensidad. Fue como una caricia. Como un gesto íntimo. Volvió a palmear el cuello de su yegua como podría haberlo hecho con su muslo. Su aliento se suspendió un instante, puesto que tuvo la íntima convicción de que eso era lo que él deseaba…

Algo agitada, lo siguió con los ojos hasta que saltó sobre su caballo e hizo la señal de partir.

Siguió a los hombres que iban a la cabeza, como había hecho antes, y sintió la mirada del capitán en su espalda.

Se le escapó una sonrisa.

Sí, la deseaba, y pronto se sentiría tan atraído por ella que solo pensaría en poseerla y olvidaría su vigilancia. Y entonces ¡estaría a su merced!

5

Después de que Ewen hubiera anunciado sus nombres y el motivo de la visita, los guardias del palacio les permitieron entrar en el patio. Encabezó la tropa y se dirigió hacia los establos, donde varios mozos se hicieron cargo de sus monturas. Sus hombres se dirigieron hacia el edificio de la guardia mientras que él y la inglesa se dirigieron al cuerpo principal y pidieron ver al rey.

Una vez en los establos, saltó de su montura y empezó a desatar su equipaje mientras observaba a Terry, que miraba a su alrededor con curiosidad. Ignoraba si ya había ido a la corte en Inglaterra; él mismo nunca había estado, pero supuso que todos los castillos reales se parecerían.

Los visitantes entraban y salían del edificio principal, igual que los sirvientes, con los brazos cargados de platos. Sin duda las fiestas a las que el rey era aficionado no tardarían en comenzar.

La angustia se había apoderado los rasgos de la inglesa; sin embargo, no parecía temblar. Tenía los nervios bien domados y su valentía, de nuevo, era lo que forjaba su respeto. Estaba en una tierra extranjera a cuyo monarca iba a conocer, ignoraba lo que este iba a hacer con ella: ¿la mantendría prisionera? ¿pediría un rescate a su padre? O quizá fuera otra cosa. Pese a todo, parecía digna y orgullosa.

No se detuvo demasiado en analizar lo que sentía su cuerpo al pensar en ella. Sin embargo, no dejaba de vibrar por la pasión que contenía y que deseaba descargar en su bella prisionera. Lo mejor para él sería que ella saliera de su vida; era consciente de que, en cuanto se deshiciera de ella, todo volvería a la normalidad, pero sabía que, en el fondo, eso no era lo que quería.

No, lo que quería era seguir mirándola. Era un tesoro para la vista. Quería continuar deseándola, aunque eso lo hiciera infeliz.

Tenía la sensación de haber vuelto a la vida y de respirar de forma distinta desde que la inglesa había aparecido en su vida. Y lo había hecho como un tornado que arrasa con todo a su paso. No sabía a qué se debía, pero tenía que reconocer que había trastocado su día a día. No obstante, no era más que un interludio encantador. Un interludio que invadía cada uno de sus pensamientos, pero sin duda estaba a punto de ponerle fin a esta situación.

¡Debería haberse regocijado en ello en vez de esperar que perdurara!

No comprendía sus reacciones, o más bien las comprendía demasiado bien: deseaba a la inglesa con toda su alma, y eso lo enojaba. Estaba en un estado permanente de cólera, puesto que la deseaba continuamente.

¡Sí, eso tenía que terminar! Sería lo mejor para ambos.

Apartó esos pensamientos de su mente, confió su montura al mozo que se había acercado y ordenó a uno de sus hombres que los acompañara con el fin de llevar su equipaje. Pasó por delante de la inglesa, le pidió que lo siguiera y tomó dirección al palacio en el que entraron tras haber dicho nuevamente sus nombres. Un hombre, que reconoció como el mayordomo principal, se dirigió hacia ellos e inclinó la cabeza ante él.

—Capitán MacLeod… El rey lo espera. Tengo orden de acompañarlo a usted y a su prisionera.

Ewen le dio las gracias mientras asentía y lo siguió con la inglesa en sus talones. Las cabezas se giraban a su paso. Su vestimenta de *highlander* no pasaba desapercibida en la corte y su prisionera, vestida con ropa de hombre, despertaba cierta curiosidad.

En ese lugar nada pasaba inadvertido. Nunca.

En pocos minutos, todo el mundo sabría que el capitán del fuerte de Edgerston se encontraba dentro de esas murallas acompañado de su prisionera inglesa y los cotilleos no tardarían en extenderse. Las cortesanas pasaban la mayor parte del tiempo hablando de los demás, tramando, fornicando y festejando.

El capitán se había dado cuenta en sus anteriores visitas que el lugar era un nido de víboras y siempre había estado agradecido de que no tuviera que quedarse más tiempo del necesario. Siempre se iba con un gran alivio, puesto que la curiosidad y las atenciones demasiado insistentes por parte de algunas mujeres jóvenes —y no tan jóvenes—, casadas o no, se volvían cansinas. Se había tenido que mostrar intratable para que lo dejaran tranquilo, algo que lo había convertido en un hombre todavía más deseable a ojos de algunas.

Efectivamente, en ese bonito mundo, las mujeres, sobre todo, se aburrían terriblemente y, como el rey era un hombre infiel que engañaba a su reina sin vergüenza alguna, toda la corte hacía lo mismo. Se rumoreaba que, por la noche, cuando se acercaba la hora de acostarse con su esposa, como no compartían la cama, el rey escogía a una de las damas y su mayordomo la conducía hasta su habitación para pasar la noche con ella. Ewen se había enterado de todo eso sin realmente querer prestar demasiada atención. Podría haber aprovechado sus visitas para formar su educación sexual, pero no había querido problemas y su corazón, en esos momentos, estaba hecho añicos; no tenía la cabeza para eso.

Habían pasado dos años desde su última visita. No era el mismo hombre, pero se daba cuenta de que todavía despertaba cierta curiosidad, al igual que su prisionera.

Entraron en los aposentos reales, y luego en la antecámara del rey antes de que se diera cuenta. El mayordomo les pidió que esperaran y salió por otra puerta.

La inglesa se acercó a él. Sintió el calor de su mano cerca de la suya y el deseo de agarrarle la mano para notar el roce de su piel lo abrumó. Solo una vez; una vez más… Su dulzura lo enloquecía, del mismo modo que sus magníficos iris azules y el recuerdo de sus labios sobre los suyos. Su beso quedaría anclado en su memoria para siempre…

Giró la cabeza hacia ella y constató que tenía las mejillas hundidas y las facciones demacradas. Era por culpa de su cabalgada frenética, sin duda. Se preguntó si sus noches estaban siempre acompañadas de pesadillas. Había deseado muchas veces llamar a su puerta para preguntárselo, pero se lo había prohibido inmediatamente. No quería estar a solas con ella, ni mucho menos cerca de su cama. Tenía miedo de ser incapaz de resistir a la atracción que ejercía sobre él.

Sus miradas se encontraron.

—Todo irá bien, se lo prometo —intentó calmarla.

—No haga promesas que no puede honrar, capitán —respondió Terry usando casi sus mismas palabras.

El mayordomo volvió a aparecer y Ewen no pudo responder.

—Capitán, el rey quiere verlo.

Asintió en silencio y, tras lanzar una mirada a su cautiva, cruzó la sala y entró en la estancia del soberano.

La puerta se cerró tras él.

Hizo una reverencia ante el rey con todo el respeto debido a su rango. James VI estaba, como de costumbre, vestido con elegancia, esta vez de rojo y oro. Un tocado de terciopelo negro decorado con joyas adornaba su cabeza, dejando entrever su pelo negro, un poco largo. Una barba bien arreglada escondía sus mejillas hundidas.

No era un hombre guapo. Sus ojos eran pequeños, ligeramente separados, y sus rasgos no eran demasiado viriles. Aun así, tenía una imponente presencia. Y aunque ciertas personas consideraban que le faltaba carácter —quizá porque había pasado dieciocho años cautivo en Inglaterra[1] y porque, en definitiva, los escoceses lo conocían poco—, sus acciones probaban lo contrario.

—Capitán MacLeod, qué placer volver a verlo.

—El placer es mío, Majestad.

El rey lo invitó a sentarse en uno de los sillones del pequeño salón frente a la gran mesa cubierta de documentos desde la que el rey dirigía su reino.

—Y bien, ¿ha capturado a una inglesa así, de la nada?

—Sí, Majestad.

—¡Cuéntemelo!

Ewen le contó entonces su encuentro con su prisionera. Le confió que había avisado a los otros capitanes, así como al gobernador de la frontera para que estuvieran alerta en caso de que los ingleses atacaran, pero no habían intentado nada.

—¿Qué va a hacer con ella, Majestad?

James VI posó sus dedos bajo la barbilla. Ewen sintió que los latidos de su corazón iban en aumento.

Era el momento de la verdad.

—La acompañará hasta su hogar y luego se dirigirá al del gobernador. He considerado su solicitud y he decidido concederle el puesto. Adam Hepburn le enseñará todo lo que necesita saber antes de dejarle el cargo, si es que consigue llegar a tiempo. He escuchado que está bastante mal. Partirá mañana para no perder tiempo. Pero, por ahora, me gustaría verlos a ambos en mi fiesta. Y ahora, vayamos a conocer a su prisionera.

Maldita sea.

Se regocijó al escuchar el comienzo de la respuesta del rey, pero mantuvo la compostura mientras que su mente y su cuerpo solo querían explotar de la emoción. Todavía no veía todo lo que eso implicaba, esto es, un cambio drástico en su vida cotidiana, pero estaba extremadamente orgulloso y contento.

Se puso de pie después de que lo hiciera el monarca, quien dejó ver que su charla había concluido, y se inclinó de nuevo ante el hombre que le había concedido el honor de confiar en sí mismo, además de cambiar el curso de su destino. Tenía la sensación de estar en una nube… Pero no estaba soñando: el título sería de su familia para siempre y, gracias a él, su descendencia estaría compuesta por personas con responsabilidades políticas. Era un honor para su familia y para él, un gran reconocimiento de sus cualidades como mediador, así como de estratega, aunque en la ausencia de conflictos no hubiera podido mostrar todas sus capacidades.

—¡Gracias, Majestad! Es un gran honor.

—Se lo merece, MacLeod. Es una forma de recompensar a su familia, por quien siento una gran gratitud. No lo he olvidado.

Ewen hizo una reverencia con la mano en el pecho.

—Entonces, en nombre de mis hermanos, le doy las gracias una vez más, Majestad. No tengo

tiempo de ir a verlos antes de volver a la frontera, y es una lástima, pero les escribiré para anunciarles las buenas noticias. Estoy seguro de que, como yo, se alegrarán. ¿Podría pedirle algunas instrucciones en cuanto a Carlisle? —añadió con viveza—. ¿Tiene alguna novedad? Porque yo no.

—El rey de Inglaterra avala su responsabilidad; Carlisle no intentará nada.

Ah, bueno. Eso era todo. ¿De verdad iba a terminar de esa forma?

A Ewen le costó imaginarlo y no era lo que le decía su intuición, pero su soberano sabía perfectamente lo que hacía.

—¿Confía en él? —preguntó de todas formas—. ¿No cree que estará aliado con Carlisle y que, en cuanto libere a su hija, invadirá nuestras tierras?

El rey puso una mano sobre el hombro de Ewen y lo llevó hacia la puerta que abrieron los guardias.

—Ya lo veremos, capitán, ya lo veremos. Lo dejo con mi secretario. Él le dará los documentos oficiales de su nuevo cargo y lo conducirá a sus aposentos. Nos veremos durante la cena.

Ewen todavía tenía mil preguntas que hacerle sobre cómo proceder si la situación en la frontera en algún momento se le escapara de las manos, pero era evidente que el rey no tenía ganas de hablar de política y parecía tener prisa por librarse de él.

Le dio las gracias, pero vio que no lo escuchaba y que había puesto los ojos sobre la inglesa, que acababa de descubrir en la estancia contigua y que lo miraba directamente. Estaba tan bella, iluminada por la luz dorada de las velas que habían encendido… Era bella incluso con ropa de hombre.

Sus ojos se cruzaron durante unos segundos cuando, a la orden de James VI, ella pasó ante Ewen para unirse al rey.

La puerta se cerró tras ellos.

No pudo evitar sentir un escalofrío al saber que Terry se encontraba sola con el rey. Luego lo invadió el pensamiento de que tendría que separarse de ella para siempre.

***

Los guardias cerraron la puerta de la estancia en la que el soberano acababa de hacerla entrar y Terry se sintió aliviada al ver que se trataba de una sala para trabajar y no de su habitación. No sabía qué esperar, así que se había preparado para lo peor. Pero ahora podía tranquilizarse: el rey no podía forzarla de ninguna manera y estaba decidida a pelear si decidía lo contrario. No tenía derecho a disponer de ella a su antojo… Era inglesa, como su mujer, e hija de un barón rico. Acostarse con el rey podía ser un honor para muchas mujeres, pero no para ella. Sobre todo porque, efectivamente, era viejo y gordo.

El rostro del bello capitán se apoderó de su mente. El rey le había hablado de un nuevo cargo y el escocés parecía feliz. ¿Qué significaba eso? ¿El rey había decidido enviarlo lejos? ¿Se iría esa misma noche del palacio? En cualquier caso, no lo volvería a ver.

—Querida señorita Carlisle, por favor, siéntese.

Terry hizo lo que le pidió y se sentó en el borde del asiento que le señaló el rey. Cruzó las manos sobre las rodillas y esperó a que él se sentara frente a ella y tomara la palabra.

—Y bien. Entonces, usted es la hija de James Carlisle. Conocí a sus padres hace mucho, antes de que usted naciera.

—¿Sabe que mi madre está muerta?

—Lo acabo de saber; el rey Henry me ha informado.

Terry ignoraba si su soberano le había desvelado también la forma en la que había muerto y se abstuvo de hacer la pregunta. James VI no podía saber nada de lo que su padre tramaba.

—¿Tiene noticias de mi padre? —le interrogó ella cuando se sintió incómoda por su silencio y la forma en la que la miraba.

Habría querido que el capitán se quedara a su lado. Se dio cuenta entonces de que lo echaba de menos y que a su lado se sentía segura.

—¡Ciertamente! Henry ha dado su buena fe y podrá volver a su hogar.

Su corazón saltó de alegría.

Al fin… al fin vería de nuevo a su querido padre. Tenía que pensar en lo que haría porque dudaba en que la cosa se quedara allí.

—¿Ahora?

—Se irá mañana, y el capitán MacLeod la acompañará.

Ella asintió. Su corazón saltó de nuevo, pero no por la misma razón: volvería a ver al escocés. Habría odiado no poder despedirse.

—¿Señorita?

Absorta en sus pensamientos, entre las que, como de costumbre, aparecía el bello capitán, Terry no había oído las palabras del rey y, cuando levantó los ojos, lo vio de pie y lo imitó, aliviada de que la charla llegara a su fin. Por suerte, a pesar de sus miradas interesadas, el rey no había intentado nada.

—Perdón, Majestad; estaba abstraída. Me gustará volver a mi hogar.

—Lo comprendo… ¿Me hará el honor de asistir a la cena y luego al baile que tendrá lugar?

La joven mujer efectuó una pequeña reverencia.

—Será un placer, Majestad. ¿Sabe si el capitán asistirá?

—Se lo he pedido, pero al igual que su hermano Craig, no aprecia este tipo de festividades. Así que no puedo asegurarle que asista.

—Muy bien, ya se verá, entonces.

—Haré que la acompañen a su estancia. Allí las mujeres se ocuparán de usted. Tendrá todo lo que necesita para ponerse bella para el baile…

Dejó la frase en el aire y la acompañó de un brillo en la mirada que no dejaba ver nada bueno. Si aceptaba ponerse ropa festiva, no sería para seducirlo a él, sino a otro hombre. Un hombre que ocupaba sus pensamientos desde que había caído entre sus manos. Un hombre que ella ya no soñaba con matar, sino con besar. Un hombre a quien dejaría de ver para siempre. Y esa idea la entristecía.

Se despidió del rey tras haberle prometido verle en el baile. No obstante, se juró a sí misma mantenerse lo más lejos posible de él. Estaba aliviada, porque le había pedido ningún baile. Sin embargo, cuando la condujeron a la estancia que el monarca había hecho preparar, tuvo la desagradable sorpresa de saber que su habitación se encontraba cerca de la del rey y que, por ende, este tendría fácil acceso a ella.

¡La amenaza era real! El rey la deseaba.

Se sintió en peligro. No sabía cómo escaparía de él sin poner su vida en peligro y se prometió hablarlo con el capitán para pedirle protección. Quizá solo era su imaginación. El rey no había intentado nada, pero tampoco le había gustado su mirada lasciva, así que era mejor ser prudente.

[1] N. de la T. El rey James fue prisionero de los ingleses, hasta que su tío, Robert Stuart (Roberto Estuardo, duque de Albany), se dignó a pagar el rescate.

6

Cuando Terry vio al fin entrar al capitán en la inmensa sala en la que tenía lugar la cena real, esperó su llegada con tal impaciencia que su corazón dio un salto y empezó a latir con más fuerza. Cruzó la sala a zancadas, sin mirar a nadie, y se acercó a la mesa de aperitivos para servirse una copa, que luego acercó a sus labios. Él no la había visto, lo que le permitió admirarlo tranquilamente. ¡Y no era la única! Un buen número de mujeres también lo observaban.

—Es guapo, ¿verdad? —comentó su vecina, Philippa de Lancaster, una de las doncellas más jóvenes de la reina Joan, quien se había presentado al inicio de la velada. Venía de Lancashire, así que también era inglesa.

De agradable compañía, rubia, delgada y con la tez fresca y delicada, representaba de manera fidedigna el emblema de su familia, una rosa roja.

Philippa le había contado en pocas palabras su destino: como buen número de jóvenes de su familia, había sido enviada a la corte escocesa con la intención de encontrar marido. Había llorado mucho por haber tenido que alejarse de los suyos para ir a esa tierra de salvajes, de la que, al principio, solo soñaba con marcharse. Pero tras varios meses, su carácter alegre había salido a la luz y, desde entonces, buscaba marido.

En cuanto a la reina, le había dado la bienvenida a Terry y había preguntado por su familia, a quien conocía por su apellido. La reputación de los Carlisle les precedía. No tenían demostrar nada desde que se habían sublevado, tres siglos antes, contra la tiranía de John Lackland. En sus venas corría la rebeldía, la misma rebeldía que hoy los empujaba a querer apoderarse de las tierras escocesas, que una vez les pertenecieron.

Habían hablado durante varios minutos. Luego Joan Beaufort la había confiado al cuidado de Philippa. Esta última estaba entusiasmada con su magnífico pelo rubio ondulado, sus grandes ojos azules y le había reconocido envidiar las curvas de su silueta.

Terry no era una mujer que se emocionara por nimiedades, especialmente cuando se trataba de volantes, vestidos o peinados, pero cuando se había mirado en el círculo de estaño pulido que las dos doncellas le habían entregado tras ayudarla a prepararse, le había costado reconocerse.

¡El vestido era suntuoso!

De un bonito rosa pálido, pero transparente, y al límite de la indecencia. Afortunadamente, unas tiras de tela gruesa, de un color más opaco y juiciosamente colocadas sobre el escote y los hombros, disimulaban las formas. Del busto salía una hilera de perlas, como un collar incrustado en el vestido, el cual le hubiese gustado de no ser porque estaba convencida de que las doncellas la habían vestido así para el disfrute del rey.

Podría haberse negado a llevarlo, pero no quería llamar la atención, y todavía menos despertar la ira del rey. O su familia sufriría las consecuencias. Al menos, no antes de descubrir sus verdaderas intenciones con ella. Si se daba el caso, ya vería lo que haría con su interés.

La voz de su vecina la sacó de sus intensas reflexiones:

—Y bien, ¿qué piensa de él? ¿No cree que es particularmente agradable de ver?

Era evidente que Philippa estaba igual de cautivada por el capitán. Terry observó al joven mientras dos hombres se acercaban a él para hablarle.

—Su hermano Craig llamaba la atención de la misma forma cuando aparecía por la corte. ¿Sabe que iba a casarse con la princesa Annabelle, la hija más joven del rey? —añadió Philippa.

—¿Quién? ¿El capitán?

—No, Craig, su hermano —comentó su vecina con ojos brillantes—. En cuanto a Ewen, había querido casarse con su amor de la infancia, pero ella no quiso. Definitivamente, porque Alexander, su hermano mayor y *laird* de los MacLeod, se demoró en darles la bendición. En resumen, ella prefirió convertirse en curandera y consagrarse a su oficio antes que casarse con él. ¡Qué tonta! En su lugar, me habría casado con él. Es demasiado guapo. Hace que mi corazón lata a más velocidad. Me encanta su aire de guerrero…

Terry no pudo evitar sentir un pinchazo en el corazón al escuchar a Philippa babear por el apuesto capitán. Y ahora sabía por qué y por quién había dejado las *Highlands* para convertirse en soldado.

—¿Su «*laird*»? ¿Qué es eso?

—Es un término para designar al jefe de un clan.

—¿Tiene dos hermanos, entonces?

—Sí, Alexander y Craig.

Al sentirse observado, el capitán giró la cabeza en su dirección. El corazón de Terry dio un vuelco cuando sus pupilas se encontraron.

—Tengo la sensación de que está interesado en usted —murmuró su vecina.

—Lo conozco —reconoció ella, aunque no quería decir demasiado.

Sin embargo, quizá le iría bien abrir su corazón. Nunca había tenido amigas de verdad y Philippa le parecía simpática. Además, no la volvería a ver, así que sus confidencias, si se decidiera a hacer alguna, caerían en el olvido. Estaba lejos de las incursiones y sus deseos de venganza, pero tenía que reconocer que ese interludio improvisado no le disgustaba. Pronto volvería a su vida y a sus vicisitudes.

—Ah, ¿sí?

—He venido con él. Yo… era su prisionera en el fuerte de Edgerston, y el rey ha querido conocerme.

—¿¡Su prisionera!? —exclamó Philippa mientras le agarraba la mano, que descansaba sobre la mesa.

Terry se tensó al no estar acostumbrada a ese tipo de familiaridades.

—¡Cuéntemelo! —la animó en voz baja la mujer.

Terry suspiró antes de recuperar la mano.

—Oh, no hay mucho que contar.

—¿Cómo es él?

Terry observó al capitán y se cruzó de nuevo con su mirada. Un agradable escalofrío recorrió su cuerpo. No dejaba de contemplarla, incluso aunque varios hombres se hubieran acercado a hablarle. Había perdido su semblante taciturno e incluso parecía relativamente cómodo, algo que la sorprendió.

—¡Sombrío!

—Es verdad… Pero eso le pega, ¿no cree?

—Sin duda —respondió.

El capitán no era sombrío, era más que eso: temerario, valiente e indudablemente viril.

Apasionado también. Resistió las ganas de tocarse los labios para recordar el sabor de sus besos.

—Pero no he oído que se haya interesado en conquistar a nadie de la corte —oyó decir a Philippa.

Terry no pudo evitar sentir cierta satisfacción.

—Algunas, resignadas, dicen que nunca ha estado con ninguna mujer —siguió la muchacha —. Se ha encerrado en sí mismo por su amor. ¿No es increíble?

—No lo sé. Tal vez —acabó diciendo.

No entendía nada de las historias de amor y no le interesaban lo más mínimo. Pero eso era antes de haber sentido su cuerpo despertar entre los brazos y los besos de ese maldito *highlander*.

—El problema es que interesa a todas las mujeres. —Philippa suspiró—. Las vírgenes sueñan con casarse con él y las casadas con pasar la noche juntos. Y más aún si, como dice el rumor, es puro. ¡Me encantaría ser la primera con quien descubriera el placer!

Terry se aclaró la garganta, avergonzada por abordar ese tipo de temas con una desconocida.

—¿Reside en la corte desde hace mucho, Philippa? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Desde hace cinco años. Tenía quince… No hace falta que le diga que estaba más perdida que un pajarillo caído del nido.

Terry pensaba que todos los escoceses eran unos bárbaros en *kilt*, pero a fuerza de constatarlo, vio que eso no era cierto. De hecho, en la corte, el único que llevaba *kilt* era el capitán. Sin embargo, en el lugar de Philippa, se habría sentido terriblemente mal si se hubiera encontrado tan lejos de su hogar.

—¿Y todavía no ha encontrado marido? —la interrogó.

—He rechazado a algunos pretendientes, puesto que no me gustaban. Pero tendré que decidirme, ya que pronto seré demasiado vieja para interesar a ningún hombre. Y, entonces, mi familia me culpará por no haber forjado ninguna alianza. ¿Usted tampoco está casada?

—No, y si puedo escoger, no me casaré jamás.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida su vecina.

—Es una larga historia…

Fue en ese momento cuando el rey, sentado en la mesa inmensa, golpeó con un cuchillo su copa para llamar la atención. Terry sintió que su corazón se aceleraba puesto que, a lo largo de toda la cena, había notado la mirada del monarca sobre su persona, una mirada que se había esforzado en ignorar. Era el momento de volver a su habitación.

¿Quizá el capitán aceptaría vigilar su puerta si le reconocía que tenía miedo del rey? ¿Se arriesgaría a solicitarle protección? Ya no era su prisionera; se había deshecho de cualquier responsabilidad sobre ella. Eso ciertamente facilitaría su relación… Pero, al mismo tiempo, no quería darle problemas.

—Queridos amigos, tengo una gran noticia que anunciar. Capitán MacLeod, ¡acérquese!

Este último se dirigió hacia donde se encontraba el rey, envuelto en los susurros de todos los allí presentes, y se colocó a una distancia razonable del soberano.

—Algunos de vosotros ya sabéis que Adam Hepburn se está muriendo. Al no tener herederos, me corresponde a mí nombrar a su sucesor. Os presento, pues, al nuevo gobernador de la frontera: ¡Ewen MacLeod! —exclamó.

Los presentes aplaudieron y el capitán hizo una reverencia en dirección al monarca con la mano en el pecho.

—Gracias, Majestad. Espero ser digno de tan gran honor y de la ardua tarea que me espera.

Terry se esforzó por conservar una expresión neutra mientras pensaba en las consecuencias de

ese anuncio.

Gobernador de la frontera…

Ya no sería el capitán de un fuerte, sino el comendador supremo de esa región de Escocia. ¡Un adversario importante! En realidad, no cambiaba gran cosa; simplemente había obtenido algo de ventaja.

—¡Cierto! Ahora está en primera línea de batalla, gobernador, y es usted uno de los garantes de la paz en el reino.

Los ojos del capitán brillaron cuando unos susurros de aprobación se empezaron a oír a su alrededor. Parecía realmente contento. Luego fijó sus pupilas en las de ella. Habría dado mucho para saber exactamente lo que tenía en la cabeza en ese momento. ¿Quería hacerle comprender con esa mirada que, si ella y los suyos entraban en la frontera, estarían irrumpiendo en su camino?

Terry se inclinó hacia Philippa y le preguntó con discreción:

—¿Sabe dónde residirá?

—No tengo ni idea. En los confines de la frontera, supongo. ¿No conoce la región, aunque me haya dicho que viene de allí?

—Efectivamente, vengo de la frontera, pero del lado inglés, así que ignoro dónde se encuentra el hogar del gobernador escocés.

—¿Y de nuestro lado?

—Cerca de Berwick-upon-Tweed.

—¿Cómo se llama nuestro gobernador?

—Ned Bishop.

Nunca lo había conocido, pero su padre le había hablado de él. Por lo que sabía, Bishop no estaba a favor de invadir la parte escocesa. Temía que eso propiciara una guerra entre los dos reinos, algo que a su padre y a sus barones les daba igual.

Habían decidido actuar sin su consentimiento.

Los ingleses eran superiores a los escoceses en varios sentidos. Esos bárbaros no serían rivales para ellos. Los aplastarían, estaba convencida.

El momento del desenlace se acercaba. Lo sentía en sus entrañas. Y lo esperaba con toda su alma. Sin embargo, por muy impaciente que estuviera, tenía que mantener la calma. No podía que nadie viera lo que sentía. Debía recopilar toda la información posible de las tropas escocesas y sus defensas para poder dársela a su padre. Todo detalle tenía cierta importancia y podría resultar esencial para trazar un plan.

—¿Sabe si Escocia todavía envía tropas a Francia?

—Lo ignoro. ¿Le interesa la política?

—¿A usted no? ¿No le molesta estar aquí, en casa de nuestros enemigos?

Es decir, ¿no querría ver a todos los escoceses muertos?

Philippa la miró con suspicacia y Terry se mordió la lengua. Había dicho demasiado. Puso su mano sobre la de su nueva amiga y la apretó.

—Perdóneme, Philippa. Mi comentario ha estado fuera de lugar. No fue obra suya, no tuvo elección. Igual que yo…

Los ojos de su vecina se llenaron de lágrimas.

—Sí, pero usted volverá a su hogar.

La tristeza de Philippa la conmovió. Esa chica era tan delicada… Una flor rodeada de espinas.

—¿Le gustaría volver a Inglaterra?

Philippa suspiró.

—Sí y no. Estoy bien aquí. La reina es amable conmigo y he hecho amigas. Además, mi familia cuenta conmigo para conseguir ciertos méritos si obtengo un buen marido. Es indiferente que sea escocés, inglés o extranjero. Si vuelvo sin haberme casado, me espera el convento.

El destino de las mujeres era de todo menos envidiable. Solo había dos caminos: el matrimonio o el convento. El hombre o Dios. ¡No había otra elección! Terry estaba agradecida por que su padre respetara su decisión de no querer casarse y de participar en la lucha contra los escoceses. Su familia estaba en guerra contra ellos desde hacía diez años. Una guerra que pronto llegaría a su fin.

Ante ese pensamiento, de nuevo, su corazón se aceleró. Más tarde, sin embargo, la invadió un sentimiento de tristeza cuando su mirada se cruzó una vez más con la del capitán, que continuaba observándola de lejos mientras hablaba con algunos hombres que se habían acercado a felicitarlo. Su semblante era sombrío, su postura un poco tensa. Por mucho que se hubiera alegrado por su promoción, ya no parecía tan feliz.

Terry lo miró sin pestañear y él arqueó una ceja. Ella tuvo la sensación de que se había fijado en su escote. Tuvo la sensación de estar desnuda bajo la mirada febril del capitán, que la desvestía, y su aliento se aceleró. La deseaba. Y, a juzgar por el fuego ardiente de su mirada, no era un deseo que pudiera contener…

Contempló las botas del capitán, las lanas que sobresalían de ellas, el poco trozo de piel descubierta justo encima, esa parte de su cuerpo que ella había aprendido a conocer y que le atraía más allá de la razón; el *kilt* marrón y gris azulado, el peto de cuero, marrón también, sostenido por un cinturón y ligeramente abierto sobre una camisa blanca... No llevaba sus dos espadas a la espalda, que le daban un aire formidable, sino una sola, atada a la cintura. Para completar la vestimenta, una capa, atada con un broche sobre su hombro derecho, colgaba encima de su torso.

Con unos rizos despeinados, un semblante salvaje, unos ojos que brillaban con un destello furtivo, animal, una mandíbula cuadrada y una ligera barba, era, sin duda, el hombre más apuesto y atractivo de la reunión. Su presencia, su actitud y su autoridad natural le conferían un aura de peligro que atraía todas las miradas, en especial las de las mujeres. Era cierto que, al no estar casado, tenía un corazón al que aún se podía acceder, y más ahora, que acababa de obtener un cargo importante. Un hogar inmenso con sirvientes, dinero, poder…

¿Había pensado él en todo eso? ¿Tardaría poco en buscarse una esposa?

Dejó a un lado el estremecimiento que le causó esa idea y, sin dejar de observarlo —puesto que era incapaz; la tenía embelesada—, apretó la mano de su vecina, que no había soltado y se inclinó hacia ella para susurrarle:

—Espero que encuentre un buen marido, Philippa, y que sea feliz.

—¡Deséeme buena suerte, entonces! —contestó esta última mientras se levantaba.

Terry no comprendió lo que quería decir hasta que la vio acercarse al capitán y entablar conversación. Mientras respondía a Philippa, este seguía observándola. El vínculo entre ellos, esa tensión que la estremecía, se había hecho más y más grande desde que el capitán había entrado en el salón de baile. Tanto que parecía cautivado por ella, igual que ella por él.

Eso le perturbó tanto que terminó su copa de cerveza de un trago y volvió a servirse. Había bebido demasiado. No había sido razonable. Pero había dejado de serlo desde que cierta persona había entrado en su vida. Además, el alcohol le permitía olvidar… Olvidar que iba a volver pronto a su hogar y que dejaría de verlo.

¿Qué le sucedía?

¡Esos pensamientos eran indignos de ella! Detestaba a los escoceses. ¡Los odiaba! No podía sentirse atraída por uno de ellos. No debía, no tenía derecho. Tenía que luchar y lo haría. Incluso si para ello tenía que olvidar los deseos de su cuerpo.

Se sintió de repente tan oprimida que tuvo el deseo de salir a tomar el aire, tanto para respirar plenamente como para disfrutar de su muy ansiada libertad, que al fin había recuperado. Era libre de moverse por donde quisiera y eso le hacía feliz, aunque se sentía ansiosa y perdida al mismo tiempo. Además, había pensado tanto en el capitán, más que en sus planes de huida y venganza, que ignoraba si era capaz de pensar en otra cosa.

Se levantó y contuvo una mueca de aprensión cuando vio que Philippa ponía su mano sobre el brazo del capitán. Al final, la joven se había atrevido. Y era bonita. Muy bonita. Algo de lo que el capitán se había dado cuenta, ya que no dejaba de mirarla; incluso parecía subyugado por su discurso, que acompañaba con grandes gestos.

Terry reprimió su decepción, que creyó inapropiada.

Poco le importaba si el escocés se interesaba por Philippa, ¡no le pertenecía! No era nada para ella. Solo habían intercambiado un beso, nada más. Pero un beso que la había trastocado, que había dado un giro a su vida y en el que no dejaba de pensar, cada segundo. Y sí, sufría por su interés hacia otra mujer y su indiferencia súbita, igual que sufría al pensar en no volver a verlo y no estar cerca de él. Se sorprendió por echar de menos los momentos en los que estaban a solar, en el fuerte. Esos momentos en los que todavía era su prisionera.

¿Qué se le acababa de pasar por la cabeza?

¿El *highlander* había trastocado tanto sus sentidos que no volvería a ser la misma una vez sus caminos se separaran? Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él. Incluso había relegado sus ansias de venganza a un segundo plano…

¡Tenía que recordar quién era, y rápido!

Saldría a tomar el aire y pensar en claro y, luego, iría a su habitación y vería cómo bloquear la puerta. El escocés tendría sin duda cosas mejores que hacer que vigilar a su antigua prisionera, así que tomó la decisión de apañárselas sola.

Cruzó el salón de baile, rechazó algunas invitaciones y cruzó las puertas que daban al exterior. El frío se apoderó de ella. Cerró los brazos a su alrededor y atravesó la terraza hasta el parapeto de piedra. Se concedió unos minutos de frescor nocturno para aclarar sus ideas y sacar a cierto capitán de su mente. Ese hombre era demasiado guapo y seductor para mantener la compostura a su vera.

Cuando oyó un ruido tras ella, un escalofrío la recorrió y supo que era él quien se acercaba.

Se dio la vuelta.

Sus pupilas se encontraron, como lo habían hecho muchas otras veces antes de ese momento. Parecían buscar respuestas en la mirada del otro. La del capitán era brillante, igual que sus labios. Había perdido su semblante feroz, pero no su peligrosidad, una peligrosidad que hizo que su cuerpo de mujer reaccionara.

Era tan guapo…

Estaba más guapo y atractivo que nunca. Era él mismo y, sin embargo, bajo el cielo estrellado, parecía distinto. Puso sus manos sobre el muro y levantó su rostro hacia ese espacio desconocido que los rodeaba.

—¿Qué va a pasar ahora, Ewen?

Por primera vez en su vida habría querido ser otra persona y no tener el peso de su familia

sobre sus hombros. Habría querido que no fueran enemigos, sino amigos. Habría querido tener el poder de cambiar el curso de las cosas, de no temblar de miedo por perderlo…

Oh, hubiera querido todo eso y más…

Se giró hacia ella y suspiró:

—¿Qué quiere que pase, Terry?

¿A qué se refiere con eso?

Habría querido expresarle lo que sentía su corazón, contarle que se había rendido a sus encantos y que… deseaba con toda su alma que la besara otra vez; pero, de nuevo, ¿para qué? En unas horas volverían a sus hogares y sus caminos se separarían para siempre.

Tampoco podía olvidar que, quizá, se encontrarían de nuevo en el campo de batalla y que se vería en la obligación de matarlo, o bien sería él, seguramente, quien la mataría. Se había preparado para eso, había meditado en numerosas ocasiones cómo hacer suya la venganza de su padre, y ahora era una causa común. Había crecido con eso, con unas pesadillas que se habían apoderado de su cabeza, que nunca terminaban. No podía renegar de esa parte de su existencia. Tampoco deseaba hacerlo. Esa venganza se había convertido en su única razón de vida y era incapaz de imaginarse sin ese sentimiento, se sentiría demasiado vacía.

—¿Terry?

Se había acercado y el escuchar su nombre en su boca hizo que todo su ser vibrara. Se perdió en su mirada, en la que bailaba esa llama que la subyugaba y la atraía tanto. Una llama de deseo que él parecía resuelto a mostrarle abiertamente.

Su corazón se aceleró.

Comprendió que, al haber intentado seducirlo para hacerlo sucumbir y así poder matarlo, había caído en su propia trampa.

—¿Qué quiere usted, Terry? —insistió el capitán.

A ti. Es a ti a quien quiero.

Gritaba en su cabeza esa frase, una y otra vez. Pero decidió callárselas con decisión. Tenía la sensación de que el *highlander* no esperaba más que una cosa: que le reconociera su atracción. ¡Era imposible! Ella odiaba a los escoceses, ¡lo odiaba a él! Sin embargo, todavía lo necesitaba.

—Me gustaría volver a mi habitación. ¿Podría acompañarme?

El rostro del capitán se tensó. Dio un paso atrás y asintió sin decir nada.

Volvieron a la sala de baile, manteniendo una distancia razonable el uno del otro para causar revuelo y la cruzaron para llegar al pasillo, iluminado por numerosos candelabros.

—¿Dónde está su habitación? —preguntó el capitán tras varios minutos de silencio.

—En el tercer piso, cerca de los aposentos del rey.

Giró la cabeza, sorprendida al oírlo maldecir. Se dio cuenta entonces de que tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido.

—Imagino que sabe lo que eso significa.

—Sí, eso creo —susurró ella.

Subieron la escalera hacia los pisos superiores. En cada nivel, Terry esperaba que un ayudante de cámara la invitara a unirse a los aposentos del rey y, cuantos más minutos pasaban, más febril se sentía. Rezó con toda su alma para que no sucediera nada, puesto que, entonces, ¿qué ocurriría? ¿El rey podía disponer de su vida y su cuerpo? ¿Tenía derecho? Pero ¿quién ahí se lo impediría, si no era el capitán? En ese caso, entonces, ¿qué le pasaría a él? Acababa de conseguir un nuevo cargo, maldita sea; no podía pedirle que se arriesgara por ella. Podría perderlo todo por su culpa…

—¿Ha decidido aceptar?

Subieron un nuevo piso y la llevó hasta la puerta de su estancia, ante la que se detuvo antes de hacerle frente y responderle:

—¿Acaso tengo elección?

Él la miró con un semblante preocupado.

—Puedo entrar y protegerla.

—¿Haría eso?

—Sí, Terry. Si me lo pide, lo haré.

—¿Por qué haría una cosa así?

—Porque está es mi responsabilidad cuidarla hasta que la lleve hasta su padre.

—¿Y si el rey decide matarlo por atreverse a meterse en su camino?

—Entonces moriré cumpliendo mi deber y no me arrepentiré de nada. Solo me arrepiento de una cosa, Terry.

No debería hacer la pregunta. Sabía que eso la llevaría hasta una puerta que no debía ni podía cruzar. Aun así, se lo preguntó:

—¿De qué se arrepiente, capitán? —preguntó ella con la voz rasposa, atrapada por el pesar que había captado en la mirada de él.

Fue incapaz de apartar el rostro de su expresión y sus labios, que no habían cesado de poblar sus noches desde que se habían besado. Sin embargo, se había jurado resistir a la atracción que sentía por él…

¡Lo odias! ¡Es un escocés! Un escocés bárbaro… —se dijo a sí misma, intentando convencerse.

Pero en ese momento, ya no lo pensaba.

—¡De muchas cosas, en realidad! Pero no es el lugar ni el momento para hablarlo —soltó él antes de abrir la puerta y entrar en la estancia.

Para ella, fue como un puñetazo en el vientre, pero tenía razón. Era mejor no reconocerse los sentimientos, puesto que no les llevaría a ninguna parte. Le siguió el paso y abrió los ojos al ver que levantaba las cortinas.

—¿Qué busca?

—El pasadizo secreto.

—¿Perdón?

Entró en la antecámara, magníficamente amueblada en tonos rosas y decorada con gruesas alfombras. La habitación propiamente dicha también era de tonos rosados, y acogía una gran cama. Habían encendido unas velas, preparado la cama, corrido los gruesos cortinajes frente a las ventanas y en cada una de las habitaciones había un agradable fuego encendido en ambas chimeneas. Sus ojos se posaron en un camisón de noche doblado sobre la almohada. Blanco. Transparente. Con paso dudoso se acercó y lo agarró, como hipnotizada. Sus pupilas se inundaron de lágrimas y encontraron las del escocés:

—¡No quiero! No quiero pertenecerle a ese hombre. Yo… No quiero que me toque. Por favor, Ewen…

Estaba temblando y dispuesta a suplicarle que se quedara a dormir cerca de ella, aunque eso fuera un problema para él. Ewen se acercó a zancadas y, cuando intentó quitarle la prenda de las manos, ella constató que sus dedos aferraban la tela.

—Estoy aquí, Terry. No le va a pasar nada —susurró con voz dulce.

Ella buscó sus ojos. Estaban impregnados de una increíble dulzura.

—¿Me lo promete? —balbuceó.

Necesitaba escuchar su promesa, puesto que, si lo prometía, sabía que cumpliría su palabra; confiaba en él.

—Sí, se lo prometo. Póngase su ropa. Me instalaré en la estancia de al lado.

—De acuerdo. Pero, por favor, no cierre la puerta.

La miró durante unos instantes y asintió, aunque, a juzgar por su mandíbula apretada y su semblante sombrío, no le había pedido algo fácil. Le retiró la camisa de las manos, la lanzó a uno de los sillones y siguió revisando detrás de las otras cortinas. Cuando terminó la inspección, se dispuso a salir de la estancia y entonces Terry lo detuvo. El capitán se dio la vuelta y la contempló.

—No quiero que le pase algo por mi culpa… —murmuró ella.

No soportaría ponerlo en peligro o arruinar su carrera. Al principio lo odiaba con toda su alma, cierto, y habría querido clavarle un puñal en el corazón, puñal que había escondido bajo la almohada y que, esperaba que aún se encontrase allí. Aunque eso ya no importaba.

—No me pasará nada.

—¿Y si pierde su nuevo cargo por mi culpa? Parecía muy feliz de convertirse en el gobernador de la frontera.

—Lo estoy. Y no tema, el rey tiene mucho más que perder que yo, Terry. Mi familia es influyente. Y si las *Highlands* se rebelan, su trono peligrará.

—¿Estaría dispuesto a arriesgar eso por mí? ¿Y de mezclar a su familia en este asunto?

—Sí, Terry. Peleo por lo que me parece justo y estoy convencido de que mi familia me apoyaría.

Eso no tenía nada que ver con ella, entonces. Hacía su deber, nada más. Qué tonta era por pensar que le importaba.

—Si fuera mi hermana pequeña, me negaría a que cualquier hombre la deshonrara, aunque fuera un rey.

Su hermana pequeña.…

—Gracias, yo… Le agradezco su solidaridad.

Ewen le dirigió una pequeña reverencia llena de encanto.

—No hay de qué, mi señora.

Le dio la espalda y, esta vez, dejó que saliera de la habitación. Se apresuró entonces a quitarse ese vestido que le quemaba la piel y se puso su ropa de hombre. Cuando se puso las vendas alrededor de su pecho, las calzas, el abrigo de cuero y lana que le había dado el capitán —al que ella seguía llamando así: el bello capitán del fuerte que había puesto su vida patas arriba—, la capa, el cinturón y las botas, se sintió al fin ella misma. El miedo se había desaparecido a medida que se había puesto su ropa.

Se dirigió con energía hacia la cama y suspiró de alivio cuando descubrió el puñal justo en el mismo sitio donde lo había escondido. Lo deslizó dentro de su bota y se dirigió a la puerta. Inspeccionó la estancia y descubrió al escocés de pie cerca de la chimenea, con una copa en la mano y la mirada perdida en las llamas. Habría dado lo que fuera por saber qué estaba pensando…

De pronto, cuando ella iba a volver discretamente a su habitación, como si hubiera notado su presencia con esa percepción increíble que parecía tener cuando se trataba de ella, giró la cabeza en su dirección y frunció el ceño.

—¿Va todo bien?

—Sí, Ewen, todo va bien porque usted está aquí —murmuró ella.

—¿Acaso pensaba que iba a burlar su compañía?

—Para nada. Confío en usted. Solo quería asegurarme. Me preguntaba…

—¿Sí?

Tomó una bocanada de aire.

—¿No quiere dormir cerca de mí? En el… En el sofá, cerca de la cama. Su… Su presencia me tranquilizaría…

Él le hizo frente y la miró con seriedad.

—No creo que sea una buena idea, Terry.

—Yo… De acuerdo. No… No pasa nada.

Estaba segura de que no podría dormirse, pero al final no sería la primera noche que pasaría sin pegar ojo; aunque estaba agotada y le costaba mantener los ojos abiertos. Ewen levantó su copa hacia ella y preguntó:

—¿Quiere un poco?

—¿Qué es?

—*Whisky*. Seguro que la ayudará a dormir.

Nunca lo había probado. Sin embargo, asintió, entró en la sala y observó cómo le servía una copa. Parecía tranquilo, imperturbable. Agarró la copa que le tendió y olió la bebida. Olía fuerte. Tomó un trago y descubrió que no solo olía fuerte, sino que sabía fuerte. Casi se ahogó, lo que hizo que el escocés estallara en carcajadas.

—Démelo, creo que he sobreestimado sus fuerzas…

Mientras agarraba la copa, Ewen rozó su muñeca. Sentir su piel contra la suya la trastocó tanto que se sobresaltó y se apartó.

—¡No! Yo… Me lo voy a beber. Lo necesito y tiene razón, me ayudará a relajarme.

Soltó la copa, Terry la vació de un trago. Luego se dejó caer sobre la banqueta colocada ante la chimenea y levantó la cabeza para mirarlo.

—Ya me siento mejor, gracias.

—¿Otra?

Ella le tendió la copa.

—Por favor.

Se sentía tan ligera y relajada que no quería por nada del mundo dejar de sentirse así. Tomó la copa que le tendió el escocés tras llenarla de nuevo, pero la detuvo cuando cerró sus dedos en ella.

—¿Un poco más lento esta vez, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

Posó con delicadeza los labios contra la copa sin dejar de observar al escocés quien, para su sorpresa, se había sentado a su lado. Ella se giró, puso su pierna sobre la banqueta y lo miró detenidamente. Con las piernas separadas, las manos alrededor de su copa y los ojos de nuevo en las llamas, parecía tan lejos de ella que tuvo la sensación de haberlo perdido del todo.

—Entonces, ¿dónde vivirá ahora que se ha convertido en gobernador?

Él clavó su mirada en la suya, y eso hizo que su corazón se acelerara. En realidad, cada vez conseguía que se entregara más a él. Aún tenía ganas de besarlo; un deseo indecente la estremeció y ella intentó refrenarlo con otro trago de alcohol.

—En la residencia del gobernador.

—Me lo imagino, pero ¿dónde está?

—En Burnmouth.

Se prometió recordar esa información. Ignoraba si eso sería importante a largo plazo, pero nunca se sabía.

—¿Burnmouth?

—Está al lado del mar, al norte de la frontera.

—Oh, ¿entonces estará lejos de la frontera?

—Sí, Terry, estaré lejos de la frontera, pero me enteraré igual de todo lo que suceda.

Tragó con dificultad. Evidentemente la había visto venir.

—Debería irse a dormir. Mañana será un día duro.

Terry terminó su copa y se levantó. Se tambaleó, pero entonces el escocés se acercó a ella y puso los dedos alrededor de su brazo para evitar que cayera. Llevó una mano temblorosa a su frente y soltó un pequeño grito cuando la cogió por las rodillas y la levantó. Se encontró en su calidez, cuerpo contra cuerpo, tan duro y atrayente que su corazón se aceleró. No pudo evitar sonreír como una idiota. El *whisky,* sin duda. En cuanto al capitán, conservaba su mirada sombría.

—No debería haber bebido tan rápido… —murmuró ella.

Le dirigió una mirada tenebrosa. Una mirada que, evidentemente, la sacudió de la cabeza a los pies. Tenía tantas ganas de que la besara que su cabeza daba vueltas. O quizá fuera el *whisky.* El escocés no parecía sentir la misma emoción. Y sin duda era mejor así. Pero, entonces, ¿por qué de repente tenía ganas de llorar?

—La he avisado…

Apartó la tristeza y respondió:

—Sí, pero tengo la horrible costumbre de hacer lo que me plazca.

Una sonrisa de ternura infinita apareció en los labios de Ewen, una ternura que conmovió su corazón.

—No lo dudaba… —murmuró él mientras la llevaba a la cama, para luego dejarla con suavidad.

Viendo que se alejaba, la joven lo agarró de la mano.

—Quédese un poco más, por favor…

Iba a suplicarle que la besara, pero tenía miedo de que él se negara. Así que no dijo nada.

—Se… Se puede acostar a mi lado…

Sabía que eso era arriesgarse, pero realmente necesitaba su presencia. Él deslizó su mano de la suya para liberarse. Dulce pero firmemente. Ver que tomaba distancia le dolió al recordarle que pronto se separarían para siempre.

—Prefiero que no.

Ella se incorporó y tocó su mano con las yemas de los dedos.

—Ewen… Por favor…

Él escapó.

—No, Terry.

—¿Por qué? Quédese… Se lo suplico…

Su mirada se oscureció mientras la observaba intensamente, como si quisiera grabar su presencia en su memoria y luchara contra sí mismo, algo que sin duda era el caso.

—Sabe perfectamente por qué.

—No, no lo sé.

—Sí lo sabe. Buenas noches, Terry…

Y, de repente, ya no estaba allí.

Se dejó caer sobre las almohadas, con el corazón y la mente al borde del colapso, la respiración acelerada y el cuerpo caliente como una brasa. Le había suplicado que se quedara con ella y él la había rechazado… Afortunadamente, él había tenido el coraje de luchar en nombre de ambos.

Se giró, se acurrucó sobre sí misma y, mientras ignoraba sus deseos íntimos, que seguían retorciéndose en sus entrañas, cerró los ojos. Estaba acostumbrada a que la escucharan y obedecieran. Había perdido a su madre, pero su padre la mimaba y hacía todo lo posible para contentarla, así que accedía a cada uno de sus caprichos. Algo que no era el caso del capitán. Desde el inicio no había dejado de contrariarla.

Debería llamarlo de nuevo y lanzarse a su cuello. Así se vería obligado a besarla. No lo había soñado: sabía que en su mirada se escondía esa pequeña llama que no la engañaba ni por un segundo. La deseaba, estaba convencida. Así que… ¿por qué…? ¿Por qué no quería besarla? Ese maldito escocés había trastocado su vida. Sin darse cuenta, se quedó dormida.

***

Ewen, tras haber bebido tres copas *whisky*, se tumbó en la banqueta frente a la chimenea, y se obligó a no volver junto a Terry, a no meterse en su cama, cuando en realidad se moría de ganas.

¡Por Dios, cuantas ganas tenía!

Deseaba apretarla contra él. Deseaba besarla y hacerle el amor. Tenía tantas ganas que se había visto obligado a tensar todos sus músculos para no caer en el deseo infernal que sentía por Terry Carlisle.

Si sucumbía, ¿a qué se arriesgaba?

Habituado a pensar en lo peor para estar preparado, contó sus posibilidades en salir airoso. Su presencia en esta antecámara constituía ya de por sí un riesgo. No tenía nada que hacer con esa mujer que constituía un riesgo por sí sola. No debía estar cerca de ella, cerca de la mujer que hasta hacía poco había sido su prisionera y que, de alguna forma, todavía lo era, puesto que el rey no lo había liberado de sus funciones. Le había ordenado acompañarla hasta su hogar. Eso implicaba que todavía tenía que cuidar de ella. ¡Algo que ya hacía! El rey no podría reprocharle nada.

Es más, tendría que haber hablado con él para decirle que Terry estaba bajo su protección y que no podía tratarla como a cualquier otra mujer. No aceptaría que hiciera de ella una de sus numerosas amantes. No lo soportaría. Pero no quería enfadarlo, sobre todo después de que lo hubiera nombrado gobernador. Y, en un cuadro más íntimo, y aunque muriera de deseo por Terry, no se acostaría con ella.

¡¿Por qué lo tentaba así, por el amor de Dios?!¿Acaso ella ignoraba las consecuencias? ¿Le daba igual?

Por mucho que a ella le diese igual, él no pretendía ir por el mismo camino. Debía respetarla y aguantar: su deseo no estaba justificado.

Suspiró.

Pronto se libraría definitivamente de ella y podría retomar el curso de su existencia. Tenía ganas de ir a Burnmouth, su nuevo hogar. Decir adiós a sus guardias y marcharse sería difícil, pero no insoportable. Neil sería muy buen capitán. El rey había estipulado que él mismo tenía que nombrar al que considerara el mejor cualificado para sucederlo, y había escogido a Neil.

Entonces le tocaría a él escoger a su mano derecha, como lo había hecho él en su momento. Mantendrían el contacto. Ewen lo necesitaría, al igual que a todos los capitanes si los ingleses entraban en guerra con ellos. Y estaba convencido de que tenían esa intención.

¡Carlisle no se detendría!

Quizá, en ese mismo momento, se dispusiera a entrar en sus tierras aprovechando que estaba en Edimburgo. Pero ¿cómo lo podía saber? Carlisle no tenía espías en el fuerte; ¡al menos eso pensaba él! No, estaba convencido, confiaba en cada uno de sus guardias. Y si el inglés se había preparado para la guerra, lo habría sabido antes de partir, pero sus centinelas no le habían advertido de nada.

No, por el momento, Carlisle estaba quieto, pero en cuanto hubiera recuperado a su hija, las cosas serían distintas y podría decidir pasar al ataque… Ewen no podía estar seguro, evidentemente, pero su intuición pocas veces fallaba. En algunos días, sería la guerra…

Por esa misma razón, no quería arrastrar a Terry al epicentro de toda esta historia. La situación ya era lo bastante complicada, no había necesidad de añadir un deseo indigno. No después de lo que ella había vivido. No después de haber visto tanto miedo en sus ojos al pensar el dolor que le podría hacer el rey. Sin embargo, si creía en el fuego de su mirada, estaba dispuesta a entregarse a él… De todos modos, tenía que protegerla de sí misma y ser fuerte por los dos. Aunque ella se enfadara, había tomado la decisión correcta, no había otra alternativa para ellos. No podía haber un final feliz para ellos… y él seguiría siendo lo que siempre había sido: un soltero. No había cambiado de opinión; no quería una mujer en su vida.

Debió de haberse quedado dormido, puesto que el grito de Terry lo despertó. Saltó sobre sus pies y se dirigió con ímpetu a la habitación de al lado mientras desenvainaba la espada que había dejado a su lado, dispuesto a ensartar a quien se hubiera atrevido a tocar a la mujer, aunque se tratara del mismo rey.

No. Si se trataba del rey, no lo mataría, pero intentaría dialogar con él para persuadirlo.

Suspiró de alivio al ver que no había nadie más que Terry sobre la cama y esta volvía a ser víctima de una de sus pesadillas. Con la melena despeinada y con unas grandes lágrimas cayendo por sus mejillas gemía mientras peleaba contra sus demonios.

Envainó la espada, subió a la cama, la tomó por las manos y luchó contra ella. No quería hacerle daño, por lo que se esforzó en no apretar demasiado sus puños. Pero al escucharla gemir más y más no supo qué hacer… Entonces, se contentó con frenar sus espasmos, mientras le pedía con voz dulce que se calmara.

Luego le susurró en la oreja que no era más que una pesadilla y que él la cuidaría, que no tenía nada que temer, que nadie le haría daño.

La proximidad de su cuerpo, al igual que el empeño que ella ponía en escapar de él, agudizaron sus sentidos y su miembro se endureció bajo su *kilt*. Intento ignorarlo. Finalmente, las patadas de la joven perdieron fuerza. Abrió los ojos y lo miró de una forma tan intensa que no pudo resistirse, así que se lanzó a sus labios, pero entones se apartó al sentir el filo de su puñal en el cuello. Lo había pillado por sorpresa y, esta vez, al haberse entregado al deseo que sentía por ella, se había dejado engañar. ¿Habría sido capaz de fingir que le deseaba? Lo dudaba, pero con esa mujer, ¿cómo podía estar seguro? Todo era posible.

Cuando sintió cómo la hoja del arma de Terry le atravesaba la piel, la mirada de la inglesa cambió. Se le escapó el arma de entre los dedos y se quedó quieta, mientras su pecho subía y bajaba a un ritmo desenfrenado. Lo miraba con tal intensidad que se estremeció de la cabeza a los pies.

Con el aliento entrecortado, él se apartó lentamente para permitirle escapar si eso era lo que deseaba, y luego volvió a besar sus labios. Ella no se resistió. Al contrario. Abrió la boca, lo atrajo hacia ella, gimió y lo acercó a ella.

Ewen sintió que su miembro aumentaba de temperatura, luego todo su cuerpo. Su mente, su corazón se volvían locos por el deseo de poseerla ahí, en ese instante, pero la razón volvió a tomar las riendas y, pese a su pasión, interrumpió el beso. Sin decir nada y siendo perfectamente consciente de que se había comportado como un incompetente, la empujó, saltó de la cama y salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Cuando se sirvió una nueva copa de *whisky* para calmar su pasión, escuchó a Terry soltar otro grito. Por un momento dudó, pero entonces la escuchó llamarlo pidiendo socorro. Maldijo, sacó la espada y se dirigió de nuevo hacia la estancia de la mujer, donde descubrió a un sirviente del rey encima de ella, que intentaba llevarla a la fuerza hacia una puerta entreabierta situada detrás de la cama.

—¡Suelta a esta mujer! —ordenó él mientras lo apuntaba con la espada—. Ve a decirle al rey que esta mujer es mía. Si se obceca, tendrá que responder ante el clan MacLeod. ¡Y ante todas las *Highlands*!

Vio cómo los ojos de Terry se abrían desmesuradamente al oírlo decir que era suya, pero no iba a desmentirlo; el rey tenía que estar convencido de ello para que no intentara nada contra ellos.

—¿Esta mujer es suya?

—¡Por supuesto! Iba a pedirle matrimonio y, si hubiera llegado unos minutos más tarde, nos habría encontrado besándonos para sellar nuestro compromiso.

El sirviente soltó a la inglesa.

—¡Muy bien, hágalo!

—¿Perdón?

—¡Bésense!

Ewen estuvo tentado de reír por lo grotesca que le parecía la situación.

—¿Terry? ¿Puedo besarla ante este hombre?

¡No podía pedirle matrimonio! Una petición de matrimonio era algo importante y no se hacía a la ligera. Además, no tenía ganas de casarse porque había decidido, hacía cinco años, tras haber perdido a la mujer a la que amaba, que no se casaría jamás.

Terry, que parecía sobrepasada por las circunstancias, pero tenía suficiente cabeza como para no dejar entrever nada, asintió en silencio.

Él se acercó y puso las manos alrededor de su rostro.

Ella cerró los ojos cuando sus labios se unieron y se dejó besar. Cuando sintió que su mano cedía en sus muñecas y su cuerpo se llenaba de una sed insaciable, se le escapó un largo suspiro.

Por Dios, cuánto la deseaba.

Por el rabillo del ojo vio al sirviente salir por donde había entrado y cerrar el pasaje secreto. Había dejado una corriente de aire fresco y un olor de humedad tras él.

Ewen tomó a Terry por los hombros antes de no ser capaz de parar y la empujó dulcemente. Sus miradas se encontraron y continuaron deseándose. Una vez Ewen recuperó la compostura, dio media vuelta y ordenó:

—¡Nos vamos!

—¡No es más que un bruto, Ewen MacLeod!

—Tal vez. Pero soy el bruto que acaba de salvarla —soltó él sin girarse—. Y si no se quiere

quedar aquí sola, sígame.

—¡De todas formas, habría rechazado su propuesta de matrimonio! —oyó él en su espalda.

—¡Como si yo fuera a declararme! ¡Está soñando, preciosa!

La escuchó tratarlo de «sucio escocés», un insulto recurrente, viniendo de ella. Ella lo detestaba, y era mejor así. La separación sería más fácil y, por el momento, se negaba a pensar en lo que haría cuando llegara el momento. Ese momento llegaría demasiado pronto o demasiado tarde, quizá...

Por ahora, tenían que partir, no podían demorarse.

Pero Terry lo retuvo por el brazo, y le forzó a darse la vuelta. Luego fijó sus ojos en los suyos. Unos ojos llenos de cólera y de tristeza.

—¿Por qué me ha besado?

—¡Porque tenía que hacerlo!

—No… Antes.

Se cruzó de brazos y la miró.

—Ha sido un error.

—Sí, como la última vez. ¿A quién intenta engañar, capitán? Porque a mí, no.

Se acercó hasta casi tocarlo.

Rezó para que no deslizara sus brazos alrededor de su cuello y se apretara contra él o no podría responder dentro de los límites de la razón. Era una tortura resistirse a lo que ella le provocaba. ¿No veía cómo sufría y en qué estado de cólera y frustración lo ponía? Definitivamente sí, pero, como de costumbre, no tenía la intención de recular.

—Me desea, lo sé.

—Puede, pero ya no es el caso —exclamó él—. Retomaremos esta *agradable* conversación cuando estemos lejos de aquí. ¡A menos que quiera encontrarse con el rey!

Sus miradas se enfrentaron.

—¿No tendrá problemas?

—Creo que es un poco tarde para que eso le preocupe, ¿no?

—Lo siento, Ewen. Por todo.

La debilidad en su voz lo conmovió. Si ella supiera hasta qué punto él también lo sentía… Sentía no poder tocarla, hacerla suya. Lamentaba profundamente tener que separarse de ella y tener vivir sin ella.

—No es su culpa —murmuró—. Venga, ahora sí que tenemos que irnos de aquí.

Le dio la espalda y la escuchó seguir su paso.

Bajaron la escalera. Ewen esperaba ser interceptado por la guardia real, pero no sucedió nada. Tras varios minutos respiró mejor. El rey había renunciado a Terry. No le habría gustado tenerlo en su contra, ya que acababa de darle un título. Tampoco querría haber sido obligado a renunciar a su puesto de gobernador si él se lo hubiera exigido, y todavía menos empezar una guerra entre las *Highlands* y su soberano por una mujer. Pero ¿no iba a culparlo y de alguna manera hacerle pagar el que huyeran en plena noche? A partir de ese instante, tenía que ser prudente.

¡Maldita mujer!

Le hacía asumir riesgos innecesarios. Debería haberla abandonado a su suerte, pero había sido incapaz. Tenía que reconocer que no habría soportado que el rey —o que cualquier otro hombre — la tocara. Al menos, no ahora que se le había metido en la cabeza protegerla. Y tenía que convencerse de que, una vez hubiese recuperado su libertad, lo que ella hiciera no sería de su incumbencia.

7

Ewen despertó a sus guardias y envió a uno de ellos a que buscara el equipaje en su habitación. Cuando volvió, ensillaron los caballos; pero, dada la fatiga de Terry y las marcas negras bajo sus ojos, decidió que pasarían lo que quedaba de noche en un albergue de Edimburgo antes de retomar el camino al amanecer. Se vio obligado a colocarla delante de él sobre su montura, para evitar que se durmiera y se cayera. Así pues, la tentación seguiría siendo una tortura.

Como en la ida, cabalgaron todo el día e hicieron pausas cortas para que los caballos descansaran y para comer lo que tenían, y llegaron al fuerte poco antes de que cayera la noche. Envió a Terry a su habitación bajo vigilancia e hizo que le subieran la cena. No quería hacerle compañía, puesto que pronto debería liberarla; además, todavía era su responsabilidad, y no debía propasarse antes de entregársela a su padre.

Se entretuvo con Neil y le contó la buena noticia: él mismo se convertía en gobernador de la frontera y Neil en cabeza del fuerte. Su antigua mano derecha se emocionó. Se desearon buena suerte y luego bebieron por su fortuna.

Cuando oscureció, Ewen subió a sus aposentos. Se retiró las armas y se acostó vestido, como tenía por costumbre. Así, si sucediera algo durante la noche, podría reaccionar. Pocos minutos más tarde, oyó abrirse la puerta de su habitación.

Como si estuviera en un sueño, vio a Terry avanzar hacia él. Iba vestida únicamente con su camisón, que le llegaba hasta el medio muslo. La luz de las llamas en la chimenea hacía que su cuerpo se dibujara a través de la tela. Su pelo brillaba como la propia luna y caía sobre los senos; los escondía con sutileza. Estaba maravillosa. Su miembro se tensó y su corazón dejó de latir.

La inglesa subió a su cama y se acercó a él. No se creía que realmente estuviera ahí, ante él. Era algo con lo que había soñado tantas noches…

—Terry…

Ella le puso los dedos sobre los labios.

—Chis… Te deseo, Ewen. Quiero ser tuya.

—Pero… Tu futuro… Tu futuro marido… —intentó.

—Nunca me casaré. Es a ti a quien quiero. Quiero conocer el amor contigo.

El escocés abrió los ojos y preguntó:

—¿Ya no tienes miedo? ¿Ya no me odias?

—Ya no tengo miedo. Y no, ya no te odio. Te deseo —insistió ella en un susurro.

Que la inglesa reconociera su deseo con tal aplomo hizo que la tuviera aún más ganas de hacerla suya. Entonces, con un gemido, la tumbó sobre su espalda y la besó en los labios. Sus besos lo volvieron loco; su piel, que descubrió dulce y delicada, encendió el fuego de su alma. Quiso hacer que el placer durara, así que le apartó el camisón y puso sus labios en su vientre. Y luego más abajo, en sus carnes íntimas, lo que la hizo tensarse y gemir. Allí, deslizó su lengua. Su sabor y su olor lo enloquecieron más.

Ella lo disfrutaba.

El placer superó al de sus sueños más ardientes, más descabellados. Jamás habría podido

imaginar su sabor. Era maravillosa… Hizo entrar la punta de su lengua en su ser, disfrutó de sus jugos durante unos segundos y luego subió para tomar sus labios, que esta le cedió con pasión, mientras se estremecía entre sus caricias.

Se besaron apasionadamente hasta que no aguantaron más. Luego se apartó de sus labios, se puso de pie y se quitó la ropa. Se dio cuenta entonces de que la mirada de Terry estaba fija en su virilidad. Ella tragó saliva y respiró a más velocidad.

Se acercó hacia la cama y preguntó:

—¿Estás segura?

Ella se deshizo de su camisa y, desnuda, le tendió los brazos.

—Sí, Ewen, estoy segura. Tómame…

Su miembro se tensó aún más.

Tuvo miedo de no ser capaz de contenerse y de correrse de lo impaciente que estaba por entrar en ella y poseerla. Quizá la primera vez fuera rápida y decepcionante. Quizá no consiguiera satisfacerla, pero estaba decidido a hacerle el amor toda la noche y a disfrutar de su cuerpo durante horas, puesto que esa sería la única noche.

Se tumbó sobre ella y clavó sus ojos en los suyos.

—¿No intentarás matarme esta vez?

Ella le respondió con una sonrisa y le mostró las manos.

—He venido sin armas, como puedes ver. Ven… Deja de torturarme…

—Eres tú quien me tortura a mí —replicó él con la voz ronca mientras hacía entrar su miembro en las carnes íntimas de la joven, que descubrió prietas y calientes—. Por Dios, Terry… —gimió.

Sus respiraciones se aceleraron y sus cuerpos se tensaron.

Tenía que acostumbrarse a su presencia. Con la mirada todavía clavada en la suya, la penetró lentamente, en un delicioso vaivén que hizo que ambos gimieran. Luego comenzó a moverse dentro de ella, con dulzura, y cuando la sintió relajarse a su alrededor y unos gemidos de placer escaparon de sus labios, se movió más y más rápido. Cada vez con más fuerza. La cama chocaba con la pared a cada golpe de cadera y los gritos de placer de Terry llenaron la habitación. Era como si ella hubiera encontrado sus alas. Y quería más: mucho, mucho más. Quería poseerla plenamente, llenar su corazón, hacerla gritar… Tuvo la sensación de que nunca podría dejar de poseerla. Quería hacerle el amor una y otra vez. Era un placer casi celestial; más de lo que había podido imaginar. Magnífico. Tan agradable que parecía aturdido.

Dio todo lo que tenía y la poseyó furiosamente hasta hacerla correrse. Cuando él también llegó al punto de no retorno, salió del cuerpo de Terry, se giró y dejó esparcir su semilla sobre la sábana. Se tumbó a su lado, jadeando de placer.

Por Dios, ¡eso era poseer a una mujer!

Había creído que su corazón estaba a punto de explotar.

Tras algunos segundos, se giró sobre la espalda y observó a Terry. Sonrió al verla con los brazos y los ojos abiertos. Ella también parecía encantada.

Lo miró y le sonrió a su vez. Le dedicó una sonrisa tan dulce que su corazón latió a más velocidad.

—¡Ven!

Él le tendió el brazo y ella se acurrucó contra él. Lo cerró a su alrededor y le agarró la mano, que ella había puesto sobre su pecho. Estaba bien, feliz. Nunca se había sentido así de bien en toda su existencia. Le besó la frente y, tras unos segundos, preguntó:

—¿Va todo bien?

Ella suspiró.

—¡Maravillosamente bien!

Rio.

—¿Qué te divierte tanto?

—¡Philippa!

—¿Philippa? ¿Qué pasa con ella?

—¡Me dijo que eras virgen! Pero viendo cómo me lo has hecho, lo dudo bastante.

Hizo una mueca. ¿Por qué mentir? No era algo de lo que avergonzarse.

—Y sin embargo, es verdad.

Ella se incorporó y lo miró sorprendida.

—Ah, ¿sí?

Deslizó uno de sus mechones rubios detrás de su oreja y le acarició la mejilla, conmovido.

—Has sido la primera, Terry. La primera mujer a quien le he hecho el amor.

—¡No te creo!

—Pero así es.

—¿Cómo es posible con todas esas mujeres que te devoraban con los ojos en la corte?

—Nunca me ha interesado ninguna. Me importaba más mi juramento.

Ella puso un brazo sobre su torso y se volvió a acurrucar contra él.

—Cuéntamelo.

Él miró esos ojos azules y suspiró.

—Entregué mi corazón a una mujer hace tiempo. Una chica de mi pueblo. Crecimos juntos. La quería con locura y quería casarme con ella, pero ella escogió su oficio antes que a mí.

—¿Su oficio?

—Se convirtió en curandera.

—¿Y eso es incompatible con el amor?

—¡Eso parece!

—¿Y entonces dejaste tu clan?

—Tenía que alejarme. No podía quedarme a su lado; era demasiado infeliz.

—¿Y luego? ¿Ibas de vez en cuando a la corte? O a la ciudad, imagino. ¿Qué te impidió entregarte al placer a otra mujer?

—Eso ya no me interesaba. Me prometí que nunca me acercaría a una mujer. Y que no poseería a ninguna puesto que no podía tener a la que quería.

—¿Todavía la quieres?

—No lo sé. No la he vuelto a ver.

—¿Pero todavía piensas en ella?

—No, en este instante pienso en ti, Terry, solo en ti.

Terry le acarició con ternura mejilla, con la mirada de pronto llena de tristeza.

—Me alegro. Estarás en mi corazón, Ewen, el tiempo que yo viva.

Se acercó a su rostro y posó sus labios sobre los de él.

Ewen la hizo rodar de nuevo bajo su cuerpo y la besó. Una y otra vez. Insaciablemente. Hasta el fin de la noche.

***

Terry despertó con la luz del alba. Se estremeció, se tapó hasta arriba con las pieles pesadas que la cubrían y se acercó más al cuerpo de Ewen, todavía ebria de sus caricias.

Habían hecho el amor toda la noche.

Se sentía deliciosamente relajada, con el cuerpo dolorido de haber sido tan amada pero increíblemente bien. Ewen había sido un amante maravilloso: atento, dulce e igualmente ardiente. Había disfrutado cada instante. Había cumplido y le había dado un placer inmenso. Lo que había vivido en sus brazos sobrepasaba toda su imaginación. Era a él a quien había escogido para iniciarse en el amor y no se arrepentía. No pensaba, antes de vivirlo, que hacer el amor con un hombre a quien ella había escogido pudiera ser tan maravilloso. Habían descubierto juntos el amor y ella se sentía inmensamente orgullosa.

Ewen había sido suyo, solo suyo, durante toda una noche… Una noche que quedaría grabada para siempre en su memoria. Pero dentro de unas horas tendrían que separarse para siempre. Así era la vida, con sus alegrías y sus penas.

Al sentir a Ewen moverse a su lado y suspirar, levantó la vista y se encontró con los ojos de él. Él puso un dedo en su barbilla, levantó su rostro hacia él y conquistó sus labios. Era tan dulce… No pensaba que un hombre como él, un guerrero, fuese capaz de unos gestos tan tiernos. Pero Ewen no era un hombre como los demás. Había podido darse cuenta en distintas ocasiones.

Se había sentido cerca de él durante la noche, la había hecho sonreír al reconocer que nunca había poseído a otra mujer antes que a ella, que sus hermanos le habían enseñado cómo dar placer y no dejarlas embarazadas. Por eso, se había retirado de ella cada vez que iba a correrse, con un control total sobre su cuerpo. El escocés era un hombre bueno y generoso, y le había dado un placer tan intenso que ya tenía ganas de volver a hacerlo…

—¿Has conseguido dormir un poco? —preguntó él con voz grave.

Esa voz le hacía vibrar. Su corazón se aceleró.

—Ojalá nunca tuviera que dejarte. Me encantaría quedarme así toda la vida —respondió ella, intentando no ser la primera en llorar por su inevitable separación.

—A mí también me encantaría, Terry, pero no tenemos elección.

—Lo sé.

—No nos hemos prometido nada.

Esas palabras le dolieron. Evidentemente que no se habían prometido nada. ¿Cómo podría haber sido de otra forma? No era eso lo que ella quería decir. No le reprochaba nada, era ella quien había ido hasta él. Solo que… Pensaba que a él le daría la misma pena que a ella su separación inminente, pero, como podía ver, la noche no había sido tan importante para él como lo había sido para ella.

Iba a empezar una nueva carrera —algo de que habían comentado por encima en una de las treguas en las que el deseo los dejaba por unos minutos, para luego volver con más fuerza—Sin embargo, ella… redescubriría la dureza de su existencia, que había elegido olvidar en brazos de su carcelero por una noche.

Esa noche había olvidado quiénes eran y lo que los separaba, para dejar que Ewen la amara y amarlo ella a su vez, para dejar que sus cuerpos y sus deseos hablaran por sí solos.

Por primera vez en su vida había pensado en ella misma, solo en ella y no en su venganza. No se arrepentía de nada, aparte de tener que dejarlo. Cuanto más se acercaba la fecha, más se daba cuenta de lo difícil que eso sería. No habría esperado nunca sentirse tan unida al capitán. No creía que no pertenecerle nunca más le pudiera doler hasta lo más profundo de sus entrañas. Se sintió vulnerable… La había hecho tan feliz que todavía se sentía sorprendida y alterada.

Sin embargo, lo culpaba por haberla tratado con tanto desinterés. Quizá era necesario, para que la separación fuera menos dura, pero había sido como una puñalada en pleno corazón. Había sido tan feliz…

La decepción era terrible.

Terry saltó de la cama, cogió la camisa que estaba en el suelo y se la puso. Ewen la alcanzó antes de que llegara a la puerta y la estrechó entre sus brazos.

—No te vayas así. Perdóname.

No había nada que perdonar. Era su destino.

Sentir su cuerpo desnudo contra ella hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Tenía la garganta demasiado cerrada como para pronunciar alguna palabra. Así que se tragó la angustia porque no quería que él la viera.

Ewen la agarró de los hombros, la hizo girarse hacia él y puso sus manos alrededor de su rostro.

—Nunca te olvidaré, Terry. He vivido en tus brazos la noche más maravillosa de toda mi existencia.

—Deseo que seas feliz en tu nueva vida —respondió ella con viveza, antes de besarle furtivamente los labios y desaparecer.

Y sobre todo, antes de romper a llorar.

¡No se creía tan débil! Y, de nuevo, se detestaba por ello. Detestaba sentirse tan desnuda ante ese hombre. Detestaba reconocer que lo necesitaba, que todavía lo deseaba con todo su corazón y su alma. ¡Pero solo podía culparse a sí misma! Había escogido pertenecerle, aun sabiendo que no era buena idea. Ahora tenía que asumir las consecuencias.

¡Sola!

Como lo había estado toda su vida…

Ewen no la retuvo y ella sufrió con su indiferencia, pero sin duda era lo mejor que podían hacer. ¿Por qué retenerla y alargar su calvario cuando se tendrían que separar y no volver a verse jamás? O tal vez para verse en el campo de batalla… La perspectiva, de repente, la horrorizó, al igual que la idea de que fuera herido, o peor… No había imaginado, hasta ese mismo instante, que sería tan difícil alejarse de él. Ni que ella se preocuparía tanto por él y por lo que pudiera sucederle cuando, al principio, solo soñaba con matarlo. Por aquel entonces, quería hacerle pagar el hecho de que fuera escocés.

¡Qué ironía!

Ahora la idea de separarse la desesperaba. Desafortunadamente, tenía que ser así. Tenía que recuperar el sentido.

Se vistió lentamente para darse tiempo para recobrar la calma, pero su corazón se aceleró cuando escuchó a Ewen salir de su habitación. Se detuvo ante la suya. Esperaba que llamara a su puerta para despedirse, sin hombres a su alrededor, pero entonces él continuó su camino y escuchó sus pasos desaparecer por la escalera. Se sintió tan decepcionada y triste que unas lágrimas, que cazó con el reverso de la mano, invadieron sus ojos.

No comprendía lo que le sucedía: nunca se había sentido así, pero tenía que luchar. Tenía que mostrarse fuerte, su padre contaba con ella. No le fallaría… No se dejaría llevar más… Apretó los puños y salió de su habitación sin mirar atrás.

Cuando salió de la torre, vio a Ewen a varios metros de ella, en plena discusión con el hombre con el que había visto hablar antes de que partieran para Edimburgo. Puso fin a la conversación y se acercó a ella.

—¿Quiere comer algo?

—No, gracias, no tengo hambre.

Buscó su mirada, pero él se apartó.

—Como quiera… ¡Espabilad! —gritó, en dirección a seis de los guardias, quienes se apresuraron a guardar unas cajas en un carro—. ¡Venga!

¿Era necesario que se comportara de esa forma?

No sabía qué podía esperar tras haber pasado la noche con él, pero prefería no enfrentarse a esa indiferencia que la desquiciaba. Se vio sumida en una ira intensa y tuvo ganas de gritarle, pero no quería montar un espectáculo, por lo que se tragó sus palabras y lo siguió hasta su yegua, a la que habían sacado de las cuadras. La ayudó a subir a la silla mientras el evitaba la mirada. La expresión indescifrable de su rostro acabó con sus ganas de tocarlo. Tenía razón. ¿Para qué aferrarse a un sentimiento que estaba destinado a perecer?

Luego se alejó con paso firme mientras ella se entregaba a un terrible pesar Apartó la mirada, llena de lágrimas una vez más, hizo avanzar a su yegua y ocupó el lugar que le señaló con la mano: delante de él.

Y entonces, ordenó la apertura de las puertas.

Los dos caballeros que iban delante de ella iniciaron el paso de sus monturas. Ella hizo lo mismo y los siguió. El ruido de las ruedas del carro se oyó por detrás. Sin duda, tras haberla acompañado a la frontera, Ewen iría directo a su nuevo hogar. Ese carro contenía sus efectos personales… Había visto darle un abrazo a su compañero. Se habían dado golpecitos en la espalda y se habían prometido volver a verse pronto… Así que Edgerston ya tenía nuevo capitán.

Mientras cabalgaban en dirección a la frontera, se forzó a pensar en su futuro y en la vuelta a sus tierras, A partir de ahora, estaría con su padre. Pero fue incapaz, puesto que los arrebatos la noche anterior con el capitán no dejaban de invadir su mente.

Pensó en cuando se conocieron, en sus enfrentamientos, en su estancia en Edimburgo, donde la había hecho pasar por su futura esposa con el fin de salvarla de las garras del rey. Eso podría haber sido terrible para ambos, pero, por suerte, el monarca no había intentado retenerlos. Le era indiferente que Ewen quisiera casarse con ella. A menos que no hubiera visto en esa alianza anglo-escocesa la forma de instaurar la paz en la frontera.

Se imaginó a Ewen como su marido y ese pensamiento no la disgustó, sino que la hizo feliz. Cuanto más se acercaban a la frontera, más le dolía el corazón, hasta casi impedirle respirar. De nuevo, apartó esos sentimientos de su mente y se forzó a parecer digna y fuerte, aunque estuviera sufriendo más que nunca. Se dio cuenta con horror de que en la noche anterior no solo le había entregado a Ewen su cuerpo, sino más que eso. Sin embargo, ya que a él parecía no importarle… Bueno, a ella tampoco le iba a importar.

¿Qué otra cosa podía hacer?

No le iba a suplicar que la mantuviera cerca de él.

Él empezaba una nueva vida y sin duda buscaría una mujer —una escocesa, seguramente— con la que tener descendencia. Eso era lo que todo hombre deseaba. Con esa idea, su corazón se llenó de un malestar vertiginoso y sintió tal angustia que casi se cayó del caballo. Recuperó la compostura y, afortunadamente, se dio cuenta de que habían llegado al muro de Adriano, que delimitaba los dos reinos.

El calvario había llegado a su fin. O quizá acababa de comenzar…

Ewen ordenó a la tropa que se detuviera.

—Muy bien, mi señora. ¡Ya está en su hogar!

Terry sintió que la llama de su corazón se apagaba. Habría deseado que el capitán le diera un último beso, pero comprendía, ante su mirada dura y su postura rígida, que las circunstancias no les permitían ese gesto de ternura. La iba a abandonar allí, sin escolta. Había creído que la llevaría hasta su hogar. Pero había sido una ilusa. No se arriesgaría de tal forma, y con razón, dado que podría hacer que lo apresara el enemigo.

Y ella no lo soportaría. No soportaría que le sucediera nada por su culpa, así que se las apañaría sin él.

Ella le respondió con un gesto de conformidad, pese a que las palabras quemaban en su garganta. Habría querido decirle tantas cosas… Pero fue incapaz; le dolía demasiado. Lo miró intensamente, y le mostró sin pudor su agradecimiento y la angustia de tener que separarse. Creyó ver una pequeña llama en la mirada de Ewen, una llama idéntica a la suya, pero fue tan fugaz que pensó que lo había soñado. Parpadeó varias veces, puso los pies en la tierra y se forzó a parecer impasible.

Era Terry Carlisle, no lloraría ante ese hombre; aunque se hubiera apoderado de su corazón.

—Gracias, capitán, por haberse tomado el tiempo de acompañarme. Espero… Espero que tenga una vida feliz. Se lo merece.

Era muy difícil. Habría suplicado con gusto para poder pasar con él una hora más, un día o una semana. No quería apartarse de su lado. Pero cuanto más retrasara el momento, más duro sería.

¡Vamos, maldita sea!

Tuvo la sensación, de nuevo fugaz, de que él sufría tanto como ella, pero sin duda se equivocaba. Había sido tan duro con ella, tan implacable, tan indiferente… No podía sentir lo mismo que ella, era imposible. Sin duda, se equivocaba.

—Usted también, Terry —susurró él, y no se contuvo a la hora de pronunciar su nombre ante sus hombres.

Entonces lo supo: ese deseo entre ellos no había muerto. Su actitud se debía a su intención de protegerlos. Quería que la separación fuera menos dura. Su corazón se calmó, aunque seguía sufriendo enormemente. Lo vio mirar a lo lejos y ella hizo lo mismo.

—Su escolta.

—¿Los ha avisado?

—¡Claro! Desde que volvimos. No iba a dejar que volviera sola.

Estaba tan feliz por volver a ver a su padre que eso aligeró la pena en su corazón.

—Váyase, capitán, es lo mejor.

Se devoraron con la mirada. Terry lo vio apretar los dientes mientras observaba con atención la pequeña tropa que constituía su escolta, como si calculara su peligrosidad.

—Ewen, se lo suplico, váyase. No me pasará nada.

—¿Está segura?

Miró a los caballeros para intentar distinguir la silueta de su padre, pero le pareció que era Jeremy el que iba a la cabeza.

—Sí, váyase, por favor. Son muy pocos comparado con ellos.

«Ellos» … Pero estaba hablando de los suyos…

—No me iré hasta que no esté seguro de que no le pasará nada.

Así que… ¿Arriesgaría su vida por ella?

—No está obligado a hacerlo, capitán.

Ewen apretó la mandíbula, pero no respondió.

Los jinetes subieron la pendiente. No se había equivocado, Jeremy cabalgaba a la cabeza. Percibió a lo lejos ese brillo de odio en su mirada que ella detestaba por encima de todo, y avanzó en su dirección para alejarlo del capitán y esperarlo.

Los dos hombres se enfrentaron desde la distancia. Ella dirigió su atención a Ewen, que observaba a Jeremy.

—¡Cuídela, Carlisle! —acabó diciendo el escocés tras varios segundos de silencio en los que los hombres se juzgaron.

Jeremy estalló en una carcajada.

—¿Es una amenaza?

—Quizá —dijo el capitán con frialdad.

—Será mejor que se vaya —gruñó Jeremy a su vez—. Si me entero de que le ha faltado al respeto de alguna manera, lo encontraré y le arrancaré la piel.

Escupió al suelo para reforzar sus palabras.

Ewen siguió mirándolo. Se inició un combate entre los dos, en el que sus miradas eran las armas. Terry no supo qué fue lo que su primo vio en la actitud del escocés, pero acabó cediendo.

—¡Buena elección! —soltó Ewen—. Adiós, mi señora.

Con esas palabras, y tras haberle dirigido una última mirada que se le clavó en el corazón, hostigó a su montura y partió al galope sin girarse, seguido de sus hombres.

Ella lo miró hasta que su silueta desapareció. Luego partió en dirección opuesta, con su primo tras ella, a quien le dio la orden de avanzar. Quería estar sola. Le dirigió una extraña mirada, pero, por suerte, obedeció, y le dejó solo dos hombres como escolta.

Al haber recorrido el camino tantas veces, se lo conocía de memoria. Reconocía cada piedra, cada rodera, cada giro, cada árbol, y sabía cuánto faltaba para ver su hogar, pero nunca lo había contemplado con los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas que dejó escapar para que no la ahogaran.

Se abrazó al cuello de su yegua y se tumbó sobre ella para encontrar un poco de confort en el calor del animal. Y dejó que la pena saliera. No pudo aguantarlo más, susurró su nombre entre sollozos. A cada paso de la montura que lo alejaba de él, tenía la sensación de que una herida enorme se abría en su pecho.

Tras varios minutos, se incorporó y se secó las mejillas, un poco más tranquila, aunque con la íntima convicción de que seguiría sufriendo.

Indefinidamente.

No sabía cómo callar este sufrimiento y, a decir verdad, no buscaba hacerlo. Quería sufrir. Para recordar. Quería pensar en el bello capitán hasta su último aliento. Se dio cuenta de que pensaba y pensaría en él tan ferozmente como lo había odiado al principio.

Finalmente, llegó a ver su hogar, un vasto castillo sobre el que ondeaba el estandarte de su familia, y solo tuvo un deseo, abrazar a su padre y tranquilizarlo, puesto que era evidente que se habría preocupado por ella. Luego se encerraría en su habitación y lloraría para agotar todo su dolor. Estaba convencida de que después estaría mejor y podría retomar el curso de su existencia.

Cruzó las monumentales puertas abiertas de la fortaleza, saltó de su yegua y lanzó las riendas al mozo que le había dado la bienvenida. Sin perder ni un segundo, subió los escalones que llevaban al interior y se sorprendió al notar que unas manos la aferraban por los brazos. Se quejó y ordenó que la soltaran, pero los hombres la agarraron con firmeza. Comprendió a quién debía ese trato cuando vio a Jeremy acercarse a ella con una sonrisa diabólica en los labios.

—¡Quiero ver a mi padre! —gritó ella.

Hizo un movimiento con la cabeza a sus hombres, que la empujaron hacia el suelo y la forzaron a arrodillarse. Su primo tomó su rostro con las manos y apretó con tal fuerza que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Así te quiero ver, furcia!

—¡No te permito que me trates así! —bramó ella con actitud desafiante—. ¿No sabes con quién hablas? ¡Mi padre hará que te azoten!

Sin previo aviso, la golpeó con la mano. La violencia del golpe le rompió el labio.

—He visto cómo te miraba ese perro escocés —continuó él—. ¡Estoy seguro de que has fornicado con él! ¡Dilo!

Le agarró de nuevo el rostro.

—¡Dilo, perra! —le gritó a la cara.

Unas enormes lágrimas cayeron por sus mejillas, pero no pensaba suplicar. Podría hacer lo que quisiera, torturarla, pero nunca reconocería lo que había hecho con Ewen, aunque se muriera de ganas de escupírselo, puesto que podría usarlo para atacarlo.

El escocés valía mucho más que él.

Le devolvió una mirada de odio, decidida a mantenerse firme, algo que comprendió. Él la conocía, conocía su carácter y, cuando eran pequeños, ella siempre acababa por encima de él. Le faltaba inteligencia, pero era astuto y malévolo. Cruel también. Maltrataba a las mujeres y algunas lo acusaban de haberlas forzado para acostarse con ellas, algo que su padre siempre había procurado ignorar. Nunca había comprendido por qué lo protegía así, y era una fuente de discordia entre ellos. Lo había acogido tras la muerte de sus padres, que habían fallecido en un incendio cuando era un niño, y lo había criado como a un hijo. Como al hijo que nunca había tenido. Tal vez se preocupaba más por él que por ella, algo que hacía sufrir a Terry, puesto que, hiciera lo que hiciese, nunca se sentiría a la altura de las expectativas de su padre. Siempre había tenido la sensación de que lo decepcionaba y de que ya no esperaba nada de ella.

Tuvo miedo de que su padre hubiera pensado en castigarla y que fuera el origen del comportamiento de su primo, que parecía imperturbable. ¿Y su padre lo había convertido en su mano derecha? ¿Le habría dado órdenes y responsabilidades? ¿Acaso Jeremy había conseguido el puesto que ella deseaba? Pero era ella quien tenía el derecho, ¡únicamente ella, como heredera de su padre!

Ella se incorporó, ignoró la pregunta y respondió con otra:

—¿Dónde está mi padre?

—¡Está descansando!

Un grito de alarma sonó en su mente.

—¿Cómo que está descansando? ¿Está enfermo?

—Podría decirse que sí.

—¿Qué le has hecho? ¡Exijo verlo de inmediato!

Jeremy rio.

—Lo verás, si obedeces.

—¡Eso jamás!

—¡Entonces, morirá!

¡¿Cómo?!

Terry gritó:

—¡No puedes hacer eso! ¡Te colgarán!

—No si muere por causas naturales.

—No harás nada o sufrirás la misma suerte —aseguró ella.

—Eso ya lo veremos. Pero ¿para qué esperar? ¡Levantadla!

Sus hombres obedecieron las órdenes.

—Haremos una pequeña visita a tu padre y le pedirás muy amablemente que firme los documentos que he hecho preparar en su nombre para legalizar nuestra unión, así como el traspaso de toda su fortuna.

Terry se frotó los brazos, allí donde los hombres la habían sujetado.

—¿Y si me niego?

—Lo mataré y tú serás la responsable de su muerte. ¿Y bien, qué decides?

La joven se sentía lista para el combate.

—Llévame hasta mi padre y aceptaré todo lo que me pidas.

No sabía cómo lo haría, pero conseguiría acabar con los planes de ese traidor. Lo importante era hacerle creer que había ganado la partida, para poder ver a su padre. Luego ya vería qué haría.

Cuando su primo la hizo entrar en la celda donde tenía prisionero a su padre, su corazón se detuvo. Corrió hasta él, tomó su rostro entre las manos y lo llamó:

—Padre… Padre, respóndame. Soy yo, Terry…

Le acarició el pelo y la mejilla, pero no reaccionó; parecía no escucharla. Con los ojos llenos de lágrimas, giró la cabeza hacia su primo.

—¿Acaso no ves en qué estado se encuentra?

—¿Qué quieres? Es viejo. No le queda mucho.

Había algo más, estaba segura. Su padre estaba en excelente estado de salud cuando ella se había ido. ¿Qué le había pasado? Estaba muy delgado, sucio y lleno de bichos.

—Padre, por favor, respóndame…

Le pareció que sus párpados se movían y que intentaba hablar. Un ligero suspiro escapó de sus labios. Ella se acercó a su oreja.

—Voy… Voy a morir… —escuchó.

—No, padre. No lo permitiré —susurró de la misma forma.

—Dame… Espada…

Se sobresaltó al sentir la mano de su primo en su hombro.

—¡Apártate! ¿Qué te ha dicho?

Su corazón latió a más velocidad. Terry se quitó la mano de Jeremy de encima y se puso de pie. La agarró por los hombros y la sacudió.

—¡Responde! ¿Qué te ha dicho?

Ella lo miró con todo el odio que podía transmitirle.

—¡Nada!

—¡Mientes!

—No miento. ¿Por qué iba a mentir? Has amenazado con matarlo si no hago lo que me pides.

Sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas. Sabía por qué su padre quería una espada. Quería sacrificarse para que cesara el chantaje de ese traidor. Comprendió que estaba decidido a dejarse morir. Terry tenía que ganar tiempo… Si tan solo pudiera escribirle a Ewen para pedirle ayuda… Estaba segura de que acudiría a su auxilio. Pero ya debía de estar lejos. Tenía que arreglárselas sola.

—¡Exijo que lo liberes!

—¡Después!

—¿Después de qué?

—¡De nuestro matrimonio!

—Si no lo liberas, tendremos un serio problema, porque no me casaré contigo —se rebeló ella.

—¡Eso ya lo veremos! Cuando el hambre te mantenga despierta, me suplicarás que cese tu calvario.

La empujó y cayó al suelo. Pero qué más daba. Ese condenado al fin se alejaba de su padre y había ganado algo de tiempo, aunque ignoraba cuánto. ¿Cómo podía su vida haberse sumido en un caos tan repentino? Desde que había dejado el fuerte, tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. No tuvo la fuerza para levantarse, así que se arrastró hasta donde se encontraba su padre. Viendo que había caído de nuevo en un profundo sueño, lo rodeó con los brazos, hundió su cabeza en su cuello y dejó caer unas lágrimas que le pedían perdón.

Todo era su culpa.

Si no se hubiera dejado capturar por el escocés, no estaría allí. Era evidente que Jeremy lo habría hecho un día u otro, pero habría podido defender a su padre e impedir que su primo lo tratara de esa forma. Tendría que colgarlo por traidor, por encerrarlos en esa celda. Su padre era inteligente; no se habría dejado engañar. A menos que Jeremy la hubiera usado para atraerlo hacia la trampa.

Se preguntó entonces dónde estaba su gente. ¿Dónde estaba su sirvienta, Amelia, que la ayudaba por las noches? Le había parecido que el castillo estaba desierto… ¿A dónde habían ido todos? ¿Por qué no habían protegido a su padre? ¿Temían por sus vidas? ¡Probablemente! Jeremy era el mismísimo diablo.

No tenía ninguna forma de saber lo que había pasado, por qué ni cómo su padre había llegado a esa celda ni desde cuándo se encontraba allí. Lo que sabía era que los ingleses podían ser igual de crueles y dementes que los escoceses. O incluso peor.

Lloró por uno de ellos, por el único hombre al que había amado… Porque sí, el amor por el bello capitán había despertado en ella. Acababa de comprenderlo, no podía engañarse más. Y lloraría por él hasta su muerte.

8

Al sentir en la mano unos toquecitos y luego un dolor agudo, Terry abrió los ojos y se encontró con dos ojos pequeños y redondos que la observaban. Soltó un grito, envió lejos a la rata que había probado su piel y se frotó el lugar donde la había mordido.

¡Bestia asquerosa!

Su padre debía de estar lleno de mordeduras puesto que no se podía defender de ellas. Ese lugar era para volverse loco. ¡Incluso las celdas escocesas estaban más limpias! Mientras pensaba en otro lugar, en otro fuerte, se levantó. Se había tumbado en el suelo y había dormido todo el día. Luego, se acercó a su padre. Le acarició la frente. Estaba ardiendo, algo que ya había notado la noche anterior.

¿Cómo podía Jeremy hacerle algo así cuando su padre lo había acogido y educado? Eran su familia. ¡No se traicionaba a los suyos! Por desgracia, algunos hombres no se detenían ante nada con tal de acceder a la riqueza y al poder. Y Jeremy quería ambas cosas. Siempre lo había creído envidioso y manipulador. Cuando estaba ebrio, gritaba a los cuatro vientos que se casaría con ella para que el oro de los Carlisle se quedara en la familia, pero nunca habría pensado que lo haría de esa forma.

¡Era una vergüenza!

Se preguntó de nuevo por qué nadie había reaccionado. ¿Dónde estaban los fieles trabajadores de su padre? El mayordomo, los guardias… Todos aquellos a los que había alimentado y protegido… Jeremy debía de haberse librado de ellos para tener la fiesta en paz.

Al escuchar a su padre jadear, Terry se asustó y lo sacudió.

—Padre… ¿Me oye? ¡Padre, despierte! Estoy aquí, soy Terry. Padre, por favor, háble me, necesito escuchar su voz…

Esperó unos largos minutos con la mirada fija en su rostro, que veía bajo la luz débil del final del día y que pronto no vería, cuando las sombras reinaran en la celda. Reprimió el miedo de saber que pronto estaría en la oscuridad, a merced de su pesadilla, que la había dejado tranquila cuando se había alojado en la habitación del fuerte de Edgerston, cerca de la de Ewen. Saber que estaba cerca de ella había sido suficiente para tranquilizarla. Pensaba tanto en él que el resto de ideas y ocurrencias huían de su mente.

Continuó dirigiéndose a su padre, aunque no obtuviera ninguna respuesta. Oyó su aliento volverse cada vez más ronco, más tenso y, de repente, se apagó. Esperó la siguiente respiración, pero no hubo ninguna. Horrorizada, puso la oreja sobre su corazón y un sollozo se escapó de su boca cuando no escuchó ningún latido. Su padre había muerto y ella no lo había podido salvar, no había podido hablarle una última vez para disculparse de nuevo y despedirse.

Sus manos empezaron a temblar, luego todo su cuerpo y, sin que pudiera evitarlo, empezó a sacudirlo gritando como una posesa. Gritó para que alguien viniera a ayudarlos, pero fue en vano, porque nadie vino. Acabó calmándose tras varios minutos, todavía entre sollozos, y se tumbó al lado su padre, a quien estrechó entre sus brazos. Luego, cerró los ojos.

Jeremy lo había matado.

Se prometió que un día sería ella quien lo matase a él. No sabía cuándo ni cómo, pero lo mataría y lo vería morir. A partir de ese momento, su venganza se dirigiría hacia él. Una venganza que la ayudaría a seguir con vida, como había sido el caso cuando había perdido a su madre.

***

—Están pasando cosas raras en el hogar de los Carlisle —dijo Duncan mientras le servía a Ewen una generosa porción de potaje, su primera comida del día.

Ewen hundió la cuchara en el plato y removió el caldo. El apellido de Terry no lo dejaba indiferente. Hacía tres días que se preparaba para una invasión inglesa mientras tomaba posesión de su nuevo hogar y su nueva vida.

—¿Qué quieres decir?

Nadie sabía lo que había vivido con la joven inglesa, pero a veces tenía la sensación de que Duncan sospechaba algo, ya que, muy a su pesar, a veces su mirada se perdía en la lejanía. No dejaba de pensar en ella, pero se tranquilizaba diciéndose que todo iría bien para ella. Estaba en su hogar, con su familia, ¿qué podía pasarle? Entonces recordó la expresión lasciva del rostro de su primo, pero apartó esos pensamientos de su mente. No era su problema; tenía que ocuparse de otros muchos. No tenía tiempo de nada más.

Desde que había llegado a Burnmouth, había ido a saludar a Adam Hepburn, que se negaba a rendirse a la vida y había pasado dos horas cada mañana enseñándole las responsabilidades de su puesto. No sería suficiente, pero tendría que apañárselas con eso. También había conocido al resto de los empleados —ya que contaba con una decena de sirvientes—, así como al mayordomo, Walter Eliott, en quien había depositado toda su confianza y a quien le había pedido que siguiera como lo había hecho hasta el momento. El servicio era el menor de sus problemas. Lo único que pedía era que tuviera algo que comer cada día, que las bodegas estuvieran llenas y que estuviera todo limpio. Duncan, su ayudante de campo, que le había pedido al rey acompañarlo, había llegado el día anterior y continuaría ocupándose de su persona y respondiendo al menor de sus deseos.

—¿Gobernador?

Perdido en sus pensamientos, Ewen no había escuchado las explicaciones del hombre.

—Perdona, Duncan. ¿Decías…?

—Han visto a gente colgada en el hogar de los Carlisle. Decenas. Y…

Duncan tuvo que detener su intervención cuando un hombre, a quien Ewen reconoció como uno de sus antiguos guardias del fuerte y a quien había dado indicaciones expresas de vigilar el hogar de los Carlisle y de mantenerle informado, entró en el comedor y se inclinó ante él.

—Perdóneme, gobernador. He venido lo antes posible. Acabo de saber que James Carlisle ha muerto.

Ewen se esforzó por mantener la calma. Ya no le concernía, pero esa noticia lo inquietó.

—¿Y su hija?

—Ha pasado tres días con su padre muerto en una celda.

Observó al mensajero con atención.

—¿Cómo es eso posible? ¿Quién te ha dado esa información?

—Los sirvientes hablan, gobernador, y es evidente que Jeremy Carlisle, que se ha proclamado nuevo jefe de la familia, tiene el respeto de pocos. Ese malnacido es un canalla al que muchos

detestan. Parece que hizo colgar a todos los antiguos sirvientes y a los guardias de su tío para rodearse solo de sus propios hombres.

Lo que le acababa de contar Duncan encajaba perfectamente. Se esforzó para mantener un semblante imperturbable.

—¿Qué más?

—Parece tener la idea de casarse con su prima con tal de meter la mano en la fortuna de los Carlisle.

¡Por el amor de Dios!

Esta vez no pudo hacer como si la situación no le importara. No podía tolerar que ese hombre tocara a Terry. Lo repugnaba terriblemente. Había pasado horas reviviendo su separación y pensando en ella. No había podido olvidarla. No conseguía olvidar los momentos de intensa pasión que había vivido en sus brazos. Soñaba con sus arrebatos cada noche y la echaba de menos. Nunca habría imaginado que hubiera conseguido calarle hasta los huesos, hasta apartar definitivamente el recuerdo de Katel. Se consolaba pensando que no le pertenecería nunca a ningún otro hombre, puesto que había decidido no casarse jamás.

Igual que él.

Iban a vivir los dos solos, sin ataduras, y seguramente infelices por estar lejos el uno del otro, pero era así. Juntos no tenían futuro, pero la cosa había cambiado. Terry no podía casarse con ese malnacido. Tenía que impedir ese matrimonio.

—Duncan, prepara mi caballo. Salgo en una hora hacia el dominio de los Carlisle. También necesitaré una veintena de hombres.

—Pero, gobernador…

—¡Haz lo que te digo!

Había tomado su decisión y nada lo haría cambiar de idea, incluso aunque tuvieran que cruzar la frontera con una tropa de soldados sin tener autorización. Aunque sus instintos hubieran cegado todo uso de razón para salvar a una mujer a la que apenas conocía. Estaba dispuesto a ponerse en peligro por esa mujer, así como a asumir las consecuencias. Esperaba, sin embargo, no ser responsable de algún conflicto que escapara a su alcance. Él tenía siempre buenas intenciones, pero debía arriesgarse. Así que rezó para que todo saliera bien y su entrada en territorio inglés pasara desapercibida.

9

Desde lo alto de su montura, Ewen contempló el hogar de los Carlisle, que resultó ser tan opulento como una fortaleza. Por suerte, las puertas estaban abiertas para dejar pasar carros llenos de comida. Era evidente que la abundancia se debía a los preparativos del matrimonio que se iba a celebrar. Respiró con cierta tranquilidad… La ceremonia todavía no había tenido lugar: aún estaba a tiempo.

Tras meditarlo unos instantes, había tomado la decisión de aventurarse él solo hacia las tierras inglesas, con el fin de no levantar sospechas. Sus guardias esperarían en la frontera, escondidos en el bosque. No sabía cómo lo haría, pero encontraría la solución cuando estuviera en la fortaleza.

Había pensado en vestirse con pantalones y botas cálidas. Una larga capa de doble forro —que pertenecía a Adam— disimulaba el *claymore* que colgaba a su lado. Era un peso reconfortante. Así vestido, parecía todo un señor, propietario de un terreno inglés. Así, con un poco de suerte, no levantaría sospechas. Se arriesgaba mucho, pero estaba dispuesto a ello con tal de salvar a Terry. Sin embargo… Encontrarla no sería sencillo, más bien como buscar una aguja en un pajar.

¿Dónde la podía haber encerrado el malnacido de Jeremy Carlisle?

Era inconcebible que ella hubiera aceptado casarse con él; lo detestaba. Quizá tanto como lo había detestado antes a él… Como parecía detestar a todos los hombres. Aun así, le había pedido a *él* que la amara…

No sabía en qué estado la encontraría, pero poco importaba, la salvaría y le devolvería su libertad. Solo tenía que entrar en esa fortaleza…

Hostigó a la montura y subió la cuesta que llevaba al edificio, situado, como muchos otros, en lo alto de una colina por motivos de defensa. Saltó de su caballo para no hacerse notar y se mezcló con los paisanos que entraban con los brazos cargados de cestas. Otros agarraban por el cuello a un par de aves, que se resistían en un canturreo agónico.

Con el rostro disimulado por la capa, Ewen miraba a ambos lados para contar a los guardias. Aparte de los que estaban en el camino de ronda, no había ninguno en el patio. Era evidente que Jeremy había bajado la guardia al creer que era un momento de regocijo, no de preparación para la guerra. Después de todo, ¿cómo habría podido imaginar que el gobernador de la frontera escocesa en persona se disponía a llevarse a su prometida? Pero eso era lo que iba a suceder: iba a llegar hasta donde se encontrase Terry e iba a llevarla con él si ella aceptaba seguirlo.

Ató a su montura a un trozo de madera destinado a esos efectos, junto al pie de las escaleras de la entrada del castillo y entró en el edificio sin que nadie se lo impidiera. Inspeccionó su alrededor. El vestíbulo estaba sucio, el suelo daba asco y el hedor era repugnante. Jeremy se había convertido en el propietario del lugar, y había conseguido destrozarlo. Ewen apartó su capa y preguntó a la primera sirvienta. Estaba sucia como un animal abandonado, acorde al resto de la morada.

—Tengo que ver al señor del lugar, de parte del rey. —Le dedicó una sonrisa enorme, pues

conocía el efecto que provocaba en las mujeres—. ¿Puede llevarme hasta él, por favor?

La mujer respondió con una sonrisa y un parpadeo coqueto.

—No está aquí.

—¿Tardará mucho en volver? Tengo que darle algo importante.

—Todo el día, en principio… Ha partido al pueblo para comprar su traje de boda.

Bien… Así no le pisaría los talones, aunque tampoco le habría importado matarlo.

—Entonces, ¿puedo ver a la prometida? Debo transmitirle la enhorabuena.

La sirvienta se tensó y le dirigió una mirada sombría.

—Está recluida en su habitación.

—¿Recluida? ¿Por qué?

—Su futuro marido lo ha decidido así. Ella no es muy dócil, no sé si entiende lo que quiero decir.

¡Lo entendía perfectamente!

Comprendía también que esa mujer ocuparía un lugar en la cama de Jeremy, o tal vez ya lo había hecho. Se preguntó si podría utilizarla y decidió jugar su papel hasta el final. Sacó una moneda de oro del bolsillo delantero de su chaleco.

—¿Cree que esto podría hacerle cambiar de opinión?

Los ojos de la joven brillaron con avaricia.

—¿Qué quiere?

—Dígame dónde se encuentra. Le daré otra moneda de oro y me encargaré yo mismo de deshacerme de esa mujer.

Se arriesgaba, pero algo le decía que iba por buen camino.

—¿Dos monedas de oro?

—¡Como lo oye! Con tal botín, podría comprarse vestidos nuevos, quizá incluso un poco de encaje. El jefe del lugar caería en sus brazos. Yo, en su lugar, es lo que haría. Además, usted es particularmente hermosa, si me lo permite, señorita…

Le guiñó el ojo y ella se sonrojó.

—¡De acuerdo!

Le tendió la mano y le dejó en ella una de las monedas.

—Le daré la otra, y puede que una tercera, si no me hace ninguna pregunta y lleva mi caballo a la poterna, fuera de la muralla. Está abajo, en las escaleras.

Se acercó, agarró los brazos de la joven y siseó entre dientes:

—Sin embargo, si me delata y da la alerta, la mataré. ¿He sido claro?

Ella hizo una pequeña reverencia.

—Sí, señor, haré lo que me ordena.

—Espéreme fuera con mi montura y tendrá su botín.

Ella parpadeó.

—Está en el piso superior, última puerta a la izquierda…

Ewen se dirigió hacia las escaleras y bufó al ver la barra de hierro que atravesaba la puerta en la que Terry estaba recluida. La rompió, lleno de rabia y la abrió de un golpe, para luego entrar en la estancia, que estaba sumergida en la penumbra. Sus ojos tardaron unos segundos en habituarse, y fue entonces cuando la vio.

***

Al oír cómo abrían la puerta, Terry clavó un poco más la hoja en el interior de su muñeca. La sangre empezó a caer.

—Terry, no hagas eso…

Esa voz…

Levantó la cabeza, sorprendida, abrió la mano y dejó caer el arma con la que había decidido cortarse las venas.

—Ewen…

Le habría gustado correr hacia él y abrazarlo con todas sus fuerzas, pero fue incapaz. Estaba demasiado débil. Solo pudo mirarlo, sorprendida por su aparición. ¿Era su mente, que le estaba jugando una mala pasada? Todo se mezclaba en su cabeza desde hacía días, pero solo una cosa ocupaba todos sus pensamientos: su padre había muerto.

Jeremy la había dejado sola durante días. Luego, esa misma mañana, había acudido para sacarla de ahí. Su corazón se rompió de dolor cuando se lo había llevado. Le había prometido darle una sepultura decente pero, con ese malnacido, ¿cómo saber si era verdad? La había llevado hasta esa estancia y la había encerrado. Solo pensaba liberarla para la boda y había amenazado con privarla de toda libertad si no se mostraba más dócil. Ella había decidido acabar con su vida, antes que casarse con ese cerdo sin corazón. Lo había perdido todo, no había nada que pudiera retenerla en este mundo.

Pero él estaba allí… Ewen…

Se arrodilló ante ella, agarró sus manos temblorosas y las apretó entre las suyas con dulzura. Una dulzura que no era acorde con unos ojos poseídos por la furia y una mandíbula tensa.

—¿Te ha hecho daño?

Ella sacudió la cabeza.

No, Jeremy no la había tocado. Al menos, no de la forma a la que él se refería. Le había pegado una paliza y estaba herida, pero no la había forzado a *hacerlo* con él.

—Mi padre está muerto, Ewen —consiguió decir, con una lágrima cayendo por su mejilla.

Ewen la secó con el pulgar.

—Lo sé. Me he enterado no hace mucho. Lo siento, Terry, pero ya hablaremos más tarde. Ahora debemos darnos prisa. ¿Puedes caminar?

—No lo sé, no he comido nada desde hace días.

—Te llevaré…

Ella agarró la mano.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa, en Burnmouth.

—¿Por qué?

Le acarició el rostro, apartó el pelo de su cara y buscó su mirada.

—Porque he venido a salvarte.

Sus palabras calmaron su corazón herido, pero él tenía que saber en qué se estaba aventurando.

—No quiero que mi primo te haga daño, como se lo ha hecho a mi padre. No lo soportaría. Preferiría la muerte antes que verte sufrir por mi culpa.

—No me pasará nada, te lo prometo.

Ella puso una mano sobre su mejilla.

—No hagas promesas, capitán. No sabes qué puede pasar mañana.

Le tomó la mano y le besó los dedos casi con devoción.

—Cierto, pero ¿acaso importa?

—Creo que voy a acabar acostumbrándome a que me salves —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—¿Aceptas venir conmigo, entonces?

—Sí, Ewen, acepto.

Le dirigió una sonrisa maravillosa.

—Entonces, ven. Te voy a llevar.

Le puso el puñal en la bota, la ayudó a levantarse y la levantó con sus brazos. Ella pasó los suyos alrededor de su cuello y acurrucó su cabeza contra él. Se entregó completamente a él. *Su salvador…* Poco le importaba adónde la llevara, a su hogar o a cualquier otro sitio; confiaba plenamente en él. Y lo importante era que la llevara lejos, muy lejos del monstruo que era su primo.

Ewen miró la escalera y, al verla libre, descendió.

—Tu primo estará fuera durante todo el día —susurró él—. Me lo ha dicho una sirvienta que nos espera fuera. ¿Dónde está la poterna?

—Tenemos que pasar por las cocinas. Déjame en el suelo, creo que puedo andar…

En realidad, la presencia de Ewen le daba alas. Todavía no se lo creía; estaba allí, había venido a salvarla. Tenía la sensación de estar soñando. Pero incluso en sus sueños más locos no podría haber imaginado que pudiera ser suyo. Porque si había venido a salvarla, era porque quería estar con ella, ¿no?

—Tranquila, no pesas mucho. ¿Por dónde es?

Le indicó la dirección. Ewen se dirigió hacia el pasillo, pero se congeló al oír un ruido.

—Por aquí, métete en la bodega.

Empujó la puerta que le indicó y entró. Cerró con discreción. El corazón de Terry latía desbocado, igual que el de Ewen, que notaba en sus dedos. Dejó que apoyara los pies en el suelo y la sostuvo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

La miró intensamente. Tan intensamente que creyó que iba a besarla, y la decepción la invadió cuando se dirigió hacia una ventana que daba al exterior.

—Esa mujer nos espera… Ven, pasaremos por aquí.

Se dirigió hacia él, un poco tambaleante pero decidida a hacer lo que esperaba de ella. La ayudó a colarse por la oquedad de la pared. Se agarró al borde y se dejó caer. Por suerte, no se hizo daño. Se levantó y observó a Ewen hacer lo mismo sin dificultad.

En cuanto llegó al suelo, la tomó de la mano. Rodearon la fosa llena de agua estancada y cruzaron el patio. Ewen miró en todas direcciones para asegurarse que la vía estaba libre. Pasaron la poterna y se acercaron a la sirvienta. A Terry no le gustó la mirada que puso sobre ella. Tenía la sensación de que la detestaba, aunque no la conociera. Su corazón se tensó ante la idea de abandonarlo todo y dejar su dominio en manos de su primo, sus esbirros y esas… personas que ella creía malévolas. Pero allí ya no había nada para ella. Su futuro estaba con Ewen.

—¡Tenga! —oyó que decía a la empleada mientras le tendía dos monedas de oro—. No lo olvide, si da la alerta, la encontraré y la mataré.

Su aire amenazante debió de aterrorizarla, puesto que dio media vuelta y huyó.

—Dos monedas de oro. ¡Menuda fortuna!

Ewen subió a su montura y le tendió a Terry la mano para que se subiera delante de él.

—Tres, en realidad —respondió mientras agarraba las riendas—. Pero habría dado todo lo que poseo para liberarte, Terry —añadió en su oreja. Su aliento acarició su cuello y la hizo estremecer.

Ella se contentó con sonreír, puesto que había hecho galopar a su montura, lo que impidió que pudiera decirle lo que tanto ansiaba. Huyeron por detrás y Terry esperó en todo momento oír los caballos de quienes iban en su búsqueda. Había sido demasiado fácil… Jeremy los atraparía, capturarían a Ewen y le harían sufrir una muerte terrible. Durante el trayecto, no dejó de darle vueltas a la cabeza e imaginarse Dios sabía qué. Sin duda era culpa de la fatiga, una fatiga que la ahogaba y exigía un esfuerzo colosal para mantenerse en la silla, aunque tuviera los robustos brazos de Ewen a su alrededor.

No respiró con tranquilidad hasta que dejaron atrás las tierras de los Carlisle y se unieron a la tropa de Ewen. Entonces tomaron el camino hacia Burnmouth y, dado que al fin se sintió segura, Terry se durmió contra el cuerpo del escocés. Ese valeroso capitán con un enorme corazón la había salvado una vez más. Había cambiado su vida para siempre.

10

Cuando Terry abrió los ojos, descansaba en una gran cama. Estaba sola, y un fuego magnífico crepitaba en la chimenea. Tenía calor y se sentía maravillosamente bien, pero también muerta de hambre. En todo caso, estaba en mejor situación que los días anteriores. Los últimos despertares habían sido de una crueldad espantosa. Había amanecido un día tras otro al lado el cuerpo sin vida de su padre, y luego su primo la había sacado a la fuerza de la celda para llevarla hasta otra celda, que no era otra que su propia habitación, convertida en prisión.

Nunca podría perdonarle todo el mal que les había causado a su padre y a ella, y esperaba que se quedara allí, pero dudaba que ese fuera el caso. Según ella, no tardaría en vengarse de Ewen y con tan solo pensarlo, se le encogió el corazón en el pecho.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría salir de ese embrollo? ¿Y cómo protegería a Ewen de las represalias de su primo?

Legalmente seguía siendo la heredera de su padre, y haría todo lo que estuviera en su poder para sacar a ese traidor de su dominio. Se prometió escribirle al rey Henry para obtener ayuda e intentar recuperar sus tierras, aunque ya no tenía tan claro si quería vivir en ellas. Además, ignoraba lo que Ewen tenía previsto para ambos.

¿Qué pretendía acogiéndola en su hogar?

Ya lo vería cuando llegara el momento…

Por el momento, se preguntaba dónde podía estar. Tenía que darle las gracias… Observó su alrededor. La estancia era bonita; el mobiliario, acogedor. Las pesadas cortinas aislaban la piedra de las paredes y unas ricas alfombras cubrían el suelo. Ese lugar emanaba una paz y una serenidad que la invadió. No podía olvidar la muerte de su padre y la oscuridad de los últimos días, pero en un lugar así, cerca del bello capitán, estaba segura de que lo conseguiría. En cualquier caso, iba a hacer lo que pudiera… Siempre que él quisiera mantenerla a su lado. Pero como él no le había dicho nada de lo que pensaba cuando la había salvado, lo ignoraba. Sin embargo, de una cosa estaba segura: estaba decidida a no pensar más que en el futuro, y tenía la esperanza de que al fin sería feliz.

Una sonrisa escapó de sus labios cuando vio una bandeja con comida en una mesa redonda, colocada cerca de su cama. Ewen había pensado en todo, a menos que hubiera sido cosa de alguna sirvienta.

Se incorporó y, cuando vio que llevaba puesto un camisón, se preguntó si habría sido Ewen quien la había desvestido y se sonrojó. Quería estar entre sus brazos y sentir sus labios sobre los suyos. Aunque no la hubiera besado en pleno rescate, estaba segura de que lo había pensado, al igual que ella. Cuando la había abrazado y le había susurrado en la oreja que lo habría dado todo para liberarla, había sentido su emoción. El deseo de ambos de pertenecerse seguía bien presente.

Colocó la bandeja sobre sus rodillas y devoró lo que contenía: unos huevos, una rebanada de pan con un trozo de carne y algunos frutos secos. Cuando terminó, apartó las pesadas mantas y se levantó para colocarse ante la ventana. Apartó la cortina de pie que evitaba que entrara el frío. Lo que descubrió la dejó sin aliento. Estaba situada en algún lugar alto, seguramente en una

torre, y ante ella se encontraba la infinidad del mar.

¡El mar!

Lo ignoraba todo de él, puesto que no lo había visto nunca.

El contraste entre el azul oscuro del mar y el claro del cielo era alucinante. A su derecha podía ver tierra recubierta de hierba, y soñó con pasear por allí. A sus pies se extendía un relieve accidentado, unas pendientes abruptas, algunas casuchas, unas rocas y una pequeña playa en la que había un muelle de madera. Allí, habían atado varias embarcaciones. El mar parecía agitado, el viento era fuerte y hacía un frío de mil demonios, pero era un lugar precioso y se rindió enseguida al encanto del lugar.

Se giró al oír que llamaban a la puerta. Dio permiso para entrar y, pese a que esperaba ver a una mujer que le dijera que se ocuparía de ella, fue Ewen quien entró en la estancia. Se había puesto su *kilt*. Su camisa ligeramente abierta, así como las mangas arrugadas sobre sus codos, mostraban su hermosa piel. Se había peinado hacia atrás sus preciosos rizos castaños, que le caían hasta los hombros y se había recortado la barba. Nunca lo había visto tan guapo ni tan… misterioso.

Sintió que su corazón se aceleraba al notar que la miraba con un hambre voraz.

Cuando lo vio avanzar hacia ella a grandes pasos, no se resistió a lo que sentía por él y corrió para lanzarse a sus brazos. La recibió y luego, cuando vio que levantaba el rostro hacia él con los ojos llenos de lágrimas, puso sus manos a ambos lados de su rostro y se apresuró a besarlo.

Se encontró, con asombro, con la impaciencia de su boca y gimió cuando él la acercó más contra sus caderas. Sintió el deseo que se erguía entre ellos. Se puso de puntillas y se apretujó más contra él para responder con más avidez. Su respiración se rindió al caos cuando sintió que la mano de Ewen envolvía su seno a través del camisón. Sus besos se volvieron más apasionados, más despiadados.

Soltó de repente sus labios y le quitó el camisón. Se encontró completamente desnuda ante él, totalmente entregada a su mirada, que se había ensombrecido por el deseo. Él se agachó, introdujo su pezón entre los labios y lo lamió, lo que la hizo arquearse de deseo. Se sintió cerca del desmayo cuando acarició su feminidad, que ya lo esperaba, húmeda.

Su boca abandonó su seno, al que había sometido a una tortura divina, y, con una mano en su nuca y la otra acariciando sus carnes íntimas, la atrajo de nuevo hacia él para unir sus bocas, lo que la volvió loca por completo. No importaba nada más que él, él y el placer de pertenecerle que la llamaba constantemente.

Agarrada con todas sus fuerzas a sus hombros para atraerlo más hacia ella, Terry respondió a la pasión de su amante, al que recibió con felicidad tras pensar que lo había perdido para siempre. Se sintió empapada de deseo; quería más. Lo quería a él. Lo quería *todo* con él. En ese momento Ewen se apartó.

—Te deseo, Terry… —susurró con una voz ronca que la hizo estremecerse de nuevo.

—Yo también, ahora lo sé. Soy toda tuya, Ewen —indicó ella, mientras desataba los lazos de su camisa, que él se quitó al momento.

Luego se libró de las botas, del *kilt* y puso las manos en sus nalgas para levantarla y luego sentarse en la cama con ella encima. Allí, sin perder ni un segundo, penetró en su feminidad con su miembro, deliciosamente erecto y, mientras le acariciaba la espalda, la hizo ir y venir. La apretaba contra sus caderas con pasión, y buscaba hundirse más y más en ella a cada golpe de cadera.

Era apasionado, magnífico, poderoso… La llevó al paraíso y, cuando pensaba que iba a salir

de su cuerpo para esparcir su semilla, la tumbó sobre la cama y la tomó con más pasión todavía, con tanta intensidad que la hizo gritar.

Ya habían hecho el amor de forma brutal la primera noche que pasaron juntos, pero esa vez era todavía más fuerte; se poseían y se entregaban al otro con un instinto animal y cegador. Ewen se entregó a su boca entre jadeos, mientras seguía haciéndole el amor con fogosidad. Se apartó de sus labios, dio un nuevo golpe de cadera y gimió en su oreja, mientras dejaba caer todo su peso en ella:

—¡Cásate conmigo!

Acompañó sus palabras con un nuevo golpe de cadera que la hizo estremecerse y jadear.

—Por favor, Terry, acepta convertirte en mi mujer…

En un primer momento le pareció que había oído mal, pero una vez que la idea se materializó en su mente, su corazón se aceleró de felicidad y gritó un inmenso «¡sí!», al compás del camino al que le conducía el placer. Solo entonces Ewen estiró todo su cuerpo y liberó su deseo en ella. El placer compartido los dejó agotados y sin aliento.

Unos minutos más tarde, tumbados uno al lado del otro, se miraron a los ojos y se sonrieron.

—¿De verdad quieres que me convierta en tu mujer? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

Tenía miedo de que le hubiera hecho esa propuesta porque disfrutaba haciéndole el amor y no porque realmente lo deseara.

—Sí, Terry, es lo que deseo.

La atrajo hacia él y se acurrucó en el calor de su amante.

—Pero me habías dicho que no te casarías jamás…

Le besó la frente.

—También me prometí que no me acercaría a ninguna mujer. Luego entraste en mi vida y cambié de opinión.

La abrazó con más fuerza.

—Tú tampoco querías casarte, si no recuerdo mal, y me has dicho que sí.

—Es verdad... He cambiado de opinión… Por tu culpa.

—¡Gracias a mí, querrás decir!

No pudo evitar reírse.

—Sí, gracias a ti.

Se sentía feliz. Ewen había despertado algo bonito en ella. Le gustaba la mujer que era cuando estaba con él y amaba pertenecerle. Más que nada en el mundo.

—Enviaré una misiva a mi rey para informarle que me caso contigo.

Ella sonrió y recordó la noche en el palacio de Holyrood, cuando Ewen le había dicho al sirviente del rey que le pertenecía para que la dejara en paz.

—¿Aunque ya esté al corriente?

Le besó la punta de la nariz.

—¡Sí, porque esta vez es verdad!

—¿Cuándo nos casaremos?

—¡Mañana!

—¿Tan rápido? —se sorprendió ella.

—Es necesario, Terry. No soporto la idea de saber que estás desprotegida. Tu padre está muerto, necesitas a un hombre.

Tenía razón, si Jeremy conseguía llegar a ella antes del matrimonio, estaría perdida.

—No hagas eso por mí, Ewen…

No soportaría que él sacrificara su libertad por su deber. No quería que un día se lo pudiera reprochar. No quería un matrimonio fingido, sino uno real.

—No es el caso. Quiero casarme contigo. De verdad.

Le habría gustado oírle decir que la quería para tranquilizarla, pero sin duda jamás sería capaz, puesto que la única mujer a la que había querido le había roto el corazón.

—¿No te entristecerá no tener a tu familia cerca? No me gustaría que los echaras de menos.

—Cuando pase el peligro, iremos a las *Highlands* y te presentaré a mi familia.

Y entonces la vería a *ella*. Terry se negó a pensarlo. Cada día era suficiente dolor. Se incorporó y observó al escocés. De repente, parecía estar muy lejos de allí. ¿Estaría pensando en ella, en la otra mujer? Seguramente, pero sabía cómo hacerlo volver hacia ella.

—Quiero más —murmuró Terry mientras le ofrecía sus labios.

Giró la cabeza hacia ella. La hizo rodar bajo él y, tras unos largos minutos de besos, hicieron de nuevo el amor.

Ewen le hizo prometer entonces que no saldría de la fortaleza bajo ningún pretexto. Podría pasear por las murallas, por el patio, visitar el hogar, pero no salir del recinto. De igual forma, un guardia seguiría sus pasos. Ella se quejó, y comentó en broma que parecía que todavía era su prisionera. La besó con pasión, con una mirada tan feroz que no quiso quejarse ni una vez más. Sabía que era por su propio bien.

Le prometió que se encontrarían para cenar, que tomarían algo en el comedor a las siete en punto. Para ello, le envió una mujer, para que la ayudara a prepararse y luego la dejó para volver a sus tareas.

No se sorprendió cuando llegó a su habitación la mujer en cuestión, relativamente joven, con un conjunto de vestidos bajo el brazo y seguida de otras criadas más maduras, quienes llevaban una tina recubierta con un trapo que llenaron con agua caliente. Al sumergirse en el agua con delicadeza, Terry pensó que podría habituarse con facilidad a ese estilo de vida.

—¿Hablas inglés? —preguntó ella a la criada joven, que le estaba frotando la espalda.

—Sí, mi señora. El antiguo gobernador me enseñó cuando era pequeña. Decía que me podía servir al estar tan cerca de Inglaterra.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, feliz de poder intercambiar algunas palabras en su lengua natal.

—Lorna, mi señora, Lorna Eliott, soy la hija del mayordomo.

—Perfecto.

¿Por qué perfecto?

No lo sabía. Quizá era simplemente porque en ese instante así era como se sentía. Se llevó las manos al vientre. Ewen había se había corrido dos veces dentro de ella, ¿habrían concebido ya un bebé? No… Sin duda necesitarían repetirlo más veces… No sabía nada del tema y, como le sucedía a menudo, se entristeció al no tener a su madre a su lado para que le explicara cómo funcionaba el cuerpo de una mujer y qué debía hacer para quedarse embarazada. Sin duda, la naturaleza se encargaría de todo, pero se prometió preguntarle a su futuro marido si él quería tener hijos. Sin duda los querría, puesto que se había liberado dentro de ella, después de haberse prometido. Ahora iba a convertirse en su esposa.

Su esposa…

Le resultaba extraño pensar en esa palabra. Al día siguiente, se convertiría en Terry MacLeod. Y estaba increíblemente orgullosa y feliz.

Dejó que Lorna se ocupara de ella, que la lavara y la enrollara en un trapo seco. Le secó todo el cuerpo y la ayudó a ponerse el vestido que había escogido y que le quedaba perfecto. Era un vestido precioso, de un azul pálido y de un tejido pesado y cálido. Ella, que tenía la costumbre de regentarlo todo en su vida, se sorprendió al ver que apreciaba que pudiera delegar en Ewen para ciertas decisiones. Eso le permitiría vaciar su mente y recuperar un poco de vigor tras la terrible sucesión de hechos que acababa de vivir. Sin duda él era consciente de ello, y por eso, la había ayudado a tomar ciertas decisiones. Pero, a partir de esa noche, le preguntaría qué podía hacer ella para ayudarlo. Para demostrar su valía en el mundo de los hombres hasta que llegaran los bebés, frutos de su unión.

Lorna la invitó a sentarse frente a una mesa pequeña, sobre la que colocó un kit de peluquería y también un espejo de plata que había sacado de una cesta. De nuevo, Ewen había pensado en todo.

—¿Llevas mucho tiempo en Burnmouth, Lorna?

—Desde siempre, mi señora. Nací aquí. Empecé de una forma muy natural en el servicio del antiguo gobernador, el señor Adam Hepburn, un puesto ahora ocupará su futuro marido.

—Oh, ¿está al corriente?

—Sí, mi señora.

—Supongo que también sabe que soy inglesa, ¿no?

—Sí, mi señora.

Terry buscó la mirada de Lorna a través del espejo, pero no la encontró. Se abstuvo a preguntarle qué pensaba de los ingleses. No era el momento y, a decir verdad, le daba igual mientras no se lo reprochara abiertamente. Pero viendo lo cuidadosa que era con su peinado, parecía concienzuda y procuraba hacer bien su trabajo. Era mejor para ambas que se llevaran bien.

—¿Antes te ocupabas de la mujer del antiguo gobernador?

—El señor Hepburn nunca se casó.

—¿Y tú, estás casada?

—No, mi señora. Iba a casarme, pero mi prometido fue asesinado.

—Oh, lo siento muchísimo, Lorna.

—Fue hace tiempo…

Terry vio que el tema era doloroso, así que no insistió. Rezó para que los ingleses no hubieran sido los responsables de su muerte o Lorna podría odiarla como consecuencia. Le preguntaría a Ewen. Quizá él estuviese al tanto de los que se habían encargado de arrebatarle la vida.

Se quedaron en silencio hasta que Terry estuvo lista. Se acercó y se miró en el espejo de plata pulida. Lorna le había hecho una trenza fina a cada lado, las había atado detrás de su cabeza, para luego unirlas al resto de la melena con un lazo del mismo color que el vestido. Tenía la costumbre de llevar el pelo suelto y no preocuparse demasiado por él, pero tenía que reconocer que estaba muy bonita.

—Gracias, Lorna. Has hecho un gran trabajo.

—De nada, mi señora. A su servicio. ¿Cómo quiere que la peine mañana para su boda?

—Como desees; lo dejo en tus manos.

—Muy bien.

Terry deslizó las manos por su vestido.

—Esta prenda, ¿sabes a quién pertenecía?

—A una de las amantes del señor Hepburn. Espero que no le importe. El gobernador

MacLeod me ha pedido que encontrara vestidos, así que he hecho lo que he podido. ¿Cuál querrá llevar mañana?

—Ya lo veremos más tarde. Si te parece bien, me gustaría visitar el hogar. ¿Todavía dispones de tiempo para mí?

Lorna asintió y pasaron la hora siguiente deambulando por las estancias de la residencia del gobernador de la frontera escocesa, un verdadero castillo rodeado de un foso e impenetrable, como le precisó Lorna, algo que la tranquilizó. Si su primo venía a buscarla, se daría de bruces con él. El castillo estaba tan fortificado como el baluarte de Edgerston. Además, un verdadero ejército guardaba el camino de ronda.

—Burnmouth cuenta con un buen centenar de guardias —precisó Lorna al verla mirar los muros altos de la muralla.

A Terry le pareció que el hogar era agradable, igual que su habitación, que tenía un mobiliario acogedor y unas cortinas y alfombras lo suficientemente grandes como para aislar todos los rincones. Además, escuchaba el sonido del mar; pero lejos de molestarla, calmaba sus tensiones.

En el comedor, Terry descubrió una mesa inmensa rodeada de bancos y de pinturas en las paredes. Eran rostros de hombres con sus nombres marcados debajo. Todos eran Hepburn. La mayoría eran horribles… Buscó un retrato de Ewen, pero no lo encontró.

—El señor Hepburn no tuvo descendencia, por eso el rey nombró a su prometido como sucesor —le explicó Lorna después de que Terry se lo hubiera preguntado—. El título es hereditario. Irá a su primer hijo, mi señora.

Oh. Su primer hijo…

Todo aquello le parecía increíble.

—Y aquí se encuentra el despacho privado del gobernador —le reveló Lorna mientras le señalaba la puerta cerrada—. Estamos en la torre principal.

Habían caminado tanto que a Terry le costó situarse. Aun así, había visto que las cocinas estaban al otro lado de la gran sala, que la torre en la que se encontraba comprendía el despacho privado y, en los pisos superiores, las habitaciones. La suya estaba en la otra torre, en lo más alto. Al otro extremo.

—¿Dónde se encuentra la habitación del gobernador?

—El señor Hepburn está justo encima del despacho. En cuanto a los aposentos del señor MacLeod, están arriba del todo.

Diametralmente opuestos a los suyos. ¿Por qué la había instalado tan lejos de él? De nuevo, otra cosa que le preguntaría.

—¿El señor Hepburn se encuentra aquí? —quiso saber, sorprendida.

—Sí, mi señora. Espera la muerte…

—Oh. No lo sabía.

—¿El señor MacLeod no se lo ha contado?

—No, pero sin duda lo hará esta noche durante la cena. Gracias, Lorna, ya no te necesito, puedes volver a tus tareas. Visitaré a mi futuro marido.

—No sé si es muy buena idea, mi señora, está muy…

—Gracias, Lorna —repitió ella, interrumpiéndola.

Lorna no insistió. Hizo una reverencia y se alejó.

Terry llamó a la puerta del despacho privado de Ewen y entró sin esperar respuesta. La sala en la que entró era de un buen tamaño, relativamente luminosa, puesto que las tres grandes ventanas daban a una explanada exterior, con el mar a lo lejos. El ambiente era agradable y acogedor. Un

fuego crepitaba en la chimenea. Además de la mesa de trabajo en la que se encontraba Ewen, el despacho disponía de un pequeño salón, compuesto por un banco, unos sillones grandes y una mesa baja. Al contemplar el mobiliario suntuoso comprendió que el puesto de gobernador era un cargo realmente importante y que el sueldo debía de ser consecuente.

Sintió la mirada de Ewen sobre ella mientras descubría el lugar. Ella pasó los dedos por la mesa de trabajo, como acariciándola, y se acercó a él.

—¿A qué debo el placer de tan agradable visita? —preguntó él cuando se acercó.

Había tenido miedo de molestarlo, pero vio en su sonrisa que no pasaba nada.

—Solo quería saber qué podía hacer para ser útil, *gobernador*.

Insistió en esa última palabra. Que los sirvientes lo llamaran «gobernador» o «señor» la había sorprendido y divertido. La sonrisa de Ewen se hizo más grande y le brillaron los ojos. La agarró por la cintura y la atrajo hacia la mesa, a su lado, tras haber retrocedido ligeramente.

—Necesitaba una distracción. Llega en el momento indicado, *mi señora*.

Comprendió que esa formalidad, al igual que la que ella le había dirigido, formaría parte de sus juegos eróticos. Mientras le dirigía un gesto de cordialidad, le dirigió una mirada que le provocó escalofríos por todo el cuerpo. Luego levantó su vestido y escondió el rostro entre sus muslos. Ella bendijo el vestido que hacía tan accesible esa parte tan sensible de su cuerpo, parte que Ewen parecía apreciar especialmente, puesto que se deleitaba en ella cada vez que hacían el amor.

¡Y ella lo adoraba!

Su amante metía y sacaba la lengua en su intimidad, y, cuando la sintió cerca del éxtasis, se levantó, la besó con pasión, levantó su *kilt* e introdujo su miembro en ella mientras la agarraba con un brazo por detrás de la espalda. Acto seguido, fue jugando con su sexo y la penetró más y más en cada golpe de cadera. Le hizo el amor sin reparos, fuerte, salvaje; no le dio ni un respiro hasta que ambos se unieron en un clímax final.

Intentaron recuperar el aliento durante unos largos segundos, antes de que el miembro de Ewen saliera del cuerpo de Terry. Ella se bajó el vestido mientras su futuro marido se recolocaba el *kilt*.

—¿Tienes tiempo para pasear? —le preguntó ella para esconder su angustia de pensar en que podría traer un niño mundo sin que realmente lo hubieran hablado. Se sentía ansiosa porque quizá no se alegrara cuando sucediera—. Me gustaría que me hablaras un poco más de lo que me espera —continuó—, y mi función como mujer del gobernador. Ya sabes que me gusta estar ocupada y ser útil.

—Lo sé, no lo he olvidado. Y sí, tengo tiempo para ti. Con mucho placer.

Ella se agarró a sus hombros, coqueta.

—El placer es mío. Gracias por este descanso tan merecido y apasionado.

Le tomó la mano, la ayudó a bajar de la mesa y la estrechó contra su torso. Una sonrisa salió de sus labios. Parecía feliz. Al menos, tanto como ella; y esperaba que fuera en parte gracias a ella. Hundió su nariz en su cuello, como si quisiera inhalar su aroma.

—Gracias a ti por ser tan encantadora e irresistible. Puedes interrumpirme siempre que quieras.

Finalmente, ese matrimonio de conveniencia les traería algo de felicidad. Al menos, eso esperaba ella.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Ewen.

Echó un vistazo a su futuro marido. Era evidente que le encantaba ese sitio.

—¡Mucho! Me encanta. Creo que estaremos bien aquí.

—Yo también lo creo.

Sintió que le crecía un nudo en la garganta. Rezó para que nada los separara jamás y por tener la fortuna de estar siempre a su lado.

***

Ewen aprovechó el momento de la cena para presentar oficialmente a Terry, que estaba sentada a su lado. Anunció así a sus sirvientes que, como futura esposa legítima, tenían que hacer todo lo posible para tratarla con respeto y amabilidad.

Tenía prisa por oficializar el compromiso.

No estaba tranquilo. Constantemente tenía la sensación de que el peligro los rodeaba. Además, no conocía a su gente. Le parecía que lo apreciaban, pero Adam Hepburn todavía estaba en ese mundo y tenía la sensación de que algunos lo veían como a un impostor que le había usurpado el puesto a su señor.

Afortunadamente, como antiguo capitán del fuerte de Edgerston, los guardias lo respetaban, aunque todavía no los había puesto a prueba. Le habían asegurado lealtad cuando les había contado la situación para advertirles de un posible ataque inglés y para pedirles que tuvieran los ojos bien abiertos. Doblarían la vigilancia. No les había escondido nada y los que habían participado en la incursión para liberar a Terry de las garras de Jeremy Carlisle parecían haberse encariñado con ella. Algo bueno, puesto que así estarían dispuestos a dar sus vidas por ella.

Cabe decir que ella era un rayo de sol. Además de muy bella, era buena y entrañable, y cuando la miraba, su corazón desbordaba de orgullo. Además, siempre mostraba una actitud agradable y parecía decidida a que los otros la aceptaran.

Cuando salieron los sirvientes, bebió un trago de cerveza antes de hundir la cuchara en su sopa y perderse en sus pensamientos. En realidad, antes de volver a ver a Terry en su hogar, no había pensado en casarse con ella, solo en salvarla. La había poseído, cierto, numerosas veces esa noche en el fuerte. Luego se había sentido extrañamente unido a ella, pero no hasta el punto de querer atar su vida a la suya de esa forma. Había actuado por un impulso, como le sucedía a menudo con ella. ¡No había previsto casarse con ella ni tener hijos! Nunca lo había querido. Esa mañana simplemente había ido hasta sus aposentos, lejos de los suyos, solo para verla lo estrictamente necesario, pero no había podido resistir el deseo de poseerla.

Y había sido tan agradable que le había pedido, en pleno acto, que se convirtiera en su mujer. Tras haberla saboreado, estaba loco por su cuerpo y no pensaba ser capaz de olvidarla. Estaba lejos de los sentimientos, pero el deseo y su complicidad ya eran más que suficiente, ¿no? Al fin y al cabo, ahora que había decidido tomarla como esposa, la idea de tener un heredero no lo angustiaba tanto, sobre todo cuando era el gobernador. Quizá ya lo habían concebido.

Observó a su futura mujer con disimulo. Tenía la mirada sombría.

—Y bien, ¿qué debo hacer? —preguntó ella tras tomar un poco más de sopa.

—Ya lo verás con el mayordomo. O con su hija. Acabo de llegar, Terry; no sé mucho más que tú.

Ella parpadeó varias veces y se levantó. Había recuperado su instinto rebelde y continuaría desafiándolo; lo veía en sus ojos.

—¿Por qué me has dado una habitación tan alejada de la tuya? ¿No tenías intención de pasar mucho tiempo conmigo, solo el estrictamente necesario?

Él se aclaró la garganta.

—Adam Hepburn se está muriendo. No quería que lo molestaras.

A decir verdad, no había tenido tiempo de hacerse esa pregunta. La había salvado, la había llevado a su hogar, pero no estaban casados, no podía acomodarla en su habitación o al lado de la suya. ¿Qué habría dicho el servicio? Tenía un estatus que defender, una reputación que mantener… ¿Acaso ella no podía comprenderlo en vez de buscarle las cosquillas? No era el momento, la sangre empezaba a hervirle peligrosamente.

—Que lo moleste… ¿Te preocupaba que gritara por los pasillos?

—¡No es eso! ¡No tergiverses mis palabras! —respondió él de forma más seca de lo que habría querido—. Todavía no nos hemos casado. Pensé que sería la mejor solución. Por él y por nosotros.

—¡Pues pensaste mal! —dijo ella, perdiendo los nervios—. A menos que eso sea únicamente porque soy inglesa, ¡extranjera!

—¡Sí, eso también!

Tenía que reconocerlo, eso también había sido determinante. Por su propia tranquilidad, pero también por la de ella, para que no atrajera la hostilidad del servicio. No podía predecir sus reacciones ante un extranjero.

—¿Tengo que entender entonces que antes de pedirme matrimonio no estabas seguro de quererlo? —continuó ella.

—¡Eso es! —reconoció él.

Tenía que ser honesto. Proponerle matrimonio no había sido premeditado. Había querido salvarla de las garras de Carlisle, protegerla durante un tiempo en su fortaleza. Luego la habría acompañado adonde ella hubiera elegido. Pero no había podido resistirse a esa mujer, a lo que despertaba en él, y la había poseído. ¡Eso tampoco había sido premeditado! Amaba tanto poseerla, hacer que se corriera y correrse en su cuerpo, que se había negado a dejarla partir. Y, pensándolo mejor, también era la mejor de las soluciones para ella. Se sorprendió al ver que ella no lo comprendía y se ofuscaba.

—¿Y ahora? —le interrogó ella con una furia rebosante en la mirada.

Suspiró.

—Te lo he dicho: este matrimonio no me molesta.

—No te *molesta*… —repitió ella.

Comprendió su decepción, pero no supo cómo expresar sus pensamientos sin hacerle todavía más daño. Y eso lo puso de mal humor. No tenía la costumbre de expresar sus sentimientos ante una mujer, ni tampoco de que nadie dirigiera su vida. Después de todo, quizá no estaba preparado para casarse. En especial porque su nuevo cargo requería de él toda vigilancia y atención.

Por Dios, ¿por qué se había metido en ese lío? ¡Y todo por esa mujer!

Vio que tenía lágrimas en los ojos y Ewen no comprendió por qué se ponía así. ¿Darle su apellido y protegerla no era suficiente? ¿Qué más quería? Definitivamente no comprendía a las mujeres y, sobre todo, tenía que reconocer que no confiaba en ellas y sin duda no lo haría jamás.

La miró con asombro cuando ella se levantó.

—Pensaba que… que… —balbuceó ella—. Te creía distinto a los demás hombres, pero, al final, eres como ellos. Le doy las buenas noches, gobernador.

Salió de la sala.

¡Maldita sea, qué carácter!

Todavía no estaban casados y ya estaban discutiendo.

Cuando empujó el pomo de la puerta de la habitación de su futura esposa una hora más tarde, constató con satisfacción que no la había cerrado con llave. Dada la forma en la que lo había dejado durante la cena, se había imaginado lo contrario.

No quería discutir con ella. Entró en la estancia y la descubrió ante la ventana. Había apartado la cortina y tenía la mirada perdida.

Se colocó a su lado y observó. Una lágrima caía por la mejilla de Terry. No tenía la costumbre de mostrar sus debilidades, algo que él había notado, y lo conmovió. Se arrepintió de haber sido duro con ella. No sabía cómo tratar a las mujeres, y había escondido su corazón tanto tiempo para acallar su dolor que había olvidado cómo ser atento.

La cogió de la mano.

Ella dirigió la mirada hacia sus manos, luego sus ojos subieron por su brazo hasta llegar a su rostro. Sus pupilas, inundadas de lágrimas, le recordaron la primera vez que la había encerrado en una celda, en el fuerte. Tenía la misma mirada de cervatilla asustada.

Se culpó por haberla entristecido, pero sin saber lo que ella esperaba de él y al no encontrar palabras para tranquilizarla, hizo la única cosa que era capaz de hacer: se acercó y la abrazó. Terry no opuso resistencia, pero tampoco hizo nada. Simplemente estaba allí. Parecía absorta en sus pensamientos y privada de vida. Ewen tuvo la sensación de haberla perdido.

¿Cómo podía ser?

¿Cómo podía comportarse así con él? ¡Y más después de lo que había hecho por ella! Había ido a buscarla a Inglaterra a pesar del peligro de iniciar una guerra. Le había dado asilo en su hogar, en pleno corazón de la frontera, en esa parte en la que la mayoría de los habitantes detestaban a los ingleses. Se había puesto en peligro por ella… ¡Y ahora esto! No comprendía nada. Y todavía menos lo toleraba. Sí, había tenido un desliz, pero ella también. ¿Y cómo debía comportarse si ella no expresaba lo que quería?

El resentimiento se apoderó de él, al igual que la cólera y la incomprensión y aisló el corazón para no sufrir. Ya había sufrido un martirio por culpa de una mujer; no quería volver a pasar por lo mismo.

Se dispuso a pedirle explicaciones a Terry por su comportamiento, pero entonces ella tomó una gran bocanada de aire y se separó de él.

—Mañana partiré hacia el convento de Santa Úrsula de Rochester. Me gustaría que me escoltaran algunos de sus hombres.

Había vuelto a tratarlo de usted. Y además quería dejarlo… Como Katel.

—¿Por qué? —preguntó él, con un nudo en la garganta.

—Porque no quiero ser una carga.

Procuró no mostrar sus emociones cuando gritó:

—¡No!

—¿Cómo que no? —se ofuscó ella.

Habría podido gritarle a la cara que no tenía ningún derecho a comportarse como una niña caprichosa con él, pero se contuvo. Que quisiera dejarlo lo ponía en tal estado de furia que tuvo miedo de gritar palabras aún más hirientes.

Además, no podía dejarla ir. No ahora que… No antes de estar seguro de una cosa.

—¿Y si llevas a mi hijo dentro? —indagó él, insistiendo en tutearla para disminuir la distancia que se había instalado entre ellos y que se había vuelto insoportable.

—Le avisaré.

Se tomó un momento para pensar y, con el corazón lleno de pesar, suspiró:

—Nos casaremos mañana, como acordamos. Si pasado un tiempo no estás encinta, y si es lo que todavía deseas, entonces te dejaré marchar.

Salió de la habitación con el corazón dolido al ver esfumarse las esperanzas de ser feliz al lado de una mujer.

11

Terry se echó a llorar. No era lo que ella quería. ¡Claro que no! No quería dejar a Ewen, quería todo lo contrario: vivir con él, formar una vida juntos, pero no de esa forma.

No en esas condiciones.

Quería más. Mucho más. ¡Quería su amor! Lo había empujado a las trincheras para que le reconociera su amor, pero se había equivocado. Constató que él no estaba tan enamorado de ella como ella de él.

En algún momento tendría que llorar la pena de que no la amaran. Al parecer, lo harían así: si no había bebé, se iría. Eso le rompería el corazón, pero no podía imponer su presencia a un hombre que realmente no la quería y que nunca lo haría. Porque todavía amaba a otra… Y porque no deseaba compartir su día a día con ella. Si no, ¿por qué la había instalado en la otra punta del castillo si no era para no verla más de lo estrictamente necesario? ¿No le había reconocido que no tenía intención de casarse? ¿Por qué la había salvado, entonces?

Por deber. Esa era la razón.

Y no porque tuviera sentimientos hacia ella. Le gustaba hacerle el amor, eso era todo.

Lo mejor era irse.

La idea le dolió tanto que se sofocó. No quería perderlo; ya había perdido mucho. Pero ¿acaso tenía elección? ¿La vida no podía ser un poco más clemente por una vez? ¿Tenía que perder a todos a los que quería? Por un momento había pensado que al fin podría ser feliz al lado de Ewen, pero una vez más, se había equivocado.

Se tumbó en el suelo y se acurrucó sobre sí misma con la mano en el vientre. Echaba tanto de menos a Ewen que le dolía todo el cuerpo. Lo echaba de menos *ahí*, dentro ella. Su cuerpo, su corazón, pero también su alma. Era tan feliz cuando hacían el amor que tenía la sensación de tocar el cielo. Él también disfrutaba, lo había visto en sus ojos… ¿Podía hacerlo sin tener ningún tipo de sentimiento? Sin duda así era; el cuerpo de un hombre tenía sus necesidades. Se acarició el vientre y dejó que sus lágrimas cayesen. Rezó con toda su alma para que, en el interior de su vientre, el hijo de Ewen ya estuviera creciendo.

***

Ewen nunca visitaba a Adam Hepburn después de la cena, pero esa noche quiso hacerlo. Como cada vez que iba a verlo, se sentó en un sillón cerca de su cama. Hepburn estaba tumbado, con un gorro que escondía su cabello despeinado. Las mantas le cubrían hasta la barbilla, tenía la respiración entrecortada y el rostro pálido.

Se estaba muriendo.

Ewen no sabía cuál era el motivo, pero era su fin. Sin embargo, parecía que aún le quedaban fuerzas para aferrarse a la vida y, cada mañana, le contaba una historia de la frontera con una voz débil. Y Ewen escuchaba. Aprendía mucho y tenía la sensación de que mientras se sintiera útil y tuviera algo que decirle, el viejo sobreviviría.

Esa noche, Ewen no le haría preguntas, solo deseaba no estar solo y pensar en su situación. Que Terry tuviera el deseo de dejarlo le dolía más de lo que había podido imaginar, y seguía sin saber por qué. Él se había esforzado en responder con honestidad a sus preguntas. Todas sus respuestas habían sido legítimas. Y no era débil por reconocer que la necesitaba. Ya no creía en el amor, pero la deseaba; y verla alejarse de él le era intolerable. Pero ¿qué podía hacer para disuadirla si ya había tomado una decisión?

De hecho, la suya era irrevocable: si no había bebé, la dejaría ir. Y, bueno, no habría posibilidad de hacérselo a partir de ese momento, porque había decidido no volver a tocarla jamás.

¡Para qué, si ella quería dejarlo!

Se vio absorto de nuevo en sus tormentos. Recordó su primer beso, cuando había decidido no volver a acercarse a ella. Había sido una verdadera tortura. Como ahora. Iba a dormir solo, y eso también era una tortura, puesto que quería dormir con ella y hacerle el amor. No tenía suficiente, nunca tendría suficiente. Sin embargo, de nuevo tendría que tragarse las ganas de poseerla.

¿Qué les pasa a las mujeres?¡Maldita sea!

Hepburn gimió y se movió. Ewen se acercó y agarró los dedos del hombre entre sus manos mientras escudriñaba su rostro, esperando escuchar su último aliento, pero este se calmó y abrió los ojos.

—MacLeod…

A Hepburn, descendiente de varias generaciones de gobernadores, no le gustaban particularmente los *highlanders*, pero Ewen estaba convencido de que a él lo apreciaba. En cualquier caso, había accedido a transmitirle sus conocimientos.

—Señor Hepburn…

—¿Qué… hace… aquí? —gruñó el anciano—. ¿No tiene… una esposa… a la que satisfacer?

Aunque estuviera en el crepúsculo de su existencia, Hepburn no había perdido nada de su causticidad, y el mal genio que había mostrado toda su vida, según los sirvientes que, sin embargo, lo adoraban, se traslucía a menudo en sus comentarios. Un ataque de tos, seguido de una respiración agónica hicieron creer a Ewen que iba a entregar su alma, pero no fue el caso.

—¿Dónde está? Me gustaría… conocerla.

—Mañana se la presentaré, señor Hepburn, antes de la boda.

—Hace bien… en casarse —añadió él con la voz entrecortada y el aliento cada vez más silbante.

—No lo sé, señor. Ya sabe que es inglesa.

Sí, era inglesa, era el enemigo, pero había entrado en su mente y le costaba imaginar su vida sin ella.

—Lo sé. —Hepburn suspiró—. Lorna me lo ha dicho.

—¿Qué piensa usted?

—Lo importante… es no acabar solo…

—¿Nunca encontró con quien casarse? —se atrevió a preguntar Ewen.

El viejo pareció sumergirse en sus recuerdos.

—Amé a una mujer…, pero fui demasiado estúpido…, o demasiado orgulloso…, para decirle que… la quería… y dejé que se fuera. No cometas el mismo error que yo…

Con esas palabras, Hepburn cerró los ojos y se sumió en un sueño profundo, antes de que Ewen tuviera la oportunidad de responder. Entonces Ewen se entregó a la oscuridad de sus pensamientos.

12

«Fui demasiado estúpido u orgulloso para decirle que la quería y dejé que se fuera. No cometas el mismo error que yo».

Las palabras de Adam Hepburn no habían salido de la mente de Ewen, por lo que había pasado una noche agitada. Las había repetido en bucle hasta que, a la mañana siguiente, de pie ante la pequeña capilla de la fortaleza de Burnmouth, se disponía a tomar a Terry Carlisle como esposa.

Estaba magnífica, como de costumbre, vestida con un vestido simple, azul y de cuello blanco. Le daba un aire virginal e iba peinada con unas trenzas adornadas con flores que mantenían su cabellera larga recogida detrás de la cabeza. Ese mismo peinado le había encantado cuando había entrado en su despacho el día anterior. El recuerdo de su frenesí carnal, con su prometida subida a la mesa, hizo que su cuerpo reaccionara.

¡Por Dios, cómo le había gustado besarla ahí para luego hacerle el amor apasionadamente!

Recordó su olor, su sabor, su piel, su humedad… Intentó recuperar el aliento y se aclaró la garganta.

¡Estoy delante de un cura, maldita sea!

Con sus iris clavados en los de Terry y sus manos unidas juró amarla, respetarla, serle fiel y honrarla hasta que la muerte los separara. Era un matrimonio de conveniencia, un matrimonio para ponerla a salvo de la concupiscencia de su primo y de otros hombres. Pero ahora que la tenía ante él, tan bella, tan luminosa, por nada del mundo renunciaría a casarse con ella. Tenía la sensación de que tenía que hacerlo.

Luego fue el turno de Terry para repetir el ritual.

Mudo por un deseo repentino e irreprimible, Ewen tomó su cuchillo, cortó su propia muñeca y, mirando a Terry con intensidad, cortó de igual forma la suya, lo que hizo que se sobresaltara. Sin embargo, no retiró la mano. Sus ojos se poseyeron ávidamente cuando puso su muñeca ensangrentada sobre la de la joven para luego cerrar los dedos alrededor de su brazo. Se estremeció al sentirlos sobre su piel. Había asistido a ese ritual de las *Highlands* tantas veces que era inconcebible para él casarse sin hacerlo. Agarró la tela blanca que tenía alrededor del cuello y se la tendió a Duncan, que rápidamente la ató sobre las muñecas de los novios.

Con la garganta seca, entonó en gaélico:

—Yo, Ewen MacLeod, por mi sangre, te reconozco a ti, Terry Carlisle, como legítima esposa. Que nuestras sangres se mezclen, que nuestras almas formen una sola y que nuestros corazones se unan en uno. Prometo ser tuyo, Terry, para toda la eternidad. Repite después de mí —añadió en inglés tras haberle explicado el ritual, así como el significado de sus palabras.

Vio que unas lágrimas brillaban en los ojos de Terry cuando repitió las palabras que habían unido a las parejas de las *Highlands* desde tiempos inmemoriales. Se las tradujo al inglés y su corazón se tensó cuando una lágrima cayó por la mejilla de la joven.

¿Por qué lloraba? ¿Porque sentía pena y decepción o por gratitud y alivio?

Lo ignoraba, pero su emoción palpable lo conmovió e hizo que su corazón latiera a más

velocidad. Cuando terminó, tomó sus hombros entre sus manos y la besó en los labios.

Se oyeron los aplausos de los guardias y del servicio que habían asistido y se acercaron para desearles un matrimonio feliz antes de volver a sus obligaciones. Ewen presentó el brazo a su esposa, sobre el que ella colocó la mano. De esta forma la llevó hasta el gran salón, donde los esperaba una comida ligera. No se oyeron cantos ni bailes ni comentarios obscenos sobre su futura noche de bodas. Solo se oyó el ruido de las cucharas contra los platos. Ewen recordó con nostalgia y un poco de arrepentimiento del matrimonio de su hermano Alexander con Elizabeth. Los dos parecían felices. El suyo podría haberlo sido si Terry no hubiera roto toda esperanza la noche anterior confesándole su deseo de marcharse a un convento. Pero, después de todo, era un matrimonio de conveniencia y no de amor. Así que, ¿qué esperaba él?

Terry se inclinó para agarrar la jarra de cerveza y su brazo rozó el de él. Su contacto hizo que se estremeciera.

No iba a empezar otra vez, ¡maldita sea! No pasaría más tiempo suspirando y ansiando que lo tocara.

Se levantó como si le quemara el trasero por estar sentado, se excusó y huyó a su despacho. Allí leyó la correspondencia que había dejado a medias la noche anterior y consiguió encontrar un poco de calma.

***

—¡Su marido parece tener prisa por volver a sus obligaciones!

Terry parpadeó, todavía perpleja por la huida de Ewen. Sonrió al cura como si no fuera nada.

—Cierto, tiene mucho trabajo y su tiempo es muy preciado. ¿Le gustaría acompañarme hasta donde descansa el señor Hepburn? Seguro que se alegrará de verle.

—Por supuesto, nos conocemos desde hace tiempo. Yo mismo le di la extrema unción hace ya unas semanas y me sorprendió saber que sigue en este mundo.

—Está muy vivo —afirmó Terry—. Y aún sigue cuerdo… Si quiere seguirme…

Dejaron la mesa y ella lo condujo hasta los aposentos de Hepburn, a quien Ewen le había presentado antes de su boda. El viejo hombre se había mostrado encantador, la había cubierto de elogios y le había hecho prometer que lo visitaría a menudo. A lo largo de su charla había sentido la mirada de Ewen sobre ella.

¿Por qué no confiarle sus tormentos? ¿Por qué hacer como si todo eso no fuera con él?

No había cambiado y parecía indiferente. Ella se sentía todavía peor por imponerle su presencia cuando él no la deseaba. Iba a volverla loca… Quería su cuerpo, sí, quería hacerle el amor, ¡pero no la quería a ella!

¿Qué se suponía que tenía que hacer si no le decía ni hacía nada para facilitarle la tarea? Lo ignoraba, pero lo que sí sabía era que ella no quería dejarlo. El juramento que habían hecho durante la ceremonia, en gaélico, la había conmovido profundamente. Lo había encontrado magnífico. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar de nuevo en ello.

Se levantó y se colocó ante la ventana para mirar el mar, como le gustaba hacer, y dejó que los dos hombres conversaran. Sus pensamientos volvieron a su marido. ¿Podía contentarse con un matrimonio sin dulzura y aceptar que Ewen se había casado por deber y no porque estuviera enamorado? ¿O tenía que reivindicar su lugar? ¡Ahora era su esposa legítima! Tenía deberes que cumplir con ella, ciertas obligaciones…

Se excusó y salió en busca de Lorna, a quien encontró en la cocina. Nunca había cocinado,

pero no podía ser tan difícil.

Tras pedírselo, le enseñó a cocinar *haggis*, el plato tradicional escocés a base de estómago de oveja y vísceras de cerdo, que serviría ella misma a su marido en la comida de la noche.

Pero cuando llegó el momento, Ewen no vino y ella esperó varias horas, sola en la gran mesa, con tal dolor en el pecho que tuvo que contener unas lágrimas que amenazaban con desbordarse. Luego vino la cólera. Tomó una porción, la puso en el plato que había dispuesto para su marido y se levantó.

Llamó a la puerta de su despacho e, igual que la noche anterior, empujó sin esperar respuesta. Descubrió a Ewen ante la chimenea y no en su mesa. Se giró al oírla entrar. Ante su ceño fruncido, se tragó la rabia. No ganaría nada provocándolo. Tenía que actuar de otra forma o nada sería posible entre ellos. Sabía que tenía otras formas de doblegar a un hombre, incluso a uno como Ewen.

—Es tarde, y he pensado que quizá tendrías hambre —le dijo con dulzura—. Lo he hecho yo misma. Para ti.

Su corazón latía desbocado. Lo necesitaba. No solo para protegerla, sino porque había despertado ese corazón que no dejaba de latir por él. Se arrepentía de haberle dicho que quería irse… No había medido sus palabras ni su forma de actuar, y ahora tenía que aguantar que la rechazara por haberle escupido tales palabras. Al fin y al cabo, merecía cierto desprecio, y comprendía su reacción, pero intentaría todo lo que estuviera en sus manos para obtener su perdón.

—Deja el plato en la mesa y vete.

—Ewen, yo…

Se interrumpió. La miraba con tanta frialdad que perdió el hilo. La pena la invadió. Se culpó. Tendría que haber sido más paciente, menos impulsiva. Pese a todo, también lo culpaba por haber sido tan duro con ella, aunque ya estuviera acostumbrada. Hizo lo que le pidió y fue hacia la puerta. La llamó justo antes de que la cruzara. Se giró.

—¿Sí?

—Gracias…

Ella le sonrió con todo el amor que pudo expresar.

Un destello indefinible cruzó la mirada de su marido antes que asintiera y añadiera:

—¡Buenas noches!

—Buenas noches a usted también…, mi señor —añadió ella acompañando las palabras de una pequeña reverencia.

Le dio la espalda. Esta vez no la retuvo y se dirigió hacia su habitación. Se apresuró a desvestirse y corrió para meterse bajo las mantas completamente desnuda. Había venido hacia ella la primera vez, así que esa noche volvería. Estaba convencida, sabía reconocer el deseo en su mirada y la deseaba igual que siempre, puede que incluso más. No podría mantenerse alejado de ella demasiado tiempo…

***

Ewen degustó los *haggis* que Terry había preparado y los encontró deliciosos. Cuando terminó el plato, bebió varias copas de *whisky* e intentó volver a sus tareas. A pesar de su buena voluntad, su mujer no abandonó sus pensamientos. Le habría gustado mantenerse alejado de ella, pero era incapaz.

Se levantó, arrojó el resto del alcohol a las llamas, cogió un candelabro y se dirigió a zancadas hasta la habitación de su mujer. Empujó la puerta, contento de constatar que no la había cerrado. Entró y la cerró tras él, esta vez con llave. Cuando descubrió a Terry dormida, dejó el candelabro sobre la mesa, se desnudó y se acostó a su lado. Al notar que ella también estaba desnuda, se le escapó una sonrisa. Lo había calado, sabía que vendría.

Besó su hombro y se apretó contra ella. Su miembro se irguió. La deseaba, eso ya lo sabía, pero se sorprendió que poseerla se había vuelto casi una necesidad. Deslizó un brazo por su nuca, se acercó más a ella y continuó besándole la nuca, el hombro… Sintió que se estremecía y luego un gemido escapó de sus labios, cerca de un sollozo.

Le hacía daño.

Ambos se hacían daño… cuando podían ser tan felices juntos. Pero sin duda para ello tenían que dejar sus respectivos orgullos a un lado, al igual que las heridas del pasado… Puso sus labios en su hombro y murmuró:

—No quiero que me dejes. No puedo vivir sin ti.

—Oh. Ewen…

No se resistió cuando él la hizo girar ni cuando se tumbó sobre ella. Terry abrió sus piernas para él cuando, después de haberla besado y acariciado con pasión, le pidió permiso para hacerle el amor.

Su pasión superó todas las expectativas. Se amaron con anhelo, con necesidad, hasta la mañana siguiente, como si fuera su última noche, pese a que era la primera de muchas, dado que estaban casados.

Cuando el alba se anunció con un pequeño destello, Terry estaba acurrucada contra él y él le acariciaba la espalda. Estaba feliz. No recordaba haber sido nunca tan feliz. De vez en cuando, ella le ponía los labios sobre el torso, húmedo por haberse amado toda una noche, y lo acariciaba. Le habría gustado que esa noche durara para siempre. Habían hablado poco; no habían hecho más que unir sus cuerpos una y otra vez; pero, entre descansos, habían podido intercambiar alguna que otra explicación. También se habían disculpado. Ewen deslizó una mano por la nuca de su esposa y luego por su pelo.

—¿Todavía quieres dejarme?

Se incorporó sobre un codo y le sonrió con ternura.

—No, Ewen, ya no quiero, y realmente nunca quise hacerlo. Lo hacía por ti, por tu libertad y para no imponerte mi presencia. Me diste a entender que no te gustaba. Me negaba a que te casaras conmigo por pena.

—Sin embargo, dije que quería casarme contigo, ¿no?

—Te has casado conmigo por deber, Ewen, para protegerme. Estamos lejos de una bonita historia de amor.

Amor… ¿Todavía era capaz de amar?

Las dudas lo asaltaron. Estaba aterrorizado ante el pensamiento de amar de nuevo a una mujer y perderla. Todavía no estaba preparado para reconocerle a Terry que la apreciaba enormemente. Lo había hecho con Katel una vez y se había pillado los dedos, porque poco después ella lo había dejado. Le había abierto su corazón y ella lo había desechado.

—Haré todo lo posible para hacerte feliz, Terry —dijo tras varios segundos de silencio—. Es todo lo que puedo prometerte.

—Me contentaré con eso. Te recuerdo que yo tampoco quería casarme.

Mientras la agarraba de la nuca, levantó el rostro de Terry hacia él y besó sus labios.

—Que me hayas escogido como marido es un honor.

—¡No tenía elección! —replicó ella con los ojos brillando de maldad—. Me obligaste. Yo quería ir a un convento.

Presionó la nuca de su esposa y clavó sus pupilas en las suyas.

—¡Mentirosa! Te gusta demasiado que te dé placer como para privarte de él.

Abrió la boca para responder, pero la calló con un beso.

—¿Y por los hijos? —preguntó ella cuando se apartó de sus labios—. ¿No es demasiado pronto para tenerlos?

—¡No! ¡Quiero un heredero!

Ella dibujó una pequeña mueca.

—¡Quizá sea niña!

—Entonces haremos hijos hasta que me des un varón.

La perspectiva le gustó.

—¡Muy bien!

—Háblame de tus padres —pidió él, ya que no sabía nada de ellos, aparte de lo que su madre había sufrido.

Terry se acomodó sobre su torso con un brazo a través y apoyó en él la barbilla.

—Según mi padre, me parezco mucho a mi madre. Todos los domingos iba a distribuir cestas de víveres a los campesinos. Era buena, dulce y todos la adoraban. Mi padre también era alguien bueno antes de que la venganza lo cegara de todo otro sentimiento.

Ewen lo entendió: si alguien le hacía daño a Terry, eso lo volvería loco y sería capaz de lo peor.

—Una venganza que compartías con él. Espero que ya no sea así.

—¿No confías en mí?

—Ya me han traicionado; no quiero que vuelva a suceder.

Ella se sumergió en el fondo de su alma y murmuró:

—No te traicionaré jamás. Sigo detestando a los escoceses, pero a ti… Contigo no es lo mismo.

Le pareció que se había sonrojado.

¿Por qué?

—Si lo haces, te mataré con mis propias manos. Pero seré benevolente; procuraré que tu muerte sea rápida.

Ella abrió los ojos.

—Mi señor es demasiado bueno. —Se rio de él. No parecía para nada asustada.

Ella tenía un corazón realmente fuerte.

—No bromeo, Terry.

—¡Lo sé! Te prometo que eso no va a suceder. Te juro sobre lo más preciado que nunca tendrás que matarme, porque jamás de traicionaré.

—Te creo. —Suspiró tranquilo tras la charla—. Por mi parte, he estado pensando en tus tareas. Desde ahora, podrás ayudar en la cocina. Es más, tus *haggis* son exquisitos. Te felicito. También podrás hacerle compañía a Hepburn de vez en cuando. Si tú quieres, claro. —Pasó una mano por la mejilla de la joven y añadió—: Y… el resto de tu tiempo lo dedicarás a ser mi esposa…

Ella frunció el ceño y fingió estar ofendida.

—¿Y eso qué quiere decir…?

—Dejarás que tu cuerpo y el mío se unan… —murmuró él—, tan a menudo como yo desee.

Un pequeño destello brilló en sus ojos: a ella le gustaban sus encuentros pasionales casi tanto como a él.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? —le preguntó mientras le pasaba de nuevo la mano por la nuca.

—¡Acepto! Puedes reclamarme tanto como quieras.

Y eso hizo.

Le prometió, de igual modo, cumplir con su papel de marido tan a menudo como lo deseara ella y reiteró sus votos de cuidarla y protegerla hasta su último aliento.

13

Pasaron dos meses y Terry tenía la sensación de estar viviendo un sueño. ¡Se había sentido en el paraíso gracias a su marido! No habría podido desear algo mejor. Incluso aunque Ewen fuera taciturno y estuviera preocupado, sabía que la causa era su trabajo y no ella.

Al final, la convivencia fue más sencilla de lo que esperaba. A menos que se tratase de las salidas, algo con lo que se mostraba intransigente. Solo le permitía salir de vez en cuando y no sin haber insistido de manera constante. De nuevo, no era porque no confiara en ella, sino porque temía por ella. Sin embargo, esa reclusión forzada le resultaba dura y la asfixiaba. Tenía permiso para bajar hasta el mar, en el que adoraba mojar sus pies. Lorna la acompañaba la mayor parte del tiempo con su discreción habitual. Terry lo había intentado, pero la hija del mayordomo era distante, algo que no se explicaba, ya que se esforzaba en ser agradable. Ella lo había decidido: nunca serían amigas.

Si obviaba la amenaza que suponía su primo, podía considerarse feliz. Ewen la tenía vigilada y había reforzado las patrullas de la frontera. Con todo, no se hacían ilusiones; Jeremy actuaría tarde o temprano, por lo que estaban constantemente en guardia.

Solo había habido un contratiempo: Adam Hepburn les había dejado en plena noche. Cuando Lorna le había llevado su primera comida del día, se lo había encontrado frío en la cama. Se había entristecido, al igual que Ewen, puesto que se había encariñado con él, hasta el punto de ir a propósito a su estancia a hacerle compañía antes de dirigirse a la de Ewen, en la que se había acomodado en la mañana siguiente a su boda.

Esa mañana, Ewen se levantó al alba para reunirse con los capitanes de los fuertes, como hacía a menudo. Cuando ella oyó que se levantaba, quiso acompañarlo para terminar su ayuno con él y verlo partir desde el camino de ronda como hacía a menudo, pero una fatiga profunda se lo impidió. Ewen le aconsejó que volviera a dormirse y la besó con pasión. Así que ella volvió a dormirse antes de que él cruzase la puerta.

Cuando despertó, horas más tarde, y en cuanto sus pies tocaron el suelo, un mareo se apoderó de ella. No intentó ponerse de pie y volvió a tumbarse con el aliento entrecortado y las sienes palpitantes. Sabía desde hacía unos días que esperaba un bebé, pero quería estar segura antes de hablarlo con Ewen. Esperaba que se alegrara, al igual que ella. Se imaginó el orgullo en sus ojos, la alegría. Así quizá acabaría diciéndole que la quería, puesto que ella lo amaba con todo su corazón.

Se le escapó una sonrisa cuando pensó que sus deseos se habían cumplido: esperaba un bebé del hombre de quien estaba locamente enamorada.

Cuando pasó el malestar, intentó levantarse. Esta vez lo hizo sin vacilar. ¡Tenía un hambre feroz! Tras acicalarse y vestirse con ropa cálida —la temperatura aún era invernal a pesar de estar en primavera—, descendió hasta las cocinas. Se sorprendió al no encontrar a Lorna frente a los hornos. La llamó.

—¡Estoy en la bodega, mi señora! —oyó Terry—. ¿Puede venir, por favor? Creo que hay un problema.

—¿Qué pasa, Lorna? —preguntó, inquieta, mientras empujaba la puerta que llevaba a la bodega.

Dio un paso al interior y recibió un golpe en la cabeza. Un golpe tan violento que se desmayó sin poder hacer nada.

Una voz la despertó.

Lorna…

Luego escuchó otras voces, cómplices de la escocesa. Apenas abrió los ojos, se descubrió en un carro lleno de legumbres y comprendió que la hija del mayordomo la había atraído a una trampa. Oyó el ruido de un bolso siendo atrapado al vuelo.

—¿Qué hará con ella? —preguntó Lorna.

—Eso, mi querida señora, no es su problema. Procure que su marido crea que ha huido y no vaya en su búsqueda.

—De acuerdo, pero quiero más monedas.

Así que era por el oro…

Terry prefirió eso a que fuera el odio por su condición de inglesa. El hombre, cerca de ella, rio.

—Me habían dicho que los escoceses eran buitres avaros, y veo que no me mintieron.

Así que era inglés…

A Terry se le congeló el corazón. Era evidente que iba a llevarla hasta su primo.

Escuchó cómo algunas monedas chocaban con otras y luego caían al suelo. El hombre volvió a reír e imaginó que a Lorna se le habrían caído.

El carro empezó a moverse. Unos caballos los seguían, puesto que Terry oyó el ruido de sus cascos.

¿Cuántos eran? Lo ignoraba. Se esforzó para no moverse; no quería que supieran que estaba despierta, y daba igual quiénes fueran. Si trabajaban para Jeremy —y estaba convencida de que ese era el caso—, no le harían daño. Se puso a pensar para ocupar su mente y no ser víctima de la aprensión.

Pensó en Lorna.

¿El oro era la única motivación o tenía otras? Ahora que lo pensaba, le parecía que miraba a su marido con deseo. ¿Quería ocupar su lugar? ¿Estaba celosa? ¿Era por eso por lo que había sido tan fría con ella desde el principio? ¿Y qué habían planeado para Ewen? Dudaba de que Lorna hubiera actuado por cuenta propia. Tenían que ser más.

La idea de que pudieran atacar al hombre al que amaba hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se obligó a calmarse. Iban a conseguirlo; encontrarían una solución. Ewen la salvaría, no creería que hubiera huido sin decir nada… ¡Confiaba en ella! Se forzó a pensar en su bebé para encontrar el valor. Tenía que ser fuerte por sus dos amores.

Tras lo que le pareció una eternidad, el carro ralentizó el ritmo y luego se detuvo. Continuó fingiendo estar dormida cuando unos brazos la levantaron. Apenas abrió los ojos y ya reconoció su hogar. Estaba en lo cierto, la llevaban con su primo. No reaccionó cuando la dejaron sobre una cama, como un paquete. Esperó a que el hombre saliera de la estancia y cerrara con llave antes de moverse. Se giró hacia la puerta y se acurrucó sobre sí misma, con los brazos alrededor de sus piernas. Solamente entonces abrió los ojos.

La habían instalado en su habitación, que se había convertido una vez más en su prisión. Puso los ojos sobre el tocador que su padre le había traído de Londres cuando tenía alrededor de quince años. Se alegró muchísimo. En esa época, estaba tan ocupado que apenas tenía tiempo

para ella, así que se sentía en las nubes cuando le dedicaba un poco de atención. Esa noche habían cenado en la gran mesa y le había hablado de su plan de invadir Escocia. Cinco años más tarde, sentía en sus entrañas —y aunque su padre ya no estuviera en ese mundo— lo que iba a pasar: Jeremy tomaría el mando para enriquecerse y obtener más poder.

Terry cerró los ojos. Tenía que descansar, recuperar fuerzas. ¡Tenía que pelear! Por su supervivencia, su libertad y para volver a los brazos del hombre al que amaba con todo su corazón.

Una lágrima cayó lentamente a lo largo de su mejilla por el recuerdo de su padre, a quien echaba terriblemente de menos. Acarició su vientre para intentar recuperar la esperanza y admirar esa nueva vida que crecía en ella. No quería que su bebé creciera sin un padre, bajo ningún concepto.

Se prometió pelear hasta su último aliento. Hasta reencontrarse con su marido.

***

Ewen dio la orden de hacer sonar el cuerno para que se abrieran las puertas de Burnmouth. Estaba satisfecho de su día; el encuentro con los capitanes había sido fructífero —estaban todos en pie de guerra—, por lo que estaba tranquilo. Ni los ingleses ni Carlisle tendrían nada que hacer. Podía volver a su hogar, con su mujer, y disfrutar de esos momentos de paz efímeros.

Alzó la vista hacia el camino de ronda, donde cada día veía a Terry, y frunció el ceño cuando no la divisó.

Bueno, estaría ocupada cocinando o llenando los libros de cuentas, como hacía a menudo, y no habría oído el cuerno. O quizá lo esperaba desnuda en la cama, como hacía a veces, cuando sabía que su jornada laboral había terminado. Era una especie de juego… La buscaba por todo el fuerte con prisa por verla y la descubría en su habitación, con las piernas abiertas para él y preparada para recibirlo.

Su cuerpo se calentó al pensarlo. Sus momentos juntos seguían siendo igual de apasionados. Y, por Dios, ¡cuánto la había echado de menos! No pensaba que podría echarla tanto de menos, dado que solo habían pasado el día separados. ¡Se estaba ablandando! Le costaba alejarse de ella, puesto que estaba acostumbrado a su presencia. No podía engañarse: el matrimonio lo hacía feliz, más feliz de lo que nunca había sido.

Entró en el patio, se dirigió hacia los establos y saltó de su caballo. Les dio las gracias a los guardias y se dirigió a su habitación, donde estaba seguro de que encontraría a su mujer cuando Duncan, saliendo de la cocina, corrió hacia él acompañado de Walter y Lorna.

—Tenemos una terrible noticia, mi señor…

Su ayudante de campo, con los ojos en el suelo, le narró los últimos acontecimientos.

¿Se había ido?

Por lo que parecía, Terry había huido aprovechando su ausencia.

No, es imposible.

No después de lo que habían vivido y compartido. ¡Tenía que haber otra explicación! Pero Lorna, que se retorcía las manos y ponía ojos de perro apaleado, había sido categórica: se había ido sin que nadie se diera cuenta, seguramente con los campesinos que habían traído los víveres.

Muchas preguntas pasaron por su cabeza: ¿Cuándo y cómo había contactado Terry con esos hombres? ¿Quiénes eran, ingleses? ¿Se había ido con su primo? No, no podía creerlo, ¡lo detestaba! ¿Tenía noticias del rey de Inglaterra en lo que concernía a su dominio, que era su

derecho, y querría recuperarlo? No, en ese caso, lo habría esperado. Habrían decidido juntos qué convenía hacer y la habría acompañado para protegerla de su primo… La habría apoyado…

—Lo siento, mi señor, tendría que haberla vigilado mejor —se excusó Lorna con los ojos llenos de lágrimas—. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, yo…

—Gracias, Lorna. Puedes irte —la interrumpió él con sequedad—. Duncan, reúne a los hombres que se han quedado en la fortaleza; tengo que hablar con ellos y entender lo que ha sucedido.

Pasó la hora siguiente interrogando a los guardias, pero nadie había visto nada. Terry se había volatilizado. Y Lorna, a quien también preguntó, se echó a llorar. Ewen, al borde de perder los estribos, se abstuvo de darle una bofetada para que dejara de llenarle la cabeza con sus lamentos. Creía que sus nervios le traicionarían si seguía en ese entorno. Pero la pobre mujer no tenía la culpa; no tenía que pagar por la traición de su señora.

El único responsable era él mismo.

Había sido demasiado blando dejándola salir del fuerte; con escolta, cierto, pero ahí tenía la prueba de que había relajado la vigilancia, y ella lo había aprovechado para crear contactos.

¡Pero confiaba en ella, maldita sea!

Ni por un segundo podría haber imaginado que lo abandonaría de esa forma cuando todo parecía ir bien entre ellos. ¡Cuando ella parecía tan feliz! ¿Cómo había podido estar tan ciego?

Corrió hasta su habitación, empujó la puerta y dio vueltas por ella buscando lo que fuera, algo que le pudiera probar que Terry no se había ido por propia voluntad. Su olor estaba por todas partes. Todo giraba en su cabeza. Una parte de él la creía incapaz de traicionarlo, mientras que la otra le susurraba en la oreja que sí, que era posible.

No había cogido nada. Todo estaba en el mismo sitio que esa misma mañana, y esperaba en todo momento verla entrar con una sonrisa en los labios. Le diría que había ido a pasear, le contaría su día y se reiría de él por haber tenido miedo al pensar que lo había abandonado. Lo tomaría entre sus brazos y lo calmaría, luego se besarían con pasión…

Agarró uno de sus vestidos y lo llevó hasta su rostro para aspirar el olor de su mujer, lo que reavivó sus recuerdos. El deseo lo ahogó, luego sintió su ausencia Una ausencia terrible. En un arrebato de rabia, lanzó el vestido a la otra punta de la estancia y salió. Haría que vaciaran el cuarto y la condenaría. A partir de ese momento, dormiría en su despacho.

No encontró el sueño hasta el alba, tras haber pasado gran parte de la noche bebiendo, con los ojos perdidos en el fuego de la chimenea. Tenía la sensación de que el mismo fuego consumía su corazón y su alma, y que una mano despiadada intentaba llevarse ambas cosas. Sufría. Incluso atontado por el alcohol, sufría. Nunca había sufrido tanto en toda su vida. Lo que había sentido cuando Katel lo dejó no había sido nada en comparación. A Katel no le había dado su apellido, no la había poseído noche tras noche y día tras día, no le había hecho gritar de placer ni se había corrido en su cuerpo.

Justo antes de dormirse, llegó a él una pequeña esperanza: que Terry, a pesar de las apariencias, no lo había abandonado por voluntad propia y que existía otra explicación. Y, fuera lo que fuese, iba a descubrirlo. Aunque, para hacerlo, tuviera que remover cielo y tierra, volver a la frontera o entrar en Inglaterra. Allá donde estuviera su mujer, la encontraría y le pediría explicaciones.

Menos de una hora después, Duncan lo sacudió para darle otra mala noticia: una tropa inglesa había penetrado en tierras escocesas y había tomado el fuerte de Edgerston.

Los ingleses los habían invadido.

14

Terry se estremeció. Estaba paralizada. Había dormido algunas horas con tal de recuperar fuerzas, ya que su estado se lo pedía. Se había alimentado con un bol de sopa y un trozo de pan que había visto en el tocador y, enrollada en una manta, había pasado el resto de la noche observando el patio, donde reinaba cierta agitación, a pesar del frío que calaba en sus huesos.

Solo una persona habría podido aliviar ese frío tan intenso: Ewen, su amor, su marido. Ewen, por quien latía su corazón. Ewen, a quien echaba tanto de menos que le había costado contener las lágrimas y los pinchazos que sentía por todo el cuerpo cuando pensaba en él, a cada instante.

Había visto a su primo en varias ocasiones, acompañado de un hombre vestido de igual forma, pero para su gran alivio, no había venido a torturarla.

Se preparaba, a pesar de todo, para la confrontación y su corazón amenazaba con salirse del pecho cuando escuchaba algún ruido en el pasillo que conducía a su habitación, o una risa más fuerte que las demás que venía de la sala común.

Si Jeremy estaba ebrio, le podría hacer daño. Ya lo había visto maltratar a los sirvientes con sus propios ojos. Le daba miedo, además de repugnarla, y lo odiaba con toda su alma. Había redirigido hacia él todo el odio y los deseos de venganza que había sentido por los escoceses en el pasado.

¡Su primo era un asesino!

Un ser maligno y diabólico que se había deshecho sin ningún escrúpulo del hombre que lo había educado.

Fue al alba cuando, con cierto alivio, vio salir a unas tropas del fuerte, a sus órdenes. Unas tropas armadas hasta los dientes. Pero el alivio no duró mucho, ya que fue sustituido por un oscuro presentimiento.

Eso solo podía significar una cosa: ¡se disponían a cruzar la frontera!

Rezó para que su marido no perdiera la vida en el combate.

¿Y si no lo veía nunca más? ¿Y si moría lejos de ella y maldiciéndola? Era muy probable, si se creía las mentiras de Lorna. Estaba segura de que le habría contado una patraña tras otra y habría insistido en que se había ido por su propio pie.

¡Tenía que salir de ahí! Pero ¿cómo…?

Las horas no pasaban. Era casi mediodía cuando oyó pasos en el pasillo.

Por fin. Alguien…

Oyó el ruido de la llave y el de la puerta al abrirse. Reconoció a la joven mujer que había ayudado a Ewen a liberarla. Rubia como ella, aunque con menos pelo; y con unos ojos azules similares a los suyos. Pero ahí terminaba el parecido; su rostro estaba rojo y sus manos maltratadas por el trabajo. Dejó un bol de sopa en la mesa del centro de la estancia.

—¡Tenga! Y luego ¡váyase!

Terry se puso de pie, sorprendida.

—¿Me libera? ¿Por qué?

—Amo a Jeremy y llevo a su hijo. ¡Aquí no hay lugar para usted!

Terry se acercó y puso las manos sobre los hombros de la joven. Que ella también estuviera esperando un hijo la hacía más amigable a sus ojos. Y, gracias a ella —poco importaban sus motivaciones—, podría recuperar la libertad. Si solo esta última pudiera hacer de Jeremy un hombre mejor… Pero lo dudaba; su primo era un monstruo. Si fuera por ella, lo mataría con sus propias manos para que su tierra no tuviera que soportar a un hombre tan indeseable. Apretó los hombros de la sirvienta y la miró de frente.

—Gracias. No lo olvidaré. Ahora estoy casada; encontraré la forma de recompensarla.

—¡No quiero! La única recompensa que quiero es que se vaya de aquí para no volver jamás. Le he preparado un caballo, la espera en la poterna.

Terry la soltó. Esa mujer la consideraba una amenaza, y con razón. A su vuelta, Jeremy la obligaría a casarse con él. Quería las tierras de su padre y que ella ya estuviera casada en Escocia no se lo iba a impedir. Tenía que alejarse y no volver a caer en sus manos.

—Sabe quién soy, ¿verdad?

—¡Sí! Es Terry Carlisle.

—Entonces, sabe sin duda que mi padre está muerto. ¿Jeremy le ha dado una sepultura decente?

La joven sacudió la cabeza en señal de negación. Así era como su primo trataba a la mano que lo había alimentado desde su más tierna infancia. ¡Maldito desgraciado! Se había prometido que, tan pronto como recuperara sus tierras —si es que las recuperaba algún día—, le daría a su padre una sepultura digna de su nombre.

Se incorporó mientras dejaba a un lado la pena.

—¿Jeremy se prepara para la batalla?

—¡Sí!

—¿Sabe hacia dónde se dirige?

Dudaba de que la mujer pudiera responder a esa pregunta, pero lo hizo:

—Cerca del fuerte de Edgerston.

—¿Podrías encontrarme ropa de hombre y un puñal?

Un brillo hostil cruzó la mirada de la otra mujer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con viveza Terry al verla a punto de rechazar su petición. Seguramente, la prefería muerta.

—¡Mariam!

—Te lo suplico, Mariam. Yo también estoy esperando un hijo, un hijo de mi marido, al que quiero volver a ver. No te causaré más problemas, te lo prometo.

Al contrario, en cuanto recuperara sus tierras, tendría la consideración de recompensar a esa mujer, aunque la motivación no fuera loable, y pretendiera deshacerse de ella. Al fin y al cabo, esa mujer defendía su amor y su futuro; no era tan diferente de lo que ella sentía y estaba dispuesta a hacer para salvar a Ewen y para que su hijo creciera con un padre.

Cuando Mariam volvió, dejó sobre la cama la ropa de un guardia, que Terry se apresuró a ponerse. Durante su ausencia, había tenido tiempo de engullir la sopa. Su calor la reconfortó un poco. Se puso el puñal en la bota y se dirigió hacia Mariam:

—Tendré que pegarte, o Jeremy sabrá que me has ayudado a escapar.

La sirvienta abrió los ojos como platos, pero asintió. No conocía a Jeremy como ella. Si descubría que la había liberado, sería capaz de matarla. Terry agarró entonces el jarrón que descansaba sobre el tocador y se acercó a la muchacha.

—Te dolerá, pero es un mal necesario. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Bien, date la vuelta.

Mariam hizo lo que le pidió.

—Buena suerte —no pudo evitar murmurar Terry—. Que Dios esté contigo.

Mariam le dedicó una última mirada y luego Terry le golpeó la parte trasera de la cabeza. La agarró antes de que cayera al suelo; le debía eso.

Diez minutos más tarde, tras haber metido su vestido dentro de un saco que colgaba de la silla, subió a su montura y la espoleó hacia la frontera. La cruzó sin ver a nadie. Oyó un ruido en cuanto salió del bosque.

Ralentizó al animal y, al paso, subió la cresta que dominaba el páramo que la separaba del fuerte de Edgerston, ahí donde, meses antes, Ewen la había apresado. Le pareció que había pasado una eternidad.

Se le heló la sangre y el corazón empezó a latirle a más velocidad.

No… Eso no…

Abajo, dos ejércitos se hacían frente a varios centenares de metros el uno del otro. A su derecha, los ingleses y a su izquierda, los escoceses, a los que se reconocía con facilidad por sus *kilts*. Algunos hombres estaban a caballo, pero la mayoría iba a pie, y los ingleses parecían superarles en número. En pocos minutos se lanzarían los unos contra los otros…

Terry se abstuvo de acercarse a ellos para impedir el combate. Sería una locura; podría recibir una flecha y morir sin haber salvado a su marido. No podría detener lo que ya había comenzado. Ambos bandos tenían que enfrentarse, por su honor y por su libertad. Los barones se disponían a invadir la frontera y luego Escocia. Aunque dudaba de que su primo hubiera conseguido la autorización del rey.

Por mucho que hubiera anhelado un día como ese en el pasado, en ese instante su corazón estaba con Escocia y no con Inglaterra. ¡Su venganza había cambiado de bando! Al igual que su alma, que ahora pertenecía a un escocés. Un hombre bueno, leal y generoso, mientras que su primo, un inglés, y de su familia, para más inri, se comportaba como un sinvergüenza. La atrocidad no tenía límites y los monstruos infames podían provenir de cualquier lugar, algo que había entendido tras el incidente con su primo.

Miró a los escoceses con la esperanza de encontrar a Ewen cuando, de repente, uno de los jinetes se separó del grupo que iba a caballo y se alejó de ellos. Después, comenzó a hacer idas y venidas frente a los soldados de infantería.

El corazón de Terry se aceleró y su respiración se volvió entrecortada. Reconoció la melena castaña, el *plaid* del gobernador de la frontera —marrón y azul, prieto en la cintura— y su forma de cabalgar.

Ewen.

Con el busto cubierto de cuero, sus *claymores* sujetas a su espalda por un gran cinturón, llevaba en su muñeca izquierda un guante lleno de pinchos. Parecía un salvaje.

Terry apretó las riendas con fuerza para no gritar, o se pondría en peligro. *Lo* pondría en peligro. Su corazón empezó a latir más rápido mientras el miedo poseía su cuerpo. Un miedo inhumano que creció bajo su piel e hizo que se estremeciera.

La voz de su marido llegó hasta ella:

—*Brathair*[1]… —pronunció con voz fuerte.

Con el corazón a punto de salírsele por la boca, escuchó el resto de su diatriba sin comprender ni una sola palabra, puesto que habló en gaélico[2]. Aun así, las palabras de su marido la

conmovieron profundamente e hicieron vibrar su alma, para luego llenar sus ojos de lágrimas.

Sin dejar de ir y venir ante sus hombres, bramó frente a sus hombres:

—¡*Saorsa*[3]!

Luego hizo frente a los ingleses y agarró una de sus espadas, que levantó hacia el cielo.

—¡Por el rey James, por la frontera y por Escocia! —gritó.

Esta vez, Terry lo entendió, aunque hubiera gritado en gaélico para motivar a sus tropas. Se estremeció cuando se aventuró, seguido de sus caballeros y luego de sus hombres de a pie. Los ingleses hicieron lo mismo, bramando como salvajes.

La tierra tembló por el galope de los caballos y el choque de ambos bandos fue terrible y de una violencia extrema.

Las lágrimas caían por las mejillas de Terry y apretaba las manos contra el pecho, intentando calmar su dolor. No pudo hacer nada más que mirar, impotente, cómo el amor de su vida peleaba como un loco desde lo alto de su caballo. Ambos giraban sobre sí mismos, mientras arremetían contra la carne del enemigo. Creyó desfallecer cuando lo vio pasar la pierna por encima de su montura para saltar al suelo.

La inglesa se levantó sobre los estribos para no perderlo de vista. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones a Ewen que un inglés se le acercaba por detrás, pero evidentemente, no la oyó; estaba demasiado lejos y el ruido de las armas era ensordecedor.

Afortunadamente, uno de sus hombres lo salvó.

Ewen no se detuvo y atacó a otro enemigo. Los jadeos iban a más, igual que los gritos de dolor. Los cuerpos fueron cayendo. El corazón de Terry casi se detiene cuando vio a otro inglés lanzarse sobre su marido, por su espalda. Ella lo reconoció: ¡Jeremy!

El compañero de Ewen gritó y este último se giró justo a tiempo antes de esquivar el golpe —a traición— de su primo, que de no ser por la advertencia, habría sido fatal.

Los dos hombres se enfrentaron, visiblemente exhaustos. Se observaron un instante y se lanzaron el uno encima del otro. Las espadas chocaron y sus cuerpos se acercaron. Terry vio con claridad a su primo agarrar un cuchillo e intentar un ataque que Ewen esquivó de salto para atrás. Pero perdió el equilibrio y no pudo evitar el siguiente. Ella gritó cuando lo vio tambalearse y llevarse la mano al costado izquierdo. Paró con dificultad el siguiente ataque y puso una rodilla en el suelo. Se apartó la mano del costado y la contempló con asombro. Acto seguido, esquivó un nuevo tajo de su primo con la espada, que pasó cerca de su cabeza.

Terry no pudo apartar la mirada del baile macabro de ambos hombres, con la sensación de que su corazón iba a detenerse. Todo su cuerpo gritó de impotencia. No podía hacer más que mirar y se sentía morir de desesperación. Ni siquiera tenía fuerzas para rezar. Alentó a su marido entre gritos cuando vio que se levantaba con dificultad. Pero Jeremy cargó contra él, cuchillo en mano.

No, no, no…

Ewen no pudo contener el ataque y los dos hombres cayeron. Terry gritó y se llevó la mano a la boca cuando vio que no se movía. Sin pensarlo, agarró su cuchillo, apresuró a su caballo y se lanzó hacia el campo de batalla.

Poco le importaba recibir golpes; tenía que saber si su marido seguía con vida o no. No podía dejarlo así en el suelo.

Evitó ver los ríos de sangre, los rostros con los ojos abiertos, los cuerpos desfigurados. La guerra no era agradable y no estaba lejos de odiar a los suyos por haber empezado tal infamia. Eran ellos los que habían entrado en tierras escocesas. Eran ellos los que querían robarles las tierras cuando los escoceses solo querían vivir en paz.

Su corazón latía a un ritmo frenético, y consiguió acercarse a su marido sin que los hombres se dieran cuenta, puesto que estaban concentrados en sus propios combates. Por el rabillo del ojo vio que caía un inglés. El escocés que había acabado con él levantó el puño y soltó un gran grito de victoria, al que se unieron sus compatriotas. Fue en ese instante cuando comprendió que habían ganado. Los ingleses que habían sobrevivido corrieron para salvarse el pellejo tan pronto como los escoceses los empezaron a perseguir. Darían con ellos. Los ingleses tenían que pagar y ella estaba de acuerdo con ello.

Saltó del caballo cerca de los cuerpos de Ewen y Jeremy y no pudo reprimir un sollozo al ver que su marido no se había movido. Se lanzó de rodillas a su lado, gritó su nombre mientras apartaba el cuerpo de su primo, que cayó sobre su espalda. Ewen había conseguido matarlo al clavarle un cuchillo en la garganta. Descubrió a su marido cubierto de sangre. Había tanta… Nunca había visto tanta.

Continuó llamándolo y le acarició el rostro con un corazón sumido en la agonía porque su marido no reaccionase. Había llegado demasiado tarde, estaba muerto. Algo en ella se rompió y gritó como una posesa.

No supo cuánto tiempo estuvo con las rodillas hundidas en el barro y la sangre de los combatientes meciendo el cuerpo de su marido, con la sensación de que ella se había ido con él. Sintió unas manos levantarla por los hombros y alejarla del cuerpo de Ewen. Como privada de vida, no opuso ninguna resistencia. No podía hacer otra cosa que llorar y llorar, y se negaba a aceptar lo inaceptable: la muerte de su marido. No podía ser verdad. Era una pesadilla y, en cualquier momento, se despertaría.

Gritó desesperada cuando los hombres se llevaron a Ewen. Un escocés la agarró por los brazos. Terry gritó para que la soltara, que era su marido. Creyó volverse loca: el dolor era insoportable. Otro mal, de una intensidad inaguantable, le contrajo el vientre y se desmayó en los brazos de quien la sostenía.

---

[1] N. de la T. En gaélico escocés, «mis hermanos».

[2] Ewen dijo: «Muchos de vosotros preferiríais estar tranquilos en vuestros hogares, cerca de vuestras familias, antes que estar aquí, en este prado… Sé que tenéis miedo. Sé que nos arriesgamos a morir hoy, pero también sé que más tarde, cuando penséis en este día, estaréis orgullosos de haber combatido. ¡Estaréis orgullosos de haber estado presentes, porque hoy lucháis por vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestras tierras y vuestra libertad!».

[3] En gaélico escocés, «¡Libertad!».

15

Cuando Terry abrió los ojos, se sentó en la cama y el horror de los recuerdos la asaltó. Sintió que su corazón se aceleraba al reconocer la habitación que había ocupado en el fuerte de Edgerston. Sus ojos se llenaron de lágrimas. El sufrimiento la ahogó.

Ewen está muerto.

¡Su primo lo había matado ante sus ojos!

Ese ser infame y cruel le había arrebatado a las dos personas que más amaba en el mundo, su padre y ahora su marido.

Se le escapó un sollozo.

¿Cómo iba a vivir sin él? Sin él…

No creía ser capaz de amar a ningún hombre y, sin embargo, Ewen había conquistado su corazón. Un corazón que, en ese instante, sufría mil muertes. Lo amaba tanto… Pensó en los momentos que había vivido entre sus brazos, en la pasión insaciable que ambos compartían… No había apreciado hasta qué punto era feliz, hasta qué punto él la hacía feliz. No había tenido tiempo de anunciarle que iba a ser padre y ahora, iba a tener que vivir sin él, criar a un bebé sin él, respirar sin él…

Una lágrima que no intentó limpiar cayó por su mejilla. ¡Tenía que continuar! Tenía que ser fuerte por su hijo, ese maravilloso regalo que Ewen le había hecho antes de irse, la única cosa que le quedaba de él. Tenía que pelear por ese pequeño que crecía en ella y que la necesitaba.

Se puso las manos en el vientre. Recordó el dolor que había sentido cuando unos brazos la habían apartado de su marido. ¿Qué habría pasado con su bebé? ¿Lo habría pedido también? Con una sensación febril, levantó la sábana para mirar entre sus muslos. No había sangrado, ¿eso quería decir que todo iba bien? Eso esperaba. No sobreviviría si perdía a su hijo. Ya había perdido tanto, sufrido tanto…

Sin duda ese dolor en sus entrañas se debía a la pérdida de Ewen. Había sentido que moría cuando lo había descubierto en el campo de batalla cubierto de sangre, aplastado contra el cuerpo de Jeremy. Sus ojos estaban cerrados y no se movía.

Se secó las lágrimas, se levantó y se puso la ropa de hombre que, para su sorpresa, estaba limpia y que alguien, probablemente Neil, había dejado a los pies de la cama. Tenía que verlo, hablar con él, descubrir qué habían hecho con el cuerpo de su marido, si ya lo habían enterrado o si lo habían enviado a la tierra de sus ancestros, a las *Highlands*. Ignoraba lo que Ewen deseaba, nunca lo habían hablado, pensaban que tendrían toda la vida por delante.

Le pediría ayuda a Neil para recuperar sus tierras y volver a su hogar. Ya no había nada para ella en Escocia. Tenía que irse. Y cuanto antes mejor. Tenía demasiados recuerdos aquí.

Salió de la habitación y miró en dirección a la que había ocupado Ewen cuando era capitán del fuerte. La habitación en la que se había entregado a él, pensando que no lo volvería a ver jamás y donde habían descubierto juntos el amor. En ese momento, la chispa ya era tan fuerte entre ellos… Había sido tan bonito… Maravilloso, incluso. Se acercó lentamente a la estancia en cuestión y empujó la puerta, que chirrió.

Nada había cambiado; todo seguía en el mismo sitio, y los muebles seguían siendo igual de austeros. Dio una vuelta con lágrimas en los ojos y sacudió la cabeza. ¡No servía de nada pensar en el pasado! Se había prometido ser fuerte, por ella, por su bebé y por Ewen, que no habría querido que tirara la toalla. No serviría de nada volver a vivir todo ese horror, solo se sentiría peor.

Deshizo el camino y bajó la escalera de piedra con prisa para ver a Neil e irse de allí. Llegó al piso en el que se situaba el despacho del capitán y entonces se cruzó con David, el curandero del fuerte.

—Mi señora, justo iba a verla ahora. Usted también me tenía preocupado. ¿Cómo se encuentra?

—No lo sé, David, yo…

—Imagino que quiere verlo…

—Sí. ¿Crees que puede recibirme?

—Todavía no ha despertado, pero nada le impide quedarse a su lado.

El corazón de Terry se detuvo.

—Pero… ¿De quién hablas? —preguntó ella mientras el nerviosismo se apoderaba de su cuerpo.

—¿Y usted, de quién habla?

—De Neil, tu nuevo capitán.

—¡Yo hablaba de su marido, mi señora!

Terry se tambaleó y David la sostuvo por el brazo para que no cayera. Analizó su mirada y preguntó:

—¿Mi marido está… está vivo?

—¡Si, mi señora! Nuestro gobernador es de armas tomar. ¡No hay quien acabe con él!

A Terry le costó encontrar las palabras.

Vivo. Está vivo.

Su corazón volvió a latir. La noticia la había trastocado tanto que se llevó las manos al rostro y se deshizo en un mar de lágrimas. David colocó un brazo en su espalda y la empujó dulcemente hacia la escalera.

—La llevaré hasta él y haré que le suban algo de comer. Tiene que alimentarse.

Se secó las lágrimas y asintió. Era incapaz de producir algún sonido. Los pensamientos se mezclaban en su mente, pero pudo distinguir uno de ellos: ¡Ewen estaba vivo!

Creyó ser víctima de un sueño cuando David abrió la puerta y vio a su marido tumbado sobre una cama y cubierto con una sábana blanca.

No pudo frenar el impulso que la empujó hacia él y corrió para lanzarse de rodillas a su lado mientras las lágrimas todavía manchaban su rostro. Le costaba creer que fuera él, que estuviera ahí, ante sus ojos. Le tocó la mano. Estaba caliente. Incluso demasiado caliente. Terry se dio cuenta entonces de que respiraba demasiado deprisa. Alzó los ojos hacia David, que se colocó a su lado.

—¿Tiene fiebre?

—Sí, pero he conseguido que estabilizarlo.

—¿No ha despertado?

—Todavía no.

Terry deslizó sus dedos por la frente de Ewen, apartó unos mechones que se le habían pegado por el sudor y acarició su mejilla.

—¿Cuánto hace que estamos aquí? —preguntó ella con la voz entrecortada.

Una voz que le costó reconocer.

—Desde hace un día.

—¿Y los demás?

—Curé al gobernador y a los demás en el campo de batalla. Luego los trajimos aquí. Los que no estaban heridos se ocuparon de enterrar a los muertos.

—¿Y los ingleses?

Tenía la mano sobre el brazo de Ewen y hablaba sin apartar la vista de él, pendiente de la menor reacción, del mínimo pestañeo.

—Su gobernador fue a recuperar los cuerpos.

—Eran los amigos de mi padre —dijo ella dulcemente—. Sus aliados. Mi primo estaba entre ellos. Es el que le hizo esto a Ewen. Tenía una motivación personal.

Habría preferido que el cuerpo de su primo fuera devorado por los carroñeros. ¡No merecía que nadie se ocupara de él! Guardó esos pensamientos para sí misma. Poco importaba. Ewen estaba vivo y era lo único que contaba. Estaba vivo y ella lo cuidaría.

—Si me permite la pregunta… ¿Cómo es que se dirigió al campo de batalla, mi señora?

—Mi primo me secuestró —suspiró ella—. Quería casarse conmigo para heredar las tierras de mi padre, pero su… Una de sus sirvientas me ayudó a huir. Me contó lo que estaba preparando y me dirigí a la batalla. Vi a Jeremy y Ewen pelear y luego caer al suelo. Creí que se habían matado el uno al otro.

—Faltó poco para que nuestro gobernador cayera. He podido quemar la herida y detener el sangrado.

Terry levantó la cabeza con los ojos de nuevo inundados de lágrimas.

—Gracias, David.

Él le dedicó una reverencia.

—De nada, mi señora. Quédese con él. Volveré con su comida.

Ella le sonrió agradecida.

—Gracias de nuevo por habernos cuidado, tanto a mi marido como a mí.

—Solo he hecho mi deber, mi señora.

Lo vio irse. Después dirigió su atención hacia Ewen, que no se había movido. Estrechó su mano, colocó su cabeza sobre su hombro y cerró los ojos, agotada.

—He tenido mucho miedo cuando he creído perderte, ¿sabes? Estaba destrozada —murmuró ella—. Espero que cuando despiertes sigas estando a mi lado.

Se quedó así hasta que David volvió con un bol de estofado que llenó el aire de la habitación de un magnífico olor. Con los ojos todavía clavados en Ewen, engulló el plato, dado que estaba muerta de hambre. Se tranquilizó: su bebé estaba bien. Lo sentía, nada había cambiado. Seguía teniendo hambre, incluso más que antes de desmayarse en el campo de batalla. Le preguntaría a David si todo iba bien para asegurarse, pero antes de eso, esperaría a que Ewen se despertara. Quería ser el primero que supiera que esperaba un hijo. *Su* hijo.

Se instaló en la estancia cerca de Ewen, de la que solo se iba para aliviar sus necesidades. David le traía las comidas y Neil pasaba a verlos de vez en cuando para saber cómo estaba el gobernador. A lo largo del día, conseguía entreabrir los labios de su marido para darle pequeñas cantidades de caldo y algún brebaje de plantas. Gracias a eso, la fiebre desapareció. Sin embargo, seguía sin despertar y eso comenzaba a desesperarla.

Al tercer día, mientras se entretenía preparando una mezcla, un gemido la hizo girarse. Se

apresuró a acercarse a la cama, se sentó en su sillón, en el que se había instalado para cuidarlo, alimentarlo y leerle después de lavarlo. Se agachó en su dirección y observó su rostro mientras buscaba rastro de consciencia. Se agitó ligeramente.

—Estoy aquí, mi amor. Estás a salvo en el fuerte. No tienes nada que temer —murmuró ella en su oreja mientras ponía una mano sobre la suya—. Vuelve, Ewen, te lo suplico.

Los párpados de Ewen se movieron y soltó otro suspiro. Terry sintió que su corazón latía a más velocidad ante el pensamiento de que por fin volvía a ella, y todavía más cuando escuchó que gemía su nombre y se alteraba de nuevo. Terry lo rodeó con su brazo para calmarlo, puso su cabeza sobre su hombro y murmuró:

—Estoy aquí, mi amor…

Se calmó y su aliento volvió a un ritmo más regular. Unos pensamientos atacaron la mente de Terry: si la llamaba en sueños, era porque era importante para él, ¿no? Y que no estaba enfadado con ella.

Tenía miedo de lo que debía de haber pensado al no encontrarla en Burnmouth cuando regresó, sobre todo si Lorna le había confiado que se había ido por voluntad propia. Conociendo a Ewen, debió de empezar maldiciéndola, pero luego, quizá, lo habría reflexionado y no se habría dejado engañar por las apariencias. Cuando despertara, vería si confiaba en ella o no…

Si no era el caso, ¡se aseguraría de recordarle quién era ella! Era su mujer, ¡su legítima esposa! Si tenía que dejarlo un día, ¡se lo diría a la cara y le explicaría por qué! Nunca se iría sin decirle nada; esa no era su idea del matrimonio. Sobre todo porque, después de una época de disputas, en la que tuvieron que aprender a vivir juntos, a hablarse y a entender el punto de vista del otro, su convivencia había sido perfecta. E incluso aunque no le hubiera revelado sus sentimientos, sus miradas, sus cuidados, su pasión en los momentos íntimos, el placer que sentían cuando se unían y los dulces instantes que compartían le hacían pensar que él también la quería. En cualquier caso, que apreciaba su presencia. Había deseado que ese matrimonio forzado por las circunstancias se convirtiera en un matrimonio de amor y, según pensaba ella, ese era el caso. Su relación iba más allá de la simple atracción carnal, al menos por su parte.

Porque sí, estaba enamorada de él. Lo quería con todo su corazón y no podía concebir una vida sin él. Especialmente porque su hijo crecía en ella, esa pequeña vida a la que ya amaba con toda su alma. La criatura la había ayudado a no caer en la desesperanza cuando creyó que había perdido a Ewen para siempre. Pero Dios había sido clemente con ellos, ¡su marido estaba vivo! Solo quedaba esperar para saber qué pensaría su marido cuando se despertara.

Unas lágrimas invadieron los ojos de la joven mujer ante el pensamiento de que pudiera odiarla, pero si ese era el caso, le haría comprender que no había ninguna razón de hacerlo. Había decidido pelear con uñas y dientes para no perder su amor. Lucharía por su hijo.

Entrelazó sus dedos con los de Ewen, llevó su mano hacia su mejilla y rezó para que abriera los ojos y la mirara al fin. Quería volver a sentir su magnífica mirada esmeralda, perderse en los destellos dorados reinaban antes de su separación. Quería que le sonriera, quería oír su voz, sentir sus manos sobre su piel, disfrutar de sus caricias. Lo deseaba tanto que su cuerpo y su corazón le dolían. Lo extrañaba. Se limpió las lágrimas.

—Oh, Ewen… Vuelve, te lo suplico. Te necesito tanto…

Su corazón amenazó con detenerse cuando vio que su marido se movía y, de repente, abrió los ojos como platos y tomó una gran bocanada de aire, como si se ahogara. Su cuerpo se retorció débilmente y sus ojos, demacrados, la asustaron mientras unos gimoteos salían de su garganta. Lo apretó contra ella para calmarlo mientras le murmuraba que estaba allí, que no estaba en la

batalla, que no estaba solo y que estaba vivo. Su corazón sangraba al pensar en lo que debía haber sufrido al pensar que moría. Tomó su rostro entre las manos y lo giró hacia ella.

—¡Estoy aquí, Ewen! ¡Mírame!

Tras varios segundos que parecieron una eternidad, Ewen se calmó, aunque su respiración seguía siendo irregular. Parpadeó varias veces y pareció verla al fin. Sus iris se reencontraron. Los ojos de Ewen siguieron abriéndose y cerrándose más veces, luego se escapó un suspiro. Un suspiro de alivio.

—¿Estás aquí?

—Sí, mi amor, estoy aquí —respondió ella con una voz sofocada, a punto de sollozar.

No pudo aguantarlo más y dio paso a las lágrimas.

—Estás vivo…

Él cerró los brazos a su alrededor, apretó su cabeza contra la suya y murmuró:

—Sí, Terry, estoy vivo.

La voz de su marido alivió su corazón. Se incorporó, se sumergió en sus inmensos ojos verdes y en la calidez que desprendían, y que creía que había perdido para siempre.

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele mucho? Tu herida sangró mucho…

Él levantó la sábana, alzó su cabeza y observó su vientre. Hizo una mueca y dejó caer sobre la almohada.

—¿Qué ha pasado?

—¿No te acuerdas de nada?

—Recuerdo que desapareciste. Luego recibí una misiva en la que decía que los barones habían cruzado la frontera. Recuerdo que… —dirigió su mirada hacia ella— combatí con Jeremy. Me hirió aprovechando que se me había caído el peto… Recuerdo que quería acabar con él de una vez por todas y… Tuve el tiempo justo de sacar mi cuchillo antes de que se lanzara sobre mí. Recuerdo también la sensación de ahogarme y luego… nada.

—Está muerto. Lo mataste.

La satisfacción se apoderó de su mirada. Después suspiró.

—¿Y mis hombres?

—Muchos han muerto, pero habéis ganado la batalla. Habéis derrotado a los ingleses.

Un atisbo de alegría brilló en sus ojos. Luego observó a su alrededor.

—¿Estamos en el fuerte?

—Sí, Neil y David nos han cuidado…

—¿Qué pasó, Terry? —preguntó mientras dirigía la vista de nuevo hacia ella. Sus ojos eran implacables. Inquisidores, incluso. Había recuperado su tenacidad. Era el momento de la verdad.

—Dime que no creíste que te había abandonado.

—¡Responde a mi pregunta!

Ella retrocedió y lo miró de frente, dispuesta a llegar a su corazón y llevarlo al límite. Quizá no era lo correcto tras lo que acababa de vivir, pero debía saber lo que pensaba de ella de verdad o su matrimonio estaría abocado al fracaso.

—¡No! ¡No antes de que me respondas! Necesito saber si confías en mí o si me crees capaz de traicionarte y, en ese caso, me iré. No puedo vivir con un hombre que no cree en mí. ¡No después de todo lo que hemos vivido!

Sí, partiría si la creía capaz de tal acto. Volvería a su hogar, a sus tierras, y educaría sola a su hijo.

Ewen se incorporó, pasó la mano por la nuca de Terry y se apoderó de sus labios con pasión.

Parecía al límite de sus fuerzas, pero era tremendamente resistente.

—¿Esto responde a tu pregunta, Terry MacLeod? —le preguntó tras separarse de sus labios. El beso la había dejado sin respiración.

¡Por Dios! Su voz, autoritaria, la excitó hasta lo más íntimo de su alma. Su corazón y su cuerpo vibraron ante el fuego de su mirada. Su pasión no se había apagado. Podía verlo en sus ojos ardientes.

—¿Quieres la verdad?

—Evidentemente, qué pregunta… —respondió ella con el corazón acelerado.

—Eres mi mujer, *leannan* —declaró con la voz ronca—. Te he escogido y he decidido unir mi vida a la tuya para toda la eternidad.

Se interrumpió.

—¿Eso es todo?

—¡No, no es todo! Estaba enfadado. Dudé, es verdad, pero no podía creer que me hubieras dejado así como así, y entonces tuve miedo de que te hubiera pasado algo. Decidí partir en tu búsqueda cuando Duncan me advirtió de que las tropas inglesas habían traspasado la frontera.

—¿«*Leannan*»?

Ewen dibujó una sonrisa maravillosa.

—Quiere decir «cariño».

—¿Cariño? —repitió ella asombrada mientras parpadeaba.

La sonrisa de Ewen se acentuó, lo que hizo que se estremeciera y se quedara sin aliento. La miró con más pasión.

—Es un apelativo para nombrar a la mujer a la que se quiere.

Una lágrima, que contenía desde hacía varios minutos, cayó por su mejilla.

—¿Me quieres?

—Sí, Terry, te quiero. Te quiero con locura. Más que a nada en el mundo.

Sin poder aguantar más, se lanzó a sus labios entre lágrimas, y sintió que volvía a nacer cuando él la atrajo hacia él para entregarse al beso. Un beso que se volvió intenso, más que apasionado. Terry respondió al fervor que sentía en los labios de su marido, cuidando de no colocar su cuerpo sobre él para no hacerle daño.

Tras varios segundos en los que se demostraron su amor, pusieron fin a su beso y Ewen levantó la sábana para invitarla a tumbarse a su lado. Ella así lo hizo y se colocó cerca de él con felicidad y un gran alivio. Suspiró feliz, al encontrarse cerca del cuerpo de su marido, sintiendo su calor, con la cabeza apoyada en su clavícula y pasando el brazo por su alrededor. Habría querido quedarse allí para siempre. Sin embargo, se incorporó y acercó su rostro para colocar sus labios cerca de los de Ewen.

—¿Cómo se dice «mi amor» en gaélico?

La mirada de Ewen brilló.

—*Mo gràidh.*

Le encantaba su voz grave y áspera. Nunca se cansaría de escucharla. A menudo, tras hacer el amor, después de que sus cuerpos se relajaran tras la pasión, le pedía que le repitiera los votos, solo para escucharlo hablar su lengua natal. Votos que ella se había aprendido de memoria. Había empezado a aprender escocés. Tendría que aprender la lengua de su marido por si un día la llevaba con su familia.

—Nunca me alejaría de ti, *mo gràidh,* porque te quiero.

Ewen la miró con tanta intensidad que su corazón vibró. Luego pronunció las siguientes

palabras:

—*Tha gaol agam ort cuideachd.*

—¿Qué quiere decir?

—«Yo también te quiero».

Se le escapó otra lágrima que él recogió con su pulgar antes de posar su mano en la mejilla de su amada.

—Te quiero, Terry, y te querré hasta mi último aliento —anunció con convicción—. Te quiero como nunca he querido a nadie. Quise a una mujer en el pasado, ya lo sabes. Pero tú… Eres mi mujer.

Al pronunciar «mi mujer» lo había dicho todo. Sí, era suya, en cuerpo y alma. Había soñado tantas veces con ese momento y al fin había llegado. La quería, la quería de verdad. Lo veía en sus ojos, en el calor que la envolvía. No podía apartar su mirada de su rostro, de sus pupilas, que la observaban intensamente.

—Tú eres la que lleva mi apellido…

—Y ahora tu hijo —no pudo evitar reconocerle.

Los rasgos de Ewen cambiaron a una total sorpresa. Acto seguido, la atrajo hacia él, tomó sus labios de nuevo y la besó con tanta pasión que no dudó ni un solo segundo que él también estaba feliz por la noticia. Su beso duró y duró. Cuando terminó, Terry se tumbó de nuevo cerca del cuerpo de su marido.

—¿Eres feliz?

Ewen le acarició el pelo y la besó en la cabeza.

—¡Mucho! Quería tener hijos contigo. Si no hubiera querido, me las habría arreglado para no hacértelos. ¿Y tú?

Terry se incorporó y clavó sus pupilas en las de él, que continuaba acariciándole la nuca. Podría haberse dormido ahí, en ese instante, de tanto que la tranquilizaba que la tocara.

—¿Quieres saber si estoy feliz por llevar a tu hijo?

—Sí.

—Sí, mi amor, nada podría hacerme más feliz. Te quiero y quiero a este bebé con todo mi corazón.

Sus labios se unieron en un beso de infinita dulzura.

—Me dio la fuerza necesaria para no perder toda esperanza cuando desperté en mi antigua habitación —explicó tras haberse colocado de nuevo cerca de Ewen, quien cerró sus brazos a su alrededor.

—¿Qué sucedió?

Ella pasó un brazo a través del torso de su marido para buscar su calor y su protección, siempre intentando no tocarle la herida.

—¡La traidora es Lorna! No estaba en las cocinas cuando bajé. La llamé y me pidió que fuera a la bodega, donde se encontraba ella, porque tenía que mostrarme algo, o eso me dijo. Cuando entré, me dio un golpe detrás de la cabeza y me desmayé.

—¿Lorna?

Parecía asombrado.

—Sí. ¡Creo que está enamorada de ti!

—¿Y después? —preguntó él.

No deseaba darle vueltas al tema y eso la tranquilizó. No quería que la hija del mayordomo se inmiscuyera entre ellos. Había visto las miradas que esta dirigía a su marido, pero Ewen nunca

había respondido a ellas.

—La oí cuando recuperé la consciencia. Hablaba con un hombre, un inglés al que me había vendido. Le pidió que te hiciera creer que me había ido porque así lo deseaba, para que no intentaras encontrarme. Le dio oro y nos dirigimos hacia las tierras de mi padre. Al día siguiente, la mujer que te ayudó a liberarme la última vez me devolvió la libertad. Estaba enamorada de Jeremy y quería verme lejos.

—¿Y a él, lo viste?

—¡No! Estaba ocupado con los preparativos de la guerra.

Y era mejor así…

Levantó el rostro hacia él y preguntó:

—¿Qué vas a hacer con Lorna?

Ewen la cogió de la barbilla y depositó un beso en sus labios.

—Yo me ocupo. No te preocupes por eso, *leannan*, tienes que pensar en el bebé y solo en él.

—Me gustaría que me ayudaras a recuperar mis tierras. Y me gustaría recompensar a Mariam, la sirvienta de Jeremy que me ayudó. Ella también está embarazada. El hijo es de Jeremy. No es responsable de las acciones de su padre y es de mi sangre.

—Por supuesto, *mo gràidh*, enviaré una carta al gobernador inglés para que te devuelva tus tierras…

—¿Y para Mariam?

—¿De verdad quieres tenerla a tu servicio?

—Sí, si ella lo desea.

—Entonces, podrá quedarse.

Contuvo una mueca de dolor.

—¿Te duele? —se alarmó Terry.

—Un poco. Si no te importa, voy a descansar un poco.

—Claro, descansa. Yo te cuido.

—¿Te quedarás a mi lado?

—Sí, mi amor, no te dejaré.

Ewen suspiró, cerró los ojos y así se durmió, en sus brazos. Terry lo observó dormir hasta que la fatiga se apoderó de ella.

***

Ewen tardó más de un mes en recuperar las fuerzas suficientes para poder montar a caballo, pero cuando fue capaz de mantenerse sentado, retomó sus funciones como gobernador. Había hablado largo y tendido con Neil, que le había narrado la batalla y lo que eso había provocado: los barones ingleses, que habían actuado por su propia voluntad, habían sufrido las consecuencias. Su gobernador los había desautorizado, les había confiscado sus bienes y había expulsado a sus familias. Terry, cuando se enteró, se sintió apenada, puesto que los conocía de toda la vida. Pero esos hombres sabían lo que arriesgaban.

Ewen había intercedido en favor de su mujer ante su homólogo inglés y había conseguido que, a pesar de la traición de su primo, ella pudiera recuperar las tierras de los Carlisle.

Ella había ido hasta allí con una buena escolta y había nombrado a un mayordomo, a Mariam como superiora de todos los sirvientes y, tras haber dado una sepultura decente a su padre, había vuelto con el corazón tranquilo.

Cuando Ewen descubrió que un noble inglés apellidado Somerset había estado presente en el combate, había avisado al rey. Somerset, si no se equivocaba, era de la familia de la reina y quien había secuestrado a Mary, su cuñada, y había intentado matar a su hermano Craig. Culpaba a su familia y era evidente que deseaba saldar las cuentas con su hermano a través de él. Había querido entrar en la frontera, a sabiendas de que Ewen era el gobernador. ¿Con qué intención? Lo ignoraba y no lo sabría jamás porque, gracias a Dios, habían salido victoriosos. Toda esa violencia había quedado tras ellos.

Se disponía entonces a volver a su hogar, en Burnmouth, con la mujer con quien compartía cama y que cada noche lo hechizaba. Al principio solo se habían abrazado, dado que no tenía fuerzas para hacerle el amor. Sin embargo, tras varios días, cuando el dolor había disminuido, Terry se había subido encima de él y le había hecho el amor como si se hubiera montado encima del caballo, y se había entregado a su miembro erecto. Guardaba un recuerdo memorable y, cuando pensaba en ello, su miembro endurecía de tanto placer que había sentido. No pensaba que dejar que una mujer lo poseyera de esa forma pudiera gustarle tanto, pero así era. A Terry también le había gustado y, desde ese momento, peleaba para ver quién se colocaba encima. Habían recuperado sus momentos de pasión carnal, pero no todo se reducía a ese deseo, sino que cuando se poseían, se unían en todos los planos. Era evidente que la felicidad también provenía de esa pequeña vida que crecía en el vientre de Terry.

Sí, Ewen era plenamente feliz.

Tan feliz que había planeado visitar a su familia en las *Highlands* para presentarles a su esposa. Tan pronto como pusiera en orden todas sus tareas en Burnmouth, se ausentarían algunas semanas.

Retomaron el camino que llevaba a su hogar esa mañana, acompañados de los guardias que habían sobrevivido al combate. Los que habían caído en el campo de batalla, una buena veintena, habían sido incinerados con honor por Neil y sus hombres, mientras él había luchado por su vida en la cama. Se había sentido apenado, dado que le habría gustado despedirse de ellos, dedicarles un último homenaje, pero su estado se lo había impedido.

Terry lo había salvado.

La recordaba en el campo de batalla. Recordaba haberla visto antes de que se le cerraran los ojos. Había corrido un gran peligro para salvarle y apartar el cuerpo de su primo, que lo ahogaba por el peso. Había querido hablarle, tranquilizarla, pero había sido incapaz. Había sentido que lo levantaban del suelo, como si fuera ligero como una pluma, y ya no había sentido dolor. Entonces se aferró a esa voz: había luchado por ella y lo había devuelto de entre los muertos, pero había perdido la consciencia, seguramente por toda la sangre que había perdido.

En cualquier caso, su tropa era suficiente para asegurar su seguridad ahora que estaban en paz.

Ewen no había avisado a Walter de su vuelta. No quería que Lorna tuviera tiempo de huir. Ambos tenían cuentas que saldar.

Los guardias del camino de ronda reconocieron el estandarte del gobernador y las puertas de la fortaleza se abrieron ante ellos. Entraron al patio al galope. Ewen saltó del caballo y se dirigió hacia Terry para ayudarla a descender de su montura.

—Sube a nuestra habitación. Ahora iré yo.

Ella asintió en silencio y él la miró alejarse tras haberle hecho una señal a uno de sus hombres con el mentón para que la escoltara. No opuso ninguna resistencia. Lo habían hablado a su partida, sabía lo que tenía que hacer. Y lo que iba a suceder no era de su agrado, así que era mejor no mirar.

Duncan se acercó para recibirlos. Entonces Ewen le habló a solas de sus sospechas acerca de un traidor entre ellos. Luego le pidió que convocara a los hombres que había en la fortaleza en la sala de los guardias para interrogarlos. A continuación, ordenó a otros hombres de su escolta que lo acompañaran a la sala común, donde estaba seguro de que encontraría a su mayordomo. Y, quizá, con un poco de suerte, a la traidora de su hija. Efectivamente, se encontraban allí.

Ewen vio pasar el miedo por los ojos de Lorna mientras el mayordomo se levantaba del sillón que había colocado cerca de la chimenea y se apresuraba a recibirlo. Este hizo una reverencia.

—Mi señor… No lo esperaba tan pronto. Si lo hubiera sabido, yo…

Ewen levantó la mano para interrumpirlo y, con una señal con el mentón, pidió a sus hombres que los rodearan, a él y a su hija. Lorna retrocedió. Tenía miedo, a juzgar por su reacción y por una mirada temerosa que recorría la estancia buscando a alguien. Comprendió que buscaba a su cómplice —o cómplices—, pero no parecía encontrarse en la sala. Si había un traidor entre ellos —algo de lo que estaba convencido, puesto que Lorna no podía haber actuado sola—, daría con él. El mayordomo abrió los ojos como platos.

—Mi señor… ¿Qué ocurre?

—Su hija ha tramado el secuestro de mi mujer.

—No, mi señor, es imposible —respondió Walter, sorprendido—. ¿Lorna?

La muchacha miró a su padre.

—¿Lorna? —repitió—. No has hecho eso, ¿verdad?

Ella se adelantó, fingiendo que no lo escuchaba. El odio deformó su rostro.

—¿Y por qué no? ¡Es una inglesa, padre! ¡Una extranjera! ¡No tenía que estar aquí! ¡Se merece lo que le ha pasado! Tenía que deshacerme de ella. Tenía que hacerlo, padre. Soy yo quien está hecha para usted, mi señor —dijo mientras se acercaba a Ewen—. Desde que lo vi, supe que lo deseaba. Podríamos ser felices los dos…

En cuanto se lanzó hacia él, Walter la agarró, desenfundó el cuchillo que tenía en la cintura y se lo plantó en el vientre. Ella soltó un débil grito y, con lágrimas en los ojos, se agarró a su padre, quien la sostuvo cuando esta cayó.

Pasó tan rápido que Ewen no tuvo tiempo de intervenir y, aun así, se habría quedado al margen: Walter tenía que limpiar el honor de su hija y de su familia. Su propio honor estaba en juego. Ewen habría hecho lo mismo. Habría preferido matar a su propio hijo con sus manos antes de verlo asesinado por otros. En el caso de Lorna, le esperaba la horca, por traidora, y Walter lo sabía.

El mayordomo soltó el cuerpo inerte de su hija, que se derrumbó sobre las baldosas con el cuchillo todavía clavado en su vientre. Se acercó entonces a Ewen.

—Lo siento, mi señor, no lo sabía. Pero tiene que perdonarla; no era la misma desde que los ingleses asesinaron a su prometido.

Nunca la perdonaría. Esa mujer había atacado a su mujer. Le había querido hacer daño. Cierto, no había atentado de forma directa contra la vida de Terry, pero la había entregado a los ingleses, quienes pretendían llevarla hasta su primo, alguien que quería hacerle daño.

—¿Por qué no me lo dijo? La habría alejado de Burnmouth.

—Quería seguir cuidándola. No me di cuenta de nada, mi señor. Es mi culpa. ¡Castígueme!

—No es su culpa, Walter, y no lo castigaré, pero creo que lo mejor es que se vaya.

—Muy bien, mi señor. Ha sido un honor servirle.

Con esas últimas palabras, el mayordomo se agachó para recoger a su hija del suelo y salió de la sala. Ewen no era de los que se enternecían, pero sintió pena por él. Durante el tiempo que

habían pasado juntos, le había parecido que se tomaba su trabajo muy en serio y le rendía cierta devoción; pero tendría que estar atento. Dudaba que quisiera vengarse. Estaba demasiado mayor para eso, pero el riesgo era real. Sin embargo, no se arrepintió de su indulgencia. No se veía colgando a Walter en la horca.

Cuando llegó a la sala de los guardias, descubrió que uno de los hombres estaba atado a uno de los bancos. Ewen se giró hacia Duncan, que se había ocupado de encontrar al traidor.

—Es él —le reveló—. Intentó escapar.

Ewen se acercó. No lo conocía. Formaba parte de la guardia de la fortaleza antes de su llegada.

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

Ewen desenfundó una de sus *claymores* y se acercó al hombre quien, viendo que se aproximaba, se retorció e intentó liberarse. Sus miradas se cruzaron; el hombre estaba asustado. Ewen levantó el brazo y lo bajó sin ningún remordimiento. La cabeza del traidor cayó al suelo. Ahora podría dormir tranquilo.

16

Un mes más tarde, Terry y Ewen partieron, junto con una buena escolta, hacia Edimburgo para visitar al rey. El escocés tenía que asegurarse de que la incursión de los barones en la frontera no había tenido consecuencias nefastas en sus relaciones con Inglaterra. Su marido aprovechó para presentar las condolencias a la reina por la muerte de Somerset, su primo. Solo se quedaron una noche. Luego, al alba, se dirigieron a las *Highlands*, la tierra natal de Ewen.

Una semana más tarde, desde lo alto de sus monturas, contemplaron la fortaleza de los MacLeod, rodeada de unos altos muros. Habían bajado el puente levadizo, lo que era señal de que estaban en paz.

Ewen le había narrado la historia reciente de su clan: la guerra contra los MacDonald, de donde era originaria su cuñada Elizabeth, la segunda mujer de su hermano mayor, Alexander. Después, le había narrado la guerra contra los Kinkaid, el clan de Mary, la mujer de su segundo hermano mayor, Craig.

Habían sufrido mucho, como todo el mundo, pero el clan se había recuperado a pesar de las circunstancias. Era lo que les daba fuerza y lo que les había permitido sobrevivir. Sin la familia, no eran nada, Terry lo había descubierto a la fuerza al creer que la suya era indestructible. Desde entonces, había perdido toda ilusión y había tomado una decisión. Aunque hubiera recuperado sus tierras, no volvería a vivir allí. Su vida estaba en Escocia, al lado del hombre al que amaba con todo su corazón, en Burnmouth, esa fortaleza azotada por un viento gélido sin el que ahora no sabría vivir.

Le había sido difícil dejar la tranquilidad de su hogar, sobre todo al saber que irían a las *Highlands*. Se pasaba los días vomitando, algo que el curandero de Burnmouth no había podido calmar. Esa misma mañana había vomitado una vez más. El esfuerzo que dejaba en ello la llenaba de lágrimas, pero podía contar con Ewen, que, cuando estaba presente, la cuidaba y le acariciaba la espalda. Sabía que le dolía, y le traía algún vaso de agua para refrescarse.

Al cruzar el páramo que se extendía al pie de la muralla y luego al subir la cuesta, Terry sintió que el miedo la invadía: iba a conocer a la familia de Ewen, a sus hermanos, a sus cuñadas, a su tío y a Teresa, la mujer que lo había visto crecer; pero, sobre todo, la conocería a *ella*, la mujer que había roto el corazón de su marido. Al fin y al cabo, Katel se había convertido en la curandera del clan.

Había cortado toda relación amorosa con Ewen para consagrarse a su oficio. Él había estado tan triste que había dejado las *Highlands*, se había alistado en el ejército del rey y se había jurado nunca tocar a una mujer. Pero se conocieron y él sucumbió a su atracción. La quería; no dejaba de repetírselo y le dedicaba toda su atención. La pasión estaba allí. Sin embargo, ella sentía miedo. Ese miedo la congelaba más que el frío que se abría camino hasta su piel, a pesar de las pesadas pieles que llevaba encima. El invierno se estaba resistiendo, y la primavera ya era tardía en esa región de Escocia. Terry no se esperaba tener tanto frío. A menos que fueran los nervios que sentía a flor de piel. Estaba siempre al borde de las lágrimas. Quizá por su embarazo, que se mezclaba con el miedo de perder a Ewen. Porque ahí, con su familia, cerca de sus raíces, cerca

de la mujer a la que había amado antes que a ella, quizá desearía ver lo que sentiría al acostarse con Katel…

Ese miedo, que se había convertido en obsesión, no abandonaba sus pensamientos, algo que había procurado esconder tras una sonrisa forzada. Hasta entonces, él no había dudado de nada y se había comportado como de costumbre, pero no había abordado el tema de su reencuentro con Katel ni una vez, y a ella le habría gustado que la tranquilizara.

Mientras cabalgaba detrás de él, escoltados por cuatro guardias, se preguntaba qué le esperaría durante los días siguientes. Se quedarían solo una semana, pero en ese tiempo todo era posible.

Un cuerno anunció su llegada a los amos del lugar y Terry sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Latió con más fuerza todavía cuando entraron al inmenso patio de la fortaleza. La joven se juró no vomitar al bajar del caballo y se esforzó por mantener una buena compostura cuando Ewen le tendió el brazo para ayudarla a bajar. Cuando sus pies tocaron el suelo, la sostuvo contra él, puso un dedo bajo su barbilla para levantar su rostro hacia el suyo y le besó los labios con ternura.

—Estoy seguro de que te adorarán.

Eso no era lo que la preocupaba. Le daba igual si les caía bien o no; no tendría que vivir con ellos. No, era otra cosa lo que le atormentaba. Le respondió con una sonrisa.

—Te quiero, no lo olvides nunca —añadió él.

Sí, la quería. Y ella llevaba a su hijo.

Nadie en el mundo podía quitarle eso.

—Yo también te quiero.

Ewen clavó sus pupilas en las de su mujer. Unas pupilas de una dulzura increíble que le devolvieron la fe en él, en ellos y en su amor. Iba a besarla de nuevo, pero entonces escuchó una voz que gritaba en gaélico cerca de ellos.

Ewen se giró y, sonriendo, abrazó a un hombre mayor que él, a quien se parecía terriblemente. ¿Alexander? ¿Craig? Terry no supo quién de los dos sería, pero como la mujer que estaba a su lado y que los miraba con un brillo de ternura en sus ojos era morena, comprendió que se trataba de Elizabeth y que el hombre tenía que ser, por tanto, Alexander, el *laird* del clan.

La mujer de Alexander se acercó y se dirigió a ella, pero sus palabras fueron tan rápidas y su acento tan pronunciado que Terry no comprendió ni una palabra. Ewen, percibiendo su incomodidad, se acercó a ellas y, tras haber abrazado a su cuñada e intercambiado con ella algunas palabras, rodeó los hombros de Terry con el brazo y tradujo:

—Elizabeth te da la bienvenida. Está contenta de conocerte al fin… Le he hablado mucho de ti. Pregunta si el camino ha sido duro.

—Oh. ¿Le has escrito y le has hablado de mí?

—¡Claro! Ya sabes que tenemos muy buena relación…

Sí, lo sabía.

Elizabeth, huyendo de su tío, que la quería casar a la fuerza con un ser inmundo, lo había salvado de una muerte segura. Tenía una deuda con ella y, de alguna forma, ella también. Terry dirigió su atención hacia Elizabeth, que esperaba que Ewen acabara de traducirle, y le sonrió.

—Gracias, Elizabeth, por tu acogida —respondió ella—. Yo también estoy muy contenta de estar con vosotros. Y gracias por liberar a mi marido de la celda de tu tío.

Ewen se lo tradujo con una sonrisa en los labios y Lizzie —ese era su apodo— le tendió las manos sonriendo también. Terry las agarró y se las apretó con entusiasmo.

—*Tapadh leat*[1] —declaró ella.

Pronunció entonces el pequeño discurso que había preparado y Lizzie aplaudió para felicitarla mientras que Ewen levantó una ceja, visiblemente sorprendido y emocionado por su intención. Le besó la mejilla y le dio las gracias.

Elizabeth dejó paso a su marido, que le dio la bienvenida de igual modo, y le hizo una reverencia. Luego, Ewen le presentó a Craig, Mary, Angus —el tío de Ewen— y a Teresa, que se había acercado hasta ellos, aunque tuvo que traducir ambas partes de la conversación. Su acogida la conmovió, pero no dejaba de lanzar miradas discretas a su alrededor, preparada para ver en cualquier momento a una joven rubia correr hacia ellos y lanzarse sobre Ewen. En sus peores pesadillas, se imaginaba a su marido abrirle los brazos a su amor pasado y besarla… La idea la ponía enferma y acentuaba sus ganas de vomitar. Deseaba que ese día terminara, aunque toda la familia de Ewen pareciera agradable. La ausencia de Katel aumentaba sus nervios y habría querido que apareciera para darse cuenta al fin que no era tan bonita. En sus pesadillas, lo era terriblemente…

—¿Sabes dónde está Katel? —preguntó a Ewen cuando se tumbaron en la cama, en la habitación de Ewen, y se miraron a los ojos.

Acababan de hacer el amor, a pesar del cansancio del camino y Terry había tenido que aguantarse los gritos de placer que le había provocado su marido al poseerla de una forma frenética. La había tomado con un brío casi furibundo. No se había quejado, le había encantado que se lo hiciera con ferocidad, pero no podía evitar pensar que tenía algo que ver con Katel. ¿Hacía el amor con ella o con su antiguo amor?

¿Cuándo se dignaría a aparecer?

Terry no estaba preparada para afrontar la situación y se arrepentía de haber accedido a venir con él. Habría podido venir solo, pero, entonces, ¿le habría sido fiel? Quería pensar que sí. De todas formas, si fuera a engañarla, lo haría, estuviera o no ella allí…

—¡No!

—¿No te lo has preguntado? ¿No deseas volver a verla?

Enroscó uno de sus mechones en sus dedos.

—No, Terry, no me lo he preguntado. Hace lo que quiere con su vida. Y no, no tengo ganas de verla. ¡Ven!

Alzó el brazo para que se colocara cerca de él y la puso de espaldas, estrechándola contra su cuerpo.

—Sé lo que te preocupa, *leannan,* pero que sepas que eres más importante que nada. Más importante que ella o los recuerdos que tengo de ella.

Besó su piel, todavía ardiente por sus arrebatos.

—Sí, pero cuando la veas, tal vez…

—No —la interrumpió él—. Deja de imaginarte cosas.

Su tono era tajante. Aunque intentara disimularlo, estaba más irascible que de costumbre. El corazón de la joven dejó de latir cuando Ewen escapó de sus brazos, se puso de pie y empezó a vestirse.

—¿Adónde vas?

—¡A ver a mi hermano! ¡Nos vemos más tarde!

Apenas tuvo tiempo de asentir, porque Ewen ya había salido de la habitación, sin siquiera besarla. Eso la hundió de nuevo en los tormentos de los inicios de su matrimonio, cuando les costaba hablar. Pensaba que ya habían superado eso, pero en cierta forma, él no estaba del todo equivocado; tenía que dejar de sospechar tanto, tenía que creer en él. Si dudaba y reavivaba esa

historia, podría apartarlo y sería su culpa si lo perdía.

Se tumbó de espaldas y se tapó con las sábanas hasta la barbilla. Tenía frío, siempre tenía frío. Se sentía amenazada. No podía evitarlo. Quizá pudiese hablar con Lizzie, o con Mary o Teresa. No, Teresa era la abuela de Katel; no sería una buena opción.

Lizzie… Confiaría en Lizzie.

Ella conocía bien a Ewen y a Katel. Le diría la verdad: ¿existía todavía algún sentimiento entre ellos? ¿Podía olvidar su primer amor? Lo ignoraba, nunca había amado a nadie tanto como a Ewen, y lo quería tanto que dudaba poder olvidarlo si se separaban. Siempre tendría un lugar en su corazón. Pensó que sería lo mismo para él, pero la ternura no implicaba que la llama del deseo renaciera, sobre todo porque nunca habían conocido la unión carnal. Pero precisamente… Ewen podría preguntarse lo que sentiría entrando en su cuerpo, poseyéndola y dándole placer. Podría desearla…

Apartó las sábanas con una mano rabiosa y se levantó.

Tenía que hacer algo, ocupar su mente o acabaría volviéndose loca. Ante todo, tenía que buscar a Lizzie.

Se puso ropa, salió de la habitación, dio algunos pasos y se detuvo, con la respiración entrecortada, puesto que le había parecido oír la voz de su marido. Siguió el camino de puntillas. Su corazón latió desbocado cuando escuchó la voz de una mujer y luego algunas risas. Su cuerpo, de repente, se volvió pesado y, cuanto más se acercaba a las voces, peor se sentía. Acabaría vomitando. Giró la esquina del pasillo y fue allí donde encontró dos cuerpos abrazados. Sus besos eran apasionados hasta tal punto que no se dieron cuenta de su presencia. Daba la impresión de que estaban a punto de poseerse el uno al otro.

¡No habían perdido el tiempo! ¿Todo eso era premeditado? ¿Habrían quedado en verse?

La rabia invadió la mente de Terry y estuvo a punto de abalanzarse sobre ellos, pero entonces se dio cuenta del color del pelo de la mujer. ¡Era pelirroja! Era Mary y no Katel quien tenía ante sus ojos, y el hombre no era Ewen, sino Craig. Reconoció entonces su vestimenta. Se estaba volviendo loca, ¡no había duda! Huyó antes de que la pareja percibiera su presencia.

Deambuló por las estancias del piso inferior, que descubrió desiertas. ¿Dónde estaban todos? Sin duda, descansando. Los días tenían que comenzar pronto ahí; había mucho que hacer en un lugar como ese. ¿Y Ewen? ¿Dónde había ido? Se abstuvo de ir a las cocinas; no quería encontrarse con Teresa. Así que se dirigió a los establos.

—¿Ha visto a Ewen, por casualidad? —preguntó a uno de los mozos en cuanto cruzó las puertas.

Abrió los ojos.

—Ewen, mi marido… —dijo vocalizando en exceso para que la comprendiera mejor.

Le indicó el fondo del establo. Le dio las gracias y siguió sus indicaciones para detenerse tras varios metros con el corazón latiendo de nuevo a un ritmo vertiginoso.

¡Su imaginación le estaba jugando una mala pasada, sin duda!

Tenía que dejar de ver el mal por todas partes, pero… Dio un paso y luego varios más. Sí, le pareció reconocer la voz de Ewen. Muy débil, como… como sorda. Pero era la suya, estaba segura. ¡Y no estaba solo! Una voz femenina le respondía.

Terry avanzó y, de repente, los vio: no se tocaban, pero estaban muy cerca el uno del otro. No la habían visto. La joven que estaba frente a Ewen era muy rubia, como ella. Tenían cierto parecido, y eso le dolió. ¿Ewen se sentía atraído por ella porque se parecía a su amor de juventud?

Hablaban en gaélico, por lo que no comprendía sus palabras, pero sintió que su mundo se tambaleaba cuando vio a Ewen tomar a Katel por los hombros y acercarse a ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, con la mano sobre la boca, no pudo detener un sollozo ante la idea de que fuera a besarla. Ewen giró entonces la cabeza hacia ella. No esperó su reacción y salió corriendo.

—¡Terry, espera!

No se giró; al contrario, apresuró el paso.

Sus lágrimas la cegaban, la cabeza le daba vueltas, estaba falta de aire y su corazón le dolía tanto que tuvo la sensación de que había dejado de latir. ¿Cuándo dejaría de sufrir? Todo daba vueltas en su cabeza. ¡Haber vivido todo ese calvario para sufrir eso! Esa… Esa traición… Tendría que enfrentarse a Ewen en lugar de huir, pero en ese instante no quería verlo y todavía menos hablar con él.

¡Que se fuera al diablo!

Lo había visto a punto de besar a esa mujer. ¿Qué podría decir para defenderse de eso?

No sabía dónde ir.

Solo sabía que quería poner la máxima distancia entre Ewen y ella. Ignoró que su marido la llamaba y corrió hacia las escaleras que llevaban al camino de ronda.

—¡Por Dios, Terry, espera! ¡No es lo que crees!

No se giró ni ralentizó el paso.

Sí, era exactamente lo que ella creía.

Sabía lo que había visto. Había tocado a esa mujer, le había puesto las manos encima, iba a besarla… Había visto la mirada de Katel. Una mirada que no engañaba: todavía lo quería… Terry dejó escapar un sollozo y unas lágrimas cayeron por sus mejillas. Tenía que irse lo antes posible.

Irse… para no sufrir más.

Corrió hacia la escalera que bajaba hacia el patio. Su pie resbaló en uno de los primeros escalones y la caída fue inevitable. Al no encontrar nada a lo que agarrarse, pegó un grito estridente y se precipitó hacia delante. Su vientre golpeó con violencia los escalones y se dio con la cabeza en la muralla. Poco después, perdió el conocimiento.

***

Ewen gritó el nombre de su mujer cuando la oyó gritar y caer por la escalera de piedra. No estaba muy lejos, pero demasiado para evitar que cayera. Con el corazón lleno de agonía, continuó llamándola mientras bajaba los escalones y creyó morir cuando la vio tumbada sobre su vientre en la esquina, con la cabeza contra el muro. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡Todo era por su culpa!

Se agachó a su lado y, con las manos temblorosas, apartó el pelo de su rostro mientras seguía llamándola. Iba a levantarle la cabeza, pero entonces escuchó una voz:

—No la toques. ¡Déjame a mí!

Dio un paso atrás sin decir nada y miró a Katel agacharse sobre el cuerpo de Terry. Ewen pasó los dedos a lo largo del cuello de la mujer, por su cráneo, su rostro y su espalda.

—Llévala en brazos. Yo le sostendré la cabeza. Tenemos que hacerlo con suavidad.

Ewen la agarró de la muñeca.

—Sálvala, te lo suplico… La quiero. No puedo vivir sin ella.

Katel puso una mano sobre la suya.

—Lo sé. Haré todo lo que pueda para salvarla a ella y al bebé. Confía en mí.

—Ya lo hago.

—Lo siento, tendría que haberme alejado de ti.

—No es tu culpa. Terry está segura de que todavía te quiero y solo ha visto lo que quería ver.

—Tendrás que explicárselo.

—Lo haré. Y espero que me crea. No quiero perderla.

—Yo también espero que te crea. Si no, le hablaré yo. Quizá a mí sí me escuche. Puedes contar conmigo, Ewen. Te ayudaré como pueda.

Apretó más su mano para calmarlo con su apoyo. Él asintió con la garganta tan cerrada que tenía la sensación de estar ahogándose. Ya lo había sentido cuando habían secuestrado a Terry. En ese momento era peor, porque no sabía cómo ayudarla aparte de rezar para que Dios la mantuviera con vida.

Una buena ahora más tarde, estaba de rodillas en la capilla del dominio, contigua al edificio principal. Katel lo había hecho salir de la habitación en la que habían llevado a Terry, todavía inconsciente. No lo necesitaba y no hacía más que incordiar. A su vez, había hecho llamar a Teresa, que la ayudaría en sus curas. Cuando vio a su matrona correr hacia ellos, no había podido contenerse y se había hundido en sus brazos, intentando contener las sus lágrimas. Pero ahora esas mismas lágrimas brotaban de sus ojos y recorrían sus mejillas con total libertad. No le avergonzaba llorar por la mujer a la que amaba. Había visto a su padre llorar por la muerte de su mujer y a Alexander por su primera esposa, que había fallecido en sus brazos tras haber traído al mundo a un pequeño varón que tampoco había sobrevivido. La muerte formaba parte de la vida y Ewen lo aceptaba, pero eso no evitaba el dolor. No quería que Terry muriera. No lo soportaría.

Se limpió el rostro, bañado en lágrimas, al sentir una mano sobre su hombro. Se dio la vuelta, sorprendido al ver a sus hermanos. Alexander lo atrajo hacia sus brazos y lo apretó contra su pecho. Lo cogió de la nuca y lo abrazó con fuerza. Ewen tenía la sensación de ser una marioneta sin vida en los brazos de su hermano. Luego Craig hizo lo mismo que el *laird*. Finalmente, recibió el cariño de Angus, quien normalmente se divertía torturándolo, pero esta vez lo estrechó entre sus brazos y lo tranquilizó con su apoyo.

—¿Cómo está? —preguntó Alexander.

Ewen se pasó las manos por el rostro.

—No lo sé. Katel está con ella. Teresa la está ayudando.

—Va a salir de esta. Ten fe…

—¿Eso era lo que te decías cuando Maddie murió?

Alexander asintió con el rostro serio y Ewen comprendió lo que su hermano mayor había tenido que soportar. Comprendió que se podía amar a una mujer hasta el punto de querer morir por ella. O de morir en su lugar.

—¿Katel ha dicho algo sobre el bebé? —preguntó Craig a su vez.

Sus hermanos tenían tres hijos cada uno. Alexander, dos niños y una niña; y Craig, un niño y dos niñas. Ewen también deseaba poder conocer la felicidad al convertirse en padre. Antes de Terry, no quería hijos; pero, desde que estaba con ella, estaba preparado para formar una familia. Tenía prisa por tener a su bebé entre sus brazos. Pero para ello su mujer tenía que vivir…

—Volveré con ella. Tengo que verla. Tengo que decirle…

Alexander le puso una mano sobre el brazo.

—Sabe que la quieres. Y ella también te quiere. Solo hay que veros para ver que hay mucho amor entre vosotros.

—¡Voy a ir!

No podía estar ni un minuto más lejos de ella. Tenía que hablarle, aunque ella no pudiera oírlo.

Cuando llegó a la puerta de su habitación, Katel salía de ella acompañada de Teresa, Lizzie y Mary, que llegaron en cuanto se enteraron de lo sucedido.

—Está bien —se apresuró a decirle Katel al verlo descompuesto—. No se ha roto nada y su útero no ha sufrido daños. Es fuerte y resistente, Ewen, saldrá de esta. Puedes ir a verla y quedarte a su lado.

No necesitó oír nada más. Le dio las gracias, respondió a las palabras de ánimo de sus cuñadas y se precipitó al cuarto, en el que reinaba un calor reconfortante, al igual que un agradable olor a plantas medicinales. Katel debía haber curado las contusiones de Terry con ellas. David tenía el mismo tipo de bálsamo… Él mismo había tenido que ponerse ese mejunje más veces de las que le habría gustado.

Se quitó las botas, se tumbó al lado del cuerpo de su mujer y la contempló. Era como si estuviera durmiendo. Su rostro estaba tranquilo y sus rasgos relajados. Suspiró de alivio al saber que no estaba sufriendo. Estaba seguro de que Katel le había dado alguna planta para eso. Pasó los dedos por su frente, su mejilla y cogió un mechón para llevárselo a los labios.

El olor de su pelo lo conmovió. Era *su* olor, lo reconocería entre miles. Era ese el que percibía cuando pasaba la nariz por su cuello antes de besarla. Lo volvía loco. Todo en ella lo volvía loco, loco de amor.

—Lo siento muchísimo, mi amor. Pasaré el resto de mi vida intentando que me perdones. Espero que me creas cuando te diga que no ha pasado nada con Katel y que nunca sucederá nada. Te quiero, Terry. Solo te quiero a ti y te querré siempre, tanto tiempo como viva.

Se quedó ahí, junto a ella, para cuidarla.

El día dio paso a la noche. Teresa vino para traerle algo de comer y reavivar el fuego de la chimenea. Charlaron varios minutos, hasta que ella se despidió, no sin asegurarle que toda la familia estaba con él. Luego volvió Katel para darle a Terry algunas gotas de amapola que calmaran sus dolores. Ewen se durmió al alba, agotado de esperar durante toda la noche que su esposa volviera en sí.

---

[1] N. de la T. En gaélico escocés, «gracias».

17

Cuando Terry abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba en la habitación de Ewen, en Helen Hall, y que era de día. Se dio cuenta también de que le dolía todo, pero era un dolor soportable, y que Ewen estaba tumbado a su lado, con la cabeza cerca de su hombro. La mantenía caliente. Un calor reconfortante, un calor que le hacía bien.

Lo miró dormir, como hacía a menudo, dado que ella solía despertarse primero. Luego volvieron los recuerdos: él y Katel en los establos, su huida, su caída por la escalera; y, de nuevo, temió por su bebé. Se llevó las manos al vientre y percibió la pequeña hinchazón. Suspiró; su bebé estaba bien. Lo sentía en el fondo de su corazón. Y Ewen estaba ahí, con ella. Todo iría bien, estaba convencida; le explicaría lo que había pasado y ella se esforzaría en escucharlo. Había huido de él y de sus responsabilidades en vez de haberlas afrontado y se arrepentía amargamente. Eso podría haberle costado la vida a su bebé.

Sorprendentemente, se sentía bien.

Seguramente gracias a las curas de Katel, que debía de haberla curado, porque podía oler las hierbas medicinales, y porque había dormido muchas horas.

Con suavidad, se puso de lado y acarició con amor el rostro de su marido. Estaba realmente guapo cuando dormía. Y cuando no dormía, también. Adoraba mirarlo cuando estaba así de relajado. Lo quería tanto… Se había jurado luchar por su amor. Sin embargo, ante el primer obstáculo, había huido. Era indigno de ella y se culpaba. Se prometió que no dejaría que su naturaleza hablara por ella ni que su mente se embalara e imaginara lo que fuera.

Al final, tras acariciarlo un rato, Ewen acabó abriendo los ojos. El brillo verde e intenso de su mirada la envolvió. No dijo nada, pero la miró con atención y pasión, como sabía hacer. Nada había cambiado: seguía queriéndola, podía leerlo en sus ojos. Quizá la amaba todavía más al haber temido perderla. Era lo que ella había sentido tras la batalla, cuando pensaba que había muerto. Verlo vivo la había trastocado y le había hecho comprender cuánto lo amaba. Deslizó una mano por su mejilla con una ternura infinita.

—Puedo explicártelo todo, *mo gràidh* —murmuró él.

Terry parpadeó, y le dio su consentimiento.

—No es lo que crees.

—¿Cómo sabes lo que creo?

—Es una forma de hablar, *leannan.*

—Muy bien. Explícame por qué te encontraste con ella en los establos y por qué te vi con las manos en sus hombros.

—No la buscaba a ella, te lo juro. —Suspiró—. Buscaba a Alexander. Fui a los establos y ella acababa de llegar. Le pregunté cómo estaba y ella hizo lo mismo, le hablé de ti y de nuestro hijo. Estaba feliz por mí. Tenía palabras amables; solo quería darle las gracias.

—¿Eso es todo? ¿No ibas a besarla?

—No, solo iba a abrazarla. No siento nada por ella, Terry; es a ti a quien quiero. ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

—Tienes razón, es mi culpa —reconoció ella—. No tendría que haber huido. Puse en peligro a nuestro bebé y me arrepiento. Perdóname.

—Te perdono si tú me perdonas a mí.

Se sonrieron.

—Dudé de ti, pero también es tu culpa; te fuiste muy rápido cuando yo solo quería que me tranquilizaras.

—Te dije todo lo que tenías que saber sobre lo que siento por Katel. Querías que te reconociera que todavía sentía algo por ella, cuando no es así. Te juré mi amor, pero tú tenías otra idea en la cabeza, y es difícil hacerte cambiar de idea. Oyes lo que quieres oír. ¡Y eso me enfadó! Tenía la sensación de que no confiabas en mí a pesar de lo que pudiera decir o hacer…

—Cierto, lo admito. Entonces, ¿por qué quisiste volver a verla?

Él levantó una ceja.

—¡Por nada! Era como ver a una vieja amiga. Como ver a Lizzie o a Mary. Le tengo aprecio, ha sido importante en mi vida, pero ha terminado. Mi corazón no late por ella, sino por ti…

Pasó la mano por su vientre.

—… y por nuestro bebé. ¿Me crees?

—Sí, Ewen, te creo y te prometo que no volveré a dudar de ti. Nunca.

Ewen abrió los brazos y se pegaron el uno contra el otro.

—¿Quieres volver a casa? —murmuró él tras besarle la frente.

Ella alzó los ojos y sus iris se encontraron.

—No hay prisa… No quiero privarte de tu familia.

—Se han preocupado por ti, y Katel te ha curado.

—Tendré que darle las gracias, entonces.

—Eso creo. Sería una buena forma de empezar de nuevo.

—Lo haré. ¿Te importa si duermo un poco más?

No pudo evitar bostezar y él le besó la punta de la nariz. Cuando volvieran a su hogar, se prometió que dormiría durante días para recuperarse de esa fatiga.

—Recuerdo haber dicho más o menos lo mismo hace tiempo…

—Yo también me acuerdo. ¿Qué te respondí?

—Que podía dormir tranquilo porque me cuidarías. Así que esta vez te lo digo yo: Duerme tranquila, *mo gràidh*, cuidaré de ti. Y te cuidaré hasta mi último aliento. A ti, a nuestro hijo y a todos los otros que tengamos. Te lo prometo. Seré un marido ejemplar.

Una lágrima cayó por su mejilla sin que ella pudiera evitarlo.

—Te quiero, Ewen.

—Yo también te quiero, Terry.

Y se lo demostró al quedarse cerca de ella para cuidarla mientras durmiera. Y, cuando despertara, seguiría allí.

***

El resto de su estancia pasó como por arte de magia, pero todo lo bueno llega a su fin, y el séptimo día emprendieron el camino hacia su hogar. Ewen se sentía renovado. Había pasado mucho tiempo con sus hermanos y eso le había gustado. Se había sentido excluido durante mucho tiempo, pero ya no era el caso. Finalmente había conseguido hacer el mismo camino que ellos, se había casado y pronto sería padre, aunque fuera en otra parte del país. No le prometieron

venir a visitarlo; era imposible, no podían dejar sus dominios. Así que prometió que sería él quien iría a verlos cuando se presentara la ocasión. Vio que su familia estaba orgullosa de todo lo que había conseguido. Ser el gobernador de la frontera era algo importante… Además, el título permanecería en su familia hasta el fin de su linaje. *Highlanders* siendo gobernadores de la frontera, ¡algo nunca visto!

Partieron con el corazón alegre.

Terry había hablado mucho con Katel. Ewen las había oído reír, y había deducido que Katel le narraba eventos de su infancia, como cuando se había caído al lago vestido o cuando se había abierto la cabeza al caer de un árbol, o cuando, siendo mejor y más rápida que él, lo había ganado en un combate de espadas.

Quizá le había confiado cuánto lo había amado… Le habría gustado saberlo… Le habría gustado saber si había sido igual de importante él para ella como ella para él. ¿Aunque con qué fin?, todo eso estaba en el pasado y, pensándolo bien, no era importante. No, lo importante era que su mujer y su hijo estuviesen bien, y Katel los había tranquilizado. Podría haber acabado en tragedia, pero, gracias a Dios, no había sucedido nada malo y su amor se había hecho más fuerte.

Podía volver a su hogar. El peregrinaje hacia sus tierras había traído finalmente —y tras un gran esfuerzo— tranquilidad a su corazón y a su alma. Podría pasar el resto de su vida siendo feliz al lado de su mujer.

Epílogo

Menos de cuatro meses más tarde, tras doce horas de dolor que pusieron el corazón de Ewen a prueba, Terry, su tan amada esposa, le había dado una hija. Una adorable niña en perfecta salud.

¡La madre y el bebé se llevaban de maravilla!

Cuando cogió a su hija —a quien llamaron Isabel— bajo la tierna mirada de su mujer, sintió que su corazón crecía de alegría, amor y agradecimiento.

¡Qué tonto había sido al pensar alguna vez que no quería hijos!

Se dio cuenta, mirando a su bebé, de que haría todo lo posible para protegerla y que la quería con todo su corazón. Y, cuando más tarde vio dormir su bebé, acurrucada sobre su mujer, pensó que allí estaba su verdadero hogar. Lejos de su familia y lejos de las *Highlands*, cierto, pero con su nueva familia, esa que había creado. No quería nada más y nunca lo querría.

No pedía nada más. Nada más que ser feliz al lado de su mujer y de sus hijos. Cerca de esa mujer distinta a las demás, esa *sasunnach*, esa extranjera, esa inglesa que había trastocado su vida como un huracán y a quien había jurado proteger de los peligros del mundo, aun habiéndola hecho su prisionera.

No se arrepentía de nada, puesto que a su lado había conocido al fin el verdadero amor. Ese amor bello, grande, real; ese que ensanchaba su corazón y llenaba su alma, ese que *alimentaba* su ser y sacaba lo mejor de él. Un amor por el que cruzaría montañas y lo hacía querer ir hasta el fin del mundo. Un amor que le daba vida y la hacía más bella. Un amor que podía con todo.

Así era el amor el que conocía al lado de Terry… Y sería así durante todo el tiempo que viviera, hasta que la muerte los separase.

¿Te ha gustado la trilogía de *La indomable de las Highlands?*

❤

¡Déjanos 5 estrellas en Amazon y una reseña para que otros lectores descubran el libro!

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp

Sigue también a la autora:
@ava_krol_ana_scott

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Edición y corrección: Paloma Vega Centeno
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño gráfico e ilustración de portada: Keti Spirkoska